

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
Departamento de Sociología V
(Teoría Sociológica)



TESIS DOCTORAL

**La historia tiene su propia historia: génesis de la disciplinarización del
saber histórico en Francia**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

David J. Domínguez González

Director

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA V



LA HISTORIA TIENE SU PROPIA HISTORIA:
La génesis de la disciplinarización del saber histórico en
Francia

(MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR)

PRESENTADA POR:

David J. Domínguez González

DIRECTOR:

Dr. Mario Domínguez Sánchez-Pinilla
2015

“En la vasta familia de los discípulos de Clío (...) el historiador de la historiografía es, al menos en Francia, el pariente pobre y el primo de provincias lejano. En alguna ocasión, sin embargo, sale de la oscuridad y se venga contra el destino: en general cuando llega el momento de un aniversario y la familia entera le invita a recordar los méritos de un glorioso ancestro, a cantar la inmortalidad de una gran obra o a disertar sobre un pasado común que de pronto es recordado por la memoria de un gran número de personas. (...) No obstante, prestarse a esto sería seguramente hacer un mal servicio a la historia de la historiografía (...). Si ella pretende escapar a la tentación fácil del pietismo biográfico y el enciclopedismo bibliográfico, si quiere ser otra cosa que un diccionario o un mero catálogo la historia de la historiografía deber actuar de manera verdaderamente histórica con respecto a su objeto de estudio, es decir debe rebasar el estadio del análisis descriptivo o narrativo para alcanzar el de la comprensión y la explicación”.

Ch. –O. Carbonell, *La naissance de la Revue historique.*

“La disciplina denominada historia no es una esencia eterna, una idea platónica. Se trata de una realidad histórica en sí misma, esto es, situada en el espacio y en el tiempo, elaborada por unos hombres que se dicen historiadores y que son reconocidos así (...). No hay, pues, una Historia ‘sub specie aeternitatis’, cuyos caracteres atravesarían inmutables las vicisitudes del tiempo, sino que existen productos diversos que los contemporáneos de una época dada acuerdan identificar como propios de la historia. Es decir, más que una disciplina científica, como lo pretende ser y como lo es efectivamente hasta cierto punto, la historia es una práctica social”.

A. Prost, *Doce lecciones sobre la historia.*

“Esta observación podía comprenderse, en primer lugar, en los términos de la historia de la historia e identificar, en la muy larga duración, los lugares sociales sucesivos en los que se ha producido un discurso de historia: la ciudad, desde Grecia hasta las ciudades del Renacimiento italiano, el monasterio y la gloria de Dios, la corte y el servicio del príncipe en la era de los absolutismos, las redes eruditas y las academias de sabios, las universidades a partir del siglo XIX”

R. Chartier, *La historia o la lectura del tiempo*

AGRADECIMIENTOS...

Esta investigación, como tantas otras, es el resultado de un largo tiempo de esfuerzo, trabajo y reflexión. Asimismo, es fruto de un camino en el que muchas personas e instituciones han puesto su pequeño grano de arena. En las siguientes líneas intentaré dar cuenta de algunas de ellas, si bien es cierto que mi gratitud, seguramente, supera con creces la lista de nombres plasmados en este momento.

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento a mi madre, mi padre (DEP), Javi y mis tíos. Sin ellos nada de esto hubiera sido posible. Al Gobierno vasco por su beca predoctoral y por haber hecho posible la financiación de la tesis y mi traslado a Madrid. En ese sentido debo agradecer también el apoyo recibido por parte de los profesores Patxi Lanceros y Gabriel Aranzueque, sin los cuales el disfrute de esa beca apenas hubiera sido pensable.

En segundo lugar, me gustaría citar a todas esas amistades que han estado a mi lado a lo largo de todos estos años, algunos de los cuales han sufrido también conmigo los encuentros y desencuentros propios de la vida del tesista: a Gonzalo, Lauri, Leo y Black, por acogerme como uno más cuando llegué a Madrid, a Ivan Barrio, Ion Arluzea y Jean Mora, por las aventuras pasadas, a Miguel Alhambra y Roberto Rodriguez, por las innumerables charlas dentro y fuera de la universidad, a Pablo Garaizar y Luis Terrén, por ser mis referencias bilbaínas en la capital, a Vanessa Bejarano, por todo su buen hacer, que no es poco, y a Ignacio Azkona, por estar siempre ahí, además de ser la persona con quien he tenido el placer de discutir durante tantos años sobre aspectos relacionados con la investigación, la música, la política y el mundo en general. Gracias a todos y a todas por aguantarme. Tiene su mérito.

No me olvido tampoco del apoyo prestado por el ya desaparecido Quintín Racionero, un todo terreno de la Filosofía y la persona que me brindó la posibilidad de impartir seminarios en la facultad de Historia y Geografía de la UNED.

También debo expresar mi gratitud por los apoyos recibidos en mis dos estancias de investigación en París. A este respecto, he de agradecer la disponibilidad de los profesores Jacques Revel y Sabina Loriga, quienes no dudaron un instante en abrirme las puertas de la *École des Hautes études en Sciences sociales* y aceptarme en el seno del GEHM (*Groupe d'études sur les historiographies modernes*). Vivir allí durante un año entero ha sido toda una experiencia vital y bibliográfica: la ciudad, el frío, los libros, el arte de perderse por las calles o las múltiples incur-

siones en la biblioteca de la *École normale supérieure* son solo algunas de las cosas buenas que me llevo de allí. De igual modo, las estancias me han servido para conocer a personas igualmente interesantes en el Colegio de España en París: de todas ellas me acuerdo con especial atención de Esther Fabrellas, Lucía Montenegro, Gemma Haddock, Asier Gómez, Naroa García y Héctor Puértolas.

Y por último, quiero extender mi agradecimiento a Mario Domínguez, director de mi tesis y compañero de batallas en no pocas empresas políticas y editoriales. A él le debo la mayor parte y, sin duda, lo mejor de esta tesis, reservando para mí toda la responsabilidad de los errores. Muchas gracias por todo.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| 0. PRESENTACIÓN DEL TEMA | 9 |
| PRIMERA PARTE | 17 |
| 1. LA PRODUCCIÓN DE FUENTES Y LA INSTITUCIÓN MONÁRQUICA | 27 |
| 1.1 La Congregación benedictina de Saint-Maur (1618-1790) | 28 |
| 1.1.1. La erudición o la resurrección de una cristiandad independiente de Roma (1650-1710) | 33 |
| 1.1.2. La erudición al servicio de la gloria galicana (1710-1760) | 41 |
| 1.1.3. Los benedictinos al servicio de la monarquía (1760-1790) | 51 |
| 1.2. La Académie des Inscriptions et Belles-Lettres (1663-1793) | 54 |
| 1.2.1. El Colbertismo cultural o la circulación de bienes culturales al servicio de la monarquía | 56 |
| 1.2.2. La 'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres y su institucionalización como factoría archivística | 63 |
| 1.2.3. La historia de Francia y el atesoramiento de fuentes: un paso más hacia la acumulación documental | 68 |
| 1.2.4. Obras y proyectos más relevantes | 73 |
| 1.3. Le Cabinet des chartes (1762-1790) | 76 |
| 1.3.1. La idea de un depósito general de las leyes | 76 |
| 1.3.2. Institucionalización de la tarea investigadora | 81 |
| 1.3.3. Las publicaciones paralelas del Cabinet des Chartes | 86 |
| 1.3.4. El proyecto de la reforma jurídica y la lucha contra los parlamentos: el caso de las 'remonstrances' | 88 |
| 2. LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y EL DESARROLLO DE LA RED ARCHIVÍSTICA | 101 |
| 2.1. La irrupción de un archivo 'violento': los 'Archives Nationales' | 114 |
| 2.1.1. La ley del 7 de Messidor de año II | 117 |
| 2.1.2. La selección y destrucción de títulos | 125 |
| 2.1.3. Pierre Daunou y la consolidación de los Archives Nationales | 136 |
| 2.1.4. Le Tableau systématique des Archives de l'Empire | 139 |
| 2.2. La 'Bibliothèque Nationale' | 147 |
| 2.2.1. La bibliotecas antes de la Revolución | 149 |
| 2.2.2. La Bibliothèque Nationale y el proyecto de la 'Bibliographie Universelle de la France' | 157 |
| 2.2.3. Las confiscaciones y la Bibliothèque Nationale: una relación ventajosa | 168 |
| 2.3. La Monarquía de Julio o el asentamiento de Clío | 174 |
| 2.3.1. 'Le Comité des travaux historiques et scientifiques' | 179 |
| 2.3.2. El encuadramiento de las sociedades eruditas | 183 |
| 2.3.3. La 'École des chartes' | 187 |
| 2.3.4. El tiempo de los inventarios: nuevas herramientas de investigación | 193 |

| | |
|---|-----|
| 2.3.5. Las bibliotecas municipales | 196 |
| SEGUNDA PARTE | 201 |
| 3. EL MOMENTO 'METÓDICO'. LA DISCIPLINARIZACIÓN DEL SABER HISTÓRICO EN FRANCIA | 203 |
| 3.1. Las reformas en la Enseñanza superior y el protagonismo de los historiadores metódicos | 212 |
| 3.1.1. La longevidad del sistema de facultades napoleónico | 214 |
| 3.1.2. 'Lehrfreiheit und Lerrfreiheit': al otro lado del Rin | 220 |
| 3.1.3. Las reformas republicanas o el inicio de la autonomización disciplinar de la Historia | 231 |
| 3.2. La Historia se hace con documentos, sí, pero ¿qué clase de documentos? | 251 |
| 3.2.1. El dogma fundamental de la historiografía del siglo XIX | 253 |
| 3.3. Desterrando a los microbios literarios: pautas para un nuevo territorio disciplinar | 268 |
| 3.3.1. L'introduction aux études historiques | 275 |
| 3.3.1.1. Heurística | 275 |
| 3.3.1.2. El análisis documental de las fuentes: elementos para una 'teoría del documento' | 282 |
| 3.3.1.3. La síntesis histórica: hacia una reutilización fetichista de los acontecimientos | 311 |
| 3.4. La Historia como problema o la irrupción de la Sociología | 339 |
| 3.4.1. Cronología mínima del debate | 341 |
| 3.4.2. Una lectura histórica del debate: contexto y conflicto institucional | 347 |
| 3.4.2.1. La Sociología... dientes pequeños pero afilados | 349 |
| 3.4.3. Contra la historia historizante: la epistemología en disputa | 360 |
| 3.4.3.1. Teorías sin hechos o hechos sin teoría: la disputa en torno a la abstracción y el método científico | 367 |
| 3.4.3.2. El problema de la causalidad en Historia | 380 |
| 4. CONCLUSIONES FINALES | 407 |
| 5. BIBLIOGRAFÍA | 423 |
| 6. ABSTRACT. OBJECTIVES AND CONCLUSION / RÉSUMÉ DE LA THÈSE. OBJECTIVES ET CONCLUSIONS / RESUMEN DE LA TESIS. OBJETIVOS Y CONCLUSIONES DE LA TESIS | 439 |
| 7. ANEXOS | 455 |

0. Presentación del tema

De acuerdo con la convención habitual de las presentaciones, quisiéramos examinar aquí, de forma general, algunas de las cuestiones que plantea el presente estudio, que trata sobre la profesionalización del saber histórico en la primera época de la Tercera República francesa, antes de la Primera Guerra Mundial.

¿Cómo se ha constituido un espacio *disciplinar* llamado ‘Historia’? ¿Cuáles son las condiciones que han hecho posible este acontecimiento? ¿Quiénes son los actores?

La respuesta a estas cuestiones constituye lo esencial del presente texto. Es más, con ellas se abre un inmenso campo de investigación social, un campo que, naturalmente, no puede agotarse en un solo y primer acercamiento. Por eso el trabajo que proponemos es un trabajo necesariamente limitado, pero al menos tiene la virtud de articular dos elementos importantes:

- el primero de ellos tiene que ver con los elementos que configuran la identidad epistemológica de la Historia¹, para lo cual se ponen de manifiesto aquellos aspectos que proporcionan la consistencia formal de una disciplina: la codificación del método, la estabilización de un objeto, la construcción de los modelos de causalidad, etc.

- y el segundo, se refiere al examen de los procesos institucionales que han hecho posible esa relación gnoseológica, habida cuenta de que tales procesos plantean un abanico de posibilidades que un acercamiento como éste no puede pretender agotar.

Pese a ello, ambos elementos proporcionan buenas pistas para saber lo que sucede cuando una actividad cognoscitiva adquiere un estatus *disciplinar*. El caso de la ciencia histórica constituye un ejemplo conocido. Para existir, para hacerse reconocer y desarrollarse como disciplina, la Historia ha tenido que acondicionar su estructura de acuerdo a las condiciones tácitas de una sociedad de normalización (control, examen, estandarización procedimental, etc.).

Por supuesto, esto no significa que la Historia carezca de una tradición precedente; ahora bien, la diferencia estriba en que ahora su estructura interna se transforma a la luz de los cambios que afectan al desarrollo de una comunidad basada en criterios racionales y burocráticos.

¹ De aquí en adelante utilizaremos el término 'Historia', en mayúscula, para referirnos solo a la historia-saber, y en concreto a la forma que esta última asume en la época de la profesionalización disciplinar en el siglo XIX. Por el contrario, cuando utilicemos el término en minúscula será para referirnos solamente a la realidad pasada.

En otras palabras, el paso a una sociedad burocrática conlleva cambios importantes que afectan a la manera en que se configuran y se relacionan los saberes. En concreto, se pasa de un contexto caracterizado por la dispersión de los saberes (y en general de los bienes culturales) a otro en el que la circulación y la producción de los mismos presuponen los códigos y los controles comunicacionales de una sociedad burocrática.

Con ello no es que desaparezcan los saberes anteriores, pero sí cambian las condiciones materiales de su producción y su despliegue, lo que significa que también cambia la ordenación interna y el conjunto de relaciones institucionales que sustenta la producción y la circulación de los mismos.

El resultado es una configuración cognitiva novedosa. Un espacio en el que la única condición para el desarrollo del conocimiento (del conocimiento legítimo, se entiende) es su conversión en un territorio disciplinar, un espacio en el que una comunidad auto-delimitada de investigadores moviliza un conjunto de prácticas mediante las cuales se efectúa una selección organizada de la 'factualidad', con sus problemas, sus objetos, sus evidencias procedimentales y toda una serie de formas de inferencia y de analogía que reproducen un sentido *específico* (disciplinar) de la racionalidad².

De ahí el título que encabeza este estudio. Sin duda un título llamativo a la par que provocador. Decir que la Historia tiene su propia historia no es situar solamente esa realidad en el curso del tiempo, es reconocer que se trata de un fenómeno cuya emergencia depende de un espacio de inteligibilidad determinado, según el cual la posibilidad de que ocurra un fenómeno está ligada a la naturaleza del sistema donde aquel concurre, es decir a la estructura social que la hace posible.

La Historia no es una excepción a esta regla; como *disciplina*, combina un conjunto de recursos organizados en base a un dispositivo que asegura el compromiso en torno a un objeto de conocimiento. En esta línea la Historia configura los cánones de su organización disciplinar en términos similares a los de las sociedades burocráticas. No existe una diferencia importante pero tampoco una relación funcional, tal que esta última pudiera explicar el surgimiento del dispositi-

² Sin duda el término 'disciplina' guarda una relación directa con la idea de 'matriz disciplinar' establecida por Th. Khun. En términos generales, la 'disciplina' o 'matriz disciplinar' trata de subrayar la dimensión colectiva y normalizada de los saberes modernos. En ellos se comparten objetos, valores, ejemplos de soluciones a problemas que constituyen referencias comunes al conocimiento, formas unificadas de instrumentación analítica, etc. Una aproximación conceptual al término en Fabiani (en Revel et al, 2006: 11-34) y Kuhn (2006).

vo 'disciplinario' de la investigación histórica como una respuesta a las exigencias sociales del poder.

Dicho de otro modo, es preciso plantear que existe un paralelismo entre las transformaciones institucionales y operativas de una sociedad burocrática y la constitución de una disciplina del conocimiento, pero al mismo tiempo debe quedar claro que se da una cierta autonomía de esta última y que por tanto dichas transformaciones generales se verán traducidas *dentro* de las leyes de funcionamiento de ese campo.

De ahí la pertinencia de estudiar los procesos disciplinares: antes no es que no existiese historiografía, es que no existían las mismas evidencias procedimentales ni los mismos criterios de autenticación discursiva que hoy se nos antojan evidentes. Lo que significa que la Historia, tal y como la conocemos, es decir, como un espacio profesional centrado en el pasado y en la lectura crítica de las fuentes, es un fenómeno relativamente moderno, que hunde sus condiciones de desarrollo en los cambios acaecidos en las sociedades europeas a lo largo de los siglos XVIII y XIX.

El objetivo del presente estudio es relatar algunos aspectos que concurren en este proceso.

...

Ahora bien, planteado de este modo el análisis resulta demasiado general. En efecto, ¿Cómo realizar un estudio de estas características? ¿A partir de qué transformaciones o qué procesos de conjunto?

Una respuesta rápida diría lo siguiente: la profesionalización del saber histórico, es decir la constitución de un espacio lógico e institucional llamado Historia, es un proceso que se remonta a las reformas universitarias realizadas con la Tercera República. Es cierto, no obstante, existen un cúmulo de transformaciones previas que concurren a la creación de un dispositivo 'disciplinar' del saber histórico.

Así, aunque la historia se haya profesionalizado con las reformas universitarias estas últimas solo parecen efectivas a partir de la existencia de una infraestructura archivística que suministra los materiales de trabajo (una red de bibliotecas, archivos accesibles al público, grandes colecciones de fuentes, catálogos documentales, etc.) con los que trabaja el historiador profesional.

Sin esto no hay ciencia histórica propiamente dicha; a lo sumo, un saber de naturaleza historiográfico, pero en ningún caso un espacio institucional caracterizado por una metodología unificada y por formas institucionalizadas de control e influencia. Para ello como decíamos se requiere la presencia de una infraestructura previa, la única por así decirlo que hace posible una sociabilidad documental acorde con la comunidad estable y normalizada de trabajo.

Su estudio por tanto resulta ineludible, máxime cuando se trata de un estudio como éste, centrado en las condiciones de producción del dispositivo disciplinar del saber histórico. En ese sentido hemos decidido dividir la investigación en dos partes diferenciadas, dentro de las cuales se irán desarrollando los diferentes capítulos de la investigación. Expliquémoslo de manera abreviada:

1/ En la primera parte, nos centraremos en aquellos procesos que han influido en la creación de la infraestructura archivística francesa. Para lo cual será preciso desdoblar el análisis en dos capítulos diferentes.

El primero de ellos estará centrado en la época de las monarquías administrativas. Una época donde la compilación y la publicación de fuentes adquieren niveles verdaderamente inusitados, sobre todo cuando esas prácticas versan sobre antigüedades eclesiásticas o materiales de naturaleza jurídica.

Nuestro cometido en estas páginas no consistirá en catalogar solamente las instituciones dedicadas a la producción de fuentes; tal actividad, como es lógico, puede resultar interesante, pero más lo es el hecho de insertar sus productos culturales (colecciones de fuentes jurídicas, políticas, eclesiásticas, etc.) en el conjunto de las luchas y los procesos políticos que tuvieron lugar entre las distintas instituciones de poder (monarquía, Parlamentos, Santa Sede).

Así, viendo cuáles fueron esas instituciones, viendo cuáles fueron sus interacciones podremos conocer las condiciones en las que fueron construidas y utilizadas las fuentes documentales de la época. Ahora bien, esta información apenas sería pertinente si no fuese por el hecho de que tales materiales (catálogos, colecciones de fuentes, índices) constituyen a su vez la infraestructura documental utilizada por los historiadores del siglo XIX.

Por su relevancia, por su enorme vastedad y su alto valor en términos cualitativos, las fuentes documentales publicadas en el *Ancien Régime* merecen una especial atención en el conjunto de

las investigaciones dedicadas a la profesionalización del saber histórico, si no como agentes directos al menos sí como elementos preconstituyentes del mismo.

En la misma perspectiva cabe mencionar las transformaciones archivísticas producidas por la Revolución francesa. De esta última, por lo general, se habla solo para recordar los cambios que afectan al régimen político de Francia, pero se deja al margen, quizá por desconocimiento, las numerosas consecuencias que tales cambios han tenido para la fisonomía del espacio archivístico.

El objetivo del segundo capítulo consistirá entonces en analizar estos cambios en relación al acceso y a la comunicación archivística, condición indispensable para el desarrollo de una comunidad de trabajo basada en la consulta y el estudio regular de los documentos.

Para ello deberemos centrar el análisis en dos fenómenos complementarios: por un lado, el estudio de las instituciones públicas (*Comité des travaux historiques, École des chartes*) dedicadas a proseguir la tarea compiladora, tarea que había sido interrumpida y que no obstante se retoma después, bajo el contexto de la Monarquía de Julio, con el objetivo de publicar fuentes inéditas de la historia de Francia. Y por otro, el análisis de aquellas instituciones (*Archives Nationales, Bibliothèque Nationale française, Archives départementales*, etc.) donde fueron a parar los numerosos materiales producidos tras la nacionalización de bienes promulgada por la Asamblea constituyente. En efecto, ¿qué hacer con toda esa masa creciente de objetos y papeles que habían pertenecido al clero y a la aristocracia?

Sin duda este aspecto será fundamental para comprender el desarrollo del primer bloque de la investigación, dado que buena parte del origen de los depósitos documentales se gestan precisamente aquí, al calor de reformas políticas (leyes de confiscación) que sin responder originariamente a motivaciones intelectuales o historiográficas sí parecen estar en la base de la infraestructura archivística que ha hecho posible la profesionalización histórica.

En ese sentido conviene leer estas páginas con una cierta precaución. De nada vale introducirse en ellas si lo que se quiere es ver una cronología detallada en términos históricos. Nuestro objetivo no es desarrollar un cuadro minucioso del campo sino tratar de ubicar esta infraestructura en el contexto de una historia social más amplia, según la cual el análisis de las disputas políticas, lejos de constituir un elemento independiente del campo histórico, marca profundamente su génesis y sus etapas, en la medida en que configura una trama de sentido sin la cual no es posible

comprender el surgimiento de la infraestructura (fuentes, catálogos, inventarios, archivos, bibliotecas) y la profesionalización histórica.

Dicho de otra manera, el objetivo no es realizar una historia de la historiografía francesa, sino tratar de comenzar el análisis por aquello que habitualmente se da por sentado, y que no obstante es el producto de una historia y un conjunto de condiciones específicas, que hacen que los propios documentos aparezcan precisamente como realidades disponibles, cuando en realidad no son más que el producto de un conjunto de operaciones concertadas.

Así, atendiendo al principio rector legado por la historiografía de la época ('la Historia se hace con documentos'), cabe preguntarse entonces cómo se producen estos documentos, es decir cuáles son las condiciones en las que se han recopilado y se han utilizado las fuentes, a fin de ver si tales condiciones han podido reproducir en los propios documentos el sistema de jerarquías implícitos que de los hechos tenían los archivistas.

2/ Posteriormente, daremos paso a la parte dedicada a la profesionalización histórica. Si la Historia se identifica con un espacio autónomo esto implica que también posee una génesis histórica. Saber cuál es esa génesis, advertir los procesos que hacen posible la constitución de esta autonomía es una tarea imprescindible para el estudio de la memoria historio-gráfica.

Este bloque tratará de responder a estas cuestiones, no sin antes ubicar esta empresa en el marco de una reflexión más amplia centrada en el saber y en las transformaciones internas que rigen su producción y las formas de control pedagógico.

El capítulo que integra este bloque pondrá de manifiesto algunos de estos elementos, a sabiendas de que la génesis del saber histórico no denota solo un emplazamiento mental en el que orbitan un dominio de objetos sino también el conjunto de relaciones institucionales que producen y reproducen esa órbita de sentido.

Precisamente por ello este capítulo debe contemplar dos partes distintas, dos partes, si se quiere, acordes con la doble dimensión, a la vez teórica e institucional, que caracteriza el desarrollo de los saberes modernos como conjunto de prácticas codificadas y reconocidas por un colectivo autodelimitado. Así pues, el análisis que presentamos debe reflejar un proceso que se materializa en dos planos distintos: la organización de la formación histórica (a) y la codificación de un método científico (b).

En lo que se refiere al primer aspecto (a), el análisis estará centrado en los procesos de carácter institucional. Se trata de poner de manifiesto los factores que han influido en la creación del dispositivo formativo del saber histórico. Para ello es preciso remontarse a las reformas universitarias realizadas por la III República, y en concreto por aquellos aspectos que atañen a la reorganización interna de las Facultades de letras y al desarrollo de un itinerario especializado en la formación histórica.

En consecuencia, no basta con realizar un inventario de las medidas republicanas; esencial es también ubicar estas medidas en el marco de una transformación global del mercado universitario, lo que significa que la configuración misma de la Historia, esto es, su autonomización como espacio profesional, no es solo el producto de un refuerzo organizativo, sino el resultado de una institucionalización pedagógica basada en formas codificadas de control y de influencia, tal que estas últimas permitan edificar un territorio disciplinar (Historia, Física, Química, etc.) caracterizado por la estabilización de un objeto y la existencia de un colectivo de personas que comparte un acuerdo básico acerca del modo en que se debe hacer un saber científico 'serio' o 'normal'.

El objetivo de la segunda parte (b) consistirá entonces en ver cómo esta institucionalización de la enseñanza se combina con la codificación de procedimientos metodológicos, de tal manera que la combinación de ambas realidades da como resultado la creación de un espacio profesional (también un emplazamiento cognitivo) llamado Historia.

A este respecto, trataremos de precisar cuáles son las formas de instrumentación analítica practicadas en la Historia, asumiendo el hecho de que tales procedimientos también ponen en marcha un conjunto de implicaciones (p. ej. la decisión de lo que son fuentes históricas, la decisión *de lo que en ellas es representable*, su modelo de causalidad 'histórica', etc) que afectan al modo en que va a producirse la reconstrucción discursiva del pasado.

En este punto estamos pues obligados a referirnos a obras o historiadores profesionales. No basta con hablar solamente en abstracto, hay que mostrar en qué actuaciones y en qué tipo razonamientos se pueden rastrear los procesos (organización formativa y codificación del método) a los que acabamos de hacer referencia.

Obviamente se trata de un ejercicio aproximativo. No hay una fecha concreta (tal día, tal lugar) en la que se codifique la metodología histórica como tal, de igual modo que tampoco hay un

historiador o un grupo particular en el que recaigan los resortes legales que administren la estructura y la evolución del método.

Este último recae más bien en la totalidad de la comunidad histórica, sin que sea una sola institución, de las múltiples que lo componen, quien actúe como administradora exclusiva del mismo. Es cierto que hay grupos o instituciones privilegiadas, algunas de ellas con capacidad para innovar o difundir los procedimientos 'normales'; sin embargo, el consenso disciplinar³ que resulta de fondo nunca es atribuible a una sola institución por separado, sino que se trata más bien de un efecto de conjunto, en cuyo caso es posible atisbar qué instituciones específicas desempeñan un papel hegemónico en un momento dado.

Pues bien, atendiendo a estas indicaciones, parece lógico ilustrar este proceso por medio de la obra y las intervenciones de los historiadores *metódicos*. Son ellos quienes mejor responden a las demandas requeridas por el plan de la investigación, pues son ellos quienes han contribuido de manera decisiva a establecer una forma articulada y coherente del método histórico, además de participar activamente en la reforma y el diseño de los estudios históricos en la Tercera República, tanto en la enseñanza secundaria como en el ámbito universitario.

...

Por último, cabe resaltar el carácter exploratorio de esta investigación cuya principal meta estriba en analizar un objeto inusual en el campo de la investigación histórica. La pertinencia de esta investigación se deriva, en parte, de los pocos estudios relativos a la génesis de la disciplinarización del saber histórico. El objetivo no es por tanto cerrar un tema tan vasto como éste sino al contrario, tratar de proporcionar algunas claves que nos permitan un acceso en el que las categorías tradicionales de comprensión científica -léase amor por la verdad, papel concedido a los descubrimientos individuales, etc.- dejen de ser entendidas como el motivo fundamental para explicar la génesis y las transformaciones de la investigación

³ Por 'consenso disciplinar' entendemos esa forma de connivencia intelectual que acompaña a la constitución de toda disciplina científica. Se trata, como dice J. Schlanger (1992: 293), de una competencia que le asiste a un grupo interesado y competente de personas que comparte un sistema de evidencias y anticipaciones procedimentales. Ahora bien, el consenso no impide la existencia del desacuerdo; al contrario, es aquello que justamente lo hace posible. Pensemos por ejemplo en las oposiciones que se producen entre autores, escuelas o modalidades de crítica. Todas ellas pueden estar en desacuerdo sobre las cuestiones que discuten, pero al menos tienen que *estar de acuerdo para discutir sobre tales cuestiones y no sobre otras*, lo cual supone un consenso previo, de naturaleza no reflexiva, en torno al cual se definen los *terrenos sobre los que debe discurrir el desacuerdo y los modos de expresión del desacuerdo*. En ese sentido, el consenso no busca prescribir el contenido material de los enunciados, sino más bien su aspecto procedimental. Es decir, vigila que la producción y el intercambio de los mismos sean realizados de acuerdo a las mismas formas de instrumentación procedimental y las mismas formas de inferencia y analogía. Véase Lenclud (en Revel et al, 2006: 92-93).

1^a PARTE

En la historia del patrimonio cultural y de los sistemas en los que se desarrollan los mecanismos de la memoria colectiva es posible percibir dos formas de análisis: una de ellas, la más tradicional, es aquella en la que la tarea básica del discurso histórico estaría centrada en la descripción de las antigüedades nacionales y en la función que la institución pública desempeña como garante de las mismas. La otra, de naturaleza más compleja, entiende que la función básica del análisis no puede dedicarse a la exaltación beata de los valores promocionados por el poder público sino al modo en que una sociedad construye y utiliza los archivos de su memoria colectiva (Poulot, 2009: 1-24).

Para el primer caso, lo importante es la descripción de la geografía y la extensión del patrimonio, no las formas y las maneras discursivas de construirlo, lo cual conlleva un efecto de legitimación claro al presentar al poder político como garante y precursor del desarrollo y la generalización de los efectos positivos de la ciencia (en este caso, de la difusión e iniciación al pueblo en los misterios de la Alta Cultura). Para el segundo, por el contrario, el aspecto relevante se cierne sobre las formas en que se experimentan y se utilizan las antigüedades, entendiendo por esto último el análisis de la utilización que los poderes políticos hacen de los monumentos así como el papel que desempeña los archivos (y el patrimonio en general) en el desarrollo y la cohesión de una colectividad.

Los capítulos que siguen a continuación se insertan en esta segunda forma de análisis; de hecho, constituyen un intento de poner al descubierto las relaciones de poder que se inscriben en la producción y la conservación documental (Offenstadt y al, 2010: 76): en otras palabras, se trata de explicitar el conjunto de prácticas (preparación y cotejo de fuentes, copias, viajes, etc.) e instituciones archivísticas (creación de depósitos, leyes, etc.) a fin de insertarlas en el espacio de luchas que atraviesa la sociedad francesa de los siglos XVII y XVIII.

Por ello no basta con señalar las prácticas o las instituciones encargadas de publicar y cotejar las fuentes. Esencial es también, y sobre todo, implantar estas prácticas en el universo de relaciones que tuvo lugar entre distintas instituciones de poder. Viendo cuáles fueron esas instituciones, viendo también cuáles fueron sus luchas, podremos ver entonces cuáles fueron las condiciones bajo las cuales fueron contruidos los materiales de trabajo (los documentos, archivos, bibliotecas, los inventarios, etc.) de la historiografía del siglo XIX.

En ese sentido, merece la pena recordar la importancia que tuvo la institución monárquica en la financiación y el desarrollo de la práctica erudita de las fuentes. Es más, se puede decir incluso

que la elaboración misma del pensamiento histórico (erudito) se hizo a petición expresa del poder real y en íntima conexión con la elaboración del pensamiento jurídico de la época, a modo de sustento o justificación histórica ante las tentativas de los parlamentos u otras instituciones de poder (nobleza, Santa Sede).

El análisis que desarrollaremos ahora tratará de tener en cuenta estas cuestiones, a sabiendas de que la práctica y el desarrollo de la actividad histórica constituyen en este momento el lugar privilegiado para la auto-legitimación de la dominación política. Obviamente, esta constatación no debe impedir considerar otras cuestiones, especialmente la capacidad de la historia erudita (archivística) para dotarse de un protocolo de trabajo que le permita diferenciarse de otro tipo de relatos o de la mera opinión, pero si lo hacemos así es porque lo relevante ahora (en este primer capítulo) no es el análisis gnoseológico sino la caracterización de la práctica histórica a la luz de los procesos de legitimación *implícitos* que se desarrollan en su interior.

En este momento, si se quiere, la historia es siempre la historia del poder, en el sentido de que constituye un acontecimiento discursivo donde el poder político (léase, la institución monárquica) hace las veces de *sujeto y objeto* de la enunciación, lo cual introduce una pista importante al respecto de los criterios y las pautas comprensivas bajo las cuales fueron preparadas y articuladas las fuentes históricas.

Por eso no basta con decir simplemente que la historia trata de rastrear el devenir del poder político; lo interesante es señalar que la enunciación histórica (erudita), en tanto que práctica y espacio promovido por la monarquía -esto es, por la movilización consciente e interesada de recursos financieros, humanos y técnicos-, constituye en sí misma un acontecimiento de(l) poder, en el sentido de que genera una forma de discurso cuya *materia* de trabajo (las fuentes documentales) plantea la intervención de una técnica de archivo que dispone y procesa los materiales sobre la base de intereses y necesidades determinadas.

De ahí la expresión utilizada anteriormente para designar esta situación: hablábamos de poder, concretamente de acontecimiento de(l) poder. Ahora bien, la historia es la historia del poder no solo porque narre las peripecias y el devenir histórico de la institución monárquica sino porque las *actas* mismas que utiliza el poder (los documentos y demás materiales) constituyen ya, por la ley que comienza a inscribirse en ellas, verdaderos *actos* de poder, es decir elementos o materiales de trabajo cuya preparación y disposición básica se acomoda (esto es, se articula, se

clasifica, se interpreta) en función del sistema de jerarquías implícito que de los hechos tenían los archivistas.

He aquí otro aspecto clave para comprender el carácter y el sentido con el que vamos a desarrollar el presente capítulo. Así es, el lugar al que llamamos ‘archivo’ no es un simple lugar de almacenamiento de piezas o materiales documentales, es también un espacio en el que se define y se constituye la función o la competencia hermenéutica: su objetivo no es (o no es solo) proteger y segregar los materiales del circuito de las actividades utilitarias, sino *exponer estos últimos a la mirada*, a fin de proporcionar una estructura unitaria que sea capaz de condicionar la mirada de cada objeto por separado (Pomian, 1987: 295).

Con ello evidenciamos un campo de análisis que la archivística tradicional⁴ no tuvo la posibilidad de plantear, al tiempo que nos permite reconsiderar el archivo como algo más que un espacio en el que se amontonan fuentes o materiales documentales, es decir, nos permite pensar el archivo, como señala Jacques Derrida, en función de la ley y los *sentidos implícitos* que comienzan a inscribirse en él, en su autoridad, en sus títulos y su genealogía, en el derecho que él manda, en la legalidad o legitimidad que de él dependen (Derrida, 1997: 11).

Interrogar pues al respecto del archivo significa introducir la sospecha de que la historiografía no se produce de manera auto-suficiente, que tan solo existe localizada en relación a otras prácticas y otras instituciones que concurren y pugnan en una sociedad. Pero significa también que la tarea básica que debemos realizar no es señalar la relación que existe entre fuentes e institución monárquica, cosa más o menos evidente, sino señalar el supuesto de que tales fuentes, tales prácticas orientadas a la clasificación, separación, copia y puesta en orden de los materiales, surgen como resultado de un contexto en el que se ponen en juego las instituciones de una sociedad. El objetivo consiste entonces en hacer ver cuáles son esas instituciones y cuál es la lógica de lucha que las atraviesa, a fin de comprender por qué fue necesaria una ‘política de la investigación histórica’ por parte de la monarquía, tal y como sostiene Blandine Barret-Kriegel (1988c: 97).

⁴ Por ‘archivística tradicional’ nos referimos a toda esa bibliografía que no incluye una reflexión crítica sobre las técnicas de archivo y el esquema de relaciones que comienza a inscribirse en ellas. Son típicas de esta archivística aquellas temáticas relacionadas con la descripción de la geografía y la extensión patrimonial: por ejemplo, la descripción de las construcciones y los depósitos documentales, la publicación de fuentes históricas, la publicación de catálogos o inventarios analíticos para los historiadores, la publicación de manuales para la conservación de los materiales, la historia de la disponibilidad ‘pública’ de las fuentes, etc. Véase Casanova (1928), Lodolini (1993).

Efectivamente, la monarquía francesa, en la época que va del siglo XVII al siglo XVIII, constituye un importante centro de recursos para la investigación y la producción documental. No solo permanece ligada a la producción de hagiografías sino que también desempeña un importante papel en el desarrollo de la *diplomática* y otras empresas relacionadas con la historia del reino y la legitimidad de las pretensiones monárquicas.

Prueba de ello es la indudable perseverancia que ha caracterizado la intervención de la institución monárquica, especialmente en un tema tan complejo y relevante como la institucionalización de la investigación histórica y erudita. Barret-Kriegel señala dos formas básicas de realizar esta intervención: una de ellas, tal vez la más evidente, es aquella que plantea un marco de intervención basado en la reforma o la creación de instituciones específicas, instituciones a las que podríamos llamar ahora, utilizando una expresión no exenta de anacronismo histórico, como ‘academias de la historia’. La otra, igualmente importante, se refiere a otro tipo de intervención en la que la institución monárquica ejerce su influencia en el ámbito de la *tecnología* del saber, esto es, en su puesta en marcha a través de la subvención o la movilización de recursos orientados al desarrollo de la investigación histórica, tales como la creación de depósitos (*Le Dépôt du Contrôleur des finances, Les Archives de la Guerre, Les Archives des Affaires étrangères*, etc.), bibliotecas (*La Colbertine, La Bibliothèque Royale*) o bien financiando misiones literarias al extranjero (p. ej. el viaje de Brequigny a Londres o el viaje de La Porte du Theil al Vaticano, entre otros) u organizando el desarrollo de equipos humanos orientados a la crítica y la copia de las fuentes (*Gabinets des Chartes, Congrégation de Saint-Maur, L’Académie des Inscriptions et des Belles-Lettres*).

De ahí que, al confesar la deuda contraída con la historia erudita, los historiadores del siglo XIX y del siglo XX no duden en definir aquella como un proceso de producción de archivos⁵, hecho éste, además, que no guardaría contradicción alguna con la tecnificación interna del saber histórico, sino más bien al contrario, tal y como veremos a lo largo del tercer capítulo.

Ahora bien, si la pregunta que realizamos ahora es una pregunta por las condiciones materiales del saber histórico, entonces es cierto que nuestro objeto no pasa por el estudio de la *diplomática* en sentido estricto —esto es, el estudio de las técnicas de prueba y de verificación colectiva que inaugura—, sino por el conjunto de luchas y procesos institucionales en los cuales se inserta el desarrollo y la constitución de los *corpus* documentales.

⁵Véase Monod (1876), Seignobos y Langlois (2003: 59-77), Bloch (2006: 81), Febvre (2000).

Para ello es necesario plantear un conjunto de preguntas básicas: ¿cuáles fueron esas instituciones? ¿Constituyen la prolongación continuada de corporaciones antiguas o se trata por el contrario de instituciones creadas *ex profeso* para la preparación de fuentes? Y si es así, ¿bajo el auspicio de qué tipo de instituciones? ¿A partir de qué juego o qué *espacio de luchas* es posible comprender el surgimiento de tales instituciones y tales prácticas? ¿Podemos ponerle nombre y títulos a sus trabajos (fuentes, inventarios y demás herramientas de investigación histórica)?

Plantear estas cuestiones puede resultar injustificado, pero al hacerlo así lo que se constata es una creciente preocupación por parte de la institución monárquica ante las temáticas históricas y jurídicas. ¿Por qué?

La respuesta a esta cuestión constituye un aspecto importante de esta primera parte, pero no lo agota en su totalidad. En efecto, la pregunta por la *infraestructura* documental no concluye ante el análisis de la monarquía y su ‘política de la investigación histórica’. Junto a ello, si se quiere, se produjo otro acontecimiento al que debemos reseñar de manera diferenciada, posiblemente por los efectos ocasionados en el régimen y la mejora de las condiciones que propician el desarrollo de una investigación al margen de los impedimentos (la dispersión y la no accesibilidad) del *Ancien Régime*.

Pues bien, ese acontecimiento al que nos referimos no es otro que la Revolución Francesa, una revolución cuya política en materia documental no dista en exceso de las políticas realizadas por los ministros de la monarquía (especialmente por parte de Jean Baptiste Colbert, Claude Le Peletier, Louis II Phélypeaux de Pontchartrain, Henri-François de Daguesseau y sobre todo, Henri Léonard Jean Baptiste Bertin), pero sí plantea algunas diferencias importantes, especialmente en lo que se refiere a la definición de las fuentes públicas y a la creación de una red archivística en la que se pone de manifiesto el principio de una confluencia de los papeles públicos (Favier y Favier, 1988: 24).

La mejor prueba de esto la encontramos en la creación de los Archivos Nacionales (ley del 7 de septiembre de 1790), verdadero centro de documentos en el que viene a confluir un vasto y heterogéneo cúmulo de depósitos, algunos de ellos de naturaleza arbitraria y profundamente *artificial* (Daunou, 1811). Ahora bien, la particularidad de esta institución no radica en la colecta y el cuidado de un conjunto de papeles novedosos, como si se tratase de un lugar en el que se amontonan actas o informes relacionados con los debates de la Asamblea Constituyente; al contrario, su existencia misma, el hecho de constituirse como tal, revela un tipo de emergencia polí-

tica que solo es comprensible a condición de insertarse en un proceso de transformaciones y reordenaciones más amplias, y cuyos efectos más inmediatos serían la transformación política de las estructuras de coerción e integración administrativa, la nacionalización (ley del 2 de noviembre de 1789) de los bienes eclesiásticos y la supresión de los títulos de la nobleza (ley del 31 de Julio de 1791), medidas éstas que constituyen las condiciones de desarrollo sobre las cuales se asienta la posibilidad de una institución como los Archivos Nacionales.

Dicho de otra manera, los Archivos Nacionales no son un depósito más entre otros; se trata de una institución profundamente especial, ya que su emergencia misma, en tanto que lugar donde se deposita la memoria de la Nación, presupone un conjunto de prácticas políticas orientadas a expropiar, confiscar e incluso destruir, si así lo requiere el *Bureau du triage*, los depósitos de la mayor parte de los establecimientos seculares y eclesiásticos (veremos cuáles) de Francia. Lo que significa que la existencia de esta institución, así como la de los *archivos departamentales* desplegados progresivamente en la geografía francesa (creados por medio de la ley del 5 Brumario del año V), constituyan en sí mismos un acontecimiento *novedoso* (y violento, por qué no decirlo) con respecto al régimen de diversidad documental existente en la sociedad pre-revolucionaria.

Sobre este tema plantearemos múltiples preguntas, algunas de ellas relacionadas con las principales leyes y decretos legislativos (fundamentalmente, el decreto del 7 de septiembre de 1790, la ley del 7 de *Messidor* del año II, la ley del 5 de *Brumario* del año V) concernientes a la creación de los Archivos Nacionales. Así es, ¿cuáles son esas leyes? ¿Qué tipo de novedades introducen con respecto a la *definición* de las fuentes públicas y la *disponibilidad* de las mismas? ¿Existe algún tipo de prescripción en ellas que venga a establecer una predisposición clara (p.ej. el artículo IX de la ley del 7 de *Messidor*) por parte de la *Convención* para seleccionar (pero también destruir) y disponer los archivos existentes? ¿Cómo afecta todo ello a la disposición y la eventual destrucción de los depósitos *antiguos*? En definitiva, ¿de qué manera se hace jugar al patrimonio en relación al *Nuevo* y al *Antiguo Régimen*? ¿Qué instituciones se crean y se dedican al cuidado y la preservación de los archivos y los recursos bibliográficos ocasionados tras los decretos de nacionalización de bienes?

Todas estas cuestiones serán respondidas en el segundo capítulo de la tesis. Ahora bien, el objetivo no consiste en plantear una cronología perfecta de cada ‘episodio’ archivístico, sino presentar un fresco de relaciones en el que podamos atisbar las razones y las políticas que estu-

vieron en la base de la red archivística y de las herramientas documentales utilizadas por la historiografía del siglo XIX. Para ello deberá tenerse en cuenta la prolongación de las tareas compiladora realizada en el siglo XIX, especialmente por la *École des chartes* y el *Comité des travaux historiques et scientifiques*, institución creada bajo el auspicio de François Guizot y cuya tarea básica era publicar documentos inéditos sobre la historia política, moral y literaria de Francia.

Veamos todo esto de manera ordenada. Comencemos por la producción documental desarrollada en el *Ancien Régime* y el papel que desempeña en este punto la monarquía. Posteriormente tomaremos como centro de análisis el conjunto de transformaciones archivísticas desarrolladas tras la Revolución francesa, a fin de ver con todo esto un importante momento para el desarrollo y la constitución de la infraestructura archivística que hizo posible la profesionalización del ejercicio historiográfico a finales del siglo XIX.

1. La producción de fuentes y la institución monárquica

'On appelle du nom général des 'chartes' tous les diplômes et actes publics par lesquels, dans tous les siècles de la monarchie, les Rois, les princes, les évêques, et les seigneurs ont rendu leus volonteé publiques. Ainsi une collection générale de ces sortes de monumens seroit le plus précieux trésor littéraire que l'on pût acquérir'
Mémoire de **Bertin** à Louis XVI sur les dépôts et collections de chartes et les travaux qui en dépendent
1774. (Collection Moreau, n°309, f°102)

'Le personnage central, dans tout l'édifice juridique occidental, c'est le roi. C'est du roi qu'il est question, c'est du roi, de ses droits, de son pouvoir, des limites éventuelles de son pouvoir, c'est de cela qu'il est question dans le système général, dans l'organisation générale, en tout cas, du système juridique occidental'
M. Foucault, *Il faut défendre la société*

'Le propre de l'État bureaucratique, c'est d'avoir suscité une inflation documentaire sans précédent, une prolifération archivistique que les historiens ont beaucoup sollicité sans s'interroger toujours sur les conditions intellectuelles et matérielles de sa production et de sa conservation'
P. Bourdieu, *Sur la Science de l'État*

Antes de comenzar a tratar estas cuestiones, debemos plantear una aclaración previa acerca del carácter y la delimitación temática del presente capítulo. Puede que todo esto suene reiterativo, pero como quiera que no siempre pueda entenderse esta delimitación, parece necesaria una aclaración detallada al respecto. En efecto, lo que vamos a desarrollar ahora no es un recorrido específico por la cronología y los hitos archivísticos desarrollados en el período moderno; al contrario, nuestro cometido será analizar un momento determinado (y determinante) de la práctica documental, a sabiendas de que las primeras muestras de presencia documental se remontan mucho tiempo atrás, posiblemente a los fragmentos de *Grégoire Le Grand* (590-604) o a los diplomas merovingios encontrados en los cartularios de las abadías parisinas (Bautier, 1961: 1124), por no hablar de la práctica habitual en la época, sobre todo a partir de finales del siglo XII, del *Trésor des Chartes* y los cartularios patrimoniales de los grandes señores y monarcas⁶.

⁶ Conocida es por todos la fecha que marca el paso de los depósitos itinerantes a la práctica de los depósitos fijos y permanentes. En 1194, tras la derrota en Fréteval ante Ricardo Corazón de León, Felipe Augusto adopta dos decisiones. Una de ellas, la más lógica, consistía en buscar una revancha rápida ante la afrenta provocada por la dinastía Plantagenet. La otra, por el contrario, constituía una decisión política de importantes consecuencias para la práctica administrativa de la monarquía. Así es, se trataba de no asumir el riesgo de aventurarse en campaña con los archivos y los diplomas que justificaban las prerrogativas reales. La batalla de Fréteval constituye un ejemplo ilustrativo a este respecto: la batalla se perdió, pero tras la huida, la monarquía capeta perdió también los archivos en los que estaban contenidos los títulos y los diplomas que aseguraban sus prerrogativas. A fin de que no se repitiera esta situación, Felipe Augusto optó por guardar tales documentos en un depósito fijo y permanente en la ciudad de

Sea como fuere, una cosa es clara: las prácticas y las instituciones a las que haremos referencia no están aquí por ser las primeras muestras de practica documental, sino por ser expresiones directas de una transformación que afecta a instituciones concretas de poder, instituciones que además se sirvieron de tales prácticas para producir el discurso de las colecciones de fuentes jurídicas y producir a su vez la creencia en la *universalidad* de dicho discurso. Lo cual plantea importantes sugerencias (más tarde lo veremos) acerca del tipo de acumulación política llevada a cabo por la monarquía, especialmente en lo que se refiere a la *apropiación* de los medios de producción simbólica mediante los cuales se construye la *representación legítima* (universalidad) del mundo social⁷.

Nuestro objetivo en las páginas siguientes consistirá en señalar cuáles son las instituciones encargadas de la preparación de fuentes documentales, así como de mostrar el tipo de relación existente entre dichas instituciones y la propia institución monárquica.

1.1. - La Congregación benedictina de Saint-Maur (1618-1790)

La Congregación benedictina de Saint-Maur constituye una de las primeras muestras de trabajo e investigación histórica de la época clásica. De su obra y sus trabajos nos han dejado constancia numerosos historiadores modernos y contemporáneos⁸, pero quizá el aspecto más relevante sea

París. A este depósito se le llamó el *Trésor des Chartes*. Actualmente forma parte de la serie J de los Archivos Nacionales de Francia, y se trata de una colección 'intacta', en el sentido de que no está compuesta de documentos de procedencia diversa. Más información en J. Favier y L. Favier (1988: 7). También en L. Favier (2004: 22).

⁷ Ahora bien, para que la monarquía (y posteriormente el Estado) pueda ser portadora de la 'palabra universal', es decir para asumir ese lugar a partir del cual se puede hablar en nombre de todos y a propósito de la totalidad de un grupo, es necesario poseer el *monopolio* de lo universal. Lo que significa que la 'representación legítima del mundo social', no deba entenderse como una esencia sino como una forma de *capital* específico, es decir un recurso *progresivamente* acumulado cuyo proceso de monopolización supone la existencia de una 'lucha' entre la monarquía (por mediación de sus agentes, sus letrados y sus historiadores) y el resto de agentes sociales que pugnan por el *monopolio del universal*, esto es, por la pretensión de construir una representación legítima del mundo social. Para comprender en profundidad esta dialéctica entre la concentración y la desposesión del capital simbólico que caracteriza la génesis del Estado, véase Bourdieu (2011: 161-166).

⁸ Véase por ejemplo las declaraciones de Xavier Charmes, secretario general del *Comité des travaux historiques et scientifiques* durante la III República: "*Bertin approuva immédiatement le projet de Moreau (...) C'est sans nul doute l'influence qu'il devait à sa haute situation qui lui permit d'obtenir, dès les premiers temps, la collaboration des Bénédictins de la congrégation de Saint-Maur, et de grouper, autour de savants distingués, comme Sainte-Palaye, Foncemagne et Bréquigny, les derniers représentants de cette grande école, qui déclinait déjà, il est vrai, mais qui continuait cependant, non sans honneur, les traditions auxquelles l'ordre de Saint-Benoît avait dû tant d'éclat, et la France une supériorité reconnue sur tout le reste de l'Europe, au XVII^e et au commencement du XVIII^e siècle, dans les travaux d'érudition historique*". (Charmes, 1886a, XXII). También la opinión unánime de G. Monod, fundador de la *Revue historique*: "*Quelque importante qu'ait été l'oeuvre des Jésuites, des Oratoriens, du janséniste (...), elle pâlit à côté des travaux de l'ordre illustre dont le nom seul éveille l'idée d'une érudition inépuisable et d'infatigables labeurs. (...) bien qu'une partie de la gloire intellectuelle attachée à ce nom doive être repor-*

el carácter concertado y colectivo de su trabajo. En efecto, la Congregación de Saint-Maur no es una simple congregación que agote su actividad en fines estrictamente religiosos; a su fe y demás menesteres de la vida monacal, hemos de sumarle una labor incesante de reflexión e investigación histórica colectiva, una labor que sin embargo no pudo realizarse más que a condición de establecer talleres y equipos de trabajo debidamente reglamentados.

Para comprender mejor esta reglamentación hemos de tener en cuenta el conjunto de reformas internas que se pusieron en marcha con la llegada de Grégoire Tarrise en 1630. Una vista rápida a tales reformas nos ayudará a comprender el giro decisivo de los mauristas hacia la investigación histórica y erudita de las fuentes (cartas, actas, etc.). ¿Qué instrucciones, pues, albergan tales reformas?

En este punto seguiremos el marco de análisis esbozado por B. Barret-Kriegel (1988a). A este respecto lo primero que tal vez convenga señalar es que la congregación maurista es ante todo una renovación moderna de la vieja orden benedictina creada en el siglo VI. De hecho, la congregación extrae su propio nombre de Saint Maur, discípulo romano de Saint Benoît, y al cual se le atribuye la introducción en la Galia de las reglas (*Regula Monasteriorum*) que guiaban la vida de los monjes en las comunidades de tipo benedictino. Estas últimas, como se sabe, constituyen la expresión más clara de lo que suele entenderse por vida monástica: un ascetismo de corte espiritual, una vida en colectividad y en clausura, así como una gestión del tiempo perfectamente ordenada en función de lo que Saint Benoît llamaba la “Obra de Dios” (*Opus Dei*), y que consiste básicamente en plantear una economía temporal basada en liturgias y trabajo manual.

No obstante, esta predilección por el trabajo manual se ve rápidamente desplazada en el momento en que se producen las reformas de las órdenes monásticas a comienzos del siglo XVII, justo cuando aparecen las nuevas congregaciones eclesiásticas e intenta combatirse el avance y la influencia creciente del protestantismo. La congregación de Saint-Maur aparece precisamente en este contexto: surge en 1618 aunque podemos remontar su origen algunos años antes, si entendemos que la fundación de la Congregación de Saint-Vannes de Verdún, fundada en 1604 a

tée aux Bénédictins du moyen âge, la plus grande part en revient à la congrégation créée en 1627 sous l'invocation de Saint-Maur, et qui avait pour siège principal l'antique abbaye de Saint-Germain-des-Prés”. (Monod, 1976a: 20).

iniciativa de Didier de la Cour, ejerció algún tipo de influencia en la constitución de otras congregaciones de características similares⁹.

A este respecto, conviene matizar el hecho de que, ya en aquellos años, varios monasterios franceses (Saint-Augustin de Limoges, Saint-Julien de Noailles, Saint-Faron de Meaux, etc.) pretendían agregarse a las congregaciones lorenas, cosa que resultaba difícil pues en aquel momento Lorena era una región independiente de la corona francesa, y por tanto, a instancias de la monarquía borbónica resultaba preferible crear una congregación francesa, eso sí, utilizando el mismo modelo de reforma que las congregaciones desarrolladas años atrás en territorio lorenés¹⁰.

Pues bien, en consonancia con esta decisión surge la Congregación benedictina de Saint-Maur, una congregación a la que el impulso institucional de Richelieu, por aquel entonces primer ministro (mediados de la década de 1630), debe sin lugar a dudas mucho. , especialmente en lo que se refiere a su papel en la fusión de las casas benedictinas y cluniacenses de Francia. (Knech, 2009: 47). Tanta fue la influencia de la congregación que a comienzos del XVIII la orden contaba con más de 190 monasterios repartidos en varias provincias (Île-de-France, Normandie, Bretagne, Chezal-Benoît, Bourgogne, Gascogne) del reino francés, siendo la abadía de Saint-Germain-des-Prés el lugar donde residía el Superior General de la congregación¹¹.

Ahora bien, al margen de tal suma de fechas, lo cierto es que la congregación reclama nuestro interés por ser uno de los focos más importantes de la investigación diplomática de la época. ¿Por qué? Para responder a esta pregunta hemos de referirnos a las reformas internas establecidas por Grégoire Tarrisse tras su llegada a la abadía de Saint-Germain-des-Prés (1631). De estas últimas obviaremos los aspectos más administrativos, es decir aquellos que tienen que ver con la

⁹ En ese sentido, merece la pena reproducir la petición realizada por María de Medici, reina regente, al Papa en la cual se alentaba sobre la necesidad de llevar a cabo una reforma en la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Aunque la petición fue admitida por el Papa en 1614, aquella no tuvo lugar hasta algunos años después. Dice así: “(...) *C’est pourquoy nous prions et requerons Votre Saintité, autant et si affectueusement que faire pouvons, en commander un bref ou autre expedition favorable et nécessaire, adressant à nos cousins les cardinaux de Joyeuse et de la Rochefoucault et un autre aux pères religieux qui feront la réformation sous le cardinal commissaire, en vertu desquels brefs ils puissent se transporter en laditte abbaye et proceder à la réformation comme ils verront et connaîtront être nécessaire, et pour autant qu’ils nous a été fait très honorable récit de la congrégation naguères érigée en Lorraine sous le nom de Saint-Vannes, les pères de laquelle vivent selon la pureté de la règle de Saint-Benoît et tiennent plusieurs monastères tant en Lorraine qu’en ce royaume, nous desirons les introduire en laditte abbaye de Saint-Germain (...) Écrit à Paris, ce jour du mois de may 1614*”. (Citado en Piolin, 1891 : 131-132).

¹⁰ Así es, fue durante el capítulo general celebrado en Toul, el 18 de mayo de 1618, cuando se decidió que los monasterios de Francia formasen una congregación diferenciada, adoptando para ello el patronazgo de Saint-Maur, por ser el discípulo preferido de san Benito y el primero en introducir las *reglas* benedictinas en Francia. Véase, *Ibíd.*, p. 134.

¹¹ Para el tema de las cifras de las abadías y el número de monjes adscritos a la congregación, véase la comparativa establecida por Barret-Kriegel (1988a: 104).

organización jerárquica de la institución o con su gestión administrativa, y en su lugar trataremos de adentrarnos en aquellas cuestiones que atañen solamente al papel de la formación intelectual de los monjes. Con ello se tratará de hacer ver por qué una congregación como ésta pudo hacer suya la tarea de poner en marcha el desarrollo (en ocasiones inacabado) de obras y programas de investigación erudita.

El papel del trabajo intelectual en Saint-Maur

Aunque pueda resultarnos sorprendente lo cierto es que el trabajo intelectual no siempre ha gozado de buena salud en la historia de la orden benedictina. Es solo a mediados del siglo XVII cuando este último adquiere una relevancia inusitada. Para entender mejor todo esto basta con circunscribir este desplazamiento (del trabajo manual al trabajo intelectual) a las reformas internas de la congregación, concretamente a la elaboración del código de gobierno realizada por Grégoire Tarrise bajo el nombre de *Constitutions de Saint-Maur* (Tassin, 1770: 55). En ellas podemos distinguir dos partes diferenciadas: las *Déclarations*, que serían las reglas que componen la disciplina regular de la orden benedictina, y las *Constitutions*, que contienen el régimen y la organización interna del gobierno de la propia congregación (Barret-Kriegel, 1988a: 42-44). Pues bien, de todo esto nos interesan solamente las *Constitutions*, y más en particular, los capítulos específicos en los que se consagra al trabajo intelectual como una actividad digna de ser desarrollada en la congregación. En concreto, nos interesa el capítulo XLVIII¹², pero también el conjunto de documentos internos (circulares, cartas, instrucciones, etc.) que se enmarcan dentro de la estela ideológica de las *Constitutions*, y en los cuales se pone de manifiesto no solo la importancia que desempeña el trabajo intelectual para la comprensión de las Escrituras sino también la necesidad de organizar el estudio y la formación de los monjes.

Obviamente, será ese plan, ‘*con controles recíprocos e intercambios constantes*’ lo que determine la orientación decisiva de los mauristas hacia la investigación histórica (Barret-Kriegel, 1988a: 43). Es decir, será esa formación y esa organización de la enseñanza lo que propicie un marco perfectamente adaptado a la programación de estudios colectivos, a la organización de una falange de trabajadores empedernidos que llevarán una labor metódica y continua en sus investigaciones, gracias precisamente a una sólida formación (*Ibidem*).

¹² En relación al papel del trabajo intelectual, véase Ad. Cap. XLVIII, 5-7; ed. 1646, p. 167: “*Ut vero fratres nostre et lectione divina maiorem consolationem ac uberiores fructum percipere et alacrius vitae solitariae labores et exercitia subire valeant, hortamur superiores... ac subinde in cellis suis ad Dei gloriam et animarum suarum profectuum utiliter possint occupari*”. Citado en Salmón (1957: 113).

Ahora bien, antes de señalar los trabajos y los programas desarrollados por los mauristas, cabe precisar algunas pinceladas sobre la formación y la enseñanza de los monjes benedictinos. En efecto, ¿qué disciplinas constituían objeto de su aprendizaje? ¿Existía en todo ello una reglamentación formal?

Con respecto a la primera pregunta baste con recordar el hecho de que hablamos de una institución religiosa, lo que significa que tanto las disciplinas impartidas como su propia reglamentación estaban perfectamente supeditadas al estudio de las Escrituras: de ahí la importancia concedida a la Filosofía y a la Teología, especialmente al derecho canónico, pero también al estudio de disciplinas auxiliares como el Hebreo y las lenguas orientales¹³, lo que supuso una formación importante para el trabajo de programas de investigación colectivos.

Todo ello sin embargo estaba debidamente reglamentado por medio de un ciclo de estudios encargado de asignar los años de aprendizaje correspondientes a cada disciplina, así como el lugar –entre los diferentes monasterios de cada provincia- en donde debían impartirse cada una de ellas. Por lo que respecta al primer aspecto, cabe señalar que la formación de los monjes no era un aspecto secundario; es más, su realización se prolongaba durante un periodo de 8 años, de los cuales, como señala B. Barret-Kriegel, los primeros años estaban consagrados a seminarios en humanidades, después a Filosofía y Teología, y finalmente a ejercicios de ascetismo espiritual muy riguroso (*Ibidem*).

A todo esto sin embargo debía sumársele el hecho de que no siempre un monasterio presentaba la posibilidad de impartir cualquier disciplina; al contrario, lo normal era que cada disciplina fuese impartida en las abadías designadas a tal efecto en cada provincia (Salmón, 1957: 113), de modo que la formación de todo monje suponía la obligación de pasar por diferentes abadías a lo largo de su aprendizaje, lo cual constituye un factor a tener en cuenta para el desarrollo y la promoción interna del trabajo colectivo dentro de la congregación.

Veamos, pues, qué obras y qué trabajos pueden ser adjudicados a la congregación benedictina de Saint-Maur. Con ello se tratará de poner de manifiesto qué tipo de materiales documentales fueron confeccionando la materia de trabajo de la historiografía posterior.

¹³ La historiadora B. Barret-Kriegel señala a este respecto que el propio G. Tarrise convocó a Thomas du Four, profesor de hebreo, en el interior de la congregación. Su objetivo era confiarle una docena de monjes y confeccionar una gramática de hebreo para su posterior enseñanza en los monasterios. Algo parecido ocurrió con el

Trabajos y talleres de trabajo: la movilización colectiva al servicio de la constitución de los corpus documentales

En este epígrafe dejaremos de lado las cuestiones relativas a la metodología y las técnicas de prueba contenidas en los trabajos de los mauristas. Su relevancia, como es lógico, resulta incuestionable, pero esto no implica que tengamos que hablar de ellas en un capítulo como éste. De hecho, lo haremos más tarde, cuando desarrollemos un capítulo entero centrado en los factores y los presupuestos epistemológicos que condicionan el pensamiento y la investigación histórica del siglo XIX. Por el momento, bástenos con hablar de los programas de investigación colectiva desarrollados por la congregación benedictina, a sabiendas de que lo importante no es centrarse solamente en el número sino en tratar de enmarcar esta misma “bibliografía” dentro de marcos o líneas de investigación más o menos definidos, ya fuese por la propia congregación benedictina (obras relativas al primer periodo de ‘historia eclesiástica’) o bien por la influencia de la institución monárquica y sus intereses relativos a la historia civil del reino o de sus provincias (obras relativas al segundo periodo de ‘historia civil’).

Pues bien, para empezar a hablar de todo ello podemos tomar como punto de partida la cronología establecida por Madeleine Laurain en su análisis sobre los trabajos benedictinos (Laurain, 1957: 231-271). Así pues, podrían distinguirse tres periodos de producción maurista:

Uno de ellos, el primero (1650-1710), estaría centrado en la historia interna de la orden y en la producción de trabajos sobre las antigüedades eclesiásticas del reino. El segundo (1710-1760), sin duda la etapa más prolífica, estaría dedicada a la confección de trabajos eruditos centrados en las antigüedades profanas y la historia civil del reino. Y por último, un tercer periodo (1760-1790), profundamente decadente, donde trató de ultimarse muchos trabajos iniciados por la generación anterior, lo que significaba que los mauristas se vieron obligados a desarrollar sus dotes intelectuales en otras empresas documentales, estas últimas bajo dirección ajena a la propia congregación.

Veamos tales periodos por separado.

1.1.1. - La erudición o la resurrección de una cristiandad independiente de Roma (1650-1710):

Derecho Canónico, cuyo estudio fue objeto de enseñanza por parte de Dartis, por aquel entonces profesor del *Collège de France*. Véase Barret-Kriegel (1988a: 44).

Durante este periodo el desarrollo de las publicaciones y las compilaciones de fuentes se caracterizó por la temática religiosa y la glorificación de la orden. Entre sus preferencias temáticas, cabe destacar la historia interna de la orden o el desarrollo de trabajos sobre las antigüedades eclesiásticas del reino, sin pasar por alto el desarrollo no menos voluminoso de importantes obras dedicadas a la historia de la iglesia primitiva o la figura de célebres representantes de la patrística cristiana¹⁴.

Hay que señalar sin embargo que esta primera trayectoria no resulta inteligible por si sola; al contrario, su producción y la puesta en práctica de la erudición colectiva responden a un momento muy concreto de la historia de la iglesia, un momento en el que el estudio de las antigüedades eclesiásticas representa algo más que un mero deleite de carácter intelectual. Así, al desarrollar este tipo de trabajos, los mauristas no pretenden realizar una mera crítica del protestantismo religioso. Lo importante quizás era otra cosa: lo importante era señalar que la producción de aquellas obras constituía un intento de contribuir a la pugna entre la iglesia galicana y las pretensiones políticas y eclesiásticas del Papado.

De ahí la necesidad de recurrir a la historia, y más en particular a la historia de la iglesia antigua. Con ella se suministraban importantes materiales para entender la existencia de una cristiandad independiente, a la vez arcaizante e innovadora. La búsqueda y el conocimiento de sus antigüedades nos brinda *una imagen de la sociedad diferente*, en la que los Papas obedecen al poder temporal y la iglesia es solamente una federación de iglesias locales, gobernadas por concilios eclesiásticos que se convocaban con el beneplácito expreso de los emperadores (Neveu, 1994: 208).

Ahora bien, junto a esta clave, más o menos revolucionaria, aparecía también otra idea según la cual la iglesia galicana, con sus tradiciones y costumbres específicas, se presentaba como *heredera directa* de la iglesia antigua.

He aquí la clave de los discursos benedictinos, lo que sin embargo indica hasta qué punto el recurso a las antigüedades eclesiásticas (recurso utilizado ya por los *legistas* en el siglo XVI) repercutía en la defensa de la iglesia francesa (y por ende, de la monarquía francesa en tanto que

¹⁴ Por supuesto, todo este conjunto de temáticas no constituye un proyecto exclusivo de los mauristas. Antes que ellos, y de manera incluso coetánea, es posible encontrar las obras de algunos eruditos reconocidos como Jean Bolland, y su *Acta Sanctorum* (cuyos dos primeros tomos se editaron en 1643). También podemos encontrar la obra colectiva realizada en Port-Royal, y en particular la de Sebastien le Nain de Tillemont (1637-1698). Una visión panorámica de la erudición eclesiástica en el siglo XVII, véase Neveu (1994).

promotora) como heredera legítima “*de las tradiciones del episcopado y del convento de los primeros siglos en donde el Concilio predominaba sobre el Papa*” (Barret-Kriegel, 1988a: 56).

De ahí la financiación y la promoción interna de la congregación maurista por parte de la monarquía. Esta última no ve a la iglesia francesa sino como un medio para reforzar su poder. Así es, al plantear el cuestionamiento de las prerrogativas pontificias¹⁵, el galicanismo trajo consigo el apoyo a favor del poder monárquico, consiguiendo que esta institución figurase no solo como un poder que inscribe su acción en las cuestiones temporales, sino también en algunos aspectos de carácter eclesiástico, ya fuera asignando cargos en la iglesia, ya fuera supervisando los decretos papales en el reino francés¹⁶.

La congregación benedictina de Saint-Maur se integra a la perfección dentro de este contexto religioso. Es más, tanto su constitución interna como la movilización colectiva que plantea su trabajo (erudito) solo pueden entenderse a condición de insertarse en este panorama de controversias eclesiásticas, que es a la vez un panorama canónico, organizativo y litúrgico. En ese sentido merece la pena destacar el papel que desempeña Richelieu en la consolidación y el desarrollo de los monjes mauristas, especialmente durante los primeros años de la congregación, cuando todavía no era elevado el número de abadías adscritas a su rama y el poder de los mauristas solicitaba la protección de figuras políticas que promocionasen el desarrollo y la implementación de las reformas eclesiásticas en otras abadías. Prueba de ello es la reforma interna llevada a cabo por Richelieu en la abadía de Cluny¹⁷, así como la voluntad manifiesta¹⁸ que mostró el cardenal

¹⁵ La exposición más elaborada de dicha oposición se puede encontrar en las *Declaratio cleri gallicani* (1682), escritas por J. B. Bossuet, y que se resumen en 4 artículos bien conocidos. El primero de ellos (1) señala la prioridad de los poderes temporales en los asuntos políticos del reino, con independencia de toda autoridad eclesiástica. El segundo (2) se centra en los asuntos espirituales, señalando la subordinación del Papa y la Santa Sede a la autoridad de los Concilios generales. El tercero (3) sostiene la independencia de las reglas de la Iglesia francesa respecto a la Santa Sede. Y por último, el (4) artículo que acaba aceptando el valor del juicio del Papa, pero solo a condición de que la promulgación haya contado previamente con el apoyo y la aceptación necesaria de la iglesia entera. Tales artículos pueden encontrarse en Bossuet (1879: 1-4).

¹⁶ Obviamente, nos referimos a las ‘libertades galicanas’, o lo que es igual, al mantenimiento de un conjunto de prácticas y discursos tendentes a legitimar los privilegios del rey francés en materia de ordenación eclesiástica. Así, frente al centralismo de la curia papal, que por aquel entonces (siglo XVII) defendía la doctrina de la infalibilidad del Papa (aún no declarada dogma), el planteamiento galicano defendía una teoría canónica centrada en elementos episcopalistas y conciliaristas, al tiempo que otorgaba un conjunto de prerrogativas (derecho de patronato y de regalía) a la institución monárquica en su relación con temáticas y derechos eclesiásticos. Entre tales derechos, cabe destacar la libertad de la autoridad real para reunir consejos y hacer ley en la iglesia, la prohibición de cualquier tipo de comunicación de los obispos franceses con el Papa sin el consentimiento expreso del propio Rey o “*el privilegio de no permitir que los procesos eclesiásticos se tramitasen fuera de Francia*”. Más información en Aubert (1964: 346).

¹⁷ En realidad, la llegada de Richelieu a la abadía de Cluny supuso un verdadero impulso a los sentimientos de reforma interna declarados por los monjes de la congregación. De hecho, lo primero que hizo como abad fue reclamar la presencia de monjes externos (concretamente de la congregación de Saint-Vannes) a la congregación, a fin de instruir e iniciar a los monjes de Cluny dentro de la estricta observancia de la reglas de vida de San Benito. Todo lo cual muestra el apoyo inequívoco por parte de Richelieu (y por ende, de la monarquía de Enrique IV, y

en reunir las tres ramas monásticas (Chezal-Benoît, Saint Maur y Cluny) en una sola y poderosa (a la par que obediente) congregación, de cuyo gobierno no obstante se ocupasen los mauristas.

Pues bien, hecha esta breve aclaración, cabe señalar entonces cuáles fueron las obras durante este primer periodo de investigación. Ya hemos dicho que se trataba de una etapa marcada por la glorificación de la orden y el desarrollo de trabajos centrados en las antigüedades eclesiásticas. Ahora bien, ¿qué nombre recibieron tales obras?

La primera de ellas, o al menos una de las más antiguas, recibe el nombre de *Spicilegium*, y aunque su publicación pueda ser atribuida a una sola persona (Luc d'Achery), lo cierto es que la preparación de la obra tuvo lugar en el transcurso de 22 años, de 1655 a 1677, y cuyo resultado fueron 13 volúmenes in-quarto. Se trata de una obra extremadamente vasta, como la mayor parte de las empresas eruditas iniciadas por los mauristas: en ella podemos encontrar piezas sobre la historia de la orden y la glorificación de la misma, y que van desde actas o cánones de concilios hasta cartas o documentos eclesiásticos, pasando por obras, vidas de santos, poesías o diplomas varios del mundo y la orden benedictina (Laurain, 1957: 234).

Así, aunque su trascendencia no sea ciertamente significativa, el *Spicilegium* representa un efecto directo (quizá el primero) de las reformas establecidas por G. Tarrise, cuyo giro hacia la investigación histórica puede observarse bien en las *cartas circulares* que durante tanto tiempo fueron distribuidas en los monasterios de la orden. En ellas podemos constatar una propuesta de trabajo definida, a saber, la idea de un trabajo orientado al desarrollo de una 'historia cronológica de la orden benedictina'¹⁹, para lo cual se requiere no solo la movilización colectiva de un

posteriormente de Luis XIII) al ciclo de reformas monásticas iniciado en Francia desde comienzos del siglo XVII. Véase Piolin (1891: 137).

¹⁸ A este respecto conviene tomar en consideración la memoria redactada por el propio Richelieu a la Corte Pontificia. En esa memoria, además de otros temas relacionados con la Santa Sede, Richelieu señala lo provechoso y ventajoso de la unión de las congregaciones en una sola y poderosa congregación. Dice así: "*L'affaire de l'union de Saint-Maur doit estre achevée, le bien de tout l'ordre estant sy manifeste qu'il faudroit agir contre le sens commun et toute raison pour y faire difficulté. Idem de l'affaire de Cisteaux et de Prémonstré, ès quelles le roy et Monseigneur le cardinal ne recherchent aucun advantage que celui de l'Église et de la gloire de Dieu*" (Richelieu, 1853-1857: 290).

¹⁹ Por su relevancia, merece la pena reproducir aquí algunos pasajes de la circular redactada por G. Tarrise a todos los monasterios de la congregación. Dice así: "*Pax Christi. Mon Révérend Père, Ayant dessein, depuis longtemps, de faire travailler aux chroniques de notre Ordre, en ce qui regarde particulièrement ses divers progrès et succès en ce royaume: comme c'est une entreprise à laquelle nous avons tous égal intérêt, il est aussi nécessaire que chacun y coopère selon son pouvoir et capacité; ce qui sera fort aise et facile y procédant avec ordre et méthode, suivant les mémoires cy joints que vous envoie, pour appliquer ceux de nos confrères que vous jugeres capables de cet emploi, à faire des recueils et remarques des choses advenues en vostre monastère et ès lieux circonvoisins, appartenans à l'Histoire de l'Ordre et autres abbayes dont vous pourrez, ou eux, avoir cognoissance. Or ce qu'il faut remarquer en chaque monastère est: 1° la fondation, par qui faicte, à quel sujet, avec acte d'icelle, ceux qui ont fait des donations aucunement considérables (...) 2° La situation du monastère et la description, briè-*

gran número de trabajadores (p. ej. buscando piezas en la biblioteca de cada monasterio, señalando los acontecimientos ‘dignos’ a reseñar, los cambios y los accidentes notables, los personajes, etc.) sino también el desarrollo de importantes procedimientos que asegurasen el éxito y la singularidad de los estudios mauristas respecto a los estudios ya existentes²⁰.

Es aquí donde nace la diplomática en sentido estricto, en el desarrollo de trabajos y disputas centradas en las antigüedades eclesiásticas y la glorificación de la orden benedictina a través de su historia crítica (erudita) y cronológica. Más tarde, en 1713, aparecerá una reedición mejor clasificada de la primera gran obra de los mauristas, una redición en la que el viejo *Spicilegium* será distribuido en tres grandes títulos: *Traité dogmatiques et polémiques*; *Traité et discours moraux* y *Statuts ecclésiastiques et monastiques* (Barret-Kriegel, 1988a: 56-57).

En segundo lugar, podemos reseñar la obra sobre la historia general de la orden benedictina. Nos referimos a las *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedictini*, que se compone de 9 volúmenes en cuyo interior se ofrece la cronología de las “vitae” de la orden. El proyecto comenzó a concebirse desde los inicios mismos de la congregación, pero el primer volumen no apareció hasta 1668, cuya autoría podemos atribuir ahora al propio J. Mabillon, dejando la publicación de los volúmenes posteriores al cuidado de un trabajo colectivo (D. Mabillon, D. German, D. Ruinart) cuya culminación llegaría algunos años después, en 1701 (Laurain, 1957: 234-235). La obra abarca 6 siglos de vida monástica (del siglo VI al siglo XII), seis siglos en los que se analizan

vement, dedans ou proche quelle ville (...) 4° Combien il y a de prieures, les actes des fondations d'iceux (...) 7° les changements et accidens notables, soit en bien ou en mal, qui sont jadis arrivez aux monastères ou aux moins, 8° Quels réglemens y ont esté faits autrefois et observez: quel sainte coutume a esté la plus suivie et gardée là dedans (...) Mon Révérend Père, Vostre très humble et affectionné confrère et serviteur en N. S. De St-Germain des Prez, le jour de la feste des Saints Moines Bénédictins, 13 novembre 1647. (Publicado por Denis, 1910: 137).

²⁰ Los documentos que vienen a acreditar la preocupación y el cuidado metodológico en el trabajo benedictino, se observan también en las cartas circulares redactadas por G. Tarrise. Véase ‘*Méthode pour la recherche des manuscrits*’. (Publicado en Barret-Kriegel, 1988a: 148-149). También existe otro texto en el que G. Tarrise señala las tareas concretas que son precisas para llevar a cabo una buena transcripción de documentos. Dice así: “*Advis à celui qui écrira quelque pièce pour l’histoire ou quelque vie de Saint. Celui qui écrira prendra la peine d’observer ce qui s’ensuit: 1° Il n’espargnera point le papier (...). 2° Il ne mettra aucune abbréviation. 3° Il ne fera point de grandes lettres qu’aux noms propres et appellatifs, comme Dieu, Angelus (...). 4° Il chiffrera les pages. 5° Après avoir transcrit une pièce, il sera bon de la collationner et s’il arrive qu’on ne puisse lire quelque mot, on le mettra comme il est, ou, si quelque mot barbare ou solécisme se rencontré, il le faut écrire aussi et mettre en marge celui qu’on croit estre le vray (...). il faut faire la mesme chose pour le reste qui regarde l’histoire, car le principal dessein de la Congrégation est, comme vous avez veu, par la lettre circulaire qui a été envoyée par tous les monastères, qu’on transcribe tous les privilèges, bulles, immunités et pièces semblables, lesquelles il est nécessaire d’écrire en feuilles ou demies feuilles séparées, afin qu’on les puisse insérer dans la suite de l’histoire, suivant les années occurrences. Ceux qui composent l’histoire de quelque monastère, peuvent imiter M. Duchesne, dans les histoires qu’il a faites des maisons particulières, lequel ordonne premièrement l’histoire de suite, selon l’ordre de la chronologie et suivant les pièces qu’on luy avoit donné et les diverses témoignes qu’il avoit colligé, et puis il insère lesdites pièces et témoignages tous entiers, par année, à la fin de chaque histoire. (...) On peut adresser ce qu’on enverra à quelqu’un des R.P. Assistants ou à dom Luc d’Achery, et leur écrire pour s’éclaircir des difficultés qui se rencontreront. De St Germain-de-Prez ce huitième mars 1648.* (Publicada por Denis, 1910: 141-142).

cuestiones directamente relacionadas con la vida y la doctrina (el origen, la regla de San Benito, los oficios, las prácticas, el lugar que ocupan las disciplinas, etc.) de la orden benedictina, todo esto acompañado como bien señala M. Lauraine de importantes prefacios y comentarios en los que se puede observar una consideración metodológica no muy habitual en los trabajos de aquella época (*Ibíd*: 235).

Por esas mismas fechas, entre 1675 y 1686, Mabillon recopiló una serie de piezas y documentos inéditos sobre la historia de la orden. Todo ello recibió el nombre de *Vetera Analecta*, y en ella se podía encontrar una selección de documentos de abades, tratados cartas, así como las propias notas de Mabillon sobre las bibliotecas y su viaje a Alemania (*Ibidem*). Entre sus colaboradores más directos, cabe recordar la presencia de M. Germain, autor del *Monasticum Gallicanum*, un libro en el que por vez primera se trata de acompañar las noticias de las abadías mauristas con planchas que nos muestran su fisonomía en el siglo XVII. Otro colaborador cercano fue Th. Ruinart, monje de Reims y autor de las *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, una recopilación de noticias sobre las personas beatificadas de la época.

Más tarde, y también por obra del incansable Mabillon, aparece un trabajo histórico de carácter sintético, surgido de la reflexión crítica y meditada sobre las piezas (auténticas) descubiertas en las abadías de la orden. La obra recibe el nombre de *Annales Ordinis Sancti Benedicti*, y trata de bosquejar una historia de la orden al tiempo que plantea una historia general de Occidente desde la perspectiva del retorno a la iglesia de los orígenes, es decir, planteando una crítica soterrada de la pretensiones políticas y teológicas del pontificado²¹.

Huelga decir que todas estas obras (colecciones de fuentes) no hubieran sido posibles sin la existencia de una movilización colectiva de trabajadores, encargados de buscar, copiar, reunir y coleccionar una serie de materiales que estaban repartidos en función de los parámetros y la disposición originaria (y fuertemente criticada²²) de las antiguas bibliotecas benedictinas. Ahora

²¹ Por supuesto, existen también otras obras centradas en hagiografías y en los Padres de la iglesia. De todas ellas sin embargo citamos las que más han contribuido al desarrollo de las disputas dentro de las filas del catolicismo: “la publicación de los textos revisados y corregidos de las obras de Lanfranc (llevadas a cabo por Luc d’Achery en 1648), la edición enormemente discutida durante la querella del jansenismo de las obras de San Agustín (11 tomos de 8 in-fº, 1681-1700), San Ambrosio (1686-1690), 2 in-fº), Casiodoro (1679, 2 in-fº), San Basilio (1721-1730, 3 vol. In-fº), San Anselmo (1675), San Gregorio de Nacianzo (1º volumen en 1778 in-fº) (...). Se editan también las obras de San Justino (1742, in-fº), San Cipriano (1726, in-fº), San Ireneo (1720), Saint Atanasio y Saint Crisóstomo (por Bernard de Montfaucon, 1689, 3 in-fº), Orígenes (1733-1759, 4 in-fº), Gregorio el Grande (por D. de Sainte Marthe, 1705, 4 in-fº) y San Cirilo (1720, in-fº)”. Véase Barret-Kriegel, 1988a: 57-59

²² Vale la pena, por su carácter claro y conciso, transcribir aquí las palabras textuales de P. Tassin, maurista del siglo XVII, al respecto de la situación de la orden antes de las reformas realizadas en el siglo XVII. Dice así: “*Persuadé que l’ignorance avoit fait de terribles ravages dans les monastères de l’Ordre, il* (se refiere a G. Tarrise)

bien, con las reformas realizadas a mediados del siglo XVII todo esto comienza a modificarse: se asiste a una re-organización interna de los archivos en los monasterios, fruto de la cual surgen todas esas colecciones de fuentes (en definitiva, *materiales* de trabajo para las historiografías posteriores) cuya ordenación y preparación básica presupone el conjunto de intereses y necesidades (en esta primera etapa, p. ej. la glorificación de la orden y la lectura *conciliarista* de la historia eclesiástica) establecidas por la orden.

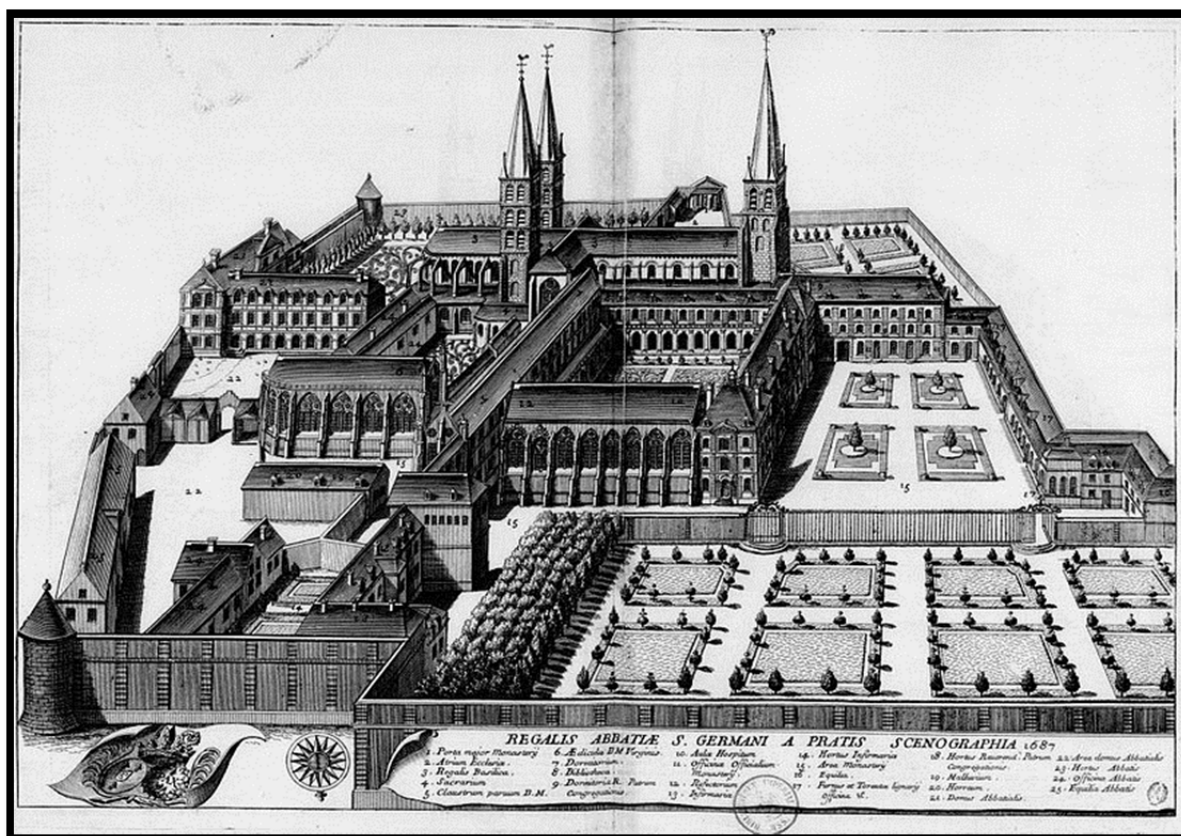


Ilustración 1. Abadía de Saint-Germain-des-Prés en 1687, antes de las confiscaciones revolucionarias. Extraído del libro *Monasticon gallicanum* de Dom Germain.

Para comprender esto hay que tener en cuenta el carácter orgánico que le asiste al archivo, sea cual fuere la naturaleza del mismo: así es, el archivo no es un espacio físico en el que se amontonan documentos y piezas documentales; antes que nada, es también el conjunto de rela-

mit toute fon application à faire fleurir les sciences dans la Congrégation. Il ne se contenta pas d'établir des cours de Philosophie & de Théologie dans chaque province; il fit faire une étude particulière de l'Écriture-Sainte & des langues orientales. Il deputa des Religieux pour visiter les bibliothèques de l'Ordre, y examiner les manuscrits, & en tirer toutes les vies des Saints bénédictins dont les exemples pouvaient contribuer à la gloire de Dieu, à l'utilité de l'Église et au progrès de la Réforme" (Tassin, 1770: 53).

ciones específicas que median entre tales documentos, y que hacen que la inserción de una fuente en un conjunto seleccionado presuponga ya un conjunto de “informaciones” previas que no provienen de la observación directa de los materiales y que no obstante operan como *situación* previa desde la que se habla y se procesa (esto es, se articula, se acomoda y se interpretan) la *lectura* de las piezas documentales.

Dicho de otra manera, el documento no aparece nunca de manera aislada, aparece siempre como parte integrante de un índice; lo que significa que la relación que lo vincula a otros documentos no es un aspecto accidental del propio archivo, sino más bien un aspecto fundamental, en el sentido de que constituye un horizonte previo a partir del cual van a ser interpretados los documentos aislados. De ahí la importancia que le asiste al archivo: este último no es un continente en el que se registran los acontecimientos pasados, es también, y sobre todo, un elemento que configura el sentido y la inserción de los acontecimientos, habida cuenta de que la estructura que configura el sentido (contenido *archivable*) de los mismos no es algo dado de antemano sino una estructura que “se deja asimismo, y por adelantado, co-determinar por la estructura archivante del archivo” (Derrida, 1997: 26).

Todo lo cual pone de manifiesto la prolífica producción realizada en este periodo, así como el ámbito de intelección específico en el que tales obras (colecciones de fuentes) deben ser comprendidas. Se trata de un periodo caracterizado por la glorificación de la orden y el estudio de las antigüedades eclesiásticas. Ahora bien, para entender esta producción no basta simplemente con retrotraer el análisis al campo de la objetividad o el mero deleite intelectual: su emergencia se inserta en un contexto determinado de controversias políticas y eclesiásticas, de las cuales cabe mencionar ahora (más tarde habrá otras) la batalla entre episcopistas y ultramontanos, entre partidarios del humanismo galicano y seguidores de las pretensiones de la Santa Sede.

Todo ello, además, se realizará por medio de una innovación metodológica que nunca antes había sido formulada de manera sistemática, ya fuese por medio de obras centradas en cuestiones metodológicas, como es el caso de la obra de J. Mabillon *De Re Diplomatica*, o bien a través de las cartas circulares redactadas por los abades y los monjes de la congregación²³.

²³Véase por ejemplo la carta circular (‘Avis pour ceux qui travaillent aux historiens des monastères de la Congrégation de Saint-Maur’) redactada en 1677 por J. Mabillon. Dice así: “*Il faut commencer par recueillir les mémoires qui doivent servir à composer l’Histoire du Monastere. Ces mémoires se doivent tirer, 1° des cartulaires. 2° des archives, & il fera neceffaire de conferer les originaux avec les extraits des cartulaires pour voir s’ils Font conformes (...) 3° Il faut examiner les Martyrologues & Necrologues, afin d’y remarquer le jour de la mort des Abbez & autres perfonnes, des bienfaiteurs (...) 4° Il faut auffi parcourir les manufcrits s’il y en a, feuillet à feuillet,*

1.1.2. - El Periodo político o la erudición al servicio de la gloria galicana (1710-1760):

El factor fundamental que caracteriza este segundo periodo es la ampliación de las temáticas de estudio. Si la etapa anterior se caracterizó por ser un periodo centrado en la glorificación de la orden ahora se trataba de ampliar los estudios a las antigüedades civiles del reino.

En este periodo, surgen además una infinidad de personalidades nuevas, algunas de las cuales adquieren una importancia indiscutible en el ámbito de los estudios y la erudición de su época, como por ejemplo Bernard de Montfaucon (paleografía y arqueología griega), Charles Clemençet (cronología) o Dom Maur Audren y Dom Lobineau, entre otros (Barret-Kriegel, 1988a: 60).

En lo que respecta al método de trabajo hay poco sin embargo que argumentar, a excepción tal vez de algunas innovaciones realizadas en campos particulares como la paleografía (Montfaucon), la cronología (Dom Clément) o en ciertas disciplinas concretas de las ciencias auxiliares, pero cuya matriz y principios básicos quedan perfectamente representados en las reglas diplomáticas establecidas por J. Mabillon y la primera generación de los monjes mauristas²⁴.

De manera paralela se produce también un afianzamiento progresivo de la congregación, sobre todo si tenemos en cuenta el incremento de abadías desarrollado desde mediados del siglo XVII. Así, por ejemplo, en 1718, tras un siglo de existencia, se contabilizaban cerca de 2300 religiosos y 190 monasterios adscritos a la orden (Barret-Kriegel, 1988a, 104), de los cuales cabe destacar la preeminencia indiscutible de la abadía de Saint Germain-des-Prés. Es allí donde habitan los monjes más relevantes de la orden (Mabillon, Luc d'Achery, Montfaucon, entre otros) y es allí también donde fueron centralizadas buena parte de las empresas de erudición histórica desarrolladas por la congregación. Muchos de aquellos trabajos se beneficiaron del capital erudito acumulado en la primera fase de la congregación. Tal es el caso de la *Gallia christiana*, una

d'autant que bien fouvent il y a des chofes remarquables pour l'hiftoire qui fon inferées dansles vuides de quelques pages (...) 5º Il faut auffi vifiter les archives & les bibliothèques des Monaftères voifins, pour en extraire ce qui regarde celuy don ton veut faire l'hiftoire (...)" (Mabillon citado en Thuillier, 1724).

²⁴ A modo de ejemplo, nos permitimos citar un pasaje de *Monuments de la monarchie française* en el que Bernard de Montfaucon expresa la misma convicción metodológica que sus maestros benedictinos. Dice así: "*J'ai compofé cette hiftoire fur les originaux mêmes, en citant toujours, à la marge du Latin, les auteurs & les Cronologues defquels je me fuiſ fervi, & employant fouvent leurs propres termes, fur tout lorſqu'ils ne s'énoncent pas clairement, & qu'ils font ſuſceptibles de plufieurs ſens, afin que Lecteur habile puiſſe juger fi j'ai pris le veritable. Ma principale attention eſt de rapporter les faits exactement & ſimplement comme ils font dans les premiers Auteurs. J'y mêle quelquefois des reflexions courtes, & de la folidité defquelles le Lecteur jugera (...)" (Montfaucon, 1729-1733 : III-IV).*

obra que contiene 16 volúmenes y en la cual se presenta una guía detallada sobre las diócesis y los monasterios del reino, incluyendo un dilatado catálogo sobre las biografías de los obispos, los arzobispos y demás abades franceses.

Ahora bien, este segundo periodo está centrado más bien en la recopilación de las crónicas y las prerrogativas jurídicas de los monarcas franceses. Los documentos que ilustran este cambio son perfectamente constatables en las cartas de Dom Maur Audren, especialmente en sus cartas dirigidas (el 11 de septiembre de 1711²⁵ y el 18 de enero de 1712²⁶) a Guillaume Aubré, monje que preparaba por aquel entonces una historia de la provincia de Borgoña.

Bien es cierto sin embargo que este cambio de rumbo no responde a un despliegue *interno* de la historia de la erudición: al contrario, se trata de un desplazamiento que revela una toma de posición previa en el interior del campo social, esto es, en relación a sus agentes y en relación a las condiciones en las cuales esos agentes producen sus discursos. Si en el pasado se trató de promover una crítica a través del análisis y el redescubrimiento (ola apropiación política) de las antigüedades eclesiásticas, ahora se trata de hacer lo propio en el interior de otro ámbito de debates. El objetivo no es (o ya no es solo) continuar los trabajos sobre la originalidad de la iglesia francesa, sino desarrollar un proyecto de investigaciones en el que la recensión de las antigüedades civiles funcione como un posicionamiento en el interior del campo social.

En otras palabras, el discurso que caracteriza esta etapa es un discurso que se enmarca dentro de la serie de necesidades políticas originadas por las nuevas prácticas de gobierno realizadas durante la administración de Jean-Baptiste Colbert²⁷, y cuya explicitación básica en términos

²⁵ “Votre occupation sur l’histoire de Bourgogne me fait plaisir et me donne lieu de croire que vous nous pourrez être d’un grand secours dans les différens projets qu’on se propose ici pour l’illustration et la gloire de l’histoire gallicane. Je vais vous les proposer (...): 1° Réformer la Notice des Gaules de M. de Valois (...) 2° Refondre la compilation des historiens de France de M. Du Chesne (...) 3° Donner les actes originaux des saints de France; 4° Un martyrologe; 6° Les conciles de France (...) 11° Les histoires particulières des provinces et des villes; 12° L’histoire des terres titrées du royaume; 13° Tout ce qui peut servir au nobiliaire général de France (...); Enfin, tout ce qui peut servir à l’illustration et à la gloire de la France” (Publicado por Delisle, 1874: 63-64).

²⁶ “Voici encore un autre projet. C’est de perfectionner le catalogue des historiens de France qu’on auroit dessein de donner au public. L’auteur de ce projet outre les imprimés qui y conviennet y veut aussi faire entrer des manuscrits qui contiennent les articles suivans: les histoires générales de France, les chroniques avec le temps qu’elles parcourent, les histoires particulières de Roys, des princes du sang, les ouvrages concernans les droits et les prérogatives de nos Roys, l’histoire particulière des provinces et des villes, l’histoire généalogique des familles, la vie ou éloge des saints et des hommes illustres dans l’Église, l’épée, la robe et les sciences, les nécrologues, les cartulaires et autres recueils qui peuvent servir à connoistre les familles” (Citado en Barret-Kriegel, 1988a: 65).

²⁷ En este caso nos referimos al conjunto de investigaciones (*enquêtes*) llevadas a cabo durante el reinado de Luis XIV. En ellas podemos observar una serie de medidas administrativas de diversa índole: desde investigaciones (*enquêtes*) sobre los usurpadores de títulos de la nobleza (22 de Marzo de 1666) a *enquêtes* orientadas a censar y estimular el número de la población del reino (Noviembre de 1666), pasando por otras orientadas a la reforma de la justicia (Abril de 1677) o el control de los precios de los oficios de las Cortes Superiores (Diciembre de 1665). En

analíticos revela una toma de posición clara respecto a los debates históricos relativos al origen de Francia y el papel desempeñado por la monarquía en el desarrollo del reino.

Considérese a este respecto, la historia de las villas (París) o la historia de las provincias del reino, así como los múltiples análisis en torno a la antigüedad de Francia o las prerrogativas jurídicas de los monarcas. En todas estas formulaciones no hay sino un intento, más o menos declarado, de *hacer funcionar* el discurso histórico a partir de necesidades políticas, en el sentido de que constituye un apoyo intelectual, en este caso historiográfico, al proceso de concentración política (a la par que de acumulación simbólica) instaurado por la monarquía en su relación -de lucha y micro-negociación múltiple- con otras instancias y otras legitimidades de poder, tales como el parlamento, la nobleza o la Santa Sede²⁸.

Es pues en este contexto donde debe insertarse el estudio de las antigüedades civiles, es decir a partir de necesidades que solo son comprensibles en las condiciones de lucha mediante las cuales los agentes producen sus discursos, habida cuenta de que tales discursos constituyen a su vez una forma sofisticada (metodológicamente sofisticada) de recrear el pasado e imponer -por medio de la eficacia *simbólica* adscrita a su posición- la representación legítima del mismo.

Para verlo es preciso tener en cuenta que las ideas, como señala P. Bourdieu, están vinculadas a lo social en un doble sentido (Bourdieu, 2011: 535): tanto en su origen como en sus efectos, lo que significa que son al mismo tiempo *fruto* de una historia específica y *productoras* de realidades sociales.

Así es, las ideas no *representan* la realidad, más bien la constituyen, pero lo hacen siguiendo un plano de referencialidad dialéctica que hace de ellas una realidad *condicionada* y *condicionante* al mismo tiempo, capaz de actuar en la realidad actuando en la representación cognitiva que se hace de la realidad, por tanto, contribuyendo a la construcción de la realidad social.

Tal es el caso de lo que sucede con los discursos históricos elaborados por los mauristas: estos últimos no constituyen un discurso más entre otros; al contrario, su producción está ligada

total, decenas y decenas de ordenanzas reales, todas ellas llevadas a cabo por el sistema de intendientes y representantes reales a lo largo del reino.

²⁸ Sirvan, pues, de ejemplo ilustrativo las palabras que dedica B. de Montfaucon a Luis XV en la epístola de su libro *Monuments de la Monarchie Française*. El tono lo dice todo. “Au Roi, Sire, Le feul titre de cette ouvrage eft un engagement pour l’Auteur de le dédier à Votre Majesté; il n’a point à balancer fur le choix. A qui peut-on consacrer les Monumens de la Monarchie Française qu’au Monarque de la France? (...) Ce fufcroît de travail a été jugé neceffaire pour la perfection de l’ouvrage. On voit ici cette longue faite des Rois: leur vie, leurs actions, leur bonnes & mauvaifez qualitez (...)” (Montfaucon, 1729-1733: I).

a una posición privilegiada, que hace que tales discursos estén dotados de una gran eficacia simbólica. Una eficacia tanto más poderosa cuanto el discurso (histórico) benedictino aparece doblemente objetivado: ya sea a través de recursos *incorporados*, tales como técnicas y protocolos de razonamiento compartidos, que los diferencian respecto a otros saberes vulgares, o bien bajo instituciones y recursos *materiales*, tales como bibliotecas, abadías, obras y demás instituciones (libreros, editoriales, poder monárquico) encargadas de asegurar la circulación de los bienes (obras, ediciones de fuentes, catálogos, inventarios, etc.) producidos por los mauristas.

Dicho de otro modo, la eficacia simbólica del discurso benedictino no ha de buscarse por el lado exclusivo de sus obras, si bien es cierto que estas últimas manifiestan importantes cambios respecto a otras producciones del momento; lo que diferencia sin embargo su posición y genera una eficacia *añadida*, es precisamente el hecho de ser enunciadas por una comunidad cuyas condiciones institucionales hacen más propicia la disposición a su reconocimiento, y por tanto, a la creencia en *el valor verdadero* de sus productos (obras, fuentes y demás herramientas de investigación históricas).

Así pues, cuanto más institucionalizado esté un discurso, más *probabilidades* hay de que sea reconocido como legítimo, esto es, como discurso que habla frente a todos y *en nombre de todos*, asumiendo así una posición de universalidad que en realidad no es sino un efecto provocado al actuar en el orden de las condiciones formales y rituales que hacen (más) posible reconocer como ‘evidente’ y ‘natural’ el sentido objetivado de las instituciones.

Sobre este tema merece la pena recordar los estudios de Henri-Jean Martin (1957). Este último abre su análisis con una pregunta interesante: ¿Cómo es posible el éxito de los mauristas? ¿Cómo es posible que, en plena época de decadencia editorial, los mauristas pudiesen multiplicar sus publicaciones con el beneplácito aparentemente desinteresado del mundo editorial? La respuesta a tales cuestiones ha de buscarse en la dispensa de pactos y privilegios editoriales suscitada por la monarquía. En efecto, la financiación planteada por esta última no es (o no es solo) una financiación basada en pagos y pensiones pecuniarias, sino en una movilización de recusos múltiples, en la cual se combinan medidas de carácter económico²⁹ y medidas orientadas a incentivar

²⁹ En ocasiones, tales medidas se corresponden con la entrega de pensiones anuales o dinero por adelantado. Véanse a este respecto las ediciones de la *Histoire de Bretagne* o la *Histoire de Paris*, así como la preparación de la *Gallia Christiana*. En todas ellas se asiste a sumas adelantadas de dinero o pagos de pensiones anuales. Más información en Martin (1957: 279).

la edición por medio de la concesión de privilegios comerciales (p. ej. la prolongación del plazo de explotación comercial de las obras³⁰) asociados a tal ejercicio.

En lo que se refiere a este caso, basta con recordar el tipo de contratos que caracterizaron las ediciones benedictinas³¹: en ellos no hay reticencias manifiestas por parte de los editores, solamente gratitud y desinterés aparente ante la encomienda de tal ejercicio. ¿Por qué? Básicamente por lo que acabamos de señalar hace un instante: es decir, por el sistema de financiación indirecto entablado por la monarquía. Más allá de éste no existe la generosidad intrínseca de la que hablan los contratos. Si los libreros³² publican a los mauristas es porque saben que tales empresas constituyen una importante inversión a largo plazo, ya fuera por los dilatados plazos de explotación comercial dispensados a la empresa (en muchos casos los 50 años) o bien por las generosas condiciones de monopolio comercial (privilegios totalmente arbitrarios) concedidas a los editores³³.

Sea como fuere, el hecho es que se trata de un sistema que reporta importantes ventajas para todas las partes implicadas, pero fundamentalmente para la monarquía, la cual ve beneficiada su propia tesorería (ahorrando importantes sumas de dinero adelantadas por los libreros) al tiempo que asegura la llegada de capitales externos (editores, libreros) dispuestos a editar y circular los bienes producidos por los mauristas, los cuales, no lo olvidemos, contribuyen a crear el prestigio y la legitimidad simbólica de la institución monárquica en su lucha frente a otros poderes.

Ahora bien, ¿qué trabajos y qué empresas de investigación erudita caracterizan este segundo periodo? ¿Podemos asignarles un nombre?

³⁰ El caso paradigmático lo constituye el privilegio otorgado a Muguet para la edición benedictina de las obras de S. Agustín. Este privilegio consistía en una ampliación inusitada (de 10 a 50 años) del plazo y los derechos de explotación comercial. A cambio, el propio Muguet debía editar los proyectos editoriales asociados a los benedictinos, sin escatimar en gastos y anticipaciones económicas. Todo esto trajo consigo importantes protestas por parte de los libreros, las cuales fueron desestimadas por un fallo del Consejo realizado el 21 de noviembre de 1678 y firmado por el propio Colbert. Véase Martin (1957: 281).

³¹ Un vistazo rápido a este tipo de contratos nos revela unas condiciones de edición muy favorables para los benedictinos. Por citar solo algunos casos, baste con recordar los contratos entablados por Montfaucon para la *Bibliotheca Coisliniana*, para el *Diarium Italicum*, los *Analecta Graeca*, etc. O bien la publicación de las *Epistolae Romanorum pontificum*. Más información en (*Ibid*: 279-281).

³² Nos referimos a los libreros franceses más importantes de la época de Luis XIV. Hablamos, por ejemplo, de J. Billaine y de L. Billaine, editores de las primeras obras benedictinas; de F. Muguet, editor lyonés que llevó a cabo importantes impresiones como la *Histoire de Bretagne*; de J.-B. Coignard, y por último, de Jean y Jacques Anisson, editores lioneses encargados de buena parte de las impresiones benedictinas. Véase (*Ibid*: 274-280).

³³ Esas condiciones se identifican con el hecho de prohibir cualquier reimpresión de obras antiguas dedicadas a temas u objetos de investigación desarrollados por los benedictinos. El objetivo era asegurar que estos últimos tuviesen el privilegio de trabajar y editar de manera exclusiva cierto tipo de estudios. Véase por ejemplo el beneficio concedido el 3 de Agosto de 1690 a los benedictinos para publicar las obras de S. Atanasio, S. Basilio o S. Juan Crisóstomo. Más información en Martin (1957: 281-282).

Comenzaremos por las más obras más relevantes: las historias dedicadas a la gloria galicana y a la monarquía francesa. De todas ellas, cabe recordar el famoso y ya citado *Recueil des historiens des Gaules*, un libro compilado inicialmente por Dom Bouquet y que retoma de manera explícita el trabajo iniciado una generación antes por André du Chesne (1584-1640) sobre los historiadores y cronistas medievales del reino. La especificidad tal vez del nuevo proyecto reside en ampliar las obras anteriores sirviéndose de las nuevas incursiones realizadas por los eruditos (benedictinos y laicos) en las bibliotecas del reino. En total, más de una veintena de tomos, de los cuales solo los nueve primeros llevan la firma exclusiva de la congregación maurista (1738-1786), dejando el resto (del tomo IX al XXIV) en manos de la edición conjunta de mauristas y miembros de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes.

Por lo que respecta a su contenido, cabe recordar los diferentes prefacios que encabezan los tomos de la obra³⁴, especialmente aquellos que fueron redactados por el propio Dom Bouquet. En ellos se puede constatar una vocación inequívocamente clara: el *Recueil* no es solo una colección de datos y manuscritos sobre los cronistas medievales; es también y sobre todo una toma de posición respecto al debate historiográfico más relevante de la época. Ese debate no es otro que la querella entre germanistas y romanistas, una querella a la que no solo le interesaba el debate *histórico* sobre el origen de las instituciones francesas, sino más bien, y sobre todo, el debate político respecto a la legitimidad de las mismas en el siglo XVIII (rey, parlamento, nobleza, tercer estado).

De ahí la importancia de situarse en el interior del debate, dado que posicionarse en este caso era posicionarse respecto a la evolución política de la monarquía y el progresivo desmantelamiento de la nobleza (concretamente, de la *noblesse d'épée*) de las fuentes y los marcos institucionales (concretamente, los aparatos judiciales y administrativos) de poder³⁵. La postura de

³⁴ Véase a este respecto las críticas realizadas por Dom Bouquet a la visión germanista en el prefacio del tomo II del *Recueil des Historiens des Gaules*. Dice así: “*Tout ce que je viens de dire touchant le gouvernement des francs, je l'ai tiré de l'excellent ouvrage de M. Dubos intitulé 'Histoire critique de l'établissement de la monarchie française dans les gaules'. Je n'ai fait qu'effleurer la matière: mais pour se former une idée distincte de la matière dont la monarchie française a été établie dans les gaules, il faut nécessairement lire cet ouvrage où il est prouvé que les francs, avant qu'il vinssent s'établir dans les gaules, étaient depuis plus de cent ans associés et amis des romains, qu'ils florissaient à la cour des Empereurs, qu'ils possédaient les premières dignités de l'Empire, que lorsqu'ils conquièrent les gaules, ils ne traitèrent pas les romains avec inhumanité*” (Bouquet citado en Delisle, 1869: LIII-LIV).

³⁵ De hecho, tal es el argumento sostenido por las filas germanistas, especialmente por Henri de Boulainvilliers, quien utiliza el discurso histórico como un arma para atacar y cuestionar las prerrogativas absolutistas defendidas por los romanistas. En su opinión, la evolución política de la sociedad francesa, es decir, el proceso de concentración política llevado a cabo por la monarquía, es un proceso que refleja una evolución política *decadente*, en el sentido de que plantea un conjunto de rupturas con lo que había sido el equilibrio de poderes (el sistema feudal) existente en la Alta Edad Media. En ese sentido, la crítica realizada por Boulainvilliers debe entenderse como lo que

los benedictinos era clara a este respecto: tanto sus obras como su labor en cuanto compiladores de fuentes estaba marcada por una fuerte visión *romanista*, en la medida en que trataban de legitimar la antigüedad del derecho monárquico en el interior de su propio discurso, consiguiendo así una suerte de eficacia simbólica orientada a la vinculación jurídica de los súbditos a través de la exaltación (en ocasiones beata) del carácter ininterrumpido (continuista y progresivo) de los derechos y prerrogativas monárquicas.

En esa misma perspectiva se inserta también otra obra de manufactura benedictina, el *The-saurus novus anecdotorum* (1717), una obra contenida en 5 volúmenes y repleta de los documentos preparados por Dom Martène y Dom Durand en el transcurso de sus viajes, tales como cartas de príncipes, documentos de hombres ilustres, textos sobre los diversos pontificados, así como una variopinta cantidad de piezas dignas de formar parte de un libro diferente y separado de lo que había sido el proyecto original de una reedición mejorada de la *Gallia Christiana* (Laurain, 1957: 253). En suma, una obra, como decíamos, repleta de información novedosa y con un total de 5 volúmenes recogidos en 800 abadías y 100 catedrales, todas ellas repartidas por Francia y Bélgica.

Un poco más tarde, y también por efecto de los viajes realizados por ambos monjes, esta vez a los Países Bajos y Alemania, surge otro trabajo repleto de piezas y documentos novedosos. Nos referimos a la *Veterum scriptorum et monumentorum moralium, historicorum, dogmaticorum, moralium, amplissima collectio*, publicado entre 1724 y 1733, y cuya extensión (9 volúmenes in-folio) alberga una cantidad ingente de piezas y documentos variados, tales como cartas, diplomas de reyes, príncipes, crónicas monásticas, martirologías, etc (*Ibíd*: 254).

En un sentido similar aunque tal vez con un mayor plano de trascendencia historiográfica cabe mencionar la obra de B. de Montfaucon. Esta última, al igual que la de Mabillon, ha pasado a la posteridad por ser una ilustración paradigmática de la ciencia histórica y las ciencias auxiliares (paleografía, diplomática, cronología, etc.). Ello es así por varias razones, pero sobre todo

es: no ya una crítica de la institución monárquica como tal, sino una crítica del absolutismo y la evolución política (absolutista) de la monarquía. En palabras de H. de Boulainvilliers: “*Ils (les rois) ont tous été assis sur le même trône, mais ils s’y sont tous conduits d’une manière si différente, qu’à la reserve d’un seul point qui a été l’idée de subjuguier leur peuples, d’anéantir les grands seigneurs, et de rendre leur autorité despotique, on pourroit dire leurs maximes de gouvernement n’ont pas eu plus de liason entre elles qu’avec celles de la monarchie chinoise ou tartare. On peut remarquer cependant qu’elles n’ont pas laissé de conduire leur posterité au but qu’ils s’étoient propose il y a déjà tant de siècles, mais que pour atteindre efficacement ce but, l’administration du Cardinal de Richelieu et le règne de Louis XIV on fait plus en trente ans que toutes les enterprises des rois précédents n’avoient pu gagner en 1200 ans*” (Boulainvilliers, 1727: 135).

por su competencia paleográfica³⁶ en el ámbito griego o el dominio filológico de las lenguas orientales (hebreo, caldeano, samaritano, árabe, siríaco) y la patrística cristiana³⁷.

En efecto, Montfaucon no limitaba su obra a un campo determinado de la investigación: es más, tan pronto elaboraba catálogos de bibliotecas³⁸ como se dedicaba al análisis de antigüedades profanas. De ahí precisamente su trascendencia, una trascendencia, eso sí, que no hubiera sido posible sin la progresiva *homogeneización* (a través de las cartas circulares) de las técnicas de prueba o la *acumulación* de trabajos realizados por la comunidad benedictina. Fruto de lo cual aparecerán los 10 volúmenes que componen su *Antiquité expliquée et représentée en figures* (1719-1724), una obra en donde la reflexión y el análisis propiamente dicho (paleográfico, cronológico, diplomático) viene acompañado de 1200 planchas y más de 30.000 imágenes referentes a los monumentos antiguos, ya fuesen egipcios, griegos o romanos (Laurain, 1957: 254). Junto a ellos aparecerán también los 5 volúmenes añadidos que componen el suplemento de la obra.

Por otra parte, y ya más en una línea cercana a la temática galicana, cabe destacar su trabajo tal vez más relevante, los *Monuments de la monarchie françoise*, publicados entre 1729 y 1733. Es éste un trabajo cargado de una erudición histórica importante, pero también de claras adscripciones *romanistas*: en ella B. de Montfaucon no esconde su predilección política por la monarquía, si bien es cierto que lo realiza por medio de un análisis provisto de técnicas y métodos rigurosos. En efecto, se trata de una obra compuesta de 5 volúmenes dedicados al estudio de las antigüedades civiles del reino, donde Montfaucon analiza la evolución histórica de la monarquía desde la época de los francos a Enrique IV, al tiempo que posiciona las tesis de la obra en un debate con importantes efectos prácticos, tal y como hemos señalado a propósito del debate entre germanistas y romanistas.

Ahora bien, la producción en esta segunda etapa no se agota simplemente en el terreno de las antigüedades monárquicas. Junto a ellas proliferan también importantes trabajos sobre las antigüedades civiles de las provincias y de las ciudades. En este punto haremos alusión a los trabajos publicados sobre el tema, siendo conscientes, eso sí, de que un número considerable de aquellos

³⁶ Véase por ejemplo sus obras *Palaeographia Graeca* (1708) y *Analecta graeca, sive varia opuscula graeca inedita* (1688).

³⁷ Véase también su obra *S. Athanasii opera omnia* (Paris, 1698) y *S. I. Chrisostomi opera omnia* (1718-1738).

³⁸ Catálogos, sin embargo, que constituyen verdaderas herramientas para la investigación histórica. Véase a este respecto los 2 volúmenes de *Bibliotheca bibliothecarum manuscriptorum nova* (1739).

trabajos en curso fueron desechados, o simplemente no llegaron a publicarse por la propia comunidad benedictina.

Comencemos, pues, haciendo alusión al primer trabajo de los mauristas en el ámbito de la historia provincial. Hablemos de la *Histoire de Bretagne*, publicada en 1707 por Dom Lobineau pero inspirada muchos años antes por el propio Dom Maur Audren, el cual se había ganado el favor y la financiación del proyecto por parte de los Estados de la provincia y por el propio Luis XIV (Lecomte, 1928: 39-42). La obra es un proyecto colectivo, que contó con el trabajo de varios benedictinos reclutados directamente por Dom Maur Audren, y siendo solo el propio Lobineau el último en recoger el testigo de las investigaciones históricas (visitas a depósitos, copias, preparación de fuentes, memorias, etc.) realizadas años antes sobre el tema.

Con todo se puede decir que se trata de una obra ambiciosa, en la que Bretaña aparece caracterizada desde la época de la conquista romana hasta bien entrado el siglo XVI, momento en el que la provincia entra a reunirse como *pays d'état* en el reino francés. La obra se compone de 2 volúmenes in-folio y en ella podemos encontrar uno de los intentos más eruditos dedicados a la descripción del territorio, tanto en aspectos relativos a su geografía y población, como en lo que se refiere a sus abadías e instituciones, sin olvidar otros acontecimientos dedicados a las artes y el mundo eclesiástico.

Después, y tal vez por efecto del éxito cosechado por los benedictinos, merece la pena recordar la *Histoire de Languedoc*. En este caso la obra encierra un componente inequívocamente claro: nace como un encargo. En efecto, al ver el éxito sin precedentes que había recabado la *Histoire de Bretagne* las autoridades languedoquenses decidieron acoger con agrado el proyecto de una *Histoire de Languedoc* en 1708 (*Ibíd*: 48-49). Para ello solicitaron la presencia y el trabajo de Lobineau; sin embargo, este último rechazó en pos de una mejora de los estudios y los cuidados de la historia de Bretaña³⁹. No obstante, la fama de los mauristas era suficientemente alta, lo que significaba que dicha empresa no podía tener otro destinatario que la congregación benedictina de Saint-Maur. Y así fue. Entre sus primeros “obreros” un puñado de monjes benedictinos, de los cuales solamente Dom Vaissète llegó a ver la edición final (en 5 volúmenes in-folio) de la obra publicada entre 1730 y 1745.

³⁹ Además de para este proyecto, Lobineau fue reclamado por los propios consejeros municipales (échevins) de París para la confección de una historia dedicada a la villa. Más información en torno al dinero, financiación y autoría colectiva de la misma en Laurain (1957: 246).

En tercer lugar nos encontramos con la *Histoire de Bourgogne*, que consta de 4 volúmenes in-folio publicados entre 1739 y 1781, y cuya edición original se debe a Dom Urbain Plancher (Delisle, 1874: 69). Se trata de un trabajo repleto de documentos y cartas variadas, que van desde los archivos del Parlamento a la Cámara de cuentas, pasando por las numerosas abadías en todo el territorio borgoñés. El libro acota, además, una dimensión temporal relativamente amplia: comienza con el periodo de las Galias y acaba con la conquista del condado por parte de Luis XIV. Asimismo, el texto comprende una historia erudita de la provincia, sus antigüedades, así como un variado conjunto de mapas, grabados y demás elementos ilustrativos relacionados con el condado.

En esa misma línea cabe insertar la *Histoire de Lorraine* realizada por Dom A. Calmet (1728). Su autor preparaba una historia de la provincia a comienzos del siglo XVIII. Fruto de lo cual surgieron los 3 volúmenes in-folio que constituyen su obra. Una obra, por lo demás, que asume las mismas exigencias que han guiado los trabajos anteriores: esto es, compilar las antigüedades documentales a fin de dar a conocer la historia civil y eclesiástica de las provincias, y todo ello con el beneplácito directo de las autoridades provinciales. En este caso Dom Audet ofrece un trabajo típico de procedimiento benedictino: es decir, una historia de la provincia, seguida de cartas y títulos justificativos, para acabar con mapas y otras ilustraciones (planos, medallas, monedas) relacionadas con las ciudades, las iglesias o la geografía de la provincia (Lecomte, 1928: 54-55).

Como se ve, la extensión de las investigaciones se desarrolló en múltiples direcciones, tal y como atestigua la dieta del 31 de mayo de 1737⁴⁰. El problema es que muchas de ellas no pudieron ver la luz bajo la forma de obras publicadas, lo que sin embargo no impedía que constituyesen importantes materiales para el desarrollo de la investigación histórica posterior, tal como sugiere Ph. Lauer en su obra sobre los fondos provinciales catalogados en la Biblioteca Nacional⁴¹. En efecto, de estos últimos cabe señalar su alto contenido numérico, lo cual demuestra

⁴⁰ De hecho, el propio Fr. René Junien, visitante y secretario de la dieta, dice: “Entre les divers moyens que les très R. P. Général a présentés à la Diète de réparer les pertes de la Congrégation causées par les troubles précédents, un des principaux a été d’en réanimer les grandes études... Il seroit... très important que la Congrégation travaillât à l’histoire des provinces du royaume: le bien public le demande, la Cour le désire avec empressement et notre corps est peut-être le seul qui puisse l’entreprendre” (Citado en Laurain, 1957: 248).

⁴¹ Los fondos provinciales inventariados por Ph. Lauer alcanzan la suma nada desdeñable de 2585 volúmenes, de los cuales la mayor parte son obra y resultado del trabajo benedictino y su proyecto de una historia provincial del reino. Leamos al propio Ph. Lauer: « *Les collections des documents et mémoires sur l’histoire des diverses provinces de France, réunies aux XVII^e et XVIII^e siècles, dont l’inventaire est publié plus loin, forment le complément, en quelque sorte, du fonds des manuscrits français de la Bibliothèque Nationale (...). Ces collections sont présentement au nombre de dix et forment un total de 2585 volumes : 1. ‘Bourgogne’, papiers des bénédictins et*

hasta qué punto es legítimo hablar de esta congregación para entender el surgimiento y las condiciones de aparición de una historiografía tan rica y compleja como la del siglo XIX.

Dicho de otro modo, la producción maurista constituye una referencia ineludible, y no solo por haber ingeniado las técnicas de prueba que caracterizan la metodología básica de la historiografía del siglo XVIII y XIX, sino también por haber confeccionado buena parte de los *materiales documentales* (fondos de catálogos, inventarios, piezas, etc.) con los cuales ha trabajado la historiografía posterior.

Pasemos ahora a la última etapa de la Congregación.

1.1.3. - Los benedictinos al servicio de la Monarquía (1760-1790):

Tras un periodo marcado por la gloria y el florecimiento intelectual la congregación benedictina inicia un proceso decandente. Las causas son múltiples, aunque bien es cierto que algunas de ellas pueden atribuirse a un cúmulo de circunstancias materiales. El poco dinero acumulado o la mala gestión ante decisiones inoportunas hizo que los mauristas entrasen en un proceso de abandono y clara decadencia financiera (Laurain, 1957: 17-18). A todo ello además había que sumarle un hecho que no ayudaba a la creación de una investigación histórica homogénea y colectiva: cada vez se producían más querellas internas, muchas de las cuales hacían inviable el relevo y la sucesión generacional del trabajo erudito (*Ibíd*: 263).

Es pues en este contexto donde debe situarse la colaboración técnica desarrollada por los mauristas. Más en particular, se trata de una decisión tomada por lealtad, y en parte, por qué no decirlo, por la propia necesidad. Prueba de ello es la carta redactada por los benedictinos al ministro Bertin⁴² (1762): allí se puede percibir el entusiasmo de los monjes en su incorporación a

actes originaux (129 volumenos). 2. 'Champagne', papiers des Bénédictins et actes originaux (160 volumenos). 8. 'Picardie', papiers de D. Grenier et autres Bénédictines ; actes originaux (340 volumenos) (...) » (Lauer, 1905 : V-VI).

⁴² Nos referimos a la carta del 27 de Julio de 1762. Dice así: "(...) *Il est certain, Monseigneur, que, le droit public n'étant appuyé que sur des fait anciens, tout ce qui peut conduire à le connaître avec plus d'exactitude doit être précieux au Gouvernement. De là le projet de (...) former une notice fidèle et générale de toutes les chartes qui sont dispersées dans les dépôts publics (...) Il est donc certain, Monseigneur, que, pour suppléer les secours qui manquent aux savants qui peuvent s'occuper de cet objet, il paroîtroit nécessaire d'avoir recours à une société littéraire répandue pour tout le Royaume (...) Nous nous flattons que la congrégation de Saint-Maur peut être cette société. (...) nous sommes en état de distribuer des religieux savants et laborieux dans toutes les maisons de notre ordre (...), et par là nous pouvons couvrir toute la France de travailleurs qu ne coûteront au Roy que quelques frais de voyages et de copistes*" (Publicado en Charmes, 1886a: 35-36). Debido al interés del documento hemos decidido reproducirlo en su totalidad en el anexo 1.

los proyectos externos, máxime cuando estos últimos se identifican con el proyecto de Jacob-Nicolas Moreau, orientado a establecer un depósito de derecho público y de historia⁴³.

De todo ello sin embargo no hablaremos ahora pues los trabajos realizados en esta época forman parte de proyectos y programas cuya dirección estaba en manos de otras instituciones diplomáticas.

Con todo parece oportuno acabar el apartado recapitulando algunas tesis sugeridas. Recordaremos simplemente dos:

A/ la primera de ellas, y tal vez la más evidente, concierne a la variedad de materiales preparados por la congregación. Un vistazo rápido nos revela una cantidad suficientemente amplia, producto de más de 150 años de historia, y en la cual se pueden advertir 7 criterios básicos de trabajo⁴⁴:

1/ Un primer criterio orientado a la crítica y la reflexión diplomática, y en la cual se pueden encontrar obras como *De re diplomatica* de Mabillon o *L'art de vérifier les dates des faits historiques* de Clémencet;

2/ otro de ellos dedicado a la historia civil y eclesiástica del reino, del cual cabe destacar el *Recueil des Historiens de France* y los *Monuments de la Monarchie Française*;

3/ en tercer lugar, la historia de las antigüedades civiles de las provincias y las villas ;

4/ en cuarto lugar, las colecciones impresas que no tienen cabida en los grandes proyectos, pero que sin embargo guardan importantes piezas para la historia del reino, tales como el *Spicilegium* y la *Amplissima collectio*;

5/ en quinto lugar, las colecciones impresas que continuaban las obras anteriores, como la *Histoire de Languedoc* y la *Gallia christiana*;

⁴³ A este depósito y sus respectivos trabajos nos referiremos más tarde, cuando hablemos del *Cabinet des Chartes* y su relación con la Monarquía. Por el momento, basta con sugerir algunas ideas de dicho proyecto. Veamos la ‘Mémoire de Moreau sur la formation d’un dépôt de droit public et d’histoire. 1762’: “(...) on observera ici que le droit public de la France est fondé et sur des lois et sur des faits historiques. Les découvertes de l'historien doivent s'unir au raisonnement du juriconsulte, et tous les deux doivent se prêter un mutuel secours. Si donc il est possible de former (...) un dépôt qui renferme la plus grande partie des matériaux qui doivent entrer dans un corps complet de droit public, c'est-à-dire des notices de tous les faits et de tous les monuments historiques joints à une collection de toutes les lois (...), on aura complété un établissement avantageux et procuré au Gouvernement une source où il pourra puiser sans cesse les éclaircissements le plus utiles”. (Publicado en *Ibíd*: 29-30).

6/ en sexto lugar, los volúmenes dedicados a las provincias que no fueron publicados;

7/ y séptimo lugar, todas aquellas obras que no tuvieron continuación y que concernían a provincias como Anjou, Touraine, etc. En definitiva, una cantidad bastísima de obras a las que debía sumarse toda la producción maurista dedicada a la patrística romana⁴⁵.

B/ La segunda tesis concierne al aspecto colectivo que encierra la actividad benedictina. El trabajo de la congregación no es solo un trabajo de recolecta y preparación de fuentes, es también un trabajo de dimensiones colectivas, lo que sin embargo nos plantea el hecho de considerar este adjetivo como algo más que una suma de procedimientos individuales.

Así es, con los benedictinos ocurre lo mismo que con la organización industrial del trabajo. Al igual que ésta, requiere de una fuerza colectiva, organizada en base a una cooperación funcional (no esporádica) que sea capaz de suscitar un cambio en la naturaleza misma del trabajo historiográfico, modificándolo por entero y generando así una suerte de *normalización* metodológica (esto es, el establecimiento de procedimientos de orden manipulativo y evaluativo respecto a los materiales⁴⁶) que hace posible la existencia de un trabajo acumulativo y de proyectos a largo plazo.

De ahí la importancia concedida a la enseñanza de los monjes: con ello no se trata de incrementar el poder de las fuerzas por separado sino de producir las condiciones necesarias para el desarrollo de una fuerza intelectual colectiva, que trabaje por medio de procedimientos normalizados y en base a una distribución diferenciada de las tareas, tal y como es manifiesto en la planificación de trabajos decidida en los Capítulos generales.

En ese sentido poco cabe añadir a lo que ya se ha dicho en relación al tema. B. Barret-Kriegel utiliza un término para definir esta labor: lo llama un gigantesco y vastísimo taller (*atelier*), un taller de trabajo científico (Barret-Kriegel, 1988a; 94-95), por cuanto entiende que la movilización colectiva (de recursos humanos, financieros, técnicos) realizada durante varias generaciones ha tenido por efecto normalizar y homogeneizar la naturaleza del trabajo, fruto de lo

⁴⁴ Estos criterios clasificatorios se los debemos a la memoria redactada por Dom Poirier en 1787 para responder a las exigencias de Lamoignon. Véase Laurain, 1957: 231-232).

⁴⁵ De hecho, ese esquema excluía de forma deliberada toda la producción dedicada a la patrística, tal y como demandaba el propio Lamoignon el 13 de octubre de 1787. (Las cartas y otros documentos relativos a las historias provinciales han sido publicadas por Lecomte, 1928: 309).

⁴⁶ Este proceso de homogeneización metodológica se lleva a cabo por múltiples medios, aunque bien es cierto que resulta especialmente importante la utilización de las *cartas circulares* por parte de los superiores de la con-

cual surgen las técnicas de prueba y control metodológico (la crítica documental de las fuentes) de la ciencia histórica hasta bien entrado el siglo XX.

Hablemos ahora de otras instituciones eruditas. Centrémonos en la labor de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*.

1.2. - L'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres (1663-1793):

Sentadas las premisas sobre las cuales se asienta la producción de fuentes, y dado que, como quedó indicado, el estudio de las antigüedades solo es comprensible a partir de las condiciones en las cuales los agentes producen sus discursos, queda ahora por caracterizar, aunque sea de manera aproximativa, el análisis de otras instituciones dedicadas a la producción de fuentes.

Por razones didácticas seguiremos un esquema de tipo cronológico, a sabiendas de que la actividad realizada por la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* no es una continuación propiamente dicha de los benedictinos pero sí una contribución importante *a la defensa de la monarquía* por medio del análisis diplomático de las fuentes.

La historia de la *Académie des Inscriptions...* es clara al respecto. Fundada en 1663 bajo el mandato de Colbert recibe por cometido la tarea de glorificar el reino a través del análisis y el diseño de las inscripciones reales, bien fuese en forma de monedas y medallas o bien a través de la confección de monumentos, tapices u otras ornamentaciones artísticas y arquitectónicas⁴⁷.

El objetivo era siempre el mismo: mantener y exaltar la gloria de la monarquía borbónica, especialmente de su valedor más conocido, Luis XIV. Para ello se precisaba de un grupo de personas que tuvieran a su cargo la organización y el desarrollo de las actividades, tarea para la cual fueron encomendados J. Chapelain o L. Douvriér, entre otros, y a la cual, fueron sumándose eruditos (Racine, Perrault) de diversas orientaciones, todos ellos procedentes de las letras pero sin una perspectiva de trabajo estrictamente historiográfica.

gregación. También resulta importante los tratados metodológicos elaborados por algunos monjes, tales como la obra *De re diplomatica* de Mabillon o *L'art de vérifier les dates des faits historiques* de Clémencet.

⁴⁷ El caso más emblemático lo constituye su papel como comisión para velar por la coherencia del decorado interior del palacio de Versalles, especialmente de la Galería de los Espejos y el salón de la Guerra. Más información en Fumaroli (2006: 2074).

El cambio de rumbo se produce el 16 de Julio de 1701, fecha ésta en la que se aprueban los nuevos reglamentos y se protocoliza la organización interna (obligaciones de asiduidad, reclutamiento, entrega de trabajos, etc.) de la misma⁴⁸, ampliándose así las líneas de trabajo desarrolladas hasta el momento. En efecto, con la reglamentación interna redactada por Jean-Paul Bignon, sobrino de Pontchartrain, la institución humanista plantea un cambio de perspectiva importante: con ella la '*Petite Académie*' deja de ser una academia subsidiaria⁴⁹, centrada en la confección y el análisis de emblemas, y pasa a convertirse en un centro de producción archivística, digno de los talleres y la dinámica de trabajo realizada por los benedictinos.

Esto nos conduce a una consideración importante, al menos desde el punto de vista expositivo. La historia y la actividad interna de la '*Académie...*' ha contribuido a la historia de Francia de muy diversas maneras, pero sobre todo, a través de la preparación y la publicación de fuentes. Semejante actividad compiladora ofrece la medida del juego político del momento, al revelar que la producción y la publicación de fuentes (en este caso, la promulgación y compilación de ordenanzas reales⁵⁰) desempeña un papel activo en provecho de la monarquía y de su política de reforma jurídica.

Más tarde analizaremos esta pista a partir de los trabajos realizados por la '*Académie...*'; por el momento, basta con introducir unas breves pinceladas referentes al contexto y la política de mecenazgo cultural en la cual se inserta la Academia. Hablaremos de hablar de J. B. Colbert y de su papel en la promoción directa de las artes y la cultura a través de la creación de academias y sociedades eruditas controladas por la monarquía.

1.2.1. - El colbertismo cultural o la circulación de bienes culturales al servicio de la monarquía.

⁴⁸ La medida en cuestión se refiere al *Règlement ordonné par le Roi pour l'Académie royale des Inscriptions et médailles, Versailles, 16 juillet 1701*. Tanto ésta como otras ordenanzas relativas a la organización de las academias, pueden consultarse en Auroc (1889).

⁴⁹ Decimos 'subsidiaria' porque en su origen no fue más que un consejo informal procedente de la '*Académie Française*'. Un consejo, por lo demás, cuya organización interna no sobrepasaba la decena de personas, las cuales se reunían dos veces por semana para confeccionar los emblemas y leyendas del inmobiliario monárquico. Este pequeño consejo será conocido como la '*petite Académie*', a diferencia de otras instituciones como la '*Académie Française*' o la '*Académie royale des sciences*', objeto de grandeza y promoción por parte de la monarquía. Véase Leclant (1996: 631).

Para comprender el establecimiento y el desarrollo de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* es necesario tener en cuenta la política de control y mecenazgo cultural realizada por la monarquía. Esta política encuentra sus primeros ecos en el gobierno dirigido por el cardenal Richelieu, aunque bien es cierto que la fisonomía y el desarrollo de un programa definido han de buscarse con la llegada de Colbert y las sucesivas administraciones de Louvois y Pontchartrain. Es ahí cuando el mundo de la cultura entra en el campo de la gestión política, haciendo que la circulación y los mecanismos que rigen su producción queden supeditados al control y las coacciones de la institución monárquica.

A esta política, continuada y perfilada por las sucesivas administraciones, la llamamos ‘colbertismo cultural’ (Minois, 1995), en un intento de mostrar el carácter altamente intervencionista que la institución monárquica mantuvo en el terreno de las artes y la cultura.

Así es, al igual que su variante económica, el colbertismo cultural trata el mundo de las artes con un interés exacerbado, e incluso como un asunto capital, como atestigua el apoyo y la financiación directa a las élites (aristocráticas) intelectuales del reino. Lo que sucede es que esta intervención, además de ser clara y concisa en lo que se refiere a la censura, plantea un modelo de intervención política basado en criterios no meramente redistributivos.

Dicho de otro modo, el colbertismo cultural no trata de modernizar y repartir equitativamente el saber; su objetivo no es extender la cultura al mundo de las clases populares⁵¹; al contrario, de lo que se trata es de incentivar los bienes culturales a fin de que su circulación asegure la figura del monarca y la *continuidad* de su derecho.

Dos son las características que podrían definir esta política cultural: de un lado, el sistema de censura y de control editorial (1) instaurado desde la época de Richelieu, y de otro, la promoción de un sistema de mecenazgo (2) orientado a unificar las instituciones encargadas de la producción del saber, fruto de lo cual surgirán las diversas academias que caracterizan el panorama intelectual de los siglos XVII y XVIII en Francia.

⁵⁰Uno de los trabajos más relevantes desarrollados por la ‘Académie...’ fue ‘*Le Recueil des ordonnances des rois de France*’. Más adelante hablaremos en detalle de esta empresa.

⁵¹ Sirva como documento histórico las palabras de Richelieu sobre la educación y la inviabilidad de que sea extensible al pueblo. En palabras de Richelieu: “*Comme la Connoissance des Lettres, est tout à fait nécessaire en une République, il est certain qu’elles ne doivent pas être indifféremment enseignées à tout le Monde. Ainfi qu’un Corps qui auroit des yeux en toutes les parties, feroit monfrueux; de même un État le feroit-il, si tous ses Sujets étoient Scavants; On verroit auffi peu d’obéissance, que l’orgueil & la prefomption y feroient ordinaires*” (Richelieu, 1965: 139-140).

Ambas características conforman los pilares básicos sobre los cuales se asienta la política cultural de la monarquía.

1/ Así, en lo que se refiere al primer aspecto, hemos de advertir un precedente claro en la figura de Richelieu y su política de acción propagandística, bien fuese por medio de panfletos⁵² e historiadores⁵³ o bien a través de periódicos (la *Gazette*) e instituciones (*Académie Française*) centradas en la censura o la restricción editorial⁵⁴.

Ahora bien, en Colbert este patronazgo adquiere un carácter sistemático: no solo se trata de comparecer como guardian oficial de las letras sino que todo esto adquiere un aspecto de programa. Es decir, se amplifica y se diversifica hasta tal punto que podemos augurar una política cultural encaminada a establecer un ‘gobierno de la opinión’.

Uno de los modos más claros de ponerlo en práctica fue a través del uso y la administración de la censura. El funcionamiento era bastante simple: se trataba de regular la producción cultural limitando el privilegio para imprimir publicaciones, o lo que es igual, reduciendo el número de talleres y de librerías⁵⁵. Para lo cual el consejero, o sea el propio Colbert, se rodeaba de un conjunto de censores encargados de leer los manuscritos y redactar un informe que sirviese de base para el acuerdo o el rechazo de publicación (Le Brun, 1975: 201).

Ese sistema, que será constante a lo largo de las sucesivas administraciones, encontrará su apogeo y su fase de máximo desarrollo en la figura de J. P. Bignon, sobrino de Pontchartrain y detentador por aquel entonces (1699-1714) de diversos honores relacionados con las Academias

⁵² De la enorme masa de panfletos inspirada (no redactados) por Richelieu durante la década de 1620 cabe recordar el *Catholique d'Etat*, de Jeremías Ferrier, y las *Questions décidées*, de Bessian Arroy. En ambos escritos se plasma un testimonio de adhesión política antiespañola promulgada por Richelieu.

⁵³ El caso más conocido es el del historiador Scipion Dupleix. Este último compuso, a la demanda del cardenal, diversas historias sobre los reinos de Enrique III, Enrique IV y Luis XIII. Para ello Richelieu le aprovisionaba de diversas memorias, notas e informaciones que le permitían tratar de manera abundante y según la manera deseada los hitos de la crónica política. Más información en Bercé (1987: 101).

⁵⁴ Sobre las restricciones editoriales véase el edicto del 10 de Julio de 1624. Más información en Knecht (2009: 214).

⁵⁵ Entre 1666 y 1667 los talleres de impresión se vieron reducidos de manera considerable. Asimismo se introdujo un *numerus clausus* para el acceso a la edición y otras medidas destinadas a reforzar el control y la gestión de la impresión francesa. Véase Le Brun (1975: 201).

reales y la Biblioteca del Rey⁵⁶, lo cual le aseguraba una posición inmejorable para el conocimiento y el control de la impresión y reimpresión francesa⁵⁷.

Ahora bien, este tipo de censura perseguía una serie de objetivos claros y definidos, lo cual le otorgaba un marco de actividad que hacía posible el desarrollo de otros espacios ajenos a las injerencias (o al menos, a una injerencia tan intensa) de la maquinaria de censura, tales como la literatura popular (también llamada *Bibliothèque Bleue*), las predicciones astrológicas, los romances o los almanaques que circulaban durante el Antiguo Régimen (Minois, 1995: 144).

En efecto, la censura llevada a cabo por la institución monárquica no se aplicaba a todas las producciones culturales por igual. En lo que se refiere a la cultura popular la monarquía se caracterizó por plantear una forma de tolerancia tácita, e incluso casi de dejadez: en el fondo, se entendía que toda esa forma de literatura popular no planteaba ningún riesgo contra el orden establecido, si acaso una forma de superstición trasnochada pero nunca el desarrollo de una amenaza deliberadamente subversiva.

No ocurría lo mismo sin embargo con las formas de expresión de las élites⁵⁸ y la literatura protestante. En esas ocasiones la censura se ensañaba directamente, si bien es cierto que en el caso del protestantismo la iglesia galicana demandaba incluso mayor censura que la que ponía en práctica la propia institución monárquica (*Ibíd*: 152).

Sea como fuere, el hecho es que la censura no constituye un aspecto accidental de la práctica política: el control y la regulación de las publicaciones constituía una de las preocupaciones básicas del poder en el siglo XVIII, tal y como atestigua el conjunto de medidas (censo de libreros e impresores en provincia, la fijación del número de talleres autorizados por ciudad, permisos

⁵⁶ Entre sus diversos honores, merece la pena destacar su papel como maestro de la Librería (antecedente de la BNF) y Bibliotecario del Rey (1718), cargos que heredó por vía hereditaria a través de su padre y de su abuelo. Pero también fue miembro de la *Académie Française*, presidente de la *Académie des Sciences*, miembro y secretario de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* y co-director del *Journal des Savants*, entre otras cosas.

⁵⁷ En ese sentido, cabe recordar el conjunto de investigaciones (enquête) decretadas por el propio J. P. Bignon en 1701 para localizar los talleres de impresión provinciales, a fin de censar el número e imponer así un control directo sobre los permisos de impresión y reimpresión. Más información en Minois (1995: 138-139).

⁵⁸ De tales expresiones merece la pena destacar un género de crítica orientado a la denuncia de la miseria popular y los desmanes fiscales llevados a cabo durante el reinado de Luis XIV. El caso más célebre es el de Pierre Le Pesant de Boisguilbert, quien amparándose en su puesto de intendiente originario de la nobleza, sugiere reformas al controlador general (Pontchartrain) para mejorar la situación económica y social del reino. Su obra más conocida, *Détail de la France*, fue impresa de manera anónima en Rouen con el objetivo de plantear una crítica de las políticas fiscales desarrolladas por las políticas y las guerras de Luis XIV. Más información en Minois (1995: 161).

expedidos por el consejo de censores, etc.) puestas en práctica por J. P. Bignon en la cancellería y la librería del rey (1699-17014)⁵⁹.

2/ De modo paralelo a la censura se sitúa el otro pilar básico de la política cultural colbertista. Esta dimensión, quizá más relevante para nuestro objeto de estudio, está basada en la promoción de un sistema de reclutamiento intelectual que tiene por objeto la glorificación del rey⁶⁰, pero cuyos efectos a medio y largo plazo, repercuten también en la manera de organizar la comunicación y la circulación de la cultura.

Dicho de otro modo, el colbertismo cultural desempeña a la vez un papel político y científico: por un lado, promueve la figura del Rey apelando a la gloria y la legitimidad de su derecho, y por otro, nos plantea un conjunto de medidas orientadas a generar el marco y las condiciones comunicacionales en las que va a incentivarse y circular los bienes culturales.

Con todo se trata de una política ambiciosa, cuyos réditos en términos políticos no deberían medirse solamente de acuerdo a la gloria de una persona o una institución concreta sino en función de la integración cultural que entabla en el momento de ponerse en práctica. Así, al sentar las bases de una comunicación integrada, la política cultural tiende a sustituir el viejo atomismo de los eruditos del siglo XVI por unas condiciones institucionales y comunicacionales diferentes. Es decir, se pasa de un contexto fragmentado y profuso de bienes culturales a otro en el que la producción y la circulación de bienes presupone la acción y los códigos comunicacionales impuestos por la monarquía, lo que plantea una centralización progresiva de las instituciones eruditas y una adecuación creciente de su ámbito de producción a las exigencias y los códigos (estilísticos, literarios, etc.) impuestos por la monarquía.

En el caso que ahora nos toca esa estatalización se manifiesta a través del mecenazgo y el *academismo*. Este último representa una expresión manifiesta de la política unificadora de Colbert. Es más, constituye su máxima expresión, al menos en lo que se refiere al ámbito de las ideas, los discursos y la producción de bienes culturales. El academismo no hace sino poner en práctica un tipo de políticas orientadas a crear un mercado cultural unificado y dominado por el código oficial. Con ello se responde a una aspiración política determinada, a la vez conservadora e innovadora: dos funciones sin embargo cuya máxima eficacia es haber contribuido a generar

⁵⁹ Los datos cuantitativos referidos a la censura de libros 'religiosos' en el período de J. P. Bignon puede verse en Le Brun (1975: 203).

⁶⁰ A partir de la llegada de Colbert la lista de pensiones y gratificaciones económicas destinadas a hombres de letras y eruditos se vio aumentada. Véase los datos cuantitativos en Minois (1995: 169).

una mentalidad erudita acorde con las necesidades de unificación cognitiva y simbólica que requiere la nueva forma de comunidad política de la época.

En otras palabras, el academismo constituye un fenómeno centralizador; por su vigilancia y su carácter concertado, se integra a la perfección dentro del gran proceso de unificación cognitiva y comunicacional que acompaña la centralización política (militar, fiscal, jurídica) desarrollada por la institución monárquica⁶¹. Su objetivo no es (o no es solo) la glorificación exclusiva del rey (elemento conservador), sino la integración de las sociedades intelectuales (y por extensión, de las mentalidades propias de las élites provinciales⁶²) en el circuito que poco a poco va entablando el poder en su proceso de acumulación política y simbólica.

Ahora bien, ¿cuáles fueron esas academias reales? ¿A qué dominios específicos de trabajo se limitaron sus actividades?

La primera experiencia data del siglo XVI, aunque bien es cierto que su existencia apenas repercute en la cultura erudita de la época. Nos referimos a la *Académie de poesie et musique*, una institución cuya actividad se cierne sobre la ortografía y la prosodia. Su existencia apenas sobrepasa la quincena de años (1570), siempre bajo el reinado de los últimos Valois.

Un poco más tarde, bajo la égida de la monarquía borbónica, surge la *Académie française*, una sociedad de letras protegida por la autoridad monárquica y el control férreo del propio Richelieu. Su aparición legal se remonta a enero de 1635, fecha en la que el propio Luis XIII establece la carta patente en la que se instituyen los estatutos y reglamentos internos de la institución⁶³. Es ahí donde se establece su tarea, una tarea que es a la vez cultural y política, en tanto que su actividad aparentemente cultural, esto es, la formalización y la depuración lingüística del francés⁶⁴, se enmarca en un proceso más amplio de unificación y homogeneización del territorio,

⁶¹ Por ‘proceso de unificación cognitiva’ entendemos ese conjunto de medidas políticas orientadas a la creación de un mercado cultural unificado, esto es, un mercado en donde se ha producido la unificación de los códigos jurídicos y lingüísticos, la estandarización de las formas de comunicación burocrática (a través de formularios, impresos, etc.) o la homogeneización de los sistemas de clasificación social (sexo, edad, etc.). Todo este conjunto de operaciones, desarrollado en la historia a lo largo de cientos de años, ha generado lo que habitualmente llamamos de manera un tanto ingenua la ‘identidad nacional’. Para una visión sucinta de este proceso de unificación cognitiva, véase Bourdieu (1993: 49-63).

⁶² Para una visión precisa de las academias como mecanismos de integración cultural de las élites provinciales, véase Roche (1978).

⁶³ En realidad las cartas constan de una introducción y cincuenta artículos sobre la reglamentación interna de la institución. Véase ‘*Lettre patentes pour l’établissement de l’Académie Française, Paris, janvier 1635, registrées au Parlement le 10 juillet 1637*’, en Auroc (1889: XXI-L).

⁶⁴ Sobre la tarea general de la Academia, véase el artículo XXIV. Dice así: “*La principale fonction de l’Académie sera de travailler avec tout le soin et toute la diligence possibles à donner des règles certaines à notre langue et à la rendre pure, éloquente et capable de traiter les arts et les sciences*” (Ibíd, p. XXXV). También sobre

para el cual el empleo de una lengua homogénea, con una ortografía y una sintaxis clarificada, constituye una necesidad imperiosa, al menos desde el punto de vista administrativo⁶⁵.

En 1648 una serie de cartas patentes hicieron posible la constitución de la *Académie royale de peinture et de sculpture*⁶⁶. Tales cartas fueron redactadas a petición expresa del rey, si bien es cierto que la influencia directa de Charles Lebrun, promotor de las ‘bellas artes’ y miembro de sociedades artísticas de la época, desempeñó un papel fundamental. En efecto, la fascinación por la cultura renacentista italiana hizo que Ch. Lebrun luchase por el reconocimiento de la pintura y la escultura dentro de las disciplinas de las ‘bellas artes’⁶⁷. Con ello consiguió que las primeras compañías dedicadas a estos menesteres obtuviesen el derecho a llamarse *Académie royale de peinture et de sculpture*. La institución estará compuesta de doce académicos que gozan del beneplácito y la financiación directa de la autoridad monárquica (Leclant, 1996: 630).

Más tarde, durante la etapa de Colbert, la obra de promoción artística inaugurada por Mazarin tuvo un repunte considerable. En 1666 se fundó la *Académie de France à Rome*, una institución dedicada a la formación y la cultura en Italia de todos los miembros de la *Académie royale de peinture et sculpture*. Es decir, la *Académie de France à Rome* servía de puente entre los académicos franceses y el ámbito del academismo italiano y el neoplatonismo de la época⁶⁸.

En esos mismos años surge la *Académie royale de danse* (1661) y la *Académie royale de musique* (1669). Sus objetivos eran claros: por un lado, formar a los bailarines y los músicos de la Corte. Y por otro, normalizar el arte coreográfico, la danza y la ópera francesa, pero no solo

los proyectos específicos, el artículo XXVI: “*Il sera composé un dictionnaire, une grammaire, une rethorique et une poétique sur les observations de l’Académie*”. (Auroc, 1889: XXXVI).

⁶⁵ Una primera edición del diccionario fue presentada al rey en agosto de 1694. Otras cuatro ediciones más irán apareciendo entre 1718 y 1798. Véase Leclant (1996: 629).

⁶⁶ Véase ‘*lettres patentes qui approuvent les statuts de l’Académie royale de peinture et de sculpture, Paris, février 1648, registrées au Parlement le 7 juin 1652*’ en Aucoc (1889: CVI-CXII).

⁶⁷ De hecho, el propio Lebrun estaba entusiasmado durante su estancia en Roma en 1642 por el modelo de la *Accademia del disegno* de Florence (1562) y la *Accademia di San Luca* de Roma (1577). Véase Leclant (1889: 629-630).

⁶⁸ En ese sentido resulta curioso advertir el hecho de que la utilización del nombre ‘academia’ no es una opción gratuita. En realidad denota una fuerte carga simbólica. Academia es un vocablo que nos remite directamente a la tradición de la filosofía platónica. Con ello se trataba de resituar el trabajo realizado por las sociedades italianas del *quattrocento* (p. ej. el caso de Marsilio Ficino) en el interior de una prestigiosa tradición filosófica, lo que planteaba una fuerte filiación con el mundo antiguo y los valores de civilización cultural desarrollados en él. Si todo ello, además, se vincula a la glorificación del rey y el absolutismo real, tal y como sucedía en Francia, entonces lo que tenemos es una mitología de la gloria vinculada a la figura del rey, como garante de las artes y la tradición antigua. Véase Leclant (1996: 628).

en París sino en otras ciudades del reino, hechos éstos que no dejaron de acarrear fuertes controversias respecto a otras instituciones (la *Ménestrandise*) ya existentes⁶⁹.

En 1671 aparece la *Académie royale d'Architecture*, una institución que tiene por cometido el diseño, el mantenimiento y la posible ampliación de las construcciones y edificios del reino⁷⁰. Dirigida por el primer arquitecto del rey, François Blondel, la *Académie royale d'Architecture* estaba compuesta por diez académicos nombrados directamente por el monarca. Sin embargo, las cartas patentes que acreditan su composición datan de 1717, fecha en la que se regula el ordenamiento interno y se amplía el número de académicos.

Por último, cabe mencionar la *Académie royale des Sciences*, cuya fecha de aparición se remonta a 1666. En ese momento, Colbert era el superintendente de las construcciones, las artes y las manufacturas, lo cual indicaba un interés manifiesto por las aplicaciones técnicas derivadas de las ciencias. Para ello comenzó a reunirse con las diferentes asociaciones y asambleas de científicos de la época (físicos, matemáticos, astrónomos, botánicos, químicos, zoólogos, etc.), todo ello sin que mediase estatuto ni reglamento alguno, solo con la presencia de trece académicos y Colbert (Leclant, 1996: 633). Ahora bien, esta situación no se prolongó mucho en el tiempo; de hecho, empeoró tras la muerte del ministro (1683). Para ver un repunte hay que esperar a 1699: en ese momento es cuando Luis XIV asume la protección de la academia y establece un reglamento interno por medio de la publicación de cartas patentes⁷¹. Con ello se lograba la seguridad financiera que no existía desde los tiempos de Colbert, al tiempo que se ampliaba el número de académicos⁷² y el conjunto de actividades orientadas a registrar las innovaciones científicas de la época⁷³.

⁶⁹ Véase a este respecto la negativa (1662) de Guillaume Dumanoir, director general de la *Ménestrandise*, a la creación de una *Académie royale de danse*. En el fondo lo que estaba en juego era la pérdida de monopolio por parte de la corporación de la *Ménestrandise* sobre las actividades de los músicos. Más información en Sceaury (1949).

⁷⁰ Véase el artículo XIV de las cartas patentes: “*L'Académie, dans ses assemblées, sera particulièrement tenue d'agiter les questions, de donner ses avis, et même, en cas de besoin, des mémoires, dessins et modèles sur les difficultés que le superintendant de nos bâtiments leur fera proposer, comme il le jugera à propos, sur le fait desdits bâtiments (...)*” (*Lettres patentes portant établissement d'une académie d'architecture, Février 1717, registrées au Parlement le 18 juin 1717*. en Auroc (1889 : CLXX).

⁷¹ Véase *Règlement ordonné par le roi pour l'Académie royale des Sciences, Versailles, 26 janvier 1699*, en Auroc (1889: LXXXIV-XCII).

⁷² Concretamente, de trece a setenta miembros. Véase el artículo II: “*Ladite Académie sera toujours composée de quatre sortes d'académiciens: les honoraires, les pensionnaires, les associés et les élèves; la première classe composée de dix personnes, et les trois autres chacune de vingt; et nul ne sera admis dans aucune de ces quatre classes, que par le choix ou l'agrément de Sa Majesté*” (*Ibid*: LXXXIV).

⁷³ Véase el artículo XXVII: “*L'Académie aura soin d'entretenir commerce avec les divers savants, soit de Paris et de provinces du Royaume, soit même des pays étrangers, afin d'être promptement informée de ce qui s'y passera de curieux pour les mathématiques ou pour la physique (...)*” (*Ibid*: LXXXVIII).

Con todo se trata de una institución científica, si bien es cierto que sus tareas permiten una lectura doble, a la vez cultural y política. Así es, aunque la finalidad fuera el progreso y la promoción de las ciencias, la lectura realizada de sus aplicaciones es ciertamente ambivalente. Pues muchas de sus actividades, incluyendo la síntesis de tratados científicos, poseen una eficacia política incuestionable, solamente inteligible a condición de inscribirlas en un proceso más amplio de constitución del Estado y de construcción del territorio como un espacio de equivalencias y medidas comunes (legislativas, científicas, literarias, artísticas, etc.)⁷⁴.

Es pues en este contexto donde hemos de situar la función de las diferentes academias reales. Un contexto, como decíamos, marcado por el desarrollo y la interpenetración de espacios de equivalencia cognitiva (sistema de medidas, códigos jurídicos y lingüísticos homogéneos, representaciones unitarias del territorio, etc.) y espacios de equivalencia práctica (centralización y concentración de poder), en el sentido político y administrativo del término.

El caso de la *Académie des Inscriptions et Belles-lettres* no es ajena a todo este proceso; al contrario, constituye un ejemplo manifiesto, si bien es cierto que dentro de un campo de intervención específico, el de la legitimación cultural e histórica (archivística) de la monarquía.

En las páginas siguientes trataremos de dar cuenta del modo en que la *Académie* legitima el poder y la dominación jurídica de la monarquía. Para ello nos centraremos en la segunda etapa de su historia.

1.2.2. - La 'Académie des Inscriptions et Belles-lettres' y su institucionalización como factoría archivística

Para comprender el papel desempeñado por la *Académie des Inscriptions* es necesario tener en cuenta el reglamento de 1701. Este reglamento constituye un punto de inflexión en la historia interna de la institución académica. Con él se pasa de una labor centrada en cuestiones artísticas a otra dedicada a la erudición y la compilación documental, y donde la producción y el intercambio entre disciplinas (epigrafía, paleografía, bibliografía, mitología, etc.) constituye la clave

⁷⁴ Véase a este respecto las actividades realizadas por la *Académie*: por ejemplo, la unificación del sistema de pesos y medidas (1790), la confección de mapas territoriales (1668) o el desarrollo de diversos tratados de mecánica (el *Description des arts et métiers* de 1671). Estas actividades constituyen medidas vinculadas a finalidades prácticas (militares o mercantiles) específicas, pero que permiten una percepción del territorio acorde con las nuevas exigencias de unificación cognitiva que van imponiéndose en una comunidad política (progresivamente) centralizada. Una reflexión interesante sobre estos temas se puede encontrar en Desrosières (2008: 25).

para comprender la actividad académica. Sin duda, a partir de ese momento la *Académie* será un crisol en el que vengán a fundirse las ciencias históricas (Barret-Kriegel, 1988a: 189).

Ahora bien, junto a los trabajos relativos a las antigüedades civiles del reino, en clara continuidad con las perspectivas temáticas (p.ej. las historias provinciales, la preparación de fuentes sobre la historia de Francia, la historia religiosa) desarrolladas por los benedictinos, la *Académie* también refleja un creciente interés por el orientalismo y la erudición antigua. Nuestro análisis sin embargo se centrará solamente en la primera vía de investigación, siendo conscientes de que semejante postura deja al margen el resto de vías desarrolladas, especialmente aquellas relativas a la erudición antigua (griega y latina) y el orientalismo.

Para ello hemos de precisar primero los cambios institucionales, tanto en lo que se refiere a la (a) organización interna y el reparto de tareas, como en lo que respecta al (b) campo de investigación archivística, es decir, las obras y líneas de trabajo.

A/ En el primer caso nos encontramos con una constatación clara: el reglamento de 1701 plantea una estructura fuertemente jerarquizada. De los pocos miembros que habían constituido el grupo en la época de J. Chapelain, se ha pasado a una ampliación que alcanza los 40 miembros, de los cuales tres cuartos se dividen en clasificaciones escrupulosamente jerarquizadas (honorarios, internos y asociados) y el cuarto restante en alumnos⁷⁵.

Esta clasificación sufrirá diferentes variaciones a lo largo del siglo XVIII pero en lo fundamental seguirá permaneciendo en pie, sobre todo en lo que atañe a los deberes y las obligaciones contraídas. Para verlo con mayor detenimiento basta con utilizar la taxonomía establecida por B. Barret-Kriegel (1988: 192-196) a propósito de las obligaciones.

1/ *Obligaciones vinculadas al reclutamiento*: tales obligaciones constituyen los 13 primeros artículos del reglamento de J. P. Bignon. Para empezar baste con señalar el hecho de que todo académico, sea de la índole que sea, deberá contar con el beneplácito estricto del rey (Art. II). Es a éste a quien se propone el nombre de los candidatos y a quien se somete cualquier otro tipo de consideración. No obstante, existe un protocolo perfectamente formalizado. Ese protocolo se manifiesta en los artículos que van del número III al XIII, y se tratan en su mayor parte de pro-

⁷⁵ Véase el artículo II: “*L’Académie sera toujours composée de quarante académiciens, dix honoraires, dix pensionnaires, dix associés et dix élèves; et nul n’y sera admis que par le choix ou l’agrément de Sa Majesté*” (*‘Règlement ordonné par le roi pour l’Académie royale des Inscriptions et médailles, Versailles, 16 juillet 1701’*, en Auroc (1889: LI).

cedimientos que rigen la selección y el reclutamiento de cada una de las categorías (honorarios, internos, etc.) que integran la población académica⁷⁶. Otros artículos se refieren a la edad mínima fijada para el acceso a las plazas de asociados e internos (art. XII)⁷⁷, así como las buenas costumbres y la honradez de quien se profesa para tales plazas (art. IX)⁷⁸.

2/ *Obligaciones de asiduidad*: El reglamento de 1701 incluye una serie de medidas centradas en la regularidad y la asiduidad del trabajo académico. Es más, tanta es la minuciosidad que se profesa que por especificar lo hace incluso hasta con la ubicación en la que tendrán lugar las sesiones (Louvre)⁷⁹, así como los días específicos en los que se desarrollarán las mismas y su duración aproximada⁸⁰. También se especifica los plazos relativos al periodo vacacional⁸¹ y la asiduidad obligatoria de todos los académicos⁸², lo cual trajo múltiples excepciones a tenor de la gran cantidad de viajes (eruditos) realizados por los académicos en su trabajo de colecta y preparación de fuentes, tal y como atestigua el caso de Brequigny o La Porte du Theil.

3/ *Obligaciones de trabajos*: En este apartado no nos referimos al conjunto de líneas de investigación que se han inaugurado a través del nuevo reglamento, sino al hecho de que exista una medida que obligue a la entrega de trabajos y textos por parte de los académicos⁸³. Con ello se determina una normalización investigadora que hace posible una forma de implicación profe-

⁷⁶ Veámoslo con algún ejemplo: para el caso de los honorarios el reclutamiento solo podrá ejecutarse teniendo en cuenta el acuerdo unánime de la asamblea respecto a una candidatura. “Art. V: *Pour remplir les places d’honoraires, l’assemblée élira, à la pluralité des voix, un sujet qu’elle proposera à Sa Majesté pour avoir son agrément*” (ibíd: LII). En el caso de los internos sin embargo la cosa se complica, tratándose de un procedimiento en el que la Asamblea elige tres candidatos, de los cuales no podrá haber más que dos asociados o alumnos, a fin de que sea el rey quien elija en última instancia una sola de las tres propuestas realizadas por la academia. “Art. VI: *Pour remplir les places des pensionnaires, l’Académie élira trois sujets, desquels il ne pourra y avoir que deux associés ou élèves; et ils seront proposés à Sa Majesté afin qu’il lui plaise en choisir un*” (Idem).

⁷⁷ Art. XII: “*Nul ne pourra être proposé pour les places de pensionnaire ou d’associé, qu’il n’ait au moins vingt-cinq ans*” (ibíd: LIII).

⁷⁸ Art. IX: “*Nul ne pourra être proposé à Sa Majesté pour remplir aucune desdites places d’académicien, s’il n’est de bonnes moeurs et de probité reconnue*” (ibíd: LII).

⁷⁹ Art. XIV: “*Les assemblées ordinaires de l’Académie se tiendront au Louvre, les mardi et vendredi de chaque semaine (...)*” (ibíd: LIII).

⁸⁰ Art. XV: “*Les séances desdites assemblées seront au moins de deux heures, savoir, depuis trois jusqu’à cinq*” (Ibidem).

⁸¹ Art. XVI: “*Les vacances de l’Académie commenceront au 8 de septembre et finiront le 11 de novembre, et elle vaquera en outre pendant la quinzaine de Pâques, la semaine de la Pentecôte, et depuis Noël jusqu’aux Rois*” (Ibidem).

⁸² Art. XVII: “*Les académiciens seront assidus à tous les jours d’assemblée, et nul de pensionnaires ne pourra s’absenter plus de deux mois pourses affaires particulières, hors le temps de vacances, sans un congé exprès de Sa Majesté*” (Ibidem).

⁸³ Art. XXI: “*Dans chaque assemblée, il y aura quelques académiciens pensionnaires obligés à tour de rôle d’apporter quelques écrits de leur composition. Les honoraires, les associés et les élèves y seront invités de même (...)*” (ibíd: LIV)

sionalizada, a tiempo completo y en estricta dependencia respecto al juicio y la aprobación colectiva de sus pares en la academia.

4/ *Obligaciones relativas a la entrega de los trabajos*: El asunto relacionado con la entrega de los trabajos constituye un aspecto igualmente protocolizado. El artículo XXII ofrece las claves para comprender este proceso: lo primero por ejemplo es entregar el trabajo al secretario de la academia⁸⁴. Acto seguido se inicia un proceso de discusión colectiva que afecta a los académicos o a una comisión integrada por ellos. Finalmente, la publicación en forma de libro estará supeditada a una aprobación colectiva por parte de la academia⁸⁵.

5/ Por último, un conjunto de obligaciones que aunque no aparezcan en la taxonomía establecida por Kriegel sí parecen constituir un elemento básico de la ‘política académica’, ya sea por su intención de unificar los códigos internos (estilísticos, lingüísticos, cognitivos, etc.), ya sea por su inserción en una política de vigilancia cultural. Nos referimos a las obligaciones relativas al *control y la recensión de las publicaciones externas*.

En efecto, una de las funciones de la Academia es mantener un sistema de correspondencia abierto entre los académicos y los eruditos externos,⁸⁶ a fin de realizar informes de las obras y establecer una red de comunicación estable entre los especialistas en la materia⁸⁷. Esta misma atención parece advertirse también en la *Académie royale des Sciences*, cuyo reglamento interno parece organizarse de acuerdo a un código similar de vida institucional⁸⁸ y una lógica de las actividades similar⁸⁹.

⁸⁴ Art. XXII: “Tous les écrits que les académiciens apporteront aux assemblées seront par eux laissés le jour même entre les mains du secrétaire, pour y voir recours dans l’occasion” (Ibid : LV)

⁸⁵ Art. XXVIII: “L’Académie examinera les ouvrages que les académiciens se proposeront de faire imprimer; elle n’y donnera son approbation qu’après une lecture entière faite dans les assemblées, ou du moins qu’après un examen et rapport faits par ceux que la Compagnie aura commis à cet examen; et nuls des académiciens ne pourront mettre aux ouvrages qu’ils feront imprimer le titre d’académicien, s’ils n’ont ainsi été approuvés par l’Académie” (Ibid: LVI).

⁸⁶ Art. XXV: “L’Académie aura soin d’entretenir commerce avec les divers savants, soit de Paris et des provinces du Royaume, soit même des pays étrangers, afin d’être promptement informée de ce qui s’y fera de curieux, par rapport aux objets que se doit proposer l’Académie” (Ibid: LV).

⁸⁷ Art. XXVI: “L’Académie chargera quelqu’un des académiciens de lire les ouvrages importants dans le genre d’étude auquel elle doit s’appliquer, qui paraîtront soit en France, soit ailleurs, et celui qu’elle aura chargé de cette lecture, en fera son rapport à la Compagnie, sans le faire la critique, en marquant seulement s’il y a des vues dont on puisse profiter” (Ibidem).

⁸⁸ Existe una similitud indiscutible entre los artículos que integran el reglamento de la *Académie royale des Sciences* y la *Académie royale des Inscriptions et médailles*. En el caso de la primera encontramos las mismas obligaciones (de reclutamiento, de asiduidad, de trabajos, de entrega de trabajos y de recensión de publicaciones externas) que fueron decretadas para la *Académie des Inscriptions et médailles*.

⁸⁹ Véase el art. XVII: “L’Académie aura soin d’entretenir commerce avec les divers savants, soit de Paris et de provinces du royaume, soit même des pays étrangers, afin d’être promptement informée de ce qui s’y passera de

En otras palabras, el reglamento de 1701 constituye un marco de relaciones absolutamente novedoso: se trata de un sistema donde la regulación de los aspectos colectivos hace posible el desarrollo de la vida erudita (sesiones, informes de las sesiones, recensiones y correspondencias, los viajes eruditos, etc.) y la planificación de objetivos a largo plazo; todo ello, además, en una clara línea de acumulación erudita con respecto a los trabajos y las técnicas de prueba desarrolladas por los benedictinos.

B/ Ahora bien, la instauración de dicho reglamento no se agota simplemente en una transformación de tipo institucional. Junto a ello existen otros artículos que atañen al campo y la dimensión investigadora: con ellos se constituyen nuevas vías de investigación histórica, como la historia antigua o el estudio de las antigüedades orientales⁹⁰, pero también se renuevan vías anteriores, algunas de las cuales se sitúan en clara sintonía (cuando no continuidad) con los últimos trabajos realizados por los mauristas.

Con todo, se trata de un cambio de perspectiva interesada, situada a medio camino entre los trabajos benedictinos y las exigencias de una política documental financiada desde lo alto, consistente por lo demás en enaltecer la institución monárquica a través del análisis y el censo de las antigüedades civiles⁹¹.

Nuestro cometido en las páginas siguientes estará centrado en los estudios dedicados a la recopilación de fuentes. Se trata de comentar ciertas obras y señalar qué prácticas (copia, viaje, creación de depósitos ministeriales, etc.) han ido acompañando a la compilación y la publicación de fuentes sobre la historia de Francia.

curieux pour les mathématiques ou pour la physique (...) (Règlement ordonné par le roi pour l'Académie royale des Sciences, Versailles, 26 janvier 1699, en Auroc (1889: LXXXVIII).

⁹⁰ Veamos el guiño que hace el artículo XX al estudio del mundo antiguo: “... *Et comme la connaissance de l'antiquité grecque et latine, et des auteurs de ces deux langues, est ce qui dispose le mieux à réussir dans ce genre de travaux, les académiciens se proposeront tout ce que renferme cette espèce d'érudition, comme un des objets les plus dignes de leur application*”(Règlement ordonné par le roi pour l'Académie royale des Inscriptions et médailles, Versailles, 16 juillet 1701', *Ibid*: LIV)

⁹¹ Sin dejar de realizar estudios numismáticos el artículo XIX plantea una ampliación del campo de estudio en clave histórica: “*L'Académie s'appliquera incessamment à faire des médailles sur les principaux événements de l'histoire de France sous tous les règnes, depuis l'origine de la monarchie, et à composer les descriptions historiques desdits événements par rapport auxquels les médailles auront été faites. Elle travaillera encore sans délai à l'explication de toutes les médailles, médaillons, pierres et autres rarités antiques et modernes du cabinet de Sa Majesté, comme aussi à la description de toutes les antiquités et monuments de France*” (*Ibidem*).

1.2.3. - *La historia de Francia y el atesoramiento de fuentes: un paso más hacia la acumulación documental*

De las múltiples publicaciones que tuvieron lugar en aquella etapa solo vamos a considerar aquellas que tienen relación directa con la compilación y la publicación de fuentes (art. XIX). Esta actividad, como es sabido, no es un trabajo que surja a partir de los monjes benedictinos o los académicos; al contrario, se trata de una práctica anterior, lo cual no significa que la elección de dichas instituciones esté justificada por motivos gratuitos o de preferencia subjetiva, sino porque tales experiencias presentan un componente novedoso, añadiéndole si cabe un carácter *colectivo y normalizado* a la tarea.

No se trata de poner de manifiesto el hecho de que existan prácticas orientadas a la compilación y crítica de fuentes, sino de justificar la razón en virtud de la cual en un momento dado tales actividades se realizan bajo determinadas circunstancias. He aquí el aspecto clave: la idea de que la práctica y la preparación de fuentes adquiere un carácter concertado, como si la sola generalización de tales prácticas indicase la irrupción de un tipo de *necesidades* (necesidades documentales) en el ámbito de la política.

El caso de la *Académie* es un claro ejemplo de esto. Prueba de ello son las diversas compilaciones que han ido sucediéndose a lo largo de las distintas generaciones. En ellas podemos observar dos temas recurrentes: la historia de Francia y la historia de la legislación monárquica, lo cual atestigua una voluntad manifiesta de ampliar su campo de estudio a *todas* (así lo dice el artículo XIX) las antigüedades y monumentos de Francia, incluyendo la recopilación de títulos y otras ordenanzas promulgadas por la monarquía.

Pues bien, es a ese cometido al que se dedicarán gran parte de los eruditos académicos. Para ello sin embargo es necesario un requisito previo: así es, si el objetivo es compilar y publicar fuentes lo primero que hay que hacer es disponer de ellas, y para ello es preciso una tecnología particular de apropiación. Esa tecnología es la copia y el viaje. Estas últimas no representan aspectos menores de la producción histórica. Hablar de ellas es hablar de la dimensión técnica que le asiste al trabajo erudito: así es, al igual que los benedictinos, la *Academia* sigue con el mismo proceso de producción de conocimiento histórico, la misma codificación de gestos y las mismas técnicas de prueba que fueron utilizadas por los primeros, lo cual le otorga un aire de acumulación erudita al trabajo compilador llevado a cabo por los académicos.

Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando se habla de copia y de viaje?

En el primer caso, la *copia* (1) nos remite a un gesto perfectamente codificado. Ya no se trata de la copia de los viejos glosadores medievales: lo que se copia no es lo excepcional sino aquello que es susceptible de formar parte de una selección o un catálogo previo. Con ello el desarrollo de la copia adquiere un estatus diferente: deja de ser una réplica lujosa del original y pasa a convertirse en una *operación concertada*, en la cual se precisa el conocimiento de pautas homogéneas (según las reglas de los benedictinos) y una organización del trabajo fuertemente diversificada, con planes a largo plazo y donde la copia desempeña un aspecto más del largo y dilatado proceso de preparación y publicación de fuentes (Barret-Kriegel, 1988a: 275).

De ahí la novedad que caracteriza a la copiaerudita. Esta última se inscribe en una economía del saber novedosa, en la cual el desarrollo de una actividad volcada sobre los textos cobra un sentido diferente.

Ahora lo prioritario no es la réplica lujosa de los textos excepcionales sino el hecho de que la copia pueda asumir un carácter recurrente. Su lógica es la lógica de una operación cognitiva al servicio de la centralización y el atesoramiento de fuentes, lo que nos indica hasta qué punto las condiciones en las cuales los agentes producen (y utilizan) los bienes culturales (catálogos, recopilaciones, etc.) influyen en la manera de disponer y preparar el empleo coherente (e interesado) de las fuentes.

En lo que se refiere al (2) viaje, hemos de señalar aspectos bastante similares. Considerado en su aspecto lógico, el viaje se inserta en la misma economía del saber que la copia erudita: es decir, se viaja para obtener capital ‘científico’, no por motivos de carácter espiritual. Y se viaja, además, en unas condiciones ciertamente satisfactorias, bajo el auspicio de una política gubernamental influenciada por la búsqueda y el atesoramiento sistemático de fuentes. Así, al igual que Colbert mantuvo un apoyo directo a las políticas de comercio e intercambio exterior⁹², así también se financió el mantenimiento y la organización de los viajes eruditos, a sabiendas de que tales medidas ofrecían importantes avales en el plano de la lucha política y la auto-legitimación cultural.

Precisamente por esto, y porque la actuación de la monarquía se inserta en unas condiciones en las que la acumulación de recursos simbólicos sirve de arma de auto-legitimación, el viaje ha

⁹² Por ejemplo, fundando mediante las cartas patentes de 1664 la *Compagnie française pour le commerce des Indes orientales*, cuyo objetivo era promocionar el comercio exterior y asegurar la hegemonía económica de Francia en la zona de Cabo Buena Esperanza, los mares orientales y la India.

cesado de ser una búsqueda espiritual, convirtiéndose así en una técnica de apropiación de información al servicio del atesoramiento de fuentes.

En realidad, esta práctica estaba muy desarrollada en los medios intelectuales de la época; de hecho, el propio J. Mabillon y otros muchos benedictinos realizaron un sinnúmero de viajes motivados por la búsqueda de manuscritos⁹³. El caso de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* no es una excepción a la regla: de hecho, constituye una práctica ineludible para la confección de obras relacionadas con la historia de Francia y la recopilación documental.

El caso paradigmático lo constituye el viaje de L. G. de Bréquigny a Londres y el de G. La Porte du Theil al Vaticano. En ambas ocasiones se observa una misma combinación de factores: por un lado, la existencia de un grupo de personas (eruditos) que realizan prácticas homogéneas de trabajo intelectual (búsqueda, copiado y clasificación de manuscritos), y por otro la satisfacción de un conjunto de necesidades (p. ej. la justificación de grupos políticos y familiares a través de la creación de tradiciones o títulos que viniesen a avalar derechos o prerrogativas jurídicas) para las cuales se ha movilizado cantidades ingentes de recursos financieros y diplomáticos.

Ahora bien, el atesoramiento de fuentes no se agota en este tipo de prácticas; estas últimas (el viaje y la copia) constituyen técnicas cuyo origen se remonta al siglo XVI, la diferencia es que ahora se insertan en una política gubernamental más ambiciosa, basada en la apropiación y la copia de fuentes pero también en la creación y la proliferación de *depósitos de Estado*.

Con respecto a esto último, cabe recordar el hecho de que nos hallamos ante un acontecimiento rupturista, para el cual se requiere una voluntad previa por parte del monarca para entablar una diferenciación entre papeles privados y papeles ‘públicos’. En efecto, la consolidación política del poder real pasaba por una acumulación política de capital simbólico, lo que significaba la derogación de aquellas prácticas que imposibilitaban el desarrollo de la propia acumulación simbólica, como por ejemplo la permanencia de una concepción patrimonial del cargo, se-

⁹³ De la infinidad de viajes realizados por los benedictinos destacamos ahora aquellos llevados a cabo por Dom Lobineau y J. Mabillon. Respecto al primero cabe señalar su prefacio a la obra *Histoire de Bretagne composée sur des titres et des auteurs originaux*. En esa obra el autor nos relata la lista de los archivos que fueron objeto de exploración durante 7 años de viajes e investigaciones. Extraemos un fragmento: “*Les archives dont on a tiré des fecours pour la conposition de c ette Hiftoire, font premierement celles du Duché au chafteaude Nantes (...) On y a tranfcrit tous ceux qui ont paru le plus de confequence, & des autres s’eft contenté d’en faire des extraits, ou de vérifier l’inventaire que l’on en avoit, fur les originaux. Après ces archives, celles de la Chambre des Comptes de la mefme ville (...)*”. En cuanto a J. Mabillon la cuenta de los viajes podría ser innumerable. De todos ellos sin embargo merece la pena destacar las misiones a Flandes (1672), Lorena (1680), Borgoña (1682), Alemania (1683) y Roma (1685). Todos ellos en el marco de investigaciones relacionadas con la historia civil o eclesiástica o bien para obtener libros y manuscritos para la Biblioteca Real.

gún la cual los papeles derivados de la práctica administrativa pasaban a formar parte del patrimonio ‘privado’ del dignatario, imposibilitando así el retorno y el uso eventual de los papeles por parte de los órganos administrativos⁹⁴.

Pues bien, con el reinado de Luis XIV esta costumbre desaparece: a partir de ahora se instaura un procedimiento opuesto a las apropiaciones patrimoniales, de modo que lo que antes era un bien transferible a través de la parentela (padre a hijo) ahora es susceptible de incautarse por medio de una organización centralizada de poder, con el objetivo de confiarlos a un sistema de archivos cuyo funcionamiento es independiente de los particulares y las parentelas (Favier, 1988: 13).

De ahí la proliferación de los *depósitos de estado*: cuanto más recursos acumula la institución monárquica más necesidad experimenta de una *memoria* documental. El desarrollo la creación de los *dépôt d'État* se inscriben precisamente en esta dinámica acumulativa: con ellos la monarquía francesa⁹⁵ se dota de un instrumento adicional de gobierno, ya que permite la *posibilidad de recurrir al pasado* con el objeto de considerar asuntos similares en el presente, permitiendo así a quien los detenta atacar o defender de acuerdo a los ‘precedentes’ de los asuntos tratados.

Las primeras muestras de todo esto las encontramos en los últimos años del reinado de Luis XIV, tras la muerte de J. B. Colbert (1683) y el desarrollo de las administraciones vinculadas a la familia Pontchartrain. Es ahí cuando se instituyen los primeros depósitos concernientes a las secretarías de estado.

Véase por ejemplo el depósito del *Secrétaire des Affaires étrangères*. Esta última data de 1711, aunque las primeras medidas se remontan a 1671, fecha ésta en la que se comienza a embargar los papeles derivados de la actividad institucional y se confinan en un sistema permanen-

⁹⁴ Bien es cierto sin embargo que dicha imposibilidad constituye una imposibilidad derivada del régimen feudal. Es decir, no se trataba de una excepcionalidad jurídica sino de las condiciones básicas en las cuales se incorporaba la existencia social de las personas. Así, en lugar de retornar los papeles al órgano administrativo, los altos dignatarios optan por apropiarse de ellos, considerando esta práctica como una extensión más de la práctica de la venalidad de los cargos. Véase a este respecto Pomian (1972: 110-111).

⁹⁵ Ahora bien, la proliferación de los depósitos de Estado no es una experiencia exclusiva de la Corona francesa. Al contrario, se trata de una práctica generalizada, que depende de factores que atañen al proceso de acumulación política desarrollado por las monarquías europeas. El caso de la Corona de Castilla resulta paradigmático: de hecho, constituye el primer ejemplo en lo que a creación de archivos de estado se refiere. Al reunir la documentación acumulada en los diversos consejos, Felipe II instituyó en 1567 el archivo de Simancas. Más tarde, en 1569, Florencia tuvo su depósito gracias a la decisión de Cosme de Medicis. El Vaticano hizo lo propio en 1610, e Inglaterra continuó la misma línea a través de la creación del *State papers office*, en 1578. Más información en Bautier (1968: 141-142; 1961: 1128-1129).

te. Años más tarde, y después de varias mudanzas, ese depósito adquirirá su forma definitiva en 1711, instalándose en Versalles hasta el momento en el que las nuevas circunstancias políticas, motivadas por la Revolución, hagan cambiar su estatuto y pasen a formar parte de los Archivos Nacionales (Favier et Favier, 2004: 26-27).

En 1699 se produce otra inauguración importante: esta vez relativa al *Secrétaire de la Marine*. Pontchartrainsustrajo los papeles de los altos dignatarios y los confinó en un depósito que dependía del convento de los Petits-pères. Más tarde, en 1701, ocurría lo mismo con los papeles de la *Maison du roi*: en este caso el depósito se instaló en el Louvre, dejando para después la construcción de otro depósito en 1717⁹⁶.

A esto último han de sumárseles los depósitos procedentes del *Secrétaire d'État pour la Guerre* y los del *Contrôleur general des finances*, los cuales representan los depósitos más relevantes para el gobierno y la administración monárquica.

En el primer caso, la fecha inaugural se sitúa en 1701, tras la decisión de Chamillart de trasladar los archivos al *Hôtel royal des Invalides*. En el segundo, la fecha se remonta a 1715, constituyéndose así un depósito específico (el '*dépôt Dumeretz*') en el que tendrán cabida importantes documentos, tales como las memorias de los intendentes, las cuentas o los dominios de intervención económica, entre otros (Favier, 1988: 27).

En todos estos casos la proliferación de archivos ha de considerarse como lo que es: una medida política. Es decir, los depósitos no vienen a colmar una hipotética necesidad erudita; su desarrollo no viene determinado para potenciar el acceso y el intercambio a las fuentes sino para establecer una codificación permanente de las mismas, a fin de construir un elenco de herramientas (dosieres, inventarios, sistemas de catalogación, etc.) que posibilitasen una mejor campo de actuación del gobierno en el plano de la auto-legitimación política.

Para ello los archivos debían establecerse bajo un acceso restringido (Bautier, 1961: 1128), a disposición exclusiva del soberano, de manera que solo unos pocos archivistas pudiesen acceder a la cantidad de dosieres acumulados, haciéndolo además por cuestiones de interés político o

⁹⁶ De los papeles integrados en el depósito de la *Maison du roi* se ha extraído una cantidad considerable de información relativa a la Corte y la organización material de las residencias reales. Más información en Favier (1988: 13).

administrativo, ya fuese para defender documentalmente las prerrogativas del monarca o bien para atacar las pretensiones ajenas⁹⁷.

Es en este contexto en donde hemos de insertar la producción y el desarrollo de los trabajos académicos. Sin él resulta imposible comprender la práctica de las compilaciones documentales. Viendo cuál es ese contexto, vemos también el conjunto de necesidades desde las cuales se negocia aquello que debe retenerse del pasado. Citemos pues algunas obras dedicadas a la recopilación de fuentes sobre la historia francesa.

1.2.4. - Obras y proyectos más relevantes

De los múltiples trabajos efectuados por la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* hay un que merece una atención especial. Se trata del *Recueil des ordonnances des rois de France*, un trabajo compilado y redactado en el transcurso de múltiples generaciones.

Considerada en su aspecto histórico, el *Recueil...* responde a un encargo ambicioso: para entenderlo hay que retrotraerse a las cartas circulares redactadas por el mismo Pontchartrain. En ellas el canciller exige a los jefes de las cortes que movilicen todos los recursos posibles para la búsqueda y la transcripción de las ordenanzas registradas en sus respectivos depósitos (Parlamento, consejos superiores, Cámara de cuentas, Corte de Ayudas)⁹⁸.

El objetivo era claro: se trataba de ordenar el conjunto de ordenanzas dispersas *en un solo cuerpo legislativo*, a fin de que los tribunales monárquicos pudiesen disponer de una compilación unitaria en materia jurídica (Barret-Kriegel, 1988a: 284). El *Recueil...* surge entonces de la voluntad expresa por parte del rey de compilar un cuerpo único de derecho, el cual ayudaría a

⁹⁷ Aunque no se limite más que al caso del *Trésor de Chartes*, los historiadores P. Dupuy y Th. Godefroy, escribieron sendas obras dedicadas a la defensa de las pretensiones territoriales de la monarquía francesa, así como a la defensa de las libertades de la Iglesia galicana. Véase por ejemplo el texto de P. Dupuy titulado *Traité touchant les droits du Roy très-chrétien sur plusieurs États et Seigneuries, possédez par plusieurs Princes voisins, et pour prouver qu'il tient à juste titre plusieurs provinces contestées para les Princes Étrangères*. Y también el *Traitez des droits et libertez de l'Église gallicane, avec les preuves*.

⁹⁸ El propio E. de Laurière, abogado y autor del primer volumen del *Recueil*, ofrece importantes claves para comprender el contexto de aparición de la obra. Veamos el prefacio del primer tomo: “36. *Monfieur le Chancelier de Pontchartrain, en execution de la volonté du Roy, envoya des ordres de tous côtés pour faire chercher et transcrire dans les dépôts publics, les Ordonnances ainfi recouvrées (...)*. 37. *Lorsque les copies de tout ce qui avoit esté trouvé dans les différentes archives, eurent esté envoyées à Monfieur le Chancelier de Pontchartrain (...)* ils crurent qu'il estoit neceffaire d'infruire le public, du projet de cet Ouvrage, & de faire imprimer dans cette veüe, une Table chronologique de toutes les Ordonnances de nos Roys de la troisième race (...) pour exciter par là les Savants à fournir ce qui se pourroit trouver dans les cabinets particuliers, & à communiquer leurs observations, afin que par ce fecours rien ne manquât à l'exactitude, & à l'entreprise du Recueil qu'on se preparoit de donner au public” (Laurière, 1723: V).

generar una mayor consistencia unitaria a su poder y por tanto una mayor disposición a su reconocimiento.

Para ello Pontchartrain y sus respectivos sucesores (d'Aguesseau, Bertin) delegaron esta tarea en manos de los académicos y otras personas procedentes de la jurisprudencia. Los dos primeros volúmenes datan de 1723 y 1729, respectivamente, siendo E. de Laurière y D. Secousse los primeros en llevar a cabo su preparación. Más tarde los volúmenes fueron sucediéndose por medio de los trabajos de L. de Vilevault y G. de Brequigny, hasta llegar la Revolución francesa, momento éste en el que la empresa se detiene para retomarse en 1811, a partir del volumen 15 de la obra.

El *Recueil* no es el primer intento de compilación de ordenanzas reales: antes de su aparición que él hubo múltiples y variados intentos, pero muchos de ellos fueron confusos e insuficientes⁹⁹. De ahí la necesidad de renovar esta empresa: con el *Recueil* se trata de colmar precisamente esas deficiencias, presentándose a sí mismo como si fuera una compilación definitiva¹⁰⁰, fruto de una movilización sin precedentes en la que la influencia directa de la institución monárquica ordena y acomoda toda disquisición sobre la multiplicidad y la prioridad de sus derechos.

Prueba de ello es la selección que integra la estructura del libro: en ella solamente aparecen aquellas ordenanzas cuya fuente de legitimidad es la monarquía, dando así la impresión de que la totalidad de la historia del derecho no es sino la historia de las prerrogativas jurídicas acumuladas por la monarquía en el proceso de su auto-constitución política. Lo cual conlleva un efecto de reduccionismo importante, dado que permite una presentación de la institución monárquica aparentemente *desinteresada*, tal y como se muestra en su crítica de los poderes con legitimidades diferentes (corporaciones, cuerpos, villas), los cuales, dicho sea de paso, aparecen como fuente de arbitrariedad y desorden¹⁰¹.

⁹⁹ El propio E. de Laurière así lo certifica en el prefacio del primer volumen: “*1. Il y a eû jufques icy differens Recueils des Ordonnances de nos Rois de la troifième race. Mais ces Recueils, & furtout les premiers ont eût très imparfaits (...)*” (Ibid: I).

¹⁰⁰ “*34. Ces differents recueils des ordonnances de nos Roys, eûtant donc imparfaits, ou donnez dans un mauvais ordre, le feu Roy Louïs XIV d’hereufe memoire crut qu’il estoit neceffaire pour le bien de fon Eftat, de faire travailler, fous fon autorité à une nouvelle Collection, plus ample, plus correcte, & mieux ordonné que les precedents (...)*” (Ibid: IV-V).

¹⁰¹ Véase a este respecto la dedicatoria de Laurière al rey en el primer volumen del *Recueil*. En ella podemos observar el interés de los jurisconsultos en mostrar el desinterés del poder monárquico: “*Votre majesté verra dans ce premier volume la religion protégée, les libertez de l’Église gallicane foutenuës, les guerres privées profcrites, l’ufage barbare de commettre la vérité et la juftice même au hafard des combats finguliers prefqu’entièrement abolis, l’autorité et les droits du Sceptre maintenus contre les entreprifes des Seigneurs, les aliénations du Domaine de*

Ahora bien, con respecto a esto último, conviene tener en cuenta la tradición de tratados desarrollada por los jurisconsultos. El *Recueil* no es una novedad en sentido estricto; al contrario, representa más bien un género cuya producción se remonta al siglo XVI, momento éste en el que las guerras de religión empiezan a plantear la necesidad de recurrir a la historia para promulgar tratados orientados a legitimar las prerrogativas reales. Es aquí donde debe situarse entonces la clave hermenéutica del trabajo de los académicos: en la connivencia entre historia y derecho, a fin de que la presentación *unitaria* de las prerrogativas reales ejerza un efecto de vinculación jurídica poderoso, tratando de fascinar a las personas al expresar la antigüedad y el carácter presuntamente ininterrumpido del derecho del soberano¹⁰².

En la misma línea debe situarse otra obra publicada un poco más tarde. Hablamos de la *Table chronologique des diplômes, titres et chartres concernant l'Histoire de France*. En este caso el proyecto nace con una vocación práctica: en realidad, se trata de un catálogo de títulos¹⁰³, algo así como una herramienta analítica que permita a los jurisconsultos la localización de títulos y diplomas relativos a la historia de Francia¹⁰⁴. El primer volumen se remonta a 1769, y los dos restantes se suceden a lo largo de 1775 y 1783, respectivamente. Pese a ello, la importancia de su preparación fue decisiva, ya que los manuscritos previos al primer volumen sirvieron de base a la organización de los fondos del futuro *dépôt des chartes* (más tarde hablaremos de esto).

Por último, cabe mencionar una obra titulada *Chartes et diplômes relatifs à l'Histoire de France*. En ella los académicos recopilan copias de cartas y títulos relativos a las instituciones francesas, pero lo hacen bajo el control de una institución novedosa, surgida del *dépôt des chartes* y rebautizada en 1762 bajo el nombre de *Cabinet des Chartes*.

De todo ello sin embargo hablaremos a lo largo de las siguientes páginas, cuando entremos a describir las iniciativas políticas orientadas a la creación de un depósito legislativo. Por el momento, basta con señalar el carácter ambicioso de la obra: su objetivo era unificar las copias que

la Couronne justement révoquées et les fortunes des peuples, exposées autrefois à la violence et à l'ufurpation, devenu tranquilles, florissantes à l'ombre de la justice et de la puissance Royales" (Ibid: I).

¹⁰² En ese sentido merece la pena recordar el rechazo de R. N. Muapeou y J. de Fleury, canceller y procurador, respectivamente, a introducir en la obra los derechos y los privilegios de las villas, las compañías y otro tipo de legitimidades altomodernas. Al hacer esto, y negar las opiniones favorables de otros autores (Vilevault, Secousse, Bréquigny), el *Recueil* se presenta como una historia del derecho real, dejando al margen el conjunto de derechos y privilegios jurisdiccionales que caracterizaban la pluralidad de la época altomoderna. Más información en Barret-Kriegel (1988a; 287-288).

¹⁰³ "La Table que j'entrepris doit renfermer le Catalogue le plus complet de tous les actes connus qui en font les fondements & les preuves" (Bréquigny, 1769: VII-VIII).

¹⁰⁴ Curiosamente la historia de Francia se reduce aquí a la historia de los diplomas y títulos reales: "Ainsi on crut pouvoir y faire entrer les Diplomes de nos Rois & les Chartes les plus intéressantes, du moins jusqu'à Philippe Auguste (...)" (Ibid: V).

procediesen de fondos y bibliotecas desconocidas. De ahí la necesidad de financiar los viajes al extranjero: estos últimos representaban una condición indispensable para la colecta y el atesoramiento de fuentes, tal y como se muestra en el trabajo de Bréquigny y La Porte du Theil.

1.3. - Le Cabinet des Chartes (1762-1790)

Si se intenta una aproximación inicial al fenómeno del *Cabinet des Chartes*, resulta conveniente comenzar por esclarecer el significado general de esta institución y las conexiones básicas entre su actividad y el proyecto de reforma jurídica planteado por la monarquía. Semejante actividad resulta incomprensible si no tenemos en cuenta la figura de J. N. Moreau y el apoyo del canciller Jean Baptiste Bertin.

En las páginas que siguen ofreceremos unas pinceladas básicas acerca del surgimiento del *Cabinet des Chartes*. Posteriormente comentaremos sus principales líneas de investigación, y por último, acabaremos con el gran problema que hace inteligible la investigación archivística realizada por el gabinete, a saber: el tema de la reforma jurídica y la lucha contra la adjudicación de la función legislativa a manos de los parlamentos.

Empecemos pues con un breve recorrido por la historia y la evolución interna del *Cabinet des Chartes*. ¿Qué proyectos estuvieron en la base de esta institución? ¿Cómo se llega a la creación del *dépôt*? ¿Qué papel desempeña J. N. Moreau?

1.3.1. - La idea de un depósito general de las leyes

Para entender la evolución interna del *Cabinet des Chartes* hay que comenzar la exposición planteando algunos apuntes previos acerca de su prehistoria institucional. En esta historia, que comienza con el desarrollo de la Biblioteca de las finanzas (1759) y termina con el proyecto de un depósito legislativo, hay una persona que desempeña un rol fundamental. Hablamos como es lógico de Jacob-Nicolas Moreau, para el cual la tarea de organizar el archivo del Control General de las finanzas pasaba por solventar las carencias documentales de la situación administrativa de la época.

Así, preocupado por la enorme dificultad de obtener títulos y piezas documentales, Moreau trata de paliar estas deficiencias planteando la creación de una biblioteca de los actos legislativos. Para ello redactó una memoria en la que se advertían las razones por las cuales era necesario

este proyecto¹⁰⁵. Poco tiempo después, el rey aplaudió esta propuesta a través de un decreto que aseguraba la creación de una biblioteca para la documentación generada durante los actos legislativos¹⁰⁶.

Aquella institución tuvo como nombre la *Bibliothèque des finances* y en ella debían tener cabida todas las piezas relacionadas con la práctica administrativa: ya fuesen edictos, fallos, ordenanzas o copias existentes en los registros de los Parlamentos, así como algunas obras notables de jurisprudencias dedicadas a las diferentes ramas de la administración¹⁰⁷.

Con todo se trataba de un proyecto administrativo, basado en la creación de memorias analíticas dedicadas a inventariar y poner en conocimiento todas las materias contenidas en el depósito, lo cual acarrearía importantes ventajas de cara al desarrollo y la mejora de la práctica administrativa. Así, al disponer de un elenco variado de memorias, el trabajo administrativo gozaría de mejores recursos para el desarrollo de su práctica, logrando establecer un catálogo de los fondos que permitiese discernir la evolución interna de la práctica administrativa¹⁰⁸.

Esta biblioteca constituía un elemento básico de modernización documental; no obstante, se trataba aún de un proyecto anclado en la dimensión administrativa, pensado para la consulta y/o la mera gestión de los documentos¹⁰⁹. Y no fue sino algunos años más tarde (1762) cuando el propio Moreau sugiere poner en práctica otro proyecto más ambicioso, fruto del cual surgirá el *dépôt de législation* o *dépôt des chartes*.

¹⁰⁵ “... il est nécessaire de réunir dans un espèce de dépôt, qui demeure attaché au Ministère des finances, une collection de loix à laquelle on puisse sans cesse avoir recours et qui, sur toutes les parties de l'Administration, puisse donner lieu de comparer ou les anciennes règles aux abus présens (...)” (*Mémoire de Moreau sur la formation d'un cabinet de législation au controle général des finances. Mai 1759*, publicado en Charmes, 1886a: 4).

¹⁰⁶ “Veut et entend Sa Majesté que la direction de laditte bibliothèque soit confiée à un avocat auquel S. M. accorde le titre d'avocat de ses finances. Et sur le bon et louable raport qui luy a été fait des talents, moeurs et capacités du sieur Jacob-Nicolas Moreau, avocat en sa cour de Parlement de Paris, S. M. l'a nommé et nomme à laditte place d'avocat de ses finances (...)” (*Arrêt du conseil portant rétablissement de la place et de ses fonctions d'avocat des finances. 31 octobre 1759*, publicado en *Ibid*: 7).

¹⁰⁷ “On peut composer une collection générale de tous les édits, déclarations, arrêts et règlements que l'on connoît (...) il seroit utile d'y joindre une coppie des registres du Parlement (...) On joindra à cela quelques ouvrages de juriconsultes estimez sur les différentes parties de l'administration. Tel sera le fond de ce cabinet (...)” (*Mémoire de Moreau sur le formation d'un cabinet de législation au controle général des finances. Mai 1759*, recogido en *Ibid*: 3).

¹⁰⁸ “Ce cabinet une fois formé et mis en ordre, l'avocat des finances se propose de composer sur chaque matière des traités ou mémoires (...). Ces mémoires contiendront: 1. L'historique de chaque partie de l'administration (...) 2. Les principes moraux et politiques de chaque matière (...) 3. Le dernier état de la matière, la règle actuelle que l'on doit suivre 8...) 4. Un état et une suite des meilleurs loix sur cette matière, avec une indice des meilleurs auteurs qui l'ont traitée (...)” (*Ibidem*).

¹⁰⁹ Situada originalmente en Versalles, la *Bibliothèque des finances* se transfirió en 1760 al Control general en París, y posteriormente, tras un fallo del Consejo Real motivado por Armand-Lérôme Bignon, pasa a formar parte de la *Bibliothèque du Roi*, eso sí, formando una sección de jurisprudencia controlada por Moreau y dos legisladores elegidos por él. Más información en Barret-Kriegel (1988c: 9).

En efecto, tras el éxito y el escaso coste de la *Bibliothèque des finances*, Moreau trata de prolongar su tarea por medio de la creación de un organismo más pretencioso. Este proyecto tuvo su primera formulación en la memoria redactada por Moreau el 12 de agosto de 1762, y en ella podía advertirse una pretensión clara de sentar las bases para el desarrollo de un depósito general legislativo, concebido a la vez como depósito de leyes y archivo de documentación histórica¹¹⁰.

Para ello el *dépôt des chartes* debía establecer una correspondencia permanente con la *Bibliothèque des finances*¹¹¹, así como con el resto de instituciones archivísticas dedicadas a la compilación y la publicación de fuentes. Y en este caso, si cabe, la comunicación debía ser más persistente, dado que muchos trabajos realizados por aquellas instituciones constituían la base para el impulso y la ordenación documental del *dépôt des chartes*, como advierte el propio Moreau a lo largo de su memoria¹¹².

El objetivo era constituir un depósito general de las leyes, a fin de promover una concepción de lo jurídico opuesta a las pretensiones legislativas defendidas por los Parlamentos¹¹³. De ahí el uso y el interés por la historia: si Moreau apela a esta última es porque el conocimiento de las antigüedades civiles constituye una herramienta indispensable para el razonamiento del juriconsulto, al suministrar los 'antecedentes' a partir de los cuales es posible al gobierno e ilustrar el horizonte en el que surgen las leyes¹¹⁴.

Ahora bien, para constituir este depósito, único y legítimo frente al poder de registro detentado por los Parlamentos, era necesario salvar algunos obstáculos de carácter institucional: lo primero que había que hacer era dotar de unidad interna a las dos instituciones que había creado Moreau en su etapa como abogado de las finanzas.

¹¹⁰ Es decir, un depósito en el que tuvieran cabida “*toutes les loix et réglemens connus qui peuvent intéresser la législation, la juridiction et l’administration*” (*Mémoire de Moreau sur la formation d’un dépôt de droit public et d’histoire. 1762*’, recogido en *Ibid* : 29)

¹¹¹ “*Ce bureau auroit un objet commun avec celui qui est confié à l’avocat des finances; ils auroient l’un avec l’autre une correspondance perpétuelle*” (*Ibid* : 30).

¹¹² Tal es el caso, por ejemplo, de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, cuyos trabajos preparatorios para el desarrollo de la *Table chronologique des diplômes* sirvieron de base al *dépôt*. En palabras de Moreau: “*M. de Sainte-Pelaye et M. de Foncemagne (...) ont rassemblé une très grande quantité de matériaux relatifs au droit public et aux antiquités de la nation. Leurs collections (...) renferment les notices de plus de 4000 manuscrits. Ils se sont attachés à recueillir ce qui regarde la personne des Rois, considérés soit dans l’exercice public des fonctions royales, soit dans l’intérieur de leur palais ; les accroissements successifs du Royaume. (...)*” (*Ibidem*).

¹¹³ Más tarde hablaremos de tales conflictos; por el momento, baste con señalar el hecho de que gran parte de las discordias entre los Parlamentos y la monarquía residía en el hecho de saber cómo se constituía el procedimiento legítimo de formulación de las leyes. En esa lucha sin embargo la monarquía utilizó el *dépôt* como una armadura científica (erudita) para combatir los ‘sistemas peligrosos’. Véase Gembicki (1979: 171).

Esta unidad no tuvo lugar más que algunos años después, en el momento en que la actividad del abogado había copado la dirección archivística de todo proyecto (especialmente, de los mauristas y los académicos) relacionado con la colación y la publicación documental. Para ello hay que esperar al 3 de marzo de 1781, momento éste en el que el fallo del Consejo estipula la creación de un gabinete al que fuesen a parar todas las piezas del *dépot des chartes* y la *Bibliothèque des finances*. Ese gabinete recibió el nombre de *Bibliothèque et dépôt de législation, histoire et droit public*, lo cual supuso una vinculación novedosa entre los proyectos de Moreau y la Cancillería de Francia¹¹⁵.

Para entonces, la adhesión del abogado a la reforma estaba fuera de toda duda. Es más, el fallo de 1781 no hacía sino allanar aún más este camino ya que insertaba el desarrollo del atesoramiento de fuentes bajo el control de la institución más propicia para la creación de un depósito legal de las cartas: la Cancillería de Francia¹¹⁶. Ahora bien, la medida más relevante había que situarla algunos años después, a raíz del fallo emitido el 10 de octubre de 1788, según el cual el gabinete inaugurado en 1781 confirmaba su vinculación *perpetua* con la cancillería de Francia¹¹⁷, dando lugar a un depósito archivístico que no había tenido parangón en toda la historia administrativa y legislativa de la institución monárquica¹¹⁸.

¹¹⁴ “Pour perfectionner ce plan, on observera ici que le droit public de la France est fondé et sur des loix et sur des faits historiques. Les découvertes de l'historien doivent s'unir au raisonnement du juriconsulte, et tous les deux se doivent se prêter un mutuel secours” (Publicado en Charmes, 1886a: 320).

¹¹⁵ “Art. I. Veut et attend sa Majesté que la bibliothèque et le dépôt établis par l'arrêt du Conseil (...) seront et demeureront réunis, sans être confondus, pour ne former ensemble qu'un seul cabinet qui, sous le nom de bibliothèque et dépôt de législation, histoire et droit public, sera et demeurera à perpétuité attaché à la Chancellerie de France” (‘Arrêt du Conseil qui réunit la Bibliothèque des finances et le dépôt des chartes, et les attache à la chancellerie de France, sous le titre de Bibliothèque et dépôt de législation, histoire et droit public. 3 mars 1781’, publicado en Charmes, 1886a: 392).

¹¹⁶ Para decirlo en pocas palabras, la Cancillería era la institución ministerial encargada de la administración de la Justicia y el derecho público. Al fijarse el fallo de 1781 el gabinete unitario dejaba de formar parte del Control General de finanzas y pasaba a depender de la Cancillería de Francia, bajo la dirección del canceller, y en estricta conexión con el proyecto de reforma jurídica.

¹¹⁷ “Art. I. Veut Sa Majesté que les deux dépôt (...) ont été attachés à la Chancellerie de France (...) soient désormais et à perpétuité irrévocablement unis, et que l'un et l'autre Cabinet ne forment plus qu'une seule bibliothèque, qui, sous le nom de bibliothèque de législation, administration, histoire et droit public, sera et demeurera irrévocablement attachée à la Chancellerie de France (...)”. (‘Arrêt du Conseil d'État du roi qui attache irrévocablement à la chancellerie une bibliothèque de législation, administration, histoire et droit public. 10 octobre 1788’, publicado en Charmes, 1886a: 432).

¹¹⁸ “Art. 2. (...) ladite bibliothèque contiendra: 1° toutes les chartes, pièces et monuments qui y sont envoyés par les savans et gens de lettres chargés (...) de continuer et d'achever dans les provinces le dépouillement des archives (...) 2° les livres et manuscrites achetés par le Roi (...) et contenant la partie historique de sa Bibliothèque (...) 3° tous les livres d'histoire et de droit public faisant partie de la bibliothèque du sieur Moreau (...) 4° tous les livres d'histoire et de droit du Chancelier ou Garde des Sceaux jugera à propos de faire acheter sur les fonds destinés à l'entretien de ladite bibliothèque. 5° tous les manuscrits, titres anciens et monuments transcrits en Angleterre par le sieur de Bréquigny (...) 6° les copies des registres du Parlement intitulés Olim et Judicata (...) 7° enfin, les copies de tous les arrêts et remontrances des Parlements présentés au Roi (...)” (Ibídem)

Es aquí, por tanto, donde parece constituirse un depósito cuyas disposiciones aseguran el desarrollo de una vocación totalizadora, al menos en lo que se refiere a la centralización de circulares¹¹⁹. Tanta fue su vinculación que incluso se desarrollaron distintas medidas orientadas a promover las condiciones para una reforma jurídica, tales como la creación de un comité de estudios jurídicos¹²⁰ o el desarrollo de medidas encaminadas a asegurar una comunicación constante entre las diversas autoridades (intendentes provinciales) y el *Cabinet des Chartes*¹²¹.

Sin embargo, este proyecto fue interrumpido tras el estallido revolucionario. La Revolución dislocó el proyecto de J. N. Moreau, haciendo que la tarea de la centralización documental se desarrollase por medio de otros criterios de clasificación (dislocando los fondos originarios) y atendiendo a otros parámetros de legitimación política.

Más tarde hablaremos de todas estas cuestiones. Ahora nos centraremos en el componente institucional del proyecto de Moreau. ¿Cómo y por medio de qué instrucciones se desarrolló el trabajo colectivo y programado del *Cabinet*?

1.3.2. - Institucionalización de la tarea investigadora

En este epígrafe nos centraremos en las cuestiones que atañen al protocolo de la investigación documental. Para ello no es necesario dejar de lado el proyecto de un depósito legal planteado en 1762, pero sí es conveniente traer a colación el conjunto de medidas que hicieron posible el desarrollo del proyecto, ya fuese asignando los contenidos básicos de búsqueda, ya fuese adjudicando los lugares o bien las fuerzas externas que requiere una tarea de semejante envergadura.

¹¹⁹ Art. 4. “*Pour enrichir et perfectionner ladite bibliothèque de la Chancellerie, veut et ordonne Sa Majesté: 1°. Qu’il y soit placé l’un des exemplaires de tous les livres qu’elle aura honoré de sa souscription (...) 2°. Que le Directeur de son Imprimerie royale y fasse remettre un exemplaire de tous les édits, déclarations, arrêts du Conseil, réglemens et ordonnances (...) 3°. Que les imprimeurs de tous les Parlements, Chambres des comptes, Cours des aides et des monnaies, ainsi que par ceux des bureaux des finances, hôtels-de-ville et autres corps et compagnies, il soit envoyé à ladite bibliothèque de législation, administration, histoire et droit public, un exemplaire de tous les arrêts, sentences, réglemens et autres actes (...)*” (Ibíd: 434).

¹²⁰ Art. 12. “*Sa Majesté veut que son Chancelier ou Garde des Sceaux y attache (...) un comité de dix juriconsultes ou gens de lettres, qu’il rassemblera tous les quinze jours, pour conférer avec eux sur tous les travaux utiles destinés à aider la législation, à épurer l’histoire, à maintenir et conserver les principes essentiels de la monarchie(...). Ce comité portera le titre de Comité d’histoire et de droit public (...)*” (Ibíd: 436).

¹²¹ Son varias las circulares redactadas por el ministro Bertin a los intendentes del reino. Entre ellas destacamos ahora la ‘*Circulaire aux intendants des provinces pour leur demander de favoriser le développement du dépôt des chartes*’, redactada el 25 de enero de 1765 (recogido en Charmes, 1886a: 93) y la ‘*Circulaire aux intendants des provinces*’, del 17 de marzo de 1769 (recogido en Ibíd: 115).

Comencemos con una pregunta previa: ¿dónde hay que buscar esta información? ¿Existe un documento clave para este tipo de cuestiones? La respuesta es afirmativa. Se trata de un texto redactado por Moreau apenas transcurridos dos años de la inauguración del depósito. Nos referimos a la *Instruction sur les recherches des chartes manuscrites*, redactada el 14 de mayo de 1764. Es ahí donde está fijado buena parte del protocolo de la investigación elaborada por el *Cabinet*: en ella nos encontraremos información precisa acerca de los lugares, el contenido e incluso las instituciones que debían prestar ayuda a los trabajos dirigidos por Moreau.

Veamos de cerca la instrucción. Comencemos por aquellas medidas orientadas a asignar los lugares en los que debía desarrollarse la recopilación de fuentes. Para este caso el artículo 1 constituye un importante punto al respecto: en él se señala toda una tipología de depósitos a la que debían acceder los eruditos adscritos al proyecto¹²². Es decir, *se trataba de copiar y analizar aquellos documentos pertenecientes a todos los gabinetes y depósitos conocidos*, ya fuesen reales o particulares, cosa tal vez más relevante pues diferenciaba a esta empresa con respecto a otras precedentes cuya localización archivística estaba supeditada a un menor número de archivos.

Ahora bien, ¿qué había que buscar en dichos lugares? Respecto al contenido de la búsqueda, el artículo 4 nos ofrece importantes informaciones. Y lo hace, además, de una doble manera, señalando primero el contenido general de la búsqueda¹²³ y especificando después el contenido particular en cada tipo de archivo¹²⁴, lo cual muestra el alto grado de protocolización interna que albergaba el proyecto de Moreau¹²⁵.

¹²² “Art. I. Les différents dépôts qui renferment les chartes dont on entreprend la collection peuvent se réduire à ceux-cy: les cabinets des curieux, les archives des gentilshommes et des seigneurs, celles des États, des provinces, des sièges roïaux, des cours souveraines, des évêques, des églises, des abbayes, et communautés régulières, et des villes et des communautés laïques” (*Instruction sur les recherches des chartes manuscrites*. 14 mai 1764’, Recogido en Charmes, 1886a: 63).

¹²³ “Art. IV. L’objet de ce travail comprend toutes les chartes originales qui ont quelque rapport à l’histoire de France, ecclésiastique ou civile, générale ou particulière, soit diplômes, soit titres ecclésiastiques, soit actes judiciaires, publiés ou privés, passés entre particulières”. (Ibidem)

¹²⁴ “Art. IV.(...) 1°. Dans les archives des particuliers, outre les titres généalogiques, on trouvera des titres d’honneur, comme lettres des roys, (...). 2°. Dans celles des seigneurs, on trouvera de plus des actes d’hommages, des aveux, des contracts de vente et d’achat de grandes terres, (...) 3°. Dans celles des États et des provinces (...) lettres de commission pour la tenue desdits États; délibération et traités sur les objets proposés par le Roy ou ses commissaires; (...) 5° Mais les archives les plus abondantes peut-être seront les archives ecclésiastiques (...) on y rencontrera, outre la plupart des diverses espèces de titres dont nous avons parlé, des synodes, et règlements ecclésiastiques, des délibérations de chapitre (...)” (Ibidem).

¹²⁵ Otra medida que indica un alto grado de protocolización interna es el artículo 2, el cual señala la necesidad de una centralización informativa respecto al contenido específico que alberga cada depósito. Dice así: “Art. II. Dès qu’on se sera ouvert l’accès de quelqu’un de ces dépôts, la première opération sera d’extraire la datte et le titre des chartes qui s’y trouvent, et de les envoyer à mesure au sieur Moreau (..) lequel communiquera au sieur de Bré-

En efecto, al igual que la *Académie des Inscriptions* o la congregación de Saint-Maur, el *Cabinet des Chartes* adoptaba una fuerte regulación interna en los aspectos colectivos del trabajo.

Por un lado, establecía sesiones periódicas de información (*Conférence ou le Comité des Chartes*), en las cuales se planteaba el estado escrupuloso de las copias, así como el análisis de las distintas ofertas de venta planteadas al grupo (Barret-kriegel, 1988c: 47). Aquellas reuniones, además, gozaban del beneplácito manifiesto del monarca y estaban presididas por el *Garde des Sceaux* y el ministro Bertin. Es decir, se trataban de reuniones institucionalizadas al más alto nivel, en las cuales Moreau y su más eminente colaborador (Bréquigny) tomaban asiento junto a otras personalidades políticas y eruditas del momento, tales como el ministro Bertin o el marqués de Paulmy, entre otros.

Y por otro, el *Cabinet* mostraba un interés confeso por planificar objetivos a largo plazo, basados en una división interna de trabajo y en clara línea de continuidad respecto a los trabajos y los mecanismos de apropiación documental (la copia) desarrollados por los benedictinos, especialmente por sus innovaciones metodológicas más novedosas, aquellas desarrolladas por Ch. F. Toustain y R. P. Tassin en su libro *Nouveau traité de Diplomatique*.

Ahora bien, un proyecto como éste comportaba serias dificultades, sobre todo para un contexto marcado por el carácter fuertemente patrimonial de los depósitos. De hecho, el propio Moreau conocía a la perfección este problema¹²⁶, por eso trató de solventar estas dificultades lanzando una llamada de colaboración a los benedictinos¹²⁷, los únicos con recursos acumulados para explorar los depósitos eclesiásticos de una manera extensible al reino¹²⁸.

quigny, qui vérifia sur les tables des titres imprimés qu'il a dressées, si lesdites pièces sont imprimées ou non (...)" (*Ibidem*).

¹²⁶ La problemática ya estaba advertida en la memoria de 1762: "Il y a dans le royaume deux sortes de dépôts: les uns sont publics et toujours accessibles aux recherches (...) tels sont les greffes des Parlements, Chambres des comptes et autres cours supérieures (...). Les autres sont pour ainsi dire des dépôts particuliers, dont la garde n'est pas confiée qu'au propriétaire ou à ceux qu'il commet, et sur lesquels l'administration, quelque attentive qu'elle soit, ne peut que difficilement porter ses regards: tels sont les chartiers des Eglises, abbayes, maisons religieuses et même de grands terres ou seigneuries" ('Mémoire de Moreau sur la formation d'un dépôt général des chartes. 12 août 1762', recogido en Charmes, 1886a: 38). Ver anexo 2.

¹²⁷ "Les sieurs de Sainte-Pelaye et de Bréquigny, autorisés par le Gouvernement à faire connaître aux Révérends Pères Général et religieux benedictins de la congrégation de Saint-Maur les intentions de Sa Majesté, leur exposent que le Roy désireroit qu'ils chargeassent des religieux savants et capables de chercher dans toutes les maisons de leur ordre, dans les villes qui sont à portée des grands seigneuries, et dans les monastères où se trouvent des dépôts, les chartes et monumens dont ils pourront prendre connoissance, d'en dresser des notices exactes, qu'ils enverroient au Révérend Père Général, qui les adresseroit ensuite au sieur Moreau (...)" ('Appel adressé aux benedictins de la congrégation de Saint-Maur' (1762), recogido en *Ibid*: 34).

¹²⁸ "Nous nous flattons que la congrégation de Saint-Maur peut être cette société. Elle a dans son sein une foule de religieux accoutumés à débrouiller le cahos des titres (...) Indépendamment de ce premier avantage, Monseigneur, nous sommes en état de distribuer des religieux sçavants et laborieux dans toutes les maisons de notre

Así, una vez garantizada la colaboración erudita de los benedictinos, Moreau trató de organizar esta empresa (el *dépôt des chartes*) dividiendo la búsqueda en 3 tipos de investigaciones (Barret-Kriegel, 1988c: 29):

1/ En primer lugar, a través de equipos centrados en los cartularios y los depósitos provinciales. Para lo cual fue necesario el apoyo inestimable de las cortes provinciales y la administración real, como lo prueba el hecho de las distintas circulares dirigidas a los intendentes de provincias y los procuradores generales de las cámaras de cuentas¹²⁹. Con ellas se trataba de informar a los distintos intendentes del proyecto (*dépôt des chartes*) establecido por el *Cabinet*, así como de la función específica que asistía a sus cargos en relación a la mejora y la organización de dicho proyecto, ya fuese proporcionando información general acerca del número de depósitos provinciales o bien precisando la localización específica de los mismos, sus parroquias o el nombre de sus propietarios, etc.

Toda esa información era utilizada posteriormente por el *Cabinet* con el objetivo de que sus eruditos (laicos o religiosos) pudiesen tener conocimiento del estado general de los depósitos en una provincia determinada. El resultado fue un trabajo interesante: en apenas un cuarto de siglo (1764-1789) se genera un archivo con casi 40.000 piezas relacionadas con la historia (institucional) del reino de Francia, lo cual atestigua un trabajo exhaustivo a lo largo de todos los depósitos -civiles y eclesiásticos- repartidos en las provincias del reino (abadías, castillos, colecciones particulares, cortes soberanas, ciudades, etc.)¹³⁰.

ordre, soit dans les villes, soit à portée des grandes seigneuries et des monastères où se trouvent des dépôts de chartes et de monumens, et par là nous pouvons couvrir toute la France de travailleurs (...) ('Lettre des religieux de la congrégation de Saint-Maur à Bertin. 27 juillet 1762' en Ibid: 35-36). Ver anexo 1.

¹²⁹ De estas últimas, merece la pena destacar la circular redactada por Bertin en 1770 a los procuradores generales de las cámaras de cuentas. Dice así: "*En me chargeant de vous envoyer, Monsieur, le catalogue des chartes imprimés que vous recevrez avec cette lettre, le Roy veut moins vous faire un présent que vous donner à vous-mêmes les moyens de seconder une entreprise qu'il protège (...). Pour jeter dès à présent les premiers fondements d'un ouvrage qui exigera le travail de bien des années, j'aurais besoin de savoir quelles sont les chartes ples plus anciennes que renferment les archives de votre Compagnie (...)*" ('*Circulaire aux procureurs généraux des Chambres des Comptes. Janvier 1770*'. en *Ibid*: 118).

¹³⁰ Pero L. Delisle no solo proporciona la cifra sugerida sino que además señala el lugar concreto en el que se encuentran tales copias (Collection Moreau, nº1-284), así como la paternidad del trabajo que tuvo lugar en las respectivas provincias (en total unas 30). Citamos ahora algunas de ellas: "*C'est un devoir pour nous d'arracher à l'oubli le nom des correspondants qui ont fourni ces précieuses copies (...). Ile-de-France. – Aforty, chanoine de Saint-Rieul de Senlis, explora les papiers d'pôts du diocèse (...) Normandie. – D. Lenoir mit à contribution les abbayes de Saint-Ouen de Rouen, de Fécamp, (...). Picardie.- D. Grenier parcourut les différentes archives de la province (...). Artois, Flandre et Hainaut. – La moisson de D. Queinsart fit dans les archives de l'Artois d'une partie de la Flandre et du Hainaut ne fut guère moins abondante que celle de D. Grenier (...). Champagne. – Une vingtaine d'établissements y furent examinés par neuf bénédictins (...). Lorraine.-... Il convient de mentionner ici les travaux de D. Gabriel Siegnitz, à Orval (...), Alsace. – D. Pierre copia quelques pièces de l'abbaye de Munsters (...)- Franche-compte. – (...) Bourgogne (...). Poitou, Saintonge et Angoumois. – D. Fonteneau avait réuni la plu-*

2/ En segundo lugar, aunque de modo paralelo, se planteaba equipos de investigación centrados en los depósitos extranjeros. Es sabido que las cartas y otras piezas documentales no siempre se encuentran en el propio territorio: a menudo sucede que hay piezas o documentos extranjeros que interesan para la propia historia del reino. Esos documentos, a los que Ch. V. Langlois ideó bajo la forma de un corpus ideal, solo pueden ser recopilados a través de un apoyo institucional orientado a financiar y agilizar las exploraciones en los depósitos extranjeros (Langlois, 1891: II).

En el caso que ahora nos toca, merece la pena recordar dos de las misiones más importantes en ese sentido: el viaje de L. G. de Bréquigny a Londres y el de G. La Porte du Theil al Vaticano. Ambos se insertan en el mismo proyecto perseguido por Moreau, con la diferencia de que ambos eruditos pertenecen a otra institución archivística (*Académie des Inscriptions*) y sus propósitos iniciales se fijaban en proyectos originalmente diferentes¹³¹.

En lo que se refiere al viaje de Bréquigny el objetivo requerido por el *Cabinet* estaba bastante definido: se trataba de obtener toda la información posible para la historia política del reino. Para ello fue necesario instalar a este académico y a seis copistas más en la ciudad de Londres, de manera que una vez allí, en sus bibliotecas y depósitos más relevantes (Tour, el Echiquier, el cartulario del British Museum o las bibliotecas Cotoniana o Harleiana), los eruditos recogieran aquello que podía esclarecer la política exterior de Francia, su administración interior e incluso la historia civil y religiosa¹³².

El resultado no pudo ser más alentador: en apenas dos años (1764-1766) se recogieron más de 7000 copias referentes a cartas y manuscritos sobre la historia de Francia, entre los cuales cabe mencionar los títulos concernientes a los derechos del rey, las leyes municipales de las ciu-

part des documents nécessaires pour composer une histoire de Poitou (...). Guyenne et Languedoc(...) (Delisle, 1874: 259).

¹³¹ La misión de Bréquigny, encuadrada originalmente en el proyecto del ministerio de asuntos exteriores, se vio transformada posteriormente por influencia del ministro Bertin y Moreau. Véase por ejemplo la carta dirigida por Moreau al ministro Bertin, en la cual se trata de mostrar la importancia que tiene la misión de Bréquigny y el provecho que se podría extraer de ella para el dépôt des chartes. “*Il (Bréquigny) est persuadé que les recherches qu’il va faire à l’Échiquier et à la Tour de Londres (...) ne doivent cependant enrichir que le dépôt de M. le duc de Praslin (...). Je pense donc que Monseigneur lui doit expliquer nettement ses intentions, et prendre arrangements pour que l’on ne nous enlève pas tout le fruit que nous pouvons tirer de ce voyage pour le dépôt des chartes*” (‘*Note de Moreau à Bertin sur la mission de Bréquigny à Londres. 3 mai 1764*’, recogido en Charnes, 1886a: 181-182).

¹³² “*Il (Bréquigny) a travaillé en conséquence, sous les ordres de M. le duc de Praslin et M. le Duc Choiseul, durant plus de deux ans et demi, dans les divers dépôts de Londres, et ses découvertes ont passé ses espérances. Il avoit dirigé ses recherches sur quatre points principaux: 1º la politique ou l’administration extérieure; 2º l’administration intérieure, le domaine du Roy; 3º l’histoire proprement dite, soit ecclésiastique, soit civile; 4º les titres concernant les affaires des particuliers (...)*” (‘*Mémoire de Bréquigny sur l’utilité des pièces recueillies à Londres. 1768*’, en *Ibíd.*: 213).

dades de Francia sometidas a la dominación inglesa, las diferencias entre las ordenanzas de los reyes de Francia e Inglaterra sobre las ciudades dominadas, las cartas originales de los reyes franceses y sus ministros, las instrucciones de los embajadores de Inglaterra en Francia, etc (Charmes, 1886a: XXXVII).

Y lo mismo parece advertirse para el viaje de La Porte du Theil. Aprovechando la circunstancia de que Roma (el Vaticano) era un centro de negociaciones político, el *Cabinet des Chartes* encomendó un viaje para el análisis y la exploración de sus bibliotecas. Esta misión recayó en la persona de La Porte du Theil, miembro de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*. En realidad no era la primera vez que se realizaba una inmersión a estas bibliotecas; de hecho, parte de las mismas ya fueron exploradas por los benedictinos, cuando Mabillon y otros eruditos (E. Baluze o B. de Montfauçon) buscaban piezas relativas al derecho de regalía en el conflicto entre Luis XIV y la Santa Sede. Pero ahora el proyecto era absolutamente diferente: se trataba de una colecta más ambiciosa, para la cual el análisis y la copia de los manuscritos constituía un aporte ineludible para la historia del reino.

La exploración duró diez años, de 1776 a 1786, y en ella La Porte du Theil dividió su trabajo en cuatro fondos diferentes (Barret-Kriegel, 1988c: 34), de los cuales cabe destacar aquí los archivos de San Pedro en el castillo de Saint'Angelo, en donde se pudo transcribir una selección de cartas papales relativas a Francia¹³³. El éxito no se hizo esperar: cerca de 8000 copias referentes a cartas papales y 2000 más relativas a la historia de Francia (Barret-Kriegel, 1988c: 35).

3/ Y por último, Moreau promovió la organización de un conjunto de investigaciones centradas en los archivos literarios y administrativos de París. La *Bibliothèque du Roi* fue uno de los primeros depósitos en explorarse, a lo cual siguió el registro parcial del *Trésor des Chartes* y otras instituciones importantes como el Parlamento de París. De este último, Moreau encargó a Chevreuil el trabajo de transcribir los *Olim* y los *Judicata*, además de otros documentos relevantes pertenecientes al Parlamento (*Ibid*: 36).

Por otra parte, Moreau trató de incrementar el *dépôt* a través de la compra y la adquisición de colecciones privadas. Los ejemplos fueron numerosos, empezando por la compra de aquellos

¹³³ Fruto de aquel trabajo fue la edición de las cartas de Inocencio III. Véase las palabras de Moreau al respecto de la misma. “*M. le Garde des sceaux de Miroménil lui a permis cette édition, à condition qu'elle seroit offerte au public comme le produit des travaux attachés à la bibliothèque de la Chancellerie, et que le préface en seroit concertée entre lui et M. Moreau (...).*” (‘*Extrait d'un rapport de Moreau sur les travaux littéraires. 1 mars 1788*’, recogido en Charmes, 1886a: 380).

títulos reunidos en la colección Blondeau, la selección de piezas procedentes del parlamento del Franco-Condado o la adquisición de la Biblioteca de Saint-Palaye en 1781, con todo lo que ello suponía en términos de volúmenes y manuscritos heredados.

1.3.3. - Las publicaciones paralelas del Cabinet des Chartes

La mayor parte de las obras desarrolladas por el Cabinet son el resultado de anexiones de trabajos iniciados por otros, especialmente por la congregación benedictina de Saint-Maur y la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*. Obras como la *Table chronologique des diplômes...*, el *Rymer français*, el *Journal des Savants*, el *Recueil des Ordonnances des Rois de France*, el *Recueil des historiens de France*, el *Art de vérifier les dates*, la *Nouvelle collection des Conciles* o las *Lettres d'Innocent III*, son solo algunos ejemplos entre otros.

No es necesario volver a entrar en el análisis de estas obras; basta con recordar el hecho de que la publicación de estos volúmenes fue realizado bajo la dirección o co-dirección del *Cabinet des chartes*. En el caso de la *Table chronologique...* esto es especialmente claro. Comenzada en 1769 (el primer volumen) por la *Académie des Inscriptions* la obra presupone un conjunto de trabajos que sirvieron de base para la organización inicial del *dépôt de chartes*. Posteriormente, por efecto de la institucionalización encarnada por el *Cabinet*, Moreau anexionó la dirección de la obra y se encargó de hacer posible la continuación de la misma hasta su cuarto volumen, publicado en 1789¹³⁴.

Con respecto al resto de las obras cabe precisar cosas más o menos parecidas: algunas de ellas formaban parte de proyectos iniciados por la *Académie des Inscriptions* (*Recueil des Ordonnances des rois de France*¹³⁵); otras en cambio lo eran de la Congregación benedictina de Saint-Maur (p. ej. el *Recueil des historiens de France* y el *Art de vérifier les dates*) y algunas otras, quizá las menos relevantes, lo eran de personas cuyos trabajos habían pasado a depender institucionalmente de la dirección del *Cabinet des Chartes*, tal como sucede con La Porte du Theil (miembro de la *Académie*) y sus *Lettres d'Innocence III* o Dom Brial (benedictino) y su *Nouvelle collection des Conciles*.

Pero sea como fuere, el hecho es que todas ellas fueron finalizadas en el marco de la dirección del *Cabinet* y el *Garde des Sceaux*. Lo que significa que todas ellas asumieron el método y

¹³⁴ Posteriormente, la edición de los volúmenes siguientes corrieron a cargo de la *École des chartes* y la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*. Con todo la *Table* constituye uno de los mejores inventarios realizados sobre las cartas y títulos de la monarquía francesa. Más información Gembicki (1979: 139).

las técnicas de prueba promulgadas por Mabillon, lo cual permitía interpretar esta empresa en un claro y férreo compromiso con respecto a la definición previa de la historia erudita. Ahora bien, con una clara pero importante diferencia: ahora el trabajo realizado por el *Cabinet* se situaba en un estadio avanzado de investigación. Ya no se trataba (o no solo se trataba) de cotejar y publicar obras, sino de unificar y centralizar materiales a fin de constituirlos en un depósito legal subordinado a los intereses y las prerrogativas legislativas de la Monarquía¹³⁵.

En lo sucesivo desarrollaremos este tema de manera detallada, a sabiendas de que lo importante no es solamente las obras sino la explicitación del contexto en el cual se inserta la producción y la utilización de las mismas. Ya hemos señalado algunas pistas al respecto. El objetivo de las páginas siguientes es proporcionar las claves que hacen inteligible este conjunto de prácticas de tipo centralizador.

1.3.4. - El proyecto de reforma jurídica y la disputa contra los Parlamentos: el caso de las 'remontrances'

La cuestión de la preparación y la centralización de fuentes constituye un aspecto fundamental para el desarrollo de la Ciencia histórica. Ahora bien, esta centralización no se produce en el vacío, en el sentido de que no es algo que responda al desarrollo de un saber (la erudición) desmaterializado, capaz de auto-engendrarse sin más referencia que su propia dinámica interna (Jacob, 2001: 5). Al contrario, su constitución presupone un espacio de fuerzas específico, a través del cual la colección y preparación de fuentes deviene un arma arrojada: de ahí el carácter concertado de la misma, y de ahí también el hecho de que la monarquía no haya escatimado gastos en orden a promover una política orientada a la recopilación documental.

¹³⁵ Véase la memoria de Bréquigny del 8 de septiembre de 1787. (*Mémoire de Bréquigny sur les recueils des ordonnances. 8 septembre 1787*), recogido en Charmes, 1886a: 290-291).

¹³⁶ Por su brevedad y precisión transcribimos las palabras de Moreau: "*Réunir dans un même dépôt tous les monumens historiques de la France est une chose impossible; mais le Ministre (Bertin) a voulu essayer s'il le seroit également de rassembler une espèce de carte générale de ces monumens, quelque chose qui les représenta, en un mot, un état général d'après lequel les savans pussent connoître leur route et n'avoir plus qu'à vérifier l'exactitude des recherches que l'on auroit commencé à faire pour eux. C'est cette idée qui a donné lieu à l'établissement d'un dépôt général des chartes. Il n'est peut-être encore qu'à son berceau: notre établissement est peut-être encore très imparfait, et c'est pour le perfectionner que le Ministre vous rassemble*" (*Rapport de Moreau au comité sur l'État et les progrès de la collection des chartes. 1774*), recogido en Charmes, 1886a: 137).

En efecto, todas esas empresas, incluida el *dépôt des chartes*, responden a una *necesidad* de marcado carácter político. Para verlo no basta con remitirse a la larga serie de proyectos y empresas que anteceden la actividad del *Cabinet*. Esencial es también ubicar esta última (p. ej. la creación de un *dépôt des chartes*) en relación al espacio de luchas en el que los actores producen y utilizan los discursos. En el caso que ahora nos toca la cosa resulta bastante clara: el *dépôt des chartes* no es solo una mera herramienta de carácter centralizador, encaminada a poner fin a los desbarajustes internos que aquejan a la maquinaria judicial¹³⁷; junto a esto también se trata de combatir las pretensiones jurídicas que habían caracterizado la actividad parlamentaria en el transcurso del siglo XVIII.

El objetivo de las páginas siguientes será tratar de poner de manifiesto este conjunto de confrontaciones, para lo cual es necesario plantear los motivos básicos que dieron lugar al ciclo de luchas. En efecto, ¿qué tipo de disputas caracterizaron esos enfrentamientos?

El motivo básico que da sentido a este ciclo de luchas es la discusión política en torno a la facultad legislativa, lo que significa que la discusión última radica en saber a quién corresponde exactamente la soberanía en materia de producción e innovación legislativa. A este respecto, existían dos posturas claras:

1/ Por un lado, la pretensión política expresada por los parlamentos y las cortes soberanas, según la cual el ejercicio básico de la autoridad legislativa pasaba por la participación necesaria del parlamento en los actos legislativos del reino, sobre todo a través de la promulgación jurídica de la ley en el *registro*.

2/ Y por otro, la postura defendida por la institución monárquica, la cual estaba profundamente marcada por las pretensiones absolutistas de las administraciones reales durante el siglo XVII. En su acepción última, esta postura defendía un tema clásico de la tradición legista, según el cual la *indivisibilidad* de la autoridad legislativa constituía un aspecto irrenunciable del poder de soberanía. Esta última no podía recaer en dos instancias a la vez, lo cual suponía un cuestio-

¹³⁷ De las múltiples razones invocadas para cotejar y publicar fuentes, ninguna tan recurrente como la idea de que la centralización pondría fin al desbarajuste interno del sistema jurídico. En palabras de Pussort: “*Cette uniformité d’ordonnances et de règlements est non seulement digne de la majesté d’un grand Roy (...) mais elle est aussi d’une nécessité presque indispensable au dessein de la réformation des désordres de la justice dont un des principaux est la diversité des jugemens suivant la différence des compagnies dans lesquelles les affaires sont portées (...)*” (*Mémoires de Messieurs du Conseil pour la réformation de la justice présentée au roi Louis XIV*, citado en Barret-Kriegel, 1988c:120).

namiento indirecto al poder parlamentario y a sus teorías de la participación necesaria (*remontrances*) en los actos legislativos.

Dicho en otros términos, el objetivo de la postura monárquica era hacer valer su derecho a la *innovación* legislativa, un derecho que planteaba la prioridad política del monarca frente a (por encima de) la tradición y los mecanismos de promulgación jurídica (registro) detentados por los parlamentos.

A continuación hablaremos en detalle de este ciclo de luchas. Sin embargo, lo haremos de una manera específica, tratando de considerar el hecho de que tales conflictos constituyen un ejemplo paradigmático de cómo el campo político recurre a la historia para justificar y legitimar la naturaleza de sus propuestas. Para ello hay que tener en cuenta las causas específicas que originaron este conflicto. En principio, ya hemos ofrecido una serie de claves al respecto, lo que resta ahora es una contextualización histórica que permita explicar el motivo por el cual, en un momento dado, concretamente la segunda mitad del siglo XVIII, se produce un auge inusitado en el campo de la compilación documental. En efecto, ¿a qué tipo de razones obedece? ¿Existe alguna relación entre el incremento de la producción archivística y el periodo de luchas suscitado por los parlamentos?

La respuesta a esta cuestión constituye lo esencial de esta última parte. Para ello es preciso remontar el trayecto que caracteriza a la actividad legislativa parlamentaria. Lo primero que merece la pena reseñar es que las propuestas reivindicadas por los parlamentos no son el producto de una voluntad circunscrita al siglo XVIII; al contrario, la existencia de tales facultades se remonta mucho antes en el tiempo, concretamente al siglo XIV, cuando las cortes soberanas disponían de un derecho de amonestación legislativa (*remontrance*) sobre las *lettres patentes* emitidas por el monarca (Krynen, 2009: 239-240).

En ese momento la monarquía planteaba un modelo de gobierno basado en la existencia de un *gran conseil*, lo que suponía la existencia de una tradición legislativa basada en el diálogo y la co-habitación institucional entre parlamentos y poder monárquico. Un diálogo sin embargo progresivamente interrumpido tras la llegada de las distintas administraciones (Colbert, Pontchartrain...) proclamadas durante el absolutismo monárquico.

En efecto, fue en esta etapa donde se originó un contexto marcado por el silenciamiento y la interrupción legislativa de los parlamentos. Estos últimos dejaron de tener protagonismo en la

legislación política de la Francia de Luis XIV; es más, su poder de amonestación, vestigio de la Baja Edad Media, se vio hondamente limitado por el desarrollo de las diversas ordenanzas decretadas por J. B. Colbert.

La *Ordonnance civile touchant la réformation de la justice* de 1667 es un claro ejemplo de esto. Aquí se puede observar la voluntad de protocolizar (¿limitar?) los plazos de tiempo dedicados al registro y la amonestación parlamentaria. Se estipulaba un límite de tiempo claramente definido, pasado el cual si no se hubiera producido alegación o amonestación alguna, las cartas y demás ordenanzas emanadas del rey serían consideradas por legales, siendo publicadas y enviadas por los procuradores generales a las jurisdicciones subalternas¹³⁸.

Más tarde, en 1673, esta pretensión de limitar el margen de autonomía del que gozaban los parlamentos se vio acrecentada por la decisión del 24 de febrero, en la cual se trataba de restringir con mayor contundencia las disposiciones jurídicas fijadas en la ordenanza de 1667. Para ello no era necesario la prohibición de las facultades consultivas de los parlamentos, pero sí su limitación por medio de una serie de disposiciones encaminadas a priorizar la finalidad del registro por encima de la del cuestionamiento o la amonestación (*remontrance*)¹³⁹.

Todo esto se mantuvo con una plena vigencia hasta finales del reinado de Luis XIV, momento éste en el que se asiste a un restablecimiento del poder legislativo y de las viejas facultades detentadas por los parlamentos. La fecha del cambio lo marca el año 1715, en el cual Felipe de Orleans firmó una serie de acuerdos por medio de los cuales se restituía el derecho a realizar

¹³⁸Véanse los artículos II y V: “Art. II. Seront tenues nos cours de parlement et autres nos cours, procéder incessamment à la publication et enregistrement des ordonnances, édits, déclarations et autres lettres, aussitôt qu’elles leur auront été envoyées, sans y apporter aucun retardement, (...). Art. V. Et à l’égard des ordonnances, édits, déclarations et lettres patentes que nous pourrions envoyer en nos cours pour y être registrées, seront tenues nosdites cours de nous représenter ce qu’elles jugeront à propos dans la huitaine après la délibération, pour les compagnies qui se trouveront dans les lieux de notre séjour; et dans six semaines pour les autres qui en seront plus éloignées. Après lequel temps, elles seront tenues pour publiées, et en conséquence seront gardées, observées, et envoyées par nos procureurs-généraux aux bailliages, sénéchaussées, élections et autres sièges de leur ressort, pour y être pareillement gardées et observées”. (*Ordonnance civile touchant la réformation de la justice. St Germain-en-Laye, avril 1667*’, recogido en Isambert, 1829a: 105-106).

¹³⁹Fijémonos en el matiz que se introduce en esta carta patente. Lo que se dice es que las amonestaciones parlamentarias son posibles, pero solo tras una aceptación previa por medio del registro *simple* de las leyes. “Voulons que nos cours ayant à enregistrer purement et simplement nos lettres-patentes sans aucune modification, ni autres clauses qui en puissent surseoir ou empêcher la pleine et entière exécution; et néanmoins où nos cours, en délibérant sur lesdites lettres, jugeroient nécessaires de nous faire leurs remontrances sur le contenu, le registre en sera chargé, et l’arrête rédigé, après toutefois que l’arrête d’enregistrement pur et simple aura été donné, et séparément rédigé (...)” (*Lettre-patentes portant règlement sur l’enregistrement dans les cours supérieurs des édits, déclarations et lettres patentes relatives aux affaires publiques de justice et de finances, émanées du propre mouvement du roi. Versailles, 24 février 1673*’, recogido en Isambert, 1829b: 72).

amonestaciones antes del registro y la publicación de las leyes¹⁴⁰. Como contrapartida, el duque conseguía un apoyo explícito por parte del parlamento para que invalidase el testamento de Luis XIV y le nombrara regente hasta la mayoría de edad de Luis XV.

En ese momento nada hacía sospechar que lo que había sido un acuerdo positivo para ambos, con el tiempo, se convertiría en el principal problema para la gobernabilidad del reino. En otras palabras, al restituir las facultades deliberativas del parlamento, Felipe no trataba de cuestionar las prerrogativas detentadas por la monarquía, sino más bien granjearse un apoyo incontestable para acceder a la regencia de Francia, el único, en ese momento, capaz de cancelar el viejo testamento (que otorgaba la regencia al duque de Maine) y dotar al duque de plenos poderes para reorganizar el Consejo; ahora bien, lo que no intuía Felipe de Orleans era que la restitución de aquellas facultades fuese a minar el gobierno y la estabilidad política del reinado de Luis XV, interpelando a la autoridad monárquica en casi todos los frentes.

En efecto, a la muerte de Luis XIV la estabilidad política cayó de manera incontestable. Prácticamente la totalidad de los parlamentos adoptó una postura de cuestionamiento constante, iniciando un ciclo de luchas que alcanzaría su máximo apogeo en la segunda mitad del siglo XVIII, llegando a constituirse en algunos momentos en un verdadero contra-poder frente al absolutismo legislativo.

En ese sentido, los parlamentos de Francia pusieron en marcha un sinnúmero de medidas orientadas a bloquear la reforma, ya fuese a través del rechazo explícito al registro o bien a través de amenazas de dimisiones colectivas, pasando por las cesiones temporales de servicio o la redacción de informes opuestos (*remontrances*) a las ordenanzas (Krynen, 2009: 142).

Por su parte, la monarquía tampoco se quedó parada: existieron muchas estrategias orientadas a neutralizar el poder de los parlamentos, tales como la emisión de *lits de justice*, *lettres de cachet* o el exilio obligado de parlamentarios, lo cual no trajo consigo la censura sino más bien el

¹⁴⁰ “(...) À ces causes, voulons et nous plaît, que lorsque nous adresserons à notre cour de parlement des ordonnances, édits, déclarations et lettres patentes émanés de notre seule autorité et propre mouvement, avec nos lettres de cachet portant nos ordres pour les faire enregistrer, notre dite cour, avant que d’y procéder, puisse nous représenter ce qu’elle jugera à propos pour le bien public de notre royaume; et ce dans la huitaine au plus tard du jour de la délibération qui en aura été prise, sinon à faute de ce faire dans ledit temps, il y sera par nous pourvu ainsi qu’il appartiendra, dérogeant, à cet égard, à toutes les ordonnances, édits et déclarations à ce contraires” (‘Déclaration qui porte que lorsque les ordonnances, édits, déclarations et lettres-patentes seront envoyées au parlement de Paris pour les enregistrer, il pourra, avant d’y procéder, représenter au roi ce qu’il jugera à propos pour le bien public’. Vincennes, 15 septembre 1715’, recogido en Isambert, 1830: 40-41).

recrudescimiento del ciclo de luchas iniciado a comienzos de siglo¹⁴¹, como atestigua la hostilidad creciente de los parlamentos a nivel provincial: en Rouen, Grenoble, Toulouse, Bretagne, Paris, etc. (Barret-Kriegel, 1988c: 150).

Ahora bien, dicho esto cabe retomar la clave con la cual abríamos el comienzo del epígrafe. En efecto, ¿qué relación guardan estas luchas con la perspectiva de la producción historiográfica? ¿Existe alguna relación entre ambas?

La respuesta es afirmativa: tanto más porque, en última instancia, la ley, en ese contexto, se asemeja a un terreno de lucha, en el cual distintos agentes pugnan entre sí por apoderarse de aquello que *les otorga poder sobre la definición del derecho*. En esa lucha, sin embargo, ambos partidos se retrotraen a teorías y tradiciones políticas constituidas, las cuales echan mano de la historia con el objetivo de legitimar y buscar precedentes que viniesen a confirmar la consistencia de sus respectivas tentativas.

En el caso que ahora nos convoca la recurrencia es bastante clara. Tanto el Parlamento (1) como el partido del rey (2) se encuentran comprometidos en una lucha dentro del campo jurídico: es más, ambos utilizan la Historia (la erudición) como un arma para pensar la institución de la que forman parte; ahora bien, cada uno de ellos lo hace de manera distinta, lo cual atestigua el hecho de que la realidad del campo jurídico no es sino una lucha de tomas de posiciones en la que cada parte trata de imponer su construcción legítima de la institución, y a través de ella, su poder sobre la misma¹⁴².

¹⁴¹ Los parlamentos también expresaron en contadas ocasiones su oposición a la práctica de las *lettres de cachet*: “(...) *Justice et liberté! voilà, Sire, le principe et le but de toute société, voilà les fondamens inébranlables de toute puissance*; (...) *L’usage des lettres de cachet renverse toutes ces idées. Par lui, la justice n’est plus qu’une chimère, (...) le consentement du peuple à l’usage des lettres de cachet serait donc incompatible avec l’usage de la raison, mais la raison est l’état naturel de l’homme comme la société, l’usage des lettres de cachet répugne donc à la nature de l’homme, et comme raisonnable et comme sociable*» (*Remontrance sur l’exil du duc d’Orléans et l’emprisonnement du mm. Fréteau et Sabatier. 11-13 mars 1788*’, recogido en Flammermont, 1898: 714-715).

¹⁴² De hecho, haríamos mal en interpretar el mundo de los juristas como una realidad unitaria. Por lo general, se suele tender a comprender a estos últimos como partidarios del absolutismo monárquico, pero tal opción, como señala Bourdieu, representa solo una fracción del campo jurídico, no el todo. Es decir, que junto a ellos, pero en clara relación de competencia, se sitúan aquellos otros juristas orientados a promover la limitación del poder monárquico en beneficio de unas reglas establecidas por la tradición parlamentaria. Algo parecido, aunque de manera menos detallada, parece sugerir M. Foucault cuando señala la correspondencia entre la teoría del derecho y la legitimidad del poder real, en el sentido de que es siempre el personaje real, el monarca, el problema fundamental del pensamiento jurídico, ya fuese para legitimar su posición o para *limitar* su poder de acuerdo a reglas de derecho precedentes. Véanse Bourdieu (2011: 516-518) y Foucault (1997: 23-24).

1/ El ejemplo del discurso parlamentario es bastante claro al respecto. Este último, al igual que los discursos legistas, busca en la historia aquellos precedentes (especialmente jurídicos) que vinieran a confirmar la antigüedad de sus propias tentativas.

El caso más sonado es la obra de Louis Adrien Le Paige. En ella podemos encontrar la defensa más refinada del propósito parlamentario, y todo ello a través de un ejercicio de erudición histórica, en el que la búsqueda de los orígenes remotos se mezcla con el suministro variopinto de las pruebas históricas (legislativas, jurisprudenciales, literarias, doctrinales) extraídas de los actos oficiales (Krynen, 2009: 244).

Todas estas investigaciones encuentran su eco paradigmático en las *Lettres historiques sur les fonctions essentielles du Parlement* (Le Paige, 1753), en las cuales Le Paige nos brinda una defensa histórica del derecho de amonestación (*remonstrance*) reclamado por los parlamentos. Para ello se remonta hasta tiempos inmemoriales, concretamente hasta las monarquías merovingias, a fin de plantear una continuidad pseudo-imaginaria entre las asambleas de los francos y lo que fueron posteriormente las funciones legislativas de los parlamentos¹⁴³.

De ese modo, Le Paige nos invita a pensar de otro modo la historia legislativa: así, en lugar de promover una visión acorde a las exigencias absolutistas, el abogado nos ofrece un planteamiento totalmente distinto. Un planteamiento en el que la institución monárquica aparece retratada como una instancia que jamás ha legislado de manera autónoma, sino más bien en estrecha connivencia con las asambleas y las instituciones parlamentarias, las cuales, dicho sea de paso, existen como un *contrapeso político* a la propia monarquía francesa.

En otras palabras, la institución parlamentaria está para *limitar* el poder real, no solo para registrar sus leyes, sino también para verificarlas o cuestionarlas a través del derecho de amonestación¹⁴⁴. Desde este punto de vista, el parlamento (los parlamentos) no trata de usurpar entonces

¹⁴³“*Les Parlemens fur-tout, dépositaires des Loix de l'État, destinés à les perpétuer, & où les grandes affaires doivent se traiter, y ont été conservés scrupuleusement sous le nom de Diettes, d'États ou de Parlement, comme essentiels à la Constitution de ces Monarchies. Par la succession des tems, ces anciennes assemblées y ont, à la vérité, changé de forme; mais elles y ont toujours subsisté dans ce qu'elles ont de fondamental, & dans ce qui caractérise la nature foncière des anciens Parlemens Germaines, c'est à dire, dans leurs fonctions importantes par rapport au Gouvernement (...)*” (Le Paige, 1753: 34-35).

¹⁴⁴ Sobre este tema nótese el tono de denuncia que adquieren las palabras de Le Paige cuando reconoce el significado del registro en el siglo XVIII. Dice así: “*Il est donc évident qu'une simple transcription sur le Registre du Parlement n'est pas cet enregistrement véritable, nécessaire à toute Loi, pour devenir Loi publique dans l'État. Or c'est néanmoins où tout se réduit à cet égard dans un Lit de Justice. Donc on a raison de tenir ces Loix pour non enregistrées, puisqu'en effet, elles ne le font pas. Ce n'est que la délibération & l'applaudissement à la Loi, qui constitue l'enregistrement; (...) Donc il n'y a point d'enregistrement véritable, puisqu'en effet on n'y délibère point; (...)*” (Le Paige, 1756: 4).

el poder legislativo, que pertenece al poder real¹⁴⁵, pero sí concurrir a su legítimo desarrollo por medio de un acto basado en el derecho de *verificación*¹⁴⁶. Así pues, en tanto que órganos de consejo, estos últimos detentan un derecho de amonestación previo al registro de las leyes, lo que significa que la idea misma de registro, tal y como era utilizada por los propios parlamentarios, suponía ya de antemano la posibilidad de cuestionar la voluntad momentánea del rey, toda vez que esta última no se adecuase a las leyes generales del reino.

Según La Paige, registrar no significa dar a conocer los edictos a los magistrados intermedios; al contrario, registrar era mucho más que un ceremonial: se trataba de un proceso en el que los altos magistrados desempeñaban un papel activo. De modo que un edicto solo podía convertirse en ley a condición de haber existido un proceso de verificación legislativa que acreditase la conformidad de la decisión real respecto a la legalidad precedente¹⁴⁷. Sin ello, sin este proceso de mediación técnica y cualificada ejercido por los profesionales del derecho, la ley (es decir, el edicto, la *lettre patente* emitida originalmente por el rey) carecía automáticamente de fuerza vinculante, dado que no se ajustaba a los mecanismos procedimentales exigidos por la tradición legislativa francesa¹⁴⁸, según los cuales el parlamento constituía el único *depósito general de las leyes*, es decir el único mecanismo que garantizaba la transformación de la voluntad *momentánea* del rey en una voluntad completamente legal (Krynen, 2009: 251).

¹⁴⁵En palabras de la ‘remontrance’ del parlamento de París en 1768: “*Les remontrances ne forment ni un jugement ni un acte de jurisdiction. Elles ne sont que l’expression de la fidélité. Lorsque le Parlement présente des supplications à V. M, ce n’est point un tribunal qui prononce, mais un corps de magistrature qui implore votre bonté ou le dépositaire de la loi qui représente au législateur les atteintes données aux lois qu’il a faites lui-même*” (‘Remontrance sur l’état de la province de Bretagne et sur la situation de MM. Chalotais et Consorts, 18-20 mars 1768’, recogido en Flammermont, 1895: 839).

¹⁴⁶Para verlo de forma más clara reproducimos aquí la *remontrance* del parlamento de París el 11 y 13 de abril de 1788: “(...) *le droit de vérifier les lois n’est pas celui de les faire, mais si l’autorité qui fait la loi pouvait encore suppléer ou jêner la vérification, celle-ci n’étant plus qu’une précaution dérisoire ou qu’une vaine formalité, la volonté de l’homme pourrait remplacer la volonté politique et l’État tomberait sous la main du despotisme*” (‘Remontrance sur l’exil du duc d’Orléans et l’emprisonnement du MM. Frétau et Sabatier. 11-13 mars 1788’, Archives Nationales X 8988, recogido en Flammermont, 1898: 702).

¹⁴⁷Para hacernos una idea de la importancia y las simpatías que suscitaron las propuestas legislativas del parlamento entre los filósofos de la Ilustración, véase la entrada que *L’Encyclopédie* otorga al término registro (*enregistrement*). Dice así: “*L’enregistrement des nouvelles ordonnances n’est pas comme on voit un simple cérémonial et en insérant la loi dans les registres, l’objet n’est pas seulement d’en donner connoissance aux magistrats et aux peuples, mais de lui donner le caractère de loi, qu’elle n’aurait point sans la vérification et enregistrement, lesquels se font en vertu de l’autorité, que le roi lui-même a confiée à son parlement*” (París, 1752, V, p. 702, recogido en Hervouët, 2009: 237).

¹⁴⁸En sentido estricto, el problema de la verificación legislativa era un asunto tremendamente técnico, que implicaba la puesta en marcha de profundos y complejos razonamientos históricos y jurídicos. Prueba de ello son las amonestaciones establecidas por los parlamentos a lo largo del siglo XVIII. En ellas, tanto su extensión como el elevado grado de complejidad técnica constituyen verdaderas lecciones de genealogía legislativa. Más información en Krynen (2009: 259).

2/ Por su parte, la monarquía recurrió al campo de la historia con el objetivo de justificar sus prerrogativas políticas, especialmente en lo que se refiere a su derecho a la *innovación* legislativa. Prueba de ello son los numerosos trabajos relacionados con la tradición legista, pero también aquellas otras prácticas, de índole más erudita, volcadas en la crítica, la copia, el atesoramiento y la publicación de fuentes relativas a la historia de Francia. Es este último caso lo que más nos interesa, dado que es ahí donde se constituye aquella infraestructura que ha hecho posible la defensa del monarca y el desarrollo de importantes materiales utilizados por la investigación histórica posterior.

Así pues, la publicación de fuentes no es un procedimiento que responda a motivos intelectuales. Su aparición, en tanto que práctica promovida por la monarquía, se opone al *registro* y la dialéctica procedimental defendida por las cortes y los parlamentos. De ahí precisamente su relevancia: con ella no solo se cortocircuita la necesidad de una mediación parlamentaria sino que al hacerlo *se abre una vía para la innovación legislativa*, una vía, sin embargo, dictaminada desde lo alto y en clara consonancia con las tendencias y los presupuestos del absolutismo legislativo¹⁴⁹.

Así, en lugar del registro y la verificación parlamentaria, el monarca plantea la vía de la *publicación*, supuesto el hecho de que semejante medida contribuye mejor que cualquier otra al objetivo original de la reforma jurídica, que no es otro que la *unificación del derecho por medio del control y la publicación de la iniciativa legislativa*, la cual constituye a los ojos de los legisladores un atributo exclusivo del poder monárquico¹⁵⁰.

Ahora bien, para entender esta disputa no basta con señalar la existencia de las prácticas. Esencial es también articular estas medidas en el marco de un contexto dominado por el desarro-

¹⁴⁹ El derecho a la innovación legislativa se basa en la idea de que los magistrados no constituyen poderes soberanos sino poderes delegados, como atestigua y defiende la tradición legista. En palabras de J. N. Moreau, uno de sus últimos teóricos: “*Entre le Roi & les peuples, Magistrature effentielle qui ne doit jamais féparer la puiffance d’avec fa regle, & qui ne connoît la volonté du Souverain, que par les loix qu’il prefcrit. Autour du trône, cette Magistrature affemblé, offrant au Prince; non des coppérateurs, mais des confeils l’éclairant fans ceffe, jugeant avec lui, délibérant par fon ordre, lorfqu’il la provoque, lui obéiffant lorfqu’elle n’est plus, que dépoftaire & exécutive de la Légiflation royale*” (Moreau, 1778: 259-260).

¹⁵⁰ En la misma línea que lo anterior véase la respuesta de la monarquía el 2 de Julio de 1718. Dice así: “*L’autorité du roi serait insuffisante pour réprimer les abus que causent successivement la malice des hommes et la nécessité des temps si, se réduisant à maintenir les anciennes lois, elle n’en établissant pas de nouvelles. Les unes et les autres ne subsistent que par la volonté du souverain et n’ont besoin que de cette volonté pour être lois. Leur enregistrement dans les cours, à qui l’exécution est confiée, n’ajoute rien au pouvoir du législateur; c’en est seulement la promulgation et un acte d’obéissance indispensable dont les cours doivent tenir et tiennent sans doute à honneur de donner l’exemple aux autres sujets*” (‘Remontrance du 27 Juin 1718, recogido en Flammermont, 1888: 86).

llo de una política jurídica basada en el derecho administrativo (Barret-Kriegel, 1988c: 147). Prueba de ello son las numerosas ordenanzas establecidas por Colbert en el transcurso del periodo absolutista. Todas ellas se hicieron por medio del recurso a procedimientos administrativos, lo que significaba que la composición y posterior desarrollo en forma de ordenanzas¹⁵¹ se realizaba por comisiones en las que intervenían miembros específicos del Consejo del Rey, dejando a un lado a los magistrados y a todos los juristas del sector parlamentario (*Ibidem*).

Con ello el poder monárquico trataba de acrecentar su función legislativa en detrimento de los parlamentos. Al protocolizar un número creciente de dominios administrativos la función legislativa tendía a recaer en manos de personas especialmente comisionadas, sin necesidad de que pasaran por la magistratura o por los trámites procedimentales impuestos por la práctica jurídica ordinaria.

Todo ello sin embargo exasperaba profundamente a los parlamentos, los cuales veían disminuir su ámbito de influencia en provecho de los ministros y los agentes del consejo¹⁵². Así, poco a poco, el proceso de concentración política establecido por la monarquía nos dibujaba un tipo de producción legislativa basada en el desarrollo y la implementación de procedimientos administrativos.

De ahí la publicación y el atesoramiento de las fuentes: en un principio, tales prácticas trataban de solventar las deficiencias de la situación administrativa de la época, pero después, a partir de 1762, esta función administrativa se articula con un proyecto de reforma jurídica, con el objetivo de poder ‘codificar’ en un mismo depósito (el famoso ‘*dépôt des chartes*’ o *dépôt de législation*’) el conjunto de ordenanzas particulares, propias de los diferentes sectores (marina, criminalidad, comercio, etc.), que fueron constituyéndose en el transcurso de las administraciones absolutistas (Colbert, Pontchartrain, d’Aguesseau, Bertin).

¹⁵¹ Dichas ordenanzas se refieren a sectores y dominios específicos de la administración. Por citar solamente algunas podríamos señalar *l’Ordonnance civile sur la réformation de la justice* (1667), *l’Ordonnance portant régleme[n]t sur les eaux et forêts* (1669), *l’Ordonnance criminelle* (1670), *l’Ordonnance de commerce* (1673), *l’Ordonnance de la marine* (1681), *le Code Noir* (1685). Más tarde, en la época del canciller d’Aguesseau, se desarrollaron otras ordenanzas, como por ejemplo *L’Ordonnance sur les donations* (1731), *l’Ordonnance sur les testaments* (1735) y *l’Ordonnance sur les substitutions* (1747).

¹⁵² Otra de las cosas que exasperaba enormemente a los parlamentos fue la puesta en práctica de los ‘*arrêts en commandement*’. Estos últimos, a diferencia de las *lettres patentes*, eran sentencias dirigidas directamente a las autoridades encargadas de su ejecución, sin necesidad de sello ni de verificación (*remontrance*) alguna por parte de los parlamentos. Su procedimiento era estrictamente expeditivo, destinado a atajar el conjunto de controles y mecanismos procedimentales de acuerdo a los cuales se constituía la legalidad de la práctica jurídica ordinaria. En la época de Luis XV tales sentencias constituían la tercera parte de las sentencias expedidas por el Consejo del rey, lo que planteaba una ofensiva orientada a cortocircuitar el poder de los parlamentos en el interior del campo jurídico. Más información en Krynen (2009: 254-255).

En ese sentido la publicación de fuentes viene a desempeñar una labor estrictamente política: con ella se trata de construir una manera novedosa *de decir y definir el derecho*, y por tanto, una manera de intervenir en el interior de un espacio (el campo jurídico) cuyas reglas del juego (esto es, de acumulación, administración y redistribución del capital jurídico) están ellas mismas puestas en juego por las luchas que se suceden entre sus respectivos agentes, a la vez cómplices y adversarios¹⁵³.

Ahora bien, estas medidas no dieron los resultados esperados; es más, no hubo una reforma de semejante envergadura hasta los primeros años del siglo XIX, cuando Napoleón asume la necesidad de unificar en un solo texto el conjunto de la tradición jurídica francesa¹⁵⁴, eliminando así los obstáculos consuetudinarios (pluralidad jurisdiccional, normas de aplicación no universal, etc.) que hacían imposible la existencia de un espacio jurídicamente homogéneo.

Sin embargo, a pesar de su relativo fracaso en términos jurídicos¹⁵⁵, la colación y la publicación de fuentes constituyen importantes aspectos para el desarrollo del presente análisis. Ello es así porque tales prácticas resultan indicativas de las condiciones reales en las que emerge la infraestructura documental que hace posible el desarrollo de profesionalización histórica en el siglo XIX. De ahí su importancia, y de ahí también la pertinencia de un capítulo centrado en tales consideraciones: con ellas, con el análisis de las condiciones políticas en las que se ha producido (y se ha utilizado) los materiales documentales se podrá percibir la importancia concedida a determinados aspectos de la historiografía posterior, especialmente en aquello que se refiere al carácter y la naturaleza de sus objetos de investigación, los cuales tienden a volcarse sobre la dimensión político-institucional de la historia europea, utilizando para ello las fuentes administrativas, políticas, jurídicas o militares preparadas y cotejadas en este contexto.

¹⁵³ *Cómplices* porque ambas instituciones son deudoras del mismo proceso de monopolización política desarrollado desde la Baja Edad Media, y por tanto, ambas son partícipes en el uso del poder frente a los tribunales feudales y eclesiásticos. Y *adversarios* porque ambos compiten entre sí por imponer aquellas reglas que definen el uso legítimo del poder. Para entenderlo es preciso tener en cuenta la monopolización política llevada a cabo por la monarquía. Este último no es una acumulación simple de diferentes especies de capital, sino un espacio social autónomo en el que los capitales, al acumularse, sufren un proceso de transmutación, haciendo que lo que antes era un simple poder privado (monarca) que expropiaba a otros poderes privados (señores feudales) se convirtiese con el tiempo, en un espacio social abstracto, en el cual se constituyen diferentes espacios (diferentes campos) en el interior de los cuales un modo de expresión simbólico se impone (gracias a una lucha interna entre los diversos agentes) de manera monopolística. Para una visión detallada véase Bourdieu, 2011: 456).

¹⁵⁴ Obviamente nos referimos a la promulgación del *Code civil des français* el 21 de marzo de 1804, también llamado *Code Civil* o *Code Napoléon*.

¹⁵⁵ Fracaso sin embargo en lo que respecta al círculo estrictamente jurídico, dado que tales medidas no fueron capaces de materializarse finalmente en un código jurídico unitario. No obstante, la actividad desarrollada por el *Cabinet des chartes* tuvo importantes consecuencias desde un punto de vista administrativo. Prueba de ello es el inventario de las colecciones realizadas por Moreau y sus colaboradores. Para una visión *cuantitativa* del asunto, véase Barret-Kriegel, 1988c: 67-73).

...

Llegados a este punto una pregunta se impone con fuerza: ¿qué sucede tras la supresión del *Cabinet des Chartes* y l'*Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*? ¿Existe una claudicación del trabajo documental o simplemente se trata de una reformulación del mismo?

Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta el contexto de transformaciones políticas desarrollado a partir de la Revolución francesa. No obstante, cabe anticipar ahora, aunque sea de manera esquemática, algunas indicaciones relativas al camino por el cual ha de transitar nuestra reflexión en las páginas posteriores.

Una buena pista nos la brinda D. Gembicki en su libro sobre J. N. Moreau y el Antiguo Régimen (1979: 171). Así, al preguntarse por el fin y la supresión en 1790 del *Cabinet des chartes*, el historiador plantea una serie de interrogantes sugerentes, de los cuales merece la pena destacar aquí el siguiente: ¿qué sucede con los papeles y los trabajos realizados por el *Cabinet*?

En ese momento Gembicki nos ofrece solamente una respuesta que debe entenderse en términos propositivos: de hecho, solo se limita a ofrecer el listado de instituciones que vienen a heredar las tareas realizadas por el *Cabinet* y la *Académie*. Es verdad que no señala mucho más al respecto, pero al menos nos brinda la posibilidad de rastrear un trayecto que puede servir de base para el estudio y la comprensión de la red archivística posterior.

Tales instituciones son enormemente conocidas: los *Archives Nationales*, los *Archives départementales*, le *Comité des Travaux historiques et scientifiques*, l'*École des chartes*, la renovada *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, la *Bibliothèque Nationale Française*, etc. Todas ellas, como decíamos, asumen la faena de heredar los papeles y las tareas realizadas por el *Cabinet*, eso sí, bajo un contexto y unos criterios de ordenación diferente.

Nuestro cometido en las páginas siguientes será tratar de considerar estas cuestiones, para lo cual será necesario el desarrollo de diversos análisis en torno a las transformaciones y los contextos políticos desarrollados en el siglo XIX. Veámoslo de cerca.

2. La Revolución y el desarrollo de la red archivística

“L’Assemblée nationale décrète: 1° Que tous les biens ecclésiastiques sont à la disposition de la nation, à la charge de pourvoir, d’une manière convenable, aux frais du culte, à l’entretien de ses ministres, et au soulagement des pauvres, sous la surveillance et d’après les instructions des provinces”
Décret qui met les biens ecclésiastiques à la disposition de la nation. 2 novembre 1789)

“Art. I. Les archives établies auprès de la Représentation nationale, sont un dépôt central pour toute la République (...). Art. III. Tous dépôts publics de titres ressortissent aux archives nationales comme à leur centre commun, et sont mis sous la surveillance du corps législatif et sous l’inspection du comité des archives”
Loi du 7 messidor an II

“La Révolution détruisit les établissements eux-mêmes, bouleversa leurs archives, anéantit ou dispersa la plus grande partie des documents qu’elles contenaient: les uns furent transportés confusément dans les chef-lieux de district; les autres passèrent de main en main (...) Il s’agit aujourd’hui de rechercher et de réunir tous les manuscrits de ce genre qui auraient échappé à la destruction et qui seraient de nature à offrir quelque intérêt pour la science historique”

F. Guizot, Circulaire relative à la recherche et à la publication des monuments inédits relatifs à l’histoire de France.
Décembre 1834

Como decíamos antes, el objetivo central en este capítulo consiste en argumentar qué ocurre con las prácticas y el legado archivístico (corpus documentales, inventarios, legislación, etc.) tras el estallido de la Revolución francesa. Preguntar por esto, como es lógico, no es tarea fácil, ya que supone lidiar con aspectos cuya extensión sobrepasa el marco estrictamente archivístico.

Tal es el caso, por ejemplo, de lo que sucede en los primeros años de la Revolución francesa. En ese momento, para ser breves, se produce un conjunto de transformaciones sociales que afectan por entero al modelo de comunidad política y a las fuentes de legitimación social del poder jurídico.

Es ahora, por vez primera, cuando la Nación¹⁵⁶ toma carta de ciudadanía e impone la necesidad de transferir los mecanismos de producción legislativa a órganos e instancias (Asamblea Nacional) formadas por representantes elegidos por los *citoyens*¹⁵⁷, sin privilegios de ningún tipo ni exenciones relativas a su pertenencia a estamento o cuerpo alguno¹⁵⁸.

No obstante, esto sería apenas pertinente si no fuese por el hecho de que semejante realidad (la Nación) plantea importantes cambios en el orden de la naturaleza del territorio. Dicho en otros términos: la aparición de la Nación, tal y como es entendida en este contexto, significa que la población francesa deja de ser un bien susceptible de dividirse o enajenarse (cambiar de propietario) en virtud de una transacción efectuada por razones dinásticas o patrimoniales (Pomian, 1996: 88). Ahora, por el contrario, la integridad de la misma queda asegurada por su identificación a una entidad política intransferible¹⁵⁹, a la cual queda vinculada de manera indefinida en

¹⁵⁶ Decimos ‘en mayúscula’ porque, aunque la primera etapa de la Revolución francesa se caracterice por adoptar la forma de una monarquía constitucional, la Soberanía (en este caso, el poder legislativo) se sitúa siempre del lado de la Nación. Véase a este respecto las palabras sobre la función del rey. Dicen así: “Art. IV. *Le roi, à son avènement au trône, ou dès qu’il aura atteint sa majorité, prêterà à la nation, en présence du corps législatif, le serment d’être fidèle à la nation et à la loi, d’employer tout le pouvoir qui lui est délégué, à maintenir la constitution décrétée par l’Assemblée nationale constituante aux années 1789, 1790 et 1791, et à faire exécuter les lois*”. (‘Constitution française 1791, Chapitre 2 ‘De la royauté, de la régence et des ministres’. Section première ‘De la royauté et des rois’: Art. IV, recogido en Dippel, 2007: 42).

¹⁵⁷ En este punto la constitución de 1791 es bastante clara. “Art. III *Le pouvoir législatif est délégué à une Asssemblée nationale, composé de représentants temporaires, librement élus par le peuple (...)*” (‘Constitution française 1791, Titre III ‘Des pouvoirs publics: Art. III’, en *Ibíd*: 38).

¹⁵⁸ “Art. VI. *La loi est l’expression de la volonté générale. Tous les Citoyens ont droit de concourir personnellement, ou par leurs représentants, à sa formation. Elle doit être la même pour tous, soit qu’elle protège, soit qu’elle punisse. Tous les Citoyens étant égaux à ses yeux, sont également admissibles à toutes dignités, places et emplois publics, selon leur capacité, et sans autre distinction que celle de leurs vertus et de leurs talents*” (‘Déclaration des droits de l’homme et du citoyen 1789’, en *Ibíd*: 29).

¹⁵⁹ “Art. I. *La souveraineté est une, indivisible, inaliénable et imprescriptible; elle appartient à la nation; aucune section du peuple, ni aucun individu, ne peut s’en attribuer l’exercice*” (Constitution française 1791, Titre III ‘Des pouvoirs publics’. Art. I’, recogido en Dippel, 2007:38).

virtud de un pacto (una constitución) que instituye la integridad y las competencias jurídicas que le asisten a la población como sujeto colectivo.

Dicho esto se impone una pregunta más o menos oportuna: ¿cuál es la medida o el conjunto de medidas que han contribuido a constituir la Nación como una realidad tangible? Es decir, ¿a través de qué decretos o qué disposiciones específicas se constituyen las condiciones básicas que aseguran la realización de una comunidad política *nacional*?

La respuesta a esta pregunta puede ser muy amplia, lo sabemos. No obstante, es conveniente tratar de delimitar una respuesta a fin de relacionar tales medidas con la creación de una red archivística moderna. Así, aunque los procesos que han contribuido a construir -en la realidad y en la representación- el Estado y la Nación como unidad territorial sean múltiples y complejos (y en modo alguno reductibles a procedimientos exclusivamente legislativos), es cierto que algunas disposiciones jurídicas han desempeñado un papel fundamental, especialmente en lo que se refiere al desarrollo y la consolidación de la cobertura institucional y económica del Estado.

Tales medidas, como decíamos, son claras y concisas, y pueden ser fechadas durante los primeros años de la Revolución francesa: se refieren todas ellas a decretos y disposiciones jurídicas relativas a la confiscación y la nacionalización de los bienes procedentes de las instituciones del Antiguo Régimen. Ejemplos hay muchos pero ciertas medidas, como la confiscación de los bienes eclesiásticos (2 de noviembre de 1789) o la confiscación de los bienes de los emigrados (9 de febrero de 1792), constituyen importantes transformaciones en el ámbito de la política y de la vida económica de finales del siglo XVIII. Con ellas la Asamblea Nacional Constituyente pone en marcha un proceso inédito de transferencia económica en virtud del cual grandes cantidades de propiedades eclesiásticas y nobiliarias (castillos, tierras, conventos, monasterios, construcciones, etc.) pasan a formar parte del dominio secular, logrando así que la realidad política naciente, esto es, la Nación, se convierta en la única y legítima propietaria de los bienes materiales que otrora perteneciesen al clero y la aristocracia francesa.

En este punto no vamos a entrar más en detalle; basta con haber señalado la existencia de tales medidas y ser conscientes de que sus respectivos efectos representan un importante saneamiento de las finanzas del Estado¹⁶⁰. En efecto, el objetivo primordial de la nacionalización de

¹⁶⁰ En sentido estricto, la *Révolution* ha transferido al mercado de bienes inmobiliarios aproximadamente el 8,5% de la superficie total francesa, lo que significa que más o menos 7,4 millones de hectáreas han cambiado de propietario tras las medidas de confiscación revolucionaria. Con todo parece que el número global de bienes transferidos, independientemente de su tamaño o naturaleza, sobrepasa el millón, de los cuales casi 700.000 proceden de

los bienes no era la creación de un patrimonio nacional propiamente dicho sino la puesta en venta de los bienes confiscados a fin de que esta última pudiera repercutir en la mejora de las estructuras políticas del nuevo orden nacional. Para ello era preciso irrumpir en el medio social de una manera violenta y constrictiva. ¿Cómo? Expropiando toda esa cantidad de bienes para ponerlos después en un régimen de propiedad novedoso (esto es, nacional), el cual pueda declararse finalmente en venta y obtener así un volumen de ingresos suficiente como para engordar las arcas del Estado y hacer frente a la profunda crisis financiera que aquejaba el territorio francés antes y después de la caída de la monarquía.

Ahora bien ¿por qué son entonces tan importantes estas medidas? ¿Acaso no constituyen decretos motivados solamente por razones económicas? En otras palabras, ¿qué es lo que les hace tan especiales para una historia de la historiografía y de la infraestructura documental?

La respuesta a esta cuestión no debe hacerse esperar. Por supuesto, es cierto que tales decretos surgen por motivos financieros. Pero también lo es el hecho de que dichos decretos están en el origen del patrimonio cultural nacional, ya que tales disposiciones obligan a poner sobre la mesa una pregunta que atañe directamente al sector y las exigencias archivísticas, a saber: ¿qué hacer, como señala K. Pomian (1996: 90) recordando a E. Pommier, con el destino de todos esos *'libros, manuscritos, medallas, máquinas, cuadros, grabados y otros objetos que habían pertenecido al clero y la aristocracia?'*

La búsqueda de una respuesta a esta pregunta constituye la historia de la red archivística en Francia. Ahora bien, tales soluciones (que analizaremos ahora) no hubieran sido posibles sin la existencia previa de una ley (o, mejor dicho, de un conjunto de leyes¹⁶¹) capaz de convertir los bienes expropiados en una categoría de bienes novedosos (los *biens nationaux*), susceptibles por otra parte de ser *vendidos, destruidos o re-utilizados* por parte del nuevo régimen político representativo.

los bienes de 'primer orden' (bienes confiscados a la iglesia) y casi 400.000 del 'segundo orden' (bienes confiscados a los aristócratas emigrados). Pero además de tierras y de explotaciones agrícolas también se pone en circulación un número considerable de edificios y construcciones de diferente naturaleza, tales como los edificios eclesiásticos o los palacios nobiliarios. Para una visión seria y pormenorizada de este tema, así como de los efectos de tales confiscaciones sobre las órdenes eclesiástica y nobiliar, véase Bodinier et Teyssier (2000).

¹⁶¹ Decimos sucesivas porque las leyes y los decretos relativos a la nacionalización de bienes son múltiples y variados. El primero de ellos, por ejemplo, es el procedimiento relativo a la confiscación de bienes eclesiásticos (2 de noviembre de 1789). Un poco más tarde, y como efecto de una política más feroz contra la emigración aristocrática, se implementa el decreto sobre la confiscación de los bienes de los emigrados (9 de febrero de 1792). Ese mismo año, y a manos de la Convención Nacional, se produce la confiscación de los bienes de la Corona (10 de agosto de 1792). Y por último, la Convención acaba por establecer la supresión de las Academias Reales (8 de agosto de

De ahí el interés de tales medidas para el desarrollo de una historia que quiera tener en cuenta la constitución de aquellas condiciones (no necesariamente historiográficas o gnoseológicas) que hicieron posible la creación de una red archivística moderna.

Con todo parece lógico adelantar ahora, aunque sea de manera esquemática, algunas soluciones aportadas por la Revolución en torno al problema del cuidado y el destino de los bienes confiscados. No es necesario ser muy exhaustivo en este momento; basta con recordar el hecho de que la búsqueda de una solución pasa por el impulso de una esfera de reglamentación jurídica centrada en la constitución y la conservación de cierta idea de 'patrimonio'.

He aquí la actividad a lo que se reduce en principio la solución aportada por la Revolución francesa: en modo alguno una *política* centrada en la exhibición *cultural* del patrimonio, pero sí un conjunto de leyes, todavía sin ordenar bajo un plan definido, que tienen por objeto gestionar las consecuencias prácticas que trajo consigo el proceso de confiscación de bienes realizado en los primeros años de la Revolución.

En ese sentido cabe mencionar el conjunto de leyes entabladas a lo largo de ese contexto, a sabiendas de que la génesis real, consciente y deliberada, de una 'política del patrimonio' (y por tanto, de una política de la *memoria*) nace unos años más tarde, con el desarrollo de la Monarquía de Julio (1830) y el impulso institucional establecido por F. Guizot.

Con respecto al tema legislativo conviene distinguir dos tipos de medidas: 1/ por un lado, la promulgación escalonada de ciertos decretos consagrados a formalizar el destino y/o el cuidado de los bienes confiscados. 2/ Y por otro, la creación de comisiones específicas, formadas por eruditos renombrados, encargadas de dictaminar aquellas instrucciones relativas al inventario de los objetos susceptibles de no ser destruidos.

En lo que se refiere al primer aspecto (1) cabe recordar las siguientes leyes: en primer lugar, el decreto del 7 de septiembre de 1790¹⁶², según el cual se constituye un depósito *único* para todos los actos que establecen la constitución del reino y su derecho. Ese depósito recibe el nombre de *Archives Nationales*.

1793) y su conversión en instituciones nacionales, con todo lo que ello supone en términos de patrimonio y gestión de piezas culturales.

¹⁶²“Art. 1. *Les Archives Nationales sont le dépôt de tous les actes qui établissent la constitution du royaume, son droit public, ses lois et sa distribution en départements.* Art. 2. *Tous les actes mentionnés dans l'article précédent seront réunis dans un dépôt unique, sous la garde de l'archiviste national, qui sera responsable des pièces*

Posteriormente, y ya en pleno apogeo del proceso revolucionario, la Convención vota el decreto del 14 de agosto de 1792, que consagra la destrucción de todos los símbolos y monumentos susceptibles de legimitar el Antiguo Régimen y la feudalidad¹⁶³. Un poco más tarde, pero sin cambiar radicalmente de postura, la Convención percibe los peligros del vandalismo revolucionario y establece algunas medidas (decreto del 16 de septiembre de 1792) orientadas a conservar ciertos monumentos¹⁶⁴, medidas por lo demás que ya estaban sugeridas en el decreto del 14 de agosto de ese mismo año.

En esa misma fecha se constituye también la creación del museo central de las artes (12 de septiembre de 1792), así como el traslado de los cuadros y otros monumentos (16 de septiembre de 1792) de las viejas casas reales al depósito del Louvre¹⁶⁵, constituyéndose así este último en una institución consagrada al desarrollo y la exposición museística.

Más tarde, el 24 de octubre de 1793 la Convención acaba por establecer un decreto en el que ratifica su compromiso de conservar y proteger el patrimonio¹⁶⁶, impugnando así por vía legislativa cualquier tipo de ambigüedad respecto al vandalismo revolucionario o cualquier medida que arrojase la defensa del pillaje incontrolado.

confiées à ses soins”. (‘Décret relatif aux archives nationales. 7 septembre 1790’, B., VI, 52, en *Administration du journal des notaires*, 1834a: 279).

¹⁶³“Art. 3. *Les monuments restes de la féodalité, de quelque nature qu’ils soient, existant encore dans les temples et autres lieux publics, et même à l’extérieur des maisons particulières, seront, sans aucun délai, détruits à la diligence des communes*”. Ahora bien, no todo era destruir. A la par de este movimiento iconoclasta y destructor, el decreto también preveía la posibilidad de conservar ciertos monumentos interesantes para las artes, e incluso de reutilizar con fines militares los materiales con los cuales estaban hechos los monumentos. Véanse a este respecto los artículos 4 y 5, respectivamente. Dicen así: “Art. 4. *La commission des monumens est chargée exprèsment de veiller à la conservation des objets qui peuvent intéresser essentiellement les arts, et d’en présenter la liste au Corps-Législatif*. Art. 5. *La commission des armes présentera un projet de décret pour employer d’une manière utile à la défense de chaque commune de la France la matière des monumens qui se trouvent dans leur enceinte*” (‘Décret relatif à l’enlèvement et à la destruction des monumens susceptibles de rappeler la féodalité. 14 août 1792’, L., t. X, p. 283; B., t. XXIV, p. 89, en *Administration du journal des notaires*, 1834b: 359).

¹⁶⁴“Art. 1. *Il sera procédé, sans délai, par la commission des monumens, au triage des statues, vases et autres monumens, placés dans les maisons ci-devant dites royales et édifices nationaux, qui méritent d’être conservés pour l’instruction et pour la gloire des arts*” (‘Décret relatif au triage et à la conservation des statues, vases et autres monumens des arts qui se trouvent dans les maisons ci-devant royales et autres édifices nationaux. 16 septembre 1792’, recogido en *Administration du journal des notaires*, 1834b: 321).

¹⁶⁵“Art. 1 *La commission des monuments fera transporter sans délai, dans le dépôt du Louvre, les tableaux et autres monumens relatifs aux beaux-arts, qui se trouvent actuellement dans les maisons ci-devant dites royales, et autres édifices nationaux*” (‘Décret relatif au transport dans le dépôt du Louvre, des tableaux, et autres monumens des beaux-arts qui son dans les maisons ci-devant royales et autres édifices nationaux. 19 septembre 1792’, recogido en *Administration du journal des notaires*, 1834b: 336).

¹⁶⁶“Art. 1. (...) *d’enlever, de détruire, de mutiler et d’altérer en aucune manière, sous prétexte de faire disparaître les signes de féodalité et de royauté dans les bibliothèques, dans les collections (...) ou chez les artistes, les livres, les dessins (...), les tableaux, les statues, les bas-reliefs, (...), les antiquités (...) et autres objets qui intéressent les arts, l’histoire ou l’instruction*. Art. 10. (...) *les sociétés populaires et tous les bons citoyens sont invités à mettre autant de zèle à faire détruire les signes proscrits (...) qu’à assurer la conservation des objets (...) comme*

Pero quizá la disposición más importante a este respecto, o tal vez la más interesante de acuerdo a la naturaleza del presente trabajo, es la ley del 7 de Messidor del año II (25 de junio de 1794)¹⁶⁷, según la cual se consuma la organización interna de los *Archives Nationales* al tiempo que se definen los criterios y las personas (*bureau du triage*) que van a establecer la selección (y/o destrucción) de los papeles contenidos en su interior.

Sin duda esta es una medida importante, a la cual podremos referirnos de manera detallada en páginas sucesivas, de igual modo que a su continuación legislativa, el decreto del 5 de Brumario del año V (26 de octubre de 1796)¹⁶⁸, según el cual se constituyen por vez primera en la república francesa, y de acuerdo a su nueva distribución territorial, los *Archives départementales*, una institución encargada de conservar tanto los documentos del Antiguo Régimen (abadias, obispados, etc.) como aquellos que se derivan del funcionamiento de las nuevas instituciones departamentales.

De modo paralelo (2) el poder político puso en marcha numerosas comisiones de expertos¹⁶⁹, algunas de las cuales desempeñaron un papel preponderante en el control y la estimación artística de los bienes incautados.

El caso más relevante lo constituye la *Commission des monuments* creada el 13 de octubre de 1790. Su objetivo era evitar que los bienes expropiados tuvieran un destino inadecuado, para lo cual se trataba de catalogar y evaluar los bienes disponibles (libros, monumentos, títulos, cartas, documentos, cuadros, etc.) a fin de poder extraer los mayores réditos de su venta o de su representación artística en los nuevos museos revolucionarios. La máxima era clara: la evaluación de los bienes debía preceder en todo momento a la venta o la eventual conservación (o destrucción) de los mismos, tal y como señala D. Poulot (1997: 116).

intéressant essentiellement les arts, l'histoire et l'instruction" ('Décret du 3 Brumaire an II', recogido en Administration du journal des notaires, 1835a: 376).

¹⁶⁷ Por el momento solo mencionaremos el artículo I de esta ley. Más tarde tendremos ocasión de analizar con más detalle sus artículos más característicos. "Art. 1. *Les archives établies auprès de la Répresentation nationale, sont un dépôt central pour toute la République*" ('Décret concernant l'organisation des archives établies auprès de la représentation nationale. an II', recogido en Administration du journal des notaires, 1835a: 291).

¹⁶⁸ En este punto haremos lo mismo que en la nota anterior, mencionaremos solamente el artículo primero y dejar para después el análisis de la ley. "Art. 1. *Les administrations centrales de département feront rassembler dans le chef-lieu du département, tous les titres et papiers dépendent des dépôts appartenant à la République (...)*" ('Loi qui ordonne la réunion dans les chefs-lieux de département, de tous les titres et papiers acquis à la République', recogido en Administration du journal des notaires, 1835b: 20).

¹⁶⁹ De hecho, hubo comisiones de muy diversa índole a lo largo del periodo revolucionario: comisiones relativas a los asuntos eclesiásticos, comités relativos a la venta de dominios, comisiones de los monumentos, de las artes o incluso los comités de salud pública.

Para ello las comisiones estuvieron formadas por un amplio abanico de eruditos, algunos de ellos pertenecientes a la Ilustración oficial, como A. G. Camus, otros a sociedades eruditas, e incluso algún que otro viejo académico reciclado en las nuevas instituciones revolucionarias (el caso de Bréquigny es claro al respecto). Su alto conocimiento en la materia debía asegurar la correspondencia entre los bienes conservados y los valores demandados por el orden *nacional*.

En ese sentido, el objetivo de la comisión pasaba por establecer una actividad doble: por un lado, la de asegurar la venta de los bienes en las mejores condiciones posibles, para lo cual se requería una catalogación previa de los mismos, así como una estimación técnica y cualificada sobre su valor, y por otro, la de conseguir un equilibrio aceptable entre los objetos susceptibles de ser conservados y los nuevos valores establecidos por la *Révolution*, toda vez que los primeros no comprometiesen en exceso los nuevos valores defendidos por la burguesía y el proceso revolucionario.

Con respecto a este tema, conviene recordar el hecho de que todas estas actividades adquieren sentido en el marco de una ley basada en la confiscación de bienes. Entendámonos: de repente, y en un plazo muy breve de tiempo, ocurre que un sinnúmero de objetos materiales dejan de pertenecer a las principales instituciones del Antiguo Régimen. Con ello, además, se produce otro cambio de importantes dimensiones: al nacionalizar estos bienes se inaugura un campo de investigaciones inaudito, en el cual los historiadores y otros sabios pertenecientes a los cuerpos archivísticos empiezan a tener la posibilidad de investigar materiales y objetos (p. ej. documentos, cartas o títulos pertenecientes a la iglesia o la nobleza) que anteriormente estuvieron localizados en los depósitos tradicionales, los cuales, recordémoslo, presentaban un criterio restringido (patrimonial-corporativo) en lo que se refiere al acceso y la disponibilidad de sus bienes, siendo imposible el disfrute de los mismos al margen del beneplácito y el consentimiento de los propietarios¹⁷⁰.

Ahora bien, tales comisiones muestran un grado de ambigüedad considerable, cosa por otra parte normal debido a las luchas internas que también anidan en el interior del propio proceso

¹⁷⁰ En este punto resultan claras las palabras del presidente de la *Commission des monuments*, L. G. Bréquigny, a propósito de los criterios que deben guiar la nueva distribución de los monumentos. Dice así: “*Tous les monuments dont il s’agit appartiennent en général à la Nation. Il faut donc mettre, autant qu’il sera possible, tous les individus à portée d’en jouir, et rien n’y contribuera mieux que de placer chacun des dépôts où ils seront rassemblés dans chacun des quatre-vingt-trois départements ayant soin que chaque dépôt soit aussi complet qu’il se pourra*” (Recogido en Tuetey, 1902: 127).

revolucionario. En ese sentido, la misma ambigüedad puede advertirse en algunas medidas de la Asamblea Legislativa o la Convención revolucionaria.

Por un lado, una actitud (a) claramente *iconoclasta*, basada en la idea de que la misión fundamental es catalogar todos aquellos bienes susceptibles de ser destruidos¹⁷¹ o reutilizados¹⁷² por el poder político.

Y por otro (b), aunque de manera paralela, una actitud tímidamente *conservadora*, la cual, consciente de los excesos suscitados al abrigo de las primeras demoliciones, asume la necesidad de controlar y gestionar este proceso, declarando así para ello un conjunto de medidas orientadas a velar por lo que pudiese interesar a las artes y las letras, o bien al orgullo patrio de la Nación¹⁷³.

Sea como fuere, una cosa resulta clara: todas esas comisiones, al igual que las medidas legislativas anteriormente señaladas, constituyen decisiones relativas al problema del cuidado de los bienes incautados. Más aún, todas ellas se insertan a la perfección en esa gran problemática suscitada por la conversión de los bienes eclesiásticos y nobiliarios en *bienes nacionales*.

¹⁷¹ En ese sentido resultan significativas algunas medidas como la del 12 de Agosto de 1792 o la del 4 de Julio de 1793, ambas adoptadas por la Asamblea Legislativa y la Convención revolucionaria, respectivamente, y en las cuales se asume una necesidad muy clara de destruir todos aquellos símbolos que celebrasen públicamente la superstición y los viejos privilegios del periodo absolutista. La Asamblea Legislativa lo expresa de la siguiente manera: “*les monuments, restes de la féodalité, de quelque nature [qu’ils soient, seront] sans délai détruits*” (citado en Poulot, 1997: 136).

¹⁷² Decimos ‘reutilizados’ porque en numerosas ocasiones, tras las respectivas supresiones, los materiales eran reutilizados para forjar nuevos monumentos acordes a la nueva comunidad nacional. Véase por ejemplo la conversión de las estatuas de la galería de los reyes de Notre-Dame en materiales de contrucción o bien el despiece de las *maisons ecclésiastiques*, de las cuales la mayor parte del bronce se reutiliza como material para la construcción de cañones en la guerra contra Austria. Más ejemplos en Poulot (1997: 152-154).

¹⁷³ Véanse por ejemplo las palabras pronunciadas por la Convención el 24 de Octubre de 1792, tras la decisión de la venta de los bienes confiscados. Se trata de conservar “*tout ce qui peut (...) devenir dans des temps plus paisibles (...) un monument glorieux qui attestât à la postérité que le peuple français avait respecté, même au milieu des agitations d’une révolution sans exemple, tout ce qui perpétuait l’honneur des arts et des lettres et la gloire d’une nation sensible et éclairée*” (citado en Poulot, 1997: 129). Posteriormente, tras la creación de la *Commission temporaire des arts* en 1793 se constituye un documento cuyas instrucciones serán distribuidas y ejecutadas en todos los departamentos. En ellas el espíritu de instrucción y conservación patrimonial es claro. “*Les objets qui doivent servir à l’instruction, et dont un grand nombre appartenait aux établissements supprimés, méritent toute l’attention des vrais amis de la patrie: on les trouvera dans les bibliothèques, dans les musées, dans les cabinets, dans les collections sur lesquelles la République a des droits*”. A lo cual sigue el objeto general de la *Commission*: “*La Commission temporaire des arts est établie: 1º, pour veiller à l’exécution de tous les décrets qui concernent la conservation des monumens et des objets de sciences et d’arts, leur transport et leur réunion dans les dépôts convenables; 2º pour faire, une courte description et les classer, afin qu’on les connoisse et qu’on puisse les trouver au besoin*” (Vicq d’azyr, 1793: 4).

Por el momento dejaremos de lado el tema, siendo conscientes, eso sí, del carácter introductorio de su tratamiento y aplazando para después, al calor del análisis de instituciones específicas, el desarrollo de los aspectos más interesantes de las mismas.

Ahora bien, antes de finalizar esta introducción, cabe plantear otra pregunta interesante. Esta cuestión, aparentemente inconexa, trata de un tema que ya es una constante en la reflexión sobre la historia de la archivística francesa. La filósofa e historiadora Blandine Barret-Kriegel (1988b: 192) la expresa tal vez de una manera inmejorable. Dice así, ¿cuál es la extensión y la naturaleza exacta de la innovación desempeñada por la Revolución en materia de archivos? ¿Se trata de un cambio radical en el ámbito archivístico o más bien de una evolución continuada? ¿Qué es lo que cambia exactamente?

Para responder a estas cuestiones no basta con plantear un acercamiento filosófico al tema. Es decir, no se trata de suponer la constitución de un gran acontecimiento (la Revolución, así en mayúsculas) para derivar de ahí la existencia de un mecanismo basado en una lógica *expresiva*, al modo de una esencia única que se expresara en todos los niveles de la vida social simultáneamente. Al contrario, los cambios sociales se producen de diferente manera, sobre todo porque las distintas instancias o los distintos niveles de la vida social tienen dinámicas y temporalidades propias que pueden o no coincidir entre sí, lo que significa que un gran acontecimiento, como es el caso de la Revolución de 1789, puede albergar a la vez una diversidad de prácticas y temporalidades sociales diferentes.

En el caso que ahora nos toca esta pluralidad resulta ciertamente evidente; de hecho, el desarrollo del capítulo anterior nos brinda importantes pistas al respecto, especialmente en la última parte del mismo, cuando planteábamos el tema de la supresión del *Cabinet* y el destino de las piezas desarrolladas por las instituciones archivísticas. En ese momento, sin embargo, no se ofrecía una respuesta claramente satisfactoria: tan solo se apuntaba una lista de instituciones deudoras, en las cuales se recepcionaba y proseguía simplemente el camino adoptado por las instituciones precedentes, si bien es cierto que bajo un contexto novedoso, que imprimía a la tarea compiladora (lo veremos más adelante) un marco de clasificación motivado por otros factores ideológicos.

Pues bien, llegados a este punto se impone una conclusión más o menos clara: si tales prácticas fueron debidamente continuadas es porque hubo personas e instituciones interesadas en que eso fuera así; más aún, si todo ello ha sido técnicamente posible, es porque hubo eruditos e histo-

riadores concretos encargados de organizar el trabajo y la nueva clasificación de las piezas, lo que plantea en cierto sentido un alto grado de *continuidad* en lo que se refiere a la definición y los procedimientos archivísticos.

Dicho de otro modo, aquello que aporta de novedoso la Revolución es menos una concepción nueva de las ‘fuentes auténticas’ que una definición nueva de las ‘fuentes públicas’ (Barret-Kriegel, 1988c: 209). A este respecto, no deja de ser obvio el papel desempeñado por los miembros de las instituciones archivísticas (*Cabinet des chartes*, *Académie des Inscriptions*, *Congrégation de Saint-Maur*): estos últimos no solo han generado los métodos de prueba que caracterizaron el desarrollo y la práctica erudita, sino que también han formado parte, junto con otros eruditos, de la conformación de las nuevas instituciones (*Commission des monuments*, *Bureau du triage*, etc.) encargadas de dirigir y organizar la clasificación de los depósitos surgidos tras la Revolución francesa (*Archives Nationales*, *Archives départementales*, *Bibliothèque Nationale*, etc.).

Algo parecido parece expresar J. Favier cuando define las consecuencias de la *Révolution* en materia archivística: en su opinión esta última no plantea nada nuevo en términos metodológicos; a lo sumo, la continuación de un trabajo que ya se había iniciado previamente por los viejos archivistas (la publicación y centralización de fuentes), pero en absoluto algo que pudiera asemejarse a una ruptura radical (Favier, 1965: 31).

En otras palabras, las concepciones metodológicas en materia de archivos eran las mismas antes y después de 1789. Es más, los archivistas de finales del *Ancien Régime*, como señala R. H. Bautier, fueron miembros destacados de las comisiones originadas tras la Revolución francesa, lo que significa que fueron ellos, o al menos una parte considerable de los mismos, quienes fundaron los primeros archivos y depósitos de índole nacional, haciéndolo además con la misma metodología que había caracterizado la publicación y la centralización de fuentes durante las últimas monarquías borbónicas (Bautier, 1968: 148).

En ese sentido, la Revolución francesa no aporta exactamente una concepción nueva de las *fuentes auténticas*; lo que aporta sin embargo es otro componente de igual o mayor relevancia para el ejercicio y la posibilidad de la investigación historiográfica. Nos referimos *al principio de confluencia de los archivos*, o lo que es igual, a la constitución de una red de archivos (por cierto, la primera red en todo el mundo) que ha hecho posible la *centralización* de los depósitos así como la posibilidad de que todo ciudadano, con independencia de sus recursos económicos,

pueda emprender (posibilidad formal, luego real) los procedimientos necesarios para consultar los papeles que encierran tales depósitos, ya fuese en París, capital del Estado donde se aglutinaba la mayoría del volumen patrimonial, o bien en la periferia, a través de los archivos departamentales que fueron implantados a lo largo de los primeros años del siglo XIX (Bautier, 1961: 1133).

Así, al instituir una red archivística moderna (esto es, estatalizada), la *Révolution* planteaba un acontecimiento absolutamente novedoso, para el cual lo importante no era la modificación del régimen jurídico de los papeles (convertidos ahora en *biens nationaux*) sino el hecho de que todos ellos pudiesen confluir en el interior de un gran depósito centralizado, susceptible además de comunicarse a personas ajenas a la administración de origen en la que habían sido producidos esos papeles (Favier et Favier, 1988: 24).

He aquí el principal aporte suscitado por la Revolución francesa: la idea de que los archivos constituyen depósitos susceptibles de circular en el interior de una red (extensible al país entero) cuyo funcionamiento es independiente de los particulares y las parentelas, lo cual chocaba de manera frontal con la costumbre, muy habitual en la época, de administrar patrimonialmente los archivos¹⁷⁴, en especial en lo que se refiere a los archivos eclesiásticos o señoriales.

Es cierto que bajo el reinado de Luis XIV esta costumbre desaparece, pero lo hace solamente en el ámbito de los archivos ministeriales, permaneciendo el resto de los depósitos (por cierto, la mayoría) como un punto ciego (e incommunicable) respecto a la política y los intereses del poder monárquico. Con la Revolución sin embargo esta lógica de apropiación *patrimonial* desaparece, sustituyéndose en su lugar (y no precisamente de manera pacífica) por un sistema de archivos *centralizado*, en el cual se garantiza la confluencia regular de los archivos al tiempo que se presupone la posibilidad, siempre *incondicionada*, de incautar e imponer nuevas condiciones para su acceso.

¹⁷⁴ En este punto cabe precisar que durante el Antiguo Régimen no existió algo parecido a los ‘Archivos Reales’; lo que existía, sin embargo, eran los archivos ministeriales (p. ej. el *Trésor des Chartes*, el depósito del *Sécretaire des Affaires étrangères*, el de la *Maison royale*, el del *Sécretaire d’État pour la guerre*, el del *Contrôleur général des finances*, etc.), pero no un gran Archivo Real en donde viniesen a confluir los depósitos de los diversos sectores administrativos. Esto es importante aclararlo, a fin de evitar malentendidos y no asumir así que los ‘Archives Nationales’ (y por extensión, toda la red que surge por mediación de ellos y de los Archivos departamentales) surgen de una infraestructura previa en la que todo estaba ya recopilado y clasificado centralizadamente. En otras palabras, antes de la Revolución, como señala X. Charmes, no podemos hablar de ‘Archivos Nacionales’. Lo que existían eran los archivos ministeriales o bien los archivos pertenecientes (y no comunicables) a las distintas administraciones señoriales, municipales o eclesiásticas. Más información en Charmes (1886a: LXXXVI).

Para entender mejor esta última apreciación es necesario tener en cuenta los cambios sociales producidos en aquellos años. Es decir, hablamos de una sociedad en la que han sido (están siendo) desplazadas todas las facultades estatutarias (jurisdicciones consuetudinarias, comunidades autosuficientes, señoríos feudales o eclesiásticos, mecanismos de composición jurídica de naturaleza no penal, etc.) de los cuerpos primarios. En ella lo jurídico ha sido incautado (y por tanto transformado) a manos del Estado, lo que significa que este último ha consumado el proceso de monopolización política llevado a cabo por la monarquía, eso sí, con diferencias importantes.

La más evidente, sin embargo, se refiere al hecho anteriormente sugerido, según el cual el poder del Estado (del Estado-Nación, diremos) se identifica con un poder jurídicamente *incondicionado*, que funda él mismo las condiciones de validez de la diversidad jurisdiccional. Con ello las consecuencias archivísticas resultan claras: al fijar un ámbito de competencias a los poderes subsidiarios (convertidos ahora en poderes administrativos), el Estado se sitúa por encima de la vieja diversidad jurisdiccional, lo que significa que la no accesibilidad y las viejas restricciones (jurídicamente legitimadas) de los archivos del *Ancien Régime* desaparecen en cuanto tal, ya que desaparecen también las bases de legitimación social (concretamente, la diversidad jurisdiccional) que las habían hecho posibles.

En este momento el Estado-Nación genera un tipo de unificación social basado en la disolución *política* de las jurisdicciones consuetudinarias. De ahí la posibilidad de un régimen archivístico centralizado: sin el impedimento de las prerrogativas consuetudinarias, el acceso a la multiplicidad de los archivos se convierte en un asunto *administrativo*, dado que buena parte de los mismos ha sido ya nacionalizado, siendo ahora su legítimo propietario el nuevo sujeto político llamado ‘Nación’, que está todavía en plena construcción.

Ahora bien, antes de comenzar el análisis, es necesario matizar algunos aspectos relativos a la *publicidad* de los archivos. Lo que la *Révolution* llama *publicidad* no es una publicidad tal y como nosotros la entendemos en la actualidad; es más bien un tipo de publicidad de carácter *administrativo*, y en la cual lo importante no es tanto desarrollar o mejorar aquellas condiciones que hacen posible la investigación cultural (histórica, artística, social, etc.) sino el hecho mismo de facilitar y documentar mejor (de manera más constante y fluida) los servicios internos de la práctica administrativa, especialmente en aquellos aspectos que se refieren a los depósitos estratégicos de la época, como los depósitos domaniales y los depósitos financieros (Bautier, 1968: 149).

Decir esto puede resultar chocante, máxime cuando el artículo 37 de la ley del 7 de Messidor indica aparentemente lo contrario¹⁷⁵. En ella, lo veremos más adelante, se concibe la posibilidad de consultar/demandar piezas y documentos en todos los depósitos (públicos) del país, toda vez que dicha reclamación sea realizada de acuerdo a los plazos y las formas establecidas al respecto.

Hasta aquí todo parece indicar un cambio más o menos claro. No obstante, en la práctica, como demuestran los reglamentos de los *Archives Nationales*¹⁷⁶, tal posibilidad estuvo claramente restringida, de manera que solo se permitía el acceso a los grupos y las clases altamente instruidas, como los notables, los funcionarios públicos, ciertos archivistas reconocidos de la época o bien algunos alumnos que formaban parte de la *École des Chartes*, como etapa formativa de su programa de estudios e instrucción (Pomian, 1996: 91).

Más allá de esto no existía una disponibilidad inmediata de los archivos, y mucho menos la voluntad real de que tales depósitos (archivos nacionales, archivos departamentales) estuvieran disponibles para el conjunto de la ciudadanía francesa, sin distinciones de carrera ni prerrogativas de oficio. Es más, tales depósitos estuvieron alejados del grueso que constituye la masa poblacional, y no solo en lo que respecta a su proximidad física sino también en lo que se refiere a sus costumbres y sus hábitos mentales, de igual modo que los museos o toda institución archivística o patrimonial (*Ibidem*).

Esta advertencia es importante por varias razones, pero sin duda porque vuelve a poner de manifiesto que los principales cambios que se encuentran en la base de la red archivística no

¹⁷⁵ Formalmente todo parecía indicar una apertura real de los archivos. Véase el artículo en cuestión. Dice así: “Art. XXXVII: *Tout citoyen pourra demander dans tous les dépôts, aux jours et aux heures qui seront fixés, communication des pièces qu’ils renferment: elle leur sera donnée sans frais et sans déplacement, et avec les précautions convenables de surveillance. Les expéditions ou extraits qui en seront demandés, seront délivrés à raison de quinze sous de rôle*”. (‘Décret concernant l’organisation des archives établies auprès de la représentation nationale. an II’, en *Administration du journal des notaires*, 1835: 294). Sin duda esta disposición, aunque irreal en la práctica, está en perfecta sintonía con el artículo XV de la *Déclaration des droits de l’Homme et du Citoyen*: “Art. XV. *La société a le droit de demander compte à tout Agent public de son administration*” (‘Déclaration des droits de l’homme et du citoyen 1789’, en Dippel, 2007: 30).

¹⁷⁶ En ese sentido resultan claras las medidas adoptadas por el decreto del 14 de mayo de 1887, en el cual se amplía a cualquier persona (con independencia de su cargo) el derecho de consultar documentos con más de 50 años de antigüedad, así como el establecimiento de una sala de trabajo en el interior del propio edificio. “Art. XVI. *Les documents ayant moins de cinquante ans de date et déposés aux Archives nationales par les administrations ne peuvent être communiqués au public que sur l’autorisation des ministres qui ont fait le versement (...)* Art. XIX *La salle de travail est ouverte aux personnes autorisées par le garde général tous les jours non fériés, de dix heures du matin à cinq heures du soir*” (‘Décret du 14 mai et arrêté du 16 mai 1887, relatifs à l’organisation des Archives nationales’, en *Bibliothèque de l’École des chartes*. 1887: 338-339).

estuvieron motivados por criterios historiográficos sino por criterios estrictamente políticos, y más en particular por las necesidades y las urgencias del ámbito administrativo.

En su origen, la creación de la red archivística estuvo determinada por necesidades administrativas, de modo que no fue sino algunos años después (veremos cuándo), con la implantación de gobiernos proclives al uso y el fomento de un modo de entender la Historia, cuando esa primera infraestructura comienza a constituirse en una verdadera cantera de trabajo para los historiadores profesionales, especialmente para los de la segunda mitad del siglo XIX.

2.1. - La irrupción de un archivo ‘violento’: los Archivos Nacionales

Si tuviéramos que elegir entre las diversas medidas que más han contribuido al desarrollo de la red archivística lo más probable es que centráramos nuestra atención en la ley del 7 de Messidor del año II. Esta ley constituye el principal procedimiento a partir del cual se han desarrollado los Archivos Nacionales. No obstante, antes que ella existieron otras medidas encaminadas a preparar su camino. La más antigua, por ejemplo, se remonta a los inicios de la Revolución francesa, concretamente al 29 de julio de 1789, momento éste en el que la Asamblea Constituyente construye un archivo en el que tuvieran cabida los principales papeles de las sesiones y las actividades de la Asamblea¹⁷⁷. Este primer momento, sin embargo, no supone todavía una medida importante; es más, ni siquiera constituye una ley propiamente dicha, pero al menos sienta las bases para conservar lo que después será el núcleo fundamental de los Archivos nacionales.

Para verlo de manera más clara hay que tener en cuenta la ley del 7 de septiembre de 1790. Es ella la que establece la creación de los *Archives Nationales*, de manera que la disposición anterior no era sino un prelude que se centraba solamente en el cuidado de las memorias asamblearias, dejando de lado los viejos depósitos ministeriales y eclesiásticos.

Con esta nueva ley, sin embargo, se decreta algo de mayor alcance archivístico. No un depósito más entre otros sino el principio mismo de que los actos que (se) constituyen (por) la Na-

¹⁷⁷“Chapitre VIII. 1° Il sera fait choix, pour servir durant le cours de la présente session, d’un lieu sûr pour le dépôt de toutes les pièces originales relatives aux opérations de l’assemblée (...) 2° Toute pièce originale qui sera remise à l’assemblée sera d’abord copiée par l’un des commis du bureau, et la copie collationnée par un des secrétaires (...) L’original sera, aussitôt après, déposé aux archives et enregistré sur un registre destiné à cet effet” (‘Règlement à l’usage de l’assemblée nationale. 29 juillet 1789’, en Administration du journal des notaires, 1834a: 10).

ción¹⁷⁸ formen parte de un depósito único llamado *Archives Nationales*¹⁷⁹, lo que significa que la primera definición establecida sobre los mismos se corresponde con los papeles y las memorias estrictamente revolucionarias, cosa sin embargo que no tardará en ampliarse a tenor de los problemas suscitados por la leyes de nacionalización de bienes.

En efecto, a medida que aparecieron las masas de objetos y papeles procedentes de las viejas instituciones los Archivos nacionales fueron ampliando su dominio de bienes. A este respecto, conviene recordar, como indica M. Duchein (1979: 12), la declaración adoptada el 12 de Brumario del año II (2 de noviembre de 1793), en la cual se decide la integración de los depósitos situados bajo la municipalidad de París en el interior de los Archives Nationales, así como la de los depósitos de la *Maison du Roi* y otras instituciones tradicionales¹⁸⁰.

A partir de ahora el desarrollo de los Archivos nacionales estará marcado por esta necesidad de ampliar y conservar los fondos. Para ello se dispondrán nuevas y diversas secciones, así como una ampliación de los fondos existentes, pero sin que toda esta unificación administrativa signifique *por el momento* una concentración real de los fondos dispersos (Duchein, 1979: 13).

Bien es cierto que dichos problemas no restan importancia al desarrollo de la ley, pero al menos sí ayudan a evaluar la importancia de la misma en relación al desarrollo de los acontecimientos posteriores. Lo esencial de esta ley, lo que con toda evidencia constituye la parte más importante, no es tanto la concentración real de los archivos, que todavía es limitada, sino el hecho de haber formulado, de manera explícita, la existencia de un solo depósito donde viniese a tomar cuerpo la memoria de la Nación, reservando sin embargo un lugar privilegiado a los papeles de las sesiones y las asambleas revolucionarias.

Ahora bien, a pesar de su importancia, esta ley no bastaba para solucionar el contingente de problemas suscitados por las leyes nacionalizadoras. A la suma de bienes y papeles confiscados a la clase aristocrática, se sumaban los objetos y los títulos procedentes de las viejas corporacio-

¹⁷⁸ El artículo I de dicha ley identifica en un primer momento los archivos nacionales con los archivos relativos a la actividad revolucionaria. “*Les Archives Nationales sont le dépôt de tous les actes qui établissent la constitution du royaume, son droit public, ses lois et sa distribution en départemens*” (‘Décret relatif aux archives nationales. 7 septembre 1790’, en *Administration du journal des notaires*. 1834a: 279).

¹⁷⁹ “Art. 2. Tous les actes mentionnés dans l'article précédent seront réunis dans un dépôt unique, sous la garde de l'archiviste national” (*ibidem*).

¹⁸⁰ “Art. 1. Les différens dépôts dont la réunion a été ordonné par l'article 1 du decret du 7 août 1790, et le dépôt dit de la maison du Roi, dont était dépositaire le citoyen Léchevin, seront réunis et formeront deux dépôts ou sections des archives nationales, sous les ordres, et la surveillance immédiate de l'archiviste de la République” (‘Déclaration qui divise en deux sections les dépôts nationaux dont la réunion a été ordonné par décret des 7 août et 20 février 1793’, en Duvergier, 1834a: 271).

nes, con lo cual la gravedad del problema no hacía sino aumentar. ¿Qué hacer pues con toda esa masa creciente de objetos y papeles? ¿Cómo regular su existencia de acuerdo a las exigencias de los nuevos tiempos? ¿A través de qué medidas, qué leyes?

Para responder a estas preguntas la Convención puso en marcha un complejo dispositivo de medidas, algunas de las cuales han sido señaladas en páginas anteriores. La ley del 7 de Messidor no es más que una medida entre otras, si bien es cierto que constituye un aspecto esencial en lo que se refiere a la organización y el fundamento legal de la archivística francesa¹⁸¹.

En lo sucesivo realizaremos un análisis detenido de la ley, a sabiendas de que semejante decreto inaugura un gran número de detalles que las leyes anteriores no acertaron siquiera a vislumbrar. Al analizar pues estos detalles, al precisar cuáles fueron las precisiones que vehiculaban la selección de títulos, veremos también los rasgos que caracterizaban la política de la memoria establecida por la Revolución francesa. La ley del 7 de Messidor constituye un magnífico ejemplo a este respecto.

2.1.1. - La ley del 7 de Messidor del año II

Una de las mejores formas de introducir este epígrafe es planteando la cuestión acerca del surgimiento de la ley. En efecto, ¿cómo y cuándo surge la ley del 7 de Messidor? ¿En qué contexto específico del proceso revolucionario?

Lo primero que tal vez merezca la pena señalar es que la ley del 7 de Messidor no se produce en un momento anodino. Al contrario, se trata de una ley fuertemente contextualizada, cuyas disposiciones básicas en forma de artículos parecen enmarcarse a la perfección en la dinámica legislativa establecida por la Convención y su lucha contra los vestigios del Antiguo Régimen.

Para verlo basta con recordar algunas notas referentes al contexto de su aparición. El 7 de messidor del año II se corresponde con el 25 de Junio de 1794, es decir con lo que habitualmente se denomina, en términos históricos, el periodo del *Terror*. Es ahí donde debe situarse la emergencia de esta nueva ley. Solo si tenemos en cuenta esta tesitura podremos comprender también

¹⁸¹ Decimos esencial porque además de su relevancia en términos organizativos, esta ley, decretada el 25 de junio de 1794, prolonga su vigencia hasta el 3 de enero de 1979, fecha en la cual el país se dota de otra ley para el cuidado y la organización de sus archivos. Es decir, en total casi doscientos años de vigencia institucional, lo que la sitúa en una buena posición para el estudio y la pertinencia de su análisis, de igual modo que la ley del 5 de Brumario del año V.

el porqué de ciertas disposiciones relacionadas con la organización y la destrucción *programada* de títulos.

El periodo del Terror no es un periodo más entre otros: en él se instaura un amplio y variado conjunto de medidas institucionales, algunas de las cuales -no todas¹⁸²- muestran un sesgo decididamente violento y restrictivo¹⁸³.

El ejemplo más claro lo vemos en la creación del *Comité de salut publique*¹⁸⁴, un órgano que puso en marcha la ley del 22 de prairal (el 10 de Junio de 1794), que legalizaba el terror y comportaba la suspensión sistemática de cualquier garantía para los acusados de actividades contrarrevolucionarias¹⁸⁵, produciéndose así un aumento inusitado del número de condenas y la sensa-

¹⁸² En ese periodo, que va de 1792 a 1794 aproximadamente, también pueden advertirse un nutrido conjunto de medidas progresistas, como por ejemplo la abolición de la esclavitud (decreto del 29 de agosto de 1793), los derechos de los niños nacidos fuera del matrimonio (decreto del 2 de noviembre de 1793), la obligatoriedad del tuteo (decreto del 8 de noviembre de 1793, revocado posteriormente tras la reacción thermidoriana), el reparto igualitario de las herencias que suprime los privilegios de los primogénitos (decreto del 5 de junio 1793), la creación del calendario republicano (decreto del 5 de octubre de 1793), el reparto de los bienes comunales (decreto del 10 junio de 1793, nunca realizado debido a la oposición de los ayuntamientos) o el censo de los indigentes que percibirían ayudas de los bienes confiscados.

¹⁸³ Entre estas últimas, valga la pena recordar aquí, brevemente, la supresión de las congregaciones eclesiásticas, seculares, colegios y cofradías (decreto del 18 de agosto de 1792), la supresión de las universidades (decreto del 15 de septiembre de 1793), la supresión de las academias (decreto del 8 de agosto de 1793), o bien todo el conjunto de medidas destinadas a reprimir o a disuadir las actividades contrarrevolucionarias, tales como la creación de órganos ejecutivos (Comité de Salvación Pública) o ley del 22 de prairal del año II (10 de Junio de 1794), que suspende las garantías constitucionales para todos aquellos sospechosos de actividades y complotos contrarrevolucionarios.

¹⁸⁴ El *Comité de Salut Publique* (Comité de Salvación Pública) es un órgano creado por la Convención para hacer frente a los peligros suscitados por las potencias enemigas y los enemigos internos de la Revolución. Este órgano, que se constituyó originalmente para este tipo de cometidos, poco a poco fue adquiriendo un mayor protagonismo, al punto de constituirse en diciembre de 1793 en el principal valedor en materia ejecutiva del proceso revolucionario, al menos hasta el verano de 1794, fecha en la que se produce la reacción thermidoriana (el 9 de Thermidor o 27 de julio de 1794) y se pone fin al gobierno establecido por el Comité. En ese momento la Convención retomó el poder ejecutivo y decidió renovar la composición interna del Comité de Salvación Pública, siendo guillotinado algunos de sus miembros notables, como Robespierre, Saint-Just y Couthon (este último precursor de la ley del 22 de prairal).

¹⁸⁵ Dicha ley señala muy claro quién debe ser considerado un enemigo contrarrevolucionario: “Art. 6. *Son réputés ennemis du peuple ceux qui auront provoqué le rétablissement de la royauté, ou cherché à avilir ou à dissoudre la Convention nationale et le gouvernement révolutionnaire et républicain dont elle est le centre (...)*”. Posteriormente también señala la pena: “Art. 7. *La peine portée contre tous les délits dont la connaissance appartient au tribunal révolutionnaire, est la mort*”. Y finalmente se especifican las medidas de excepción jurídica que deben aplicarse a los condenados. En este punto merece la pena señalar el hecho de que simples presunciones morales o verbales pueden servir para pronunciar veredictos jurídicos: “Art. 8. *La preuve nécessaire pour condamner les ennemis du peuple est toute espèce de documents, soit matérielle, soit morale, soit verbale, soit écrite, qui peut obtenir l’assentiment de tout esprit juste et raisonnable (...)*”. Por último, también se dispone la posibilidad de prescindir del interrogatorio o de las audiciones facultativas de los testigos, si estos últimos no se estiman necesarios: “Art. 12. *L’accusé sera interrogé à l’audience et en public: la formalité de l’interrogatoire secret que précède est supprimé comme superflue (...)* Art. 13. *S’il existe des preuves, soit matérielles, soit morales, indépendamment de la preuve testimoniale, il ne sera point entendu de témoins (...)*”. (‘Décret concernant le tribunal révolutionnaire. 22 prairal an II, en Duvergier, 1834b: 192).

ción generalizada de que tanto el terror como la sospecha podían recaer sobre personas no directamente involucradas en actividades contrarrevolucionarias.

Es aquí, en este periodo específico, donde surge la ley del 7 de Messidor, esto es, apenas 15 días después (25 de Junio de 1794) del 22 de prairal del año II, lo que significa que nace en pleno auge del proceso revolucionario (Santoni, 1990: 207), y no precisamente por casualidad. Tanto más porque, en última instancia, es fácil establecer un paralelismo entre el Terror – simbolizado por la ley del 22 de prairal- y el decreto del 7 de Messidor. Ambos estiman como necesario el recurso a la violencia (o a la *destrucción* de los papeles) con el objetivo de asegurar la constitución del nuevo régimen. Lo que sucede es que mientras uno se remite al plano estrictamente represivo, ya sea sobre los cuerpos de los acusados (22 de prairal), ya sea sobre los cuerpos institucionales¹⁸⁶, el otro se aplica al círculo archivístico. Pero ambos, se insertan en un mismo movimiento de conjunto, destinado a conjurar el pasado en lo que este último tiene de peligroso para el presente¹⁸⁷.

Así, aunque falten todavía algunas precisiones, puede indicarse sin embargo una clara relación de paralelismo entre ambos, máxime si tenemos en cuenta algunas disposiciones (veremos cuáles) contenidas en la ley del 7 de Messidor.

En efecto, si el objeto de esta ley es la imposición de una política archivística centrada en la selección y la destrucción calculada (interesada) de títulos, ¿cómo no ver en ella un planteamiento con tintes revolucionarios? ¿Cómo no ver que tales disposiciones, perfectamente estatuidas para asegurar la destrucción *programada* de títulos, constituyen la réplica exacta, en el plano archivístico, de la violencia decretada en el plano social y político?

Obviamente parece que la sintonía está fuera de toda duda. Sin embargo, ello no excluye otros elementos cuya relevancia excede el marco estrictamente revolucionario. Entendámonos: la ley del 7 de Messidor no es una ley de corto recorrido; antes al contrario, se trata de una medida

¹⁸⁶ En este punto nos referimos a todas las leyes orientadas a suprimir las instituciones tradicionales del Antiguo Régimen (congregaciones, cofradías, universidades, academias, colegios, etc.).

¹⁸⁷ Nótese aquí que no se trata de una simple negación del pasado, sino de una negación de lo que en este último hay de peligroso, en cuanto portador de una alteridad con respecto a los valores hegemónicos del presente. Dicho de otra manera, y sin entrar todavía en demasiadas aclaraciones (lo haremos en otro momento), el objetivo de la ley del 7 de Messidor es anular en cierto sentido la historicidad. Se trata de plantear una serie de criterios (veremos cuáles) en virtud de los cuales se seleccionan determinados tipos de papeles en detrimento de otros. Al hacerlo así, se plantea una política de la memoria supeditada a los valores y las instituciones del presente, en la que los materiales procedentes del pasado o bien se destruyen (p. ej. los restos de la feudalidad, de los privilegios, etc.) o bien son considerados como *precursores* de la gloriosa actividad (p. ej. la construcción nacional) del presente. Más información en Poulot (2009: 74-75).

cuyos efectos se han hecho sentir durante casi dos siglos de duración, lo que la sitúa por derecho propio en un lugar privilegiado para el análisis sobre las condiciones de producción de la investigación historiográfica. De ahí nuestro énfasis especial al respecto.

Ahora bien, ¿cuáles son esos efectos? ¿Cuáles son los aspectos generales que conforman el ámbito de transformaciones alentado por la ley?

Algunos de ellos ya se han sugerido en las páginas anteriores. En lo sucesivo trataremos de recapitular estos últimos a fin de plantear después, con mayor profundidad, las cuestiones relativas a la política archivística decretada por los *Archives Nationales*, especialmente en lo que se refiere a la selección de documentos. Dicho esto pasemos a resumir cuáles son esos aspectos generales señalados.

1/ En primer lugar, la *centralización* de los archivos de la Nación, los cuales se identifican en un primer momento con los papeles de las asambleas y los comités revolucionarios, ampliándose después a otros documentos suscitados por las medidas nacionalizadoras.

Ahora bien, lo importante en este caso no es señalar el principio de centralización archivística, cosa que ya se reflejaba en la ley de 1790, sino subrayar el hecho de que, por primera vez en Francia, este principio se amplía a los viejos depósitos ministeriales, lo que sin duda constituye un aspecto fundamental dado que se trasciende la noción prerrevolucionaria de *Archives d'État* (archivos ministeriales) y se abre la puerta al desarrollo de una red en la que *confluyen* un mayor número de archivos.

Este primer aspecto queda perfectamente claro en los artículos I y III, respectivamente¹⁸⁸, según los cuales el desarrollo y la constitución interna de un depósito central (único para toda la República) debe realizarse *al margen de particulares y parentelas*, únicamente bajo las directrices del cuerpo legislativo (representante legítimo de la Nación y por tanto, del control de sus propiedades) y la inspección directa del Comité de los archivos.

¹⁸⁸ La idea de un centro común al cual retornasen, como si de una esencia originaria se tratase, la totalidad de los depósitos queda reflejada en los artículos primero y tercero. En ellos se puede observar la disolución jurídica del concepto de *Archives d'État*, así como la sustitución de esto por algo totalmente nuevo, ajeno a la práctica archivística que había dominado el periodo anterior. Surge así lo que, comúnmente, llamamos los archivos de la Nación. Véanse a este respecto los artículos I y III. Dicen así: “Art. I. *Les archives établies auprès de la représentation nationale sont un dépôt central pour toute la République* (...). Y de manera más clara y precisa, estableciendo qué órganos deben encargarse de su gestión, el artículo III. “Art. III. *Tous dépôts publics de titres ressortissent aux archives nationales comme à leur centre commun, et sont mis sous la surveillance du corps législatif et sous l'inspection du Comité des Archives*” (‘Décret concernant l’organisation des archives établies auprès de la représentation nationale. 7 messidor an II’, en *Administration du journal des notaires*, 1835a: 291). Ver Anexo 3

2/ En segundo lugar, esta ley se caracteriza por el establecimiento de la *publicidad* de los archivos¹⁸⁹. Dicha medida, tal vez la más celebrada, ha de situarse en clara oposición al secretismo (inaccesibilidad) que caracterizaba los depósitos prerrevolucionarios. A partir de ahora el acceso y la consulta de los archivos será una cuestión que atañe al derecho constitucional. Todo ciudadano tendrá pues la posibilidad de efectuar una consulta en cualquiera de los archivos de la Nación, siempre y cuando lo realice en los plazos y las formas prescritas por la ley. Sin embargo, en la práctica, el viejo secretismo de los archivos continuó instituyendo buena parte de las normas internas de los *Archives Nationales*. ¿Por qué?

Para responder a esta pregunta basta con recordar el carácter que definía originalmente el proyecto. En efecto, en su origen los Archivos Nacionales no estaban modelados por una finalidad cultural o historiográfica; es más, estas últimas apenas eran concebibles por los legisladores revolucionarios, quienes entendían este proyecto más como una réplica exacta, en términos archivísticos, del artículo XV de la *Déclaration* (1789) que como una apertura de los depósitos a la investigación histórica.

En ese sentido la publicidad de los archivos debía ser entendida en su justa medida. No se trata de una disposición pensada para mejorar las condiciones que hacen posible el trabajo intelectual, sino de una medida con fuertes connotaciones políticas y administrativas (Hildesheimer en Amalvi, 2005: 84).

Políticas, porque como bien señala F. Hildesheimer, el legislador revolucionario pretendía sustituir el secreto de los depósitos tradicionales por la apertura democrática de los mismos. Y *administrativas*, porque esta medida suponía en la práctica la posibilidad de consultar rápida y concertadamente los títulos domaniales, cosa muy habitual en la época.

¹⁸⁹ Véase a este respecto el artículo 37, Dice así: “Art. XXXVII: *Tout citoyen pourra demander dans tous les dépôts, aux jours et aux heures qui seront fixés, communication des pièces qu’ils renferment: elle leur sera donnée sans frais et sans déplacement, et avec les précautions convenables de surveillance. Les expéditions ou extraits qui en seront demandés, seront délivrés à raison de quinze sous de rôle*”. (‘Décret concernant l’organisation des archives établies auprès de la représentation nationale. 7 messidor an II’, en *Administration du journal des notaires*, 1835a: 294).

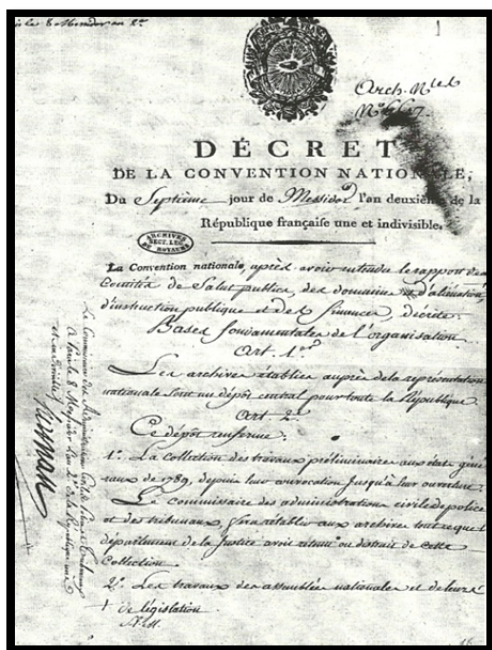


Ilustración 2. Original de la Ley del 7 de Messidor del año II

Prueba de esto son los datos aportados por Lucie Favier sobre las comunicaciones existentes en los Archivos nacionales en 1850. Más de la mitad de todas ellas estaban destinadas a satisfacer demandas administrativas o domaniales. El resto, apenas un tercio de las demandas, se integraban en lo que hoy en día llamaríamos comunicaciones 'históricas'. Así, por ejemplo, de un total de 756 artículos comunicados en la sede del palacio de Assy solo 170 versaban sobre temas administrativos, es decir temas que atañen a la comunicación de documentos entre ministerios y administraciones diversas. Otros artículos, 360 para ser exactos, estaban dirigidos a satisfacer las demandas de particulares en procesos o litigios legales con la administración. Y por último, solo 226 artículos fueron

comunicados por motivos que se referían a la investigación histórica (Favier, 2004: 136).

Con todo es posible decir que la publicidad de los archivos constituye una medida revolucionaria. Con ella se rompe uno de los cercos que había caracterizado el uso y la conservación de los documentos por parte del poder político y religioso. Hasta ese momento, recordémoslo, la conservación de los archivos siempre estuvo vinculada al ejercicio del poder; de hecho, este último disponía de sus archivos como de un medio o un instrumento con el cual se administraba y legitimaba su poder. Por tanto, cualquier tentativa de acceder a ellos debía restringirse a un grupo privilegiado de personas, ya fuesen los custodios o bien personas dotadas de un permiso especial otorgado por el Rey o la autoridad suprema (Ducheyn, 1983: 2).

La ley del 7 de Messidor modifica en principio esta situación, si bien es cierto que de una manera limitada. Se pasa de una concepción basada en el acceso restringido a los archivos a otra en la que el acceso y la utilización de los mismos se contemplan como un derecho y no como un privilegio. El problema, como decíamos antes, es que semejante publicidad no tuvo una concreción inmediata en la práctica, especialmente durante la primera mitad del siglo XIX.

Así, en lo que se refiere a los *Archives Nationales*, se perciben algunas deficiencias respecto a la propia consulta documental. Hasta 1845, por ejemplo, no se construye una sala de lectura

destinada a acoger a los visitantes; obviamente, existían los diversos procedimientos de consulta, pero no las salas de consulta, como tampoco existían las copias compulsadas o cualquier medida orientada a satisfacer las demandas de una eventual investigación historiográfica (Favier, 2004: 106-134).

Todos ellos, como es lógico, son ejemplos que no niegan el cambio que se ha producido con el 7 de Messidor, pero sí limitan sus efectos en la realidad, así como la idea de que la publicidad de los archivos, tal y como nosotros la entendemos, esto es, como una apertura destinada a favorecer la investigación intelectual, no era el objetivo primordial establecido por la legislación revolucionaria.

3/ Y por último, en clara conexión con las ideas anteriores, esta ley supone el fundamento legislativo para la *red archivística nacional*. De la combinación de los principios anteriores (centralización y publicidad de los archivos), surge algo que no tenía parangón en la historia de la archivística moderna. Sin embargo, el resultado no es (o no es solo) un archivo o un depósito central, basado en el servicio a la memoria de la nación, sino un principio que altera por entero las formas tradicionales de circulación y sociabilidad documental; en otras palabras, lo que tenemos ante nosotros, por así decirlo, es una *nueva economía de la circulación* de los bienes patrimoniales, fundada sobre equipamientos nuevos que se reparten a lo largo de toda la geografía administrativa del país.

Bien es cierto que esta ley no crea exactamente la red, pero sí las condiciones jurídicas (centralización, publicidad) que hacen posible su posterior desarrollo. En ese sentido merece la pena recordar ahora, aunque sea de manera alusiva, el papel desempeñado por la ley del 5 de Brumario en este ámbito. Con ella se prolonga un camino que ya se había iniciado con la ley del 7 de Messidor, si bien es cierto que ahora se plantea de una manera extensiva, a lo largo y ancho de toda la geografía francesa.

En efecto, el objetivo inicial de la ley del 5 de Brumario del año V (26 de octubre de 1796) es apenas similar al que informa el decreto del 7 de Messidor¹⁹⁰. Se trata de recolectar y clasificar el conjunto de papeles procedentes de las administraciones suprimidas por la Revolución

¹⁹⁰ De hecho, el artículo III nos muestra una clara intención de constituer también un sistema de clasificación y eliminación de piezas procedentes de los archivos locales. Dice así: “*Le Directoire exécutif fera procéder immédiatement au triage des dépôts existant dans les départements réunis, à l’effet de recueillir des renseignements sur la consistance des domaines nationaux (...)*”. (‘Loi qui ordonne la réunion dans les chefs-lieux de département, de tous les titres et papiers acquis à la République’ (II, Bulletin, LXXXV, n° 810, en Administration du journal des notaires, 1835c: 238).

francesa. La diferencia es que mientras una lo hace sobre la base de instituciones afincadas en la región parisina, vinculadas en su mayor parte a la Corte (*Trésor des chartes*, *Archives d'État*, *Parlement*, etc.) o a las grandes instituciones eclesiásticas (abadías de *St. Germain-des-Près*, *St. Chapelle de Paris*, *St. Denis*, etc.) y seculares (corporaciones, universidades, etc.), la otra lo hace en el resto de los departamentos administrativos, centrándose en las instituciones *locales* (obispos, abadías, antiguas intendencias, bailías, senescalías, cámaras de cuentas) que habían sido suprimidas o sustituidas por las nuevas instituciones revolucionarias.



Ilustración 3. Sala del Trésor des chartes en los Archivos Nacionales de París.

No obstante, en ambos casos se persigue un mismo e idéntico objetivo: satisfacer las necesidades corrientes de la nueva maquinaria administrativa (Bergés en Amalvi et al, 2005: 98), ya fuese a través de la búsqueda de títulos de propiedad o bien facilitando los docu-

mentos que tuviesen utilidad para las nuevas administraciones revolucionarias¹⁹¹, lo que sin embargo no está exento de sendas operaciones destinadas a destruir aquellas piezas que justificasen los privilegios y las prerrogativas feudales del pasado, al igual que ocurría con la ley del 7 de Messidor¹⁹².

¹⁹¹ En su origen, los documentos son creados con la finalidad de constatar el conjunto de actos producidos por una institución. Así, durante la tramitación de los asuntos realizados, las oficinas producen y reciben documentos mediante los cuales se permite obtener los datos necesarios (una orden, una partida presupuestaria, la ejecución de un pago, la emisión de un recibo como comprobante, la decisión de una instancia superior, etc.) para el desarrollo de sus respectivas actividades. En ese sentido, el documento posee un valor informativo al tiempo que probatorio, en el sentido de que permite constatar a instancias legales –y por tanto, ante instancias jurídicas– el mandato o el conjunto de actos que en él se manifiestan. Dicho de otro modo, sea cual fuere la solemnidad o la banalidad de su información, el hecho es que “los documentos se elaboran (inicialmente) para la gestión administrativa y no con una finalidad histórica”, lo que no impide que “con el tiempo algunos adquieran esa categoría”, pero solo, añadimos nosotros, *a posteriori*, como efecto de una mirada (intelectual, teórica) que otorga necesidad en virtud de los intereses del presente desde el cual se realiza la reconstrucción. Para una vista clara y concisa de los archivos, véase Albert y Cruz (1999: 14-15).

¹⁹² En efecto, la pretensión inicial de los *Archives departamentales* no viene motivada por criterios intelectuales. En ese sentido nada le diferencia respecto al objetivo inicial de los Archivos Nacionales; desde su origen, el objetivo pasa por la colecta y la clasificación de la masa de fondos (civiles y eclesiásticos) de las instituciones locales, ya fuese para eliminarlos o bien para buscarles una utilidad acorde a las nuevas exigencias administrativas. Excluidos de tales colectas quedan sin embargo los tesoros de la historia literaria y artística francesa, los cuales se transfirieron a los fondos de las futuras bibliotecas municipales. Más información en Bergés (en Amalvi et al, 2005: 98-99).

Sea como fuere, una cosa resulta clara: todas estas medidas configuran la imagen de una red nacional de circulación de documentos, extensible al país entero y susceptible de generar otro tipo de sociabilidad (más accesible, más dinámica) con respecto al uso y la comunicación de los fondos. Con el tiempo esta red irá asumiendo un mayor conjunto de prestaciones y finalidades internas, hasta el punto de constituir en apenas pocas décadas una de las principales infraestructuras en materia de investigación histórica y cultural de Francia.

Llegados a este punto parece lógico recordar ahora la cuestión que habíamos planteado sobre la política archivística. En efecto, si el objeto de los *Archives Nationales* era la conservación de los documentos producidos por la acción administrativa de las asambleas revolucionarias, entonces, ¿por qué conservar también la masa de títulos y papeles procedentes del pasado? En otras palabras, ¿qué relación se instaura entre los fondos que son resultado de la acción administrativa de las instituciones suprimidas y los fondos procedentes del proceso revolucionario? ¿Cuáles son las disposiciones que la ley del 7 de Messidor instaura para regular el funcionamiento y/o la eventual eliminación de las mismas?

2.1.2. - *La selección y la destrucción de títulos*

La mejor pista para iniciar este epígrafe consiste en señalar la paradoja sobre la cual se constituye la ley del 7 de Messidor. Ya hemos dicho antes que semejante ley no surge en un contexto anodino; al contrario, se trata de una ley que se remonta a la etapa más violenta del periodo revolucionario, con lo cual su transcripción inmediata, en términos archivísticos, no puede ser otra más que la eliminación de aquellos documentos que legitimasen los privilegios del pasado.

Ahora bien, junto a esta necesidad, más o menos imperiosa, existe otra no menos importante que trata de solucionar el problema relativo a la nacionalización de bienes. Así es, ¿qué hacer con todo ese conjunto de papeles y documentos?

La ley del 7 de Messidor nos ofrece una respuesta ante este conjunto de exigencias. De ahí la complejidad de la misma: desde el comienzo, tuvo que asociar dos aspectos en apariencia contradictorios: los fondos *muertos* del Antiguo Régimen y los archivos *vivos* de las nuevas instituciones revolucionarias, para lo cual fue necesario una política interna orientada a seleccionar aquellos fondos que merecía la pena rescatar de las instituciones anteriores al proceso revolucionario (Hildesheimer en Amalvi et al, 2005: 83-84).

En lo sucesivo trataremos de averiguar cómo se ha protocolizado esta selección. Para ello se tendrá que averiguar primero cuáles fueron las categorías básicas sobre las cuales se clasificaron los *Archives Nationales* y quiénes fueron las personas específicas encargadas de idear esta selección.

Empecemos pues por esto último. ¿Quiénes fueron los archivistas que formaron parte de los comités de selección de archivos?

Antes de dar nombres y apellidos conviene tener en cuenta los artículos que atañen a los medios para emprender la selección prescrita. En ese sentido merece la pena destacar los artículos XVI y XVII, respectivamente¹⁹³: en ellos se condensa buena parte de la información que regula las disposiciones humanas para emprender esta tarea. Lo más importante es la voluntad manifiesta por parte del poder político para formar un comité especialmente comisionado a tales efectos, lo que supone una profesionalización explícita por parte de sus miembros integrantes.

El objetivo era explorar los depósitos incautados seleccionando aquellas piezas que manifestasen un interés directo para la administración pública o la instrucción cultural, si bien es cierto que en este último caso, como recuerda el artículo XII, los documentos seleccionados habrían de depositarse en la Biblioteca Nacional (BNF) o las bibliotecas municipales¹⁹⁴.

Considerado en su aspecto humano, este primer comité (*Agence temporaire des titres*) estuvo compuesto por un nutrido grupo de personas, la mayoría de las cuales no profesaba un compromiso claro y sincero con los ideales revolucionarios. Sin embargo, su gran conocimiento en ma-

¹⁹³ En el artículo XVI se especifica el número y los requisitos intelectuales que se requieren para formar parte del comité de selección de documentos. Véase el “Art. XVI. *Pour parvenir au triage prescrit, il sera choisi des citoyens versés dans la connaissance des chartes, des loix et des monumens; leur nombre qui ne pourra excéder celui de neuf, sera déterminé par le comité des archives, dans la proportion qu’exigeront les besoin du service*”. En el siguiente artículo se fija el nombre del comité (*Agence temporaire des titres*) y se señala el control directo del poder político (la Convención) en la aprobación de sus miembros. Véase “Art. XVII. *Ces citoyens seront proposés par le comité des archives, et nommés par la Convention. Leur réunion sera désignée sous le nom d’agence temporaire des titres*”. También en ese sentido, pero de manera más insistente, el “Art. XXI. *Les citoyens qui seront préposés au triage, seront présentés par le comité des archives, et nommés par la Convention, ils seront surveillés, dans chaque district, par l’agent national, et termineront leur travail dans quatre mois ou plus tard, à compter du jour de leur nomination*” (‘Décret concernant l’organisation des archives établies auprès de la représentation nationale. an II’, en *Administration du journal des notaires*, 1835a: 292).

¹⁹⁴ Una vez más se vuelve a poner de manifiesto que las pretensiones culturales o historiográficas no estaban en la base del programa de los *Archives Nationales*. Véase el “Art. XII, *Le comité fera trier dans tous les dépôts de titres, soit domaniaux, soit judiciaires, soit d’administration, comme aussi dans les collections et cabinets de tous ceux dont les biens ont été où seront confisqués, les chartes et manuscrits qui appartiennent à l’histoire, aux sciences et aux arts, ou qui peuvent servir à l’instruction, pour être réunis et déposés, savoir; et les états qui en seront fournis au comité des archives, seront par lui transmis au comité d’instruction publique*” (Ibíd: 203).

teria archivística hacía necesaria su participación en la selección y/o eliminación de títulos (Favier, 2004: 44).

Lucie Favier nos precisa algunos nombres particulares, casi todos ellos relacionados con la práctica archivística del Antiguo Régimen: véase, por ejemplo, a Jean Ambroise Mallet, a François Bouyn, guardian del viejo depósito de la *Maison du Roi*, a Dom Philippe Lieble, bibliotecario de *St. Germain des-Près*, a Marcel Reboul, archivista del colegio *Louis-le-Grand*, a Jean Blondel, procurador del rey en la condestabla, a Pierre Danthonay y Pierre-Jacques Rousseau, etc.

A estos nombres se añadieron otros ayudantes provenientes del mundo eclesiástico, como es el caso de Jean-Baptiste Berger, o del mundo parlamentario e institucional, como Jean Baptiste Ponsard, abogado del parlamento parisino, Joseph Pavillet, archivista del capítulo de *Notre-Dame*, o Pierre-Joseph Fournier, archivista del *Hôtel de Ville*.

Este primer comité tuvo una duración más extensa de lo previsto: en total, casi dos años de duro trabajo, en los cuales se llevaron a cabo numerosas eliminaciones y extensos inventarios de los depósitos que se exploraban. No obstante, esta primera situación no se dilató mucho más en el tiempo; de hecho, su continuidad se prolonga hasta comienzos de 1796, fecha ésta en la que Armand Gaston Camus, antiguo archivista de la República, era reelegido en el cargo tras dos años de cautividad en la guerra contra Austria¹⁹⁵.

Poco más tarde, el 4 de Ventoso del año IV (23 de febrero de 1796), la actividad de la *Agence* quedaba suprimida, siendo reemplazada poco después (el 5 de Floreal o 24 de Abril de 1796) por un organismo cuyas directrices archivísticas estaban sometidas al control directo de A. G. Camus. La razón de esto tiene que ver con las continuas desaveniencias entre Camus y los miembros internos de la *Agence*, especialmente en lo que se refiere a la pretensión de estos últimos de querer constituirse en un depósito autónomo para los documentos históricos (Favier, 2004: 47).

¹⁹⁵ Aunque Armand-Gaston Camus estuviese preso en el momento de decretarse la ley del 7 de Messidor es obvio que dicha ley fue preparada en conformidad con las ideas y las prescripciones de quien fuera guarda de los archivos. De hecho, la preparación misma de la ley fue instigada por Baudin des Ardennes, amigo y colaborador de Camus desde los inicios de la Revolución. En otras palabras, Camus era un personaje importante en la época, especialmente en lo que atañe al universo archivístico y al proyecto de los *Archives Nationales*, en particular. Con su trabajo el desarrollo y la definición de los Archivos nacionales (véase por ejemplo la ley del 12 de septiembre de 1790, de la cual es artífice) fue tomando cuerpo en la realidad de la época. Es especialmente reseñable su esfuerzo por recolectar todas las piezas producidas por la acción administrativa de las asambleas y los comités revolucionarios.

A los ojos de Camus, aquella pretensión resultaba peligrosa, máxime cuando el apego y la adhesión de estos últimos a los valores revolucionarios no era totalmente sincera.

Con todo, el temor estaba razonablemente fundado: al tratarse de una propuesta cerrada, con pretensiones de instituir un archivo autónomo, la Convención corría el riesgo de albergar un depósito potencialmente peligroso, un depósito que tras la máscara y el interés aparentemente intelectual de sus motivos albergara en realidad los títulos y las piezas que legitimaban los privilegios del pasado, las cuales, dicho sea de paso, había que destruir sin mayor dilación, como señalaba el artículo IX de la ley del 7 de Messidor¹⁹⁶.

No obstante, esta nueva organización no supuso una destitución en bloque de los antiguos feudistas que formaban parte de la *Agence*. Al contrario, estos últimos continuaron formando parte de la misma, si bien es cierto que de una manera diferente, más restrictiva por así decirlo, y con tareas claramente diferenciadas, a las cuales se añadían otros nombres (Cheyré, Terrase) designados por el propio Camus. A partir de ese momento el comité recibirá un nombre nuevo: se llamará el *Bureau des triages*, y con él se llevarán a cabo la mayor parte de los inventarios y las selecciones desarrolladas durante el periodo revolucionario.

Ahora bien, dicho esto, se impone otra pregunta importante. Si los archivistas del Antiguo Régimen fueron aquellos que coparon la mayor parte de los puestos encargados de ejecutar las selecciones, entonces, ¿cuáles fueron las categorías básicas que se utilizaron para ello? ¿A partir de qué secciones se repartieron el conjunto de sus trabajos?

Una respuesta inicial vendría a decir lo siguiente: la selección de títulos y documentos administrativos se realiza de acuerdo a los valores establecidos por la Revolución y el nuevo ordenamiento *nacional*; de hecho, la propia ley del 7 de Messidor ofrece una serie de directrices generales en ese sentido: por un lado, conservar aquellos documentos relacionados con el dominio y

rios, así como su interés por salvaguardar parte del patrimonio documental del Antiguo Régimen. Véase Favier (2004: 9-38).

¹⁹⁶ El artículo en cuestión es claro al respecto: “Art. IX. Seront dès-à-présent anéantis: 1.° Les titres purement féodaux. 2.° Ceux qui sont rejetés par un jugement contradictoire, dans la forme prescrite par les décrets; 3.° Ceux qui n’étant relatifs qu’à des domaines déjà recouverts et aliénés, seront reconnus n’être plus d’aucune utilité; 4.° Ceux qui contiennent des domaines définitivement adjugés depuis 1790”. (‘Décret concernant l’organisation des archives établies auprès de la représentation nationale. 7 messidor an II’, en *Administration du journal des notaires*, 1835a: 292).

las propiedades nacionales¹⁹⁷. Y por otro, eliminar cualquier atisbo que viniera a justificar la servidumbre o las prerrogativas feudales (Art. IX).

Hasta aquí todo parece claro. Sin embargo, el enfoque de la pregunta no era exactamente éste, sino la cuestión específica acerca del modo en que fueron repartidos archivísticamente los materiales preparados por la *Agence* y el *Bureau des triages*. En efecto, ¿cuáles fueron esos criterios?

La ley del 7 de Messidor nos precisa algunos de tales criterios, si bien es cierto que, posteriormente, a raíz del sistema de clasificación establecido por Daunou, esta primera repartición se modifica y se complejiza de manera considerable (lo veremos más adelante).

Aun así, lo primero que merece la pena destacar sobre este aspecto es la división básica que establece la ley, según la cual los *Archives Nationales* han de conformarse de acuerdo a dos grandes depósitos: uno de ellos (1), el más relevante, sería aquel que contiene los fondos que proceden de las instituciones nacionales, y el otro (2), el más amplio, estaría formado por aquellos fondos que proceden de las instituciones suprimidas o por efecto de las leyes de nacionalización de bienes.

Para cada uno de ellos existe un tratamiento diferenciado, lo que sin duda nos brinda una pista importante en orden a rastrear la política interpretativa de los primeros legisladores.

1/ Empecemos pues por los archivos nuevos. ¿De qué tipo de materiales se compone este depósito?

El artículo II nos proporciona una información detallada al respecto. No solo dice lo que este depósito encierra sino lo que este último ha de contener en el desarrollo de los años venideros. Véamoslo de cerca: para empezar, este depósito contiene aquellos documentos (memorias, informes, etc.) que atañen al trabajo legislativo de las asambleas y los comités revolucionarios, incluyendo en esta lista, y quizá de manera no accidental, esos otros elementos (p. ej. los sellos de la República, los tipos de moneda, el patrón de pesos y medidas ideado por la academia de las ciencias) que contribuyen a edificar la imagen de un *comienzo instituyente*¹⁹⁸.

¹⁹⁷ “Art. VIII. Le comité des archives fera, sans délai, procéder au triage des titres domaniaux qui peuvent servir au recouvrement des propriétés nationales (...)”

¹⁹⁸ “Art. II. Ce dépôt renferme: 1.º La collection des travaux préliminaires aux états-généraux de 1789, depuis leur convocation jusqu’à leur ouverture; le commissaire des administrations civiles, de police et des tribunaux fera rétablir aux archives tout ce que le département de la justice avait retenu ou distrait de cette collection; 2.º Les

Acto seguido el artículo II especifica los documentos que deberán formar parte del depósito. La ley es bastante clara al respecto: se trata de contener todo aquello que concierne al futuro legislativo de la institución política, pero también de albergar otras piezas que informen sobre las propiedades nacionales en el extranjero o de los tratados con naciones extranjeras, por no hablar de los censos poblacionales o de la deuda y la fortuna pública del país¹⁹⁹.

En principio, este archivo constituye un depósito privilegiado en el conjunto de los *Archives Nationales*. En realidad, se trata, por así decirlo, de su núcleo fundamental: con él la Nación se dota de un depósito específico centrado en la *memoria de su cuerpo legislativo*, lugar donde reside, en última instancia, la soberanía misma del poder, ya fuese a través de la crónica de su advenimiento político (p. ej. los trabajos preliminares a los Estados Generales de 1789) o bien a través de la clasificación de sus episodios y gestas más interesantes, tales como los trabajos de las asambleas nacionales o los informes de los cuerpos electorales.

En ese sentido los títulos que contiene este depósito representan un legado extremadamente importante. No solo constituyen un receptáculo en el sentido ordinario del término, sino que además, desempeñan un carácter eminentemente fundacional (Santoni, 1990: 210), donde las piezas y los objetos contenidos (p. ej. los sellos de la República, los informes de los comités, el trabajo legislativo, los tipos de moneda, los patrones de pesos y medidas, etc.) constituyen algo más que una reliquia destinada al recuerdo o a la salvaguarda de una memoria desprovista de efectos en el presente.

Dicho de otro modo, el depósito que alberga tales fondos no es un depósito que agote sus posibilidades en una función administrativa; en él, o por mediación de él, se desarrollan importantes procesos de legitimación implícitos, dado que la elección misma de su contenido (Art. II) está indisolublemente relacionado con los intereses y las exigencias del nuevo poder político. Es más, este depósito constituye *el* depósito del poder político por antonomasia: pero no solo porque narre la génesis y las peripecias de la Asamblea Nacional sino porque este último, en tanto

travaux des assemblées nationales et de leurs divers comités; 3.º Les procès-verbaux des corps électoraux; 4.º Les sceaux de la République; 5.º Les types des monnaies; 6.º Les étalons des poids et mesures; (...)”.

¹⁹⁹ “Art. II (...) On y déposera: 7.º Les procès-verbaux des assemblées chargées d’élire les membres du corps législatif et ceux du conseil exécutif; 8.º Les traités avec les autres nations; 9.º Les titre général, tant de la fortune que de la dette publique; 10.º Les titre des propriétés nationales situées en pays étranger; 11.º Le résultat computationnel du recensement qui sera fait annuellement des naissances et décès, sans nomenclature, mais avec distinction du nombre d’individus de chaque sexe (...); 12.º D’après ce qui sera réglé par l’article IV ci-dessous, l’état sommaire des titres qui existent dans les divers dépôts de la République, notamment à Versailles dans celui des affaires étrangères, et à Paris dans ceux des divers départemens du ci-devant ministère; 13.º Tout ce que le corps législatif ordonnera d’y déposer. Au corps législatif seul appartient d’ordonner le dépôt aux archives”.

que práctica y producto auspiciado por la propia Asamblea constituye ya en sí mismo un *acontecimiento* de(l) poder, en el sentido de que genera una forma de discurso cuya materia de trabajo (documentos, piezas, sellos, etc.) presupone la intervención directa de una política que dispone y procesa los materiales de acuerdo al derecho y la legalidad que él mismo instaaura en el proceso de su constitución.

En otras palabras, se trata de un depósito privilegiado, un lugar en el que el poder político adopta la forma de un monólogo ininterrumpido y donde las actas en las que este último se contempla constituyen ya, por la ley y la legitimidad que comienza a inscribirse en ellas, el resultado de la propia acción del poder.

2/ En lo que se refiere al archivo de los viejos fondos la cosa resulta más compleja. Ya hemos ofrecido algunas pistas al respecto: se ha dicho, por ejemplo, que tal depósito está formado por unas piezas cuyo origen se remonta al periodo prerrevolucionario. Hasta aquí todo es cierto. No obstante, esta primera indicación no resulta del todo satisfactoria si no es acompañada de otra información sobre los criterios que definen la clasificación original de tales depósitos.

En ese sentido merece la pena recordar los criterios que van a vehicular las primeras operaciones de selección. En su origen, esta repartición estaba bastante clara: se trataba de dividir todo el cúmulo de los fondos pasados de acuerdo a dos grandes depósitos: de un lado, (a) la sección ‘domanial’ o administrativa, cuyo primer centro estaba ubicado en el palacio del Louvre, y de otro, (b) la sección ‘judicial’, repartida provisionalmente en el *Palace de Justice* y la *St. Chapelle*²⁰⁰.

a/ Comencemos por la sección *domanial*. ¿Qué encontramos en su interior? ¿Existe un tratamiento específico para estos títulos?

La respuesta a la primera pregunta es clara: se trata de una sección formada por piezas y documentos del pasado, y en concreto por aquellas piezas que atañen a la propiedad y el funciona-

²⁰⁰ Decimos ‘provisionales’ porque, a raíz de la compra del *palace de Soubise*, en 1808, todas las colecciones, a excepción de la parte judicial, que permanecía en la St. Chapelle, fueron transportadas al nuevo edificio, que se convirtió en la sede oficial de los *Archives Nationales*. Posteriormente, en 1845, esta sede fue ampliada al adquirirse el *Hôtel d’Assy*, lo que permitía una diferenciación clara de las funciones en el espacio: por un lado, el *Palace de Soubise*, lugar en el que se conservaban las colecciones documentales, y por otro, el *Hôtel d’Assy*, centrado en las oficinas y la consulta de los documentos, como atestigua el hecho de la inauguración de la primera sala de lectura oficial de los *Archives Nationales* (24 lectores). Más tarde, en 1862, el *Hôtel de Breteuil* pasó a formar parte de los archivos, permitiendo así un mayor número de espacios dedicados a la conservación y el desarrollo de locales (p.ej. la *École des chartes*) y bibliotecas centradas en la enseñanza de la archivística. La historia de los *Archives*

miento administrativo de las instituciones suprimidas por la Revolución francesa y la nacionalización de bienes.

El objetivo era explorar tales documentos a fin de constituer un depósito *domanial* en el que se pudieran reutilizar los títulos de propiedad de las viejas instituciones (p. ej. títulos inmobiliarios, derechos incorporales no feudales, etc.). En el fondo, se trataba de seleccionar aquellas piezas que pudieran servir al mantenimiento de las propiedades nacionales y las propiedades particulares²⁰¹, supuesto el hecho de que estas últimas no actualizasen los viejos títulos eclesiásticos o feudales. (Art. IX).

En resumen, el tratamiento de los títulos domaniales estaba sometido a una doble alternativa: o bien se conservaban algunos de ellos, a la espera de que pudieran utilizarse en beneficio de la propiedad estatal, o bien se procedía a su destrucción, si esos títulos se juzgaban contradictorios con los decretos establecidos por el poder político²⁰².

b/ De manera paralela se contempla la existencia de una sección dedicada a los títulos *judiciales*. Pero, ¿qué se entiende exactamente por esta expresión?

Una vez más la ley del 7 de Messidor es clara al respecto: son títulos judiciales, dice, aquellas piezas procedentes de las antiguas cortes y las jurisdicciones suprimidas. Estos papeles constituyen un inmenso contingente de archivos documentales, cuya procedencia, en la mayor parte de los casos, responde a orígenes diversos y a legitimidades diferentes, ya fuesen eclesiásticas, señoriales, parlamentarias o consuetudinarias.

Con respecto al tratamiento previsto para estos títulos habría poco que añadir a lo ya dicho en líneas anteriores. De hecho, los artículos XXVI y XXVII son claros al respecto²⁰³. En ellos se

Nationales es una historia marcada por la necesidad de ampliar el número de espacios, tal y como lo atestigua la deriva de la propia institución a lo largo del siglo XX.

²⁰¹ Véase el artículo X de la ley de Messidor. Dice así: “Art. X. Le comité fera procéder également, dans les greffes de tous les tribunaux supprimés, au triage de toutes les pièces qui seront jugées nécessaires au maintien des propriétés nationales et particulières, pour être ensuite, d’après son rapport et celui du comité de législation, statué par la Convention”.

²⁰² Aunque el ejercicio de cifrar las destrucciones sea difícil, L. Favier nos proporciona algunas cifras aproximativas al respecto. A modo de resumen diríamos que la *Agence* y después el *Bureau des triages*, llevó a cabo la destrucción de cerca de 500 toneladas, repartiendo el resto entre las secciones domaniales y judiciales. Más información en Favier (2004: 53-61).

²⁰³ “Art. XXVI. Les pièces relatives à l’ordre judiciaire, et qui sont dans les greffes ou autres dépôts, seront divisées en deux classes, destinées, l’une à être anéantie, et l’autre conservée provisoirement”. Y respecto al modo de llevar a cabo esta selección, véase “Art. XXVII. Les préposés au triage formeront ces deux classes, d’après les principes établis par l’article XI, et désigneront l’une et l’autre par des étiquettes portant respectivement ces mots: anéantir-conserver; ils en adresseront un bref état au comité, conformément à l’article IV, et ils en confieront la

perfila un tratamiento similar al que se consagra para los títulos domaniales. Es decir, se trataba de conservar (o al menos, de hacerlo provisionalmente) aquellas piezas que pudieran contribuir al mantenimiento de la propiedad nacional o las propiedades particulares, sobre todo en lo que respecta a aquellos papeles cuyo valor (jurídico) probatorio estuviera referido a adjudicaciones, cesiones o posesiones no directamente feudales, tales como las herencias, los derechos sobre inmuebles, tierras, etc.²⁰⁴.

Como se ve, esta selección estaba íntimamente relacionada con las exigencias de los títulos domaniales. Lo esencial era conservar aquellas piezas que pudieran servir al afianzamiento del nuevo espacio territorial del Estado, un espacio por lo demás jurídicamente homogéneo en el que la colecta de títulos y papeles probatorios (sobre todo de índole jurídica y/o política) desempeñaba un papel importante en la aceptación del nuevo orden establecido. Por el contrario, aquello que no se amoldaba a los criterios establecidos por los artículos X y XI estaba destinado a la pura y simple destrucción, sin ningún tipo de espera o dilación alguna.

Con todo es posible entender ahora la frase con la cual habíamos encabezado el presente epígrafe. Los *Archives Nationales*, decíamos, eran una institución ‘violenta’, pero su violencia no tenía solo que ver con el hecho de que se eliminasen papeles o títulos feudales, sino con la constitución misma del archivo como mera posibilidad.

Dicho de otra manera, los *Archives Nationales* eran una institución ‘violenta’ porque su constitución misma como (*el*) archivo, esto es, como *depósito central para toda la República*, presenta una génesis política e institucional *violenta*, hecha de apropiaciones forzosas y en contradicción expresa con lo que había sido la práctica habitual de las instituciones del *Antiguo Régimen*, según la cual cada uno debía comportarse, en su *officium* interno, como el propietario exclusivo de los papeles y las piezas documentales relativas al funcionamiento de la institución, siendo impensable cualquier tipo de medida basada en el *derecho* de expropiación y la organización centralizada (estatalizada) del poder²⁰⁵.

garde provisoire aux greffiers des tribunaux, par-tout où la réunion en a été précédemment faite aux greffes. A l'égard des dépôts de ce genre qui se trouveraient séparément établis, ils resteront provisoirement à la garde de ceux qui en sont chargés".

²⁰⁴Véase a este respecto: "Art. XI. *Sont réputés nécessaires au maintien de la propriété, tous jugemens contradictoires, et transactions judiciaires ou homologuées en justice, contenant adjudication, cession, reconnaissance, échange et mise en possession d'héritages fonciers, immeubles réels, droits incorporels non féodaux, et conditions de jouissance improprement appelées servitudes*".

²⁰⁵No obstante, conviene recordar que las primeras medidas orientadas a erradicar la apropiación patrimonial de los documentos se remontan al siglo XVII, concretamente al reinado de Luis XIV y las administraciones de Colbert y Pontchartrain. Ahora bien, tales medidas solo fueron aplicadas en el plano de la administración monárquica,

En ese sentido el desarrollo de un depósito como los *Archives Nationales* constituye un magnífico ejemplo de innovación política. Prueba de ello son las distintas expropiaciones que conforman y dan sentido a este depósito, y de las cuales este último es en gran parte resultado. En su libro *Les Archives Nationales: quinze siècles d'histoire*, el matrimonio Favier nos proporciona un esquema relacionado con el tema: en él se muestran algunas indicaciones acerca de la procedencia de los depósitos que conforman los *Archives Nationales*, sobre todo en lo que se refiere a las piezas y documentos eclesiásticos.

Para entenderlo hay que tener en cuenta la ley de nacionalización de bienes y el consiguiente embargo de los archivos que integraban los establecimientos eclesiásticos y seculares. En París, concretamente, eso mismo significaba la confiscación, en beneficio de los *Archives Nationales*, de tres conjuntos de depósitos:

1/ En primer lugar, de los archivos del *arzobispado* de París y de sus órganos esenciales, como el capítulo y las oficialidades, pero también el de sus anexos como el capítulo de *Saint Honoré* o el de *Saint Germain l'Auxerrois*.

En ellos podemos encontrar un sinfín de informaciones relativas a la hacienda y la vida eclesiástica de París. Véase a este respecto los registros de los distintos ‘capítulos’ arzobispales, en los cuales es posible localizar importantes documentos acerca de la rutina y las grandes deliberaciones de la vida eclesiástica parisina (p. ej. las fiestas con los soberanos, las ordenanzas de las ceremonias, la supervivencia material de los canónigos, etc.), desde el siglo XV hasta la Revolución (Favier et Favier, 1988: 18).

A este respecto pueden señalarse las informaciones recogidas en los registros de las ‘oficialidades’. Gracias a ellas se obtuvo numerosa información acerca de la disciplina eclesiástica de la archidiócesis de París, y en especial información relativa al derecho de los sacramentos, los matrimonios, los testamentos, la rectitud de la fe, etc.

2/ En segundo lugar, de los archivos de los *grandes monasterios* de la región parisina, como por ejemplo la *Sainte Chapelle* de París y de Vincennes, *Saint Denis*, *Sainte Geneviève*, *Saint Germain-des-Prés*, *Saint Victor*, *Saint Maur-des-Fosses*, y un largo etcétera.

dejando de lado al conjunto de instituciones y corporaciones eclesiásticas y seculares de la época. Fruto de tales medidas fue el surgimiento de los depósitos de Estado, algo muy diferente, *en su desarrollo y naturaleza*, a los Archivos Nacionales.

Todas estas abadías constituyen un importante centro de información acerca de la vida de los burgos y las ferias desde los tiempos merovingios. Para entenderlo hay que tener en cuenta la importancia que desempeñaron los monasterios en el desarrollo de la vida mercantil y moral de las poblaciones. En realidad, se trataban de los testigos documentales de las fiestas y las ferias que tuvieron lugar alrededor de los campanarios. Por eso si existe información precisa sobre tales acontecimientos es precisamente gracias a ellos, los cuales supieron transcribir importantes informaciones acerca de la vida cotidiana de los burgos, tales como las cuentas de las ferias, los feudos de los monasterios (*St. Denis, St. Germain-des-Prés*), los títulos de propiedad o los contratos para la explotación de los molinos parisinos, entre otras cosas (*Ibíd*: 19).

Con todo, este conjunto de archivos representa un importante cúmulo de fondos para los *Archives Nationales*. Es más, son ellos los que aportan un campo de documentación privilegiada, ya que los ‘archivos reales’, por llamarlos del algún modo, no contaban con un solo documento que se remontara a épocas anteriores al siglo XII, fecha en la cual Felipe Augusto constituyó el *Trésor des Chartes* tras su derrota en Fréteval ante Ricardo Corazón de León.

El hecho de haber confiscado las abadías amplió el horizonte de archivos hasta límites insospechados, logrando concentrar en un mismo depósito un conjunto extraordinario de fuentes procedentes de la época medieval, tales como los papiros merovingios, los monogramas carolingios, las actas señoriales de la Alta Edad Media, las donaciones entre señores, los vínculos de servidumbre, etc. Todas ellas, además, constituyen fuentes inestimables para el desarrollo de una historiografía centrada en la época medieval y el análisis de las instituciones feudales.

3/ Y por último, también se produjo la confiscación de un tercer conjunto de archivos procedentes de la *Universidad* y de los viejos *Collèges* parisinos, lo que otorgaba a los *Archives Nationales* un conjunto de documentos relativos a la vida de la *rive gauche* parisina, tales como la gestión de las comunidades universitarias, la vida o el trabajo de los estudiantes, etc. (*Ibíd*: 20).

A todo ello se añadía el reagrupamiento de los fondos procedentes de las instituciones locales, que iban desde la corte de justicia del prebostazgo de París, es decir, de la vieja corte de Châtelet, a las piezas y los papeles de las bailías y los prebostes del perímetro parisino, pasando por los registros del ‘Bureau de la ville’ u otras instituciones locales de la región (*Ibidem*).

Tales fondos transmitían un sinnúmero de informaciones acerca de los incidentes y la criminalidad cotidiana de París, es decir de aquello que no era materia de imputación directa por parte del

Parlamento y que no obstante suponía un importante foco de información acerca de la conflictividad diaria de la urbe (pillajes, hurtos, asesinatos, rentas no pagadas, conflictos en el puerto, etc.).

Con todo damos por cerrada la reflexión en torno al 7 de Messidor y los primeros años de la infraestructura archivística, siendo conscientes de que algunas afirmaciones emitidas se centran exclusivamente en los primeros años de los *Archives Nationales*. Ahora bien, queda por plantear cuál será la forma que va a adquirir este archivo en el transcurso del siglo XIX. Es decir, ¿qué ocurrirá cuando se disuelva el *Bureau des triages* (1801) o se implementen las nuevas medidas establecidas en la época del Imperio? ¿De qué manera afectará a la repartición interna de los *Archives Nationales*?

La respuesta a estas cuestiones constituye lo esencial de las páginas siguientes. Para ello trataremos de señalar cuáles fueron las consecuencias directas de la supresión del *Bureau des triages*, así como el papel desempeñado por P. Daunou en la dirección de los archivos.

Viendo tales transformaciones, viendo cuáles fueron los cambios y la nueva distribución de los documentos, podremos calcular entonces cuáles fueron los marcos específicos a partir de los cuales trabajaron los historiadores del siglo XIX, especialmente en lo que respecta a los de su segunda mitad, los cuales ya disponían de procedimientos consultivos y salas de consulta de los archivos. Veamos esto de cerca.

2.1.3. - Pierre Daunou y la consolidación de los *Archives Nationales*

La vida de Pierre-Claude-François Daunou es una vida marcada por los vaivenes de la política y su compromiso con los ideales revolucionarios. Miembro de una familia modesta, Daunou nace el 18 de agosto de 1761 en la localidad nortea de Boulogne-sur-Mer. Allí se dedica desde joven al estudio de la Teología y la Oratoria, lo que le permite convertirse en apenas pocos años en un profesor destacado de diversos establecimientos dedicados a la enseñanza de la Oratoria.

Más tarde, en 1787, Daunou acaba por adherirse al estamento eclesiástico, pero lo hace bajo el influjo de las nuevas ideas revolucionarias y progresistas, lo que supuso su participación como miembro en el *Comité ecclesiastique* instituido por la Asamblea Nacional en 1789. Una vez allí Daunou declaró estar plenamente a favor de la idea de una constitución civil del clero. Ahora

bien, esta participación apenas duró tres años, ya que su elección como miembro de la Convención (1792) hizo que este último abandonase el hábito religioso y se embarcara en una vida de luchas y tensiones revolucionarias.

Algunas de estas tensiones es posible advertirlas en el juicio contra Luis XVI o en su protesta contra el arresto de los Girondinos. En el primer caso Daunou manifestaba sus desavenencias con la Asamblea Nacional, ya que esta última pretendía arrogarse un derecho que no le correspondía a un órgano representativo, como lo era la Asamblea Nacional. Con todo Daunou acabó por votar a favor de la culpabilidad de Luis XVI, pero lo hizo de una manera matizada, dado que manifestó su rechazo ante la pena de muerte y optó preferentemente por otro tipo de penas como la reclusión o la deportación forzosa del rey (Favier, 2004: 70).

En el segundo caso, Daunou se granjeó un alubión de críticas que acabó por traducirse en un año de arresto en las prisiones revolucionarias. ¿La razón? Su rechazo ante la medida planteada por los jacobinos de arrestar a los miembros del partido Girondino. Este rechazo le valió la desconfianza del partido de Robespierre, entonces mayoritario, y el arresto de su persona (junto a la de 73 diputados más) en la prisión de La Force. Allí se mantuvo durante todo el periodo de máxima actividad revolucionaria, del 3 de Octubre de 1793 al 24 de Octubre de 1794, es decir durante todo el periodo de *El Terror*.

Posteriormente se reintegró en la Convención y colaboró en la escritura de las constituciones del año III y del año VIII, esta última bajo el pretexto directo de los nuevos acontecimientos y el control de Napoleón, del cual se distanció algunos años después debido a la deriva despótica de su gobierno y a su oposición respecto al papel desempeñado por los *idéologues* en el *Institut National*.

Entre medias Daunou había obtenido importantes puestos en el marco de las nuevas instituciones revolucionarias, especialmente en aquellas que tenían que ver con la cultura y la administración pública (*Institut National*, miembro del consejo de los *Cinq-Cents*, conservador de la Biblioteca del *Panthéon*, etc.). Todo ello hacía de él un magnífico candidato para el puesto de archivista del Cuerpo Legislativo (o de los *Archives Nationales*, que en este momento viene a ser lo mismo), cargo que llegó algunos años después tras el fallecimiento de A. G. Camus en 1804.

A partir de ese momento la organización interna de los *Archives Nationales* sufrirá una *transformación* importante, dejando de adoptar algunas de las indicaciones anteriores y *optando por un marco de clasificación más complejo y ambicioso* que el de la ley del 7 de Messidor.

Para entender este cambio hay que tener en cuenta las modificaciones internas que fueron tejiéndose en el marco de la institución archivística. Por ejemplo, la supresión en 1801 (el 1 de pluvioso del año IX) del *Bureau des triages*. Este acontecimiento no es importante por sí mismo; lo verdaderamente importante es el hecho de que una vez producida la supresión algunos de sus miembros (Berger, Oeillet-Saint-Victor) entrasen a formar parte de un comité del novedoso, un comité que sin dejar de formar parte de los *Archives Nationales* ampliaba por entero los objetivos (administrativos) y las directrices (judiciales, domaniales) establecidas el 25 de Junio de 1794²⁰⁶.

En efecto, una vez suprimido el *Bureau des triages*, algunos de sus miembros entraron a formar parte de la plantilla de los *Archives Nationales*; ahora bien, lo hicieron creando un comité novedoso, dedicado al estudio y la clasificación de las piezas *históricas*. Es decir, pasarán a formar parte del *Bureau des monuments historiques*, germen de lo que algunos años después (1808) será la sección histórica de los *Archives Nationales* (Favier, 2004: 98).

Dicho esto parece oportuno entrar a señalar cuáles fueron esos cambios sugeridos. Ya hemos hecho alusión a una pista importante: se ha dicho que los *Archives Nationales* pasarán a contener (y clasificar) los documentos históricos; lo que no se ha dicho, sin embargo, es que la clasificación interna de tales documentos, no tendrá lugar sino algunos años más tarde, en concreto el 15 de Agosto de 1811. En ese momento Daunou establece un reparto novedoso de las colecciones, fruto del cual surgirá lo que con posterioridad será la fisonomía general de los *Archives Nationales*²⁰⁷.

²⁰⁶ En ese sentido conviene recordar el artículo XII de la ley del 7 de Messidor. En él podemos observar el destino relegado a aquellos documentos que tuviesen relación con las ciencias, el arte o la historia. Todos ellos, como reza el artículo, deberán reunirse en la Biblioteca Nacional o en los diversos departamentos de cada distrito. En ambos casos, se percibe una voluntad manifiesta de no hacerse cargo de este tipo de documentos, como si el legislador revolucionario no quisiera atribuir una función intelectual o culturalista a los *Archives Nationales*. De ahí la importancia de la creación de un *Bureau des monuments historiques*; con él se inicia una nueva trayectoria en la política interna de los *Archives Nationales*, algo que marcará la historia de esta institución y que sin duda supondrá la creación de un elenco de depósitos (veremos cuáles) con los cuales trabajará el pelotón de historiadores de la segunda mitad del siglo XIX.

²⁰⁷ En efecto, hablamos de fisonomía general porque a pesar de que los *Archives Nationales* albergan cada vez más un mayor número (y una mayor variedad) de documentos, el hecho es que el marco general de clasificación sigue siendo el mismo, si bien es cierto que aumentado y complejizado de manera considerable. No obstante, para

Pues bien, este marco, como decíamos, recibe un nombre específico: se trata del *Tableau systématique des Archives de l'Empire*, y con él se instaura un espacio de clasificaciones que servirá de guía para la búsqueda de documentos por parte de los historiadores del siglo XIX.

2.1.4. - *Le Tableau systématique des Archives de l'Empire*

El *Tableau systématique* no es un marco que surge de la nada. Antes que él existía un sistema de clasificación ideado por A. G. Camus, según el cual los *Archives Nationales* se dividían en cinco grandes secciones:

- En primer lugar, la sección o depósito *legislativo*, en el cual estaban integrados todos los papeles relacionados con la actividad administrativa de las asambleas y los cuerpos legislativos.
- En segundo lugar, el depósito *topográfico*, donde tenían cabida los mapas y los planos que pertenecían a los gabinetes que habían sido incautados por efecto de las leyes de nacionalización²⁰⁸.
- En tercer lugar, un depósito consagrado a los títulos *judiciales*, cuyos documentos versaban sobre aspectos relacionados con el mantenimiento de las propiedades nacionales o particulares.
- En cuarto lugar, el depósito de los títulos *domaniales*, donde se guardaban los documentos relacionados con la propiedad y el funcionamiento administrativo de las instituciones suprimidas por la Revolución francesa.
- Y por último, aunque en clara relación con lo anterior, el depósito o la sección *histórica*, cuya aparición supone un ensanchamiento de las funciones otorgadas a los *Archives Nationales* por la ley de Messidor. Este último, además, surge en 1808, y lo hace por efecto de la reconversión del *Bureau des monuments historiques* en una sección plenamente diferenciada.

un estudio de la archivística en el siglo XIX basta con recordar la fisonomía básica que consagra el primer documento establecido por Daunou.

²⁰⁸ Recordemos a este respecto el artículo XIII de la ley del 7 de Messidor. Dice así: “*Les plans et cartes topographiques, astronomiques ou marines, trouvés dans les dépôts et cabinets dont il a été dans l'article précédent, seront réunis au dépôt général établi à Paris pour la formation des cartes*”.

Ahora bien, ¿qué supone de novedad el aporte de Pierre Daunou? Para responder a esta pregunta es necesario precisar el *Tableau systématique des archives de l'Empire*. Ya hemos indicado una pista importante: se ha dicho que Daunou no crea desde la nada, lo que significa que su cometido no es tanto acabar con el esquema clasificatorio ideado por Camus como de complejizarlo, a fin de que puedan entrar en su interior un conjunto más vasto y variado de documentos, algunos de ellos provenientes de las viejas instituciones del *Ancien Régime* y otros en cambio producto de las selecciones realizadas por el viejo *Bureau des triages*. Pero, ¿cómo?, ¿de qué manera?

En las páginas anteriores hemos señalado que los *Archives* estaban divididos en cinco depósitos, uno de los cuales, el último, había sido añadido posteriormente en 1808. Pues bien, en ese preciso momento Camus había comenzado a idear un sistema de clasificación específico para el depósito *legislativo*. Se trataba de un marco prospectivo, en el cual se tratase de distribuir los materiales presentes (y los que estuvieran por venir) de acuerdo a compartimentos *abstractas*, esto es, no predispuestas sobre la base de las competencias y las funciones de la oficina o la institución productora (Langlois, 1891: 20).

Con ello se conseguía un sistema de clasificación riguroso, al gusto de los archiveros de la época y de las necesidades políticas y administrativas del Estado. Un sistema que si bien aseguraba el hecho de que todos los papeles estuvieran reunidos con los demás documentos referentes al mismo asunto, obviaba en cambio la cuestión relativa a su procedencia, borrando toda huella relacionada con el lugar originario de los documentos y los sistemas de clasificación que mediaron en la producción de tales documentos.

En ese sentido el resultado es un archivo integrado por series y convenciones artificiales, realizadas *a posteriori* y sobre la base de un marco clasificatorio establecido de acuerdo a las exigencias y los intereses del (nuevo) ámbito administrativo²⁰⁹. El problema es que al hacerlo así se mezclaron y fundieron en una misma serie (A, B, C, etc.) diferentes documentos pertenecientes a fondos archivísticos distintos, cada uno de los cuales con sus propios sistemas de clasificación particulares.

Ahora bien, el problema no es solo una falta de respeto por los fondos originarios, el problema es que una operación de estas características puede encubrir el carácter eminentemente *artifi-*

cial (y por tanto, arbitrario) que le asiste a los nuevos documentos, así como de velar los efectos de naturalización simbólica que esta última produce en su relación con los sujetos, máxime cuando ella misma es promovida y organizada por parte de una instancia (el Estado) que está en condiciones de propiciar una mayor disposición a su reconocimiento, y por tanto, al desconocimiento de aquellos mecanismos que hacen posible reconocer como ‘evidentes’ y ‘naturales’ (esto es, como legítimos y no arbitrarios) los productos y las representaciones del Estado.²¹⁰

Pues bien, lejos de rechazar esta clasificación, Daunou no hizo sino continuarla con el resto de secciones documentales, valiéndose para ello del trabajo realizado por el *Bureau des triages*, así como de los fondos procedentes de las instituciones suprimidas y los nuevos ministerios. El resultado fue un lista (*Tableau*) de 24 series repartidas entre las distintas secciones, las cuales también se vieron ampliadas debido a la creación de un depósito centrado en los aspectos administrativos de las viejas instituciones y los nuevos ministerios.

A cada una de tales series, Daunou les asignó las diferentes letras del abecedario, siguiendo en este punto las directrices seguidas por Camus en el interior del depósito legislativo, al cual asignó las cuatro primeras letras (A, B, C, D), hasta llegar posteriormente, con el *Tableau* de Daunou, a la letra Z.

En lo sucesivo trataremos de resumir esquemáticamente cuál fue el aspecto general adoptado por los *Archives Nationales* en el siglo XIX. En principio, lo primero que se puede decir es que plantea una división general en seis secciones distintas, atribuyéndose a cada una de ellas un conjunto de series diferenciadas en base a sus contenidos.

Empecemos pues por la primera:

²⁰⁹ De hecho, ningún caso tal vez como los *Archives Nationales* para percibir mejor la implantación de este tipo de sistema documental. En efecto, fue allí, en Francia, donde esta forma de ordenación encontró su máxima expresión. Más información en Lodolini (1993: 121).

²¹⁰ Dicho de otra manera, la técnica o el sistema de clasificación archivística no solo determina el momento del registro conservador, como dice Derrida, sino la *estructura misma del contenido archivable*, lo que significa que la clasificación propiamente dicha *produce, tanto como registra*, el significado mismo del documento. Esto es así porque la disposición estatuida de los documentos constituye ya siempre y cada vez un acto (re)fundador, en el sentido de que modifica el funcionamiento interno de los archivos, haciendo que lo que antes era un papel o un material ordenado en determinadas circunstancias, ahora, en virtud de las nuevas operaciones clasificatorias, se convierta en un objeto distinto, dispuesto a comprenderse y articularse en función de una serie metódica establecido *a posteriori*, según los intereses y las urgencias del poder político (y hermenéutico) que las conserva. De ahí el hincapié de nuestra crítica: con ella tratamos de mostrar el carácter *artificial* que le asiste a toda clasificación, especialmente en lo que respecta a los *Archives Nationales*, cuyo poder en términos simbólicos hace más difícil desnaturalizar sus clasificaciones estatuidas (sus series) en su función de sentido común. Véase Derrida (1997: 24).

1/ La sección legislativa (A-D): Como ya se ha dicho, esta sección reagrupa aquellos documentos producidos por las instituciones revolucionarias y los cuerpos legislativos. Ahora bien, más allá de esta afirmación inicial, el hecho es que tales materiales se dividían a su vez en cuatro grandes series, de las cuales cada una de ellas contenía también diferentes colecciones. El aspecto general vendría a ser el siguiente:

A Colección de leyes

B Informes de las Asambleas Nacionales

C Piezas anexas a las minutas de los informes de las Asambleas Nacionales

D Papeles de los Comités y de los diputados en misión

2/ La sección administrativa (E-H): Esta sección constituye una novedad con respecto a otras secciones creadas anteriormente, como la sección domanial o la judicial. Aquí estaba contenida toda la información procedente del ámbito y la actividad administrativa. Más concretamente, se componía de 4 series, de las cuales tres de ellas (E, G, H) estuvieron compuestas de fondos o, mejor dicho, de selecciones y desmembramientos de fondos, procedentes de las distintas secciones (*Maison royale*, *Conseil du Roi*, *Conseil de Lorraine*, etc.) del ámbito o la maquinaria administrativa de la monarquía. Por su parte, la sección F se componía de los papeles procedentes de los nuevos ministerios surgidos en el periodo revolucionario.

Su aspecto en términos generales era más o menos éste, si bien es cierto que tales series fueron dividiéndose a su vez en series o subseries más pequeñas relacionadas con aspectos concretos de información, como la subserie H2, que se compone de aquellos documentos conseguidos tras el desmembramiento de los archivos de la antigua municipalidad de París (Favier, 2004: 167).

E Administración general, Gobierno, *Maison Royale*.

F Ministerios

G Administraciones generales

H Administraciones locales

3/ La sección histórica (K-M): Esta sección se compone de los papeles propiamente ‘históricos’, la mayoría de los cuales son producto de las operaciones (selecciones, desmembramientos de fondos preexistentes, etc.) llevadas a cabo por la *Agence* o el *Bureau des triages*, a excepción de la primera de sus series, la serie K, que procede íntegramente del fondo originario. Más tarde

nos detendremos al detalle en el contenido y los problemas que tal sección plantea. Por el momento, basta con señalar simplemente cuál fue la fisonomía general de esta sección.

J *Trésor des chartes*

K Monumentos históricos

L Monumentos eclesiásticos

M Mezclas históricas

4/ La sección topográfica (N-O): Como su propio nombre indica esta sección se componía de materiales con información demográfica y territorial del Estado. En concreto, nos encontramos con dos series diferenciadas: una de ellas, la N, contenía aquellos documentos relativos a las cuestiones demográficas y la distribución que concernía al nuevo espacio estatalizado. La otra, la serie O, contenía los mapas y los planos de las diferentes realidades espaciales que componían el Estado francés, tales como mapas y planos de departamentos, distritos (*arrondissements*), cantones y ciudades, etc. Su aspecto era éste:

N División geográfica y población de Francia

O Mapas y planos

5/ La sección domanial (P-T): Aquí estaban agrupados todo el cúmulo de fondos que versaban sobre cuestiones domaniales. En ella nos podíamos encontrar con un grandísimo número de fuentes de procedencia muy diversa, y cuya compilación en forma de serie(s) ha sido el resultado de la desmembración y la acción re-distributiva de la *Agence* y el *Bureau des triages*.

P Cámara de cuentas

Q Títulos domaniales

R Dominios de los principes

S Bienes ex eclesiásticos

T Secuestros, Confiscaciones y ventas

6/ La sección judicial (V-Z): Y por último, una sección dedicada a los fondos de las instituciones judiciales del *Antiguo Régimen*. En ella tienen cabida las principales instituciones jurisdiccionales (a excepción de la jurisdicción señorial) de Francia, así como una serie especial, realizada por añadidura, de los fondos procedentes de los tribunales criminales extraordinarios de la Revolución. En total, la sección estaba compuesta de cinco series.

V Gran Cancillería y Consejos

X Parlamento de París

Y Châtelet de Paris

Z Cortes y jurisdicciones diversas

Etc. Tribunales criminales extraordinarios

Obviamente, un marco como este irá aumentando la variedad y el número de documentos albergados en su interior. No obstante, en lo esencial permaneció siendo el mismo, lo que suponía una preocupación constante por parte de los sucesivos directores para tratar de integrar los nuevos documentos en las series que habían sido creadas con anterioridad, o bien, como fue lo más habitual, sub-dividir éstas últimas de acuerdo a categorías pertenecientes a otras más grandes, tales como la sub-serie G6 (administración de la antigua Compañía de las Indias), la H3 (la antigua Universidad de París y collèges) o la G5 (almirantazgo de Francia, Consejo de prises), entre otras (*Ibíd*: 165).

Lo importante es tener en cuenta la longevidad del marco establecido por Daunou, ya que es solo a partir de él que se organiza el marco de trabajo en el interior de los *Archives Nationales*. Todo lo demás son articulaciones y sub-divisiones internas producidas sobre la base del esquema inicial ideado en 1811, el cual, dicho sea de paso, sigue todavía en vigor a pesar de sus respectivos cambios y divisiones. De ahí la necesidad de traerlo a colación para un capítulo dedicado a la infraestructura documental de la historiografía francesa, especialmente la de la segunda mitad del siglo XIX.

Ahora bien, no nos gustaría finalizar este epígrafe sin plantear también algunas cuestiones referentes al estatus o la naturaleza de la sección histórica. ¿Por qué una sección ‘histórica’? ¿Por qué una sección especializada como tal? ¿Acaso el resto de secciones no albergan este honor? ¿No hay otros documentos, pertenecientes a otras secciones, que puedan ser considerados como ‘históricos’?

En definitiva, ¿qué es lo que hace que, a los ojos de un legislador revolucionario, o un *idéologue*, como era Daunou, algunos documentos puedan ser considerados como ‘históricos’ y otros, en principio, no merezcan ser clasificados como tales?

Estas preguntas, aparentemente evidentes, encierran sin embargo una pista importante acerca de los supuestos y las protocolos de trabajo intelectual que condicionan la disposición básica

bajo la cual se lleva a cabo la delimitación de la *materia* histórica, o sea, el “lugar”, por así decirlo, en el que la práctica teórica (en este caso, archivística) encuentra propiamente lo ‘histórico’.

En ese sentido merece la pena recordar ahora el término con el cual se han nominado las distintas series de la sección: en todas ellas, a excepción de la primera (J), se utiliza un apelativo que resulta muy esclarecedor. Es decir, se habla de ‘monumentos’, se habla de materiales cuyo criterio básico de pertenencia es haber sido producidos con la idea de transmitirse a las generaciones futuras, planteando así una concepción del pasado que roza lo memorialístico y los aspectos abiertamente episódicos (*événementielle*).

En otras palabras, los materiales que manejan los archivistas solo llegan a ser ‘históricos’ en la medida en que encarnan acontecimientos cuya realización *no fue indiferente* al mundo de los valores, ya fuese para combatirlos, como es el caso de los títulos nobiliarios, o bien para compartirlos, tal y como sucede con las actas y los títulos reales, estos últimos indicios indispensables para el desarrollo y la futura construcción (historiográfica) de los “orígenes nacionales”.

En verdad, todo sucede como si la clasificación misma estuviera determinada por su referencia a los valores culturales, lo que sitúa a estos últimos en un lugar epistemológicamente relevante, dado que la relación misma que se establece con ellos es aquello sin lo cual el acontecimiento pasado no sería en modo alguno ‘histórico’.

En ese sentido todo parece indicar un principio de ordenación *avalorativo*, en la que lo importante no es tanto la valoración particular de un acontecimiento, sino el hecho mismo de referirlo a los valores hegemónicos de la cultura, o lo que es igual, a su capacidad de fomentar la realización de los valores culturales o a su tentativa de cohibirlos o impedirlos²¹¹.

Pues bien, teniendo en cuenta esto, parece razonable considerar el carácter político y episódico de la historia de la época. Si aquello que funciona como principio de ordenación interna es lo que guarda relación con la memoria y los valores culturales, entonces es obvio suponer que la enunciación histórica se centre en documentos relacionados con la monarquía y la institución eclesiástica, ya que son estas últimas las únicas instancias dedicadas a la producción de docu-

²¹¹ Como es evidente, en este punto nos acogemos al principio de ordenación (‘avaloración’) planteado por H. Rickert. Con ello no pretendemos asumir la universalidad de su criterio, pero sí utilizar sus respectivas reflexiones a fin de poner al descubierto los intereses que subyacen a la manera de ordenar y elaborar el material “histórico”. Unos intereses, sin embargo, que son especialmente claros en el marco de la historiografía de finales del siglo XVIII y el siglo XIX. Más información en Rickert (1943: 147).

mentos escritos en la época, y por tanto, es lógico que tiendan a ser presentados como *actores* privilegiados de la historia, de su orden y su evolución.

Ahora bien, la pregunta que planteamos es clara: ¿No es esta ordenación archivística una forma de pre-determinación arbitraria? ¿No plantea acaso una restricción de la mirada 'histórica'? ¿Por qué limitar solo el campo de lo histórico a los documentos escritos? ¿No supone esto confinar el ámbito de lo 'histórico' al relato de las instituciones que se han dedicado a la producción de escritos? ¿Qué tipo de jerarquías implícitas vehicula este tipo de materiales?

Sin duda, se trata de preguntas muy pertinentes, la mayoría de las cuales irán siendo respondidas a lo largo de las páginas siguientes, cuando dediquemos un capítulo entero al análisis de las formas de instrumentación analítica del discurso histórico de finales del siglo XIX.

En cualquier caso, la 'sección histórica' es paradigmática: ella misma es una sección totalmente artificial, ya que sus colecciones internas son el producto de selecciones y recomposiciones establecidas por los archivistas del Estado. Ahora bien, decir esto no es apenas novedoso; lo que sí lo es por el contrario es señalar el hecho que tales clasificaciones vehiculan el sistema de jerarquías implícitos que de los hechos tenían los archivistas.

Prueba de ello son los materiales y los protagonistas que pueblan esta 'sección histórica': en la mayor parte de los casos se asocian a piezas y actas institucionales, así como a reyes, papas u otras individualidades (nobles, cargos militares, eclesiásticos) vinculadas a las instituciones que se dedicaron a la producción de escritos²¹².

En un punto ciego en cambio quedan la mayor parte de las realidades históricas de la época, las cuales tienden a ser contempladas como elementos que no merecen la rúbrica de "históricos", al carecer de la documentación escrita que pudiera vincularlos al mundo de la cultura y el elemento no valorativo.

²¹² La sección histórica no deja lugar a dudas. Para empezar tenemos una serie (J) dedicada al viejo *Trésor-des chartes*, en el cual se conservan todas las piezas clasificadas por Dupuy referentes a los registros reales desde Felipe Augusto a Carlos IX. Por otro lado, nos encontramos con la serie K, producto ella misma de las selecciones y bautizada bajo el nombre de 'Monumentos históricos'. En ella podemos encontrar muchos monumentos relativos a la historia de la institución monárquica, tales como las actas de los reyes de Francia desde los Merovingios a Luis XVI, los registros de cuentas desde Felipe V a Luis XV o las copias de las cartas desde el año 581 hasta 1789, entre otras cosas. En tercer lugar, nos topamos con una serie titulada 'Monumentos eclesiásticos' (L), cuyos materiales versan sobre la historia de la institución eclesiástica, tales como las bulas pontificias desde Zacarías hasta Pío VI, documentos sobre la iglesia de París y otros capítulos, parroquias, etc. Y por último, una serie (M) dedicada a la mixtura histórica, en la que tenían cabida otros documentos relacionados con la nobleza, las órdenes militares y las universidades. Véase Daunou (1811).

Llegados a este punto parece lógico concluir el epígrafe. No es mucho lo que aquí se ha señalado, pero al menos sí lo suficiente para tener en cuenta las consecuencias que esta institución tiene para el ejercicio historiográfico: recopilación de documentos hasta entonces dispersos, carácter público de los archivos, etc.

A continuación pasaremos al análisis de otras instituciones dedicadas al recaudo y la transmisión de los documentos. En este caso nos detendremos en la génesis histórica de la *Bibliothèque Nationale*. El objetivo será el mismo: comentar sus características principales a fin de presentarlas como una parte más de la enorme red archivística surgida tras el estallido de la Revolución francesa.

2.2. - La Bibliothèque Nationale

Si existe una fecha relevante en materia de infraestructura bibliográfica, ésta es sin duda la proclamación de la Revolución francesa. Con ella se marca una ruptura no solo en la historia política de Francia, sino también en la de sus bibliotecas y en la del régimen de propiedad que hace posible otra socialización –más accesible, más fluida- con los libros.

En ese sentido, tal y como señala Dominique Varry (2009: 9), la experiencia bibliográfica actual es tributaria de las medidas adoptadas en el periodo revolucionario, especialmente en lo que se refiere a sus leyes *nacionalizadoras*, cuyos efectos en términos archivísticos son todavía absolutamente relevantes.

En efecto, buena parte de la experiencia investigadora, basada en la existencia de centros, organismos y bibliotecas públicas repartidas en las ciudades de Francia, es consecuencia directa de las confiscaciones revolucionarias, así como de los respectivos cambios en el régimen de circulación de bienes que se deriva de la confiscación de las propiedades eclesiásticas y nobiliarias. Esta época ofrece el marco de comprensión básico desde el cual concebir la infraestructura y las innovaciones (carácter *público* de los libros, *recopilación* de libros hasta entonces dispersos, creación de redes de bibliotecas) que hacen posible la experiencia investigadora.

De ahí, pues, su importancia, y de ahí también la necesidad de referirnos a ello para contextualizar un epígrafe dedicado a la *Bibliothèque Nationale*. Así pues, lo primero que debe señalarse es la particularidad que define la génesis de esta institución. Y es que, a diferencia de los Ar-

chivos Nacionales, la *Bibliothèque Nationale* presenta un modelo de configuración ambivalente, basado por una parte en los enriquecimientos provocados por las confiscaciones revolucionarias, pero también por la existencia previa de un núcleo de colecciones alrededor de la *Bibliothèque du Roi*.

Así es, la *Bibliothèque Nationale* no surge exactamente de la nada: su génesis se debe a un conjunto de transformaciones específicas realizadas sobre la base de una biblioteca ya existente, lo que significa que su constitución en tanto que organismo público se diferencia en algunos puntos respecto a la configuración de los *Archives Nationales*.

Ahora bien, que esto sea así, apenas resta importancia a dichas transformaciones; es más, las agranda, toda vez que entendamos que estos cambios no se agotan en un aspecto exclusivamente cuantitativo. Al contrario, con ellos, o mejor dicho, *por mediación de ellos*, el poder político modifica las formas tradicionales de circulación y apropiación documental de las bibliotecas, haciendo que lo que antes era una propiedad de carácter patrimonial, como es el caso de la *Bibliothèque du roi*, se convierta ahora, con la nueva ordenación jurídica, en una propiedad nacional, incluyendo así la posibilidad de que sus bienes internos circulen, en tanto que bienes nacionales, en la red de organismos e instituciones públicas repartidas a lo largo de toda la geografía administrativa del país²¹³.

Por tanto, a la pregunta de si la *Biblioteca Nacional* surge o no de un órgano o una biblioteca previa, hemos de responder con un sí y con un no. Sí, porque la biblioteca del rey constituye el núcleo previo a partir del cual se fueron sumando el conjunto de libros y colecciones confiscadas por la nacionalización de bienes. Y no, porque tales incrementos afectaron al modo en que la biblioteca del rey había regulado la apropiación y la circulación (y por tanto, la socialización investigadora) de sus bienes culturales, con lo cual dejaba irreconocible la posibilidad de un relato *acumulativo* sobre la biblioteca, en el sentido de que hubo cambios que modificaron por entero la lógica y los mecanismos de adquisición documental (p. ej. el *dépôt legal*) que habían caracterizado el funcionamiento de la Biblioteca del Rey.

Es decir, con la llegada de las confiscaciones revolucionarias no se trata de ampliar simplemente *lo que ya existía antes*, sino de propiciar un profundo desplazamiento que hiciese de las viejas y las nuevas colecciones una realidad totalmente novedosa, susceptible de alterar y modi-

ficar las legitimidades patrimoniales que habían incorporado la existencia documental de las instituciones (y de sus bibliotecas, archivos, etc.).

En ese sentido la etapa revolucionaria constituye, por así decirlo, un momento ineludible en la historia de la biblioteca. Tanto es así que algunos han tildado este periodo como el más *fabuloso* de la historia de la institución (Balayé en Varry et al, 2009: 71), la época en la que se ha registrado un mayor aumento de las colecciones. Nunca antes, en un espacio de tiempo tan corto, se registró la entrada de tantas y tan variadas colecciones en el interior de la biblioteca, ni cuando era propiedad exclusiva del monarca, en la edad dorada de Colbert y Bignon²¹⁴, ni en la época posterior a la Restauración, con Guizot, o incluso en la Tercera República.

Sin duda este periodo constituye un momento singular en la historia de la infraestructura documental. Sin embargo, el caso de la *Bibliothèque Nationale* presenta una serie de particularidades. El objetivo del presente epígrafe consistirá en analizar precisamente estas particularidades, tratando de situar el marco de atención en aquello que atañe solo a los inicios de la biblioteca, así como a la política en materia archivística que tiene lugar en el contexto del decenio revolucionario.

Dicho de otro modo, el objetivo no es plantear una cronología perfecta de la institución. Tal cometido sería una tarea demasiado compleja, además de confusa y desconexa con el planteamiento original de la investigación. Nuestro objetivo por el contrario es la pregunta acerca de las condiciones que han hecho posible la *Bibliothèque nationale*. No plantear esta cuestión es no darse a entender por qué una biblioteca de estas características pudo llegar a constituirse en uno de los principales núcleos de la investigación histórica en el siglo XIX (Amalvi, 2005: 75).

La cuestión, entonces, ha de formularse en estos términos, habida cuenta de que la resolución de la misma ofrecerá importantes pistas de cara a comprender el funcionamiento interno de la infraestructura archivística francesa. He aquí una de las cuestiones acuciantes. Para responderla hay que comenzar repasando la situación de las bibliotecas *antes* de la Revolución francesa.

²¹³ La conversión de la *Bibliothèque du roi* en *Bibliothèque Nationale* se produce sin sobresaltos, sin que ningún acto o ceremonia solemne mencione este cambio. De hecho, esta transformación aparece solo en documentos contables, a partir de marzo de 1791. Véase el capítulo de S. Balayé en Varry (2009: 73).

²¹⁴ Decimos ‘edad dorada’ (*âge d’or*) porque fue ahí, en la época de las administraciones absolutistas, cuando se produjeron las principales transformaciones en el interior de la biblioteca del rey: tanto en lo que se refiere a la clasificación interna de las colecciones ya existentes como en lo que respecta a la política de nuevas adquisiciones. Más información en Blasselle (1989: 13), Balayé (1988).

2.2.1. - *Las bibliotecas antes de la 'Révolution'*

En lo que precede, hemos tratado de sugerir la conexión entre confiscaciones y *Bibliothèque Nationale*. A continuación trataremos de exponer la misma idea atendiendo a una perspectiva diferente. El objetivo no es desviarnos del trayecto marcado, sino al contrario, tratar de situarlo en su relación con el escenario bibliográfico anterior. De ese modo, podremos comprender mejor las innovaciones desarrolladas en el ámbito bibliográfico: así, al plantear un repaso de las bibliotecas del Antiguo Régimen se tratará de ofrecer una visión sobre las condiciones reales, en términos de infraestructura documental, en las que se desarrollaba la experiencia investigadora. Viendo pues cuáles fueron esas bibliotecas, viendo cuál fue también su régimen de accesibilidad, podremos estar en condiciones de percibir el verdadero desplazamiento operado por la Revolución francesa en materia de bibliotecas.

Pues bien, dicho esto cabe plantear el interrogante esperado: ¿qué tipo de bibliotecas existieron en el *Antiguo Régimen*? Es decir, ¿cuál era la morfología del escenario bibliográfico?

Una respuesta rápida nos la ofrece G. Keith Barnett en su libro '*Histoire des Bibliothèques publiques en France*' (1987: 11). En él nos proporciona un listado más o menos aclaratorio, que va desde la existencia de bibliotecas pertenecientes a las instituciones eclesiásticas hasta las bibliotecas propias de las Academias reales, pasando por un variopinto y complejo conjunto repartido desigualmente por el territorio del reino, tales como las bibliotecas universitarias, las bibliotecas de las sociedades eruditas o bien las colecciones pertenecientes a particulares y nobles ilustrados.

Veamos cada una de estas categorías por separado.

1/ Empecemos por las bibliotecas eclesiásticas. ¿Qué papel desempeñan en el contexto del *Antiguo Régimen*?

La respuesta es sencilla: su papel es francamente irremplazable, ya que se trata de aquellas bibliotecas que cuentan con una mejor equipación en términos de fondos y manuscritos preciosos. No es muy difícil adivinar el porqué. La iglesia ha sido el principal foco de atención durante la Edad Media, ocupándose del mantenimiento de la fe pero también de la custodia y el monopolio del saber. Fruto de esa monopolización es el despliegue de cientos de bibliotecas en el interior de las comunidades religiosas, lo que convertía a estas últimas en algo más que un mero receptáculo de libros, los convertía en verdaderos laboratorios de conocimiento, con miles de per-

sonas dedicadas al estudio y la traducción de textos, así como a su posterior reproducción en forma de manuscritos y glosas críticas.

Todo eso, como decíamos, hacía de las bibliotecas eclesiásticas verdaderos centros de acumulación y registro de libros, sobre todo en lo que se refiere a volúmenes manuscritos. París, por ejemplo, se dotaba de un gran número de bibliotecas eclesiásticas, algunas de las cuales encerraban importantes colecciones acerca de la historia eclesiástica o civil del reino.

En ese sentido, merece la pena recordar ahora, aunque sea de manera esquemática, algunos ejemplos relativos a este tipo de bibliotecas. Una de las más relevantes es la biblioteca de la abadía de *Sainte-Geneviève*, en pleno centro de París. Esta última databa del siglo XII, lo que hacía de sus colecciones internas un verdadero foco de atracción para los eruditos del *Antiguo Régimen*. Tanto es así que en 1789 por ejemplo, esta biblioteca contaba con un número no desdeñable de volúmenes, cuya cifra en términos cuantitativos ascendía a 60.000 en lo que respecta a volúmenes impresos y 2.000 para los volúmenes manuscritos, ordenados a partir del núcleo original constituido por los legados del cardenal de La Rochefoucauld y el cardenal Le Tellier (Charmesson et Gaziellu en Varry, 2009: 61). Esta biblioteca, además, fue una de las pocas instituciones que no desaparecieron tras la llegada de la Revolución francesa. De hecho, ocurrió justamente lo contrario: se convirtió en una biblioteca pública, adoptando el nombre de biblioteca del *Pantéon* hasta que en 1815, tras la caída de Napoleón, retomase el nombre que había tenido desde sus inicios (*Ibíd*: 63).

Otro de los ejemplos relevantes es la biblioteca de la abadía de *Saint-Germain-des-Prés*. Esta última era una de las bibliotecas más reconocidas del Antiguo Régimen. Se trataba del cuartel general de la congregación benedictina, el lugar en el que se decidían y realizaban buena parte de los estudios de erudición y de crítica diplomática. Ahora bien, su biblioteca, además de ser un laboratorio de innovación *diplomática*, constituía un magnífico depósito de colecciones bibliográficas, albergando una cifra tanto o más relevante como la que aportaba en 1789 la biblioteca de *Sainte-Geneviève*. Prueba de ello son los datos aportados convenientemente por Keith Barnett: cerca de 50.000 volúmenes impresos y 7.000 volúmenes manuscritos (Keith Barnett, 1987: 12), lo que la convertía por derecho propio en uno de los principales centros de peregrinaje intelectual de la época pre-revolucionaria.

El caso de la biblioteca de *Saint-Victor* también es digno de reseñar. Fundada en el siglo XII por Guillermo de Champeaux esta abadía contenía una de las principales bibliotecas pertenecien-

tes a las comunidades religiosas. Su volumen ascendía a cantidades ligeramente inferiores a las bibliotecas señaladas, pero no obstante, igualmente de relevante en términos cuantitativos. Así, en 1790, en plena efervescencia revolucionaria, su cantidad de volúmenes ascendía a 35.000 libros impresos y cerca de 3.000 volúmenes manuscritos (*Ibidem*). Ni más ni menos que la tercera biblioteca más importante en lo que se refiere a bibliotecas eclesiásticas parisinas.

En ese momento la existencia de iglesias (*St. Martin-des-Champs, Oratoriens*, etc.) que contaban con más de 10.000 volúmenes en sus bibliotecas era habitual en la ciudad de París, por no hablar de las grandes catedrales desplegadas por las diócesis del territorio francés, tales como Cambrai, Chartres, Clermont, Laon, Lyon, Reims o Rouen, que contenían grandes y excepcionales colecciones²¹⁵.

Sea como fuere, una cosa era clara: las bibliotecas eclesiásticas constituyen un recurso ineludible para la investigación erudita en la época absolutista, aglutinando en su interior no solo libros relacionados con la teología o la historia eclesiástica sino también importantes materiales para el estudio y la investigación de la historia civil del reino.

2/ Ahora bien, la época absolutista también nos brinda la posibilidad de otro abanico bibliográfico. En este caso nos centraremos en las bibliotecas de las Academias reales y las sociedades eruditas, cuya característica primordial es no depender en absoluto de la gestión y la propiedad de las comunidades religiosas.

En ese sentido, su aparición se remonta mucho más cerca en el tiempo, lo que les invalida para equipararse en términos cuantitativos con las bibliotecas pertenecientes a las comunidades eclesiásticas, algunas de las cuales contienen decenas de miles de volúmenes en su interior. No obstante, a diferencia de estas últimas, las bibliotecas *académicas* contienen importantes libros relacionados con la cultura y las disciplinas especializadas (artes, lenguas, arqueología, ciencias, historia, etc.).

Estas bibliotecas por lo demás van surgiendo a lo largo de los siglos XVII y XVIII, a medida que van fundándose las Academias en la Corte y en las provincias. Su objetivo no es la mera

²¹⁵ El caso de la catedral de Reims, por ejemplo, resulta especialmente significativo. Tras la supresión de la orden jesuítica en 1762 las bibliotecas pertenecientes a esta orden pasaron a formar parte de las colecciones de otras comunidades religiosas y laicas. En concreto, la catedral de Reims entró en posesión de 8.000 ejemplares pertenecientes a los jesuitas. También la biblioteca de *Saint-Germain-des-Prés* fue beneficiaria del legado jesuítico, concretamente de los manuscritos del colegio Louis-le-Grand, así como la Biblioteca del rey lo fue de otras colecciones. Véase Keith Barnett (1987: 13).

glorificación del rey, sino la integración de las sociedades eruditas (y por extensión, de las mentalidades propias de las élites provinciales) en el circuito cultural que entabla el poder monárquico en su proceso de acumulación política y simbólica. Lo que se traduce en un marco de bibliotecas y recursos bibliográficos variopinto, no apto todavía para definirse como red, pero sí desde luego para constituirse en un recurso asequible, aunque ciertamente desigual, para los eruditos de la época, especialmente para todos aquellos que vivían en provincias.

Tras la llegada de la Revolución francesa la mayor parte de estas bibliotecas fueron suprimidas, con lo cual gran número de sus respectivas colecciones fueron destruidas o pasaron a formar parte de los *dépôts littéraires*, primero, y de las futuras bibliotecas municipales, después²¹⁶. En el caso de las Academias parisinas la cosa adoptó un cariz distinto: la mayor parte de sus colecciones pasaron a formar parte de los fondos de la biblioteca del *Institut de France* (Chamersson et Gaziellu en Varr et al, 2009: 68).

3/ En tercer lugar, cabe mencionar las bibliotecas de las Universidades y las instituciones de enseñanza particulares, la mayoría de las cuales estaban en manos de las instituciones eclesiásticas o pertenecían a escuelas o colegios profesionales, tales como la escuela de ingenieros, de minas, militares, etc.

En vísperas de 1789 el reino contaba con 22 universidades y cerca de 72 establecimientos dedicados a la enseñanza profesional, cada uno de los cuales albergaba su propia biblioteca para los alumnos de cada centro, o bien, en contadas ocasiones, para la consulta de los eruditos de la época (*Ibidem*).

Por lo que respecta a la enseñanza secundaria, si es que cabe utilizar este término, el reino contaba con unos 700 colegios pertenecientes a las congregaciones eclesiásticas, tales como los jesuitas (al menos hasta 1762), los oratorianos o los benedictinos, entre otros. Solamente algunos de estos establecimientos conservaban libros y manuscritos accesibles al mundo de la erudición.

²¹⁶ Pero no todo fue destrucción; de hecho, existe un nexo innegable entre la creación de bibliotecas especializadas y la legislación revolucionaria. El caso más emblemático es el de la biblioteca del Museo de Historia Natural, creado el 20 de agosto de 1793. Esta última estaba formada por piezas de diversas procedencias, las cuales fueron transferidas por orden manifiesta del ministro del Interior. Acto seguido, tanto la *Bibliothèque Nationale* como la *Commission des monuments* y otras instancias empezaron a transferir parte de sus colecciones al *Jardin des Plantes*, a fin de constituir el fondo bibliográfico de la futura biblioteca. En otras palabras, de un fondo sin apenas existencia institucional, como era el caso del *Cabinet royal d'Histoire Naturelle*, la Revolución había hecho una biblioteca de más de 12.000 volúmenes, abierta gratuitamente a los profesores y los estudiantes del museo. Más información en Chamersson et Gaziellu (Varry et al, 2009: 67-68).

4/ Y por último, la existencia de bibliotecas pertenecientes a particulares o nobles reconocidos. La más importante de todas ellas, y núcleo fundacional de lo que después será la *Bibliothèque Nationale*, es la biblioteca del rey, cuyas colecciones en términos cuantitativos, así como de diversidad bibliográfica superan con creces al del resto de bibliotecas existentes de la época.

En efecto, la *Bibliothèque du roi* acogía en 1789 cerca de 300.000 ejemplares. Ninguna otra biblioteca del Antiguo Régimen albergaba semejante cantidad de libros y una diversidad de formatos y de temáticas.

La razón de esto se debía a dos motivos básicos: por un lado, la existencia de un *depósito legal*, instrumento con el cual el poder monárquico aseguraba un crecimiento bibliográfico constante, basado en la obligación de aportar un ejemplar de cada obra impresa en territorio francés²¹⁷. Y por otro, la política de compras y transferencias bibliográficas desarrollada desde la época de Colbert.

Es ahí, en los siglos XVII y XVIII, cuando se acometen las grandes adquisiciones que caracterizan la riqueza y la variedad de esta biblioteca, así como el desarrollo de importantes medidas orientadas a ordenar y repartir las colecciones existentes en cinco departamentos diferenciados²¹⁸.

Ahora bien, esto no conlleva por sí mismo el acceso público al interior de la biblioteca; al contrario, esta posibilidad estaba restringida, no siendo sino algún tiempo después, en 1735, cuando tales colecciones se hacen accesibles a los eruditos de todas las naciones, si bien es cierto que de manera *restringida* (dos veces por semana) y dependiendo de la voluntad expresa del rey (Keith Barnett, 1987: 14).

²¹⁷ En verdad, el 'depósito legal' se remonta al reinado de Francisco I en 1537. Su constitución marca un giro importante en lo que se refiere a la política bibliográfica. Así, aunque la biblioteca del rey se remontase más atrás en el tiempo, es ahora cuando se produce, por vez primera, una voluntad manifiesta de ordenar y asegurar el crecimiento *constante* de los fondos. Más información en Blaselle (1989: 11).

²¹⁸ En la época de Colbert se llevaron a cabo diversas transferencias de importante calado, ya fuese en el plano *interno* del reino, por medio de la adquisición de las colecciones de Gaston de Orleans (libros, manuscritos, medallas) o las colecciones de Michel de Marolles (grabados, dibujos), o bien en el plano *externo*, a través de una red de corresponsales que enviaban a Francia libros, manuscritos o medallas de importante renombre. No obstante, el siglo XVIII representa algo más que un crecimiento cuantitativo. No solo se prosigue con la política de adquisiciones entablada por el propio Colbert, sino que, además, se plantea una ordenación interna de los materiales, estableciendo una distribución de los mismos a partir de cinco departamentos diferenciados: los manuscritos, los impresos, los títulos y genealogía, las planchas grabadas y estampas, y las medallas y piedras grabadas. Cada uno de estos departamentos estaba dirigido por un guarda específico. Más información en Blaselle (1989: 16) y Balayé (1988: 270).

Algo parecido, aunque un tiempo antes, parece producirse con otra de las bibliotecas pertenecientes a particulares. Hablamos de la biblioteca *Mazarin*, otro de los bastiones de la investigación erudita en el siglo XVIII. Creada a partir de una biblioteca particular, esta última fue organizándose a manos de Gabriel Naudé, primer bibliotecario del cardenal. Después, tras el infortunio ocasionado por la revolución de la Fronda, Mazarin vio arrasada parte de su biblioteca, lo que supuso la reconstrucción posterior y su traslado al palacio de las *Quatre-Nations* (Chamersson et Gaziellu en Varry et al, 2009: 61). Una vez allí, en 1691, la biblioteca abrió sus puertas por primera vez a los eruditos, convirtiéndose así en la primera referencia en lo que a accesibilidad documental se refiere.

Algunos años más tarde, en vísperas de la Revolución francesa, la biblioteca contaba con unas cifras envidiables (Keith Barnett, 1987: 14): casi 60.000 ejemplares, de los cuales una parte importante podían ser consultados con regularidad (dos veces por semana) en la sede del palacio²¹⁹.

En la misma línea, aunque con algunas diferencias, cabe señalar el caso de la biblioteca del *Arsenal*. Formada inicialmente por el marqués de Paulmy, esta biblioteca llegó a albergar cerca de 80.000 volúmenes, la mayoría de los cuales eran de fácil acceso para los eruditos de la época. No obstante, debido a una serie de dificultades económicas, el marqués tuvo que vender su biblioteca en 1785, dejando al conde de Artois (futuro Carlos X, rey de Francia) como nuevo propietario de la biblioteca.

Tiempo después, tras los primeros sucesos revolucionarios, el conde emigró a Gran Bretaña, dejando el cuidado de dicha biblioteca en manos de Claude-Marin Saugrain, un bibliotecario reconocido. Este último consiguió salvaguardar la totalidad de las colecciones, lo que suponía convertir este inmenso complejo de libros en el octavo *dépôt littéraire* de París²²⁰.

²¹⁹ En el momento de la Revolución francesa, tras su estallido y posterior asentamiento, la biblioteca *Mazarin* se declaró institución *pública*. En ese momento, no solo consiguió dejar intactas sus colecciones sino que estas últimas se enriquecieron con más de 50.000 volúmenes procedentes de las confiscaciones revolucionarias, fundamentalmente de las bibliotecas particulares o de las comunidades eclesiásticas reunidas en los *dépôts littéraires* de París y de Versalles. Más información en Chamersson et Gazielly (en Varry et al, 2009: 63).

²²⁰ El *dépôt littéraire* es un local destinado al almacenaje de buena parte de los bienes artísticos y bibliográficos que albergaban las casas eclesiásticas. Una vez desarrollada la venta de los inmuebles confiscados se hizo necesario transferir los bienes culturales (colecciones, obras de arte, libros, etc.) que albergaban en su interior a locales provisionales. Estos locales fueron conocidos bajo el nombre de ‘*dépôts littéraires*’, y su constitución se decidía en algunos de los distintos inmuebles que los poderes municipales reservaban para uso administrativo. En principio, todos y cada uno de los 545 distritos del país debían tener uno de ellos. En París, sin embargo, su número llegó a varias unidades, debido al elevado número de casas eclesiásticas y de bienes culturales que debían ser pues-

Meses después, al calor de la segunda oleada de confiscaciones revolucionarias, el *Arsenal* acabó por convertirse en una institución pública, lo que suponía al mismo tiempo la integridad de sus colecciones internas y el derecho a beneficiarse de miles de libros procedentes de las abadías parisinas y de los nobles refractarios.

Pues bien, llegados a este punto parece lógico concluir este repaso por las bibliotecas del Antiguo Régimen. Ya hemos dicho antes que nuestro objetivo no era exponer todas y cada una de estas bibliotecas, sino tratar de ofrecer una imagen de conjunto, a fin de utilizar este conocimiento para percibir mejor los cambios y los desplazamientos ocasionados por la Revolución en materia bibliográfica.

En ese sentido cabe concluir con una breve pero interesante conclusión. Dice así: en Francia sí existen bibliotecas accesibles a los eruditos; es más, París presenta un número considerable de tales bibliotecas. Ahora bien, esta forma de entender el acceso no es la misma que practicamos hoy en el contexto de las instituciones públicas; al contrario, se trata solo de un acceso restringido, que depende totalmente de la voluntad del propietario, y no de criterios formalmente estatuidos, lo que supone todavía una consideración patrimonial de los bienes así como la ausencia de un sistema archivístico en el cual pudieran confluír, en tanto que bienes nacionales, los bienes bibliográficos.

En definitiva, lo que brilla aquí por su ausencia, aquello que no existe durante el Antiguo Régimen, a pesar de haber bibliotecas, es precisamente la existencia de un depósito centralizado cuyo funcionamiento fuese independiente de los particulares y las parentelas. Es decir, no existía un régimen *nacionalizado* de los bienes; lo que sí había por el contrario era una multitud inconexa de bibliotecas, pero bibliotecas cuyos criterios básicos de funcionamiento estaban plenamente condicionados por una lógica en la que los gestores trataban sus posesiones (libros, estampas, grabados, etc.) como si fuesen un bien privado, dado que de hecho lo eran.

Es aquí, por tanto, donde hemos de comprender las confiscaciones revolucionarias y los efectos que estas últimas tuvieron en términos bibliográficos, dado que buena parte de los enriquecimientos que tienen lugar en la *Bibliothèque Nationale* proceden exactamente de las bibliotecas anteriormente señaladas.

2.2.2. - *La Bibliothèque Nationale y el proyecto de la 'Bibliographie Universelle de la France'*

Un epígrafe como éste, atravesado de principio a fin por el debate en torno a la Biblioteca Nacional, debe partir de los cambios que experimenta la sociedad francesa en el contexto de la época. En efecto, el año 1789 marca una ruptura en la historia política y social de Francia, pero también en la de sus bibliotecas y en la del régimen de propiedad que subyace a los bienes que conforman tales bibliotecas.

Por ello el análisis que realicemos al respecto ha de comenzar por las consecuencias bibliográficas ocasionadas por estas confiscaciones²²¹. Se trata de plantear de nuevo la pregunta básica que había enhebrado el epígrafe anterior. Dicho de manera más clara, una vez realizado el embargo de tierras y bienes raíces pertenecientes a la aristocracia y el clero, ¿qué hacer con los bienes contenidos en su interior? Es decir, ¿qué hacer, en definitiva, con los libros, las estampas, los cuadros, los grabados y en general todo aquello relacionado con el mundo bibliográfico y archivístico?

La respuesta a esta cuestión constituye la historia de la red archivística moderna, si bien es cierto que ahora, en lo que respecta al caso bibliográfico, la solución adquiere un matiz diferente, en el sentido de que se enmarca en un conjunto de medidas que atañen a colectivos y grupos de personas específicos.

Ahora bien, esta constatación no ha de hacernos olvidar el dato con el cual hemos abierto el campo reflexivo: en su origen, las confiscaciones revolucionarias no tuvieron una finalidad *patrimonial*. Es más, los debates que precedieron a la nacionalización de bienes revelan una cosa muy clara: todas ellas son medidas caracterizadas por una fuerte pretensión financiera, donde lo importante no es el valor patrimonial de los bienes confiscados sino el dinero y la elevada cantidad de ingresos que sus ventas pudieran reportar para el Estado, dejando de lado, si se quiere o,

ción en Varry (Varry et al, 2009: 14)

²²¹ Nuestro objetivo no es analizar las distintas confiscaciones en sí mismas, sino recordar el hecho de que cada una de ellas se inscribe en un contexto particular de la dinámica revolucionaria y atañe a individuos o colectividades específicas. En ese sentido, valga decir que las confiscaciones revolucionarias han conocido tres oleadas sucesivas. 1/ La primera de ellas se remonta al decreto del 2 de Noviembre de 1789, según el cual se procede a la confiscación de los bienes eclesiásticos y su puesta a disposición (para venderlas) por parte de la Nación. 2/ La segunda en cambio data de algunos años después, en 1792, y se trata de una medida adoptada en un momento de grave peligro para la Convención. Su objetivo es poner a disposición de la Nación todos los bienes de los emigrados y los aristócratas refractarios. 3/ Y por último, una tercera oleada (1793) consagrada a nacionalizar las universidades, las sociedades literarias, las corporaciones y las viejas academias reales. Una visión más profunda del asunto en Varry (Varry et al, 2009: 9-10).

sencillamente ignorando, todo aquello relativo al cuidado y el destino de los bienes artísticos, archivísticos o bibliográficos.

Consumada entonces la confiscación, como señala D. Varry, las nuevas autoridades se topaban con un problema nuevo: ¿qué hacer con los millones de objetos procedentes del mobiliario eclesiástico, y en especial con sus bibliotecas? ¿Qué hacer, en definitiva, con algo sobre lo cual el legislador no había pensado jamás?

Para responder a esta pregunta no basta con acudir a las leyes o a las decisiones de la Asamblea parlamentaria. Esencial es también ubicar el análisis en un conjunto de comisiones que, bajo apelaciones diversas, tuvieron la tarea de promulgar y difundir diferentes instrucciones orientadas a regular la exploración y el inventario de las bibliotecas eclesiásticas provinciales (Varry, 2009: 13).

Ahora bien, antes de hablar de tales instrucciones es necesario recordar cómo fueron surgiendo las comisiones, a partir de qué lugares se fueron gestando y cómo acabaron integrándose en una sola comisión centralizada. Para empezar basta con recordar el funcionamiento de la Asamblea Constituyente. Esta última no ejercía una gestión administrativa unitaria: desde su origen estaba dividida en diversos comités encargados de los diferentes sectores de la administración del país. Dos de estos comités estuvieron directamente relacionados con el tema de las confiscaciones revolucionarias: el *comité ecclesiastique* y el *comité d'aliénation des biens nationaux*.

En su origen, ambos se ocupaban de la gestión y la nacionalización de los bienes eclesiásticos, lo que sucede es que llegados a cierto punto, el debate sobre el mobiliario eclesiástico empezó a ganar terreno. En efecto, cada vez eran más los problemas y las reclamaciones suscitadas por esta problemática. Razón por la cual tres miembros pertenecientes a cada uno de estos comités empezaron a reunirse en paralelo con el objetivo de tratar cuestiones relativas al mobiliario eclesiástico, y en particular con aquello que tuviera que ver con las bibliotecas y los monumentos de las Artes²²².

Ese grupo recibió un nombre específico: se llamó los *Comités-réunis*, siendo una de sus primeras funciones el reunirse con una serie de personas relacionadas con el ámbito del arte y las

²²² Los miembros en cuestión se repartían de la siguiente manera: de un lado, tres miembros del *comité ecclesiastique* (Lanjuinais, Despatys y Lefevre d'Ormesson) y de otro, tres miembros del *comité d'aliénation des biens nationaux* (el duque de Rochefoucauld, A. G. Camus y Poignot). Más información en Riberette (1970: 14).

instituciones académicas²²³. El objetivo era claro: se trataba de aglutinar un consejo consultivo que fuese capaz de asesorar las decisiones adoptadas y difundidas por el comité. Aquel colectivo empezó a reunirse en el Colegio de las *Quatre-Nations*, del cual extraerá posteriormente su nombre (*Commission des Quatre-Nations*) hasta que tiempo después acabe fusionándose con otras comisiones, que la municipalidad de París había constituido con el mismo objetivo. En ese momento surge la *Commission des monuments*, encargada de plantear numerosas instrucciones referidas al cuidado o la eventual selección (destrucción) de los bienes incautados (Riberette en Varry et al, 2009: 33).

Ahora bien, de todo este trayecto nos interesa solamente aquello relacionado con el plano bibliográfico, dejando de lado, por razones analíticas, el ámbito de las artes y el de los museos.

En ese sentido conviene llevar a cabo un acercamiento limitado, haciendo especial alusión no a los aspectos episódicos del tema sino a la visión de conjunto que algunas de las medidas plantean. Una de estas últimas, quizá la más relevante, es aquella planteada por Lefevre d'Ormesson a la *Commission des Quatre-Nations*, según la cual el objetivo prioritario de la política bibliográfica debía consistir en la *confección de un catálogo* que no tuviera precedentes en la historia de las bibliotecas francesas. Ese proyecto, sin embargo, jamás pudo llegar a ser realizado, pero es importante reconocer su pertinencia para el estudio de la *política* bibliográfica durante el decenio revolucionario, ya que estuvo presente en todas las decisiones establecidas por parte de los diversos comités bibliográficos. Ahora bien, ¿de qué proyecto estamos hablando?

Hablamos de la *Bibliographie universelle de la France*. Un proyecto basado no solo en la puesta en marcha de los múltiples inventarios de las bibliotecas públicas existentes en provincias y departamenteos, sino también en la realización de un catálogo colectivo *nacional*, basado en la existencia de unas reglas de catalogación uniformes²²⁴.

²²³ Aquellas personalidades fueron elegidas en razón de su competencia particular atribuida entre los miembros de las academias. Algunos de aquellos nombres son conocidos para nosotros: por ejemplo, los provenientes de la *Académie des Inscriptions et Belles-lettres*, tales como Barthélemy, Bréquigny, Dacier, Leblond o Mongez. Otros en cambio procedían de la *Académie de Peinture*, de la *Académie de sculpture* o la *Académie des Sciences*, como A. T. Vandermonde. Véase Riberette (1970: 15).

²²⁴ Merece la pena reproducir aquí, por su alto valor ilustrativo, las ideas que barajaba el Comité al plantear un proyecto como la *Bibliographie Universelle de la France*. Dicen así: “ 1° De faire connoître tous les livres dont il est maintenant possible de procurer lecture au public. (...) 4° *De procurer aux départements dans le ressort desquels il manque un livre utile, les doubles [...] qui se trouvent superflus dans un autre département.* 5° *De faire former en peu de temps le catalogue de chacune des bibliothèques des départements, puisque les cartes se trouveroient déjà faites, et les livres bons ou inutiles distingués, d'y énoncer de la même manière dans tout le Royaume les titres des livres semblables, d'en connoître le numéro, de faire classer tous les ouvrages dans le même ordre, et d'employer les mêmes lettres ou chiffres de subdivision, de manière que un sçavant françois ou étranger voyageant*

Lo curioso de todo es que semejante proyecto, planteado en última instancia para generar un sistema de bibliotecas unificado, acabó por beneficiar finalmente a la *Bibliothèque Nationale*. De hecho, parece que esta intención ya estaba presente al inicio del proyecto, cuando se planteó la necesidad de decidir qué lugar era el más idóneo para el público. Ahí, en ese momento, la Biblioteca general de la calle Richelieu (primer asentamiento de la Biblioteca del rey, después *Bibliothèque Nationale*) se consideraba el lugar más *conveniente* y *máscómodo* para el público²²⁵.

De ahí la razón por la cual traemos a colación este proyecto: con él la *Commission des Quatre-Nations* no solo planteaba la construcción de un catálogo de catálogos, culmen manifiesto de una red bibliográfica en construcción, sino que con ello o, mejor dicho, a través de ello, d'Ormesson planteaba este proyecto como un mecanismo para colmar las lagunas de la Biblioteca del rey, en la que él, por supuesto, detentaba una serie de intereses particulares, en tanto que Bibliotecario del rey hasta 1792²²⁶.

Ahora bien, para llevar a cabo este proyecto fue necesaria una serie de medidas orientadas a movilizar importantes cantidades de recursos. En efecto, ¿cómo hacer posible un 'catálogo de

en France puisse dans toutes les bibliothèques trouver sous la même lettre et dans le même ordre tous les livres que chaque bibliothèque contient sur une même matière, et enfin de pouvoir conserver pour les livres la note de l'ancienne maison d'où ils proviennent (...) 6° *De mettre la France à portée de donner la première à toute l'Europe l'exemple de la Bibliographie générale contenant l'indication de tous les différens ouvrages qui existent dans ses établissemens publics littéraires, avec le numero du departament où on peut le trouver*" ('Détails sur le travail des comités de l'Assemblée relativement à tout le mobilier des maisons ecclésiastiques et religieuses et notamment à tous les monuments, objets précieux et entre autres aux bibliothèques et d'aliénation de l'Assamblée nationale pendant le courant des années 1790-1791', Archives Nationales, F¹⁷ 1036, Citado en Riberette (Varry et al, 2009: 29).

²²⁵Veáse a este respecto la memoria anónima, aunque atribuida posteriormente a d'Ormesson, en la que se señalan estas ideas: "*Il paraît que la manière la plus convenable et la plus commode pour le public seroit de réunir dans la Bibliothèque générale de Richelieu tous les livres qu'il est possible d'espérer qu'on en rassemblera sur toutes les matières qui proviendront, soit de l'ancien fond de cette bibliothèque, soit des emplettes à l'étranger, si on y destine des fonds pécuniaires, soit des livres manquants jusqu'à ce jour et que les 808.120 volumes de Paris pourront présenter. Ce prélèvement ne seroit pas très considerable, on choisiroit 10 ou 20.000 volumes imprimés au plus qui complèteroiient dans un seul et même lieu la plus belle collection de l'univers. 200 ou 300 manuscrits au plus rempliroient le même objet; tout le reste seroit conservé pour être répandu dans les nouvelles bibliothèques et on feroit dans la bibliothèque générale (vu ses accroissemens) ainsi que dans les autres établissemens, de nouveaux catalogues non raisonnés des anciens et nouveaux livres, un par ordre de matières et l'autre par ordre alphabétique d'auteurs, sauf à donner par la suite progressivement des supplémens et notices raisonnées sur chaque partie*" ('Projet d'établissement de bibliothèques dans le Royaume', Archives Nationales O¹ 609, citado en Riberette (1970: 16).

²²⁶En realidad, Anne-Louis-François-de-Paule Le fèvre d'Ormesson era un miembro del linaje aristocrático, en particular de la nobleza de toga (*de robe*). Nacido en París en 1753 Lefevre d'Ormesson ejerció diversos cargos relacionados con la Nobleza y el Parlamento de París, del cual llegó a ser presidente como tiempo antes lo fue su padre. Posteriormente, con la llegada del primer estallido revolucionario, formó parte del *Comité ecclésiastique*, así como de los diversos comités relacionados con el cuidado y el destino del mobiliario eclesiástico (Comités-réunis, Commision des Quatre-Nations). Paralelamente a estos cargos institucionales, Lefevre d'Ormesson fue nombrado helenista distinguido de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* antes de su supresión, así como *Bibliotecario del rey* entre 1789 y 1792. Más tarde, con la llegada de la Convención, d'Ormesson fue arrestado junto con otros

catálogos’? ¿Cómo llevarlo a cabo, en definitiva, si no es a partir de la puesta en marcha de recursos humanos y financieros?

La respuesta a estos interrogantes se encuentra en las distintas instrucciones establecidas por los *Comités-réunis* y la *Commission des Quatre-Nations*. A continuación comentaremos algunos aspectos de las mismas, dejando al margen, por razones analíticas, el tema relativo a los aspectos económicos o financieros.

La primera de ellas no es una instrucción excesivamente detallada, pero sí es importante en la medida en que manifiesta una voluntad clara en lo que respecta al cuidado y la salvaguarda del mobiliario eclesiástico, especialmente de sus manuscritos, sus impresos, sus cartas y sellos. En concreto, hablamos de la ‘Instrucción del 15 de Diciembre de 1790’, cuya particularidad básica en términos bibliográficos es haber indicado con mayor detalle lo ya dicho en los primeros decretos²²⁷. En efecto, si el objeto de los decretos anteriores era informar de la necesidad de concentrar el mobiliario eclesiástico en construcciones administrativas²²⁸, ahora se trata de proporcionar reglas básicas en torno al cuidado y la preservación de los materiales, pero sin entrar todavía en muchas indicaciones sobre la confección de catálogos, el sistema de clasificación, etc²²⁹.

El objetivo general consistía en acabar con la dispersión de materiales susceptibles de interesar a las artes, las letras y las ciencias. Y de hacerlo, además, de una manera ordenada, siguiendo los planes de un proyecto (*Bibliographie universelle de la France*) cuya realización repercutía en

nobles partidarios de la monarquía, el Parlamento y los derechos feudales. Murió guillotinado el 1 de Floreal del año II (1794). Más información en Balayé (1988: 332).

²²⁷Véase la ‘*Instruction concernant la conservation des manuscrits, chartes, sceaux, livres imprimés, etc. provenant du mobilier des maisons ecclésiastiques, et faisant partie des biens nationaux faite par les comités d’administration des affaires ecclésiastiques et d’aliénation des domaines nationaux*’ (15 décembre 1790) en Robert (1883: 9-10).

²²⁸Los primeros decretos relativos al cuidado y la salvaguarda de las bibliotecas son aquellos establecidos por la Asamblea Nacional tras la confiscación de bienes eclesiásticos. En concreto, nos referimos al *Décret relatif aux bibliothèques des établissements religieux supprimés* (14 novembre 1789), las *Lettres patentes du Roi confirmant le décret de l’Assemblée nationale relatif aux bibliothèques des communautés religieuses* (26 mars 1790) y el *Décret de l’Assemblée nationale sur l’aliénation des biens nationaux* (octobre 1790). Véase Robert (1883: 7-8).

²²⁹En palabras de los *Comités-réunis*: “*Parmi les effets mobiliers des établissements ecclésiastiques, dont les biens font partie des domaines nationaux, il se trouve une infinité de monuments qui intéressent les lettres, les sciences et les arts. Pour les conserver, il est nécessaire d’en prévenir la dispersion et d’en empêcher le dépérissement. (...) Mais avant tout, il convient d’indiquer les objets qu’on doit conserver et les moyens de les garantir des accidens qui pourroient les endommager, soit avant, soit après l’apposition des scellés. C’est le but de cette instruction (...) 1. Manuscrits, chartes, sceaux: rien n’est plus nuisible aux manuscrits que l’humidité; on se gardera donc d’en placer aucun sur le plancher (...) 2. Livres imprimés: ce qu’on vient d’observer à l’égard des manuscrits est également applicable aux livres imprimés (...) et on emploiera, dans leur déplacement, le plus d’ordre qu’il sera possible, pour que les divisions déjà établies dans les bibliothèques puissent subsister(...)*” (‘*Instruction concernant la conservation des manuscrits...*’ en Robert (1883: 9-10).

la manera de comprender el marco y las condiciones comunicacionales en las que circulaban los bienes culturales. Es decir, se trataba de sentar las bases para la construcción de una infraestructura bibliográfica novedosa, en la cual se tendiera a sustituir el viejo contexto fragmentado de bibliotecas (nobiliarias, eclesiásticas, particulares, corporativas, etc.) por otro en el que la regulación y el eventual intercambio entre las mismas presupusiera la acción y los códigos comunicacionales impuestos por el Estado, tal y como se desprende de algunos artículos señalados con antelación²³⁰.

El comité dio un plazo de tres meses, pero aquello resultaba extremadamente insuficiente, sobre todo en lo que respecta a las bibliotecas y las colecciones *provinciales*. Allí los problemas y las reticencias fueron mucho mayores, especialmente por parte de los representantes municipales, los cuales mantuvieron en numerosas ocasiones una actitud *poco colaborativa* con las peticiones de información dirigidas desde París.

Para ello se invocaban múltiples y variadas razones, algunas de ellas sumamente cuestionables como declarar la ausencia de colecciones interesantes en el ámbito de su territorio, otras por el contrario en las que se invocaba la importancia secundaria del inventario con respecto a otras tareas de mayor urgencia municipal²³¹, tales como la venta de los dominios nacionales, la renovación parcial de los cuerpos administrativos, etc. Y por último, una tercera razón en la que se acababa por admitir la imposibilidad de ejecutar correctamente tales medidas debido al saqueo ejecutado en las bibliotecas por parte de los curas²³².

²³⁰ En verdad, el objetivo es construir un circuito o una red, por así decirlo, en la que circularan, en tanto que bienes *nacionales*, la totalidad de libros procedentes de las bibliotecas confiscadas. En ese sentido conviene hacer un paralelismo entre esta pretensión y algunos artículos de la *Bibliographie Universelle de la France*. En particular, en el artículo 4º, que dice: “4º *De procurer aux départements dans le ressort desquels il manque un livre utile, les doubles (...) qui se trouvent superflus dans un autre département.* Lo que significa que las diversas bibliotecas, en tanto que bienes públicos, han de comportarse como si sus bienes fuesen piezas de un fondo común, regulado en última instancia por el Estado. Y en el artículo 5º: “*De faire former en peu de temps le catalogue de chacune des bibliothèques des départements, puisque les cartes se trouveroient déjà faites, et les livres bons ou inutiles distingués, d’y énoncer de la même manière dans tout le Royaume les titres des livres semblables, d’en connoître le numéro, de faire classer tous les ouvrages dans le même ordre, et d’employer les mêmes lettres ou chiffres de subdivision, de manière que un sçavant françois ou étranger voyageant en France puisse dans toutes les bibliothèques trouver sous la même lettre et dans le même ordre tous les livres que chaque bibliothèque contient sur une même matière, et enfin de pouvoir conserver pour les livres la note de l’ancienne maison d’où ils proviennent (...)*” (‘*Détails sur le travail des comités...*’ en *Ibíd*: 29).

²³¹ Véase la respuesta del distrito de Bellevue el 11 de abril de 1791. Dice así: “*Nous avons l’honneur d’observer [...] que nos occupations très multipliées et surtout la vente des biens nationaux, ne nous ont pas permis jusqu’à ce jour de faire la vérification de l’inventaire que la municipalité de situation a fait...*” (11 abril 1791, Archives Nationales F¹⁷ 1187. Citado en Riberette (1970: 25).

²³² Véase por ejemplo el caso de Burdeos, en donde la disparidad de cifras en torno a los distintos inventarios dirigidos en apenas 20 años pone de manifiesto un desajuste sospechoso: “*On conçoit sans peine que les religieux, informés par l’avance de la saisie de leurs biens, ne se privèrent pas d’en dissimuler une partie. Cela explique la*

Sea como fuere, una cosa es clara: el trabajo de catalogación diseñado desde París suscitaba enormes resistencias, casi todas ellas provocadas por el temor de los distintos municipios a ser despojados de sus riquezas literarias (Riberette en Varry et al, 2009: 32), pero también por el mantenimiento de una mentalidad muy poco propensa al valor *patrimonial* y *cultural(ista)* de los objetos, sobre todo cuando estos últimos versaban sobre temas tan poco alentadores como la teología y el mundo eclesiástico, vestigios claros de una época pasada y difíciles de conciliar con el valor político y pedagógico de las futuras bibliotecas de uso público²³³.

En ese sentido conviene tener en cuenta un dato significativo: en marzo de 1791, de los 83 departamentos que integraban el territorio francés, solamente 15 habían respondido a las demandas elaboradas en diciembre de 1790, suministrando los respectivos catálogos a los *Comités-réunis*, y estos, a su vez, a la oficina de bibliografía de la *Commission des Quatre-Nations*.

El caso de París, sin embargo, resultaba especialmente extraordinario, ya que las tareas relacionadas con el inventario fueron desarrolladas de una manera más rápida y eficaz²³⁴. Ello fue así debido al cuidado y la proximidad de importantes eruditos versados en el tema, tales como Joseph Van Praët²³⁵ o Hubert-Pascal Ameilhon, este último bibliotecario de la villa de París y encargado de dirigir los trabajos de catálogo e inventario desarrollados en las principales *dépôts littéraires* de la capital: los Capucins de Saint-Honoré, Iglesia Louis-la-Culture, Convento de los Petits-Augustins, etc. (Balayé, 1970: 73).

No obstante, esta situación apenas era extrapolable al conjunto del territorio francés; de hecho, la mayor parte de sus departamentos estuvieron sobrecargados por otro tipo de tareas admi-

différence excessive existant entre le nombre des ouvrages portés sur les catalogues de leurs bibliothèques, transcrit quelques années avant la Révolution, et celui des livres saisis dont les catalogues ont été faits par les commissaires aux bibliothèques nationales (...)”. (Celeste, R.: *Histoire de la bibliothèque de la ville de Bordeaux*, Bordeaux, 1892, pp. 23-24. Citado en Riberette, 1970: 10).

²³³ Es obvio que entre la enorme cantidad de libros procedentes de las bibliotecas eclesiásticas (se estima que 4 millones) un número considerable versaba sobre temas de carácter eclesiástico y teológico: breviarios, libros de coros, obras de ascetismo, tratados de derecho canónico, etc. El conocimiento de esta realidad, sumado al enorme exceso de funciones y sobrecargas administrativas, hacía comprensible que las instancias municipales pusieran menos ímpetu en el trabajo de inventario y catálogo de sus respectivas bibliotecas. Véase Riberette (1970: 13).

²³⁴ De hecho, el propio H. P. Ameilhon, bibliotecario de la villa de París, aseguraba que a fecha del 30 de Septiembre de 1791, más de la mitad de los títulos estaban ya transcritos en cartas. Más información en ‘*Détails circonstanciés de chacune des opérations nécessaires pour parvenir à la confection du travail de la Bibliographie générale commencé par les Comités réunis de l’Assemblée nationale constituante et continué par la section des bibliothèques et monuments du Comité d’instruction publique établi par l’Assemblée nationale législative*’ en Archives Nationales F¹⁷ 1079. Citado en Riberette, 1970: 28).

²³⁵ El papel desempeñado por Joseph Van Praët en el enriquecimiento de la *Bibliothèque Nationale* fue importantísimo. Fue él quien reorganizó el departamento de los ‘impresos’ para abrirlo al público. Pero también fue él quien tuvo que administrar los primeros enriquecimientos provocados por las confiscaciones revolucionarias. Más información en Foucaud (en Varry, 2009: 302).

nistrativas, con lo cual el trabajo de inventario y censo bibliográfico no recibía más que una atención superficial y secundaria, y por lo general ejecutada por personas ajenas al mundo bibliográfico y poco propensas a uniformar las formas y los criterios de trabajo.

Tanto el *Comités-réunis* como la *Commission des Quatre-Nations* eran plenamente conscientes de esto: de ahí la redacción de una segunda instrucción destinada a responder a las quejas departamentales e introducir la *uniformidad* en la redacción de los respectivos catálogos²³⁶. Este texto fue redactado por Mercier de Saint-Leger en mayo de 1791 y su objetivo era difundir instrucciones precisas en torno a los catálogos y las maneras de proceder que debían realizarse en los municipios.

Ahora bien, este tipo de problemas no fueron los únicos que aquejaron al desarrollo de la *Bibliographie universelle de la France*. Junto a ellos, existían otros interrogantes, quizá más acuciantes, que procedían de la incertidumbre suscitada por la coyuntura política inmediata (Ribet, 1970: 29).

En otras palabras, si la disolución de la Asamblea Constituyente había comportado un importante cambio en la composición del cuerpo legislativo, ¿por qué no pensar entonces que la Asamblea resultante (legislativa) podría ocasionar importantes cambios en el ámbito bibliográfico? Es más, ¿por qué no pensarlo, en definitiva, si el propio d'Ormesson, promotor de la *Bibliographie Universelle*, había sido privado de su asiento como diputado en la nueva Asamblea Legislativa? ¿Por qué no esperar posibles represalias contra d'Ormesson y su proyecto bibliográfico?

Sin duda la situación era dudosa. No obstante, la particularidad de un proyecto tan centralista como éste *lo hacía plenamente coherente con el proceso de concentración política y cultural* finalizado por la Revolución francesa. Razón por la cual el proyecto promovido por d'Ormesson estuvo plenamente refrendado por la Asamblea Legislativa. En efecto, el 12 de Diciembre de 1791, Jean Debry, miembro del recién constituido *Comité d'Instruction publique*, enviaba un

²³⁶ Obviamente no es cuestión de precisar aquí tales instrucciones. Basta con señalar el carácter con el cual se presenta esta instrucción. Dice así: "*Les catalogues qu'il est nécessaire de dresser, n'ont d'autre objet que de procurer une connoissance exacte de tous les livres, tant imprimés que manuscrits, qui existent dans celles des bibliothèques de chaque département qui font partie des biens nationaux. Quoique la méthode indiquée ci-dessous pour faire ces catalogues, soit la plus simple ou la plus facile, il est cependant essentiel que ceux qui seront chargés de ce travail, ayent quelque teinture des lettres, et qu'ils sachent au moins la langue latine (...). Elles commenceront le travail par la première tablette ou armoire à gauche, et elles finiront par la dernière, qui est à droite: elles prendront un de ces morceaux ou bandes de cartes que nous avons appelés fichets, et écriront au haut le numero pre-*

informe a la Asamblea Legislativa reclamando la continuidad de los trabajos auspiciados por los *Comités-réunis*, a lo cual se añadía una importante sugerencia destinada a no escatimar gastos de cara a la realización de semejante tarea, tan *útil e instructiva* para la Nación francesa²³⁷.

Por lo general, esta fue la tónica durante el periodo de gobierno de la Asamblea Legislativa. Es decir, un apoyo constante de los poderes públicos a través de cartas y circulares que reclamaban mayor rapidez en los trabajos de inventario de los fondos provinciales²³⁸.

Ahora bien, esto fue así hasta el advenimiento de la Convención Nacional, momento éste en el que se introdujeron importantes cambios en materia de organización y gestión directiva del proyecto (Riberette en Varry et al, 2009: 33). En efecto, el periodo que va de septiembre de 1792 en adelante se caracteriza por una profundización de las medidas adoptadas en el curso de los tres años precedentes. La más relevante, sin embargo, fue la aniquilación de Luis XVI y la proclamación de una República de tipo nacional y constitucional, lo que sin duda conllevó importantes cambios en el interior de la maquinaria administrativa.

De todos ellos, cabe retener ahora, aunque sea de manera esquemática, la destitución de la *Commission des monuments* y los *Comités-réunis* como supervisores de los trabajos bibliográficos (*Ibid*: 34). No obstante, aquella medida, aparentemente administrativa, escondía fuertes connotaciones de carácter político, ya que se trataba de una disposición dirigida expresamente contra el propio d'Ormesson, quien a pesar de sus respectivos aciertos, continuaba defendiendo a la nobleza y el mantenimiento de una monarquía de tipo constitucional.

mier, puis elles (...) (*'Instruction pour proceder à la confection du catalogue de chacune des bibliothèques sur lesquelles les directoires ont dû ou doivent incessamment apposer les scellés*. 15 mai 1791, en Robert (1883: 11).

²³⁷En este informe Debray señala 3 cosas: la importancia del proyecto de d'Ormesson, sus resultados hasta el momento y la necesidad de financiar este proyecto por parte de la Asamblea Legislativa: "*Un plan vaste par son utilité s'est développé à leurs yeux et le succès avec lequel il a été suivi jusqu'alors malgré les retards et les difficultés de tout genre est un sûr garant de celui que peut promettre sa continuation: former un catalogue écrit de tout ce que les établissements publics et les maisons supprimées renfermoient de précieux, rendre à la lumière (...); les répartir avec justice entre les départements de l'empire pour y être comme des phares de correspondance; vendre, sans crainte d'erreur, les objets peu utiles ou multipliés, mais ne vendre que ceux-là; donner à chaque dépôt sa bibliographie particulière et à l'Europe la bibliographie générale de la France (...). Nous nous contenterons de vous observer qu'au 30 7bre il avoit recueilli les états de cent-sept districts les plus riches en bibliothèques donnant un total de quatorze-cent-quatre-vingt-dix mille soixante-dix-neuf volumes et que dans le seul département de Paris, le travail complet étoit fini sur 439.348, que depuis cette époque plus de cent-cinquante-mille volumes ont passé à l'examen et à l'annotation, que les districts continuent l'opération et l'envoi des cartes (...). Assurément, MM., vous ne trouverez aucune considération qui vous engage à interrompre cette magnifique exécution et à faire tomber en pure perte par une fausse économie la dépense déjà faite. Cette dépense consiste en frais de transport dans les chefs lieux, frais de catalogue à faire exécuter, frais de gardien, de loyer et de réparations d'emplacement. (...)*" (*'Le rapport Jean Debry*. 12 décembre 1791', citado en Riberette, 1970: 109-112).

²³⁸Véanse, por ejemplo, la circular dirigida por el ministro de Interior Cahier de Gerville el 14 de enero de 1792 (Archives Nationales., F¹⁷ 1305, dossier 10), o bien las circulares emanadas del *Comité d'Instruction publique*

La Convención tomó cartas en el asunto: lo que supuso la destitución de d'Ormesson como director de las instituciones bibliográficas²³⁹. En su lugar la Convención se aseguró el mantenimiento de personas obedientes, personas cuya adscripción al conjunto de valores y convicciones republicanas hiciesen difícil la pervivencia de los viejos y persistentes reductos nobiliarios, sobre todo en lo que se refiere a las instituciones bibliográficas recién creadas.

Ahora bien, a pesar de tales cambios, la Convención Nacional siguió considerando la *Bibliographie* como un proyecto pertinente, máxime cuando la segunda oleada de confiscaciones revolucionarias había suministrado al dominio público otro conjunto considerable de bienes y materiales bibliográficos. Prueba de ello es el informe redactado por el abad Grégoire el 22 de Germinal del año II (11 de abril de 1794), en el cual vienen a ratificarse las líneas generales establecidas por d'Ormesson²⁴⁰, así como los diversos beneficios que dicho trabajo podría reportar al pueblo y la Nación francesa²⁴¹.

Con respecto a esto último, cabe destacar el optimismo que destila la parte final del texto, posiblemente por razones específicas del momento, ya que el propio Grégoire esperaba que la ley del 8 de Pluvioso del año II permitiese acelerar el envío de cartas y catálogos por parte de las

a los departamentos (Archives Nationales., F¹⁷ 1258) y los distritos (Archives Nationales., F¹⁷ 1305). Más información en Riberette (1970: 31-32).

²³⁹ En la época de la Convención Nacional, Lefevre d'Ormesson fue destituido tanto de su puesto como bibliotecario del rey como de la dirección de los trabajos bibliográficos. En ambos casos, la sustitución fue realizada por motivos políticos. En su lugar se puso a personas cercanas al espíritu y los valores del nuevo cuerpo legislativo, tales como Carras y Chamfort, bibliotecarios en la nueva Biblioteca Nacional, y Urbain Domergue, patriota republicano y encargado de dirigir los trabajos relativos a la oficina bibliográfica. Más información en Balayé (en Varry et al, 2009: 74).

²⁴⁰ En cuanto a este primer aspecto cabe señalar el comienzo del informe. Dice así: “*Depuis longtemps un travail bibliographique est commencé sur les livres appartenants à la nation. (...) Associé aux commissaires chargés de surveiller cette opération, je viens, au nom du Comité d’Instruction publique, vous exposer les mesures que nous avons prises pour réorganiser ce travail, et lui donner une plus grande activité, afin que dans le cours de votre session vous soyez à portée de répartir vos richesses bibliographiques, dont je vous présenterai un aperçu*”. (‘Rapport sur la bibliographie, par Grégoire. Séance du 22 Germinal, l’an 2 de la République, une et indivisible’, BNF, département Philosophie, histoire, sciences de l’homme, 8-Le38-757 (A):1-2).

²⁴¹ Sobre este punto existen una diversidad de beneficios concretos: “*Le travail bibliographique fournira des matériaux abondants: 1° Pour travailler à neuf l’histoire de France, car cet ouvrage est à refaire: alors seront mises au jour une foule d’anecdotes inconnues qui attestent les forfaits du despotisme. 2° Pour faire un dictionnaire des livres anonymes et pseudoanonymes, ouvrages que manque à la littérature (...) 3° Un tableau généalogique des connaissances humaines (...) 4° La paléographie de notre langue, qui sera désormais la langue de la liberté (...)*” (‘Rapport sur la bibliographie...’, p. 10). Y beneficios de carácter más general. “*Quand nous aurons formé le catalogue général, nous appellerons le goût et la philosophie pour exploiter cette mine féconde et pour chercher la paillette d’or jusqu’à dans la fange des livres absurdes (...). Après avoir garni les bibliothèques nationales, il vous restera de bons ouvrages dont les exemplaires étoient extrêmement multipliés: on pourra les vendre. Quant à ceux qui auront été mis à l’index de la raison, ils pourront encore devenir les objets d’échange avec les nations étrangères, et nous procurer ceux de leurs ouvrages qui nous manquent et qui ne sont pas indignes d’entrer dans les bibliothèques d’un peuple libre (...)*” (Ibíd: 12-13).

distintas instituciones municipales. Sin embargo, la realidad no fue así, o al menos no lo fue como para finalizar un proyecto de esta envergadura en un plazo de una década²⁴².

En efecto, el proyecto de la *Bibliographie universelle* tuvo su fecha de defunción recién constituido el Directorio de la I República. Aunque en realidad podemos ver reticencias al proyecto en la época de la reacción thermidoriana, cuando la comisión ejecutiva del *Bureau de Bibliographie* declaraba al *Comité d'Instruction publique* su hostilidad al mantenimiento de un servicio que le acaparaba casi tantos empleados como los que contaba entre sus filas²⁴³.

Posteriormente, una vez constituido el Directorio, una circular del ministerio del Interior hacía saber a los departamentos la decisión de cesar todos los trabajos relativos a la redacción y el envío de catálogos bibliográficos. En ese momento, el 9 de Ventôse del año IV (28 de febrero de 1796), el proyecto bibliográfico se daba por finalizado, con independencia de los resultados obtenidos hasta el momento y con la conciencia muy clara de que no se habían alcanzado, ni por asomo, las finalidades planteadas inicialmente. Por eso, llegados a este punto, cabe plantear ahora, aunque sea de manera esquemática, qué tipo de consecuencias o de beneficios concretos reportó una empresa de estas características. Dicho de otro modo, ¿qué quedo de todo ello? ¿Qué quedó, en definitiva, de una operación que, durante casi un lustro (1791-1795), había movilizadotantos y tantos recursos humanos y financieros?

La respuesta es clara. Lo esencial de este trabajo, lo que, con toda evidencia, constituye su aspecto más fructífero, es la *información* suscitada por sus respectivas actividades; de ahí la utilidad de la misma al margen de su evidente incompletud. Lo importante, por tanto, no es la culminación o no de un proyecto basado en un catálogo de catálogos, tarea harto imposible dada la escasez de medios, sino el hecho mismo de haber puesto en marcha un conjunto de recursos destinados a realizarlo, hecho éste que suscitó numerosas *informaciones en torno a las riquezas literarias* de los departamentos, la naturaleza de los libros, su cantidad, la viabilidad de su destrucción o incorporación a las futuras bibliotecas públicas (Riberette, 1970: 104).

²⁴² “La Convention Nationale, après avoir entendu le rapport de son comité d’Instruction publique, décrète: Les administrations de district rendront compte à la Convention nationale du travail relatif à la confection des catalogues de chacune des bibliothèques de leurs arrondissements respectifs, dans le decade qui suivra immédiatement la réception du présent décret (...)” (*‘Rapport sur la bibliographie...’*, p. 15).

²⁴³ El propio Ginguené, comisario de la comisión ejecutiva del *Bureau de bibliographie*, propuso la disolución del servicio antes del advenimiento del Directorio. El texto en cuestión lo podemos encontrar reproducido en los Archives Nationales, F¹⁷ 1079, dossier 3. Citado en Riberette (1970, anexe III).

Sea como fuere, una cosa es clara: el desarrollo de la *Bibliothèque Nationale*, en tanto que centro de acumulación y consulta bibliográfica, debe mucho al desarrollo del proyecto de la *Bibliographie Universelle*. Es ahí, en el contexto de una vasta y enorme operación bibliográfica, donde hemos de situar el enriquecimiento de las principales colecciones de la *Bibliothèque Nationale*. Sin él, sin este contexto marcado por el desarrollo de medidas orientadas a poner fin a la dispersión de las riquezas bibliográficas, hubiese sido diferente el proceso de afianzamiento y de crecimiento extraordinario de la *Bibliothèque Nationale*.

En las páginas siguientes ofreceremos algunas pistas en relación a este último tema. Ahora bien, nos centraremos solo en un periodo restringido, el que se expande a lo largo de todo el periodo revolucionario, siendo conscientes de que la *Bibliothèque Nationale* también amplió sus colecciones, aunque de manera no tan abundante y rápida, en las épocas posteriores (Restauración, Imperio, Monarquía de Julio, etc.).

2.2.3. - Las confiscaciones y la *Bibliothèque Nationale*: una relación ventajosa

Como se ha sugerido antes, el decenio revolucionario constituye la etapa más fructífera de la historia de la *Bibliothèque Nationale*. Nunca antes en la historia de esta biblioteca se produjo un aumento de fondos tan vertiginoso en un lapsus de tiempo tan corto.

Sin embargo, este súbito crecimiento no es fruto de un proceso aleatorio o desordenado; al contrario, se trata de una realidad organizada, que sigue un patrón de crecimiento basado en las distintas oleadas de confiscación de bienes sucitadas por el poder político.

En este epígrafe no se trata de explicitar todos y cada uno de tales enriquecimientos, ya que semejante tarea sería absolutamente irrealizable, pero al menos sí parece necesario, aunque sea de manera indicativa, apuntar algunos ejemplos relativos al tema, en orden a ilustrar las razones por las cuales esta biblioteca pudo convertirse en uno de los núcleos más importantes de la infraestructura documental del siglo XIX.

En ese sentido, conviene tener en cuenta una fecha importante: el 2 de noviembre de 1789. Esta fecha indica el momento en el que la ley de confiscación de bienes eclesiásticos puso a manos de la Nación innumerables colecciones retenidas en las bibliotecas de las abadías parisinas. En concreto, se estima que cerca de 800.000 obras fueron reagrupadas en torno a los *dépôts littéraires* de París bajo la autoridad de Hubert-Pascal Ameilhon (Blasselle, 1989: 23).

Muchas de aquellas piezas pasaron a formar parte de la voluminosa colección de la *Bibliothèque du roi*. Esto es lo que sucede con algunos documentos y materiales (manuscritos, cartas, estampas, etc.) contenidos en las distintas abadías de la región parisina, tales como los tesoros de *Saint-Denis* (p. ej. el trono de Dagoberto.) o la *Sainte-Chapelle* (p. ej. el camafeo de Tiebrijo), el medallero de *Sainte-Geneviève* (que suministra cerca de 20.000 medallas), los manuscritos de la *Sorbonne* (p. ej. 1883 manuscritos), los manuscritos carolingios de *Saint Médard de Soissons*, las cartas del abad de *Cluny*, las estampas de la abadía de *Saint-Victor* (p. ej. cerca de 30.000 estampas mitológicas), etc (*Ibíd*: 24).

No obstante, a pesar de la diversidad, cabe destacar ahora dos ejemplos importantes, y no solo en lo que se refiere a la cantidad de ejemplares incautados, sino también al carácter cualitativo de los mismos, así como a la continuidad argumental que estos ejemplos suponen con respecto al objeto de análisis (la producción y recopilación de fuentes, el desarrollo de inventarios por parte de los benedictinos, el Cabinet, etc.) desarrollado en el capítulo anterior.

1/ En primer lugar, un primer ejemplo relativo a los documentos de la abadía de *Saint-Germain-des-Près*. En este caso, hablamos de más de 9000 manuscritos confiscados, una cifra relativamente escasa pero importante en lo que se refiere al valor histórico y diplomático de los manuscritos (*Ibídem*). Para entender esto hay que tener en cuenta la longevidad de la orden benedictina, así como su desarrollo interno en cuanto fábrica o laboratorio de investigación erudita.

En efecto, la abadía de *Saint-Germain-des-Près* no es cualquier abadía; su interior alberga infinidad de colecciones absolutamente extraordinarias. Fruto, entre otras cosas, de casi nueve siglos de duración en los que los diferentes Capítulos se habían procurado manuscritos de varios conventos, así como donaciones de cierta relevancia desde el punto de vista eclesiástico o civil, tales como los manuscritos de Séguier, los manuscritos de Eusèbe Renaudot, etc. (Balayé, 1970: 81).

Con todo se sumaban un total de 8421 manuscritos, a los cuales había que añadir los archivos de los trabajos de los mauristas, que incorporaban 1474 volúmenes centrados en la historia civil y eclesiástica del reino (*Ibídem*). De ese modo, la *Bibliothèque Nationale* recogía el testigo legado por los mauristas, produciéndose así no una continuación propiamente dicha de las tareas diplomáticas, pero sí una *conservación* y una *exposición* de las mismas en orden a suministrar sólidos materiales para el análisis y el desarrollo de las letras en Francia.

2/ Y en segundo lugar, otro ejemplo que, aunque no proceda estrictamente de las casas eclesiásticas, resulta interesante para entender la importancia de la *Bibliothèque Nationale* como un conservatorio para los conocimientos históricos. Nos referimos a los papeles y las recopilaciones compiladas por el *Cabinet des chartes*. El 14 de Agosto de 1790 la Asamblea Constituyente decide reunir en la Biblioteca del rey el depósito unificado (*dépôt des chartes*) construido poco antes por Jacob-Nicolas Moreau. Con ello la Biblioteca del rey *se beneficia de importantes materiales para la historia jurídica y administrativa de Francia*, especialmente en lo que se refiere al papel desempeñado por la monarquía en el proceso de concentración política llevado a cabo en la época absolutista.

En este caso tampoco se trataba de heredar las tareas de cotejo y compilación crítica de fuentes, pero sí de concentrar y salvaguardar aquellos materiales que podían servir para el desarrollo de la historia jurídica y administrativa de Francia. Eso sí, con una clara pero importante diferencia: ahora el trabajo realizado por el *Cabinet des chartes* se situaba en un contexto político distinto. Lo que significaba un uso estrictamente diferente al que habían sido confiados en el momento mismo de su producción. Ya no se trataba de publicar y cotejar fuentes con el objetivo de motivar la superioridad legislativa de la monarquía, sino de *salvaguardar estos materiales con arreglo al interés que aquellos pudiesen tener para el ámbito de las artes y el pensamiento*, a fin de constituirlos en una colección más entre otras subordinada a los intereses y el nuevo valor patrimonial que va surgiendo en la nueva configuración política suscitada por la Revolución francesa. Con todo, el beneficio reportado fue apreciable: cerca de 40.000 cartas se anexionaron al departamento de ‘manuscritos’ de la Biblioteca del rey (Blasselle, 1989: 23).

Obviamente podríamos seguir ilustrando esta idea con decenas de ejemplos significativos; pero más importantes si cabe que esto es sin duda recordar el contexto en el que se produjeron tales incorporaciones, las cuales fueron numerosas y en absoluto enumerables en una investigación de estas características²⁴⁴.

²⁴⁴ Según Dominique Varry, el volumen total de las incautaciones suscitadas durante la primera oleada de confiscaciones revolucionarias fue enorme. Basándose en la primera estadística general realizada sobre las bibliotecas eclesiásticas de los 83 departamentos (23 de febrero de 1791) se señalaba una cifra más que considerable: en total 4.168.439 de volúmenes impresos y 25.973 de manuscritos en toda Francia. En ella, como es lógico, París asumía la voz cantante, con 793.871 volúmenes impresos y 14.249 manuscritos, es decir más de 800.000 volúmenes para toda la región parisina, más de 31 fajos de títulos y 5 gabinetes de medallas y antigüedades, de los cuales las principales bibliotecas parisinas fueron sus futuros beneficiarios (La *Bibliothèque nationale*, la Biblioteca de *Sainte-Geneviève*, la Biblioteca del *Arsenal* y la Biblioteca *Mazarine*). Más información en Varry (2009: 18).

Ahora bien, el enriquecimiento bibliográfico de la *Bibliothèque Nationale* no se debe solo a este tipo de confiscaciones patrimoniales. Junto a estos ejemplos, que fueron innumerables, existieron otros casos cuya apropiación presentaba otro esquema de intelección. Nos referimos a los enriquecimientos suscitados por la victoria y los botines de guerra, en los que Francia, o bien su armada revolucionaria, ya fuese durante la Convención o en la época napoleónica, se apropió de importantes tesoros e innumerables materiales (bibliográficos, archivísticos, etc.) procedentes de los países derrotados, los cuales estuvieron momentáneamente ocupados y sometidos a la autoridad francesa hasta la caída del Imperio (1815).

En este caso, la lista de incorporaciones fue considerable, sobre todo por el alto valor documental de algunas de las piezas apropiadas. En Bélgica, por ejemplo, el éxito de las armadas revolucionarias supuso la llegada de decenas de cajas que contenían los manuscritos de la Biblioteca de Bruselas; en los Países Bajos se confiscaron estampas y piedras grabadas de los Stathorder; de Egipto se trajeron cientos de documentos orientales, así como monumentos y diversos materiales artísticos; de 'Alemania' también llegaron importantes documentos. No obstante, las piezas más valiosas, aquellas que sin duda constituían la coronación propiamente dicha del material bibliográfico, eran aquellas procedentes de Italia. En este último caso se apropiaron piezas de muy alto valor documental, tales como manuscritos anotados por Petrarca, de Galileo, de Leonardo da Vinci, o bien los manuscritos papales de la biblioteca del Vaticano, entre otras cosas (Blasselle, 1989: 24; Varry, 2009: 18; Balayé, 1988: 383).

Con respecto a esto último conviene señalar un aspecto importante: tales apropiaciones no se hacían de una manera desordenada, al estilo de un saqueo o un pillaje ordinario; más bien ocurría lo contrario, de hecho, existía una lista confeccionada por los propios empleados de la *Bibliothèque Nationale* o el museo de las Artes en la que se precisaba qué tipo de documentos o piezas artísticas resultaban más interesantes en orden a completar las colecciones internas de las principales instituciones francesas²⁴⁵.

En ese sentido, existía una cierta autocomprensión idealizada de los botines de guerra, en la medida en que se trataba de hacer pasar por provechoso y desinteresado aquello que no era sino un simple e interesado botín de guerra. En efecto, en la mente de los comisarios revolucionarios *las confiscaciones patrimoniales realizadas en actos de guerra recibían una justificación ideo-*

²⁴⁵ El propio Pierre Daunou, antes de convertirse en guarda general de los Archivos Nacionales, formó parte de una comisión de intelectuales encargados de reunir los objetos preciosos de los países invadidos y enviarlos posteriormente a París. Véase Balayé (1970: 78).

lógica ilustrada. Con ellas se trataba de ‘liberar’ las distintas riquezas culturales de las manos y el control de sus déspotas propietarios, a fin de ubicarlos en el marco de un régimen político (nacional) en el que podrán ser expuestos a la mirada atenta y reflexiva del mundo erudito, y más en particular, como señala D. Varry (2009: 26), a la mirada del conjunto de los *ciudadanos*.

De ahí el tema de la justificación ilustrada: en su origen, no existía la más mínima conciencia de expoliar a los países vencidos; al contrario, muy a su pesar se trataba de una acción en defensa de la ‘Cultura’ y el género humano, de manera que al liberar esas riquezas de los déspotas y los países *atrasados*, Francia asumía un papel civilizatorio, lo que otorgaba a estas apropiaciones una suerte de aureola moral, ya que con ellas o, mejor dicho, por mediación de ellas, el poder político hacía efectivo el ideal *enciclopédico* de la Ilustración, en tanto que este último aparecía como garante del conocimiento humano y precursor de los efectos positivos de la Alta Cultura en el ciudadano.

Ahora bien, este proceso de acumulación y enriquecimiento documental tiene un receso importante tras la caída de Napoleón I. En ese momento, el conjunto de tratados de paz vinculados al Congreso de Viena exige de Francia la restitución inmediata de buena parte de los tesoros literarios y artísticos que habían sido incautados en Europa tras el éxito de las armadas revolucionarias. Es ahí cuando se puso fin al crecimiento vertiginoso que había caracterizado el desarrollo de las colecciones bibliográficas en el decenio revolucionario. Así, de los 1500 manuscritos confiscados en Italia casi todos ellos, a excepción de los 44 que Daunou había tomado de la biblioteca de Pío VI, fueron restituidos a los centros de origen. Y lo mismo parece ocurrir con otros tantos documentos procedentes de Alemania, Austria o Bélgica (Blasselle, 1989: 26).

Posteriormente, tras la caída de Napoleón Bonaparte y la implantación de la Restauración borbónica, el desarrollo de la *Bibliothèque Nationale* fue más pobre en adquisiciones. Es cierto que hubo algunas incorporaciones notables, como por ejemplo la compra de manuscritos procedentes de la abadía de Cluny o la colección Cousinéry, con más de 6000 medallas antiguas, pero en general estuvo lejos de igualar el volumen y la calidad de los enriquecimientos precedentes (Balayé en Varry et al, 2009: 316).

Más tarde, en la época de la Monarquía de Julio y el Segundo Imperio, la Biblioteca nacional fue objeto de una mayor implicación por parte de los poderes administrativos. Se planteó por ejemplo una mayor financiación de la biblioteca, a fin de que esta última pudiese atraer hacia sí importantes colecciones de impresos y manuscritos. De esta época data por ejemplo la compra

por 90.000 francos de la colección *La Bédoyere*, con más de 100.000 piezas publicadas entre 1789 y 1829, versadas en la Revolución francesa, el Imperio y la Restauración (*Ibíd*: 317).

Y por último, cabe reseñar el papel de L. Delisle en la mejora y el enriquecimiento de la *Bibliothèque Nationale* durante la Tercera República. En ese momento, los fondos internos se acrecentaron a ritmos importantes, no tanto quizá como en la época de las confiscaciones, pero sí en un grado mayor al de las épocas inmediatamente anteriores. Prueba de ello es la entrada de múltiples colecciones procedentes de lugares diversos, tales como el British Museum, la Biblioteca de Renan o la anexión de los fondos del castillo de Fointenebleau (40.000 volúmenes) y de Compiègne, con los cuales el administrador general de la *Bibliothèque*, L. Delisle, emprendió el catálogo de toda la sección dedicada a los impresos (*Ibíd*: 321).

Pues bien, llegados aquí, parece lógico concluir este epígrafe dedicado a la Biblioteca Nacional. Obviamente no hemos planteado muchas cosas, algunas de ellas sumamente interesantes como las purgas políticas que tuvieron lugar en el tránsito de la Asamblea Legislativa a La Convención (Foucaud en Varryet al, 2009: 302). No obstante, ello ha sido así debido a los particulares intereses que guían el conjunto de la investigación.

Entendámonos: nuestro objetivo no era realizar una presentación al uso de la *Bibliothèque Nationale*, con sus hitos, sus personalidades o una descripción minuciosa de su geografía institucional. Nuestro objetivo en cambio era más modesto y delimitado. Se trataba de habar de la Biblioteca nacional insertándola en el marco de un movimiento suscitado tras las leyes de confiscación de bienes. Un movimiento sin embargo cuya realización repercutía poco a poco en la manera de experimentar la comunicación y la sociabilidad documental de los investigadores.

En lo sucesivo analizaremos el impulso desarrollado por la *Monarquía de Julio* en materia de infraestructura archivística y documental. Para ello será preciso centrarse en las principales medidas adoptadas por el ministerio de Instrucción Pública en ese sentido: la creación del *Comité des travaux historiques*, de la *École des chartes*, de las bibliotecas municipales, el control de las sociedades eruditas, la publicación de fuentes, etc.

2.3. - La Monarquía de Julio o el asentamiento de Clío

El periodo histórico al que se suele llamar la Monarquía de Julio ocupa un lugar importante en la historia de la infraestructura documental. Considerado en su dimensión histórica, este pe-

riodo se remonta a Julio de 1830, fecha ésta en la que la victoria electoral de los liberales en la Cámara baja acabó por desencadenar la deriva autoritaria y absolutista de los Borbones.

En ese momento, Carlos X decidió frenar el ascenso de la burguesía disolviendo la cámara de los diputados, para lo cual no dudó un instante en apelar al derecho de soberanía y decretar leyes de emergencia (avalado por los principios de la *Charte* de 1814) contra la burguesía, tales como la suspensión de la libertad de prensa, la limitación del derecho de voto e incluso la reducción del número de diputados.

Esta decisión trajo consigo el desarrollo de tres jornadas (*Les Trois Glorieuses*) caracterizadas por motines y levantamientos armados. El pueblo de París, alentado por la mayor parte de la prensa, así como por el apoyo de la Guardia Nacional, consiguió derrotar en apenas pocas horas al Ejército Real. En ese momento, la mayoría liberal de la Cámara, apoyada por las altas finanzas, se coaligó para excluir al “pueblo” del reparto de la soberanía, estableciendo un pacto que erigía a Luis Felipe de Orléans en nuevo rey de los franceses. Dicho pacto transfería además iniciativa legislativa al ámbito de las cámaras parlamentarias, este último dominado por el sector en ascenso de la burguesía (Bergeron, Koselleck, Furet, 1989: 260).

En ese sentido la Monarquía de Julio es el resultado de una revolución política: lo que cambian son las capas sociales dirigentes, no el sistema de relaciones sociales que articulan y estructuran la vida material de los franceses (*Ibíd*: 259). De ahí el ascenso de la burguesía a los puestos claves de poder, y de ahí también la adopción de una Carta constitucional en la que se adoptaban medidas simbólicamente novedosas, tales como la adopción de la bandera tricolor o el cambio en la titularidad jurídica del poder ejecutivo (Luis Felipe era un rey instituido ‘en interés’ del pueblo y no *en su nombre*).

Ahora bien, a pesar de los escasos cambios en materia social, el hecho es que la Monarquía de Julio constituye un régimen particular, sobre todo en lo que respecta al impulso de medidas institucionales orientadas a mejorar el desarrollo del discurso histórico.

Para entenderlo es preciso tener en cuenta algunas notas referentes a su política memorial. Este último, a diferencia de otros periodos²⁴⁶, reivindica una filiación histórica que no niega ni

²⁴⁶ Recuérdese a este respecto el preámbulo de la *Charte constitutionnelle* de 1814 firmada por Luis XVIII. En ella se pone de manifiesto una ambigüedad clara en lo que se refiere a la aceptación del pasado histórico: por un lado, se trata de “*renouer la chaîne des temps*” al aceptar sustituir las viejas representaciones estamentales por las nuevas cámaras de los diputados, y por otro el rey manifiesta su profundo rechazo ante los cambios y las acciones

rechaza el pasado de Francia. Es más, lo corrobora, en la medida en que reivindica una doble filiación hasta ese momento antitética: la tradición monárquica y los ideales de 1789 (García en Delacroix et al, 2007: 34).

Con ello la Monarquía de Julio manifiesta una clara ruptura respecto al discurso de la Restauración, al menos en lo que se refiere a su política de la memoria. En efecto, ya no se trata de restaurar el viejo orden ultrajado, sino de inscribir plenamente el presente en una clara relación de *continuidad* con la historia nacional (*Ibidem*).

De ahí la importancia de este periodo para esta investigación: con él se desarrolla un régimen de gobierno cuya legitimidad no procede ni de la tradición ni del derecho divino, lo que significa que la Monarquía de Julio plantea importantes cambios en las maneras de leer y escribir el pasado.

Prueba de ello es la vocación reconciliadora que lo caracteriza, según la cual el discurso histórico debía proyectar una visión del pasado capaz de unificar a las distintas facciones (republicanos y ultramonárquicos) en torno a un relato unitario, en el cual se tratase de mostrar los vínculos necesarios que integran los distintos momentos de la historia del país. Dicho discurso, obviamente, debía rechazar toda amputación histórica del pasado (p. ej. la Revolución), pero también cualquier tentativa de infravalorar el peso de las viejas tradiciones (p. ej. la institución monárquica)²⁴⁷.

El ejemplo más claro lo encontramos en la figura de François Guizot²⁴⁸. En él se percibe una actitud práctica (el *juste milieu*) que se presenta a la vez como *ethos* y como *desenlace* de la histo-

cometidas durante el periodo republicano (“... nous avons effacé de notre souvenir, comme nous voudrions qu'on pût les effacer de l'histoire, tous les maux qui ont affligé la patrie durant notre absence (...)”).

²⁴⁷ Véase a este respecto la opinión de F. Guizot sobre la Revolución y las instituciones tradicionales (monarquía, nobleza y clero). Dice así: “Soit qu'on les célèbre ou qu'on les déplore, pour les bénir ou pour les maudire, tous s'accordent à tout oublier en présence de ces révolutions [celles d'Angleterre et de France], à les isoler absolument du passé, à les rendre responsables de la destinée du monde, à les charger seules de l'anathème ou de la gloire. Il est temps d'échapper à ces mensongères et pueriles déclamations (...) Qu'on cesse donc de les peindre comme des apparitions monstrueuses dans l'histoire de l'Europe; (...) elles ont poussé la civilisation dans la route qu'elle suit depuis quatorze siècles; elles ont professé les maximes, avancé les travaux auxquels l'homme a dû, de tout temps, le développement de sa nature et l'amélioration de son sort; elles ont fait ce qui a fait tout à tour le mérite et la gloire du clergé, de la noblesse et des rois” (Guizot, 1997: 2-3).

²⁴⁸ La vida de François Guizot (1787-1874) oscila entre la política y la historia. En 1812 comienza a impartir sus cursos en *La Sorbonne* hasta que posteriormente, influenciado por la primera Restauración, así como por la necesidad de interpretar constitucionalmente la *Charte* de 1814, decide dedicarse a la política. Después, debido a sus posicionamientos constitucionalistas, es apartado de la misma por los sectores ultramontanos y próximos al absolutismo, hecho éste que le lleva a retomar de nuevo la enseñanza histórica y la publicación de diversos artículos centrados en las cuestiones políticas del momento. Posteriormente, con la llegada de la Monarquía de Julio Guizot retorna a la primera línea de la vida política de Francia: primero, como ministro del Interior en 1830, después como

ria nacional. En efecto, el *juste milieu* no es solo una actitud de moderación política, al estilo de la tradición aristotélica, sino un compromiso práctico que solo adquiere su plena significación a la luz del conocimiento histórico del origen y la evolución histórica del pasado nacional.

En ese sentido la conexión establecida entre política e Historia adquiere una significación novelesca: ya no se trata de utilizar la Historia para justificar y reproducir la lucha de los partidos; al contrario, el objetivo es plantear un uso de la misma acorde con las finalidades de pacificación social exigidas por el contexto de la última Restauración y la Monarquía de Julio. Ahora lo que el historiador (y el historiador-político) espera de la Historia es que esta última sea capaz de restablecer el vínculo social. El pasado deja de ser un lugar de desencuentro y se convierte en un espacio cuyo conocimiento debe generar el futuro fermento nacional.

Se entiende la reivindicación pública del saber histórico. Se trata de un discurso que no debe dejar indemne a la configuración del presente; es más, lo constituye al tiempo que lo *inmuniza*, en la medida en que proporciona aquellos conocimientos que sirven para moderar las pasiones en política y no revivir el pasado y sus excesos²⁴⁹. De ahí la importancia del discurso histórico: gracias a él se adquiere una cierta moderación en política, al tiempo que se naturaliza una historia de Francia acorde a las exigencias y los intereses de la nueva burguesía en ascenso.

Para ello se pone en marcha un tipo de discurso que no trata solamente de la realidad de los conflictos presentes, sino también del lastre de la memoria de los conflictos pasados y de la gestión de los conflictos *temidos* del futuro, cuestiones que están todas ellas en el centro de las preocupaciones básicas de la Monarquía de Julio. Así, más que la vigencia de un conflicto pasado es la *voluntad de hacerlo pasado* lo que domina las representaciones históricas.

El resultado es un tipo de discurso histórico en el que el presente se exhibe como una realidad *inevitable*, algo que la historia de Francia constata a tenor de su propia evolución interna²⁵⁰,

ministro de la Instrucción Pública de 1832 a 1837, y finalmente como ministro de Asuntos Exteriores de 1840 a 1847. En este periodo Guizot adopta una serie de medidas legales orientadas al desarrollo y la institucionalización de los estudios históricos y archivísticos.

²⁴⁹ En este punto se percibe una consideración del ejercicio historiográfico en clave moral y política. Lo cual servirá de argumento para justificar la (hipotética) neutralidad epistemológica del historiador, ya que este último, dirá Guizot, es capaz de aunar al mismo tiempo los sentimientos –léase ideologías– enfrentados para buscar eficazmente el mínimo común (el *juste milieu*).

²⁵⁰ Véase a este respecto la conexión establecida por Guizot entre política e historia. Con ella el historiador francés trata de promover un posicionamiento político (liberal y burgués) fundado en la trayectoria interna del pasado nacional. “*Les événements font les institutions, et les institutions, à leur tour, exercent sur les événements un empire très réel. L'étude des institutions elles-mêmes (...) est donc d'un grand intérêt dans un pays libre; et, loin de demeurer étrangère aux réalités, elle se lie intimement à la pratique des affaires, en dévoilant clairement la texture et le jeu de ressorts actifs du pouvoir. Plus on avancera dans cette étude (...) plus on reconnaîtra, j'en suis*

habida cuenta de que dicha ‘constatación’ no es más que el producto de una construcción historio-gráfica que selecciona y procesa el material histórico en función de aquello que aparece como *el punto final* de la evolución, el cual se corresponde con la Monarquía de Julio y los intereses de la burguesía²⁵¹.

Ahora bien, llegados a este punto una cosa debe quedar clara: la Monarquía de Julio alberga una importante *necesidad de historia*, una necesidad cuya realización inmediata se hace notar en el ámbito de las condiciones de producción del saber histórico (García en Delacroix, 2007: 34). En este punto François Guizot desempeña un papel importante, en la medida en que adopta un conjunto de medidas encaminadas a implantar una verdadera política de la memoria. En efecto, ya no se trata de catalogar el pasado para convertirlo en un patrimonio de los eruditos, tal y como ocurría con anterioridad²⁵², sino de capitalizar sus monumentos y convertirlos en testigos de una historia en la cual podamos *reconocernos*. El objetivo general es cuáles de las instituciones precedentes *anunciaban y preparaban* el presente del historiador.

En ese sentido la Monarquía de Julio adelanta algunas ideas que van a imponerse en la ciencia histórica de la Tercera República. No solo legitima el respeto por las épocas pasadas sino que también promueve la investigación documental y el uso cívico de la Historia, instaurando de ese modo, tal y como señala D. Poulot, una *nueva legitimidad de la conservación*, alejada de la moral revolucionaria (de implicaciones iconoclastas) y del horizonte exclusivamente erudito de los anticuarios del Antiguo Régimen (Poulot, 1997: 386).

En este epígrafe nos detendremos solamente en las condiciones de producción del discurso histórico, dejando de lado, por razones analíticas, el examen de los discursos históricos en su aspecto narrativo. Para ello es preciso volcar nuestra atención en las instituciones creadas bajo el impulso de F. Guizot.

convaincu, que le seul moyen de fonder ensemble le trône et la charte, l'ordre et la liberté, c'est d'accepter et de constituer avec régularité, et dans toute son étendue, l'influence des chambres sur le gouvernement” (Guizot, 1820: 293-294).

²⁵¹ En ese sentido el *juste milieu* no es solo un *ethos* de moderación política, es un *habitus* de clase que ha sido naturalizado por medio de la puesta en escena (institucionalizada) de un discurso histórico que permite transmutar los intereses de clase en *desenlace* histórico. El problema es que semejante transmutación no es solamente un problema de índole analítico; al contrario, ella misma posee implicaciones políticas claras, en la medida en que esta transmutación, por lo general, se desconoce, y al desconocerse como tal, se acaba por ignorar los presupuestos (culturalmente arbitrarios) que hacen posible reconocer como ‘evidentes’ y ‘naturales’ determinadas prácticas y manifestaciones discursivas.

²⁵² En palabras de Guizot, “*les monuments originaux de notre ancienne histoire ont été le patrimoine exclusif des savants; le public n'en a point approché (...) maintenant c'est une nécessité pour le citoyen qui veut prendre part aux affaires de son pays, ou seulement bien juger*” (Prospecto de la *Collection de mémoires relatifs à l'histoire de France* (1823), citado en Poulot, 1997: 381).

En ese momento, que va de 1832 a 1837, el ministerio de la Instrucción Pública sentó las bases para una reorganización del espacio erudito, lo que significaba el afianzamiento de la infraestructura documental al tiempo que una laicización del ejercicio erudito, hasta ese momento vinculado en gran parte al ámbito de la universidad y de la autoridad moral de la iglesia.

Con ello el Estado trataba de propiciar unas condiciones institucionales (más centralizadas, más propicias para el intercambio) en las que los eruditos pudiesen trabajar colectivamente en la publicación de piezas y materiales inéditos (Bergés en Amalvi et al, 2005: 127). Para lo cual Guizot no dudó ni un instante en impulsar el desarrollo de ciertas instituciones encargadas de promover y de ejecutar tales actividades. El objetivo era claro: se trataba de *encuadrar* el ejercicio erudito dentro del ámbito de las instituciones estatales, a fin de que la compilación y la publicación de fuentes, prácticas indispensables para las futuras investigaciones históricas, *estuvieran alejadas del control y de la autoridad moral de la Iglesia*.

Ahora bien, ¿de qué instituciones estamos hablando? ¿A qué se dedicaron exactamente? ¿De qué manera influyeron en la historia de la infraestructura documental francesa?

En lo sucesivo trataremos de hacer un repaso por las principales instituciones eruditas creadas en la época: el *Comité des travaux historiques et scientifiques*, la *École des chartes* o el desarrollo de las bibliotecas municipales. Por supuesto, es obvio que dejamos de lado, por razones de espacio, el análisis de otras instituciones (quizá menores) que también influyeron en la infraestructura documental de Francia (p. ej. las bibliotecas escolares, las bibliotecas populares, o la *société d'histoire de France*²⁵³).

2.3.1. - *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*

²⁵³ La *Société d'histoire de France* es una institución semi-oficial, que vive de la cotización de sus miembros. No es un producto propiamente estatal, aunque sí mantiene una clara relación de sintonía con las medidas adoptadas por el ministerio de la Instrucción Pública. Fundada en 1833 bajo el impulso de François Guizot la *Société d'histoire de France* constituye la sociedad erudita más importante del país. De hecho, emula lo que algunos años antes había ocurrido en Prusia con la *Gesellschaft für Deutschlands ältere Geschichtskunde*. Esta última, fundada en 1819 por Karl Freiherr von Stein, había centrado la mayor parte de sus esfuerzos en el desarrollo de una empresa de magnitudes descomunales, los *Monumenta Germaniae Historica*, cuyo objetivo a medio plazo exigía la movilización de numerosos medievalistas dedicados a la recopilación y la publicación de fuentes para el estudio de la historia medieval de Alemania. Así bien, salvando las distancias, la *Société d'histoire de France* asume una tarea similar, dedicándose al desarrollo y la publicación de numerosos documentos relativos a la historia de Francia. Prueba de ello son los 71 volúmenes editados durante sus primeros 25 años de historia, de los cuales cabe mencionar las actas originales del proceso contra Juana de Arco. Más información en García (en Delacroix et al, 2007: 40-41).

El 18 de julio de 1834 Guizot establece un decreto por el cual se instituye la creación de un nuevo organismo: el *Comité des travaux historiques*²⁵⁴. Se trata de un nacimiento totalmente programado, en el cual vienen a colmarse las expectativas políticas e historiográficas que había incubado el propio ministro a su llegada al ministerio²⁵⁵.

En ese sentido, el *Comité* no es una institución autónoma, al estilo de la *Société d'histoire de France*, sino un espacio integrado en la maquinaria ministerial, creado *ex profeso* para la recopilación de fuentes y avalado en su integridad con el apoyo financiero del Estado. En él, además, se dan cita buena parte de los eruditos más célebres de la época, casi todos ellos de procedencias científicas relevantes, tales como el *Institut de France*, la primera *École des chartes*, la *Bibliothèque Nationale*, el *Collège de France*, los *Archives Nationales*, etc.²⁵⁶.

En un primer momento, la tarea básica del *Comité* estaba volcada en la publicación documental: se trataba de coordinar y dirigir las investigaciones eruditas a fin de publicar aquellos materiales que permanecían inéditos y que resultaban de gran interés para la historia ‘nacional’. Con ello el *Comité* se situaba en una clara relación de continuidad con respecto al trabajo de Moreau y el viejo *Cabinet des chartes*. En ambos casos se trataba de un trabajo centrado en la búsqueda y la compilación de fuentes, con la diferencia de que ahora, evidentemente, no se trataba de utilizar estas prácticas para justificar la prioridad legislativa de la monarquía, pero sí para justificar un proyecto político acorde a las exigencias marcadas por el nuevo sujeto de legitimación jurídica: la Nación.

Con respecto a esto último, cabe recalcar sin embargo un matiz importante: a Guizot no le interesa el Moreau *político*, sino el papel desempañado por este último como organizador de una

²⁵⁴“Art. 1. Il est formé, près le Ministère de l’Instruction publique, un comité chargé de concourir, sous la présidence du Ministre, à la direction et à la surveillance des recherches et publications qui doivent être faites, à l’aide des fonds votés au budget de l’exercice 1835, sur les documents inédits relatifs à l’histoire de France” (‘Arreté instituant un comité chargé de diriger les recherches et la publication de documents inédits. 18 Juillet 1834’, en Charmes, 1886b: 7).

²⁵⁵ Ya en un informe anterior dirigido al rey, Guizot reclamaba la necesidad de crear un organismo *estatal* dedicado a la publicación de fuentes inéditas de la historia nacional. “(...) Au gouvernement seul il appartient, selon moi, de pouvoir accomplir le grand travail d’une publication générale de tous les matériaux importants et encore inédits sur l’histoire de notre patrie. (...) C’est là une oeuvre toute libérale, et digne de la bienveillance de Votre Majesté pour la propagation de l’instruction publique et la diffusion des lumières (...)” (‘Rapport au roi proposant la création d’un service de recherches et de publication de documents inédits. 31 décembre 1833’, en Charmes, 1886b: 4).

²⁵⁶“Art. 2. Sont nommés membres du Comité: MM. Villemain, pair de France, vice-président du comité; Daunou, membre de l’Institut, garde générale des Archives du royaume; Naudet, Membre de l’Institut, Guérard, membre de l’Institut; Mignet, Membre de l’Institut, Champollion-Figeac, conservateur au département des manuscrits de la Bibliothèque Royale; Fauriel, conservateur adjoint de la Bibliothèque Royale, (...) (‘Arreté instituant

vasta y colosal obra científica (Charmes, 1886a: IV). De ahí el interés del *Comité des travaux historiques* por la obra y las recopilaciones documentales (jurídicas) realizadas bajo la dirección del *Cabinet des chartes*. En ellas se percibía un primer esfuerzo (junto a los benedictinos) en lo que se refiere a la compilación y la puesta al día de los documentos de la historia de Francia.

El problema es que los documentos de Moreau solo se referían a los materiales jurídicos oficiales, lo que suponía dejar de lado, por considerarlas secundarias, el resto de manifestaciones culturales que también reflejaban importantes informaciones acerca de la civilización (nación) francesa²⁵⁷.

Con ello se manifiesta una de las principales diferencias en relación al trabajo del *Cabinet*. En efecto, Guizot estaba plenamente convencido de que la vida de un pueblo (nación) no se agotaba en la organización y la lucha de sus instituciones oficiales. Por eso impulsó la idea de ampliar el abanico de fuentes disponibles, reclamando para ello el análisis y la compilación de fuentes procedentes de la literatura, la filosofía, el arte u otras manifestaciones de la vida cultural francesa, tales como las poesías, las leyendas, las costumbres, los cantos, etc²⁵⁸.

En efecto, si el objetivo es aspirar a constituer la *infraestructura documental* de la historia de Francia, ésta no puede limitarse a la historia de los derechos del Estado, sino a la historia de la Nación francesa tomada en su totalidad, esto es, entendiendo a esta última en un sentido más amplio que la mera recopilación de fuentes o documentos jurídicos que avalasen las prerrogativas de la institución monárquica y del Estado (Barret-Kriegel, 1988c: 76).

Fruto de aquella actividad fue la edición de múltiples trabajos versados en la publicación de fuentes inéditas. El más destacado, seguramente, fue la edición del *Recueil des monuments inédits*.

un comité chargé de diriger les recherches et la publication de documents inédits. 18 Juillet 1834', en Charmes, 1886b: 8).

²⁵⁷ He aquí el tipo de materiales requeridos: "1° Parmi les documents relatifs à l'histoire de France qu'il s'agit de rechercher et de réunir, les uns sont conservés dans les bibliothèques et comprennent les histoires, les chroniques, les mémoires, les relations, les notices, les journaux, les biographies; les autres sont des pièces d'archives, et consistent principalement en registres, rôles, comptes, cartulaires, chartes, diplômes, lettres, etc. Quelques-uns sont relatifs à l'histoire politique et sociale du pays, à sa législation, à ses institutions générales ou locales; il en est enfin qui se rapportent particulièrement à l'histoire philosophique et littéraire, à l'histoire des arts et de leurs monuments" ('Circulaire relative à la recherche et à la publication des monuments inédits relatifs à l'histoire de France. Décembre 1834' en Charmes 1886b: 26). Ver anexo 4.

²⁵⁸ El 10 de enero de 1835 Guizot instituye un segundo comité, plenamente integrado en la maquinaria ministerial, encargado de recopilar los documentos procedentes de la historia intelectual y moral francesa. "Art. 1. Il est formé, près le Ministère de l'Instruction publique, un Comité spécialement chargé de concourir, sous la présidence du Ministre, à la recherche et à la publication des monuments inédits de la littérature, de la philosophie et des arts considérés dans leurs rapports avec l'histoire générale de la France" ('Arrêté instituant un comité chargé de concourir à la recherche et à la publication de documents inédits. 10 janvier 1835', en Charmes, 1886b: 28).

dits de l'histoire du Tiers-État, en el cual A. Thierry pasaba revista al conjunto de cartas, costumbres, actas municipales y estatutos de las corporaciones de artes y oficios, a fin de que tales materiales pusieran de manifiesto la escasa y desigual influencia del poder monárquico sobre las ciudades y las comunas francesas durante la época bajo-medieval.

Junto a esta obra, que constituye un importante arsenal de materiales históricos²⁵⁹, también se desarrollaron otras publicaciones dedicadas a la edición de fuentes sobre la historia francesa. El caso más sonado lo constituye la colección más vasta e inmensa llevada a cabo durante el siglo XIX: hablamos de la *Collection des documents inédits relatifs à l'histoire de France*, cuyos dos primeros volúmenes vieron la luz en 1835 bajo la mano de Mignet y su edición de *Les Négociations relatives à la Sucesion d'Espagne sous Louis XIV*, así como los *Fragments inédits d'Abélard* o *l'Histoire en vers de la Croisade contre les Hérétiques Albigeois* de Victor Cousin.

Posteriormente la lista de obras integradas en este proyecto se amplió con títulos relevantes, tales como los *Éléments de Paléographie* de Natalis de Wailly, el *Recueil des lettres d'Henri IV* de Berger de Xivrey, la *Collection des cartulaires de France* de Guérard, los *Papiers d'État du cardinal de Granvelle* de Ch. Weiss, los *Documents historiques inédits, tirés des collections manuscrites de la Bibliothèque Royale, et des Archives et des Bibliothèques des Départements* de Champollion-Figeac o los *Olim* de Beugnot, entre otros.

Ahora bien, en este punto cabe plantear una cuestión importante. ¿Cómo llevar a cabo esta inmensa labor compiladora? Ya hemos dicho que la financiación y la coordinación de estos trabajos recaían bajo la dirección expresa del ministerio de la Instrucción Pública, cuyo primer ministro nombró a ciertas personas encargadas de supervisar y dirigir el desarrollo de las mismas.

²⁵⁹ En realidad esta obra también constituye un importante arsenal de *avales políticos*. Con ella A. Thierry pretendía poner de manifiesto los materiales que acreditan la herencia de las comunas y las resistencias municipales durante la Baja Edad Media, a fin de utilizar estos materiales en la lucha por la justificación y la legitimidad histórica de las exigencias presentes de la burguesía. Así, frente a las genealogías nobiliarias de la época, la historiografía que plantea Thierry nos sitúa ante unas características novedosas: ahora se trataba de replantear la historia de Francia a la luz de las exigencias y las pretensiones políticas de la burguesía, para lo cual era absolutamente necesario ampliar el marco temporal de los estudios: es decir, hacer ver que lo que hoy se llama 'burguesía' no es sino un trasunto de algo mucho más antiguo (tercer estado) que ha desempeñado un papel fundamental (con la monarquía, frente a la nobleza) en el desarrollo y la configuración de Francia. De ahí el análisis de los materiales que certifican las resistencias municipales en la Baja Edad Media: con ello se trataba de rastrear la antigüedad y la continuidad del Tercer Estado, cuyas luchas y acciones han delimitado el movimiento general de la historia de Francia. En palabras de Thierry: “*Il n'y a plus de tiers état en France, le nom et la chose ont disparu dans le renouvellement social de 1789; mais ce troisième des anciens ordres de la nation (...) a joué un rôle dont la grandeur, longtemps cachée aux regards les plus pénétrants, apparaît pleinement aujourd'hui. Son histoire, qui désormais peut et doit être faite, n'est autre que l'histoire même du développement et des progrès de notre société civile, depuis le chaos de moeurs, de lois et de conditions qui suivit la chute de l'empire romain, jusqu'au régime d'ordre, d'unité et de liberté de nos jours (...)*” (Thierry, 1853: I-II).

Sin embargo, ¿qué decir respecto al trabajo y la mano de obra? ¿Quiénes componían la lista de los colaboradores?

En este punto X. Charmes (1886a: II-III) nos proporciona una pista interesante. Es cierto que ya no estaban los mauristas, pero sí existían dos elementos cuyas virtualidades podían suplir el trabajo y la extensión de la vieja congregación benedictina. Tales elementos eran claros: por un lado, las mejoras técnicas y las posibilidades comunicacionales que había ocasionado la Revolución francesa y la concentración de archivos y bibliotecas. Y por otro, la presencia de sociedades eruditas difundidas a lo largo y ancho de todo el territorio nacional.

Ambos factores actuaron conjuntamente en la mejora y la recopilación de las fuentes documentales. Con lo cual la preparación y la extensión de la vieja orden de los mauristas se sustituía por la novedad de una red de instituciones centralizadas, capaces no solo de hacer más accesible la comunicación y la consulta de los materiales sino también de propiciar un mayor control sobre las actividades de las sociedades eruditas, ya fuese alentando el impulso investigador de las mismas o bien coordinando sus respectivas actividades en orden a encauzar e integrar sus investigaciones en el marco interpretativo de los grandes proyectos editoriales dirigidos por el ministerio.

Todo ello merece la pena comentarlo en detalle. Pasemos al segundo aspecto que queremos señalar en torno: al encuadramiento de las sociedades eruditas.

2.3.2. - *El encuadramiento de las sociedades eruditas*

La llegada de Salvandy al ministerio de la Instrucción Pública (1837) trajo consigo una serie de cambios que afectaron al rumbo y la estrategia del *Comité*. Si en un primer momento la actividad estuvo centrada en la publicación de fuentes inéditas, ahora el objetivo es promover una red de correspondencias oficiales entre el ministerio y las sociedades eruditas. En realidad esta tentativa ya estaba presente en la génesis de la fundación del *Comité*, cuando Guizot escribe a las

sociedades eruditas y les traslada su disposición de proteger y promover la actividad intelectual del país²⁶⁰.

No obstante, es solo cuando Salvandy llega al ministerio cuando estas pretensiones adoptan un impulso inusitado. Es ahí cuando se pasa de una mera declaración de buenas intenciones al desarrollo de controles y medidas concretas, ya fuese desde un punto de vista económico, sufragando parte de los gastos de publicación, ya fuese planteando una red de correspondencias. En ambos casos el Estado conseguía un doble objetivo: por un lado, aseguraba su propia legitimación en tanto que garante de la circulación de los materiales históricos y por otro, fomentaba un control y una suerte de *encuadramiento* de la actividad erudita nacional²⁶¹.

Ahora bien, para entender este cambio de estrategia hay que tener en cuenta el origen y el carácter de las sociedades eruditas en la década de 1830. ¿Qué representan estas instituciones?

En este punto el capítulo redactado por Louis Bergés (en Amalvi, 2005: 129) nos proporciona algunas pistas importantes, de igual modo que la obra de Ch. –O. Carbonell sobre la mutación ideológica de los historiadores franceses del siglo XIX.

Así pues, lo primero que cabe señalar es que las sociedades eruditas a las que hacemos referencia no se reducen a las viejas academias suprimidas en tiempos de la Convención. Estas últimas, como dice Carbonell, fueron reconstituidas posteriormente bajo el impulso del Directorio y el Imperio; lo que no impedía que algunos años más tarde constituyeran un importante núcleo de investigación cultural, sobre todo en París y en las viejas capitales de las antiguas provincias²⁶².

²⁶⁰“Il faut, d’une part, que les Sociétés savantes reçoivent du Gouvernement, protecteur naturel de l’activité intellectuelle aussi bien que de l’activité matérielle du pays, un encouragement soutenu; de l’autre, que leurs travaux soient effectivement protégés à la connaissance du public. Le plus sûr moyen, je pense, d’arriver à ce double résultat, c’est d’instituer, entre ces sociétés et le Ministère de l’instruction publique, des relations fréquentes et régulières”. (‘Circulaire relative aux rapports des sociétés savantes des départements avec le ministère. 23 juillet 1834’ en Charmes, 1886b: 9).

²⁶¹“Je suis convaincu que ces communications des sociétés entre elles serviraient puissamment le progrès des sciences et des lettres, j’ai cru qu’il était du devoir de l’Administration de présider à cet échange intellectuel, et d’assurer la promptitude et la régularité des envois que les compagnies savantes se feraient réciproquement. J’ai donc décidé que les présidents ou secrétaires perpétuels de ces corps savants seraient autorisés à m’adresser toutes leurs publications, et que des mesures seraient prises pour que tous les documents qu’ils auraient à distribuer parvinssent exactement à leur destination” (‘Circulaire autorisant entre les sociétés savantes l’échange en franchise de leurs publications par l’intermédiaire du Ministère de l’Instruction publique. 5 juillet 1838’, en Charmes, 1886b: 70).

²⁶² En el caso de París el ejemplo más conocido es la *Académie des Inscription et Belles-Lettres*, que se reconstituye en 1816. En las viejas provincias podemos contar hasta un número de 32 academias reconstituidas: Agen, Amiens, Arras, Besançon, Bordeaux, Clermont-Ferrand, Dijon, Grenoble, La Rochelle, Le Mans, Lyon, etc. Véase la lista completa en Bergés (en Amalvi, 2005: 130).

Sin embargo, el curso de los años venideros vio crecer un fenómeno novedoso: así, junto a las viejas academias reconstituidas en los inicios del siglo XIX también se desarrollaron un número creciente de sociedades eruditas, algunas de ellas con capacidad para operar a escala nacional, pero en su mayoría operativas solamente en un ámbito local o departamental²⁶³. Con ellas se va propagando un vivero de investigación inusitado, repleto de intereses diversos, pero con una presencia importante de las sociedades históricas y las sociedades arqueológicas²⁶⁴, por no hablar del creciente interés que tuvieron los trabajos históricos en el seno de las sociedades eruditas dedicadas inicialmente a otras temáticas (agricultura, artes, medicina, estadística, etc.), especialmente a partir de la década de 1850²⁶⁵.

Tales sociedades empiezan a difundirse a escala nacional en la década de 1830, aunque sus primeras formulaciones pueden encontrarse durante el periodo de la Restauración. Ejemplos de ellas, como sugiere Carbonell, son la *Commission des Antiquités de la Seine-Inférieure*, creada en 1818, y la *Société des Antiquaires de Normandie*, cuyas bases fueron planteadas por Arcisse de Caumont en 1824. Tiempo después, bajo el impulso del ministerio de la Instrucción Pública, este tipo de sociedades comenzaron a multiplicarse de una manera generalizada: no solo en las viejas capitales de las antiguas provincias sino también en las ciudades y los departamentos que no habían tenido una tradición previa de implantación académica, lo que hacía de todo ello un fenómeno ciertamente considerable, algo frente a lo cual el poder político no podía permanecer impasible.

En este punto cabe plantear la siguiente cuestión: si las viejas academias estuvieron formadas por aristócratas o eruditos adscritos al círculo eclesiástico, ¿qué origen y qué procedencia socio-profesional cabe esperar de las nuevas sociedades eruditas?

²⁶³ A escala nacional, cabe mencionar la *Société des entomologistes français* en 1832, la *Société des bibliophiles français* en 1820, la *Société nationale d'horticulture* en 1826, la *Société nationale de géographie* en 1821, la *Société française d'Archéologie* en 1834, la *Société française des Antiquaires de l'Ouest* en 1834, etc. Por el contrario, el número de sociedades locales es mucho mayor. Una lista de ciudades con presencia de sociedades locales puede verse en Bergés (en Amalvi, 2005) o en Carbonell (1976a: 86).

²⁶⁴ Según los datos de Ch. -O. entre 1830 y 1849 se crean un total de 23 sociedades históricas y arqueológicas, frente a un total de 25 sociedades dedicadas a intereses científicos variados (ciencias naturales, literatura, arte, industria, etc.). Lo que significa que la Historia y la Arqueología empiezan a tener un lugar preponderante. Más datos en Carbonell (1976a: 79).

²⁶⁵ El propio Carbonell nos proporciona datos cuantitativos en este sentido. De hecho, el análisis de contenido de los boletines, las memorias y otros trabajos publicados por las distintas sociedades testimonia un creciente interés por los trabajos históricos en el interior de dichas instituciones. El resultado es claro: si hasta 1840 las noticias históricas representan casi un cuarto de los trabajos publicados, a partir de esa fecha, llegan a un tercio. Para ver los datos en detenimiento, véase Carbonell (1976a: 80-88).

La respuesta a esta cuestión es clara y múltiple a la vez, pues las sociedades eruditas, como señala L. Bergés (en Amalvi et al, 2005: 130), reclutaban a sus miembros en el seno de las profesiones liberales y de la burguesía intelectual: abogados, médicos, periodistas, oficiales, profesores, escritores, archivistas, todos ellos constituían un diverso conglomerado del que las sociedades locales extraían sus recursos humanos e intelectuales.

Con respecto a esto último, conviene precisar más este aspecto de la cuestión, ya que hasta ese momento, la persistencia de los viejos órdenes (nobleza, clero) constituía una realidad incontestable en el ámbito histórico y archivístico²⁶⁶. De hecho, en su origen la investigación “histórica” estuvo instalada en el seno de las viejas academias reconstituidas, cuya dirección y miembros internos estaba fuertemente copada por clérigos y personas pertenecientes al ámbito nobiliario. No obstante, esta situación empezó a cambiar en la época de la Monarquía de Julio: en ese momento, lo que había sido un monopolio exclusivo de las clases aristocráticas empezó a resquebrajarse en beneficio de las clases burguesas, la cuales fueron insertándose lentamente pero de manera irreversible en todos los campos institucionales de la cultura.

De ahí el interés manifiesto del ministerio en federar y proteger este vivero de sociedades. Con ello se pretendía asegurar un doble objetivo: por un lado, mantener y propiciar el desarrollo de la vida intelectual del país, objetivo noble y presente en todos los decretos del ministerio, y por otro, tutelar el desarrollo de la misma por medio de un seguimiento exhaustivo de sus movimientos. El objetivo era suministrar informaciones precisas acerca de las sociedades locales (origen, objetivos, recursos con los que cuentan), su funcionamiento interno (estatutos y reglamentos, relación de sus sesiones públicas, etc.) y la procedencia social de los miembros que la componían (lista de miembros, asociados, su origen social)²⁶⁷.

²⁶⁶ Los datos proporcionados por Ch-O. Carbonell para el periodo que va de 1866 a 1876 nos muestran la importancia del orden nobiliario y clerical en el ámbito de la producción histórica. Aunque no sean datos concernientes a los años 30 y 40, sí parecen dejar claro que la persistencia de los viejos órdenes era incontestable, incluso en los tiempos –más aburguesados, más nacionalizados- de la Tercera República. Así pues, entre ambos órdenes sumaban 382 historiadores, de los cuales 164 pertenecían al clero católico, y 218 eran nobles titulados o de nobleza usurpada. Por otro lado, el número de historiadores burgueses era muy alto, pero fuertemente diversificado en función de las profesiones: 120 profesores, 73 archivistas, 49 bibliotecarios, 97 periodistas, 50 abogados, y un larguísimo etcétera de cifras notablemente inferiores. Véase Carbonell (1976a: 291-292).

²⁶⁷ “Article Premier. Il sera publié à dater du 1 Janvier prochain, sous les auspices du Département de l’instruction publique, un *Annuaire des Sociétés scientifiques et littéraires du royaume*, comprenant: 1° Les statuts et les règlements de ces sociétés (...); 2° Un *exposé de leur origine, de leur but et de leur ressources*; 3° Une *analyse de leurs travaux les plus importants et de ceux de leurs membres*; 4° La *relation des séances et assemblées publiques de l’année*; 5° Le *compte rendu des prix décernés dans ces assemblées, et le programme annuel des prix proposées*; 6° La *liste des membres résidents, correspondants ou associés*; 7° La *nomenclature des principaux corps savants des autres États*” (‘Ordonnance du roi qui prescrit la publication d’un annuaire des sociétés scientifiques et littéraires du Royaume. 27 juillet 1845’ en Charnes, 1886b: 102).

Este tutelaje, además, era tanto más urgente cuanto las sociedades locales podían albergar una fuerte oposición de tipo *legitimista*, ya que buena parte de las mismas seguían valiéndose de nobles y de personas susceptibles de auspiciar algún tipo de oposición política. Dicho esto, ¿cómo no ver en todo ello un fenómeno susceptible de vigilancia y/o regulación?

De hecho, esta fue la línea de trabajo que caracterizó al ministerio en lo que se refiere al control y el tutelaje de la vida erudita de las provincias. El objetivo consistía en *promover un tipo de investigación histórica encuadrada en el estudio del pasado provincial y de las tradiciones locales*, a fin de dotar a estas sociedades de un *impulso uniforme*²⁶⁸ capaz de responder a las necesidades de la política histórica establecida por la administración ministerial, la cual, ya lo hemos dicho, trataba de publicar diversos materiales susceptibles de ampliar y profundizar la historia nacional.

En ese sentido resultan esclarecedoras las distintas medidas adoptadas por el ministerio de Instrucción pública. Este último, por mediación del *Comité des travaux historiques*, siguió estrechando sus lazos con todo el fenómeno de las sociedades eruditas, al punto de celebrar en 1861 la primera reunión nacional de representantes de las mismas. Tanto fue el interés que a partir de 1866 algunas de tales sociedades obtuvieron el estatus de establecimiento de *utilidad pública*. Poco a poco, aunque de manera irreversible, este fenómeno fue generalizándose a escala nacional, como atestigua el hecho de que a finales del II Imperio se contasen ya con 244 sociedades eruditas afiliadas al *Comité des travaux historiques* (Bergés en Amalvi et al, 2005: 132).

Sea como fuere una cosa es clara: el *Comité des travaux historiques* representa una institución ineludible. No solo ha hecho posible la publicación de importantes colecciones históricas sino que también ha propiciado un tipo de actividad intelectual encuadrada en el marco y los criterios de la política histórica del ministerio.

De ese modo, ha logrado implicar al Estado en el desarrollo y la promoción de la actividad histórica desarrollada en provincias. De ahí precisamente su importancia: sin él, es decir, sin esa

²⁶⁸En ese sentido resulta esclarecedora la confesión de Fasoul sobre las intenciones del tutelaje del *Comité* respecto a las sociedades eruditas: “*Exciter l’activité de ces sociétés; s’efforcer de donner à leur travaux une impulsion uniforme tout en respectant avec soin une indépendance à laquelle la plupart d’entre elles attachent le plus grand prix; les faire sortir des généralités où trop souvent elles se sont égarées; les amener insensiblement aux recherches locales, aux études restreintes et nettement circonscrites; les maintenir sur le terrain qu’elles connaissent, qu’elles peuvent explorer sans danger; leur offrir un centre commun où tous les efforts isolés viennent aboutir et se coordonner; donner à ces recherches une publicité étendue; faire connaître au monde savant les résultats importants qu’elles produisent: tel est le but que je me suis proposé en donnant au Comité une constitution plus forte et en élargissant le cadre de la Revue des Sociétés savantes*” (“Circulaire relative à l’exécution de l’arrêté du 22 février 1858, concernant la réorganisation du Comité des travaux historiques et des sociétés savantes. 29 mars 1858”, en Charmes, 1886b: 188-189).

institución a la vez científica y administrativa financiada por el Estado, no hubiera sido posible la *circulación* (y por tanto, la publicación) de materiales históricos que tuvo lugar en (y entre) las sociedades eruditas del siglo XIX. Lo que significa que el *Comité des travaux historiques* constituye un importante catalizador de la actividad erudita del país, al punto de convertirse en apenas pocos años en el representante legítimo de las sociedades eruditas en el seno del Estado.

2.3.3. - La 'École des chartes'

Como decíamos antes, el periodo que va de 1832 a 1837 constituye un importante momento para la reorganización del discurso histórico. Es ahí cuando el ministerio de la Instrucción Pública impulsa una serie de transformaciones encaminadas a profundizar en la infraestructura documental constituida, así como a reforzar un dominio de actividad erudita ajeno al control moral de la Iglesia.

Ya hemos sugerido algunos ejemplos relacionados con el tema; lo que resta ahora es prolongar esta vía de investigación por medio del comentario de una institución cuyos objetivos directos son ligeramente diferentes a los de la institución anteriormente referida.

Por supuesto, hablamos de la *École des chartes*. Esta última no es una institución igual que las demás: su objetivo no es dirigir o coordinar las investigaciones dedicadas a la publicación de fuentes, sino plantear un modelo educativo encaminado a difundir en las generaciones posteriores los conocimientos (ciencias auxiliares) que hacen posible el análisis y la crítica textual de las fuentes.

Es cierto que su fundación original se remonta a 1821, cuando el barón Gérando, un emigrado que retorna a Francia en la época del Directorio, decide impulsar la creación de una escuela dedicada a la formación de alumnos en la lectura de manuscritos medievales (paleografía) y dialectos hablados durante la Edad Media²⁶⁹. Esta escuela, además, tenía por objetivo servir a las necesidades de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, como reza el decreto del 22 de febrero de 1821²⁷⁰, ya que sus alumnos, iniciados en la lectura de manuscritos medievales, podrían suplir con creces las necesidades requeridas por la publicación de fuentes que dirigía la

²⁶⁹“Art. 1°. Il y aura à Paris une École des chartes, dont les élèves recevront un traitement. (...) Art. 3°. On apprendra aux élèves de l'École des chartes à lire les divers manuscrits et à expliquer les dialectes français du moyen âge” (“Ordonnance royale portant création d'une École des chartes. 22 février 1821” en http://www.enc.sorbonne.fr/sites/default/files/ordonnance_1821.pdf).

propia *Académie*. No obstante, este requerimiento no evitó que poco después, en 1823, la escuela cayese en descrédito y acabase por desaparecer durante algún tiempo, ya fuese por la hostilidad de la corriente liberal, que veía en ella un cenáculo de intelectuales legitimistas, ya fuese por la falta de un plan de estudios detallado y sistemático (Bergés en Amalvi et al, 2005: 233).

En cualquier caso, lo cierto es que la escuela reaparece en 1829, a través de un decreto que aporta notables avances respecto a la organización interna de 1823. Es ahora cuando la *École des chartes* se dota de una finalidad interna: para empezar se protocolizan tres años de estudios comunes, lo que significa que la escuela promueve un diploma exclusivo para la época, el de ‘archivista-paleógrafo’. Pero además se plantea un concurso de salida, así como una selección anual de 6 a 8 alumnos cuyo futuro laboral estará garantizado en los *Archives Royales* (archives nationales) y en las bibliotecas municipales (los famosos ‘*dépôts littéraires*’).

La llegada de la Monarquía de Julio no hace más que confirmar esta trayectoria. Prueba de ello es la voluntad manifiesta de F. Guizot de impulsar oficialmente esta institución, como atestigua el hecho de vincular a varios alumnos (Teulet, Schneider, Fallot, Thomassy) de las promociones de 1831 a 1835 en los trabajos de publicación de fuentes coordinados por el ministerio (*Ibíd*: 234).

De ese modo, la *École des chartes* empieza a cobrar una gran relevancia en el ámbito de las instituciones eruditas, en la medida en que sus promociones internas comienzan a ocupar las plazas vacantes de las principales instituciones archivísticas del Estado: la Biblioteca Real y los Archives Nacionales²⁷¹. Poco a poco, con el apoyo del ministerio de la Instrucción Pública, la *École* se va convirtiendo en una institución de referencia, lo que no impedía que durante sus primeros años existieran ciertas polémicas en torno a la (extra)limitación de sus funciones intelectuales, tal y como sucede con la vieja disputa entre la *École* y la *Académie des Inscip-*

²⁷⁰“Voulant reanimer un genre d’études indispensable à la gloire de la France et fournir à l’École des Inscriptions et Belles-Lettres tous les moyens nécessaires pour l’avancement des travaux confiés à ses soins, nous avons ordonné et ordonnons ce qui suit (...)” (*ibíd*).

²⁷¹“Art. 15. Les employés (de la Bibliothèque Nationale) sont nommés par notre ministre de l’instruction publique, soit parmi les surnuméraires ayant au moins deux ans de service ou les fonctionnaires des autres bibliothèques de Paris, soit parmi les membres de l’Université, les archivistes de département (...), les élèves de l’École des chartes (...) Art. 26. Les bibliothécaires, sous-bibliothécaires et employés dans les bibliothèques de Saint-Geneviève, Mazarine et de l’Arsenal devront être choisis parmi les membres de l’Université, (...), les élèves de l’École des chartes”. (‘Extrait de l’ordonnance royale sur les bibliothèques publiques. 22 février 1839’ en *Livret du l’École des Chartes*, Chez Dumoulin, Paris, 1852, p. 44). También para el caso de los Archivos Nacionales: “Art. 6. Les chefs de la section et les employés des Archives sont nommés par notre ministre de l’Interieur. Les chefs de la section sont choisis parmi les membres de l’Institut, les commis-archivistes, et les anciens élèves de l’École des chartes, ayant obtenu un brevet d’archiviste” (‘Extrait de l’ordonnance relative à l’organisation des Archives Nationales. 5 janvier 1846’ en *Livret du l’École des Chartes*, 1852: 45).

*tions et Belles-Lettres*²⁷², encargada en ese momento de la mayor parte de los trabajos de publicación de fuentes.

Ahora bien, el punto de inflexión en la historia de la *École des chartes*, lo constituye la llegada de Salvandy al ministerio. Con él se desarrollan importantes reformas en el interior de la propia institución. Es ahí, por ejemplo, cuando se produce una verdadera formalización de la tarea académica en el interior de la institución. Una reforma, además, que descansa sobre dos principios básicos: la pluridisciplinariedad y la investigación práctica, esta última avalada por la obligación de redactar una tesis o un trabajo individual de carácter erudito (Bergés en Amalvi et al, 2005: 235).

Con respecto a esta cuestión, cabe precisar lo que dice el título segundo de la ordenanza del 31 de diciembre de 1846. En primer lugar, se amplía el cerco de las materias de enseñanza: en efecto, ya no se trata de centrar el estudio en las ciencias auxiliares y el conocimiento de los dialectos medievales, sino de complementar estos saberes con el desarrollo de importantes conocimientos en el ámbito del derecho (canónico) y la historia medieval francesa²⁷³. Lo que significaba que la reorganización planteada por Salvandy no hacía sino avalar las primeras medidas adoptadas en 1821, al tiempo que introducía importantes innovaciones en materia de infraestructura (locales nuevos, biblioteca especializada) y una mayor garantía laboral para los alumnos en posesión del diploma de ‘paleógrafo-archivista’²⁷⁴.

²⁷²En efecto, la ordenanza de 1832 limita las publicaciones atribuidas en 1829 a la *École des chartes* en beneficio de la *Académie des Inscriptions*. “*Considérant que la commission de l’École des chartes, formée en grand partie par personnes livrées à des fonctions qui absorbent tout leur temps, ne peut s’occuper de ces travaux avec autant d’assiduité que l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres; ayant d’ailleurs égard à la réclamation de cette compagnie (...) nous avons ordonné (...):* Art. 2. *La publication qui doit être faite, aux termes de l’article 4 de la dite ordonnance, consistera dans la continuation de la ‘Table chronologique des diplômes, titres et chartes concernant l’histoire de France, commencée par Bréquigny en 1765.* Art. 3. *La publication prescrite par l’article 8 sera faite par l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*”. (‘Ordonnance royale, relative aux publications prescrites par les articles 4 et 8 de l’ordonnance du 11 novembre 1829 sur l’École des chartes. 1 mars 1832’ en *Livret du l’École des Chartes*, 1852: 42).

²⁷³“Titre 2 Enseignement. 8. *L’enseignement de l’École des chartes comprend: la lecture et le déchiffrement des chartes et monuments écrits; l’archéologie figurée, embrassant l’histoire de l’art, l’architecture chrétienne, la sigillographie et la numismatique; l’histoire générale du moyen âge appliqué particulièrement à la chronologie, à l’art de vérifier l’âge des titres et leur authenticité; la linguistique appliquée à l’histoire des origines et de la formation de la langue nationale; la géographie politique de la France au moyen âge; la connaissance sommaire des principes du droit canonique et du droit féodal (...)*” (‘Ordonnance royale contenant réorganisation de l’École des chartes. 31 décembre 1846’ en *Livret du École des chartes*, 1852: 50).

²⁷⁴Las salidas laborales de los futuros archivistas y paleógrafos están garantizadas en el ámbito estatal: “*Titre IV. Des examens et des diplômes. 19. Le diplôme d’archiviste-paleographe donne droit: aux fonctions de répétiteurs de l’École des chartes; à celles d’auxiliaires pour les travaux de l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres; à celles d’archivistes des départements; à celles des employés dans les bibliothèques publiques du Royaume (...)*”. Más adelante, el mismo artículo avala la vinculación de los alumnos diplomados de la *École des chartes* a los traba-

Con ello la *École des chartes* inicia un camino que influirá en el desarrollo de las futuras generaciones de historiadores. Esta última ya no tratará de centrarse únicamente en la lectura de las fuentes, sino que plantea un salto hacia la Historia, y en especial hacia la enseñanza de la historia medieval francesa. De ahí, precisamente, su importancia: esta reforma conjuga al mismo tiempo (y por primera vez) la enseñanza técnica del erudito y las competencias narrativas del historiador, acostumbrando así a los jóvenes alumnos a fundamentar sus enunciados históricos (en sus respectivos trabajos de investigación) en el análisis crítico y diplomático de las fuentes (Bergés en Amalvi et al, 2005: 235).

Dicho de otro modo, lo que hace la *École des chartes* es formar a una generación de jóvenes forjados en la idea de que la historia se hace con documentos, y que por tanto, toda tarea que tenga que ver con la investigación histórica pasa irremediabilmente por el análisis previo del documento en tanto que fuente problemática de información.

En ese sentido son varios los factores que explican el éxito de la *École des chartes*. Según L. Bergés, estos últimos se pueden resumir en tres:

Para empezar (1), la idea de que la diplomatura en la *École des chartes* es sinónimo de garantías laborales. Los alumnos que obtenían sus respectivos diplomas estaban en disposición de obtener puestos laborales en el seno de las instituciones patrimoniales del Estado. La novedad es que tales medidas fueron asentándose en el transcurso de los años posteriores, hasta el punto de constituir, en la época del Segundo Imperio, el requisito básico para la entrada en algunas de las principales instituciones patrimoniales del Estado. Prueba de ello lo encontramos en el decreto del 4 de Febrero de 1850, según el cual se instituye el monopolio que la *École des chartes* tenía en el acceso a los puestos de los *Archives départementales*²⁷⁵. A partir de ese momento el puesto de archivista departamental será reservado a los titulares del diploma expendido por la *École des chartes*, lo cual no iba en detrimento de su capacidad de influencia en el seno de otras institucio-

jos coordinados del *Comité des travaux historiques*. “(...) les élèves de l’École des chartes sont chargés particulièrement de la publication des Documents inédits de l’histoire de France” (Ibíd: 52-53).

²⁷⁵“Art. 1. À l’avenir, les archivistes des départements devront être choisis parmi les élèves de l’École des chartes, et, à défaut, parmi les personnes qui auront reçu un certificat d’aptitude délivré, après examen, par une commission que le ministre de l’intérieur est chargé d’organiser” (‘Décret concernant les archivistes des départements. Du 4 février 1850’, en *Livret du L’École des chartes*, 1852: 63).

nes del Estado, tal como atestigua el hecho de que los *Archives Nationales* reclamaran en 1887 el diploma de ‘archivista-paleógrafo’ como requisito para trabajar en su seno²⁷⁶.

En la práctica esto tiene una significación relevante: significa que los alumnos diplomados en la *École*, también llamados ‘*chartistes*’, poseen una posición privilegiada en el seno de la organización patrimonial francesa. Ello es así porque el acceso a las principales instituciones patrimoniales del Estado estaba mediado por la necesidad de obtener un diploma expendido por la escuela, lo que hacía de esta última una institución absolutamente integrada en el marco de la organización y la infraestructura patrimonial del Estado. Así pues, todo sucedía como si la *École des chartes* fuese la ‘cantera’ formativa de los archivistas, el ámbito en el que se formaban los futuros efectivos de las instituciones patrimoniales de Francia (Bergés en Amalvi et al, 2005: 236).

En segundo lugar (2), conviene tener en cuenta otro factor paralelo: la posibilidad de una *enseñanza especializada*, única en el contexto de la época, si exceptuamos los seminarios impartidos por los historiadores alemanes (Ranke, Waitz, etc.). En efecto, el éxito de la *École des chartes* también estuvo posibilitado por el desarrollo de una formación absolutamente extraordinaria en la época. La reorganización establecida en 1846 introducía elementos novedosos en el marco de la formación previa. Con ella se introdujeron disciplinas heterogéneas, tales como la Paleografía, la Diplomática, la Bibliografía, la Arqueología, la Historia o el estudio del Derecho y las instituciones jurídicas de la Edad Media. Todo lo cual hacía de ello una garantía suficiente para la adquisición de una formación sólida, basada en una amplia gama de conocimientos históricos y jurídicos, así como en aquellos aspectos relacionados con la lectura y el desciframiento de los materiales históricos.

Pero, a todo ello, además, debía de sumársele la creación de una cátedra novedosa, fundada a petición expresa de G. Monod (1882) y versada sobre un asunto de relevancia política e historiográfica innegable para el Estado: la crítica de las fuentes de la historia de Francia²⁷⁷. Es decir, un aliciente más para el arribo y la afluencia de jóvenes investigadores decididos a practicar una

²⁷⁶“Art. 7. Pour obtenir un emploi aux Archives Nationales (...) il faut justifier du diplôme d’archiviste paleographe (...)”. (‘Décret du 14 mai et arrêté du 16 mai 1887, relatifs à l’organisation des Archives nationales’ en *Bibliothèque de l’école des chartes*, 1887: 334).

²⁷⁷Una presentación del programa de la asignatura puede verse en LUCE, S.: ‘Cours d’étude critique des sources de l’histoire de France. Leçons d’ouverture’ en *Bibliothèque de l’école des chartes*, Tome 43, 1882: 653-666).

historia de Francia fundada en el análisis crítico de los documentos, requisito básico para el establecimiento posterior de los hechos.

He aquí, pues, el quid de la cuestión. La *École des chartes* no es importante solamente por razones archivísticas, sino porque esta escuela, en virtud de su especial énfasis en la paleografía y la filología, ha formalizado un protocolo de lectura que acabó por constituirse en el canon metodológico de los historiadores posteriores²⁷⁸. Es más, este último constituye la antesala de lo que después será la técnica y los hábitos metodológicos de la *École Méthodique*, en cuyo seno existían algunos investigadores que habían sido formados en la *École des chartes*, tal y como es el caso de G. Fagniez y Ch.-V. Langlois, este último autor del capítulo dedicado a la crítica de las fuentes en el manual de metodología histórica titulado la *Introduction aux études historiques*.

Y por último (3), un tercer factor ligado a la cantidad y la calidad de las tesis producidas. En efecto, en la *École des chartes* los alumnos no solo aprendían las enseñanzas transmitidas por los profesores, sino que, además, debían de ejercitar estas destrezas por medio de un ejercicio práctico de investigación.

Para entender esta importancia hay que tener en cuenta la evolución interna del trabajo de investigación. En su origen, este último se basó en la disertación literaria a propósito de un acontecimiento histórico, sin apoyo de métodos críticos. En lo sucesivo esto mismo cambiará, ya que la transmisión formalizada de las ciencias auxiliares transformaba por entero el procedimiento y la finalidad del ejercicio de investigación, hasta el punto de convertirse, en apenas pocos años, en un trabajo de carácter erudito, basado en el análisis de las fuentes, la proliferación de notas, o bien el desarrollo minucioso de documentos relativos a un periodo concreto del pasado (monografías).

En otras palabras, ya no se trataba de redactar un ensayo sobre la evolución interna de Francia, sino de realizar una investigación histórica *erudita*, centrada en dilucidar la veracidad de los acontecimientos, de manera que esta acotación temática pudiera permitir al investigador el análisis exhaustivo de un número *limitado* de documentos.

²⁷⁸Véase a este respecto las ambiciones que alberga el propio S. Luce, profesor de la *École des chartes*, en la lección inaugural de la asignatura. En ella se puede atisbar una voluntad clara de sobrepasar las fronteras archivísticas e intentar establecer un canon metodológico aplicable al cerco de la historia. Dice así: “*L’École des chartes, en effet, a été fondée pour former des archivistes, des bibliothécaires et des érudits; mais nous ne verrions aucun mal à ce qu’elle produisît dans l’avenir, comme elle a produit dans le passé, de véritables historiens. Loin de nous en plaindre, nous nous en réjouissons, parce que nous y verrions le moyen le plus efficace d’étendre la légitime in-*

En ese sentido, cabe mencionar la proliferación de trabajos dedicados al periodo medieval. Son muchas las tesis realizadas en torno a este tema, sobre todo en lo que se refiere a las instituciones jurídicas y políticas. El resto de periodos históricos se ven desplazados del centro de los objetos de investigación, si bien es cierto que poco a poco, con la llegada de la Tercera República, el análisis del periodo moderno empieza a cobrar una importancia mayor en sus estudios, conformando la cuarta parte de tesis dedicadas a este periodo entre los años 1899 y 1914 (Bergés en Amalvi et al, 2005: 237).

2.3.4. - El tiempo de los inventarios: nuevas herramientas de investigación

Compilación de fuentes. Publicación de fuentes. Esa es la divisa que caracteriza el trabajo de las instituciones eruditas, al tiempo que una progresiva institucionalización del ejercicio erudito en el marco de los proyectos y los parámetros del Estado. Sin embargo, la búsqueda y la compilación de lo inédito no agota por entero el desarrollo de la actividad erudita; es más, este ejemplo constituye solamente un caso entre otros, si bien es cierto que importante, aunque no el único.

Así, junto a la proliferación de fuentes y documentos inéditos, cabe recordar otros trabajos que también constituyen importantes herramientas para la investigación histórica. En este punto, hablamos de los inventarios y de los catálogos. Una vez señalados los objetos (cartas, documentos, impresos, estampas, monedas, sellos, etc.) y la infraestructura (bibliotecas, archivos, depósitos) que hacen posible el oficio de historiador en el siglo XIX, queda por plantear otra cuestión importante, a saber: ¿mediante qué materiales, qué herramientas conoce el historiador la existencia y la localización de estos documentos? (Samaran, 1986: 1094).

En este punto la proliferación de inventarios desempeña una labor inestimable; tanto más porque, en última instancia, constituyen las guías que hacen transitable la búsqueda y la exploración ordenada de los fondos. ¿Qué sería, pues, de la investigación histórica sin la existencia de tales herramientas? Más aún, ¿qué servicio puede prestar un archivo si este último está desprovisto de inventarios y de catálogos?

Obviamente sería lo mismo que buscar una aguja en un pajar. De ahí la importancia de los catálogos y de los inventarios, y de ahí también la necesidad de dedicar unas pocas palabras a poner de manifiesto la proliferación de este tipo de materiales en el contexto de la segunda mitad

fluence de notre École et de fonder sur des bases indestructibles sa popularité” (‘Cours d’étude critique des sources de l’histoire de France’, en *Ibid*: 664-665).

del siglo XIX. Lo cual certifica hasta qué punto la época que va de la Monarquía de Julio hasta finales de la Tercera República constituye una época caracterizada por una fuerte *sensibilidad histórica*, donde un mayor número de recursos financieros (pero también humanos y técnicos) se destinan al desarrollo de la infraestructura documental (fuentes, inventarios, catálogos, etc.) que sentó las bases de la disciplinarización del saber histórico en Francia.

En efecto, el periodo que va de la Monarquía de Julio a la Tercera República es una etapa en la que se asiste a un cambio en el orden de la práctica archivística. Ya no se trata, como señala Lucie Favier (2004: 209), de preservar aquellos documentos que legitiman los derechos del Estado, sino de movilizar un conjunto de recursos institucionales en orden a suministrar al mundo erudito de los instrumentos de trabajo que aligeran la investigación histórica. Dicho de otro modo, el objetivo era dotar al colectivo de historiadores de aquellas herramientas que les permitieran adentrarse en el interior de un archivo sin la necesidad de comenzar la búsqueda desde cero.

En ese sentido la proliferación de inventarios resulta una cosa razonable, pero más lo es cuando se tiene en cuenta que los historiadores del siglo XIX ignoraban todavía el contenido y los yacimientos documentales que poblaban buena parte de los archivos y los depósitos de la época. Conscientes de tal problema los *Archives Nationales* inician una política interna orientada a solventar esas deficiencias, sobre todo a raíz de la dirección de Léon de Laborde (1857-1868) y de Alfred Maury (1868-1888). Es en ese contexto cuando empiezan a proliferar numerosos trabajos centrados en la descripción analítica de los fondos. El ejemplo más emblemático lo encontramos en el *Inventaire général sommaire des Archives de l'Empire* (1867). En este caso nos hallamos ante una herramienta ambiciosa, centrada en la descripción exhaustiva de los fondos y con un objetivo muy claro: dotar a los historiadores profesionales de una perspectiva general de las riquezas y los recursos ofertados en los archivos.

Más adelante se sucedieron otros inventarios similares, entre los cuales, cabe citar ahora, aunque sea brevemente, los casos más relevantes, como por ejemplo aquel realizado por Lecoy de la Marche, archivista de la sección histórica y autor de un repertorio general de los cartones de la serie K (Favier, 2004: 216). También Edgard Boutaric, archivista del Parlamento de París y autor de dos volúmenes de actas de dicha institución. O bien Jules Tardif, archivista de la sección histórica y autor de un inventario analítico de los cartones de los reyes de la serie K.

Ahora bien, el verdadero cambio se sucede a partir de la dirección de Alfred Maury. En ese momento los *Archives Nationales* empiezan a constituir una política interna centrada en la publi-

cación de instrumentos de trabajo (inventarios, catálogos, fuentes...). El primer ejemplo, aunque no el más relevante, es la mejora del *Inventaire général* realizado antes por Laborde. Se trataba de una edición ampliada, la cual llevaba por título *Inventaire sommaire et tableau méthodique des fonds conservés aux Archives nationales, 1ère partie: régime antérieur à 1789*.

Más adelante, Maury hizo publicar numerosos inventarios provistos de introducciones en las que él mismo hacía notar la importancia de tales materiales para el desarrollo de la investigación histórica. De estos últimos, cabe destacar el tomo II de los títulos de la Casa ducal de Bourbon, el tomo III de las cajas (layettes) del *Trésor des chartes*, o bien el inicio de los decretos del *Conseil d'État* bajo el reino de Enrique IV (*Ibíd*: 228).

Todos ellos constituyen importantes herramientas para el estudio y la investigación de la época moderna de Francia. No obstante, el inventario más relevante, aquel que supone la base fundamental de toda investigación sobre el Antiguo Régimen durante casi un siglo, es un inventario publicado en 1891. Concebido inicialmente por Alfred Maury, este trabajo vio la luz bajo la dirección de G. Servois como director de los *Archives Nationales*. Su nombre es conocido: se trata del *État sommaire par séries des documents conservés aux Archives nationales*, y constituye una segunda parte rectificada y ampliada del 'Inventaire général sommaire des Archives de l'Empire'.

Después de esto, Maury y Servois dirigieron numerosos trabajos centrados en los repertorios numéricos de algunos fondos importantes, tales como el *Répertoire numérique des archives du Parlement de Paris. Série X* (1889), el *Répertoire numérique des archives de la Chambre des comptes de Paris. Série P* (1896), el *Répertoire numérique des Archives du Châtelet de Paris. Série Y* (1898), o bien el *Répertoire numérique des archives de la Maison du Roi. Série OI* (1903), entre otros (*Ibíd*: 244).

2.3.5. - Las Bibliotecas municipales

Y por último merece la pena detenerse un instante en las bibliotecas municipales. Un tema que si bien no merece los honores de la *Bibliothèque Nationale* o los *Archives Nationales* ofrece

importantes pistas al respecto de la infraestructura archivística y las posibilidades documentales ligadas a su generalización, especialmente para el público no parisino.

Ahora bien, para hablar de ello es preciso tener en cuenta la situación práctica en la que estaban inmersos los fondos municipales (recordemos, los *dépôts littéraires*). En efecto, ¿cuál era la situación real, práctica, de aquellos fondos durante la época que atañe a la Restauración?

El decreto del 28 de Enero de 1803 (8 de pluvioso del año XI) nos ofrece algunas claves al respecto. En él se plantea una serie de responsabilidades definidas: se dice, por ejemplo, que la totalidad de libros acumulados tras la nacionalización de bienes debían ser confiados a las distintas municipalidades, lo que significaba en la práctica una ventaja por parte de los establecimientos parisinos respecto a las distintas municipalidades desplegadas en provincias, ya que el Estado optó por incautar los ejemplares más interesantes en provecho de los establecimientos de los que tenía una gestión directa (Biblioteca Nacional, Biblioteca del Arsenal, Biblioteca Mazarine, etc.), dejando al resto de las ciudades el cuidado y la salvaguarda de una abundancia documental (en ocasiones irrelevante) que no eran capaces de gestionar (Casselle en Varry et al, 2009: 109).

El resultado fue una situación desastrosa, donde la mayor parte de las municipalidades se mostraron incapaces de llevar a buen término las obligaciones contraídas en 1803. Seguramente, por razones que tienen que ver con la inconsistencia interna de la propia ley, ya que ésta se centraba mayormente en la delimitación de las obligaciones prácticas –p. ej. nombrar y mantener con gastos municipales a un bibliotecario y redactar un inventario de los libros en posesión²⁷⁹–, dejando de lado toda consideración acerca de los medios para llevar a cabo esta tarea. A todo ello, además, había de sumársele la dejadez más absoluta por parte del Estado en todo aquello que tuviera que ver con las bibliotecas municipales, al menos durante todo el periodo que va de 1803 a 1830.

El cambio se produce con la llegada de la Monarquía de Julio, y más en concreto con el desarrollo de las políticas patrimoniales impulsadas por el ministerio de la Instrucción Pública. Fue ahí, en ese momento, cuando las competencias en materia de control y gestión de las bibliotecas se trasladaron a manos del ministerio, hecho éste que supuso la puesta en marcha de múltiples

²⁷⁹“Art. 2. Il sera nommé par ladite municipalité un conservateur de la bibliothèque, dont le traitement sera payé aux frais de la commune. Art. 3. Il sera fait de tous les livres de la bibliothèque un état certifié véritable, dont un double sera envoyé au Ministère de l’Interieur par le Préfet du département” (‘Décret plaçant les bibliothèques sous la surveillance des municipalités. 28 janvier 1803’ en Robert (1883: 73-74).

decretos orientados a catalogar los fondos (inéditos) municipales y plantear un reparto diferente de los mismos en función de las necesidades profesionales de la población²⁸⁰.

El ejemplo más emblemático lo encontramos en la circular del 22 de Noviembre de 1833, en la cual F. Guizot informa a los prefectos departamentales sobre la necesidad de retomar el viejo proyecto establecido en 1803, según el cual los bibliotecarios municipales debían dirigir al poder ministerial un catálogo completo de los fondos municipales, a fin de que el público erudito pudiera estar en conocimiento de las riquezas bibliográficas contenidas en su interior²⁸¹.

En ese sentido Guizot apuntaba varios criterios que debían guiar la búsqueda y el inventario de los manuscritos. El primero de ellos se correspondía con los *manuscritos eclesiásticos*, los cuales cobraban interés no tanto por la pretensión teológica contenida en ellos sino por razones estrictamente artísticas o patrimoniales. El segundo se refería a los *manuscritos de obras clásicas*, propias de la antigüedad grecolatina o libros que pudieran encerrar algunos fragmentos inéditos de los maestros de la Antigüedad. Y por último, un tercer tipo de manuscritos relacionados con la historia nacional de Francia, en los cuales Guizot ponía todo su énfasis y su atención, ya que su búsqueda entroncaba perfectamente bien con el desarrollo de otro proyecto financiado por el ministerio y cuyo título ya hemos señalado con antelación: los *Documents inédits sur l'histoire de France*²⁸².

Ahora bien, esta clasificación no es la única información importante en la circular de 1833. Junto a ella, y de manera quizá programática, nos encontramos otra medida cuyo objeto era solventar el problema del reparto y la (nefasta) distribución de los bienes contenidos en las bibliotecas. Guizot era plenamente consciente del problema: de hecho, él mismo denunció la inutilidad de numerosas bibliotecas para la población de las ciudades que las poseían. Entre ambas, dice, se

²⁸⁰ A todo ello, sin embargo, debía añadirse un conjunto de informes previos realizados por inspectores e historiadores de la época (J. Michelet, L. Villet), cuyo objetivo era visitar las bibliotecas municipales y hacer un catálogo de las colecciones que albergaban en su interior, a fin de poner de manifiesto cuáles de tales bibliotecas no habían enviado un ejemplar de su catálogo al ministerio. Más información en Caselle (en Varry et al, 2009: 110).

²⁸¹“*Monsieur le Préfet, les bibliothèques publiques des départements sont depuis quarante ans dans une situation qu'on peut appeler provisoire (...). Un tel état de choses doit cesser. Je me propose de prendre ou de provoquer des mesures qui me permettent de vivifier ces établissements, et d'en faire un puissant moyen d'instruction (...). J'essaierai, en même temps, dans l'intérêt général de la science, de tirer de la poussière et de mettre en circulation les trésors inconnus qu'elles ne peuvent manquer de recéler*” (‘Circulaire relative à la confection d'un catalogue des bibliothèques publiques. 22 novembre 1833’, en Robert (1883: 75-76).

²⁸²“*Vient enfin une troisième classe de manuscrits, la plus importante sans doute; je veux parler des manuscrits qui ont rapport à notre histoire nationale. Il n'est point de bibliothèque de département qui ne possède, sinon des volumes, au moins quelques pièces inédits, relatives, soit à l'histoire de province, soit à celle de telle ou telle ville, de telle ou telle famille, de tel ou tel individu* (Ibidem)

producía un verdadero desajuste, en el sentido de que muchos de aquellos fondos estaban absolutamente desconectados de las necesidades profesionales, reales, de las poblaciones específicas²⁸³.

Para paliar este problema Guizot ideó un plan de acción centrado en la modificación de este estado de cosas, para lo cual era necesario establecer no solo un catálogo completo de los fondos sino modificar después la repartición descuidada de los mismos por medio de un sistema de intercambios organizado bajo la responsabilidad directa del Estado²⁸⁴.

En este punto Guizot era muy claro al respecto: se trataba de re-organizar el reparto existente tomando como punto de apoyo la capacidad de intervención del Estado, el cual otorgaba a esta operación la unidad de dirección necesaria para el desarrollo de una vida erudita susceptible de no plantear contratiempos a las expectativas programadas por el Estado.

Ahora bien, esta reordenación no fue debidamente perfilada hasta pocos años después, con la llegada de Salvandy al ministerio y la puesta en marcha de medidas cuyo cometido era impulsar el desarrollo de la infraestructura archivística y el encuadramiento de la vida erudita en provincias. El ejemplo más claro lo encontramos en el decreto del 15 de Septiembre de 1838, según el cual el Ministerio de la Instrucción Pública establecía los criterios básicos a partir de los cuales se perfilaba una (re)distribución pormenorizada de los fondos. El texto era bastante claro: se trataba de amoldar la diversidad bibliográfica a las características o las idiosincrasias de las ciudades en cuestión. Para ello era necesario que los textos jurídicos fuesen enviados a las ciudades en donde existiesen facultades de Derecho; las obras literarias, científicas o históricas, a las ciudades en las que hubiesen colegios reales y universidades; los planos y los mapas, así como los tratados marítimos o internacionales a todas las ciudades con puertos, y así sucesivamente²⁸⁵.

²⁸³“*Un fait m'est signalé partout: c'est que la plupart des bibliothèques ne sont fréquentées que par un très petit nombre de lecteurs. Cette indifférence peut bien provenir en partie de l'indifférence pour l'étude elle-même; mais elle a encore une autre cause, savoir: le défaut d'harmonie entre les besoins, la direction d'esprit des lecteurs, et le genre d'oeuvres qu'on peut leur offrir en lecture. Dans telle ville où l'on étudie la médecine, la bibliothèque n'est riche qu'en théologie; dans telle autre où fleurissent les sciences exactes, on n'a que des livres des belles-lettres (...)*” (Ibidem)

²⁸⁴“*l'intervention de l'administration supérieure est indispensable pour rendre les échanges vraiment utiles (...) l'autorité central est seule en position d'imprimer à une telle opération l'unité de direction sans laquelle on n'obtiendrait aucun succès*” (Ibid: 77).

²⁸⁵“*Art. 4. Les oeuvres de théologie seront donnés aux bibliothèques des villes où il existe des Facultés de théologie. Art. 5. Les ouvrages de jurisprudence et de droit administratif seront donnés aux villes où se trouvent des cours royales ou Facultés de droit. Art. 6. Les ouvrages de science médicale et de sciences naturelles seront donnés aux villes où sont des Facultés de médecine (...). Art. 8. Les voyages modernes, les cartes et les plans maritimes, les traités internationaux, les traités de législation commerciale et maritime (...) seront donnés aux villes qui possèdent un port militaire ou marchand, ou une école d'hydrographie ou de navigation. Art. 9. Les ouvrages d'art, ou qui traitent des arts, seront donnés aux villes qui possèdent des musées ou des écoles de dessin(...)*” (‘Arreté fixant le mode de distribution des ouvrages aux bibliothèques. 15 septembre 1838’ en Robert, 1883: 86-87).

La idea era constituir un sistema de intercambios organizado bajo la mirada atenta de la administración, pero también encuadrar y programar la vida erudita del país, sirviéndose para ello del pretexto de querer compatibilizar las riquezas bibliográficas con las necesidades “reales” y profesionales de la población. Lo cual suponía en la práctica el rechazo por parte del Estado de toda autonomía de las municipalidades para diseñar y gestionar las soluciones al problema, ya que este problema no estaba motivado por una falta o una ausencia de autonomía, sino más bien por la escasez de un poder central, capaz de imponer por otra parte la existencia de una dirección unitaria, *programable*, al intercambio y la repartición de los recursos bibliográficos²⁸⁶.

En ese sentido cabe recordar lo que P. Casselle decía a propósito de la solución adoptada: en ningún caso se trataba de solventar el problema por medio de una subvención a las municipalidades, tal que esta última pudiera permitir realizar adquisiciones bajo la responsabilidad directa del municipio, teniendo en cuenta las demandas reales y constatadas de la población local (Casselle en Varry et al, 2009: 114). En efecto, en lugar de hacer esto se planteó precisamente lo contrario: se buscó una solución al problema formulando una re-distribución de los fondos organizada solamente *desde lo alto*, bajo el tutelaje directo del Estado, el cual estimaba qué recursos eran los más apropiados para cada lugar.

De ahí también nuestro interés por el fenómeno de las bibliotecas municipales. Si nos centramos en ellas no es (o no es solo) por una ampliación o una simple curiosidad histórica, sino porque la puesta en marcha de su funcionamiento pone de manifiesto el tutelaje del Estado en todo aquello que se refiere a la infraestructura archivística y el desarrollo de la vida erudita en provincias. Un tutelaje, además, que afecta no solo a la legalidad de los actos, sino también a la gestión de los servicios. Y en concreto, en el dominio de las bibliotecas municipales, el poder del Estado afecta a las reglas estatutarias, la renumeración del personal, la conservación y la gestión de los fondos.

²⁸⁶ Ahora bien, a pesar de tales esfuerzos, el hecho es que las bibliotecas municipales no desempeñaron el papel esperado por el Ministerio. Entre ellas y el público seguía existiendo una brecha importante. Ello es así no solo por el tipo de bibliografía que albergaban en su interior, la cual resultaba en muchos casos inaccesible para el consumo popular, sino porque también, de forma paralela a esta red, se instauró otro tipo de bibliotecas cuyos fondos estaban plenamente identificados con las preferencias y los intereses del público popular. En efecto, en las *bibliotecas populares* existía un tipo de literatura que no se encontraba en las bibliotecas municipales, lo cual hacía de las primeras un lugar propenso para el desarrollo y la reproducción de una socialización basada en parámetros tradicionales. De ahí la creación de una red de bibliotecas populares: con ellas se pretendía promover un tipo de instrucción popular basada en la transmisión de saberes que no fueran susceptibles de cuestionar el orden establecido. En ese sentido cabe resaltar la importancia de este tipo de bibliotecas: si no ya en términos de calidad, sí al menos como fenómeno que consagra el fracaso de las bibliotecas municipales en su intento de servir al *gran público*. Más información en Marcetteau-Paul (en Varry 2009: 444).

Con todo parece lógico concluir ahora recordando una idea que ha sido constantemente sugerida a lo largo del capítulo, según la cual la infraestructura archivística moderna no parte de una infraestructura preexistente, en la que todo está ya recopilado y clasificado, sino más bien de un cúmulo de transformaciones coyunturales, lo que significa que el Estado trata de construir un espacio archivístico (homogéneo, estandarizado) partiendo de la *desterritorialización* previa que supuso la confiscación de bienes y la Revolución francesa. Es aquí, por tanto, donde hemos de situar el origen y el desarrollo de la infraestructura archivística, en la cual las bibliotecas municipales constituyen solamente un ejemplo más entre otros.

II^a PARTE

3. El momento 'metódico': la disciplinarización del saber histórico en Francia

*'...les Universités allemandes sont à la fois libres et organisées. Point de programme: liberté de la science, liberté des méthodes, liberté pour le professeur, liberté pour l'étudiant, *Lehrfreiheit* et *Lerfreiheit*: mais l'anarchie n'est pas à craindre: les Universités soumettent cette liberté aux règles d'une harmonie supérieure*

E. Lavis, *Les Universités allemandes et Universités françaises*.

'Es preciso imbuirse del principio, evidente pero a menudo olvidado, de que un documento no encierra sino el pensamiento de su autor, y hay que imponerse la norma de comenzar por comprender el texto en sí antes de ir en busca de los datos que puede proporcionar.

Ch. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*.

'L'établissement d'un lien causal se fait non entre un agent et un acte, non entre un pouvoir et un résultat, mais entre deux phénomènes exactement de même ordre; il implique une relation stable, une régularité, une loi'

F. Simiand, *Méthode historique et science sociale*.

La actividad cognitiva a la que llamamos 'Historia' no es una realidad constante a lo largo del tiempo: tanto su forma como sus criterios metodológicos han variado en función de las épocas y de sus respectivos grados de institucionalización. Nuestro objetivo en este capítulo no es poner al descubierto esta variedad, sino tratar de centrar el análisis en aquellas condiciones que han hecho posible la conversión de los *sabereshistóricos* en un campo gnoseológico definido, basado en un saber efectivamente disciplinarizado en su morfología interna²⁸⁷.

Dicha operación sin embargo solo es inteligible a condición de insertarse en un proceso más amplio basado en la institucionalización universitaria de los saberes, y en la cual la disciplina histórica tuvo su sanción definitiva a finales del siglo XIX. En ese momento la ciencia histórica trató de afirmarse como una comunidad científica, para lo cual se sirvió de aquellos mecanismos que trataban de unificar criterios en el ámbito de los *procedimientos* enunciativos (Foucault, 1997: 164). Semejante configuración permitía al discurso histórico distanciarse de aquellos saberes (escritores, periodistas, ensayistas) que no habían sido objeto de una disciplinarización interna en sus procedimientos formales, en sus retóricas causales.

Ahora bien, esta tarea, como señala J. Revel (en Berthelot et al, 2012: 30), se hizo de múltiples y diversas maneras: por un lado, se unificaron las reglas que permitían elaborar el conoci-

²⁸⁷ Precisamos un poco más esta afirmación. Hablamos de un campo gnoseológico definido en el panorama actual de las ciencias (sociales), tal y como se configura en la civilización occidental en el siglo XIX.

miento histórico, es decir, se formalizaron todos los elementos que permitieron establecer estándares en lo que se refiere a las etapas y la construcción del conocimiento, ya fuese en el ámbito de la presentación y la comunicación de resultados, o bien en la manipulación y la lectura de materiales. Y por otro, se planteó una preocupación clara en torno a la necesidad de organizarse en asociaciones profesionales, dedicadas no solo a potenciar la sociabilidad entre historiadores (revistas, congresos, etc.) sino también a promover y difundir modelos de aprendizaje histórico, así como manuales y diferentes elementos de vulgarización histórica.

Dicho cometido fue ampliamente desarrollado por la comunidad historiográfica, si bien es cierto que los historiadores *metódicos*, si cabe utilizar el término, desempeñaron un papel preeminente en este proceso²⁸⁸. De hecho, esta es la razón básica que apuntan algunos de los más notables comentaristas (Ch. –O. Carbonell, A. Prost, G. Noiriel), lo cual hace que sea inevitable cuestionar la imagen que nos ha sido transmitida de la historia metódica, al considerar que aquellos historiadores han sido decisivos en la configuración de la ‘Historia’ en tanto que espacio profesional.

Así, partiendo de las tesis desarrolladas por estos comentaristas, P. García plantea una reevaluación post-*annalista* de la escuela, apoyada en tres planos o tres ejes diferenciados.

- El primero de ellos no es difícil de adivinar: atañe al aspecto institucional de la disciplina, y se refiere al papel que los historiadores metódicos han desempeñado en la *profesionalización* de la ciencia histórica en Francia. Historiadores como E. Lavissee, G. Monod o Ch. Seignobos han ejercido un papel activo en el diseño de las reformas de los estudios históricos, por no hablar de las asociaciones o de los grupos de presión (muchos de ellos, dominados por los historiadores) en los cuales se han discutido previamente las propuestas y los proyectos de las citadas reformas.

²⁸⁸ En ese sentido consideramos más oportuno utilizar el término ‘metódico’ al de ‘positivista’, en la medida en que creemos que la obra de los historiadores metódicos no encaja en absoluto con el retrato de una doctrina positivista, si por positivista entendemos el hecho de querer plantear una teoría que trate de dictaminar leyes y regularidades que atañen al desarrollo social de la especie humana, tal y como defiende A. Comte y sus discípulos más relevantes, especialmente L. Bourdeau (*l’Histoire et les historiens, essai critique sur l’histoire considérée comme une science positive*). Lo que sí existía, por el contrario, es un culto manifiesto por las fuentes primarias y por la creencia de que es posible construir evidencias (hechos históricos) a través de la crítica documental de las fuentes, a lo cual cabe añadir un escaso grado de reflexión sobre los ‘hechos científicos’ y sobre el estatuto de la objetividad en la ciencia. Pero incluso aquí, cabe matizar este tipo de afirmaciones, ya que una lectura sosegada de Seignobos constataría la imagen, en ocasiones excesivamente severa, que algunos *annalistas* (sobre todo L. Febvre) habían realizado al respecto. La historia ‘metódica’ es una historiografía cuestionable; sin embargo, no es tan ingenua como algunos autores nos habían hecho creer. En cualquier caso, nosotros hemos optado por utilizar el término ‘metódico’, al considerar que la designación ‘positivista’ no hace justicia al sesgo metodológico (ideográfico, narrativo, evenemencial) que caracteriza el trabajo de Seignobos y sus amigos. Para una visión más extensa del debate, véanse Carbonell (1978), Prost (1994), Noiriel (1990).

En ese sentido, el estudio de la *École Méthodique* se plantea como un objeto privilegiado²⁸⁹, en la medida en que su hegemonía discursiva coincide con un periodo en el que los saberes históricos convergen hacia una forma coherente y unificada.

- Otro aspecto a considerar es su interés manifiesto por la metodología y las cuestiones epistemológicas. Cosa que resulta extraña en un ámbito que no es muy proclive a la especulación filosófica o a la reflexión explícita sobre temas teóricos. La *École Méthodique* no funda por sí sola la crítica de las fuentes: su existencia se remonta mucho tiempo atrás, con Mabillon y la erudición practicada por las academias, a lo cual siguen los avances filológicos en las universidades de Prusia.

Ahora bien, aunque la *École Méthodique* no asuma la paternidad expresa del método histórico, sí parece claro que sus respectivos esfuerzos (especialmente por parte de Ch. Seignobos y de Ch.-V. Langlois) han contribuido a establecer una forma articulada y coherente del mismo, lo que hace que su propia actuación contribuya al mismo tiempo a la mejora de las técnicas (crítica documental, heurística, bibliografía, etc.) que habían sido desarrolladas por Ranke y sus discípulos en las universidades de Gotinga y de Berlín. De ahí el interés renovado por los historiadores metódicos: estudiar este caso no es estudiar un ejemplo cualquiera, pues al considerar sus posiciones teóricas analizamos también la forma más lograda de un modelo historiográfico (ideográfico, narrativo, evenemencial) que ha sido hegemónico en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

- Y por último, cabe resaltar la implicación política que algunos metódicos han tenido con la coyuntura del momento. Y no solo en lo que respecta a su posicionamiento en defensa del capitán Dreyfus, sino también en su defensa general de la IIIª República, o bien en su consideración del saber histórico como una práctica o un oficio al servicio del magisterio cívico.

²⁸⁹ El término 'École Méthodique' es una construcción historiográfica creada *a posteriori* por la tradición histórica francesa. En sentido estricto, los metódicos no forman una escuela o un colectivo autodenominado como tal. Más bien se trata de un concepto o una nomenclatura posterior, creada por la tradición *annalista* con el fin de identificar a los viejos historiadores (en algunos casos, maestros directos de L. Febvre y M. Bloch) esforzados en codificar un método de investigación basado en el análisis documental y en la idea de que el orden cronológico de los acontecimientos es el único horizonte posible de análisis histórico. Sin duda, esta denominación también está influida por el hecho de que tales historiadores (Monod, Seignobos, Langlois, Lavissee, Sagnac, etc.) formasen parte de las comisiones encargadas de diseñar y organizar las reformas de los estudios históricos (primaria, secundaria, universitaria) durante la Tercera República, así como por ser investigadores asiduos en la célebre y famosa *Revue Historique* (1876), principal órgano de los historiadores profesionales y opuesta en sus convicciones políticas y religiosas a la *Revue des questions historiques*, fundada en 1866 y de raigambre legitimista y ultramontana.

Para entender esto hay que tener en cuenta lo siguiente. La ciencia histórica no es una mera práctica discursiva: desde su origen mezcla dos dimensiones que no se pueden soslayar. Por un lado, la historia es una técnica de conocimiento, y por otro, se trata de una práctica cuyos procedimientos no eliminan en absoluto su articulación originaria con el presente. En efecto, la Historia solo adquiere sentido en su propia historicidad, en su relación inmanente con la realidad del historiador (Massicotte, 1981: 14-15): su objetivo no es (o no es solo) definir una imagen exacta del pasado, sino plantear una construcción simbólica en el que esta imagen sea *significativa* para el presente y el futuro del investigador. Lo que nos indica que la ciencia histórica está investida de una *función social*, en el sentido de que moviliza, a través de su análisis, una relación específica con el presente y con el pasado, con el pasado *a partir del presente* (Revel en Berthelot et al, 2012: 26).

En el caso de los historiadores metódicos esta función resulta especialmente clara: con ellos el pasado de Francia es acomodado a los intereses de la Tercera República, lo que hace que su discurso histórico se centre en aquellos acontecimientos (la Revolución francesa, el Tercer Estado, etc.) que han contribuido a la Historia general de Francia y a la constitución de una comunidad política entendida en términos nacionales. En ese sentido, la reevaluación de la *École Méthodique* resulta totalmente pertinente: ello es así porque sus obras históricas (estudios de caso, manuales escolares, colecciones divulgativas) constituyen magníficos ejemplos para plantear la cuestión –hoy ciertamente relevante– del uso político del pasado²⁹⁰.

He aquí el eje de coordenadas sobre el cual pivota la reevaluación *historiográfica* (que no ideológica) de los *metódicos*. Pero reflexionemos un poco más. Ya hemos señalado algunas cosas interesantes: lo siguiente es saber el modo en que vamos a organizar exactamente el desarrollo de este capítulo. Desde luego no es cuestión de plantear un acercamiento tradicional, basado en la cronología de la Escuela o en la hagiografía de sus más célebres integrantes. Pero tampoco de trazar un enfoque reduccionista, centrado en la profusión de tópicos o en la descalificación ideológica de los historiadores metódicos, al más puro estilo *annalista*.

Nuestro objetivo, por el contrario, está guiado por un enfoque distinto, que trata de solventar cuestiones epistemológicas al tiempo que integra este análisis en un contexto más amplio de institucionalización del saber histórico. Si lo hacemos así no es por razones gratuitas, o por una

²⁹⁰ Esta cuestión sin embargo no será objeto de análisis en la presente investigación centrada en la disciplinización del saber histórico. No obstante, haremos varias referencias ilustrando el carácter nacionalista y finalista de

mera ampliación desordenada de conocimientos, sino porque dicha lectura, dicha manera de organizar y estructurar la disposición de los conocimientos nos permitirá vislumbrar aquellos elementos que han hecho posible la constitución de un espacio histórico profesionalizado.

Ahora bien, ¿cómo vamos a materializar este planteamiento? La pista ya está sugerida en las páginas anteriores, si bien es cierto que las circunstancias expositivas nos exigen ahora una indicación mucho más matizada. En este punto, P. García plantea una pista relevante. A su juicio, el desarrollo de la Historia, su autonomización en tanto que espacio gnoseológico, se identifica con un proceso que se materializa en dos planos:

- la organización de la formación
- y la codificación de un método

En lo que se refiere al primer aspecto, el trabajo de los metódicos ha sido perfectamente claro, ya sea en el diseño de proyectos educativos o bien participando en comisiones encargadas de asesorar a los ministros en las reformas universitarias. Pero sobre todo, su relevancia es mucho más clara en el ámbito metodológico. Es aquí donde la impronta *metódica* adquiere un relieve plenamente extraordinario. Tanto más porque, en última instancia, los historiadores metódicos, si bien es cierto que no inauguran el método histórico, sí parecen contribuir a establecer una forma articulada y coherente del mismo, sentando así un consenso (un protocolo metodológico, con sus presupuestos teóricos, sus retóricas argumentativas, sus modelos de causalidad, sus préstamos disciplinares, etc.) que marcará el desarrollo de buena parte de los estudios realizados en la comunidad historiográfica francesa, al menos hasta el primer tercio del siglo XX.

En ese sentido la *École Méthodique* adquiere una relevancia incuestionable. Nuestro objetivo es analizar este hecho partiendo del examen detallado de lo que sucede en tales ámbitos (la organización de la formación y la codificación del método). Pero, ¿cómo? ¿A través de qué preguntas?

- En el caso de la *organización formativa*, las cuestiones son bastante claras. Se trata de poner de manifiesto la institucionalización de la enseñanza histórica. Para lo cual se ha de plantear primero cuáles son las reformas universitarias que pone en marcha la Tercera República: y en concreto, se trata de ver qué sucede en el ámbito del saber histórico, cómo es posible su autonomización, qué medidas se acometen (aumento del registro docente, becas, creación de institucio-

las obras históricas que plantean los historiadores metódicos, especialmente en la figura de E. Lavissee y Ch.

nes nuevas, etc.) para que se convierta en una carrera universitaria, o bien qué medidas se implementan para coordinar los dispositivos institucionales ya existentes dedicados al saber y la crítica histórica. Y después, en un segundo momento, o tal vez a la par de las cuestiones anteriores intentar recalcar el papel que los *metódicos* han desarrollado en el proceso: ver por ejemplo qué ideas han diseñado, qué tipo de proyectos, a través de qué procedimientos, qué asociaciones, etc. El objetivo es ver cómo estos historiadores han influido en las decisiones del ministerio.

- Y en lo que respecta al *tema del método*, las cuestiones son un poco más complejas. Para verlo es preciso desmontar los prejuicios que acompañan las representaciones habituales de la ciencia, y en especial aquellos que se refieren a la observación y al papel desempeñado por ésta.

Según esta opinión, la observación científica constituye el punto de partida de la ciencia, es la base sobre la cual se sustentan las leyes y las teorías del conocimiento científico. Dicho esquema, además, plantea un modelo de objetividad científica de fuertes connotaciones ontológicas, ya que considera que la observación y el razonamiento inductivo²⁹¹ constituyen procedimientos objetivos en sí mismos, es decir elementos que no están influenciados por nada y que precisamente por ello proporcionan un acceso *privilegiado* a lo real (Chalmers, 2006: 12-15).

Ahora bien, un análisis detallado al respecto advierte que la ciencia no funciona exactamente así: la observación no constituye en sentido estricto el punto de partida de la ciencia. Esta última, como es lógico, funciona por medio de observaciones, pero no según el modo que la retórica empirista nos ofrece de las mismas. Pues así entendida, en su acepción vulgar, la observación solo estaría impelida por los órganos sensoriales y por las categorías lógicas, lo que la sitúa en una posición privilegiada, ya que se la presenta como un elemento auto-constituyente, algo con respecto a lo cual no cabe cuestionamiento alguno pues sus ‘evidencias’ se derivan del uso correcto (no disminuido) de los órganos sensoriales y de las facultades lógicas.

En ese sentido no cabe un análisis apoyado sobre tales presupuestos. Por mucho que se insista en la idea de que la ciencia se construye sobre la base de nuestro aparato perceptivo, es decir de que este mismo aporta ‘verdades’ cuando actúa bajo ‘condiciones normales’, la práctica científica parece indicarnos lo contrario. Es más, ¿no sucede que la experiencia individual tiene lugar *dentro* de un marco de imposiciones previo, de modelos, propósitos y significados compartidos?

Seignobos.

²⁹¹ No cualquier tipo de observación, sino una observación *controlada*, que presupone una serie de procedimientos calculados, explícitos y puestos a prueba (suscceptible de reproducirse) a los ojos de la comunidad científica. Y por supuesto, tampoco es cualquier tipo de razonamiento inductivo, sino aquel que está regido en su despliegue tanto por la observación reglada como por los objetivos finales que comprenden, entre otros, la elaboración de leyes de regularidad.

Dicho de otra manera, lo que no piensa el enfoque empirista es que la observación científica, para ser efectiva, tiene que insertarse en un *marco de referencias previo*, capaz de proporcionar aquellas mediaciones sobre las cuales discurre y se pre-dispone la observación. Y con respecto a las cuales, además, no cabe una posición externa, ya que sin ellas no hay manera de interpelar *categorialmente* al pasado, si por interpelar entendemos el hecho no de producir una representación literal(izada) de los acontecimientos sino una conversión de los mismos en patrones de significado, es decir en elementos conexos con una cierta capacidad explicativa.

Pues bien, teniendo en cuenta estas aclaraciones, lo que proponemos es un análisis teórico centrado en las mediaciones epistemológicas. Es decir, analizar la *École Méthodique* asumiendo el hecho de que su codificación metodológica compromete una serie de *mediaciones* (p. ej. la delimitación de la *materia* histórica, las condiciones de su aprehensión, la escala de observación de los fenómenos, el modelo de causalidad, etc.) que afectan a la manera en que va a producirse la descripción del conocimiento histórico y su régimen de perceptividad.

Para ello es preciso concretar estas cuestiones en un conjunto articulado de interrogantes, a fin de dotar de contenido material a las mediaciones que subyacen al planteamiento y la reflexión de los historiadores metódicos. En ese sentido parece razonable dividir las cuestiones en dos planos diferentes. Por un lado, las cuestiones relativas al método y los aspectos *técnicos* del mismo. Cuestiones tales como la crítica de las fuentes, el protocolo metodológico, las normas de presentación y comunicación de resultados, las disciplinas auxiliares, la influencia de estas últimas (filología, diplomática, paleografía, etc.) sobre los razonamientos históricos, etc. Y por otro, las preguntas concernientes al método y sus aspectos *epistemológicos*. Es decir, cuestiones que atañen no tanto a la presentación de la crítica y sus etapas procedimentales, sino a la red de compromisos gnoseológicos que subyace a la construcción y los procesos de argumentación discursiva de los historiadores metódicos. Ahora bien, ¿cómo se materializan este tipo de cuestiones?

Si el objetivo es plantear la cuestión del método al tiempo que se bosqueja una reflexión sobre las condiciones de posibilidad del objeto historiográfico, esto implica sendos análisis en torno a la noción de ‘hecho histórico’ (¿qué es un hecho histórico?), de ‘documento’ (¿qué tipo de materiales se consideran ‘fuentes históricas’? ¿Dónde se sitúa la clave de inteligibilidad de las mismas?), de ‘tiempo histórico’ (¿qué horizonte de narración temporal asume la codificación metodológica planteada por los metódicos? ¿Qué lugar cumple la sucesión cronológica en el trabajo de los historiadores?), así como de todos los factores que funcionan como causas o me-

canismos explicativos del devenir histórico (¿qué significa explicar en Historia? ¿Dónde hemos de buscar los elementos de transformación social? ¿Quiénes son los sujetos del tiempo histórico?).

Con todo la idea que subyace a esta introducción resulta clara: el final del siglo XIX es la época en la que la dispersión y la multiplicidad de saberes históricos (eruditos) converge hacia una disciplina unificada, hacia la creación de un espacio institucional en el que los historiadores recurren a *una* forma de racionalidad aceptada y reconocida por todos, lo cual permite establecer una demarcación clara entre la *doxa*, propia de periodistas y ensayistas, y la prueba, patrimonio de la ciencia histórica, que somete sus propios enunciados (o, mejor dicho, la *forma* de los mismos, no su contenido) a un proceso de regularización procedimental, haciendo que todos ellos sean el resultado de la aplicación de métodos y protocolos de lectura (de orden manipulativo, cognoscitivo y evaluativo) establecidos en el seno de la comunidad historiográfica.

La *École Méthodique* representa, en ese sentido, la concreción más perfeccionada de esta forma de hacer historia. Con ella se cierra lo que podríamos llamar, utilizando así a Th. Kuhn, un periodo de *ciencia normal* en historiografía (Sevillano en Langlois y Seignobos, 1898: 12). Un periodo en el que la (incipiente) comunidad histórica comparte de manera más o menos estable, aunque no sin ciertas fisuras, un conjunto de protocolos (formas de razonamiento, modelos explicativos, normas sobre la formulación de los problemas, criterios sobre los terrenos en los cuales debe discurrir el desacuerdo y los modos de expresión del desacuerdo, etc.) a través de una trama institucional.

De ahí el interés renovado por los metódicos: si lo hacemos así no es porque profesemos una devoción manifiesta por sus ideas políticas o metodológicas, sino porque su examen detallado nos proporciona un acceso privilegiado al momento en el que la disciplina histórica se constituye como *disciplina*, esto es, como espacio categorial diferenciado. Obviamente se podrá estar a favor o en contra de esta forma de hacer historia, pero lo que sin duda resulta innegable, con independencia de la adhesión o la enemistad que se profese hacia ella, es que la *École Méthodique* desempeñó un papel fundamental. Tanto es así que algunos comentaristas (García en Delacroix et al, 2007: 96) no dudan en definir este periodo (1876-1929) como el ‘momento metódico’, en clara alusión al poder y al influjo institucional que esta generación de historiadores tuvo en el

seno de la corporación historiográfica francesa (y en otros países)²⁹². En ese sentido, la *École Méthodique* constituye un acontecimiento en el orden del pensamiento historiográfico, al igual que lo fue la “escuela” de los *Annales* en la segunda mitad del siglo XX (Aguirre Rojas, 1999: 25). Ambos casos irrumpieron de manera hegemónica en el campo de la investigación histórica, haciendo que sus pares concurrentes (las corrientes restantes) se vieran en la tesitura de tener que definirse por razón suya, ya fuese para corroborar sus problemáticas y sus posicionamientos, o bien para cuestionarlos total o parcialmente.

Para acabar nos gustaría retomar una idea que ya hemos señalado en varias ocasiones, pero que bien merece repetirla a la víspera del análisis que vamos a desarrollar a continuación. Las páginas que siguen no tratan de relatar el curso dialógico de la *École Méthodique*, sino poner de manifiesto sus condiciones de producción (cognitivas, institucionales). Para ello no es preciso reproducir un discurso basado en la descripción puntillista y minuciosa de los *metódicos*. Ello sería irrelevante, ya que nos obligaría a focalizar nuestro interés en la dimensión meramente *cronológica* de la escuela, haciendo especial hincapié en sus hitos y sus debates, e impidiendo plantear así cuestiones que atañen a factores de los que no fueron conscientes los propios protagonistas.

Conviene pues leer lo que sigue en esta clave de análisis. No pidamos una descripción erudita al texto sino más bien *momentosexplicativos*, eso sí, sin menoscabo de incurrir con ello en un claro ejercicio de especulación gratuita o carente de todo rigor documental. La ciencia tiene sus propias mediaciones, las cuales existen como sobredeterminadas (esto es, como condicionadas y condicionantes) por otras instancias de la vida social. Ahora bien, si las diferentes instancias forman un todo (una sociedad) es porque todas ellas están determinadas en última instancia por la producción de la vida material, aunque esta misma, al igual que cada una de las otras, solo existe como sobredeterminada por todas las demas.

Mutatis mutandi, lo mismo cabe decir de la ciencia histórica. El hecho de que esta última sea investida por una función social no significa que su concrección sea la expresión directa de las relaciones políticas o productivas. No pensemos que la dialéctica económica (ricos contra pobres) se manifiesta *directamente* en la ciencia. Esta última, como decíamos, tiene sus propias mediaciones, lo que sin embargo no significa que no se vehiculen ideas o intereses políticos.

²⁹² La influencia del planteamiento metódico en España se debe a Rafael Altamira, que tomó contacto en París con Ch. Seignobos y Ch. V. Langlois en los años 1889-1890. Más información en Arostegui (en Pellistrandi et al, 2002: 370-373). También importantes indicaciones en Ruíz Torres (en Pellistrandi et al, 2002: 83-85).

Esto último es una condición inevitable, lo que pasa es que siempre se procesa bajo la concurrencia de una serie de mediaciones que son propias del mundo de las ciencias, las cuales desempeñan a su vez un papel condicionante y condicionado al mismo tiempo. *Condicionado* porque la ciencia histórica encuentra su horizonte de desarrollo en un conjunto de interpelaciones previas, propias del mundo histórico y social en el que vive el historiador. Y *condicionante* porque la existencia de tales interpelaciones ha de integrarse en un proceso que determina la disposición de los conocimientos, de manera que las interpelaciones propias del presente del historiador sean *aclimatadas* al marco y las posibilidades lingüísticas (los códigos procedimentales, las formas de analogía e inferencia, etc.) de cada ciencia.

En consecuencia, cabe suponer un cierto paralelismo entre las interpelaciones políticas del presente y el desarrollo de la investigación en la disciplina histórica, pero al mismo tiempo debe quedar claro que se produce una cierta autonomía de esta última y que por tanto dichas influencias externas se verán traducidas *dentro* de las leyes de funcionamiento de la disciplina histórica.

3.1. - Las reformas en la enseñanza superior y el protagonismo de los historiadores metódicos

La reforma de la enseñanza universitaria constituye uno de los principales frentes de lucha de los historiadores metódicos. De su implicación en esta batalla nos han dejado constancia numerosos documentos (papeles legales, debates en revistas especializadas de la época, etc.) y alguna que otra obra dedicada a la pedagogía y la enseñanza de la Historia. En todas estas intervenciones sin embargo se advierte una voluntad clara de transformar el sistema educativo y la enseñanza superior en particular. ¿Por qué?

Para responder a esta cuestión no basta con remitirse al problema de la laicidad en el ámbito educativo: este debate, como se sabe, es ciertamente importante, pero no agota por entero el conjunto de explicaciones posibles relacionadas con la necesidad de la reforma. Esencial es también a este respecto, ubicar esta cuestión en el marco de un planteamiento general sobre la inferioridad de la enseñanza superior en Francia. Lo que nos lleva a plantear una cuestión previa: ¿cuál era la situación específica del sistema universitario antes de las reformas iniciadas a partir de 1880?

Lo primero que cabe señalar es que la enseñanza superior, o al menos las facultades académicas, desempeñan hasta ese momento un papel subalterno, en el sentido de que no satisfacen las demandas propias de una enseñanza universitaria elevada, tal y como sucedía en las universidades alemanas o en las facultades *profesionales* de París. Es cierto que hubo polos puntuales de excelencia, pero ninguno de ellos (Collège de France, ENS, École des chartes, EPHE) coincidía con el sistema de universidades públicas regidas por el sistema napoleónico.

La intención de los reformadores (J. Ferry, J. Simon, Waddington) era suprimir esta situación deficitaria y fomentar el desarrollo de nuevas facultades que trataran de alcanzar (e incluso superar) el nivel y la excelencia de la Universidad alemana. Para lo cual se sirvieron de un conjunto de reformas ambicioso, que concernía no solo al ámbito estrictamente universitario sino también al sistema educativo en su totalidad, haciendo especial hincapié en la enseñanza primaria y en los valores de laicidad y patriotismo republicano.

En ese sentido el gobierno de los republicanos moderados constituye un hito ineludible para el desarrollo de la Educación superior en Francia. Gracias a las medidas implantadas se pudo edificar una red universitaria donde la formación y la certificación académicas se convirtieron en sinónimos de excelencia universitaria. De ahí nuestro interés por el tema. Con ello no tratamos de realizar un excursus ajeno a nuestro objeto de investigación: simplemente se trata de ubicar las preguntas precedentes en el marco de un cuestionamiento por la Universidad, ya que la constitución de la disciplina histórica pasa por la reforma previa de los estudios universitarios, y más en concreto por la de aquellos aspectos que atañen a la disciplina de la Historia y al desarrollo de las Ciencias auxiliares.

Con respecto a esto último, cabe recordar el papel que desempeñan los historiadores metódicos en este ámbito, no ya por su reflexión y discusión en revistas especializadas, sino por su participación activa en el diseño de las reformas, ya sea formando parte de comisiones especiales (G. Monod), ya sea como asesores externos de los ministros de Instrucción Pública (E. Lavissee, Ch. Seignobos).

Con todo se trata de un proceso cuya implantación se realiza de manera sosegada. Aquí no existe una voluntad clara de ruptura inmediata: al contrario, los legisladores proceden al más puro estilo reformista, yendo ley por ley, y sin la más mínima intención de implantar un plan de conjunto inmediato (Prost, 1968: 197). Prueba de ello es la fecha en la que la ciencia histórica se convierte en una licenciatura independiente. Este momento no se produce de la noche a la mañana.

na, se produce en 1907, es decir más de veinticinco años después de las primeras reformas llevadas a cabo por el gobierno de J. Ferry.

En lo sucesivo trataremos de ilustrar este proceso atendiendo a las transformaciones que atañen al sector histórico. Para ello tendremos que señalar primero cuál es el contexto de las reformas republicanas así como señalar los factores especiales (la derrota ante Alemania, el modelo alemán de investigación) que han determinado el rumbo y la pertinencia de las mismas.

Comencemos pues por el contexto de las reformas universitarias. ¿Cómo y por qué surgen estas medidas?

3.1.1. - *La longevidad del sistema de facultades napoleónico*

Para comprender el surgimiento de las reformas universitarias hay que tener en cuenta varios factores. El primero de ellos tiene que ver con la persistencia de un modelo que los reformadores perciben como problemático. Problemático porque se trataba de un sistema que imposibilitaba cualquier atisbo de transformación interna, cualquier intento de innovación académica que pudiera redirigir el rumbo del ámbito universitario en Francia. Este sistema, que los reformadores perciben como intolerable, es un modelo que procede de las reformas napoleónicas, lo que le convierte en un sistema cuya vigencia institucional resulta demasiado dilatada en el tiempo, demasiado obsoleta como para integrar aquellas funciones (investigación, innovación) que la universidad francesa debía fomentar para competir en el mercado internacional de bienes simbólicos.

En ese sentido, merece la pena realizar un repaso por el sistema universitario napoleónico, limitando nuestra atención a aquellos aspectos que conciernen a la función institucional de las *facultades académicas*²⁹³. En efecto, ¿cuál es la función primordial de estas facultades?

En este punto tanto A. Prost como V. Karady coinciden de manera bastante clara. En su origen, la función principal atribuida a las facultades académicas estuvo supeditada a la certificación de los bachilleres (Karady en Charle et al, 1985: 30). Es como si cada centro universitario, en lugar de buscar la excelencia profesional, se prestase solo a colmar las necesidades dictaminadas por la enseñanza secundaria. Lo que significa que no hay, propiamente hablando, un espa-

²⁹³ El término ‘facultades académicas’ es un vocablo que sirve para designar las facultades de Letras y de Ciencias. Se contrapone además al término ‘facultades profesionales’, que en aquella época designaba aquellas carreras que tenían por objeto la dispensa de un diploma de tipo *profesional*, encaminado a la enseñanza de una profesión altamente cualificada (p. ej. medicina, farmacia, derecho, escuelas politécnicas).

cio universitario como tal, si por universitario entendemos un marco donde la innovación y la investigación académica caracterizan el ámbito de la práctica enseñante.

En otras palabras, aquí no se trata, como en medicina o en derecho, de dispensar diplomas profesionales: el objetivo es más bien crear jurados de selectividad, para lo cual no es necesario ni la excelencia ni la búsqueda de originalidad científica, sino el desarrollo de un modelo educativo basado en los ejercicios y las competencias dictaminadas por la educación secundaria (Prost, 1968: 227).

De ese modo, las facultades académicas se convierten en una suerte de bachillerato superior, algo así como una enseñanza privilegiada, pero organizada *por y para* la consagración de los bachilleres. En ellas no existe una verdadera autonomía profesional: tanto los planes de estudio como la designación de profesores están decididas por instancias que son ajenas al ámbito de la universidad²⁹⁴.

Esta situación genera un espacio poco favorable para el desarrollo de la especialidad científica. Prueba de ello es la escasa importancia que tiene la Historia en las facultades napoleónicas. Apenas está presente en los planes de estudio: y cuando así lo está, sucede que solamente lo es como un elemento *auxiliar* en la comprensión de las humanidades clásicas. La Historia no existe pues como una disciplina técnica, ni siquiera en el ámbito de las facultades de letras, lo que significa que la mayor parte de su personal universitario no conoce -ni ha conocido- una enseñanza especializada (metodológica) en Historia (Noiriel, 1990: 59).

En ese momento, la enseñanza de la *profesión* histórica compete a instituciones que son ajenas a la jurisdicción universitaria. Ello es así porque las facultades académicas (dos por cada academia regional) no fueron constituidas para el progreso y la especialización disciplinaria, sino para *reforzar* unas competencias que ya estaban encuadradas (por tanto, limitadas) en la lógica y el sistema organizacional de la enseñanza secundaria.

²⁹⁴ En su origen, la designación de cátedras en las Facultades de Letras ha de contemplarse como una recompensa política y universitaria. De hecho, el decreto que regula las facultades napoleónicas ni siquiera contempla el hecho de que la nominación de cátedras sea un asunto que compete a las propias facultades académicas. En verdad, todo sucede como si la función designadora estuviera en manos del poder político, ya fuese como una recompensa o como una prebenda. Veamos el texto: “*Il y aura, auprès de chaque Lycée chef-lieu d’une Académie, une Faculté des Lettres; elle sera composée du professeur de belles-lettres du Lycée et de deux autres professeurs (...). À Paris, la Faculté des lettres sera formée de trois professeurs du Collège de France et de trois professeurs des belles-lettres des Lycées*” (“Décret portant organisation de l’Université. 17 mars 1808” en Beauchamp (1880: 173). Para un estudio más detallado, centrado sobre todo en la Facultad de letras de la Sorbona, véase Charle (1985: 151-153).

De ese modo, las facultades académicas se convertían en lugares desprovistos de ‘verdaderos’ estudiantes (*Ibidem*). El objetivo consistía simplemente en pasar los exámenes, pero sin fomentar el desarrollo y la capacidad investigadora de los alumnos. Para ello se utilizó una pedagogía acorde con estas expectativas: así, en lugar de fomentar cursos y seminarios especializados, la universidad ofertaba cursos *generales* ante un gran auditorio, en los cuales *un solo profesor* debía hacerse cargo del dominio inmenso de una disciplina: filosofía, humanidades clásicas, historia (Liard, 1890: 7).

Por supuesto, el resultado dejaba bastante que desear: a lo sumo, un tipo de educación universitaria ligeramente superior a la educación secundaria, pero en ningún caso algo que tuviera que ver con la especialización y el desarrollo de un oficio. Su pedagogía estaba basada en la repetición de nociones generales, en la presentación de inmensos frescos cronológicos que recorrieran varios siglos en pocas lecciones, de modo que resultaba difícil producir las condiciones ideales (homogéneas, unificadas) para el progreso y la innovación académica²⁹⁵. En resumen, una situación muy alejada de lo que estaba ocurriendo en las universidades germanas.

Sirva pues como ejemplo el caso de las facultades de letras. En ellas no era posible una verdadera autonomía del saber histórico: se carecía de los medios necesarios (becas, profesores, seminarios, bibliotecas) para ello, pero incluso se carecía también de una formación dedicada a la *investigación* histórica, lo cual es sin duda más relevante, ya que se genera una situación objetiva en la que la unificación y la *disciplinarización* del saber histórico resultan demasiado lejanas.

En efecto, el curso de Historia consagrado en las facultades napoleónicas resulta demasiado generalista: su impartición no contempla la especialización histórica ni los trabajos en investigación documental, con lo cual la mayor parte de los estudiantes en Letras desconocían el oficio en su vertiente práctica. Sus trabajos, como dice G. Noiriel, oscilaban entre la retórica ensayística y

²⁹⁵ Sirva pues como ejemplo este testimonio de la época recogido por el propio L. Liard. Dice así: “Voici, sans un trait de satire (...) l’image d’une faculté des lettres de ce temps (...) - Cours de littérature ancienne. Le professeur, un savant fort érudit; parole simple, facile et précise. Il expose la métrique des chœurs d’Oedipe roi. Trois auditeurs, maîtres d’études au lycée, qui écoutent, ennuyés, comme à une corvée. - Cours de philosophie. Vieux professeur infirmé; désormais incapable de l’effort qui lui a valu autrefois des succès d’homme d’esprit. Parle au hasard, sur un sujet quelconque. Deux auditeurs: l’appariteur et moi. - Cours d’histoire. Professeur jeune, instruit, éloquent. Traite de Jeanne d’Arc. Public nombreux: sur l’estrade, derrière le professeur, une double couronne de jeunes filles et de dames; sur les bancs de l’amphithéâtre, la jeunesse de la ville: spectatum veniunt... - Cours de littérature française. Professeur d’esprit et de savoir (...) se contente le plus souvent de lire quelques passages de l’auteur qu’il explique (...) D’un tel enseignement, il ne sort pas, il ne peut pas sortir d’élèves. (...) Le seul fruit de ces cours, quand ils réussissent, c’est d’entretenir dans le public qui les fréquente un certain amour des lettres (...)” (Liard, 1894: 277-278).

la heterogeneidad procedimental, ya fuese en el uso de las normas metodológicas o bien en la presentación de resultados (Noiriel, 1990: 59-60). Sin embargo, esta situación tampoco generaba un problema real: la mayor parte de las universidades napoleónicas no contemplaban la existencia de un elemento objetivo (un título, un diploma) que sancionase el valor científico de los trabajos. De hecho, buena parte de las tesis realizadas en ese momento estaban limitadas al ejercicio retórico o a la disertación pública sobre algún tema de literatura antigua²⁹⁶. La erudición no formaba parte del procedimiento: y cuando así lo parecía, se trataba de un ejercicio de compilación o de mera presentación de documentos, pero no de trabajos edificados sobre un análisis documental de los textos²⁹⁷.

En general, se trataba de una Historia de tipo literario, redactada con estilo oratorio y óptima para pronunciarse ante un gran público²⁹⁸. Nada que ver, pues, con la rigurosidad metodológica que había caracterizado los trabajos de sus colegas para-universitarios, los archivistas-paleógrafos de la *École des chartes*.

Sin embargo, entre ambos extremos existía otra institución que aseguraba un mínimo de conocimiento superior en Francia: la *École Normale Supérieure* (ENS). Heredera de las reformas napoleónicas, la ENS gozaba de una situación institucional privilegiada, no solo por la calidad de su estudios universitarios, que era muy superior al conjunto de las facultades académicas, sino también por ser la única institución cuyos estudios conducían directamente a la agregación (Karady en Charle et al, 1985: 31).

En efecto, la mayor parte de las plazas docentes estuvieron reservadas a los alumnos de la ENS, lo cual generaba un estatus privilegiado para todos aquellos que habían cursado sus estu-

²⁹⁶ Véase a este respecto los requerimientos fijados por el decreto de 1808 para la obtención del grado de doctor. Dice así: Art. 21: “*Le doctorat, dans le Faculté des Lettres, ne pourra être obtenu qu’en présentant son titre de licencié et en soutenant deux thèses, l’une sur la rhétorique et la logique, l’autre sur la littérature ancienne: la première devra être écrite et soutenue en latin*” (‘Décret portant organisation de l’Université. 17 mars 1808’ en Beauchamp, 1880: 174).

²⁹⁷ En verdad, las tesis realizadas no sobrepasaban las decenas de páginas. En Letras, por ejemplo, el 83% de las tesis no alcanzaban las 80 páginas en 1840. En Ciencias, la cantidad era incluso menor, no superando las 40 páginas en el 69% de las tesis defendidas en París. Más información en Karady (en Charle et al, 1985: 32).

²⁹⁸ Reproducimos aquí las reflexiones de A. Prost sobre la afición ‘literaria’ de los historiadores franceses de la primera mitad del siglo XIX: “*Nos hallamos ante una paradoja. En efecto, la enseñanza superior de la historia fue prácticamente inexistente durante los tres primeros cuartos del siglo XIX. Aun así, en este periodo hubo grandes historiadores que suscitaron el interés del público (...). La cohorte de estos historiadores es impresionante. Junto a Guizot, a Michelet, a Quinet y más tarde a Renan y a Taine, es necesario tener en cuenta a otros como A. Thierry, Thiers o Tocqueville (...). Sus textos son crónicas y compilaciones más que un auténtico trabajo de erudición, e incluso el propio Michelet, que pretende hacer su obra con la consulta asidua de los archivos, no parece que haya ido mucho más allá de meras ilustraciones (...). Ahora bien, la calidad de escritura de aquellos historia-*

dios en la capital francesa²⁹⁹. Tanto es así que incluso transcurridas varias décadas, no es posible vislumbrar una situación muy diferente: de hecho, según los datos proporcionados por V. Karady, casi tres cuartas partes del profesorado seguía reclutándose entre los antiguos *normaliens*³⁰⁰.

En este punto, no es necesario profundizar más en el tema; basta con recordar estos datos para percatarse de una situación que resulta incuestionable: en su origen, las facultades académicas fueron facultades *subalternas*. Decir esto no es menospreciar su valor, sino tratar de ubicar su presencia en el marco de una división del trabajo universitario más amplia, según la cual las funciones nobles atribuidas a la enseñanza universitaria recaían solamente sobre la ENS mientras que las funciones subalternas, propias de un contexto de provincias, lo hacían sobre las facultades académicas.

Así, aunque la ley (decreto de 1808) estableciese un papel definido para estas facultades, el hecho es que todas ellas desempeñan un papel secundario respecto al peso atribuido a la ENS. Es ésta, y no el cúmulo de facultades académicas, quien asegura la formación y la certificación de las élites universitarias en Francia, es decir de aquellos que han copado los puestos de los principales centros educativos del país (plazas y cátedras en las facultades y liceos de París).

Esta situación se prolonga durante la mayor parte del siglo XIX, siendo mínimamente revertida tras las reformas universitarias desarrolladas por la Tercera República. Es cierto que hubo algún intento de invertir esta situación a finales del II Imperio³⁰¹, con V. Duruy como ministro

dores los hace aún hoy legibles. Tanto más cuando que su historia no carece de aliento. Su público no hubiera soportado que se perdiesen en detalles insignificantes" (Prost: 2001: 35).

²⁹⁹ El desequilibrio académico entre París y las provincias es una constante desde 1808 hasta nuestros días. Es cierto que la situación ha sido progresivamente mitigada, en parte por la creación de una red de universidades provinciales desarrollada desde 1808 a 1838. Sin embargo, todos estos esfuerzos no han sido suficientes para borrar esta tendencia al desequilibrio y la concentración (política y académica) parisina. Ello es así porque la enseñanza en París otorga la posibilidad de ocupar una posición dominante en el mundo universitario, sobre todo en el siglo XIX. Estando allí, mientras se ocupaba una plaza en los liceos o en las facultades parisinas, se acumulaba también una mayor posibilidad de optar a otros puestos académicos, favoreciendo así la consagración universitaria y el acceso a una enseñanza más *especializada*. Sirva pues como ejemplo la trayectoria ideal sugerida por E. Picard para un joven historiador francés de la época: ante todo, comenzar por un liceo de París, incluso mejor que hacerlo como un joven profesor de facultades de provincia. En aquella época, la posesión de una plaza en París era sinónimo de optar por una trayectoria universitaria. Más información en Picard (en Delacroix et al, 2010a: 142-144).

³⁰⁰ El propio V. Karady nos proporciona unas cifras esclarecedoras. Antes de 1877, el 70% de los profesores en Letras clásicas procedían de la ENS, el 76% en Filosofía, el 58% en Historia, el 69% en Matemáticas y el 75% en Ciencias físicas y naturales. Más información en Karady (en Charle et al, 1984: 32).

³⁰¹ La última fase del II Imperio, con V. Duruy como ministro de la Instrucción Pública, es la época en la que se toma conciencia de la incapacidad de la universidad francesa. Conmocionado por la nefasta situación (falta de bibliotecas, de modelos educativos, de investigación, etc.) de las facultades napoleónicas, V. Duruy decide introducir una serie de medidas que tratan de mejorar la situación de la educación superior en Francia. Una de aquellas medidas, tal vez la más relevante, es la puesta en marcha de la *École Pratique des Hautes Études* en 1868. Creada

de la Instrucción Pública; no obstante, tales intentos, aunque fueron absolutamente pertinentes, no llegaron a modificar las condiciones que hacían posible el atraso estructural de las universidades francesas. Persistía todavía un horizonte demasiado reactivo a la innovación y el desarrollo de la investigación académica. Se carecía además de los instrumentos de trabajo (laboratorios, bibliotecas) que aseguraban una orientación *profesional* (y no meramente oratoria y certificadora) al ámbito universitario³⁰², y lo que es más relevante, se carecía también de una política universitaria encargada de fomentar los vínculos institucionales entre las facultades napoleónicas y otras agencias de producción científica (*Collège de France, Institut, École des chartes...*), lo que significaba en la práctica una situación evidente de aislamiento de las facultades napoleónicas (Karady en Charle et al, 1985: 32).

Es cierto que la ENS asume un peso importante en el conjunto de la red universitaria. Sin embargo, se trata todavía de un peso relativo, muy por debajo de la eficacia y la infraestructura de las universidades del otro lado del Rin. En términos generales se impone la idea de que la reforma es una necesidad imperante. Esta impresión crece desde la segunda mitad del siglo XIX, pero cobra una mayor pertinencia tras la derrota de 1871. En ese momento es cuando se produce un desplazamiento importante: si en los años anteriores las universidades alemanas habían gozado del prestigio intelectual, ahora, con la derrota de la batalla de Sedán, este reconocimiento se transforma en una *convicción trágicamente vivida* (*Ibíd*: 38): poco a poco va extendiéndose la idea de que la victoria prusiana se debe a su superioridad intelectual.

Es como si la derrota hubiese incitado irremediablemente a la imitación. De ahí la urgencia de las reformas oportunas: con ellas no solo se promueve la mejora en la investigación universitaria sino que también se preparan aquellas condiciones (mejor preparación) que hacen posible una eventual revancha en el plano militar. Todo ello adquiere así un carácter profundamente nacionalista. La reforma no es solo una cuestión académica, es ante todo una *misión* nacional.

bajo el auspicio de un historiador, la EPHE expresa una concepción diferente de la enseñanza superior. El objetivo no es crear jurados de selectividad para la enseñanza universitaria sino tratar de institucionalizar las disciplinas académicas, para lo cual es necesario introducir un modelo de enseñanza basado en la transmisión y la adquisición *práctica* de los métodos de trabajo de la disciplina. Se trata, en definitiva, de formar *verdaderos* alumnos, es decir investigadores en potencia. Para ello la EPHE se compone de cuatro secciones, de las cuales una de ellas (la 4ª) estuvo dedicada a la enseñanza exclusiva de la Historia y la Filología. Más información en Picard (en Delacroix et al, 2010a: 144), Liard, (1894: 294-295), Prost (1968: 229).

³⁰²El propio L. Liard denuncia esta situación tras el conocimiento de la encuesta llevada a cabo en 1865 por V. Duruy: “*Aux facultés des lettres et aux facultés de droit, il suffit à la rigueur de quelques amphithéâtres de cours: mais les facultés des sciences et les facultés de médecine ont d’autres exigences; il leur faut des salles de collections et des laboratoires. Presque partout elles en manquent, ou ce qu’elles ont sous ce nom, ne mérite pas ce nom: des sous-sols humides, des soupentes obscures, des chambres nues où s’entassent livres, instruments et objets de collection. C’est la misère des logements insalubres*” (Liard, 1894: 272).

En el epígrafe siguiente trataremos de analizar estas cuestiones de manera detallada. Para ello es preciso volcar la mirada en aquellos aspectos que atañen al estudio y al modelo practicado en las universidades germanas. En efecto, ¿cuáles fueron esos modelos? ¿Por qué se prodigaban tantos elogios de los mismos? Responder a estas cuestiones puede resultar gratuito: sin embargo, esta impresión se disipa en el momento en que tomamos conciencia de que los reformadores republicanos han basado sus proyectos en los modelos y las experiencias educativas –en ocasiones vivenciadas- de las universidades alemanas.

Una vez se comprendan estas experiencias, entenderemos también el rumbo acometido por la reforma de la enseñanza superior en Francia. La pista no es difícil de adivinar: su objetivo principal consiste en transformar la expectativa básica de las trayectorias *superiores* en Francia, es decir hacer que los alumnos y los profesores universitarios empiecen a concebir la función investigadora como un imperativo básico de la presencia universitaria. Hacer, por tanto, que la carrera y la función investigadora sea un *factor de diferenciación implícitamente reconocido entre las carreras de secundaria y las de facultad* (Ibíd: 39).

3.1.2. - ‘*Lehrfreiheit und Lernefreiheit*’: al otro lado del Rin

Durante los años que preceden a la III República el clima en la universidad francesa empieza a ser relativamente inquieto. Se suceden las críticas a la institución universitaria, y a la par se constituye un movimiento que discute y elabora propuestas para la reforma de la universidad francesa. El gobierno del II Imperio es consciente de la problemática que se genera, sin embargo en lugar de diseñar un plan de conjunto para solventar esta situación se contenta con aplicar medidas o inversiones económicas limitadas, encaminadas en la mayor parte de los casos a promover una tímida política de formación de investigadores.

Con ello el gobierno de Napoleón III trata de no permanecer impasible ante el declive de la universidad francesa, pero sin llegar tampoco a transformar el régimen de las facultades, lo cual exigiría soluciones económicamente costosas. V. Duruy constituye en ese sentido un antecedente clave para el desarrollo de la universidad *investigadora*. Bajo el auspicio de su Ministerio se llevaron a cabo diversas medidas novedosas, que si bien no transformaron el régimen del mundo universitario al menos contribuyeron a una leve modernización del mismo, anticipando así el rumbo que las reformas republicanas iban a adoptar en el transcurso de los años venideros.

De aquellas medidas, sin embargo, conviene destacar solamente una: la creación de la EPHE. Su irrupción constituye un fenómeno novedoso: de hecho, no existe nada parecido en toda la red de universidades francesas. Como su propio nombre indica, se trata de una escuela *práctica*, lo que significa que sus cursos se asemejan a la enseñanza interactiva promovida en los seminarios alemanes, un ámbito en el que los alumnos asumen un papel activo en el proceso de transmisión de los saberes, ya sea incorporando las técnicas metodológicas, ya sea participando en las investigaciones de los maestros³⁰³.

En el fondo, se trataba de ampliar la línea educativa de la enseñanza superior. Para lo cual era necesario convertir a los estudiantes en aprendices de un oficio dentro un taller (Liard, 1894: 294), es decir implicarlos en las tareas y las metodologías propias de cada disciplina, a fin de que la enseñanza superior fuese algo más que un mero reforzamiento de la enseñanza secundaria. Con ello V. Duruy logró apaciguar las demandas que venían sucediéndose en el mundo universitario, pero lo hizo de una manera más bien limitada, sin ofrecer una respuesta conjunta al problema de la universidad francesa y al de las causas que explicaban su atraso generalizado. La situación por lo demás era totalmente desastrosa: prácticamente la mayoría de las facultades padecían una penuria material manifiesta, en ocasiones insultante, como se ha puesto de manifiesto no solo en los datos ofrecidos por la encuesta llevada a cabo por el propio Ministerio sino también por las críticas de importantes y notables científicos franceses³⁰⁴.

Ante ello, el movimiento por la reforma miraba con anhelo el sistema de universidades alemán, sobre todo tras la encuesta realizada en 1865. En ellas veían un remedio plausible para contrarrestar el declive de la universidad francesa. La EPHE anticipa en ese sentido las políticas reformistas que irán desarrollándose con los gobiernos republicanos. Su objetivo era claro: se trataba de importar un modelo educativo deliberadamente experimental, capaz de proporcionar a

³⁰³ El carácter interactivo, basado en la exposición y la confrontación directa de los trabajos, es una característica de la pedagogía de los seminarios alemanes, tal y como ha descrito M. Werner (en Revel et al, 2006: 186-187).

³⁰⁴ El propio Pasteur se refiere a la falta de apoyo financiero para las investigaciones personales de los profesores: “*Qui voudra me croire quand j’affirmerai qu’il n’y a pas, au budget de l’instruction publique, un dernier affecté au progrès des sciences physiques par les laboratoires*” (p. 275). Por su parte Claude Bernard también se refiere a la falta de higiene e insalubridad de los pocos laboratorios existentes: “*Les laboratoires sont les tombeaux des savants*” (p. 272). En lo que se refiere a la encuesta realizada por el Ministerio en 1865 las citas podrían ser innumerables. Reproducimos solamente algunas de ellas, las cuales forman parte de informes sobre distintas facultades provinciales: “*Le cabinet de physique manque d’instruments de précision; 700 francs suffisent très difficilement aux besoins annuels de cours de chimie*” (Poitiers) “*La Faculté manque absolument des instruments, des modèles et même des dessins nécessaires aux démonstrations des cours de mécanique et de machines* (Lille) “*Les instruments nécessaires aux expériences d’astronomie et de physique sont peu nombreuses et insuffisants... les moyens de démonstration manquent presque complètement* (Paris)”. Todas son citadas por Liard (1894).

los alumnos las capacidades técnicas para poder desenvolverse en un laboratorio o (en el caso de los literarios) saber trabajar con documentos.

Aquellas prácticas sin embargo ya estaban aplicándose en Alemania desde mucho tiempo antes: lo que hacía que sus productos universitarios (diplomas, profesores, revistas universitarias, actas de investigación) adoptasen una posición dominante en el mercado internacional de bienes simbólicos en Letras y en Ciencias (Karady en Charle et al, 1985: 38). Conscientes de esta hegemonía, los universitarios franceses tratan de importar el modelo que hace posible esos resultados. Poco a poco la comparación con Alemania se convierte en un lugar común. Con ella dialoga la mayor parte de la vida cultural francesa, desde la generación de 1850, que aglutinaba nombres como E. Renan, G. Flaubert o H. Taine, a los intelectuales de finales de siglo (C. Jullian, Ch. Seignobos o E. Durkheim), pasando por la generación que experimentó la derrota y protagonizó las primeras reformas universitarias, tales como E. Zola, E. Lavissee o G. Monod, entre otros³⁰⁵.

Todos ellos tenían muy presente la situación de declive en la que estaba instalada la cultura francesa. Alemania, además, era una referencia ineludible en los debates sobre la cultura y la innovación científica. En el ámbito universitario esta referencia se vuelve más fuerte si cabe, llegando incluso a imponerse como una suerte de norma implícita, algo que otorgaba una legitimidad añadida. Es así como se entiende por ejemplo el viaje a las universidades alemanas, una tradición relativamente arraigada en la élite de los profesores parisinos³⁰⁶. Y es así también como son entendidas las pequeñas innovaciones realizadas bajo el auspicio de V. Duruy, o bien las reformas que tuvieron lugar en el transcurso de la III República.

Sea como fuere, una cosa es clara: la presencia de la cultura alemana no se limita al ámbito estrictamente literario, su fuerza trasciende lo meramente cultural y pasa a convertirse en una referencia que inspira políticas de intervención pública.

En el caso del ámbito historiográfico esta influencia resulta especialmente clara, sobre todo entre quienes forman parte de la primera generación de los historiadores metódicos. Autores como G. Monod o E. Lavissee, por ceñirnos a unos pocos, son quienes mejor representan esta tendencia. La admiración y el respeto por la universidad alemana constituyen una constante en el

³⁰⁵ Un análisis detallado (generación por generación) sobre el influjo del pensamiento alemán en la vida intelectual francesa, puede verse en Digeon (1959).

³⁰⁶ Entre los años 1879 y 1939 cerca del 18% (es decir 29 de 164) de los profesores de la Sorbona literaria (Historia, Filología, Filosofía, Literatura extranjera) han realizado su estancia de investigación en las universidades alemanas. Nombres como Seignobos, Collignon, Séailles, Durkheim, Camille Jullian, Abel Lefranc son solo algunos pocos ejemplos de ello. Más información en Charle (1994: 27).

conjunto de sus obras, lo que sin embargo no les exhime de la crítica de otros historiadores que ven en ellos (sobre todo, en G. Monod) un posicionamiento demasiado condescendiente hacia al enemigo alemán, especialmente tras la derrota de 1871³⁰⁷.

Tratándose de G. Monod, esta admiración alcanza niveles del todo extraordinarios, posiblemente por razones que atañen a su experiencia personal. En efecto, su estancia en la universidad de Gotinga marcó un antes y un después en su carrera como historiador. Allí tuvo el privilegio de acudir (1867-1868) a los seminarios impartidos por el medievalista alemán Georges Waitz, en los cuales el joven Monod experimentó *in situ* cómo era la organización de la universidad germana y cuáles eran las potencialidades intelectuales que podía brindar una enseñanza práctica (*metodológica*) organizada en seminarios³⁰⁸.

De aquella experiencia Monod extrajo mucho más que un compendio de métodos y fuentes historiográficas. Su admiración por aquel historiador trascendía los aspectos estrictamente intelectuales, al punto de ver en él un personaje con una elevada catadura moral. De hecho, buena parte de los valores profesados por el viejo profesor (su amor desinteresado por la verdad, su ausencia de fanatismo) irán desarrollándose después en la obra de G. Monod cuando combata el ultramontismo y las posturas políticas de la historiografía monárquica francesa³⁰⁹.

³⁰⁷ El reproche de ‘germanófilo’ a G. Monod es una constante en los historiadores de la época. Véase a este respecto las palabras dedicadas por A. Lecoy de La Marche (*chartiste* convencido) al propio G. Monod. Dice así: “*Ce procédé, trop peu usité chez nous, aurait dû, ce me semble, être apprécié par un critique si favorablement disposé pour tout ce qui nous vient de l’Allemagne*” (‘Le Saint-Martin de M. Lecoy de la Marche’ en *Revue historique*. Tome XVII, Librairie Germer Baillière, Paris, 1881, p. 177). También la disputa entre G. Monod y Fustel de Coulanges a propósito de cuestiones eruditas. Véanse por ejemplo las palabras de Fustel des Coulanges en un carta dirigida a Monod en la que le reprocha su excesiva propensión germanista. “*Au lieu de voir tout simplement ce qui y est, vous vous êtes toujours préoccupé de moi; vous avez cherché mes tendances, mes pensées secrètes, toutes choses dont le public n’a que faire et sur lesquelles d’ailleurs vous risquiez fort de vous méprendre. Vous paraissez me supposer un parti pris de haine contre les Germains*”. (Carta dirigida a G. Monod con motivo de su reseña en la ‘Revue Historique’ el 14 de abril de 1876 a propósito del tomo 1 de ‘l’Histoire des institutions politiques de l’ancienne France’. Esta carta aparece reproducida a su vez en la revista *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Vol. 9, nº 2, 1954: 154).

³⁰⁸ Su opinión es meridianamente clara: “*Critique des sources, critique des origines, critique des institutions, c’est sur ces points que Waitz faisait surtout porter son enseignement, en particulier celui du séminaire (...) et quelques excellents et solides que fussent ses cours sur l’histoire du Moyen âge (...) ce n’était pas là qu’il montrait ses plus hautes qualités; c’était le soir, dans le cabinet de travail de la belle maison qu’il occupait à Goettingue, en face de l’Université, où deux fois par semaine il réunissait huit ou dix de ses meilleurs élèves pour expliquer des textes, rendre compte des travaux critiques qu’il leur avait donnés à composer et les discuter avec eux (...) il écoutait l’élève avec une attention bienveillante, puis examinait chaque point du travail avec une rigueur minutieuse (...) On sortait de ces leçons non seulement plus instruit, non seulement avec les idées plus claires et l’esprit mieux ordonné, mais avec plus d’amour et plus de respect pour la vérité et la science, avec la conscience du prix qu’elles coûtent et la résolution de travailler pour elles (...)*” (Monod, 1897: 100-102).

³⁰⁹ “*L’influence considérable exercée par M. Waitz ne tenait pas seulement à ses grandes facultés intellectuelles (...) mais à ses qualités morales, à ce désintéressement qui le faisait s’inquiéter moins d’intérêts de sa renommée que des progrès de la science, à l’absence de tout parti pris, de tout fanatisme, enfin et surtout à sa bonté. (...) J’en peux citer un exemple bien caractéristique. Il avait, en 1870, un Français parmi ses élèves de Goettingue.*

Waitz es, en ese sentido, un maestro ineludible para el joven Monod: es en él donde hemos de buscar las pistas para comprender el carácter *liberal* y cosmopolita (no belicoso) de la obra de G. Monod, tanto en su querella sobre los métodos como en las intervenciones polémicas en la *Revue historique*.

En lo que respecta a E. Lavisse la admiración pública se muestra más comedida, sobre todo tras la derrota de 1871. Ahora bien, a pesar de los temores y el tono revanchista que recorre sus textos, el propio Lavisse admite -¡todavía en 1884!- la ventaja en la que está instalada la enseñanza superior alemana³¹⁰. Respecto a esto último conviene no colegir una postura tendente a justificar o autojustificar la inferioridad francesa: al contrario, si existe una razón por la cual es necesario admitir el hecho indiscutible del avance y la superioridad del sistema universitario alemán es porque dicha constatación sirve a la vez como acicate para emprender una reforma institucional que pueda elevar la cultura francesa al puesto que le corresponde, emulando primero los métodos alemanes y superando después los resultados obtenidos algunos años antes por el mundo germánico.

Esta impresión es una constante entre los años 1860-1880. En aquel momento, como dice C. Digeon (1959: 375), realizar una estancia de investigación en Alemania era un acontecimiento que daba prueba de cierta *independencia de espíritu*. Es más, el país germano era sinónimo de rigor científico y de un cierto liberalismo temperado. Opinión ésta que contrasta con las críticas vertidas por muchos investigadores en el transcurso de los años 1880-1890, cuando la estancia en la universidad alemana era una etapa necesaria en la carrera de todo historiador. Testimonios tan relevantes como el de Ch. Seignobos o Camille Julian, por referirnos a unos pocos, ofrecen una perspectiva más puntillosa y menos condescendiente de las universidades alemanas.

El informe de Ch. Seignobos es quizá el más emblemático de todos. En él se pone de manifiesto un claro distanciamiento respecto al entusiasmo que había prevalecido en la generación anterior. Así, frente a una visión idealizada de la cultura germánica, Seignobos se lamenta de la situación real de las universidades alemanas: la deriva de un estudiantado que ya no profesa el

Quand la guerre fut déclarée, celui-ci, qui retournait s'engager en France, vint lui faire ses adieux. M. Waitz, après lui avoir exprimé la douleur qui lui causait la guerre et les conséquences funestes qu'il prévoyait, surtout pour la France, lui prit la main, et, très ému, lui dit en le quittant: 'Dieu bénisse votre patrie' (Ibid: 102-103).

³¹⁰La ventaja del modelo universitario alemán se muestra en un texto redactado en 1885: "... si le respect de la vérité nous a obligé à faire des réserves, le même sentiment nous commande d'ajouter tout de suite qu'il nous reste beaucoup d'envier aux Universités allemandes (...) Elles sont riches, elles sont libres, elles sont puissantes (...) Les universités allemandes sont une source de forces intellectuelles et nationales; créons des Universités françaises (...) ('Universités allemandes et Universités françaises' en Lavisse (1885: pp. 228-229).

culto por el saber³¹¹, el problema de los profesores, la limitación de los cursos públicos (*Vorlesungen*) o bien la reducción de los célebres seminarios (*Seminarium*) a espacios donde solo se contemplan ejercicios de naturaleza estrictamente filológica³¹².

Estas opiniones contrastan con el entusiasmo inicial expresado por G. Monod y otros historiadores de la época. Sin embargo, tampoco pueden comprenderse como una crítica radical del sistema universitario alemán. Seignobos es plenamente consciente del aporte de la universidad alemana para el ámbito francés³¹³. El problema es que la deriva de la misma puede hacer que la Historia se petrifique y quede reducida a una formación estrictamente filológica, dejando de lado lo que Seignobos considera fundamental para el desarrollo de una ciencia histórica *avanzada*, a saber, la dimensión política y social de la Historia, lo que supone vincular la enseñanza filológica junto a un análisis en profundidad de las instituciones sociales (veremos de qué manera)³¹⁴.

Con todo Seignobos reconoce el adelanto de la universidad alemana, lo que sucede es que lo hace con un tono tal vez menos condescendiente, menos creyente si se quiere³¹⁵. Esto es así porque la distancia histórica que media entre ambas generaciones es una distancia sumamente problemática. La guerra se ha consumado y Francia ha salido derrotada, razón por la cual lo que había sido un motivo inicial de júbilo y devoción pasa a convertirse en una admiración comedida, presta no ya al culto irreflexivo de la cultura germánica pero sí a un cierto respeto intelectual.

Respeto porque a pesar de las diferencias existentes los historiadores franceses ven en Alemania el signo inequívoco del triunfo de la ciencia histórica. Es ella y las obras de los grandes

³¹¹“Un très petit nombre de jeunes gens étudie l’histoire pour l’amour d’elle-même; presque tous l’étudient en vue d’un examen et la plupart en vue d’une examen de second ordre” (‘L’enseignement de l’histoire dans les Universités allemandes’ en Seignobos, 1881: 565).

³¹²“... soit un événement politique, soit une période de l’histoire d’un souverain, et l’on indique aux élèves les documents à consulter. Il s’agit alors, en comparant les témoignages, de s’habituer à les contrôler, et de voir comment se forment les fausses traditions”. (Ibid: 578).

³¹³ “La France a grand besoin de profiter de cet exemple, et si nous n’avons pas épargné au système de l’enseignement historique dans les Universités allemandes des critiques qu’il nous semble mériter, nous savons trop ce qui nous manque pour ne pas reconnaître que, tout compte fait, nous avons encore beaucoup à envier à l’Allemagne” (Ibid: 600).

³¹⁴“L’histoire, telle que l’entendent en général les professeurs, se renferme aujourd’hui dans la connaissance et la critique des documents et le récit des événements politiques (...) Ils ne descendent pas jusqu’aux institutions sociales. Cette vue étroite ne compromet pas l’esprit historique dans les Universités: les autres professeurs se chargent de le maintenir; ils veillent à ce que les étudiants s’habituent à suivre le progrès dans les institutions juridiques, les croyances et les idées” (Ibid: 571-572).

³¹⁵ El mismo tono, si bien de modo no tan crítico, se puede encontrar en los informes redactados por otros jóvenes investigadores de la generación de 1880-1890. Véase C. Jullian, ‘Notes sur les séminaires historiques et philologiques des universités allemandes’ en *Revue internationale de l’enseignement*, Tome 8, G. Masson éditeur, 1884: 289-319, 403-424; Y E. Durkheim, ‘La philosophie dans les universités allemandes’ en *op. cit.*, tome 13: 313-338, 423-440. De todas formas, el análisis detallado de estos informes y de otros más se puede ver en Charle (1994: 21-131).

historiadores alemanes (L. von Ranke, G. Niebhur, G. Droysen, etc.) las que han edificado un pasado *nacional* (y nacionalista) acorde con las políticas centralistas y la creación de un Estado común para la cultura germana. De ahí el respeto y la admiración profesada por los historiadores franceses³¹⁶: lo que ambicionan es la función que la ciencia histórica desempeña en Alemania, su papel como fermento nacional y como ‘madre e institutriz’ de la política nacional³¹⁷. Sin embargo, quizá más importante que la función nacionalista es la organización y la codificación de los estudios históricos en Alemania (García en Delacroix et al, 2007: 108). En opinión de los historiadores franceses, esta es sin duda la característica esencial que ha de exportarse desde Alemania. Tanto la erudición como la especialización académica, ambas características propias de los estudios históricos en Alemania³¹⁸, son realidades que contrastan con la insignificancia atribuida a la Historia en las facultades francesas, en cuyos planes, recordémoslo, la Historia ocupaba solamente un curso general, impartido por un único profesor y sin ningún tipo de predisposición para el ejercicio y la reflexión metodológica.

En este orden de cosas la importación del modelo alemán plantea un conjunto de posibilidades decisivas: su traslación al contexto francés permitía materializar el *cierre disciplinar* al que aspiraban los reformadores. Alemania llevaba algunos años de ventaja: las reformas iniciadas

³¹⁶ Admiración compartida no solo por historiadores liberales sino también por autores adscritos a la historiografía ultramontana y legitimista. Léon Gautier, por ejemplo, no esconde su reconocimiento ante los progresos realizados por la erudición crítica alemana. Sin embargo, esto no lo impide reconocer también la tradición erudita desarrollada en Francia en los siglos XVII y XVIII, cosa que a menudo olvidan los historiadores alemanes. “*En vérité, nos vainqueurs devraient se montrer plus généreux et reconnaître que, s'ils sont aujourd'hui les princes de l'érudition, nous avons, nous, la France, tenu pendant deux siècles ce sceptre dans la main... et que nous saurons bien le reprendre...*” (Gautier, 1873: 572).

³¹⁷ E. Lavissee añora el vínculo existente en Alemania entre universidad y patriotismo. Véase: “*On dira qu'il est dangereux d'assigner une fin à un travail intellectuel qui doit toujours être désintéressé; mais dans les pays où la science est le plus honorée, elle est employée à l'éducation nationale. Ce sont les Universités allemandes et les savants allemands qui ont formé l'esprit public en Allemagne. Quelle devise ont donc gravée au frontispice de leur oeuvre ces hommes d'État et ces savants qui se sont entendus pour croire qu'il fallait relever l'Allemagne humiliée en répandant la connaissance et l'amour à la patrie, puisés aux sources mêmes de l'histoire de l'Allemagne? C'est la devise: 'Sanctus amor patriae dat animun': elle est à la première page des in-folio des Monumenta germaniae*” (‘L'enseignement historique en Sorbonne et l'Éducation nationale’ en Lavissee, 1885: 41).

³¹⁸ Exponemos aquí el resumen de Ch. Seignobos para dar cuenta del contenido de los cursos públicos (*Vorlesungen*) en las Universidades alemanas. Así, aunque su viaje date de 1878 lo cierto es que sus informaciones son válidas para los años anteriores, sobre todo en lo que respecta a los cursos públicos, cuya materia versa no tanto sobre las innovaciones historiográficas (para ello ya estaban los seminarios) como de aquellos temas sabidos y consabidos por la ciencia histórica. En palabras del historiador visitante: “*Il se fait en moyenne (...), dans une grande Faculté, deux ou trois cours d'histoire ancienne, trois ou quatre du moyen âge, et cinq ou six d'histoire moderne (...). L'histoire ancienne donne lieu d'ordinaire à deux cours sur les institutions de la Grèce et de Rome. Quelquefois les cadres sont retrécis, pour la Grèce au temps de Périclès, pour Rome au siècle de Cicéron (...). Dans l'histoire du moyen âge, les sujets les plus habituels sont les empereurs allemands, la maison de Hohenstaufen, l'Allemagne depuis le grand interrègne, l'histoire constitutionnelle de l'Allemagne, la papauté, les croisades, et surtout les sources de l'histoire de moyen âge, le catéchisme de l'étudiant allemand. Le choix est encore plus varié pour l'histoire moderne (...). La Réforme, la guerre de Trente ans, la Prusse depuis le Grand-Électeur, l'Europe au XVIII*”

por Wilhelm von Humboldt habían transformado las universidades prusianas en verdaderos centros de investigación y conocimiento. Fue ahí, por tanto, cuando la Historia se somete a un proceso de autonomización profesional (Iggers, 1988: 24). Las reformas no dejaron intacto el viejo mundo (disperso, polimorfo, no unitario) de las ciencias auxiliares; al contrario, se modificó su matriz institucional, y al modificarla se propició el desarrollo de una lógica burocrática orientada a la estandarización y la división interna de los saberes. En el caso de la ciencia histórica esta lógica presentaba dos características muy concretas: la codificación del método histórico y la organización de una enseñanza estandarizada.

Ambas realidades se desarrollaron precozmente en las universidades alemanas. Nombres tan célebres como L. von Ranke, G. Droysen o J. Burckhardt, por citar a unos pocos, son solo el resultado (quizá el más notable, el más perfeccionado) de un proceso más amplio que atañe a la estructura misma de la transmisión burocrática del saber³¹⁹.

En efecto, el desarrollo de la nueva universidad, su estatalización, así como la naturaleza burocrática y estandarizada de su saber, plantean una serie de cambios que afectan a la manera en que se configuran y se relacionan los saberes. El propio M. Foucault (1997: 160) resume los efectos provocados por este proceso en función de dos características básicas:

- Por un lado, la normalización *interna* de los saberes, es decir el acondicionamiento y la organización interna de cada saber como una *disciplina* que tiene su dominio de objetos, y a la vez criterios metodológicos que le permiten diferenciarse de otros saberes menos formalizados, lo que supone al mismo tiempo una estructuración interna fuertemente orientada al control de los procedimientos enunciativos (quién puede hablar, apelando a qué reglas, a qué criterios de problematización, a qué normas de presentación, etc.).

- Y por otro, la normalización *externa* de los saberes, hecho éste que permitirá generar un espacio institucional en el que podrán desarrollarse relaciones inéditas entre ellos. Así es, la conversión de un saber en *disciplina* plantea la posibilidad de acabar con la dispersión (el secretis-

siècle, Frédéric II, la Révolution, l'histoire contemporaine depuis 1815 (...) ('L'enseignement de l'histoire dans les Universités allemandes' en Seignobos, 1881: 573-574).

³¹⁹En el mismo sentido Gabriel Monod: "C'est l'Allemagne qui a contribué pour la plus forte part au travail historique de notre siècle. D'autres pays peuvent citer des noms d'historiens aussi illustres que les siens; aucun n'en pourrait citer un aussi grand nombre (...). Cette supériorité, l'Allemagne la doit sans doute à son génie (...) ella la doit aussi au peu de développement que la vie politique et la vie industrielle ont eu de l'autre côté du Rhin (...) ella la doit surtout à la forte organisation de ses universités. (...) Au lieu de disparaître lentement comme en France (...) l'enseignement supérieur s'était, au contraire, graduellement modifié selon les besoins du temps, avait

mo, las barreras geográficas, la ausencia de un marco institucional estandarizado) que ha dominado el saber (los saberes) en el pasado.

Al formalizarlos, al modificar las condiciones de producción y circulación de los saberes estos últimos se vuelven susceptibles de comunicarse, es decir de ajustarse unos con otros, haciendo intercambiables no solo los saberes sino también a las personas que los detentan, a fin de que pueda constituirse una ordenación jerárquica entre ellos, desde los saberes más materiales, que serán conocimientos subordinados hasta los saberes más abstractos, cuyo objetivo será englobar o asumir el papel rector del saber³²⁰.

Con ello se crea una forma estable de sociabilidad académica: he aquí uno de los rasgos que marcan el desarrollo y la circulación del saber en el marco de comunidades estructuralmente burocráticas. Al formalizar y disciplinar los saberes la sociabilidad académica asume un papel inusitado, generándose así lo que habitualmente llamamos comunidades científicas, o, mejor aún, una pluralidad de sub-comunidades científicas (físicos, ingenieros, abogados, filólogos, historiadores, sociólogos, etc.).

En otras palabras, la institucionalización y la normalización *disciplinar* de los saberes constituye un tipo de comunidad novedosa. Una comunidad dispersa, es cierto, pero también una comunidad tremendamente estandarizada (cosa que antes no sucedía), pues integra a un conjunto de personas que trabaja con métodos y problemáticas comunes, siguiendo normas que plantean un mismo código evaluador o una retórica argumentativa similar, condición para el progreso de la disciplina pero también para el desacuerdo o el disenso académico³²¹.

dépouillé les traditions ecclésiastiques et théologiques du moyen-âge pour s'ouvrir à l'esprit libre et laïque, et avait conservé la haute direction intellectuelle du pays" ('Du progrès des études historiques' en Monod, 1876a: 27).

³²⁰ El primer ejemplo que plantea una suerte de normalización de los saberes se encuentra, según Foucault, en la *Encyclopédie*. Más que como un compendio de crítica y de oposición anti-absolutista, esta obra ha de verse como un intento de anticipar una homogeneización de los saberes tecnológicos. De hecho, todas las grandes empresas desarrolladas durante la segunda mitad del siglo XVIII —encuestas relativas a los métodos del artesanado, las técnicas metalúrgicas, la extracción minera, etc.— se corresponden con esa apelación a homogeneizar los saberes tecnológicos. *Mutatis mutandis*, lo mismo cabe señalar del saber médico. Es en el siglo XVIII cuando se desarrolla todo un trabajo de homogeneización, normalización, clasificación y centralización del saber médico. Más información en Foucault (1997: 161) y en Foucault (2001: n° 257).

³²¹ Pero, cuidado. La existencia de un consenso en el seno de la (sub)comunidad científica no es incompatible con el disenso. Es más, el carácter unitario de la misma es la que lo hace precisamente posible, de modo que no hay disenso o conflicto alguno sino es a través y *por mediación* del consenso básico de la (sub)comunidad científica, el cual constituye, por así decirlo, una suerte de 'acuerdo' a través del cual se definen los terrenos del desacuerdo y los *modos de expresión* del desacuerdo. Dicho de otro modo, para que una comunidad se constituya como tal es preciso que existan diferentes tomas de posición en su interior. Piénsese por ejemplo en las oposiciones entre escuelas, autores o modalidades de crítica. Todas ellas pueden estar en desacuerdo sobre las cuestiones que discuten, pero al menos tienen que estar de acuerdo para discutir *sobre tales cuestiones y no sobre otras*, lo que supone

De ahí la admiración con la que los universitarios franceses reconocen el avance y la distancia de las universidades alemanas. Para ellos el modelo iniciado por sus vecinos germanos representa un estadio superior de la enseñanza universitaria. Cansados de un modelo trasnochado, en el que las decisiones políticas pesan sobre las nominaciones de profesores y sobre el contenido de los programas, los universitarios franceses ven al otro lado del Rin un modelo al cual imitar, un modelo a la vez libre y organizado (*Lehrfreiheit und Lerfreiheit*)³²². Libre porque se trataba de un espacio caracterizado por la movilidad y la descentralización universitaria, en el cual no existía un gran centro catalizador (como la Sorbona, por ejemplo) que aglutinase la mayor parte de los recursos técnicos (laboratorios, bibliotecas, etc.) y humanos (profesores, cátedras, etc.). Y *organizado* porque a pesar de no tener una fisonomía centralizada el modelo aseguraba la constitución de un mercado académico estandarizado, en el que la formalización y la circulación de los saberes aseguraba el desarrollo de la innovación y la mutación disciplinaria (Garcia en Delacroix et al, 2007: 105).

Con todo es posible admitir las reservas planteadas por la generación de 1880-1890. Sin embargo, a pesar de las críticas y las desilusiones apuntadas el hecho es que *todos los investigadores acababan por admitir la superioridad de las universidades alemanas*. Es más, todos ellos convenían en que la práctica pedagógica de los *seminarios* privados constituía una verdadera iniciación a la investigación académica (Charle, 1994: 45). Ch. Seignobos había concluido lo mismo en su informe sobre las facultades alemanas, a él podríamos añadir otros testimonios de tanto o mayor calado universitario, como el de C. Jullian, quien acabó reconociendo, no sin ciertas reservas³²³, la superioridad de la universidad alemana frente a las facultades francesas, sobre todo en lo que se refiere a la formación investigadora, es decir a los seminarios. Una práctica, como admite el joven historiador, dirigida solamente a una élite, pero una élite mucho más numerosa que la que moraba la *École Normale* o la recién constituida *EPHE*, pues la organización de los seminarios alemanes aglutinaba un promedio de dos mil o tres mil estudiantes anuales,

un acuerdo previo, de naturaleza no reflexiva, en torno al cual se definen los terrenos sobre los cuales debe discurrir el desacuerdo y los modos de expresión del desacuerdo.

³²²“Le père Didon nous montre aussi comment les Universités allemandes sont à la fois libres et organisées. Point de programme: liberté de la science, liberté des méthodes, liberté pour le professeur, liberté pour l'étudiant, *Lehrfreiheit et Lerfreiheit*: mais l'anarchie n'est pas à craindre: les Universités soumettent cette liberté aux règles d'une harmonie supérieure (...)” (‘Les Universités allemandes et Universités françaises’ en Lavis, 1885: 214).

³²³“Nous avons déjà pu noter que l'enseignement n'y est pas toujours ce qu'il devrait être et qu'il tend, quoique avec une certaine lenteur, à perdre son caractère scientifique (...). Les élèves de ces dernières années n'ont pas les préoccupations purement scientifiques de ceux de 1815 et de 1850. Le mal dont nous souffrons et qui ronge nos Facultés de province, commence à envahir l'Allemagne, la Prusse surtout: pour beaucoup d'étudiants, l'examen et, au delà, la position, sont le but unique auquel ils visent à l'université” (‘Notes sur les séminaires historiques et philologiques des universités allemandes’ Jullian, 1884: 424).

una cifra más que envidiable si la comparamos con las pocas decenas que recibían sus cursos en las proximidades del V^{ème} *arrondissement* de París³²⁴.

En ese sentido la solución se revelaba por sí sola: había que generalizar el modelo alemán³²⁵. La primera tentativa fue la creación de la *École Pratique des Hautes Études*, pero aquello resultaba demasiado limitado. Se necesitaba reformar el sistema en su totalidad. Introducir solamente una institución experimental no cambiaría mucho las cosas: el objetivo pasaba por modificar las condiciones (el sistema napoleónico de facultades) que hacían posible el retraso de las facultades francesas y su falta de disposición (material y organizativa) para el desarrollo y la investigación académica.

Ahora bien, esto mismo solo pudo desarrollarse en el trascurso de la III República, con las reformas iniciadas por los gobiernos ‘oportunistas’ y su prosecución a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX.

3.1.3. - Las reformas republicanas o el inicio de la autonomización disciplinar de la historia

Partimos de una constatación previa: la cuestión de las reformas educativas, como muchas otras cuestiones, es un tema que admite varios enfoques de investigación:

- Uno de ellos, quizá el más sociológico, es aquel que plantea el origen de las reformas republicanas como una cuestión que atañe a cambios que responden a un marco nuevo de interdependencia social, a una sociedad, por así decirlo, en la que la división social del trabajo y las exigencias de movilidad adquieren rasgos estructurales.

³²⁴ “...il est singulièrement utile aux maîtres des gymnases d’avoir passé par les séminaires des Universités, de même qu’il est bon en France qu’un professeur de lycée soit sorti de l’École normale. Le rôle que joue cette dernière dans notre enseignement, dont le caractère est surtout littéraire et philosophique, les séminaires le jouent dans l’enseignement allemand, qui est plutôt scientifique et philologique. Et leur avantage sur l’École normale est que celle-ci n’est ouverte qu’à un petit nombre, et que les universités allemandes comptent deux à trois milliers de membres (...)” (Ibíd: 422).

³²⁵ Una vez más C. Jullian lo pone en claro: “Chez nous, pour parler en toute franchise, il s’agit moins d’empêcher de mourir l’enseignement universitaire, que d’achever de le ressusciter. On a fait depuis cinq ans de nombreux et d’heureux efforts. De fécondes institutions ont été introduites dans nos Facultés, ou vont l’être; ce qui vaut mieux, les méthodes d’enseignement se sont modifiées. Il est donc permis à un étudiant français qui a vécu une année dans les Universités allemandes de rentrer dans sa patrie plein de confiance en l’avenir” (Ibíd: 424).

La escuela, en ese sentido, o, mejor dicho, la escuela *laica, universal y obligatoria*, será un requisito básico para la reproducción misma de la comunidad³²⁶. Es la escuela y la obligatoriedad de la misma la que asegura la generalización de una formación genérica y *estandarizada* (saber leer y escribir, poseer un conocimiento matemático elemental, un mínimo de competencia técnica, etc.), capaz de satisfacer las exigencias de una estructura ocupacional cambiante, es decir de hacer *competente* a una persona para que pueda ocupar la mayoría de los puestos de trabajo en una sociedad industrial³²⁷.

- Otro de ellos, en cambio, podría explicar el origen de las reformas apelando a factores de carácter coyuntural, como por ejemplo el debate sobre la educación y la laicidad del Estado. Aquí el origen y el desarrollo de las reformas educativas responden a la voluntad política de un actor en pugna: el republicanismo moderado, el cual, amparándose en su función de gobierno de la República, habría realizado las reformas señaladas con el objetivo de desestabilizar el poder y la enorme influencia que la Iglesia católica había ejercido en el ámbito educativo, sobre todo tras la implantación de la ley Falloux, en 1850³²⁸.

En ambos casos asistimos a enfoques de investigación legítimos, cada uno de ellos con un ámbito de inteligibilidad definido. Nuestro propósito sin embargo no es profundizar estas líneas de investigación, ya de por sí complejas, sino tratar simplemente de tenerlas en cuenta, a fin de combinar sus aportes analíticos con otros factores que atañen al caso de las reformas universitarias.

En realidad, ya hemos ofrecido algunas pistas al respecto. El declive de las facultades académicas era una constante en la vida cultural de Francia. A ello se habían referido importantes personalidades universitarias (Pasteur, Monod, Lavis, Berthelot) y alguna que otra investiga-

³²⁶ Significativas a este respecto son las indicaciones de Ernest Gellner a propósito de la exo-educación en las sociedades industriales. Véase Gellner (2008: 177).

³²⁷ De hecho, la idea de una formación académica estandarizada está presente en la ley del 15 de Marzo de 1850 (conocida como la ley Falloux). Dice así: “Art. 23. *L’enseignement primaire comprend: L’instruction morale et religieuse; La lecture et l’écriture; Les éléments de la langue française; le calcul et le système des poids et mesures. Il peut comprendre en outre: l’arithmétique appliqué aux opérations pratiques; les éléments de l’histoire et de la géographie* (...)” (‘Loi relative à l’enseignement du 15 mars 1850’ en http://dcalin.fr/textoff/loi_falloux.html#I.II (recurso en red)).

³²⁸ Dicha ley ratifica el poder de la Iglesia en la vida pedagógica de Francia, especialmente en el ámbito de la educación primaria. Con ello el papel de la Iglesia se reduce a inspeccionar y asegurar el rumbo moral de las escuelas públicas o libres (dependientes de las congregaciones eclesásticas). Véase: “Art. 44. *Les autorités locales préposées à la surveillance et à la direction morale de l’enseignement primaire sont, pour chaque école, le maire, le curé, le pasteur ou le délégué du culte israélite* (...). *Les ministres des différents cultes sont spécialement chargés de surveiller l’enseignement religieux de l’école. L’entrée de l’école leur est toujours ouverte. Dans les communes où il existe des écoles mixtes, un ministre de chaque culte aura toujours l’entrée de l’école pour veiller à l’éducation religieuse des enfants de son culte* (...)” (Ibíd).

ción impulsada por el ministerio de V. Duruy. La derrota ante los ejércitos alemanes (1871) no hizo sino constatar lo que ya era una sensación creciente de inferioridad, al punto de ver en Alemania no ya una mera potencia vencedora en una contienda militar sino algo mucho más importante: a ver en su victoria el signo inequívoco de la superioridad intelectual de sus universidades. La victoria pues no es una fatalidad del curso histórico, es el resultado de una organización educativa basada en la innovación y la investigación científica, condición *sine qua non* para desarrollar una mayor capacidad técnica y militar.

Ahora bien, estas ideas no nacen exactamente de la guerra. Su origen se remonta algunos años atrás. Lo que sucede es que la derrota, como bien dice C. Digeon (1959: 365), incita de manera imperativa a la imitación. El reconocimiento deja de ser una cantinela propia de literatos y universitarios y pasa a convertirse en una necesidad experimentada de una manera trágica y colectiva: los republicanos moderados perciben la reorganización de su sistema educativo como algo más que una cuestión de implementación o de programas nuevos. Más bien sucede una cosa distinta: la lucha y el reconocimiento por la reforma educativa adquieren una significación patriótica, lo que significa que la realización de las mismas plantea algo más que una cuestión técnica o un problema de política interna.

En otras palabras, los republicanos concebían las reformas educativas como un medio privilegiado para sentar las bases de la re-fundación nacional (*Ibíd*: 366). Por eso lo educativo trascendía en ese momento la significación estrictamente académica, bañándose en un mar de patriotismo generalizado, que atravesaba todos los órdenes y grados educativos, desde la enseñanza primaria, verdadero campo de batalla para los reformadores republicanos³²⁹, a la enseñanza universitaria, pasando por los liceos y todas las cuestiones que tuviesen relación con la educación secundaria³³⁰.

³²⁹ En el ámbito de la enseñanza primaria el gobierno de J. Ferry promulgó una serie de leyes fundamentales: entre ellas, destacamos la ley del 16 de Junio de 1881, donde se promulga la gratuidad absoluta de la enseñanza primaria, así como la ley del 28 de Marzo de 1882, en la que se proclama la obligatoriedad de la misma (“Art. 4. *L’instruction primaire est obligatoire pour les enfants des deux sexes âges de six ans révolus à treize ans révolus...* Art. 5. *Une commission municipale scolaire est instituée dans chaque commune, pour surveiller et encourager la fréquentation des écoles*”). Esta última, además, contempla la derogación de las viejas prerrogativas otorgadas por la ley Faloux a las instancias eclesiásticas en materia de inspección y vigilancia moral de las escuelas locales (“Art. 3. *Sont abrogées les dispositions des articles 18 et 44 de la loi du 14 mars 1850, en ce qu’elles donnent aux ministres des cultes un droit d’inspection, de surveillance et de direction dans les écoles primaires et publiques...*”). Véase ‘*La Loi du 28 mars 1882 sur l’enseignement primaire obligatoire, commentaires, exposé de doctrine, jurisprudence, formules*, 1884: 10).

³³⁰ De las múltiples medidas en materia de educación secundaria destaca la ley del 21 de diciembre de 1880, en la cual se ratificaba la creación de establecimientos educativos destinados a la enseñanza secundaria de las niñas. No obstante, en el documento también se observa una restricción muy clara en materia de enseñanza religiosa. Esta última es contemplada en esta ley pero solo será impartida al margen de las horas lectivas. “Art. 8. *L’enseignement*

Todos ellos, como decíamos, son ámbitos en los que prevalece la retórica nacionalista. Si bien es cierto que la escuela primaria es quizá el lugar donde más fuerza adquiere este nuevo credo patriótico. A ello sin duda han contribuido asignaturas como Historia y Educación moral y cívica³³¹, en las cuales el recuerdo de la violencia cometida contra Alsacia y Lorena, así como la voluntad de restituir a Francia sus derechos ultrajados, adquieren un valor incuestionable; es más, se convierten en formas de inculcar un nuevo espíritu patriótico, alejado del ultramontismo y de todas las pretensiones legitimistas inculcadas anteriormente por la Iglesia católica.

En lo sucesivo trataremos de centrarnos en la enseñanza superior, habida cuenta de que las reformas de J. Ferry se han caracterizado por sus importantes actuaciones (gratuidad, obligatoriedad, laicidad) en materia de enseñanza primaria. Sin embargo, como quiera que fuese la cosa, el hecho es que tales reformas no agotan su ámbito de desarrollo en el marco estrictamente pre-universitario. De hecho, buena parte de sus esfuerzos se han invertido en la reforma y la transformación del sistema universitario napoleónico, que regulaba el ordenamiento -pero también la enclaustración- de las viejas y desfasadas facultades académicas.

Para verlo de manera más detenida trataremos de organizar este epígrafe a partir de tres cuestiones fundamentales. La primera de ellas consistirá en plantear (1) una pregunta acerca de los agentes y los grupos de presión que han protagonizado el movimiento pro-reforma. Después (2), trataremos de subyugar cuáles son las medidas y las innovaciones en la educación universitaria. Y por último (3), trataremos de señalar los efectos que tales medidas han generado en el marco de la enseñanza de la Historia. En definitiva, saber cómo y de qué manera tales cambios han contribuido a la *profesionalización* de la historia.

Vayamos pues por partes. Comencemos por la (1) primera cuestión: ¿Cómo y quiénes han protagonizado el movimiento pro-reforma? ¿Cuáles son los intelectuales en los cuales se han apoyado los republicanos para llevar a cabo sus reformas?

sera donné, sur la demande des parents, par les ministres des différents cultes, dans l'intérieur des établissements, en dehors des heures des classes. Les ministres des différents cultes seront agréés par le ministre de l'instruction publique. Ils ne résideront pas dans l'établissement" (Loi du 21 décembre 1880 sur l'enseignement secondaire des jeunes filles. (Recurso en red <http://www.senat.fr/evenement/archives/D42/dec1880.pdf>)

³³¹ Fijémonos que la ley del 28 de Marzo de 1882 introduce un cambio en las materias que comprenden la enseñanza primaria obligatoria. En ella se introduce la instrucción moral y cívica, quedándose derogado el artículo 23 de la Ley Falloux de 1850, según el cual se ratificaba la instrucción religiosa como materia obligatoria. En palabras del propio legislador: "Art. 1. *L'enseignement primaire comprend: L'instruction morale et civique; la lecture et l'écriture; la langue et les éléments de la littérature française; la géographie; l'histoire, particulièrement celle de la France jusqu'à nos jours (...). Les éléments des sciences naturelles physiques et mathématiques; leurs applications (...); la gymnastique (...). L'article 23 de la loi du 15 mars 1850 est abrogé*". (*Loi du 28 mars 1882 sur l'enseignement primaire obligatoire*, 1884: 9).

Los intelectuales que intervienen son numerosos, pero puede señalarse claramente la relevancia de los historiadores. Lo cual traerá importantes consecuencias para la propia autonomización de la disciplina. En cualquier caso, merece la pena destacar ahora la predilección que los políticos republicanos sienten por los profesores formados en la *École normale*. Son ellos quienes han manifestado un mayor apoyo a sus propuestas. Los republicanos son perfectamente conscientes de ello, por eso en su intento de modificar las instancias que rigen la organización universitaria se apoyan en los *normalianos* que trabajan como profesores universitarios (Noiriel, 1990: 62). Por aquel entonces, el alumnado que sale de la *rue d'Ulm* refleja un perfil diferente al de la mayor parte de los estudiantes de provincias y escuelas profesionales (p. ej. *chartistes*). Muchos de ellos habían completado sus estudios en el extranjero, fundamentalmente en Alemania, lo que aseguraba no solo una apertura más que previsible de espíritu, debido a la toma de contacto con otras realidades universitarias, más libres, menos centralizadas, sino también un mejor conocimiento de las deficiencias que aquejaban el viejo y anquilosado sistema napoleónico. Su experiencia en el extranjero aseguraba una capacidad mayor para detectar las deficiencias organizativas de las universidades francesas, además de contribuir a redefinir una estructura institucional acorde con los principios de laicidad y republicanismo que profesaba la III República.

Pues bien, en la colaboración directa con el gobierno de la República, los historiadores *normalianos* desempeñaron un papel especial. Quizá sea por eso que la Historia adquiere, en este momento, un peso privilegiado en la nueva política universitaria. Conscientes de la importancia que tiene el control de las instancias que rigen la producción de la memoria colectiva, los historiadores no dudan en tomar cartas en el asunto; es más, su papel resulta, en este periodo, claramente determinante, al punto de plantear, en muchos casos, la necesidad de asumir importantes responsabilidades en el entramado de la estructura ministerial.

Los ejemplos podrían ser numerosos, pero centraremos nuestra atención en los nombres más significativos.

Comencemos pues por un intelectual de renombre: W. H. Waddington, profesor en la EPHE y filólogo *normaliano* de reconocido prestigio en Francia, quien obtuvo el cargo de ministro de Instrucción pública (1877-1879) y promovió diversas reformas relativas a la enseñanza universitaria, tales como la creación de un sistema de becas de *licence* o la implantación de los *maîtres de conference*, una nueva figura profesoral.

Otro nombre digno de reseñar es el de A. Rambaud, estudiante de la *École normale* y compañero de cursos de G. Monod en su juventud. Tras varios años como profesor en provincias (Caen, Nancy) Rambaud acaba impartiendo cursos en la Sorbona (1881) y formando parte –en calidad de consejero– del gabinete diseñado a petición del ministro Jules Ferry (1879). Posteriormente, ocupó el puesto de ministro de Instrucción Pública. A él le debemos importantes medidas como la creación de las becas de *agrégation* (1880) o la transformación del viejo modelo de los exámenes, todas ellas medidas que vienen a complementar las primeras disposiciones establecidas bajo el ministerio Waddington (*Ibidem*).

Albert Dumont, agregado en historia y alumno de la rue d’Ulm, también desempeñó una actividad destacada en las reformas universitarias. Su experiencia como director de la escuela francesa de Atenas, le sirvió además de base para detectar las deficiencias que aquejaban el modelo (excesivamente literario) universitario francés. Posteriormente, una vez nombrado director de Enseñanza superior (1878-1884), trató de aligerar todas las propuestas orientadas a implementar la enseñanza metodológica en la formación universitaria.

En la misma línea encontramos nombres como G. Monod, E. Renan e H. Taine³³², todos ellos historiadores de reconocido prestigio en Francia y partidarios muy significados en pro de la reforma y el debate sobre la universidad. Así, aunque no desempeñasen ningún cargo o responsabilidad política, tales historiadores formaban parte de comisiones y debates extra-administrativos, orientados en la mayor parte de los casos a elaborar un proyecto global de reforma universitaria, sentando las bases para una organización futura de la universidad, con una personalidad jurídica novedosa, nuevas figuras profesoras, una tipología de los cursos (públicos, privados, conferencias), etc³³³.

Sin embargo, el caso más evidente en términos de participación, quizá el más llamativo, es el del historiador Ernest Lavisse. Agregado en Historia por la *École normale*, Lavisse trata de participar en la reforma de múltiples maneras: primero como asesor externo del ministro (e historia-

³³² Como se ha visto, la reflexión de los historiadores sobre la reforma era un debate habitual. Los textos de E. Renan, por ejemplo, son numerosos. Citamos solamente ‘L’instruction publique en France jugée par les Allemands’, y ‘L’instruction supérieure en France’. También su libro *L’Avenir de la science*. En el caso de G. Monod citamos su artículo ‘De la possibilité d’une réforme de l’enseignement supérieur’, (1876b).

³³³ Esta comisión se formó en 1877 por intelectuales de reconocido prestigio nacional, como M. Berthelot, E. Boutmy, M. Bréal, Hérold, J. Liouville, du Mesnil, G. Monod, G. Paris, E. Renan y H. Taine. Es decir, había tres historiadores entre un grupo de diez intelectuales, lo cual atestigua la enorme influencia que los historiadores tuvieron en los debates y la literatura en favor de la reforma. El proyecto puede leerse en ‘Projet pour la création et l’organisation d’universités’, en Liard (1894: 494).

dor) V. Duruy, y después, tras la llegada de la III República, como profesor y animador infatigable de proyectos y debates sobre la reforma.

Lavissee había pasado tres años en las universidades alemanas. Allí experimentó en primera persona cómo era el sistema universitario alemán, cuáles eran sus aciertos y cómo podían ser importados en el anquilosado contexto francés. Después, tras su regreso a Francia en 1875 Lavissee acaba por proclamar su lealtad al régimen republicano e inicia una carrera profesional estratosférica (profesor en Sorbona, director de la *École normale*, miembro de la *Académie française*, etc.), que le sitúa en una posición privilegiada para retomar sus dotes de consejero ministerial y amplificar la causa de la reforma -dentro y fuera- de la universidad.

A él le debemos un importante arsenal de textos en defensa de la reforma, así como su participación en distintos consejos (p. ej. el *Conseil de la faculté de lettres* de París) orientados a preparar algunas de las medidas universitarias, tales como la reforma de la *agrégation* en Historia de 1894 (Gérard en Amalvi et al, 2005: 285).

En fin, la lista de apellidos podría ser abrumadora: por eso tal vez mejor que la sucesión infinita (y aburrida) de nombres propios, es preferible subrayar la eficacia de los ‘grupos de presión’ dirigidos por los historiadores (Noiriel, 1990: 63). Nos centraremos solamente en uno, a sabiendas de que los grupos y las publicaciones pedagógicas se multiplicaron ostensiblemente en el transcurso de aquellos años³³⁴.

En concreto, nuestro interés se centra en la *Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur*. Creada el 24 de marzo de 1878, la *Société* se componía de un nutrido grupo de intelectuales y parlamentarios, entre los cuales cabe destacar la presencia y el influjo

³³⁴ Creada en 1866 por Jean Macé, la *Ligue de l'enseignement* es una de las sociedades que más influyeron en el debate sobre la reforma de la enseñanza primaria. En su origen, se trataba de una institución encaminada a edificar una red de bibliotecas y de cursos para adultos. Poco después, en 1870, la *Ligue* contaba con 17.000 miembros y 59 círculos, casi todos ellos provenientes de profesiones liberales o de artesanos y comerciantes, siendo muy escasos el porcentaje de obreros y campesinos. Aun así, la *Ligue* constituye un ejemplo relevante, pues sitúa, por primera vez, en el espacio público el debate sobre la ‘obligatoriedad’ y la ‘laicidad’ de la enseñanza primaria, sentando así las bases para la obra escolar de los republicanos. En cuanto a la educación secundaria, encontramos una referencia importante, la *Société pour l'étude des questions d'enseignement secondaire*. Esta última planteó importantes proyectos a propósito de las reformas en secundaria. Muchas de ellas se pueden observar en su órgano de expresión: el *Bulletin pour l'étude des questions d'enseignement secondaire*. Más información en Prost (1968: 183) y Mayeur (1973: 115).

ejercido por los historiadores, sobre todo por la figura de Ernest Lavisse, secretario general de la misma³³⁵.

La *Société* además poseía un objetivo claro: entablar un vínculo de comunicación directa con las principales universidades extranjeras, a fin de conocer las innovaciones que se habían producido en materia de organización y de pedagogía en las facultades extranjeras, y poder así trasladar a las instituciones francesas aquellos datos que pudieran despertar algún interés con vistas a las futuras reformas³³⁶.

La *Société* no era una sociedad (otra más...) con aspiraciones eruditas: su objetivo era integrar el cúmulo de innovaciones pedagógicas en un vasto sistema de información y adaptación ministerial, para lo cual se constituía, ya desde su origen, como una correa de transmisión entre la vida universitaria, repleta de experiencias e innovaciones constantes, y los despachos del Ministerio. Se trataba, en definitiva, de organizar un trabajo con una vocación claramente *preparatoria*, enmarcado en las directrices que los ministros de Instrucción Pública habían pensado para mejorar las eventuales reformas.

Ahora bien, junto a este objetivo de tipo institucional, la *Société* también despliega un registro encaminado a intervenir en la reflexión y el debate público sobre la universidad. Para ello inaugura en 1881 (apenas tres años después de la fundación) su propio órgano de expresión, la *Revue internationale de l'enseignement supérieur*.

³³⁵ En el acta fundacional de la *Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur* figuraban nombres de primera fila de la vida intelectual, científica y parlamentaria francesa: Pasteur, Berthelot, Bréal, P. Bert, etc... Sin embargo, los historiadores asumen una presencia importante. De hecho, entre los miembros fundadores encontramos a 5 historiadores (de 24 miembros) de reconocido prestigio nacional: E. Renan, H. Taine, G. Monod, E. Lavisse, Fustel de Coulanges. Véase *Bulletin (Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur*, 1878: 7).

³³⁶ Véase el informe de E. Lavisse en la sesión del 18 de Junio de 1878. En él podemos ver los primeros resultados de la investigación iniciada por la *Société*, sus tomas de contacto, las informaciones de los becarios franceses en el extranjero, etc. "... nous avons travaillé à établir des relations régulières et fructueuses avec l'étranger. À la lettre que nous avons adressée aux recteurs des Universités étrangères et aux directeurs d'établissements supérieurs, ont déjà répondu par des lettres aimables, par des envois de documents, par des promesses d'envois réguliers (...). Nous avons commencé à nous adresser aux gouvernements étrangers, et nous venons de recevoir du gouvernement italien un recueil des lois, règlements, statuts (...) Enfin, Messieurs, un grand nombre de documents officiels sont en ce moment réunis au Champ de Mars, dans les expositions des ministères de l'instruction publique (...). Ces documents officiels ne suffisent point à l'étude que nous voulons faire de la vie réelle des Universités étrangères. En attendant que notre Société ait ses missionnaires et ses boursiers (...) nous avons cherché des témoins de cette vie, soit parmi les membres mêmes de ces Universités, soit parmi des Français qui résident à l'étranger (...) Plusieurs de nos compatriotes résidant à l'étranger nous prouvent par l'activité de leur correspondance avec nous (...) Ce sont: MM. Seignobos et Montargis, anciens élèves de l'École normale, qui ont reçu du ministère de l'instruction publique une bourse de voyage et résidé auprès de plusieurs Universités allemandes (...) ('Rapport de M. E. Lavisse dans la Séance générale du 18 juin 1878', en *Ibid.*: 23-24).

Este hecho no es importante por sí mismo, pero en este caso resulta extremadamente especial pues la *Revue* no es una revista cualquiera, o al menos no lo es en ese preciso momento. Cumple una función esencial en la publicitación y el intercambio de ideas pedagógicas. En ninguna otra revista de la época (y hubo muchas...) es posible registrar un inventario de debates tan amplio -y con tanta influencia- como en la *Revue de l'enseignement supérieur*. Por sus páginas han pasado infinidad de textos y de nombres, desde los famosos informes a los que se refería E. Lavissee sobre los jóvenes becarios en Alemania (Ch. Seignobos, E. Durkheim, C. Jullian, etc.) a la correspondencia postal con las universidades extranjeras, pasando por los artículos de innovación pedagógica o por la simple publicación de leyes o decretos que atañen a la enseñanza secundaria y universitaria, sin olvidar, claro está, las actas del grupo editor de la revista³³⁷.

Sea como fuere, la *Revue* constituye, en ese sentido, una fuente privilegiada para el estudio de los debates y el intercambio de ideas que anteceden a las reformas universitarias. Además, como bien dice A. Prost (1968: 224), esta publicación gozó de la atenta escucha de las esferas políticas más altas, entre otras cosas porque la propia *Société* había sido fundada precisamente para ello y, en particular, porque algunos de sus miembros más destacados (M. Berthelot, por ejemplo) ocuparon importantes cargos (ministro de la Instrucción pública de 1886-1887) que hacían situar a la revista en una posición privilegiada para influir en las decisiones de los responsables ministeriales.

Pues bien, una vez señalados los grupos de presión (2) pasemos a recordar las reformas propiamente dichas, pero hagámoslo de una manera limitada, centrándonos en aquellos aspectos que mayor eficacia han tenido en la enseñanza y la autonomización de la disciplina histórica. ¿Cuáles son estas medidas?

Para responder a esta pregunta es preciso seleccionar aquellos decretos que insinúan un primer itinerario en las condiciones de la autonomización disciplinar. En el conjunto de leyes que forman las reformas universitarias, existen unas pocas referidas al cerco historiográfico. Tales medidas se insertan sin embargo en el periodo comprendido entre 1877 y 1914, a pesar de que posteriormente se hayan producido transformaciones importantes que han perfeccionado el ám-

³³⁷ Por limitarnos solo al primer número de la *Revue*, señalamos la correspondencia internacional mantenida con la universidad de Ámsterdam (Holanda), de Bonn (Alemania), de Bâle (Suiza), de Leipzig (Alemania), etc... Véase *Revue internationale de l'enseignement*, Tome I, 1881: 77-96, 289-300, 412-416. En lo que se refiere a los análisis más detallados cabe destacar (también en el primer número) el artículo sobre la universidad de Harvard (pp. 50-76), la alusión a los estudios preparatorios en Alemania (pp. 359-378), el texto de Lavissee sobre la agregación en Historia y Geografía en Francia (pp. 137-151), el análisis sobre los estudios secundarios en Prusia (pp. 545-553), el

bito ya autonomizado de la disciplina histórica. Sin embargo, es en ese periodo cuando se desarrollan los cambios más importantes, aquellos que contribuyen a crear un itinerario *pedagógico* de la Historia, es decir un escenario en el que la innovación y la transmisión estandarizada del saber histórico se asocian por vez primera con un sistema nacional de enseñanza universitaria, cosa que no ocurría en los años anteriores, ya fuese por la escasa (o nula) atención hacia la Historia en las facultades napoleónicas o bien porque su enseñanza práctica se confinaba en lugares e instituciones restringidas (*École des chartes*, *École normale*, *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*).

En cualquier caso, merece la pena subrayar estas medidas. En ellas no existe un orden o un plan trazado de antemano. Su aparición se remonta a gobiernos y debates puntuales, si bien es cierto que poco a poco se insinúa una suerte de autonomización disciplinar de la Historia, posiblemente por razones que atañen al papel (cada vez más influyente) que los historiadores (A. Rambaud, A. Dumont, H. Waddington, E. Lavissee, más tarde Ch. Seignobos o Ch. -V. Langlois) han desempeñado en la administración pública y los órganos universitarios, ya fuese como asesores externos de los ministros o bien como personas que acumularon diferentes cargos institucionales³³⁸

Comencemos pues a enunciar estas medidas. Pero lo haremos dividiendo estas últimas en dos bloques o dos aspectos generales:

-por un lado, un bloque (a) centrado en aquellas disposiciones orientadas a mejorar la dotación económica de las facultades, medidas todas ellas que se pueden extrapolar al conjunto de las universidades francesas, siendo especialmente reseñable la mejora que tuvo lugar en las facultades de Letras y de Ciencias.

-Y por otro, un bloque (b) centrado en los aspectos que han modificado el régimen interno de los estudios universitarios. En este punto nos centraremos tan solo en aquellos aspectos que plan-

texto sobre la enseñanza de la literatura francesa en las facultades de letras (pp. 553-563) o bien los informes ya citados de Ch. Seignobos sobre las universidades alemanas (pp. 563-600).

³³⁸ El caso de Ernest Lavissee es un ejemplo claro de esto. Primero, en la época de Napoleón III, como secretario de gabinete (1865-1868) de V. Duruy y preceptor del príncipe Luis Napoleón (1868). Y después, con la llegada de la III República, su presencia se hizo prácticamente omnisciente: fue profesor en la Sorbona, más tarde se convirtió en el director de la *École normale*, a ello le siguió su participación en distintas comisiones orientadas a reformar la enseñanza universitaria (p. ej. la reforma de la agregación en Historia en 1894, las instrucciones para la enseñanza secundaria de la Historia en 1890). Asimismo, formó parte del *Conseil de la faculté de lettres de Paris*, así como de la *Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur*, de la cual fue secretario general durante veinte años. Además de eso, a él le debemos un importante arsenal de textos en defensa de la reforma educati-

tean una diversificación de las disciplinas practicadas, a fin de ver cómo estas medidas van generando un espacio –a la vez cognitivo e institucional- en el que la ciencia histórica empieza a cobrar autonomía³³⁹.

En lo que se refiere al primer bloque (a) diremos que las dotaciones económicas se incrementaron de una manera considerable³⁴⁰. Fruto de ello son los numerosos cambios que tuvieron lugar en el ámbito universitario. Cambios que iban desde la mejora de la infraestructura básica de trabajo (bibliotecas, laboratorios) hasta el desarrollo de cátedras y plazas para profesores, por no hablar de la creación de un sistema de becas orientado a producir un público universitario ‘profesional’, alejado del bajo perfil académico que reproducían las viejas facultades napoleónicas, con sus cursos abiertos y su afición a los discursos solemnes en grandes auditorios públicos.

La creación del *sistemadebecas* es, en ese sentido, la pieza maestra de todo el cúmulo de reformas universitarias. Primero en 1877, con la dotación anual de trescientas becas para estudiantes de *licence*. Y después, en 1880 con la implementación de doscientas becas destinadas a los alumnos que preparan el concurso de *agrégation* (Gérard en Amalvi et al. 2005: 266).

En ambos casos se advierte un primer paso en la política de promoción universitaria, especialmente para el sector de las facultades provinciales³⁴¹. El objetivo es incentivar la demanda de los estudios en letras y en ciencias³⁴², algo perfectamente comprensible si tenemos en cuenta el

va, así como sus obras y textos de divulgación histórica (*Le Petit Lavissee, Discours à des enfants*) que le permitieron estar en lo más alto del debate sobre la enseñanza laica y republicana.

³³⁹ En este momento, dejamos de lado aquellas disposiciones orientadas a plantear una automonización corporativa del personal de las facultades. Si lo hacemos así es por razones que atañen a los límites y los intereses del presente epígrafe. Obviaremos, por ejemplo la ley del 18 de marzo de 1880 y otras muchas.

³⁴⁰ Citamos aquí algunas cifras globales: en 1875 las facultades obtuvieron un presupuesto de 5,1 millones, mientras que los liceos y los *collèges* alcanzaron los 3,9 millones, es decir un 25% del presupuesto total del Ministerio. Desde 1878, sin embargo, estas cifras se dispararon: de hecho, ese mismo año la dotación presupuestada para las universidades alcanza los 9,2 millones, mientras que los liceos y *collèges* obtienen 5,2 millones, es decir un 26,7% del presupuesto total. En 1890 la dotación consagrada a las facultades asciende a 11 millones, de los cuales 15 millones lo fueron para la enseñanza secundaria, es decir un 18,7% del presupuesto total para ese año. De todo ello se extraen muchas conclusiones: en este momento, citaremos solamente dos. La primera de ellas es que la educación primaria (ausente en estas cifras) aglutinaba la mayor parte de las dotaciones proporcionadas por el Ministerio, dado que se trataba de una red universal, obligatoria y gratuita, lo cual hacía necesario un flujo constante de capital para el desarrollo de la infraestructura nacional. Y en segundo lugar, el aumento considerable de los fondos destinados a la enseñanza superior, aun cuando esta última no sea el mayor problema –pero sí una importante apuesta- del Ministerio de Instrucción pública. Para una visión cuantitativa del asunto véase Karady, 1983: 95).

³⁴¹ Véase por ejemplo el decreto que regula la dotación de becas para la *licence*. Dice así: "2°. *Le plus grand nombre de ces bourses seront attribuées aux Facultés des départements*" ('Arreté concernant les bourses de Faculté. 5 Novembre 1877' en Beauchamp, 1880: 169). A este respecto cabe señalar que entre los años 1879-1892 el 72% de las becas de *licence* se destinaron a las facultades provinciales. Véase Karady (1983: 97).

³⁴² "4°. *Les Facultés de médecine et les Écoles supérieures de pharmacie pourront en obtenir, mais en nombre moindre que les Facultés des sciences et des lettres*" ('Arreté concernant les bourses de Faculté. 5 Novembre 1877' en Beauchamp, 1880: 169).

escaso número de alumnos que habían poblado las facultades del sistema napoleónico³⁴³. Para poner en marcha un orden de enseñanza superior había que producir al alumnado *como* alumnado. Las becas constituyen un primer paso en esa dirección.

Pero junto a ello, y quizá de manera no menos fundamental, encontramos también una política universitaria basada en la *transformación del cuerpo profesoral*. Los datos, además, no dejan lugar a dudas³⁴⁴, si bien es cierto que un crecimiento como éste se debe no solo a la ampliación de las cátedras existentes, sino también a la promoción de una figura novedosa en las facultades francesas, los *maîtres de conférences* (volveremos a ello).

Especialmente significativo es el incremento de cátedras y plazas relacionadas con la ciencia histórica. Es ahí donde se percibe una mayor insistencia por parte de las instituciones, como si el apoyo y la participación de los historiadores se tradujesen en una mayor dotación para el desarrollo de la especialización histórica. Los ejemplos son variados: en el *Collège de France*, por ejemplo, el número de cátedras relacionadas con temáticas ‘históricas’ pasa de tres a quince. Algo parecido ocurre en la EPHE, que de dos cátedras existentes en 1869 (G. Monod y A. Rambaud, este último convertido después en ministro) se pasan a siete en 1897 (Gérard en Amalvi et al, 2005: 277). Sin embargo, el incremento más claro se centra en la red de Facultades de letras. Es aquí donde se produce un incremento verdaderamente importante, llegando en algunos casos a transformar por entero el cuerpo profesoral y generar un elenco de especialidades que pocos años antes hubiera sido impensable³⁴⁵.

Prueba de ello son los datos proporcionados por Alice Gérard: en apenas treinta años se ha triplicado el número de cátedras asociadas a los temas ‘históricos’. En concreto, se ha pasado de diecisiete cátedras en 1876 a cincuenta y siete en 1910 (*Ibíd*, 278). Una cifra, como es lógico, que por sí sola no tiene ningún significado, pero que si la comparamos con el número total de cátedras en las facultades de letras nos deja un valor harto significativo: es decir, una representa-

³⁴³ En la época del II Imperio la demanda de educación universitaria era muy inferior a la oferta de plazas que existía en las facultades napoleónicas. De ahí se deduce un aspecto importante: las políticas de crecimiento universitario no se deben a un aumento real de la demanda, sino a una voluntad expresa de los republicanos moderados. Con ello trataban de fortalecer la educación estatal frente a la enseñanza eclesiasística, que por aquel entonces detentaba todavía demasiadas prerrogativas, en parte por la propia ley Falloux. Más información en Karady (1983: 91).

³⁴⁴ En términos globales, A. Prost (1968: 234) ofrece unas cifras significativas. Así, de 503 profesores en 1880 se pasa a 650 en 1890, y a 1048 en 1909, lo que supone más del doble de los efectivos enseñantes.

³⁴⁵ Véase a este respecto la proliferación de cátedras especializadas. En la Sorbona, por ejemplo, surgen cátedras versadas en la Edad Media (Fustel de Coulanges), la historia moderna y contemporánea (A. Rambaud), e incluso una sobre la Revolución francesa (A. Aulard). Posteriormente, este mismo proceso se desarrolla en las facultades provinciales. Véase Gerard (en Amalvi et al, 2005: 278).

ción que alcanza en 1910 el 33% de las cátedras existentes, lo que nos demuestra una posición bastante privilegiada para las disciplinas históricas.

En cuanto al segundo bloque (b) cabe señalar los siguientes puntos:

Comenzaremos por una medida importante: la ley del 25 de diciembre de 1880, según la cual el Ministerio de Instrucción pública ordena modificar las condiciones para obtener la *licence ès lettres*. Influido por los informes de las facultades de letras³⁴⁶ el Ministerio trata de introducir una primera forma de especialización académica. Para ello introduce esta medida específica, según la cual ahora se precisan dos pruebas objetivas para todos aquellos que pretendan obtener la *licence ès lettres*.

La primera de ellas consiste en una prueba común, basada en la producción escrita de dos textos en francés y en latín; la otra, sin embargo, se trataba de una prueba especial, y consistía en realizar una composición escrita a propósito de algún tema que tuviera cabida entre las pocas temáticas posibles (Filosofía, Letras o Historia). En el caso de la temática histórica esta prueba comprendía un ejercicio doble: por un lado, una composición escrita sobre un tema de historia griega o romana, y por otro, un trabajo similar sobre la Edad Media o la Historia moderna³⁴⁷.

Esta medida, aunque insuficiente, plantea sin embargo un primer paso en el camino a la autonomización del saber histórico. Convertida ahora en una *licence* mixta, el desarrollo de los estudios en letras traen consigo un cierto grado de especialización académica, lo básico, como diría Lavissee, para que la nueva *licence ès lettres*, o *licence* mixta, como se prefiera, pueda ser comprendida como el acta de nacimiento del ‘estudiante de historia’.

Dicho de otro modo, a partir de ahora se sientan las bases para que los antiguos alumnos de la *École normale* empiecen a copar puestos especializados en las distintas facultades de letras. Es ahora cuando se crean infinidad de plazas y cátedras profesoraes, lo cual permite a los estudiantes en letras adquirir una cultura disciplinar específica, ya fuese en Filosofía, en Letras o en Historia.

³⁴⁶Véase a este respecto las *Réponses des Facultés et des Conseils académiques sur les changements à apporter à l'examen de la licence ès lettres*, de Michel Bréal (en Beauchamp, 1880: 526-529).

³⁴⁷He aquí las pruebas especiales. “Art. 3. *L'épreuve spéciale pour les lettres comprend: 1° Un thème grec fais sans autre secours que des dictionnaires (...) 2° Une composition sur une question de grammaire française, latine ou grecque. (...) Art. 4. Pour la philosophie, l'examen spécial comprend: 1° une composition sur une question de philosophie. 2° une composition sur une question d'histoire de la philosophie. Art. 5. Pour l'histoire l'examen comprend: 1° une composition d'histoire grecque ou romaine. 2° Une composition d'histoire du moyen âge ou d'histoire moderne (...)*”. (‘Décret portant modification des épreuves de la licence ès lettres. 25 décembre 1880’, en *Ibid*: 528-530).

Pero junto a esto, y de manera totalmente paralela al sistema de becas iniciado a partir de 1878 encontramos la implantación de las ‘conférences’. Instituidas por el decreto del 5 de noviembre de 1877 las *conférences* están dirigidas a paliar las deficiencias originadas por el viejo sistema de transmisión del saber. Así, a diferencia de los grandes auditorios y las clases magistrales ante un público heterogéneo, las *conférences* se caracterizan por su intimidad y su clara vocación metodológica. Se trata, en definitiva, de cursos dirigidos a un grupo reducido de personas, en la mayor parte de los casos estudiantes ya familiarizados con la disciplina y prestos a fortalecer las lecciones de los profesores titulares mediante la repetición o el desarrollo de ejercicios prácticos, o bien, como era habitual, a través de la implementación de nuevas temáticas o nuevos dominios de investigación que no habían sido contemplados en los cursos públicos³⁴⁸.

En ellas, además, se fomenta la interacción directa entre alumnos y profesores, lo que las convierte en un magnífico espacio para fomentar el aprendizaje de la práctica metodológica (las ciencias auxiliares) y el desarrollo de los trabajos dirigidos³⁴⁹. Tales cursos, por su parte, eran confiados a los *maîtres de conférences*, una figura de origen *normaliano* y que no obstante comienza a generalizarse en las facultades públicas en el decenio de 1880, al punto de convertirse en apenas poco tiempo en un claro agente modernizador de la enseñanza superior (Mayeur en Amalvi et al, 2005: 15).

Estos *maîtres de conférences* se reclutaban entre los agregados y los doctores, lo que los convertía en un cuerpo profesoral joven e influenciado (cuando no formado) por las innovaciones existentes en otras universidades europeas o centros de enseñanza³⁵⁰.

Sin duda, es aquí donde encontramos la traducción francesa de los viejos seminarios alemanes. El carácter íntimo y práctico (orientado a trabajos) que había caracterizado a estos últimos, parece retomarse aquí mediante una pedagogía basada en la interacción directa entre alumno y

³⁴⁸“Art. 1^{er}. Les conférences instituées dans les Facultés ont pour but soit de fortifier par des répétitions et exercices pratiques les leçons des professeurs titulaires, soit de compléter par l’adjonction de nouveaux enseignements le cadre des études de la Faculté” (‘Arreté concernant les conférences instituées dans les établissements s’enseignement supérieur. 5 de novembre 1877’ en Beauchamp, 1880: 166-167).

³⁴⁹“Art. 4. Les conférences de tout ordre sont nécessairement accompagnées d’interrogations adressées par le professeur aux élèves, ou échangées entre les élèves sous sa direction (...) Art. 10. Les conférences sont annuelles, et chacune d’elles comprend nécessairement trois leçons ou exercices d’une heure par semaine (...) Art. À la fin de chaque trimestre, les maîtres de conférences sont tenus de remettre au doyen ou directeur des notes sur le travail de leurs élèves” (Ibid: 168-169).

³⁵⁰ El decreto del 5 de noviembre de 1877 fija incluso las preferencias de los ‘maîtres de conférences’ para las Facultades de letras. “Art. 6. Elles (les conférences) peuvent être confiées dans les Facultés de lettres et des sciences: 1° À des membres sortants des Écoles de Rome ou d’Athènes, ou à des répétiteurs de l’École Pratique des Hautes Études, pourvus du grade de licencié (...) 2° À des agrégés des Lycées qui justifient cette désignation par le rang qu’ils ont obtenu au concours” (Beauchamp, 1880: 169).

profesor, condición misma para afianzar un saber técnico y evitar así el riesgo, tan común en las facultades napoleónicas, de caer en la afición literaria, tal y como el propio E. Lavissee señala³⁵¹.

En tercer lugar, cabe destacar la creación del *diplôme d'enseignement supérieur* (DES). Este último, ideado por E. Lavissee (1881: 137-151) desde algunos años antes, se inscribe en el marco de la reforma para la *agregación* en Historia y Geografía. Instituido el 28 de Julio de 1894 el DES comporta una serie de pruebas cuya superación certifica el requisito básico para el concurso de agregación en Historia. Las pruebas, además, resultan bastante innovadoras: por un lado, la realización y la defensa de una tesina *tutelada*, basada en la lectura y el análisis de fuentes originales, y por otro, la presentación y la defensa de pruebas orales, consistentes en un análisis crítico de un documento original y en responder cuestiones relativas a las ciencias auxiliares.

A partir de 1894 el DES se convierte en una condición indispensable para presentarse al concurso de agregación, lo que significa que los futuros profesores (de Historia y Geografía, naturalmente) de la educación secundaria habrán ejercido, al menos durante un año, tareas relacionadas con la investigación y las ciencias auxiliares³⁵².

Posteriormente, el DES se extendió al conjunto de disciplinas científicas y literarias, hasta el punto de convertirse, en apenas pocos años, en el principal diploma universitario de Francia (Gérard en Amalvi et al, 2005: 286). Poco a poco se insinúa un itinerario histórico en las facultades de letras, como si el debate y la intervención de los historiadores en las reformas hubieran asegurado un espacio proclive al desarrollo de los saberes históricos.

El DES, desde luego, desempeña un papel clave en esta dirección: su énfasis en la comunicación y la dirección por parte de los profesores constituye una pieza fundamental en este itinerario³⁵³, la única, por así decirlo, capaz de asegurar una generación de estudiantes familiarizados

³⁵¹Véase las razones aducidas por Lavissee en su defensa de los cursos cerrados (conférences): “(...) *le cours fermé, où l'on trouve un professeur qui vous parle et à qui l'on parle, et non pas un prédicateur qui enseigne une foule anonyme. Distinguer les étudiants du public était la seule façon de les attirer et de les retenir. (...) Et comme le vœu le plus patriotique qu'on puisse former est de voir l'élite de chaque génération venir demander aux Facultés, avec le complément de la culture générale, une bonne méthode de travail intellectuel, de réflexion et de critique, si le grand public était un obstacle il faudrait sacrifier le grand public*” (‘Cours publics et cours fermés à la Faculté de lettres de Paris’ en Lavissee, 1885: 56-57).

³⁵²“*Les preuves essentielles d'aptitude au travail scientifique seront données par le nouvel examen plus complètement que par l'ancien concours, où ne figuraient pas les études auxiliaires de l'histoire; mais le principal changement introduit ici, le caractère très nouveau de l'examen, c'est que l'étudiant y sera jugé directement et uniquement sur son travail (...). Dans le précédent régime, les épreuves scientifiques étaient l'explication de trois textes, désignés par arrêté ministerial et renouvelés chaque année, et la composition d'un mémoire, choisi par le candidat sur une liste de sujets dressée par le jury (...) Leur activité se trouvait par là étroitement réglée, ce qui est contradictoire au principe même de l'enseignement supérieur (...)*” (‘Circular relative à l'agrégation d'histoire. 17 novembre 1894’ en Duruy, 1902: 72-73). Ver anexo 5.

³⁵³“*Que va-t-il arriver en effet avec le nouveau régime? (les étudiants) ils auront ensuite à choisir les sujets de leurs différentes épreuves (...) les professeurs causeront avec eux; ils se rendront compte de l'état de leurs con-*

con la metodología y el análisis de fuentes originales, aun cuando no exista en ese momento un espacio plenamente definido para la historia, una *licence* independiente.

En la misma línea hemos de comprender la reconstrucción de la Sorbona en 1901. Nacida en un contexto de combate, la *Nouvelle Sorbonne* representa el bastión del poder de los historiadores. Su departamento de Historia ha visto doblar sus cátedras entre 1899 y 1910 (Gérard en Amalvi et al, 2005: 288), aglutinando un cúmulo de recursos que hacían de ella una de las facultades más especializadas en saberes históricos, a la altura de la *École Normale* u otras *écoles* especializadas, tales como la EPHE o la *École des chartes*.

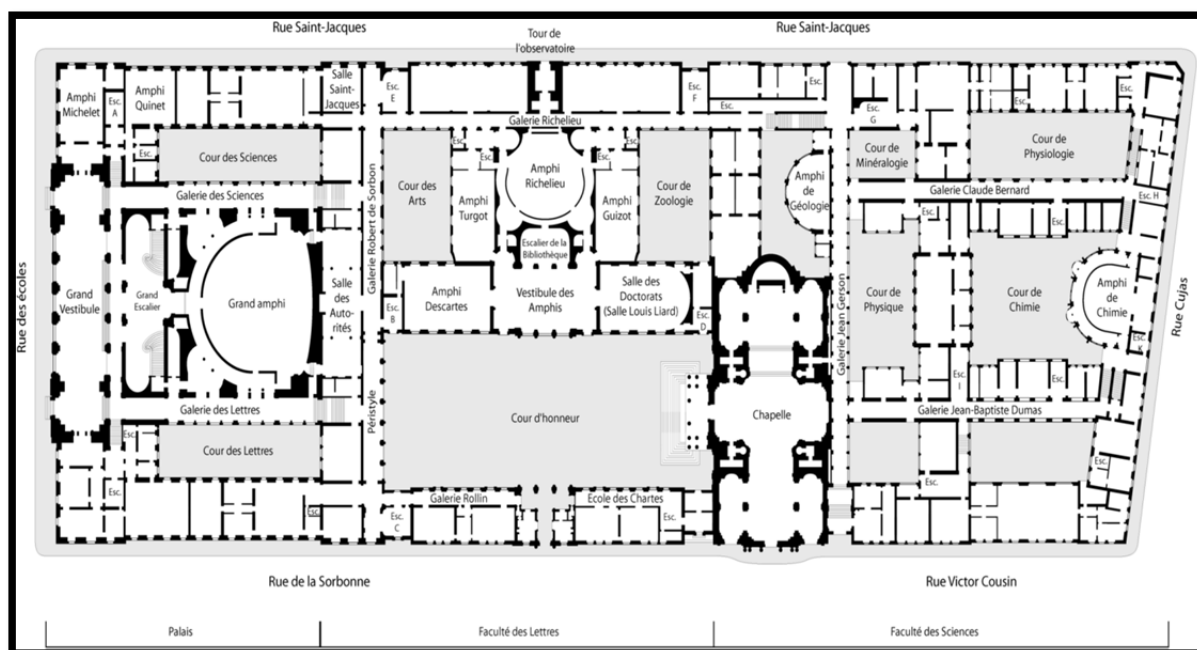


Ilustración 4. Plano de la Nouvelle Sorbonne, según Henri-Paul Nénot en 1900. Extraído de Gallica.

De hecho, en el trascurso de aquellos años la Sorbona se caracteriza por implantar el estudio de técnicas y métodos que ya estaban perfeccionándose en otras instituciones eruditas. Es en esa época cuando surgen precisamente las primeras cátedras centradas en metodología histórica, tales como la cátedra en ‘Ciencias auxiliares’, ocupada por vez primera por Ch. –V. Langlois, antiguo *chartiste*, o la cátedra de ‘Método histórico’, esta última ocupada por Ch. Seignobos ese mismo año, en 1907.

Ambas cátedras tratan de transferir al ámbito universitario los conocimientos (auxiliares, metodológicos) que estos historiadores habían aprendido en sus respectivas escuelas. En la Sor-

naissances (...) Cette combinaison de liberté et de direction permettra donc l'effort ordonné et continu en vue d'ajouter aux connaissances acquises (...). Il va sans dire que toutes les prohibitions, que le régime ancien de l'agrégation rendait nécessaires, disparaissent: le maître pourra guider l'étudiant dans son travail autant qu'il le jugera utile, et les documents inédits pourront être employés soit pour la thèse, soit pour l'explication" (Ibíd: 73).

bona existían espacios en los que era posible conocer y poner en práctica las ciencias auxiliares. El problema es que no existía una cátedra o una disciplina específica centrada en la transmisión y el perfeccionamiento de tales cuestiones.

De ahí la importancia que otorgamos a estas cátedras: su aparición marca un momento culminante en el itinerario histórico desarrollado a lo largo de los veinticinco años anteriores. Así, al poner el acento en la transmisión y la formalización de los procedimientos y los mecanismos de producción histórica, la Universidad reconoce la especificidad del trabajo histórico como un espacio profesional, es decir como un espacio que trae consigo su propia legalidad interna, su autonomía disciplinar.

En ese sentido las cátedras ocupadas por Ch. Seignobos y Ch. -V. Langlois constituyen un marco privilegiado desde el cual poder reproducir las reglas y los protocolos establecidos en su célebre libro *Introduction aux études historiques* (1898). Es ahora cuando los estudios históricos empiezan a cobrar una entidad consistente en la universidad francesa, cuando empiezan a formalizarse sus protocolos de lectura y se genera una forma estable (sin secretismos, estandarizada) de sociabilidad académica, en la que los estudiantes y los profesores de distintas universidades siguen normas que plantean una retórica de argumentación similar, aunque ello no signifique un acuerdo al respecto de sus eventuales resultados³⁵⁴.

Ahora bien, esto no significa que las viejas *écoles* hayan perdido el prestigio y la excelencia de antaño; al contrario, lo que ocurre es que ahora compiten en igualdad de condiciones con las nuevas facultades surgidas tras las reformas universitarias³⁵⁵.

Y por último, destacamos también otra medida que viene a consagrar el itinerario que hemos esbozado hasta el momento. Nos referimos a la circular del 31 de octubre de 1907, según la cual la Historia recibe su confirmación universitaria por medio de la creación de un *licence* independiente³⁵⁶. Desde luego, la creciente especialización de los estudios históricos ha tenido mucho

³⁵⁴ Una de las consecuencias más claras de todo esto es la especialización de las cátedras universitarias. Según Ch. Charle, a medida que las cátedras se especializan el reclutamiento de los profesores se hace menos dependiente de las esferas políticas. Más información en Charle (1985: 161).

³⁵⁵ En palabras de G. Monod: “*Jusqu’au moment de la réforme de l’enseignement supérieur, l’enseignement sérieux de l’histoire était tout entier renfermé dans les écoles spéciales. Ces écoles, bien loin d’être affaiblies par le réveil de la vie scientifique dans les Facultés, ont puisé dans cette émulation des forces nouvelles(...)*” (Monod, 1889: 589).

³⁵⁶ “*Le caractère essentiel du décret du 8 juillet 1907 (...) précise et fortifie les améliorations qui y avaient été introduites par les décrets de 1880 et de 1894. (...) Dès son entrée à la Faculté, l’étudiant, dans quelque section qu’il s’inscrive (philosophie, histoire et géographie, langues et littératures classiques, langues et littératures étrangères vivantes), pourra se livrer aux études de son choix. Et, du même coup, les maîtres des Facultés seront rendus à leur véritable rôle qui est de former les étudiants aux méthodes scientifiques, non de compléter leur études secondaires en organisant, à l’entrée de la Faculté des lettres, une rhétorique supérieure que la plupart de leurs nou-*

que ver en esto, pero también el influjo de los historiadores, que han desempeñado un papel activo en la estructura y la dinámica de la reformas universitarias; de hecho, la *licence* creada en 1907 responde a una proposición previa establecida por la Facultad de letras de París, en la cual historiadores célebres como Ch. –V. Langlois, Ch. Seignobos o A. Aulard, entre otros, cuestionan la herencia *literaria* que todavía poseen las licencias mixtas de 1880 (Gérard en Amalvi et al, 2005: 289).

A sus ojos, la consagración definitiva de la Historia pasa por la derogación de la licenciatura mixta y la creación de nuevos estudios especializados, cada uno de ellos con sus objetos de investigación, su codificación unificada de metodología y su propio itinerario particular.

En el caso de la Historia y la Geografía la ley de 1907 introduce las siguientes novedades, dependiendo si se trataba de pruebas escritas (a) o pruebas orales (b):

a/ En el primer caso, los cambios introducen una ligera especialización disciplinar: así, mientras la ley de 1880 estipulaba la redacción de dos composiciones históricas, una sobre historia griega o romana, y otra sobre historia medieval, moderna o contemporánea, ahora, con la ley del 8 de Julio de 1907, se formalizaban cuatro pruebas específicas:

1º Una versión latina extraída de un texto histórico clásico.

2º Una composición escrita elegida entre cinco temas propuestos: historia antigua, medieval, moderna, contemporánea y un tema de geografía humana.

3º Una composición escrita sobre un periodo diferente al que ha sido realizado en la primera composición.

4º Y por último, una prueba práctica a elegir entre tres temas posibles: O bien la lectura y la datación de un texto, tratando de responder a las cuestiones relativas a la comprensión del mismo. O bien el estudio y la interpretación de un monumento, o bien ejercicios prácticos de cartografía³⁵⁷.

veaux élèves subissaient à contre-cœur” (‘Circulaire relative à la licence ès lettres (Décret du 8 juillet 1907). 31 octobre 1907’, en Beauchamp, 1909: 1045).

³⁵⁷He aquí las pruebas escritas: “1º *Version latine tirée d’un ouvrage historique classique (...)*. 2º *Composition écrite. Le candidat choisit entre cinq sujets proposés: un d’histoire ancienne, un d’histoire du moyen âge, un d’histoire moderne, un d’histoire contemporaine, un de géographie physique (...)*. 3º *Composition écrite se rapportant à un des enseignements professés à l’Université, au choix du candidat (...)* Si, par suite de ses options, le candidat fait deux compositions d’histoire ou deux composition de géographie, le sujet de la seconde composition d’histoire portera sur une période distincte de celle qui a fait le sujet de la première composition; la seconde com-

Como se ve, tales medidas introducen un itinerario mucho más especializado. A las dos composiciones contempladas en 1880 se añadieron dos pruebas suplementarias.

b/ Y en cuanto a las pruebas orales, la ley de 1907 introduce cambios sustanciales, dado que la regulación de 1880 apenas había fijado modalidades precisas para el examen oral (García y Leduc, 2003: 103). En concreto introduce un total de ocho preguntas relacionadas con diversos temas: historia antigua, medieval, moderna, contemporánea, geografía, obras históricas elegidas por el alumno, análisis de textos, etc³⁵⁸.

...

Con ello damos por cerrada la parte dedicada a las reformas universitarias, no sin antes plantear de nuevo (3) cuáles han sido las principales transformaciones ocasionadas en el marco de los estudios históricos. En realidad, ya hemos sugerido algunas pistas importantes: ahora se trata de recogerlas y de darles una forma coherente y acabada, a fin de concluir este epígrafe con una idea clara de las reformas y del efecto que estas últimas generan en la configuración de un espacio –lógico e institucional- llamado ‘Historia’.

Lo más importante ya se ha dicho con antelación. Si algo caracteriza el desarrollo de las reformas universitarias ello es sin duda la conquista de la autonomía profesional. En efecto, en apenas treinta años (1877-1907) la función y el estatus del historiador se han visto transformados de una manera sustantiva. Esto es así, fundamentalmente, por efecto de una mutación de carácter sociológico, que atañe no solo al incremento o la creación de espacios de actividad intelectual, sino también al desarrollo y la incorporación de aquellos valores (metodológicos, epistemológicos, e incluso políticos) que tienden a reforzar el sentimiento de pertenencia a una misma colectividad.

position de géographie portera sur une question de géographie humaine (...). 4° Épreuve pratique. Lecture et datation d'un texte et question relatives à l'interprétation de ce texte, ou étude d'un monument figuré et questions relatives à l'interprétation de ce monument (texte et monument seront pris, au choix du candidat, dans une des périodes suivantes: antiquités grecques, antiquités romaines, moyen âge, temps modernes), ou exercices de cartographie” (‘Décret relatif à la Licence ès lettres. 8 Juillet 1907’ en Beauchamp: 1909: 1008). Véase [anexo 6](#).

³⁵⁸“1° Interrogation sur l'histoire ancienne. (...) 2° Interrogation sur l'histoire du moyen âge (...) 3° Interrogation sur l'histoire moderne (...) 4° Interrogation sur l'histoire contemporaine. (...) 5° Interrogation sur la géographie (...). 6° Interrogation sur un des enseignements professés à l'Université, au choix du candidat (...). 7° Interrogation sur un ouvrage historique ou géographique choisi par le candidat et agréé par la Faculté au début du second semestre de l'année scolaire (...). 8° Analyse d'un texte tel que: article de revue; ouvrage d'histoire ou de géographie, en anglais ou en allemand au choix du candidat” (Ibíd: 1008-1009).

Es decir, la institucionalización de la Historia por parte de las reformas universitarias propicia el desarrollo de una moral profesional, de un cierto bagaje común, basado en la realización de una trayectoria repleta de referencias (exámenes, licencia, agregación, libros canónicos, discursos solemnes, etc.) compartidas por todos.

Semejante comunidad refuerza la idea de una objetividad que se desprende de la aplicación de las técnicas del medio, y para la cual la Historia (la historia profesional y universitaria, se entiende) establece su propia autonomía a condición de plantear una ruptura con el resto de los saberes profanos, lo cual no deja de poner de manifiesto una estrategia clara orientada a afirmar su autonomía disciplinar respecto a la Filosofía y los estudios literarios, ambas disciplinas dominantes en las facultades de letras del viejo sistema napoleónico.

Con todo, esta comunidad resulta todavía demasiado precaria. Es cierto que los avances han sido importantes; de hecho, en apenas treinta años se ha constituido un espacio que nunca antes había existido, en el que un número elevado de personas (profesores y alumnos) trabajan y discuten a propósito de los mismos temas y en virtud de ciertos protocolos y ciertas procedimientos (manipulativos, evaluativos) compartidos. Pese a ello, esta comunidad resulta demasiado inconsistente: por el momento, solo la élite de los historiadores franceses (parisinos, por supuesto) asemeja la unidad propia de una fisonomía *corporativa*. Posiblemente, como señala G. Noiriel, por razones que tienen que ver con la homogeneidad en los procedimientos de su reclutamiento institucional: casi todos ellos han sido reclutados por medio de criterios de admisión similares, ya sea por la *École normale*, por el concurso de agregación en Historia o por el doctorado en la Facultad de letras de la Sorbona (Noiriel, 1990: 76).

En todos estos casos se percibe una trayectoria académica similar, por no hablar de aquellas situaciones donde los vínculos y la comunicación entre profesores y alumnos están a la orden del día, tales como los jurados de agregación, los seminarios impartidos por los *maîtres de conférences* o incluso los discursos de apertura del año universitario que de tiempo en tiempo se deciden a pronunciar los ‘padres fundadores’³⁵⁹, momentos en los que se estrechan los vínculos y se refuerzan las normas *colectivas* de la comunidad historiográfica.

³⁵⁹ Las alocuciones de E. Lavissee son frecuentes. Reproducimos aquí un par de pasajes en los que Lavissee explica a los alumnos los valores y la dimensión colectiva de la historiografía. “*La Faculté des lettres vous offre un enseignement très varié (...) À côté de nous vivent et prospèrent de grands établissements scientifiques et des écoles dont les portes vous sont ouvertes: visitez-les (...) je leur conseillerai de faire connaissance avec l’École des chartes, avec l’École des Hautes études, l’École libre des sciences politiques, le Faculté de Droit et le Collège de France (...). Les variétés du travail historique sont nombreuses (...) il faut absolument que vous donniez une place réglée aux exercices par lesquels vous apprendrez à manier les instruments de la recherche historique*” (‘Allocation aux étudiants de la Faculté des lettres de Paris. Le 6 novembre 1883’, en Lavissee, 1885: 108-109). También su

En cualquier caso, queda claro el protagonismo de los historiadores en estas reformas: el ‘momento metódico’ es importante porque es bajo su influencia que se organiza el campo pedagógico y universitario de la Historia. Lo que nos indica un aspecto francamente interesante, o al menos así lo es de cara a comprender y situar las preguntas que vamos a tratar en el siguiente epígrafe.

En efecto, la historiografía metódica (G. Monod, E. Lavissee, Ch. Seignobos, Ch. –V. Langlois...) no puede explicar su éxito apelando a razones estrictamente teoréticas, como resultado de la dinámica interna de la disciplina histórica: detrás de esto, o, por mediación de ello, si se prefiere, *se trasluce toda una labor de promoción política e incursión institucional*, una labor sin embargo que estaría conscientemente dirigida a monopolizar las principales instancias de producción de la memoria colectiva, ya fuese a través de la dirección de los principales laboratorios de investigación histórica (p. ej. en el departamento de Historia de la Sorbona, en la IVª sección de la EPHE, en la dirección de la *École normale*), ya fuese ejerciendo un influjo directo en los principales canales de discusión erudita del país, tales como la *Revue historique*, la *Revue internationale de l'enseignement supérieur*, la *Revue critique d'Histoire et littérature*, la *Revue des deux mondes*, etc³⁶⁰.

Con esto damos por finalizada la parte relativa a la institucionalización de los estudios históricos. Se trata de un epígrafe extenso, repleto de notas y referencias a pie de página; sin embargo, constituye un requisito indispensable para el desarrollo de lo que vamos a tratar a continuación.

El saber histórico no es fruto de la mera razón contemplativa: en su constitución interna han intervenido un conjunto de factores que no son el resultado interno del intelecto humano en su

énfasis al respecto del espíritu crítico y escéptico del historiador: “*Le devoir d'un professeur d'histoire dans un Faculté est d'offrir la preuve des faits et des opinions qu'ils avance; et c'est le devoir d'un étudiant de vérifier la preuve qu'on lui offre, de discuter l'opinion qu'on lui propose et d'examiner celles qu'il retrouve dans sa mémoire (...) le scepticisme dont je parle est une méthode bien connue, la méthode de l'examen perpétuel des choses (...) il faut vous soustraire à la tyrannie de l'habitude (...) l'habitude est tout aussi redoutable à la vie intellectuelle: elle en supprime l'étonnement, et, du même coup, l'envie de savoir le pourquoi...*” (‘Allocation aux étudiants de la Faculté des lettres de Paris. Le 4 novembre 1884’ en Lavissee, 1885: 126-127).

³⁶⁰ Aparecida en 1876, la *Revue historique* (RH) se funda con el objeto de crear un punto de difusión y socialización entre los historiadores profesionales, ya fuese a partir de la publicación de artículos o recensiones críticas, ya fuese a partir de la publicación de informaciones relativas a la actividad institucional (congresos, conferencias, cursos, etc.). Ahora bien, aunque la finalidad fuese científica y divulgadora, la RH también surge por motivos de índole política o ideológica. No se trata solamente de una confraternidad intelectual, es también una agrupación de profesionales que muestra su *rechazo* al tono belicoso y ultramontano de la *Revue des Questions historiques*, fundada en 1866. En ese sentido, la RH es una revista posicionada, formada por un número considerable (53) de profesionales (profesores, archivistas, bibliotecarios) convencidos de que es perfectamente posible compaginar el trabajo serio y riguroso de los documentos con el desarrollo de posiciones basadas en el progresismo, el republicanismo y

interacción con la realidad de la experiencia. Por tanto, no basta con un análisis de la relación gnoseológica con el objeto; esencial es también ubicar este análisis en el marco de una reflexión más amplia sobre las condiciones históricas en las que se ha producido –y se ha institucionalizado– esa relación gnoseológica.

En los capítulos anteriores hemos ofrecido pistas importantes al respecto. Partiendo pues de tales pistas, trataremos de centrarnos ahora en los mecanismos de objetivación discursiva puestos en práctica por los metódicos, es decir, veremos los supuestos y los compromisos teóricos que subyacen a la codificación metodológica establecida por los metódicos.

3.2. - La Historia se hace con documentos, sí, pero ¿qué clase de documentos?

El desarrollo de la ciencia histórica como espacio gnoseológico es un proceso que se materializa en dos planos de intervención: por un lado, la creación de un espacio institucional dedicado a la enseñanza, la transmisión y la vulgarización de los estudios históricos³⁶¹. Y por otro, la codificación de un método y la normalización interna de los procedimientos operativos.

Ambos procesos, como decíamos, intervienen en la configuración de la Historia como un espacio autónomo y profesional³⁶². En el epígrafe anterior hemos hecho referencia al primer aspecto de la cuestión. En lo sucesivo trataremos de continuar el mismo rumbo trazado analizando la aportación de los metódicos en el ámbito de los procedimientos cognitivos. Para ello centraremos nuestra atención en los textos que más énfasis han puesto sobre el tema, habida cuenta de que la reflexión epistemológica no es un objeto de discusión habitual entre historiadores. Pese a ello, las aportaciones de Ch. Seignobos y de Ch. –V. Langlois constituyen importantes documentos para percibir el ámbito en el cual se sitúa la reflexión y la práctica histórica de la época, o al menos la de todos aquellos que formaron parte de la élite profesional de los historiadores franceses.

el moderantismo político. De ahí su crítica a la vía inaugurada por *La Comuna* y el socialismo revolucionario. Un análisis detallado de estas cuestiones en Carbonell (1976b: 331-346).

³⁶¹ Dentro de este espacio institucional caben mencionar diversos centros, tales como la universidad, los centros de investigación y en general todos los centros paracadémicos y sus mecanismos de refuerzo (congresos, revistas, becas, etc.).

³⁶² Hay que señalar sin embargo que la profesión de historiador ha consolidado un arraigado idea de la Ilustración y del liberalismo: hacer de la Historia una forma de conocimiento que, sin ser en absoluto la vieja 'historia magister vitae', tuviera deliberadamente un valor para la identidad de nuestro presente; fuese la herramienta imprescindible para el conocimiento de su propia modernidad.

Como se sabe, los historiadores metódicos no inventan el método propiamente dicho. Su actividad consiste en recoger las aportaciones del pasado y tratar de formularlas de una manera relativamente ordenada, a fin de que la práctica del historiador, que incluye tareas de selección, análisis y síntesis, pueda ser desarrollada al margen de la arbitrariedad y de las intuiciones subjetivas, esto es, siguiendo pautas que emulan el proceder básico de la actividad científica.

Por hacer eso, los metódicos contribuyen al desarrollo de un espacio gnoseológicamente definido, lo que significa que los estudios históricos, poco a poco, se asemejan a un saber fundado en una fuerte estructuración interna, capaz de diferenciarse de los saberes profanos, aquellos que son menos formalizados, así como de producir, precisamente por su alto grado de formalización interna, un campo o un dominio *racional* de objetos (más adelante veremos cuál es).

El apartado que sigue tratará de poner de manifiesto este tipo de cuestiones, a sabiendas de que la codificación realizada por los metódicos plantea un conjunto de presupuestos (a menudo no explícitos como tales) que no resultan de la observación directa de los materiales, y que no obstante influyen en la manera de conceptuar y articular el asunto ‘histórico’.

Comencemos pues con el tema; ahora bien, hagámoslo de una manera específica. En lugar de tratar ya directamente las obras metódicas hagamos antes un repaso por la historiografía moderna, y en concreto por aquellas cuestiones que atañen a los aspectos gnoseológicos de la misma. En efecto, ¿qué ocurre con la práctica de los historiadores entre los siglos XVII y XIX? ¿Qué tipo de argumentos son aceptados a título de prueba? En definitiva, ¿cuáles son los cambios que han ocurrido en el plano del razonamiento discursivo de los historiadores?

3.2.1. - *El dogma fundamental de la historiografía moderna*

‘La historia se hace con documentos’. He aquí un enunciado que congrega a todo clase de historiadores, en ocasiones en conflicto abierto: partidarios del legitimismo borbónico, entusiastas de la Revolución francesa, *amateurs* de las genealogías aristocráticas, intelectuales de la Tercera República, investigadores de la historia social, etc.

Un enunciado que dispone de tal fuerza de evidencia, capaz de unir a quienes, por otra parte, todo opone, constituye un fenómeno singular. Ello es así porque aunque pueda resultar extraño esta afirmación no siempre ha descrito la práctica y los supuestos de los ‘historiadores’.

En el presente apartado trataremos de identificar la época en la que surge esta forma de practicar Historia, a fin de plantear después qué cambios y qué desplazamientos se han producido en materia gnoseológica.

Ahora bien, al plantearse este tipo de cuestiones, al preguntarse por los cambios que han hecho posibles los procedimientos y las técnicas cognitivas, introducimos una clave de sentido interesante: decimos que la Historia, tal y como nosotros la entendemos, esto es, como una práctica basada en el análisis de documentos, tiene también *su* propia historia. Es decir, representa un procedimiento perfectamente delimitado en el espacio y en el tiempo.

Para comprenderlo no es necesario remontarse a los textos de la tradición antigua; basta con fijar nuestra atención en la erudición moderna (Mabillon, Montfaucon) y en aquellas personas que han culminado el proceso de formalización interna de la ciencia histórica en el siglo XIX.

Es ahí cuando se perfilan los mecanismos de autenticación discursiva de la Historia moderna. Primero en las academias y en las comunidades apoyadas por la monarquía francesa, y después, de una manera más extensa, en los seminarios y las facultades de las universidades alemanas (sobre todo en Gotinga y en Berlín), lugar al que acudían numerosos estudiantes que posteriormente trasladaban el saber adquirido a las universidades europeas y norteamericanas.

Poco a poco se fragua una situación novedosa, en la cual la Historia estabiliza un campo de investigación definido, con sus objetos, sus problemáticas y sus protocolos básicos de intervención metodológica y evaluativa. Es ahí cuando se instaura un aspecto básico de toda la historiografía decimonónica. Un aspecto que no ha sido suficientemente explicitado y que no obstante ayuda a comprender las limitaciones que caracterizan los trabajos de los historiadores del siglo XIX, en especial en lo que se refiere a las cuestiones metodológicas (p. ej. ¿cómo hemos de utilizar los documentos? ¿Dónde hemos de buscarlos? ¿Qué procedimientos han de seguirse para la presentación de resultados?), y epistemológicas (p. ej. ¿cómo se delimita el objeto histórico? ¿Dónde se sitúa la clave de inteligibilidad del documento? ¿Qué significa explicar en historia?, etc.).

K. Pomian utiliza una expresión provocadora para describir este aspecto desatendido: lo llama ‘dogma’, o más aún, el ‘dogma fundamental de la Historia erudita del siglo XIX’, como si

con ello se tratara de poner de manifiesto las decisiones que subyacen a los procesos metodológicos de los historiadores, decisiones que no son necesariamente conscientes y que sin embargo - o precisamente por ello- prescriben un acceso *limitado* al campo de la reconstrucción historiográfica del pasado.

Pues bien, veamos esto mismo de manera detallada. Para ello es preciso responder a dos cuestiones claves: en primer lugar, saber exactamente qué dice el dogma, y después, tratar de considerar las implicaciones gnoseológicas que este dogma comporta para la práctica. Respecto al primer aspecto, poco cabe señalar: el dogma se compone de dos aserciones diferentes. La primera es clara. Dice así: *‘el pasado solo puede ser conocido por mediación de las fuentes*. La segunda en cambio introduce un aspecto restrictivo a la vez que determinante: *no hay más fuentes que los documentos escritos*’ (Pomian, 1999: 346).

Ambas afirmaciones constituyen la base de la ciencia histórica del siglo XIX. El mensaje es meridianamente claro: la Historia se hace con textos, incluso cuando estos últimos son escasos y los historiadores se ven obligados a suplir la carencia mediante el análisis de fuentes o documentos materiales, tales como los sellos, las monedas, las armas, los vestidos, etc. Pero incluso en estos casos el historiador considera tales materiales en función de los propios textos, es decir para comprender e ilustrar lo que las pocas fuentes documentales de la época puedan ofrecer al historiador (*Ibidem*).

El primer aspecto no plantea mayor problema; de hecho, expresa el profundo cambio que se ha producido en el conocimiento entre los siglos XVII y XIX, según el cual la Historia se convierte en una forma de conocimiento basada en el análisis de las fuentes y el uso de criterios de autenticación discursiva ajenos al punto de vista del autor del documento. Lo importante se sitúa en cambio en la segunda parte del dogma, cuando se limita el campo de lo visible a las fuentes o los documentos exclusivamente escritos, cuando se advierte que *‘no hay más fuentes que los documentos escritos’*³⁶³.

³⁶³ Tan fuerte es la identificación con el elemento escrito que la propia prehistoria queda excluida del dominio de investigación histórica. El propio Leopold von Ranke, una de las figuras más influyentes de la historiografía del siglo XIX lo expresa de manera muy clara en *Idea de la Historia universal* (1830): *“Habría que excluir del todo lo que en la historia universal suele ser adquirido de la combinación geológica y de los resultados de la historia universal (...). Sostengo, por consiguiente, que hay que excluir radicalmente a ésta (la prehistoria) de la historia porque contradice el principio histórico, el cual se funda en la investigación documental”* (Ranke citado en Ortega, 1980: 145). Todavía en 1921 Seignobos se pronuncia en idénticos términos cuando señala la imposibilidad de hacer ‘Historia’ cuando se prescinde de las informaciones de naturaleza psicológica, únicamente accesibles a través de textos: *“Pour comprendre l’importance des données psychologiques il suffit de constater l’ignorance où nous restons, malgré la masse énorme des objets préhistoriques dont nous observons pourtant exactement tous les détails matériels, parce qu’aucun renseignement de nature psychologique ne nous apprend les intentions des peuples qui s’en servaient”* (‘La méthode psychologique en sociologie’, en Seignobos, 1934 : 11).

En efecto, ¿qué quiere decir exactamente esto? ¿A qué textos se refiere este dogma?

La respuesta es clara: se trata de aquellos textos que la jerga historiográfica ha tipificado como ‘testimonios voluntarios’, es decir textos que han sido ideados para informar expresamente a los lectores potenciales, fuesen estos presentes o futuros. Y dentro de esta categoría, ya de por sí bastante restrictiva, se privilegian aquellos documentos originados por el funcionamiento de instancias presuntamente venerables y destinados a un uso institucional: tratados, crónicas, códigos legislativos, biografías, documentos diplomáticos, actas y deliberaciones de los consejos, títulos nobiliarios, bulas pontificias, hagiografías, informes de los prefectos, decisiones de los parlamentos, etc³⁶⁴.

Ahora bien, aun admitiendo la variedad de las fuentes señaladas, el hecho es que todas ellas se inscriben en un horizonte de comprensión limitado. Ello es así porque la historia hegemónica (historia política, institucional...) practicada en el siglo XIX, al reducir la documentación histórica a fuentes o documentos escritos (y estos a su vez a testimonios voluntarios), plantea un posicionamiento que afecta al orden mismo de lo historiable, lo que significa no tanto una reducción de los objetos de investigación históricos cuanto un posicionamiento que atañe a las condiciones de aprehensión posible de los objetos.

Veamos esto mismo de cerca. Pero hagámoslo a través de dos implicaciones básicas que acaorean el desarrollo y la asunción de este dogma:

1/ La primera de ellas se refiere a una restricción anteriormente sugerida: la limitación de la mirada historiográfica al campo de los documentos escritos, lo que significa que de todos los hechos o realidades historiables del pasado solo aquellos que alcanzan un estatuto escrito son susceptibles de investigación histórica.

De esa manera, se produce una limitación muy clara en el plano gnoseológico, según la cual el criterio que determina la aprehensión posible de los objetos queda reducido a los hechos susceptibles de registrarse en expedientes escritos, así como al análisis de todas las instituciones que han producido documentación escrita.

³⁶⁴ La monotonía de la ciencia histórica (historia política, institucional...) practicada en el siglo XIX deriva de la limitación conceptual que caracteriza su acercamiento a las fuentes. El propio F. de Coulanges es un ejemplo claro (uno más...) de cómo limitar el elenco de textos a los testimonios institucionales y voluntarios. “*Quant nous voulons connaître une société ancienne, nous devons tout d’abord nous poser cette question: avons-nous les moyens de la connaître? L’histoire est une science: elle n’imagine pas; elle voit seulement, et pour qu’elle puisse voir juste, il lui faut des documents certains(...)Lois, chartes, formules, chroniques et histoires, il faut avoir lu toutes ces catégories de documents sans en avoir omis une seule. Car aucune d’elles, prise isolément, ne donne une idée exacte de la société*”. (Coulanges, 1889: 1, 29). El mismo gusto por la documentación institucional puede verse en Leopold von Ranke y en otros historiadores alemanes de la época. “(...)proponíame, simplement, investigar, a

Este hecho, aparentemente razonable, plantea importantes consecuencias desde el punto de vista historiográfico. Sobre todo, en lo que se refiere a la comprensión de aquellas sociedades donde la escritura y las instituciones que producen textos no constituyen el instrumento de poder dominante.

El ejemplo paradigmático lo encontramos en capas muy amplias de la sociedad pre-industrial, donde buena parte de la población rural quedaba fuera del ámbito de visibilidad epistémica de los historiadores, al carecer de la documentación escrita sobre sus formas y mecanismos de interacción social. O bien eran consideradas, tal y como era costumbre, a partir del discurso realizado por los representantes de las categorías sociales letradas, es decir por aquellos (prefectos, aristócratas rurales, clérigos, etc.) que detentaban los medios de producción simbólica de la época, con lo cual el discurso histórico resultante de aquellas limitaciones corría el riesgo de reproducir el sistema de jerarquías implícitas inscrito en las fuentes documentales del pasado³⁶⁵.

En el plano de la historia política esta limitación ha sido bastante clara: prueba de ello son los temas y las problemáticas que han dominado el campo de la investigación histórica durante el siglo XIX. En los casos más célebres, se prioriza un tipo de aproximación (ya sea en Fustel de Coulanges, L. von Ranke, A. Thierry, E. Lavisse, etc.) centrada en el análisis de las fuentes institucionales, dejando de lado, por razones epistemológicas, otro tipo de fuentes y otras modalidades de comprensión analítica de las fuentes.

Semejante posicionamiento se tradujo en una historia política basada en el derecho y en la dinámica del poder monárquico, en detrimento de otras aproximaciones centradas en el estudio de las formas de sujeción política ajenas al poder real, es decir aquellas que no encontraban un registro escrito y que no obstante constituían la principal fuente de disciplinamiento social en la época pre-revolucionaria³⁶⁶.

la luz de una serie a ser posible ininterrumpida de actas de las Dietas, la trayectoria de la organización política de nuestro país, en aquella época” (Ranke, 1979: 133).

³⁶⁵ Especialmente significativos son los análisis realizados por A. M. Hespanha sobre el tema. En su artículo ‘Sabios y rústicos. La dulce violencia de la razón jurídica’ el historiador portugués señala las bases sobre las cuales se ha construido el tratamiento de los juristas ‘letrados’ sobre la vida y el conjunto de las justicias en las comunidades alejadas de la Corte. De acuerdo con el estudio de Hespanha, lo que se vislumbra aquí es una representación jerárquica del mundo de los ‘rústicos’ y de sus mecanismos de reparación jurídica. A los ojos de los *técnicos* del derecho, aquellas formas ‘jurídicas’ representaban procedimientos y mecanismos culturalmente inferiores. Más info en Hespanha (1993).

³⁶⁶ En lo que se refiere al estudio de los mecanismos de disciplinamiento social en la época pre-revolucionaria, cabe señalar los trabajos de Castan (1980) y de Hespanha (1993, 1989). En ellos se puede observar un tipo de historia política que poco tiene que ver con las obras realizadas en el siglo XIX. Su objetivo no es narrar la crónica o el advenimiento del Estado, sino tratar de poner de manifiesto el hecho de que en pleno apogeo de las

2/ La segunda limitación denota un aspecto menos evidente. Sin embargo, se trata de un rasgo que está totalmente vinculado con el aspecto anterior, al punto de prolongar y matizar algunas conexiones que no han sido suficientemente aclaradas en la limitación precedente.

Vayamos por partes. Si solo es historiable aquello que ha suscitado la producción de documentación escrita, entonces es claro que solo se puede historiar aquello que ha sido *conscientemente* percibido de antemano.

Con ello la ciencia histórica del siglo XIX plantea un marco de análisis claramente delimitado. Su objeto de investigación son los textos, pero se trata de textos cuya información básica se centra en acontecimientos situados en el ámbito de la percepción consciente del productor del documento. Al hacerlo así, la ciencia histórica del siglo XIX plantea una limitación muy clara en lo que se refiere a la legibilidad del acontecer histórico, pues reduce todo cuanto está presente (y por tanto, todo lo que es susceptible de historizarse) a la esfera propia de la visibilidad, es decir a todos esos fenómenos que han suscitado la percepción directa de un espectador.

De ahí las críticas dirigidas a este tipo de Historia. En ella el investigador trabaja con un conjunto de documentos cuyos marcos de comprensión se reducen a la esfera consciente del productor del documento. Lo que significa que la Historia resultante, al asumir el horizonte de experiencia cronológicamente registrable de los productores del documento, asume también un espacio de razonamiento en el que los historiadores se ven obligados a *narrar los hechos del pasado como si fuesen hechos de la memoria*, es decir, imaginándose ser ellos mismos el testigo de aquello de lo que se habla (Pomian, 1999: 173).

De ahí el énfasis mostrado por los acontecimientos y los cambios percibidos en el entorno: son ellos quienes constituyen la materia básica de la conceptualización histórica, dado que son ellos las únicas realidades que son susceptibles de ser captadas en la esfera del tiempo *vivido*.

He aquí el aspecto clave en el que van a situarse los términos de la discusión. Con ello no pretendemos obviar las diferencias que puedan existir entre los historiadores, sino tratar de realizar una aproximación teórica en la que puedan advertirse las implicaciones básicas de la disciplina histórica de la época. Para ello es preciso continuar la senda marcada por las limitaciones anteriores, a condición de que lo hagamos de una manera clara y detallada, tratando de explicitar en todo momento qué formas y qué metodologías son las que ejecutan y reproducen estas limitaciones.

monarquías absolutistas existe un conjunto de mecanismos que garantiza el orden y el disciplinamiento al margen de los Parlamentos y los tribunales monárquicos.

Para empezar, ya hemos indicado una cosa importante: solo es historiable (1) aquello que ha suscitado la producción de textos, solo es historiable (2) aquello que ha sido conscientemente percibido por los contemporáneos de los acontecimientos³⁶⁷.

Fuera de tales condiciones no hay lugar para la concepción *histórica* propiamente dicha, pues el campo de visibilidad que vehicula la disciplina asume todavía -sin ningún tipo de objetivación crítica- *el orden cronológico natural de los agentes históricos del pasado*, es decir de aquello que suscita la producción de textos y la posibilidad de controversias sobre la utilidad o la sinceridad de los mismos. Ahora bien, esto no significa asumir el juicio o la veracidad de los productores de los documentos sino tratar de asumir una perspectiva en la que la experiencia y la temporalidad de los actores históricos sea la única lectura del tiempo posible, con independencia de si estos últimos producen o no juicios sinceros y verdaderos³⁶⁸. Y al margen, en un ámbito que cae fuera (por el momento) del campo de objetos de la disciplina histórica, todo eso que no es considerado *digno* de ser narrado, o todo aquello que no es registrable en función de la experiencia y la temporalidad *corta* de los agentes, es decir de aquello que no es inteligible en la esfera perceptiva del productor del documento.

Todo ello sin embargo nos sitúa ante una cuestión que merece la pena subrayar; de hecho, es posible que las limitaciones (1 y 2) anteriores hayan suscitado algún tipo de reservas o controversias, sobre todo cuando esas últimas han sido expresadas con un claro propósito de poner al descubierto la relevancia de la esfera perceptiva en la ciencia histórica del siglo XIX.

La pregunta por tanto es ésta: ¿qué relación existe entre estas condiciones y el estatuto particular del objeto histórico? ¿No alberga esto mismo un elemento contradictorio?

Dicho de otro modo, si el conocimiento histórico presupone un ámbito de trabajo (el pasado) que remite, a cada instante, a un espacio que no es co-extensivo (pues precede) al punto de vista del espectador, entonces, ¿qué tipo de justificación ha de reclamar esta última para que sus propios enunciados adquieran un grado de certeza idéntico al que en la vida cotidiana atribuimos a los datos de la percepción?

³⁶⁷ Por supuesto, no basta con la percepción consciente de los acontecimientos. La Historia, en tanto que género particular exige considerar aquello que es *digno* de ser recordado.

³⁶⁸ Esta labor sin embargo es una cuestión de orden estrictamente metodológico, que la crítica interna y externa de las fuentes ha de determinar. Lo que nos interesa subrayar ahora son otras limitaciones previas a estas cuestiones. No si tal o cual documento es auténtico o veraz, sino si tal conjunto de documentos son comprendidos en función de la experiencia y la perspectiva temporal (consciente, vivida) del productor del documento. Como veremos a lo largo del capítulo, tales cuestiones responden a perspectivas y planos diferentes.

Para responder a esta pregunta no es preciso explicar la Revolución científica en su conjunto. Pero al menos sí conviene detenerse un instante y tratar de subrayar algún aspecto que sea capaz de expresar los desplazamientos en materia de presupuestos cognitivos, a fin de que tales anotaciones puedan sugerir un horizonte en el que sea posible comprender las técnicas y los métodos de investigación histórica.

En ese sentido, merece la pena comenzar subrayando un rasgo importante: la Revolución científica no es una revolución exclusivamente técnica, es ante todo una revolución que afecta al orden y la naturaleza del conocimiento, lo que significa que este último deja de ser contemplado en términos de inmediatez representativa y se convierte en el resultado de un proceso de abstracción, según el cual la percepción desnuda (no protocolaria) de las cosas es siempre una fuente de error necesario, incluso cuando esta última vaya prolongada de un proceso de abstracción analítica que sea capaz de plantear hipótesis y construir teoremas cosmológicos.

Como se sabe, la ciencia es un tipo de racionalidad que aspira a lo inteligible. Su objetivo no es registrar los estímulos externos e inconexos, sino tratar de promover una construcción teórica (con diferentes formas y a partir de diferentes procedimientos enunciativos) que pueda explicar las leyes del movimiento y el reposo de lo visible.

Ahora bien, lo que diferencia al pensamiento moderno de las formulaciones antiguas es precisamente el papel que desempeña la percepción en el conjunto del proceso cognitivo. Para el planteamiento moderno esta diferencia es un aspecto fundamental, ya que si algo es cuestionable en la tradición aristotélica (y en sus versiones tomistas) esto es sin duda la categoría de percepción, máxime cuando esta última aparece revestida bajo un rasgo tan problemático –o aproblemático, como se quiera- como la in-mediatez.

He aquí el punto básico de la discordia: la idea de que la percepción espontánea de las cosas puede ser un punto de partida para el desarrollo del conocimiento humano. En la perspectiva del pensamiento moderno esta posibilidad está absolutamente vetada. Ahora bien, que esto sea así no es sinónimo de caer de nuevo en la perspectiva planteada por Platón, no es que ahora lo inteligible (lo general, lo universal) pueda ser aprehendido de manera in-mediate por el espíritu humano, al margen de los datos proporcionados por los sentidos; lo que decimos es que la propia práctica de la ciencia moderna, así como la ontología y las teorías epistemológicas subyacentes, oponen un planteamiento rupturista respecto a las formas antiguas de categorizar el conocimiento.

Por un lado, se opone al platonismo y a la posibilidad de establecer un conocimiento de lo universal al margen de la percepción sensible, por simple intuición intelectual. Y por otro, se opone también el planteamiento aristotélico al considerar sus generalizaciones cualitativas como una forma problemática de abstracción analítica. Dicho de otro modo, en el paradigma aristotélico no se niega la abstracción propiamente dicha, lo que sucede es que se inserta en un marco de implicaciones metafísicas que hacen de ella una prolongación *aprobématica* de la percepción primera o espontánea de las cosas.

Por el contrario, el procedimiento de la ciencia moderna opone una práctica nueva del conocimiento humano: el conocimiento mediato (Pomian, 1999: 143). Es ahora cuando la práctica cognitiva advierte una ruptura entre la percepción espontánea (no problematizada) de las cosas y el ámbito de lo inteligible, entre la apariencia inmediata de lo dado y la clave de inteligibilidad de la cosa.

El ejemplo paradigmático lo encontramos en la mecánica de Galileo, y más en concreto en su forma de conceptualizar el objeto de la física moderna. Así, en lugar de asignar al objeto un estatus ontológico, capaz de imponerse por su propia evidencia, Galileo parte de la teoría matemática, de la cual se deducen los parámetros de análisis en virtud de los cuales será posible transformar los objetos perceptivos en *objetos teóricamente contruidos*, en idealizaciones que hacen posible la medición y el comportamiento experimental de los objetos. Galileo no estudia las cosas tal y como se dan en la percepción sino que somete estas últimas a una consideración previa (es decir, la abstracción *dirige* la percepción) que hace de ellas un sistema de relaciones cuantificables, un campo o un *dominioracionalde objetos*³⁶⁹.

En ese sentido la ciencia plantea un cambio en la *naturaleza del objeto de investigación*. La ciencia practicada por Galileo no es la misma ciencia practicada en el medievo. Ambas realizan abstracciones, pero ambas lo hacen de una manera diferente, y en planos muy distintos de funcionamiento. Ello es así porque las características pertinentes del objeto científico no son las que se dejan percibir a simple vista, sino aquellas que se dejan mensurar (Pomian, 1999: 145), con lo cual la constitución misma del objeto científico presupone técnicas de objetivación orientadas a

³⁶⁹ La producción de un dominio de objetos teóricamente definido es una condición indispensable para el desarrollo de la(s) ciencia(s). Ahora bien, ese campo no es una realidad que se presenta a la vista, no es algo que permanezca ahí y que nosotros podamos captar como una instancia dada-de-antemano; su creación requiere de un gesto previo que no obstante modifica el carácter de los materiales estudiados. La percepción inmediata de las cosas no se corresponde con la objetivación científica, por tanto, lo que tal vez ha sido contemplado como una relación de continuidad entre ciencia y realidad (*Veritas est adaequation rei et intellectus*) pueda sin embargo plantearse como una relación de ruptura (Bachelard, 1973: 74, 285).

imponer una actitud *mental* (una reordenación de lo visible) con respecto a las cosas³⁷⁰, lo que sin embargo no significa que se asigne al objeto un estatus ontológico, algo que se impone por su sola evidencia (Bourdieu, 2005: 52).

El resultado es un tipo de racionalidad llamado ‘conocimiento mediato’, cuyo rasgo principal de análisis es la transformación de la naturaleza del objeto de investigación. Con todo la pregunta parece obvia: ¿Existe algún paralelismo entre los desplazamientos señalados y el campo de las ciencias históricas? Y si es así, ¿cómo es posible su traducción? ¿A partir de qué modificaciones? ¿Cuáles son los cambios que se producen en la esfera de la consideración *formal* del objeto?

Ofreceremos una respuesta rápida, habida cuenta de que los cambios a los que nos referimos tienen también su propia genealogía histórica, en el sentido de que responden a momentos o controversias específicas desarrolladas en el siglo XVII en el campo de la producción erudita (entre bolandistas y mauristas por un lado, y controversistas por otro).

En el capítulo primero hemos hecho referencia al horizonte de luchas en el cual se inserta (y se utiliza) la producción ‘erudita’ de los corpus documentales. Ahora trataremos de centrarnos en aquellos aspectos relacionados con la teoría y con los presupuestos gnoseológicos de los eruditos, a fin de que las páginas posteriores –en el análisis del método de Langlois y Seignobos– puedan precisar al detalle las técnicas y los protocolos metodológicos derivados de aquellos primeros cambios.

Pues bien, lo primero que cabe señalar es la naturaleza del cambio acontecido. Así es, el cambio al que nos referimos, aquel que se plantea como *equivalente* al de las transformaciones científicas, no es un cambio de materia o de temática de estudio, sino *un cambio en la manera de conceptualizar la percepción teórica de los textos*.

En efecto, en el transcurso de los siglos XVII y XVIII, en pleno auge de la erudición benedictina, se produce la transformación del *estatus* de los textos sobre los cuales se apoya el historiador. Estos últimos, para decirlo claramente, dejan de ser considerados *autoridades* y pasan a convertirse en *fuentes* (Pomian, 1999: 152).

³⁷⁰ En efecto, el cambio de la historiografía conlleva, más bien, la modificación de una actitud intelectual, que es sustituida por otra que no era tenida como natural. De este modo, la práctica científica de la Historia se sitúa en un plano diferente, al modificarse la perspectiva de la comunidad de los historiadores. Un cambio que no resulta del mero enfrentamiento de ideas, sino de profesionales que las aceptan y acaban compartiendo distintos elementos a modo de ‘matriz disciplinar’ (Th. Kuhn) de un ‘paradigma’ a través de un entramado institucional y pedagógico.

En otras palabras, a partir de ahora el texto deja de tener valor por razones extrínsecas a él mismo. Ya no es posible otorgar su veracidad señalando el estatus o la autoridad que detenta el autor del relato³⁷¹. Ahora, por el contrario, será el texto mismo en su propia materialidad el criterio que funcione como mecanismo de autenticación discursiva (*Ibíd*: 153). Para ello habrá que recurrir a su *soporte material* (la escritura, el lenguaje, los títulos, el papel o los sellos utilizados) para poder certificar la procedencia exacta del texto³⁷²; acto seguido, habrá que añadir un análisis centrado en la *crítica de su contenido*, lo que supone plantear un tipo de distanciamiento previo (de objetivación metódica, diremos) respecto al punto de vista (la opinión primera) del productor del documento, con independencia de cual fuere su autoridad o el grado de solidaridad social que fuese capaz de concitar.

Con ello el desplazamiento operado resulta espectacular, y en parte próximo al que la ciencia moderna realiza cuando anula la percepción espontánea de las cosas por medio de un arsenal abstracto y metodizado. En el fondo, subyace un rasgo común en ambos casos, pues ahora el supuesto básico de las ciencias eruditas se basa en la idea de que el texto cobra valor *por sí mismo*, con independencia de quien sea el autor y cuál sea la tradición moral en la cual está inscrito. Así, utilizando la terminología anteriormente señalada, diremos que el texto se convierte en un ‘objeto teóricamente construido’, en el sentido de que proporciona una cantidad de información capaz de situar al historiador (al ‘científico’) en un punto de vista *independiente* (al menos en teoría) de aquel que encuentra en los textos que utiliza.

De ahí el paralelismo con las transformaciones anteriormente señaladas: al hacer esto el historiador consigue sentar las bases para una constitución del campo de observación científica, en la medida en que transforma la percepción *aprobblemática* de los textos (los textos como *autori-*

³⁷¹ En efecto, en los momentos en que se precisaba recurrir al pasado, el historiador medieval estaba obligado a fundar sus enunciados en dos mecanismos de autenticación discursiva: o bien a través de un *testimonio ocular* en primera persona, tal y como sucede en Tucídides, o bien a través de una crítica moral, política y religiosa del productor del documento, si es que el suceso referido se situaba en un momento lejano en el tiempo. En este último caso la ‘crítica’ del historiador procedía de la siguiente manera: primero, se buscaban los textos de los contemporáneos de lo hechos, y después, se procedía a realizar una crítica moral de los autores. Ello era así porque el historiador medieval no puede someter a crítica más que aquello que le era inmediatamente accesible. Ahora bien, lo inmediatamente accesible, de acuerdo al espacio teórico de la época, no era el texto en su aspecto material, como soporte susceptible de proporcionar más información que la del autor, sino su *personamoral*. En el fondo, todo sucedía como si la verdad de los textos radicase en la persona moral del autor, y más en concreto, en su capacidad de concitar apoyo y respeto en el seno de una tradición autorizada (la moralidad de sus costumbres, su posición social, su cristiandad, su ausencia de paganismo, etc.). Reflexiones similares en Revel (en Berthelot et al, 2012: 41) y Le Goff (2005: 11). Un estudio más extenso en Pomian (1999: 81-159) y Guenée (1980: 129-140).

³⁷² Encontramos ya en J. Mabillon (*De re diplomatica*, 1681) una definición clara de la ‘fuente auténtica’ a partir del análisis del soporte material y de sus caracteres formales (la materia, los instrumentos, la tinta, la forma de las letras, los sellos, el estilo, las fórmulas). Más tarde, entre 1750 y 1765, el *Nouveau traité de diplomatique* de Ch-F. Toustain y R. P. Tassin prolongan estas reglas. A ellos les debemos la distinción entre caracteres internos y externos de los actos. Para una visión histórica y teórica del asunto véase Barret-Kriegel (1988b: 145-177).

dades) en objetos susceptibles de ser *teóricamente* observados, es decir en objetos que ya han cumplido los protocolos básicos de observación científica y con los cuales es posible trabajar y emprender la *síntesis* histórica³⁷³.

Esto es así porque la Historia integra las técnicas y los razonamientos de las ciencias auxiliares (diplomática, paleografía, epigrafía, numismática, etc.). Es más, son ellas las que encarnan realmente la nueva perspectiva del espíritu científico. Y son ellas las que inauguran también un espacio de razonamiento en el cual es posible conocer los acontecimientos alejados en el tiempo.

Para ello el historiador ha de reemplazar la percepción aproblemática de los textos (la fe en la persona *moral* del autor) por la crítica documental de las fuentes, lo que significa que la constitución del texto, su propia materialidad, es capaz de proporcionar más información (a menudo contradictoria) que aquella que se manifiesta en el contenido explícito del texto.

Fruto de aquel desplazamiento es la diplomática moderna (y la recopilación de fuentes ‘históricas’ analizada en los primeros capítulos) y el conjunto de parámetros en los cuales se mueve la ciencia histórica del siglo XIX. Ahora el pasado se convierte en un objeto de conocimiento mediato. Ya no es fuente de autoridad o un espacio al que sea posible acceder por medio de la fe o las credenciales morales de los autores. Ahora el pasado es una realidad accesible, lo que pasa es que lo es de una manera totalmente nueva: tanto más porque, en última instancia, la objetivación misma realizada del texto (esto es, su procesamiento como ‘observación objetiva’) permite suponer un tipo de información previa (una pasado ‘per se’) que no depende ni del estatus ni de la autoridad consagrada por la tradición.

Ambas dimensiones están ahora disociadas, lo que permite codificar un arsenal metodológico capaz de producir un marco de visibilidad objetivo, en el cual el punto de vista del productor del documento quedaría *en teoría* neutralizado³⁷⁴. Dicho de otro modo, el texto cobra autonomía en

³⁷³ En realidad esta jerga científicista ya es utilizada por Ch. Seignobos y Ch. -V. Langlois. “*En primer lugar, hay que examinar el documento. ¿Se conserva en su estado original? ¿Ha sufrido daños? Hay que estudiar cómo fue elaborado, a fin de devolverlo a su estado original en caso necesario, y determinar su procedencia. Este conjunto de pesquisas previas, referidas sobre todo a la escritura, la lengua, las formas, las fuentes, etc., constituye el campo específico de la crítica externa. A continuación interviene la crítica interna: para reconstruir los estados psicológicos que atravesó el autor del documento actúa mediante razonamientos de analogía, cuyas premisas toma de la psicología general. Ante las afirmaciones del autor del documento nos preguntamos: 1) ¿Qué ha querido decir?; 2) ¿Creía en lo que decía?; 3) ¿Estaba en lo cierto, o se equivocaba? Esta fase guarda similitud con una de las operaciones científicas en que se basa cualquier conocimiento objetivo: el documento es ya algo que podemos observar, y no nos queda sino examinarlo conforme al método de las ciencias objetivas. Todo documento tiene valor en la medida en que, una vez estudiada su génesis, queda reducido a una observación bien realizada*” (Langlois y Seignobos, 1898: 97-98).

³⁷⁴ Este arsenal metodológico también se deja traslucir en la escritura historiográfica. Los textos y las proposiciones históricas están repletas de anotaciones que nos remiten a elementos externos (notas a pie de página, referencias a libros o estudios sobre el tema, fondos de archivos y bibliotecas, cuestiones referentes a la discusión, ex-

relación al estatus del productor del documento. Ahora bien, el problema es si tales procedimientos, tal y como han sido conceptualizados por las ciencias auxiliares, *incorporan ya ciertos contenidos o ciertas decisiones (inconscientemente activas) acerca del horizonte de narración histórica.*

He aquí la gran paradoja apuntada por la Sociología durkheimiana (lo veremos más tarde) y por la corriente historiográfica iniciada con los *Annales*. La razón principal está sugerida ya en páginas anteriores, pero como quiera que no siempre pueda entenderse, parece necesario recalcar de nuevo el mismo aspecto de la cuestión, a fin de precisar con detalle cuál será el eje de coordenadas en el cual se va a mover nuestra exposición posterior.

Lo decíamos antes: la historiografía del siglo XIX es una historiografía *événementielle* (episódica). Es cierto que trabaja con documentos, pero se trata de documentos que hablan de fenómenos susceptibles de registrarse en la conciencia del productor del documento. Al hacerlo así el historiador se limita a una crítica de tipo hermenéutico, centrada en la procedencia de los documentos y en la veracidad de los testimonios documentales. El resultado es un tipo de saber que no rompe totalmente con el razonamiento (cualitativo, evenemencial) derivado de la percepción y la temporalidad consciente de la memoria³⁷⁵. Su ruptura, por así decirlo, es solo una ruptura de primer orden, pues acepta siempre como marco de referencia -esto es, indiscutible y no teorizado- el orden cronológico de los agentes del pasado. Por tanto, acepta también sin saberlo un

plicitación del protocolo de razonamiento, etc.). Esta referencia externa desempeña sin embargo un papel fundamental en la codificación del método histórico. En verdad, hace que la escritura histórica sea una escritura controlable, al igual que lo es la escritura y las proposiciones de las ciencias experimentales. Con ellas se trata de ir más allá del texto y dejar reconstruir al lector las operaciones realizadas en éste. De ese modo, se podrá comprobar si las alegaciones y las conclusiones realizadas resultan del todo razonables. En palabras de Seignobos: "(...) *cada afirmación concreta debe ir acompañada de su prueba: el propio texto del documento, a ser posible, para que el lector esté en condiciones de evaluar la interpretación (fragmentos justificativos); si no, en nota, el análisis o al menos el título del documento, con su signatura o la indicación precisa del lugar en que fue publicado. La norma general es facilitar al lector en cada punto del análisis la tarea de averiguar con exactitud los fundamentos de las conclusiones*" (Ibíd: 288).

³⁷⁵ En el fondo, esta opción está relacionada con la distinción entre 'ciencias naturales' y 'ciencias del espíritu' de W. Dilthey. A su juicio, existe una diferencia básica entre 'naturaleza' e 'historia'. Ambas realidades denotan particularidades ontológicas distintas. Por un lado, estaría la naturaleza, que queda tipificada como ese ámbito en el que los hechos se articulan mediante conexiones necesarias. Y por otro, la historia, a la que se define como ese lugar en el que intervienen las decisiones y las deliberaciones intencionales, por tanto un espacio donde los hechos humanos no se suceden según el marco de una necesidad objetiva. Esta oposición ha estructurado los esquemas cognitivos con los cuales ha trabajado gran parte del pensamiento historiográfico, especialmente en el siglo XIX. Una de las consecuencias relevantes es la reducción del acontecer histórico a un fenómeno antropomórfico, es decir a algo que presupone las acciones deliberativas de los humanos. Ahora bien, si esto es así entonces la actividad cognitiva no puede proceder tal y como procede en el estudio de la 'naturaleza'. El objetivo no es buscar las relaciones objetivas, sino el conjunto de conexiones accidentales en las que intervienen las acciones y las decisiones de los sujetos. La diferencia es fundamental. Con ello la actividad historiográfica se encomienda a una labor reconstructiva: el objeto son los acontecimientos históricos, es cierto, pero estos últimos solo se pueden explicar en función de su naturaleza finalista, es decir por ser la expresión de un motivo o una interioridad determinada. De ese modo, el objeto último de la metodología histórica consiste en reconstruir y comprender las vivencias de los sujetos, a fin de que su propia psicología nos permita entender las claves de los acontecimientos históricos. Más tarde discutiremos estas ideas procedentes de W. Dilthey (1956).

marco de análisis restringido, al reducir todo cuanto está presente (es decir, la totalidad de lo que actúa) a la esfera misma de la percepción humana, dejando de lado, por razones analíticas, otras realidades (procesos, tendencias, estructuras de media y larga duración, etc.) que no son registrables *en función de las representaciones conscientes que los actores hacen de su experiencia de la acción social*.

He aquí el *quid* del problema: por un lado, el conocimiento del pasado se identifica con un saber *mediato*, basado en la reconstrucción crítica de las fuentes. Y por otro, el conocimiento del presente se asimila a la percepción visible de las cosas, sin la posibilidad de efectuar un análisis mediante fuentes o técnicas de reconstrucción mediata. De ese modo, el presente queda fuera del ámbito de lo reconstruible.

Ahora bien, si el conocimiento del presente se asocia a la percepción, entonces, es claro que este conocimiento no puede ser descrito *más que como una sucesión de unidades o acontecimientos discretos*. Por tanto, de manera casi inercial, el pasado tenderá a considerarse en similares términos (Pomian, 1984: 22). Es decir, para hacerlo comprensible a sí mismo y a sus lectores, el historiador no podrá tratarlo más que como una traslación de la epistemología implícita del presente, lo que significa que nuestra comprensión mediata del pasado estará subordinada *a los esquemas de inteligibilidad de la percepción y la sucesión visible de los acontecimientos*.

He aquí el verdadero problema de la ciencia histórica del siglo XIX: no es solo una cuestión de falta de mediación cognitiva, es ante todo la imposibilidad manifiesta de concebir un tipo de epistemología que sea capaz de objetivar el *presente* como un dominio susceptible de reconstruirse por medio de fuentes (esto, es por un conocimiento mediato). Para ello hay que esperar a las Ciencias Sociales (la sociología, la antropología, la economía): estas últimas trabajan mediante una epistemología en la que la percepción ya no se concibe como la única modalidad cognitiva en el estudio del presente (*Ibíd*: 23).

Prueba de ello son las técnicas y las fuentes utilizadas en la investigación: en la mayor parte de los casos se tratan de análisis centrados en la *repetición* de datos seleccionados y contruidos en función de hipótesis de investigación específicas. Ahora el documento ya no es considerado como una huella de un testimonio subjetivo, sino como un conjunto de índices por medio de los cuales la interrogación científica *construye objetos de investigación abstractos*, no susceptibles

de ser registrados en función de la experiencia y la mirada de los sujetos (p. ej. representaciones colectivas, estructuras económicas, estructuras políticas de larga duración, etc.)³⁷⁶.

El resultado es un tipo de conocimiento mediato que trabaja con objetos y problemáticas diferentes, en el sentido de que responden a un proceso cognitivo complejo, en el cual se deja vislumbrar un tipo de escritura basada en la descripción de los fenómenos no evenemenciales. Así, a diferencia de la historiografía del siglo XIX, las Ciencias Sociales sitúan el presente como un espacio *reconstruible*, pues no se describe como si fuese algo percibido con la mirada. En realidad, entienden que la naturaleza del acontecer social es mucho más que una mera sucesión de acontecimientos humanos. De hecho, el conjunto de fenómenos a los que acceden los agentes no es sino un sub-conjunto de *la totalidad de lo que realmente actúa*: es decir, que por debajo de las experiencias registrables de los agentes, o por mediación de ellas, si se quiere, actúa todo un conjunto de fenómenos y procesos materiales cuyo registro solo es accesible por medio de la técnica de abstracción serial. Tales procesos, además, ligan al ser humano a una temporalidad que no es la de la conciencia y ni la de la experiencia vivida, es decir lo ligan a una configuración que comenzó antes que él y con respecto a lo cual no tiene decisión constituyente, en el sentido de no ser una materia indefinidamente maleable que los sujetos pudieran moldear, por así decir, a voluntad (Foucault, 1999: 322).

Con esto damos por finalizada esta pequeña parte introductoria. Dos aspectos sin embargo merecen la pena recordarse: por un lado, la inserción de la Historia en el marco de la revolución científica, cuyo resultado más evidente es la transformación de la Historia en un conocimiento mediato. Y por otro, la incapacidad para constituir un conocimiento que sea capaz de desligarse de los esquemas planteados por la percepción y la memoria³⁷⁷.

³⁷⁶ Algo parecido parece expresar el propio P. Bourdieu cuando diferencia el ‘tiempo de la ciencia’ y el ‘tiempo de la práctica’. El primero goza del privilegio de la *totalización*: se trata de un tiempo en el que el investigador puede sincronizar y establecer una visión sinóptica de la totalidad, lo cual permite establecer una neutralización de las funciones prácticas del tiempo de la práctica (es decir, *pone entre paréntesis* los usos prácticos de los agentes históricos) al tiempo que establece una serie de hechos y relaciones que resultan imperceptibles para la lógica y la urgencia del ‘tiempo de la práctica’. Véase Bourdieu (2008: 132).

³⁷⁷ De hecho, la evolución interna de la historiografía en el siglo XX revela un progresivo alejamiento del trabajo histórico respecto a la memoria -entendida, como transcripción *literal* de las experiencias perceptibles- y sus esquemas de inteligibilidad del pasado. Prueba de ello son los mecanismos de conceptualización teórica puestos en práctica por la Historia social y las Ciencias Sociales: en su mayoría, se tratan de mecanismos que no apuntan al *horizonte de experiencia* de los participantes de un acontecimiento. Es decir, el historiador no transcribe los acontecimientos del pasado, sino que trata de comprender ese mismo pasado a partir de *duraciones* que sobrepasan el tiempo corto y la escala de la experiencia *vivida* de los agentes. Ahora bien, frente a una interpretación reduccionista de dicha distinción, cabe señalar que, en la actualidad, existen otros enfoques diferentes relacionados con el estudio de lo individual y la perspectiva biográfica. El caso de Sabina Loriga es claro al respecto. En sus obras la dimensión biográfica no se reduce a una trama cronológica o un género edificante (biografía heroica). De lo que se

En teoría, el desplazamiento operado por la Revolución científica marca una diferencia clara entre memoria e Historia. Sin embargo, esta separación, a pesar de ser válida en un plano de la cuestión³⁷⁸, no logra romper totalmente con la dimensión cronológica de la narración histórica. En otras palabras, el discurso histórico del siglo XIX asume todavía como marco de referencia el *horizonte de experiencia cronológicamente registrable de los productores del documento*.

En las páginas siguientes trataremos de rastrear estas pistas en las obras metodológicas de los historiadores metódicos. Para ello centraremos nuestra atención en aquellos autores que tratan directamente estas cuestiones: Ch. Seignobos y Ch. -V. Langlois. Su obra conjunta *Introduction aux études historiques* (1898) constituye el trabajo más logrado en términos de codificación metodológica. Junto a él también trataremos de poner de manifiesto las tesis del libro de Seignobos *Méthode historique appliquée aux sciences sociales* (1901) y alguna que otra intervención en su debate con la sociología durkheimiana.

3. 3. - Desterrando a los microbios literarios: pautas para un nuevo territorio disciplinar

En 1898, la edición de la obra *Introduction aux études historiques*, de Langlois y Seignobos, marca un paso importante en la historia de la corporación historiográfica francesa. Concebida

trata, por el contrario, es de plantear las formas en que el análisis biográfico –despojado ya de los criterios decimonónicos– pueden suministrar distintas informaciones acerca del contexto y las *diferentes apropiaciones* que los actores generan en sus interacciones sociales. De esa manera, la biografía adquiere un nuevo estatus dentro de las Ciencias Sociales: deja de ser un lugar privilegiado para la edificación política, y se convierte en un procedimiento cognoscitivo interesante, encaminado a percibir cómo a través del estudio de los elementos individuales es posible percibir las tensiones sociales y romper así las homogeneidades estadísticas establecidas por un acercamiento exclusivamente cuantitativo. Más información en S. Loriga (en Revel, 1996: 209-231). También en Loriga (2012: 20-21).

³⁷⁸ La Historia no puede identificarse totalmente con la ‘memoria’ porque el historiador no ve los hechos del pasado como los contemporáneos de los hechos los vieron. Al contrario, se sitúa en una posición privilegiada. Tanto más porque, en última instancia, el historiador ve siempre los hechos del pasado desarrollándose al tenor de un resultado que *desconocían* los contemporáneos de los hechos que relata. Es decir, que lo que en efecto separa, de manera esencial, ontológica, a la experiencia *historiográfica* respecto de la experiencia *vivida* de los agentes, es que aquella siempre está en conocimiento del porvenir de las acciones; el historiador conoce siempre el futuro contenido en las acciones del pasado, lo cual le lleva a comprender los acontecimientos del pasado de manera diferente. Su mirada es, como dice Schaff (1974: 331), la de un ‘profeta infalible’. Así, cuando el pasado es *conocido* y se recupera como *Historia* éste se transforma en un sentido radical, pues el acto mismo de conocerlo, esto es, la puesta en perspectiva del mismo hecho evocado opera ya siempre y cada vez *en función de la distancia temporal* que de él nos separa, consiguiendo con ello la transformación del pasado en una cosa *distinta* de lo que fue cuando *era* presente. Véase Marrou (1985).

inicialmente como un manual para estudiantes, la obra recopila cuestiones que atañen al ejercicio de la investigación histórica cotidiana: los límites del saber histórico, sus condicionantes, las soluciones metodológicas, la naturaleza de los hechos históricos, los protocolos de lectura de los documentos, etc³⁷⁹.

En principio, todo parecía indicar un objetivo claramente didáctico; de hecho, el libro se había redactado a partir de los materiales que ambos autores habían desarrollado en el transcurso de sus lecciones en la Sorbona³⁸⁰. Posteriormente, esta publicación cosechó un éxito incontestable en la comunidad historiográfica, debido a la creación (1907) de un marco privilegiado (las cátedras metodológicas de la *Nouvelle Sorbonne*, bastión de la corporación historiográfica) mediante el cual se amplificaban las propuestas y las referencias metodológicas aparecidas en el libro.

A este respecto, conviene señalar la pertinencia de su aparición: es más, este libro no resultaba ciertamente novedoso, pero sin llegar a serlo del todo emergía en un momento en que la comunidad de los historiadores y de los estudiantes precisaba de un texto actualizado en la materia, es decir algo que sirviera de base para estabilizar y poner en orden aquellos procedimientos en los que reinaba todavía cierta discordia o cierta inclinación a lo arbitrario³⁸¹.

³⁷⁹ “*Nuestra intención es examinar los condicionantes y la metodología de la investigación histórica y señalar su carácter y sus límites. ¿Cómo llegamos a saber algo acerca del pasado, hasta qué punto y qué es lo que nos interesa de él? ¿Qué entendemos por documentos? ¿Cómo hemos de utilizarlos para escribir historia? ¿Qué entendemos por hechos históricos? ¿Cómo hemos de utilizarlos para escribir un libro de historia? De forma más o menos consciente, cualquier historiador efectúa en la práctica complejas tareas de selección y organización, de análisis y de síntesis. Pero los principiantes (...) recurren a métodos intuitivos que rara vez desembocan en la verdad científica (...) Así pues, se hace necesario exponer y fundamentar la teoría de los procedimientos genuinamente racionales*” (Langlois y Seignobos, 1898: 46).

³⁸⁰ “*La presente ‘Introducción a los estudios históricos’ no aspira a ser, como el Lehrbuch der historischen Methode’, un tratado de metodología histórica. Se trata de un breve esbozo. Lo iniciamos a comienzos del curso 1896-97, con la intención de mostrar a los estudiantes recién llegados a la Sorbona en qué consisten y en qué deben consistir los estudios históricos (...) y pensamos que, una vez revisadas, podrían resultar útiles para un público distinto*” (Ibíd: 53-54).

³⁸¹ Esta crítica es una constante en la obra de Langlois y Seignobos: “*Desde hace cincuenta años, son muchos los individuos inteligentes y de buen criterio que han reflexionado sobre la metodología de las ciencias históricas (...). Entre tales hombres ha habido quienes, como Renan, se han contentado con formular observaciones ocasionales en sus obras de carácter general o en escritos de circunstancias; otros, como Fustel de Coulanges, Freeman, Droysen, Lorenz (...) se han tomado la molestia de exponer en trabajos específicos sus reflexiones acerca de este asunto(...). Cabe pensar que no sería trabajo perdido recopilar tales observaciones, diseminadas y prácticamente inaccesibles en tantos libros y revistas (...) Ernest Bernheim, profesor de la universidad de Greifswald, ha rastreado la práctica totalidad de cuanto se ha escrito en los últimos tiempos acerca de metodología de la historia (...) Pero nos ha parecido que el tema no quedaba agotado tras su laboriosa y competente recopilación (...) Bernheim se demora en cuestiones metafísicas que, en nuestra opinión, carecen de interés; y por otra parte, jamás adopta enfoques críticos (...) Por último, el Lehrbuch tiene una audiencia limitada, en Francia resulta inaccesible, por razones formales y de idioma, para la inmensa mayoría. Esto basta para justificar nuestro propósito de escribir este libro, en lugar de limitarnos a recomendar el de Bernheim*” (Ibíd: 51-53).

Hasta aquí la visión clásica del asunto. Ahora bien, antes de comenzar directamente con el análisis de la obra, es necesario plantear una lectura histórica (o historiográfica) de su aparición, a fin de insertar esta empresa metodológica en el marco de una lucha más amplia entre disciplinas antagónicas en el seno de la universidad francesa.

En efecto, la *Introduction aux études historiques* no es un libro cualquiera. Además de la vertiente didáctica o profesional, el texto esconde un ataque contra la Sociología y contra el influjo que los sociólogos (los *nouveaux philosophes*, se decía en la época) estaban ejerciendo en las facultades de letras. Su propósito no era por tanto exclusivamente pedagógico: junto a ello existía también otro registro, no menos importante, en el cual es posible insertar la producción de esta influyente obra. Así, lejos de agotarse en un simple manifiesto metodológico, la obra supone una reacción ante las pretensiones disciplinares de la Sociología, a pesar de que su nombre no sea pronunciado a lo largo del libro (Mucchielli, 1995: 133), cosa que sí ocurre en otros textos o en intervenciones posteriores³⁸².

Dicho de otro modo, la *Introductionaux études historiques* es un alegato en defensa de la auto-afirmación disciplinar de la ciencia histórica. Una obra destinada a proclamar el monopolio de la Historia en el concierto de las ciencias humanas, especialmente en aquello que concierne al estudio del pasado y de los elementos que forjan la memoria y la construcción de la Historia nacional.

Ahora bien, para entender esta clave interpretativa es preciso tener en cuenta el estado de las ciencias humanas de la época. Y es que, en apenas pocos años, la presencia de la Sociología se había convertido en un hecho incontestable. Revistas como *l'Année Sociologique* (1898) o la *Revue internationale de Sociologie* (1893) empezaron a tener una presencia constante en la Universidad. A ello debía añadirse la publicación de importantes trabajos de orden sociológico, tales como los textos de E. Durkheim, F. Simiand o M. Mauss, entre otros.³⁸³ Pero, además, y he aquí lo más importante, tales obras no dudaban en interpelar al gremio historiográfico en su conjunto, al denunciar la escasa científicidad de sus trabajos y la clara predilección que la ciencia histórica seguía teniendo por el estudio de los actores políticos en detrimento de los fenómenos anónimos y regulares (sociales)³⁸⁴.

³⁸² Mismamente en Seignobos (1923, 1934, 1907).

³⁸³ De las múltiples obras de Durkheim citamos aquí algunas editadas en la década de 1890: por ejemplo, *De la division du travail social* (1893), *Les règles de la Méthode sociologique* (1895).

³⁸⁴ En un estudio crítico publicado en la *Revue de Synthèse historique*, Simiand (agregado de Filosofía en la *École normale supérieure* en 1896 y colaborador asiduo de *l'Année sociologique*) destacaba como la 'historia historizante' tiende a negar el problema de la ciencia social de constituer una ciencia de los fenómenos sociales análoga a

Es aquí donde se hace comprensible la redacción de un libro de tales características: en cierto modo, responde a una estrategia de defensa o de auto-afirmación disciplinar por parte de la comunidad historiográfica. (*Ibíd*: 131). A ello se irán sumando diferentes textos y alguna que otra intervención pública en la que se profundizarán las críticas y las razones de fondo que subyacen al desencuentro entre ambas disciplinas.

Todo ello, como decíamos, será relatado en el transcurso de las páginas posteriores, cuando centremos la atención en la pugna que los *nouveaux philosophes* lanzan contra el gremio *privilegiado* de los historiadores. Por el momento, bástenos con señalar los dos registros de la obra:

- Por un lado, un registro *interno*, en el cual la *Introduction aux études historiques* se presenta como un libro dirigido básicamente a estudiantes, de tipo propedéutico y centrado en las problemáticas que la ciencia histórica encuentra en el transcurso de la investigación (García, en Delacroix et al, 2007: 152). Este registro se corresponde con la imagen que los autores ofrecen de sí mismos y de su trabajo, lo que significa que la aparición de esta obra respondería solamente a una motivación de tipo pedagógico, basada en la presentación de una metodología renovada y en la capacidad de esta última para asegurar un conocimiento claramente acumulativo, cuyas indagaciones, susceptibles de ser aprendidas y enseñadas, fuesen criterio de autoridad disciplinar y deontológica.

- Y por otro, un registro *externo*, donde lo importante no es la obra en su dimensión consciente o idealizada sino el modo en que esta última se inserta en un espacio de fuerzas específico, a través del cual la presentación y la codificación del método histórico deviene un arma arrojada.

Esta lectura sin embargo no está directamente expresada en el libro, si bien es cierto que una lectura detallada del mismo ofrece pistas suficientes que apuntan en esta dirección.

Así es, junto al carácter amable y didáctico del método histórico el libro presenta ciertas indicaciones (veremos cuáles) donde se revela un ataque encubierto a las pretensiones globalizantes (el llamado ‘imperialismo sociológico’) de la Sociología. La codificación del método es, en

las ciencias positivas de los fenómenos de la naturaleza. El problema, según Simiand, es si la ‘abstracción sociológica’, es decir la consideración objetiva de los fenómenos sociales, conduce a regularidades, a leyes, a una explicación científica. Así, insistía en la centralidad de la explicación causal, ofreciendo una orientación inmediata en la organización del trabajo científico, que habría de renunciar a los ‘ídolos de la tribu de los historiadores’: el ídolo político (perpetuado por la historia política y el estudio de lo contingente de los acontecimientos, que dificulta establecer regularidades), el ídolo individual (dominante en una historia propia de individuos y no de hechos) y el ídolo cronológico (dado el hábito de estudiar la diversidad de lo particular). Más tarde trataremos detenidamente el debate iniciado por Simiand con los historiadores. Véase Simiand (1903, 1906).

ese sentido, un paso necesario en la reafirmación disciplinar de la ciencia histórica: es más, el hecho de normativizar tales procedimientos es un requisito necesario para el desarrollo de la ciencia histórica como un espacio formalmente consistente, condición *sine qua non* para poder rivalizar con las *reglas del método sociológico* elaboradas (1895) por el propio E. Durkheim y disputar así el monopolio en el concurso de las ciencias humanas.

En las páginas que siguen analizaremos las fases que gobiernan el trabajo metodológico, para lo cual será preciso considerar las proposiciones generales del libro, a fin de ver si las limitaciones anteriores están o no presentes en el conjunto del texto. Dicho análisis, sin embargo, resulta más o menos significativo, en la medida en que presenta numerosas semejanzas con otros trabajos y otros historiadores de la época.

Tal es el caso del historiador prusiano G. Droysen. En ambos ejemplos se percibe una secuencia de trabajo similar, si bien es cierto que la *Histórica* de Droysen pone un énfasis mayor en la necesidad de justificar gnoseológicamente la particularidad de las ciencias históricas frente a las ciencias naturales, como es habitual en todo el historicismo alemán. Y sin embargo, es posible advertir un método de trabajo común, basado en la crítica de las fuentes y en la ordenación interpretativa de los hechos, dando por supuesto que la implicación subjetiva del historiador solo acontece en un segundo momento analítico, una vez que los textos han sido analizados y se inicia el proceso de su conversión en ‘hechos observables’, ignorando así el prejuicio constitutivo que pone en marcha todo el criterio de selección y procesamiento de las fuentes, y que en el caso de Droysen, al igual que en el de Seignobos, se identifica con la predilección por la historia *política* y por el análisis de los individuos situados en la cúspide de la estructura social³⁸⁵.

Ahora bien, más allá de este caso puntual lo que aquí se vislumbra es una convergencia mayor entre la historiografía alemana y los historiadores metódicos. Entendámonos: no es que no existan diferencias, sino que en lo esencial, ambas resultan deudoras de los presupuestos y de los procedimientos de objetivación discursiva puestos en práctica por los historiadores. Ambas escuelas, por así decirlo, presentan una similitud muy clara en lo que se refiere a la manera de con-

³⁸⁵ “La investigación histórica no está llamada a investigar el quehacer y el proceder del primero que se le presente; ella elige solo a los que tienen una significación histórica, es decir, cuya vida y quehacer tuvieron un puesto decisivo en el gran contexto de las cosas históricas” (Droysen, 1983: 217). Y en el mismo sentido Seignobos: “(...) el único criterio de selección válido para todos los historiadores debe ser el papel desempeñado en la evolución de los asuntos humanos. Debemos señalar qué personajes y acontecimientos influyeron manifiestamente en el curso de la evolución. La característica que nos permite reconocerlos es que sin ellos no cabe entenderla. Son aquellos individuos que modificaron una determinada práctica (artistas, sabios, inventores, fundadores, apóstoles) o como impulsores de un movimiento, jefes de estado, dirigentes de un partido o caudillos militares” (Langlois y Seignobos, 1898: 261).

cebir el método histórico, la noción de documento o los marcos espacio-temporales sobre las cuales se insertan los objetos históricamente aprehensibles (Vázquez, 1989: 77).

En efecto, la secuencia metodológica propuesta por los metódicos coincide con el esquema planteado por la historiografía alemana en la primera mitad del siglo XIX. En realidad, no es sino la versión perfeccionada de las enseñanzas transmitidas en los seminarios alemanes, cuando los jóvenes extranjeros exportaban las técnicas adquiridas al resto de las universidades europeas y norteamericanas.

Es ahora cuando la crítica documental de las fuentes se articula con marcos de narración continuistas, al tratar de promover una ordenación de los hechos capaz de producir un *efecto* de coherencia entre las generaciones pasadas y las generaciones presentes.

También es ahora cuando los historiadores privilegian los documentos de las instancias políticas, aquellos que fueron producidos en el trascurso de una actividad institucional o bien estuvieron destinados al uso jurídico o diplomático. Para verlo hay que echar un vistazo a las obras de Ranke, Droysen o algún que otro historiador francés de la época, tales como Fustel de Coulanges, Thierry o Lavissee. En la mayor parte de los casos se asiste a la constitución de un relato histórico edificado sobre la base de fuentes que no trascienden los depósitos de las cancelerías o de las instituciones jurídicas y religiosas de la época.

Existen desde luego excepciones, pero incluso en estos casos la variedad de las fuentes parece estar pautada por el ritmo de los documentos políticos, tal y como sucede con la *Historia de Francia* de Michelet.

En cuanto al tema del espacio y del tiempo, poco cabe señalar, salvo sugerir que tales ideas están ya presentes en numerosos historiadores de la época.

Así es, tanto la *École Méthodique* como el historicismo alemán parten de una concepción similar del espacio histórico: para ellos, el marco propicio para el análisis del pasado es el espacio determinado por el Estado-nación (*Ibíd*: 79). Lo que significa que ambas escuelas carecen de una objetivación crítica del *espaciohistórico*: en su lugar se parte de las fronteras y de los parámetros definidos por el mundo político, los cuales delimitan el marco de intelección básico (el espacio ‘nacional’ o nacionalizado) en el cual discurre la visibilidad histórica de los historiadores.

Su ‘espacio’, por así decirlo, es el espacio territorial definido por el reino y por el Estado. No hay por tanto una ruptura con las pre-nociones establecidas por la percepción primera de las cosas.

Algo similar ocurre con la ordenación teórica del marco temporal. Para verlo basta con tener en cuenta las implicaciones contraídas por los metódicos en su intento de concebir el andamiaje de la construcción histórica. En él se observa un objetivo claro: establecer un cuadro general de la época, para lo cual se integran *en un mismo marco de duración temporal* la totalidad de los fenómenos estudiados (*Ibíd*: 80), a fin de clasificar estos hechos según las categorías trazadas por el propio historiador (condiciones materiales, hábitos intelectuales, costumbres materiales, costumbres materiales, organización económica, instituciones sociales, instituciones políticas).

El resultado es un cuadro histórico en el que los fenómenos se disponen de manera ordenada, según categorías que corresponden a la naturaleza de las *condiciones* y de las *manifestaciones* de los fenómenos. Ahora bien, por debajo de la variedad de los hechos ordenados existe un vector de racionalidad privilegiado. Ese vector es el elemento político, el cual cobra una importancia inusitada en el conjunto de la historiografía de la época, suscitando una suerte de homogeneidad temporal al resto de los fenómenos humanos, en el sentido de que estos últimos emergen y modifican su evolución interna en función de los acontecimientos acaecidos en el ámbito político³⁸⁶.

Dicho de otro modo, en la ‘ordenación histórica’ defendida por Langlois y Seignobos se admite la pluralidad de los fenómenos históricos; el problema es que solo se admite esta pluralidad para plegarla en el interior de una secuencia de tipo autorreferencial, donde la apelación explícita al factor político (y más en concreto, a la Historia del poder político) deviene algo más que un simple recurso estilístico, pues se trata de una (en realidad *la*) instancia que hace posible la explicación del cambio histórico, es decir el elemento diacrónico.

De ahí la predilección por la historia política y por el estudio de los líderes políticos. Son ellos quienes proporcionan la clave de inteligibilidad del proceso histórico, dado que son ellos

³⁸⁶ En palabras de Seignobos: “*Por encima de las historias ‘particulares’, en las cuales los hechos se ordenan conforme a categorías puramente abstractas (arte, religión, vida privada, instituciones políticas), habremos erigido una historia concreta común, la historia ‘general’, que unirá las diferentes historias especializadas y mostrará la evolución de conjunto que ha dominado el resto de evoluciones particulares (...)* Puesto que los hechos generales son, sobre todo, de índole política, y resulta complicado adscribirlos a una especialidad concreta, la historia general se confunde en la práctica con la historia política (*Staatengeschichte*)” (Langlois y Seignobos, 1898: 242-243). En un sentido similar Ranke: “*Habremos de atenernos, deliberadamente, a los grandes acontecimientos, al desarrollo de las relaciones exteriores de los diversos estados. Ellas mismas se encargarán, en la mayoría de los casos, de dar la clave en cuanto a las condiciones internas, ya que entre unas y otras existe la interdependencia más variada*” (Ranke, 1979: 69).

quienes aseguran la solidaridad (*Zusammenhang*) entre las diferentes especies de hechos (económicos, materiales, intelectuales, políticos).

Prueba de ello son las categorías con las cuales se ordenan los periodos históricos: en la mayor parte de los casos se tratan de categorías que llevaron el nombre de reinados, gobiernos, edictos o eventos políticos (Vázquez, 1989: 80).

Más tarde volveremos a desarrollar este tipo de cuestiones; por el momento, nos basta con señalar las similitudes recientemente apuntadas, sin menoscabo de incurrir con ello en una suerte de homogeneización o de identificación gratuita de las mismas.

En efecto, la *École Méthodique* no es la historiografía alemana del siglo XIX: a ello ya se opusieron los autores del texto³⁸⁷. Sin embargo, presenta ciertas similitudes que merece la pena señalar, a fin de que las páginas siguientes no sean contempladas como una descripción exclusiva de los atributos epistemológicos de la *École Méthodique*.

Pues bien, hechas estas aclaraciones conviene pasar al examen crítico (y no solo a una presentación) de la obra propiamente dicha. En efecto, ¿de qué partes se compone esta codificación metodológica? ¿Cuál es su red de compromisos gnoseológicos? Y por último, ¿existe una manifestación clara de las limitaciones sugeridas?

3.3.1. - *L'Introduction aux études historiques*

Como se sabe, el libro se compone de tres partes diferentes, cada una de las cuales representa un *momento lógico* de la práctica investigadora. La primera de ellas se centra en las cuestiones referidas a las ciencias auxiliares y a la búsqueda de documentación histórica. La segunda nos

³⁸⁷ Aquí Seignobos es muy claro: “*Pero la tendencia a explicar los hechos históricos por motivos trascendentes persiste en las teorías más modernas, donde la metafísica se disfraza de ciencia. Los historiadores del siglo XIX están tan influidos por una educación filosófica que la mayor parte de ellos introduce, incluso en ocasiones sin ellos mismo advertirlo, conceptos trascendentes en la estructuración de la historia (...) Es la idea fundamental del hegelianismo: si no del propio Hegel, sí de sus discípulos historiadores (Ranke, Mommsen, Droysen; y en Francia, Cousin, Taine y Michelet). (...) Es un a priori consolador, pero no científico; puesto que la observación de los hechos históricos no muestra que las cosas hayan transcurrido siempre del modo más favorable u oportuno para la humanidad*” (Langlois y Seignobos, 1898: 273).

habla de la crítica y del análisis documental de las fuentes, y la tercera versa sobre la construcción del cuestionario que hace posible la ‘ordenación histórica’ de los hechos³⁸⁸.

En las páginas siguientes trataremos de continuar el ritmo trazado por los autores, para lo cual será necesario analizar cada una de las partes por separado, a fin de señalar las proposiciones generales y los distintos aportes que puedan profundizar la comprensión de los límites de la historiografía metódica, y por extensión, la de buena parte de los estudios que han dominado el panorama historiográfico en la Francia de la época.

3.3.1.1. - *Heurística (Libro I)*

Comencemos con la primera parte del texto: el libro dedicado a la heurística y las ciencias auxiliares. ¿Qué contenidos integra esta primera parte?

La respuesta no es difícil de resolver: básicamente se trata de las tareas *preliminares* que afectan a la investigación histórica. En efecto, la Historia se hace con documentos, es cierto, pero antes de cualquier examen crítico es necesario saber si contamos con los documentos requeridos. Y si es así, es necesario saber además dónde se localizan y con cuántos ejemplares contamos (Langlois y Seignobos, 1898: 59).

He aquí la primera tarea que debe realizar el historiador: buscar y recopilar los documentos.

Ahora bien, para realizar esta tarea, es preciso estar en disposición de las referencias archivísticas y de los instrumentos de catalogación existentes. El historiador, como dice Langlois, ha de ser una persona instruida, lo que significa que su formación no debe limitarse a cuestiones jurídicas o filológicas sino también al desarrollo de un conocimiento acerca del mundo bibliográfico y de la infraestructura archivística.

En el caso de Francia esta infraestructura está relativamente desarrollada en la época; de hecho, no existe tal vez otro ejemplo que pueda igualar el grado de concentración alcanzado en materia de archivos y de bibliotecas. Langlois es perfectamente consciente de esto: por eso realiza un breve repaso por las medidas que han hecho posible la constitución de una geografía archivística tan vasta como esa (véanse capítulos 1 y 2 de la presente investigación).

³⁸⁸ Sin duda es analizando estas fases del libro como mejor se puede ilustrar la representación de la ciencia en los historiadores de finales del siglo XIX. He aquí un mérito incuestionable por parte de Langlois y Seignobos, y quizá una de las razones fundamentales por las cuales su nombre no ha pasado al olvido de la memoria disciplinar. Ni sus mayores (E. Lavissee, G. Monod) ni sus discípulos (F. Lot o P. Sagnac) tuvieron esa preocupación por formar y teorizar los aspectos metódicos y epistemológicos. Más información en Charle (1995: 235-236).

A este respecto nos recuerda por ejemplo la importancia de las colecciones privadas y de las políticas de recopilación documental animadas por la monarquía, la cual ha financiado diversos proyectos (compilaciones de fuentes, creación de depositos, desarrollo de inventarios, catálogos...) orientados a justificar las prerrogativas monárquicas y erradicar la dispersión documental de los depósitos. Fruto de aquellas medidas fue la formación de las bibliotecas patrimoniales (la *Colbertine*, la *Bibliothèque Royale*) y de los grandes depósitos ministeriales (*Le Dépôt du Contrôleur des finances*, *Les Archives de la Guerre*, *Les Archives des Affaires étrangères*, etc).

Sin embargo, el acontecimiento más eficaz en materia de archivos se lo debemos a las medidas adoptadas tras la Revolución de 1789. En ese momento se inicia un proceso de confiscación forzosa en beneficio del Estado, en virtud del cual una cantidad ingente de bienes particulares (tierras, abadías, palacios, conventos, corporaciones, etc.) se pone a disposición del nuevo poder constituido, generando así una serie de problemas (¿Qué hacer con los bienes muebles contenidos en las propiedades? ¿Qué hacer con los cuadros, las estatuas, los archivos, las bibliotecas, los libros, las colecciones, etc.?) que los gobiernos sucesivos tratarán de solucionar progresivamente.

Para ello llevarán a cabo las leyes y las medidas señaladas, fruto de las cuales son las instituciones que configuran la accesibilidad documental del siglo XIX, de la que Langlois y Seignobos, naturalmente, son directos herederos, tales como los Archivos Nacionales, los Archivos departamentales, la Biblioteca Nacional o las bibliotecas municipales, entre otras cosas³⁸⁹.

Sin embargo, Langlois reconoce las lagunas que afectan a los archivos y los depósitos de la época, especialmente en lo que se refiere a catálogos o inventarios descriptivos. Muchos de aquellos organismos carecían de la información necesaria acerca de la totalidad de sus fondos: en ocasiones se conocían solamente algunos de sus fondos internos; el resto, sin embargo, permanecía todavía por inventariar (*Ibíd*: 67).

Ahora bien, esta situación, como denuncia Langlois, resulta totalmente inaceptable. Tanto más porque, a fin de cuentas, los fondos sin inventario carecen de utilidad alguna para los pro-

³⁸⁹ En palabras del propio Langlois: “*En Francia, en 1790, la Asamblea Constituyente puso así en manos del Estado un volumen inmenso de fondos históricos documentales hasta entonces dispersos y hurtados con mayor o menos obstinación al interés de los investigadores, patrimonio que fue más tarde repartido entre distintos organismos públicos*”. Resultado de estas confiscaciones son dos de las características básicas de las condiciones materiales de la investigación histórica en el siglo XIX, y de las cuales Langlois y Seignobos son directamente herederos: “*primera, la concentración de documentos hasta entonces dispersos, y prácticamente perdidos en cien lugares distintos, en un número relativamente reducido de archivos; y segunda, el carácter público de tales archivos. Desde entonces, cuantos documentos históricos han llegado hasta nuestros días, pese a las enormes pérdidas debidas al*

pios investigadores. Es más, sin catalogación no hay posibilidad de una investigación propiamente dicha, a no ser que reduzcamos la práctica historiográfica a un ejercicio retórico o a una investigación en la que la búsqueda y el hallazgo de los documentos permanezca supeditada al azar o a la mera casualidad, hecho éste que contradice los principios rectores que rigen la nueva corporación historiográfica, basada en la investigación colectiva y en la división interna del trabajo³⁹⁰.

En el fondo, se trata de poner de manifiesto una idea conocida, según la cual el progreso del conocimiento histórico está directamente relacionado con los progresos en materia de archivística y de catalogación (*Ibíd*: 68). De ahí la insistencia que pone Langlois al comienzo del libro: con ello se trata de inculcar a las nuevas generaciones *el respeto por la tarea archivística*, si bien no en sentido profesional al menos sí como un recurso práctico, a fin de que los historiadores principiantes estén en condiciones de conocer la situación real de los instrumentos de investigación a su alcance (*Ibíd*: 74).

En ese sentido cabe recordar los trabajos realizados por G. Monod o Ch. –V. Langlois al respecto. Obras como la *Bibliographie de l'histoire de France* (1888), *Les Archives de France* (1891) o *Le Manuel de bibliographie historique* (1896) constituyen importantes herramientas para la mejora de las condiciones de la investigación histórica: en ellos podremos encontrar importantes informaciones tanto de los trabajos de catalogación existentes como de su localización archivística³⁹¹.

azar o al vandalismo, se encuentran por fin en lugar seguro, clasificados, a disposición del público y considerados como parte del patrimonio común” (Langlois y Seignobos, 1898: 64-65).

³⁹⁰ Una vez más Langlois: “No es que la catalogación sea tarea fácil: requiere paciencia, minuciosidad y sólida erudición; pero no son pocos aquellos a quienes este tipo de tareas, a la vez exactas, susceptibles de ser realizadas de un modo perfecto y manifiestamente útiles, no les desagradan. Dentro de la amplia y heterogénea familia de los historiadores, los dedicados a preparar e indizar catálogos descriptivos constituyen un gremio aparte”. (*Ibíd*: 74).

³⁹¹ El libro de Langlois *Le Manuel de bibliographie historique* constituye una herramienta verdaderamente importante. El libro, además, no se ciñe a la bibliografía estrictamente francesa sino que pasa revista a un amplio abanico de estudios, que van desde las bibliografías universales hasta las bibliografías sobre las fuentes originales, pasando por los repertorios sobre ramas de la Historia (historia religiosa, historia diplomática, historia literaria, historia de las ciencias, Ciencias auxiliares e historia, etc.), o bien las bibliografías sobre las Historias nacionales (Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Suiza, España, Portugal, Italia, Polonia, etc.). En lo que se refiere a la bibliografía de los estudios realizados en el siglo XIX, Langlois plantea el siguiente marco de estudio: “*Il a semblé préférable de consacrer un chapitre à chaque pays, où à chaque groupe naturel de pays apparentés, en indiquant ce qui s’y est fait depuis cent ans et ce qui s’y fait pour l’histoire, ou plutôt les principales entreprises historiques qui y ont été exécutées ou qui s’y trouvent en chantier. Il sera traité, dans chaque chapitre, des publications, faites, directement, sous les auspices: 1° de l’autorité publique; 2° des Académies et des Sociétés Savantes; 3° des Universités et des Écoles spéciales. On mentionnera enfin les principales entreprises particulières ou privées qui ne peuvent être rangées dans aucun de ce trois compartiments*” (Langlois, 1896: 347). Unos pocos años antes, G. Monod (1888) había hecho lo propio editando un catálogo metódico y cronológico de las fuentes y de las obras relativas a la historia de Francia.

Con todo, una cosa resulta clara: en toda esta primera parte *no hay ni una sola página dedicada a reflexionar sobre la construcción (y los efectos de sentido) de las fuentes históricas*. El objetivo es bastante distinto: se trata de señalar solamente los progresos y las lagunas en materia de catalogación documental, pero no el modo en que tales fuentes han sido construidas y ordenadas como fuentes históricas, y mucho menos la idea de que la catalogación misma de las fuentes es un hecho susceptible de reflejar las preocupaciones ideológicas y metodológicas de la época, al priorizar los valores nacionales y la primacía de las fuentes político-administrativas en el estudio del pasado (Furet en Le Goff y Nora, 1985: 60).

El resultado es un tipo de aproximación restringida, para la cual el hecho absolutamente prioritario es la descripción de la geografía archivística del país, celebrando así sus triunfos y denunciando también sus limitaciones. He aquí el registro básico en el cual se mueve la reflexión ‘metódica’ sobre los archivos, lo cual supone en cierto modo una consideración restringida del documento y del horizonte mismo de investigación histórica.

En efecto, en Langlois y los metódicos, como en la mayor parte de la historiografía del siglo XIX, el archivo está ordenado para dar testimonio del acontecimiento político, no de la duración o de los registros inconscientes (*Ibidem*).

La reflexión de los metódicos es, en ese sentido, una reflexión limitada, pues *carece de referencia alguna sobre la construcción y los efectos de sentido que están inscritos en los archivos*. Ignora, por ejemplo, si las técnicas archivísticas están influenciadas por el horizonte de luchas en el cual se inserta (y se utiliza) la producción ‘erudita’ de corpus documentales (véase capítulo 1).

Por tanto, da por supuesto, quizá sin saberlo, el sistema de jerarquías implícito (prioridad de las fuentes político-administrativas, prioridad de la dinámica centralizadora del poder monárquico, prioridad del punto de vista del Estado, etc.) que está en la base de los principios que los archivistas aplicaron “espontáneamente” a la realidad documental³⁹², pero cuya génesis y posterior afianzamiento responde al proceso de constitución histórica del Estado, el cual (se) impone sin

³⁹² Por supuesto, por debajo de la función heurística (y aparentemente objetiva) de la recopilación documental, se vehicula una representación jerárquica de los objetos del saber histórico. En su estudio del catálogo de *l'Histoire de France* compilado por L. Delisle, Ch Amalvi (1982) nos brinda un análisis del modo en que la estructuración interna reproduce los prejuicios de quienes ordenan y catalogan la bibliografía. “*L'ordre dans lequel se déroulent ici les différentes phases, se succèdent les diverses chapitres n'est ni innocent ni gratuit: il privilégie systématiquement les structures politiques et administratives, traitées en priorité en tête du catalogue, au détriment du 'mouvement social', à peine évoqué à la fin dans le LI; la continuité chronologique et organique de l'État (et si possible de l'État monarchique) par rapport à la rupture révolutionnaire (...); l'administration centrale et Paris aux dépens du pouvoir périphérique. Il sacralise enfin l'État, la nation, la race (...) et ce n'est pas sans doute par un hasard si le premier chapitre est consacré à l'histoire de France, du pouvoir royal, du pouvoir tout court à travers les âges (...)*” (Amalvi, 1982: 93-94).

apenas explicitarlo (es decir, sin transformarlo en ideología) un conjunto de presupuestos arbitrarios que nos hacen sensibles a percibir como *evidentes* o *naturales* determinadas representaciones simbólicas, especialmente aquellas relacionadas con el poder político (tema hegemónico en la historiografía decimonónica) y los principios de división social producidos por las instituciones.

En los metódicos, además, no existe una sola pista que apunte a la libre disposición en el uso de las fuentes. Más bien al contrario: lo que nos encontramos es un acercamiento convencional al asunto, para el cual *toda reconstrucción ‘crítica’ de las fuentes pasa por el uso y la aceptación de los límites planteados por la ordenación pretérita de los archivos, aceptando así al mismo tiempo los marcos de visibilidad (evenemencial, político, testimonial) establecidos por la archivística del pasado*³⁹³.

El ejemplo más claro lo encontramos en la introducción al libro de Langlois y Stein *Les Archives de l’histoire de France* (1891), donde buena parte de la reflexión acometida gira en torno a la naturaleza de las fuentes ‘nacionales’ y el problema de la dispersión documental.

Langlois lo dice de manera muy clara: son fuentes o archivos ‘nacionales’ (esto es, relativos a la historia de Francia) todas las piezas que han surgido en el trascurso de una actividad jurídica o institucional (cartas, cuentas, correspondencias públicas o privadas, documentos oficiales, bulas, etc.)³⁹⁴.

³⁹³ Esta situación contrasta frontalmente con el uso que la escuela de los *Annales* realiza de las fuentes. En efecto, la ciencia histórica practicada por *Annales* no trata de suplir una carencia del pasado; al contrario, el objetivo es modificar el funcionamiento mismo de los archivos, para lo cual es necesario abandonar el horizonte de visibilidad que había caracterizado a los sistemas de clasificación documental del pasado, esto es, dejar de circunscribir el uso y la disposición de las fuentes a los límites planteados por el uso pretérito de las mismas. Ahora bien, esta constatación implica el reconocimiento de un papel activo por parte del historiador: este último ya no se limita a registrar una realidad dada-de-antemano, sino que más bien produce una técnica de archivo que dispone y procesa los materiales en función de un problema, lo cual permite reconocer al mismo tiempo que la clasificación propiamente dicha *produce, tanto como registra*, el significado mismo de los documentos, es decir *lo que en ellos es representable*. Ello es así porque la disposición establecida de los documentos constituye ya siempre y cada vez un acto (re)fundador, en el sentido de que modifica el funcionamiento y los sentidos implícitos de los archivos, haciendo que lo que antes era un material ordenado en ciertas circunstancias, ahora, en virtud de las nuevas operaciones clasificatorias, se convierta en un ‘objeto’ distinto, dispuesto a ser comprendido en el marco de una serie de preguntas establecidas según los intereses y las decisiones del investigador. De ahí el carácter rupturista de la investigación desarrollada por los *Annales*: con ella se pone al descubierto la libre disposición en el uso de los archivos. En palabras de Michel de Certeau: «*La transformation de l’archivistique est le départ et la condition d’une nouvelle histoire. Elle est destinée à jouer le même rôle que la ‘machine’ érudite de XVII et XVIII siècles*» (De Certeau, 2007: 104).

³⁹⁴ En este punto, Langlois y Stein dejan muy claro la naturaleza institucional de las fuentes ‘nacionales’. «*Nous entendons par ‘archives de l’histoire de France’ la collection de tous les documents d’archives relatifs à l’histoire de France, c’est-à-dire les pièces officielles de toute espèce: chartes, comptes, enquêtes, etc., et les correspondances publiques ou privées. Cette définition n’exclut, en somme, qu’une seule catégorie de documents anciens: les oeuvres historiques, scientifiques et littéraires, qui ont leur place, non dans les archives, mais dans les bibliothèques*» (Langlois y Stein, 1891: I).

Con ello el conjunto de fuentes *objetivas* resulta impracticable, pero no por cuestiones que atañen a la naturaleza de las fuentes, sino por la dificultad que conlleva reunir todos los depósitos en un lugar centralizado. He aquí la urgencia inmediata, pero por debajo de esta problemática, por lo demás muy recurrente en toda la bibliografía archivística de la época, se esconden otros presupuestos que merece la pena considerar.

Así es, en la reflexión realizada por los metódicos todo sucede como si existiera un *corpus ideal* de documentos objetivos³⁹⁵, un corpus, por así decirlo, en el que las fuentes se definen de antemano y no existe posibilidad alguna de ampliar su elenco por medio de la libre disposición de los archivos. El resultado, como decíamos, es un corpus *finito* y limitado, en el que buena parte del pasado histórico de Francia se define por lo que expresa la dimensión *consciente* y *cronológica* (evenemencial) de las fuentes contenidas en los archivos oficiales³⁹⁶.

De esa manera, los archivos de la Historia de Francia se agotan en la historia de los archivos oficiales. Los primeros no se conciben al margen de los segundos, y viceversa, lo que plantea un problema muy claro en torno a los límites que configuran la lectura de los documentos. Los metódicos son un claro ejemplo de esto: para ellos el *universo posible* de las fuentes constituyen un dato que existe ‘con independencia’ de los propios historiadores. Estos últimos, dirán, solo pueden limitarse a recolectar metódicamente los documentos, aceptando así el universo finito de los mismos y sometiéndolos después a una crítica documental de contenido, a fin de constituirlos finalmente en *huellas* verídicas de una realidad pasada.

He aquí el límite del pensamiento metódico: su reflexión es solo la prueba más refinada de un criticismo que no concierne más que al establecimiento de la autenticidad documental, y en ningún caso a la invención de fuentes indirectas (Nora, 1997: 880). En ese sentido, se trata de un pensamiento limitado, pues carece de toda reflexión a propósito de la capacidad de los historia-

³⁹⁵“Les membres du ‘*corpus*’ idéal de ces archives (de l’histoire de France) sont répandus dans toute la France et dans toute l’Europe: ‘*Dissecta membra*’. Il y en a naturellement dans tous les dépôts administrés par l’État français: Archives nationales, ministérielles, Archives départementales, communales, hospitalières. Il y en a dans les archives privées des grandes familles, des notaires, des évêchés et de quelques corporations anciennes. On en trouve, hors de chez nous, dans les dépôts publics des pays qui, pendant une période plus ou moins longue de leur histoire, ont fait partie de la France, comme la Flandre belge, le Canada et l’Alsace-Lorraine (...). Il y a donc, dans les archives de la papauté et dans les archives nationales et particulières d’Italie, de Navarre, de Catalogne-Aragon, de Castille, d’Allemagne, d’Angleterre, des Pays-Bas, etc., des fonds où se trouvent en abondance des documents qui intéressent à la fois l’histoire de ces contrées et la nôtre...” (Ibid: I-II).

³⁹⁶ En los metódicos, la dispersión *material* que aqueja a los archivos no borra el carácter finito y limitado de los mismos. “Tout compte fait, ce n’est pas exagérer que d’évaluer à cinq cents le nombre des établissements entre lesquels se répartissent présentement les ‘archives de l’histoire de France’; encore faut-il y ajouter plusieurs grandes bibliothèques de manuscrits, comme la Bibliothèque nationale, le British Museum et l’exbibliothèque de sir Thomas Phillipps, qui ont recueilli et sauvé de la destruction d’anciens documents d’archives, épaves jadis

dores para construir sus fuentes (esto es, para decidir *lo que en ellas es representable*) a partir de sus propios interrogantes (Noiriel, 2014: 11).

En este punto, el pensamiento de Langlois se asemeja a la reflexión historiográfica de la época; de hecho, representa su formulación más refinada, el momento en que la ciencia histórica presenta un mayor grado de codificación interna y empieza a ser objeto de una transmisión pedagógica en la Universidad francesa. Los metódicos son, en ese sentido, la época dorada de la fuente *directa*, lo que significa que sus registros y sus problemáticas historiográficas están plenamente influenciadas por el análisis filológico de las fuentes, aquel que fija su atención y su capacidad crítica en la dimensión consciente y explícita del documento (Nora, 1997: 880).

Prueba de ello es la codificación realizada en la *Introduction aux études historiques*. En ella se describen todas las etapas relacionadas con la crítica documental de las fuentes, pero se ignora por completo la reflexión sobre las fuentes indirectas, con lo cual se ignora también la idea de que las fuentes son en principio *infinitas*. Dependiendo del marco de análisis construido por la comunidad de investigación habrá diferentes formas de interpretación o diferentes regímenes de perceptividad.

La idea que ignora el cientificismo del pensamiento metódico es que *lo que aparece o se deja ver en la fuente*, no es lo que ésta es en sí misma, sino lo que la propia comunidad historiográfica, materializada en distintos procedimientos analíticos, permite que aparezca. Lo que ignora, en definitiva, es que la unidad de análisis es la que produce *efectos de sentido*.

En las páginas siguientes abordaremos el *análisis* y los *límites* de la crítica documental de los metódicos.

3.3.1.2. - *El análisis documental de las fuentes: elementos para una 'teoría del documento' (Libro II)*

Antes de precisar cuáles son las diferentes etapas que integran el análisis crítico Langlois (es él quien redacta estas páginas) realiza una breve disertación sobre las condiciones generales del conocimiento histórico.

volées, pour orner le cabinet des collectionneurs, dans les dépôts, si souvent mis au pillage jusqu'à nos jours, qui en avaient la garde légitime" (Ibíd: II).

Esta parte apenas sobrepasa unos cuantos fóllos, pero resultan de gran interés para entender los fundamentos de la crítica documental de las fuentes. En ellas se condensa buena parte de los elementos que justifican el itinerario de las páginas siguientes del libro. De ahí la insistencia que vamos a poner en las mismas, así como en el comentario crítico que les acompaña.

Comencemos pues por indicar el contenido, conscientes de que lo que aquí se juega es mucho más de lo que una lectura rápida puede suscitar. Vayamos por partes. ¿Qué introduce esta breve disertación teórica?

Lo primero que nos dice es una cosa básica: la ciencia histórica es un conocimiento *indirecto*. Para verlo hay que tener en cuenta las condiciones generales del conocimiento histórico: saber por ejemplo qué límites afectan el desarrollo de la actividad historiográfica o qué procedimientos han de utilizarse para saber algo acerca del pasado.

A este respecto, Langlois señala dos maneras de conocer los hechos: o bien de manera *directa*, esto es, cuando los hechos se observan en el momento en que suceden, o bien de manera *indirecta*, cuando han sucedido y solo es posible alcanzar su conocimiento a través del análisis de sus huellas (Langlois y Seignobos, 1898: 95).

Así pues, un mismo hecho puede atenderse desde ambos puntos de vista. Pongamos por caso el ejemplo que propone Langlois: un terremoto, o bien un volcán o una inundación, si se prefiere. En cualquiera de estos casos, las posibilidades de conocer siguen siendo las mismas. Si un testigo presencia estos sucesos diremos que tiene un conocimiento directo, pero si ese mismo suceso no ha sido presenciado por ninguno de los testigos presentes entonces cabe la posibilidad de entablar un conocimiento indirecto, ya sea por medio del conocimiento de los efectos materiales (grietas, construcciones derrumbadas, marcas de agua que señalan un desborde, etc.) o bien a través de las huellas psicológicas (documentos escritos) que han dejado quienes vivenciaron el suceso o quienes fueron conscientes de sus consecuencias visibles (*Ibidem*).

De aquí se deriva un aspecto importante: el conocimiento histórico es un conocimiento *indirecto*. Los hechos que trata de conocer no se presentan a la percepción directa del historiador, al igual que ocurre con un biólogo o con un químico, sino más bien al contrario: estos últimos se conocen de manera indirecta, lo que significa que solo podemos acceder a ellos a través del análisis de sus huellas en el presente.

En otras palabras, lo ‘histórico’ no radica en una cualidad innata de los hechos sino en el modo específico de conocerlos³⁹⁷. Así pues, algo es un hecho histórico no porque pertenezca a una categoría establecida de antemano (‘los hechos *dignos de ser contados*’³⁹⁸) sino porque ya no es susceptible de observarse directamente y es necesario un análisis de sus huellas. En ese sentido, toda actuación humana es potencialmente histórica, en la medida en que gran parte de los hechos acaecidos han dejado algún tipo de huella de su presencia, ya fuese directamente, en forma de objetos materiales, o bien de manera indirecta, a través de la documentación escrita que redactaron los testigos de los hechos (Seignobos, 1901: 7-8).

Pero de aquí se deriva también otro aspecto importante. En efecto, si la ciencia histórica no tiene un objeto específicamente histórico (todo ‘lo escrito’ en principio puede ser analizable), entonces lo que diferencia su planteamiento respecto al de otras disciplinas es su decisión de analizar los hechos humanos (políticos, religiosos, económicos, etc.) *en relación a su comportamiento en el tiempo*.

Es decir, lo histórico no es una cualidad inscrita en una categoría privilegiada de hechos, lo histórico es un atributo que afecta a todos los hechos humanos por igual, en la medida en que todos ellos, sin excepción alguna, *están sujetos al cambio y la temporalidad*.

De ahí lo particular de la disciplina histórica: su objeto *formal*, a diferencia de otros saberes, no es solo el estudio de las cosas humanas del pasado sino la disposición a reconstruir estas últimas *en función de su estado y de su devenir temporales, esto es, en tanto que ellas se modifican a partir de un futuro abierto e indeterminado* (Massicotte, 1981: 12).

Otra cuestión diferente (lo veremos más adelante) es el modo en que los historiadores metódicos parecen contradecir algunos de los puntos señalados. Así, mientras que por un lado se dice que no existen los hechos históricos por naturaleza, por el otro se acaba admitiendo la existencia

³⁹⁷ En palabras de Langlois: “No hay hechos históricos al modo como hay hechos químicos. Un mismo hecho puede ser histórico o no, según cómo se considere (...). La erupción del Vesubio en tiempos de Plinio es un hecho geológico históricamente conocido. El carácter histórico no reside en los acontecimientos, sino en el modo como nos enfrentamos a ellos” (Langlois y Seignobos, 1898: 95). Y en el mismo sentido Seignobos: “No hay, por tanto, hechos históricos por su naturaleza, no hay hechos históricos más que por posición. Es histórico todo hecho que ya no se puede observar directamente porque ha dejado de existir. No hay carácter histórico inherente a los hechos, no hay histórico más que la manera de conocerlos” (Seignobos, 1901: 7).

³⁹⁸ El propio Seignobos rechaza en principio (más tarde dudaremos de ello) una delimitación esencialista del carácter histórico de los hechos. “En el uso vulgar, la palabra ‘histórico’ se toma todavía en el sentido antiguo: digno de ser contado. Se dice en este sentido una ‘jornada histórica’, una ‘frase histórica’. Pero esta noción de la Historia se ha abandonado; cualquier incidente pasado forma parte de ella, tanto el traje que usaba un aldeano del siglo XVIII como la toma de la Bastilla, y los motivos que hacen aparecer un hecho digno de mención son variables hasta el infinito” (Ibíd: 6).

de un *elemento propiamente histórico*³⁹⁹, como si con ello se tratase de satisfacer las exigencias de un campo de problematicidad particular, el único además que permitiría, según los metódicos, dar cuenta del cambio en el pasado y preservar la primacía de la disciplina histórica (en tanto que ciencia que analiza los hechos diacrónicos) en el concierto de las ciencias humanas. El problema, como dice J. Aróstegui (1995: 199), es que esta objetivación solo se identifica con un acontecimiento *visible*, por lo general provocado por una voluntad consciente, y más en concreto por la voluntad política e institucional.

Pues bien, dicho esto conviene proseguir con el desarrollo del libro; por el momento, solo hemos señalado un aspecto de la cuestión: la idea de que la ciencia histórica es un conocimiento indirecto; lo que resta, sin embargo, es la presentación de aquellas claves que permitan comprender la teoría del documento (o huella) propuesta por Langlois y Seignobos.

Para ello es preciso formular la pregunta que subyace a la explicación siguiente: ¿cómo es posible el conocimiento del pasado? ¿Existe algo en el documento que nos permita establecer una relación directa con el pasado, tal y como sucede con las huellas materiales? Y si es así, ¿cómo? ¿A través de qué operaciones?

Para responder a estas preguntas lo primero que hay que hacer es señalar un aspecto clave en la exposición: el documento no es el hecho histórico. El documento es solo un punto de partida, nunca el acontecimiento mismo. Es un soporte en el que han quedado grabadas todas las impresiones que ha suscitado el acontecimiento en el *ánimo* del testigo⁴⁰⁰. La cuestión, entonces, consiste en saber si esas huellas psicológicas pueden expresar algo más que la realidad subjetiva de la persona que las escribió. Es decir, la cuestión es si ellas son indicios fehacientes para el acceso al conocimiento objetivo de los hechos exteriores.

³⁹⁹ “El esquema de los hábitos de pensamiento, de vida y de conducta de los hombres es evidentemente una parte fundamental de la historia. Y sin embargo, aunque reuniésemos todos los actos de todos los individuos para extraer de ellos cuanto tienen en común, quedaría un residuo del que no podemos prescindir, puesto que se trata del elemento propiamente histórico. (...) En un cuadro general que se redujera a los acontecimientos generales de la vida política, no habría lugar para la victoria de Farsalia o la toma de la Bastilla, hechos accidentales y pasajeros, pero sin los cuales la historia de las instituciones romanas o francesas sería imposible de comprender” (Langlois y Seignobos, 1898: 236).

⁴⁰⁰ En palabras de Langlois: “La huella psicológica es meramente simbólica: no es el acontecimiento mismo, ni siquiera su huella inmediata en el espíritu de quien lo presenció; no es más que un signo convencional del efecto que el acontecimiento produjo en el ánimo del testigo. Por consiguiente, y a diferencia de los documentos materiales, los documentos escritos carecen de valor intrínseco; valen solo en cuanto reflejan procesos psíquicos complejos y difíciles de desentrañar” (Ibíd: 97). Y Seignobos lo precisa más: “Directamente, los documentos no dan a conocer más que el pensamiento del que los escribió, no son más que la huella de hechos psicológicos, pero pueden proporcionar un medio indirecto de alcanzar hechos exteriores” (Seignobos, 1901: 20).

La respuesta, como es lógico, resulta afirmativa, toda vez que sometamos el documento escrito a un proceso articulado de mediación racional, según el cual el contenido explícito del documento es cotejado con el análisis de las *causas intermedias* que dieron lugar al documento.

En otras palabras, para ver si el documento nos permite conocer algo del acontecimiento referido, es preciso reconstruir mediante argumentos razonados el conjunto de actos que llevó a cabo *el autor del documento*, desde que presenció el suceso hasta que redactó el manuscrito (Langlois y Seignobos, 1898: 97). Tarea ésta, como es sabido, que solo puede acometerse en sentido inverso, analizando primero los aspectos materiales del texto (cuestiones epigráficas, diplomáticas, heráldicas, etc.) y cotejando después su contenido con otras informaciones de la época, a fin de conocer si las informaciones del autor resultan sinceras o estuvieron limitadas por otros factores de su época⁴⁰¹.

Solo si emprendemos esta labor crítica podremos estar en condiciones de determinar la *veracidad* de un documento. No importa entonces que no exista una observación directa de los fenómenos, lo importante es razonar de manera crítica sobre todo aquello a lo que sí tenemos un acceso directo, que son, efectivamente, los documentos; solo así, como decíamos, la contemplación espontánea de los mismos se convierte en un acto de la *especie* de las operaciones científicas, es decir se transforma en una observación seria y protocolizada, *susceptible de proporcionar más información que aquella que manifiesta expresamente el autor del texto*⁴⁰².

El problema es que este plus de información, por así decirlo, *está referido a la dimensión consciente y subjetiva de las huellas psicológicas inscritas en el documento*. Es decir, se admite por un lado la materialidad del texto, lo que significa que se acepta la idea de que el texto es capaz de proporcionar más información que la que expresa el contenido del autor, pero por otro, como quien no quiere la cosa, *se limita el potencial de información disponible a los esquemas planteados por la problemática del sujeto*, es decir dando a entender que la única función de la

⁴⁰¹ También en el mismo sentido Seignobos: “¿Qué relación puede tener un escrito con hechos sociales? Para comprender esta relación, que es siempre indirecta y lejana, hay que analizar las condiciones en que un documento viene al mundo, y reconstituir la serie de las operaciones necesarias para producirlo. Entonces solamente se podrá saber si es posible a través de todas estas operaciones encontrar entre el documento y el hecho la relación que únicamente permitirá llegar al conocimiento del hecho” (Seignobos, 1901: 21).

⁴⁰² “Pero, en todos los casos en que se quiere conocer un hecho exterior, no cabe atenerse a una creencia. Lo que se busca, es la realidad exterior. El autor puede haberse equivocado, por ejemplo acerca de su edad o en el número de habitaciones de su casa. Ahora bien, su opinión no tiene valor sino en tanto procede de un conocimiento exacto de los hechos reales, y el conocimiento no es exacto si no procede de una observación exacta, ya hecha por el autor mismo, ya repetida conforme a otro observador (...) Entonces, finalmente, el documento se encuentra unido, por toda una serie de intermediarios, a un acto de la especie de las operaciones científicas, a una ‘observación’. El valor de un documento depende exactamente del grado en que tenga por origen una observación bien hecha. (Seignobos, 1901: 23).

crítica consiste en mostrar primero la subjetividad que anida en el texto para determinar después si el contenido expresado por ella resulta veraz o fidedigno⁴⁰³.

En ese sentido, la crítica se limita al ámbito de la autenticidad de las fuentes, lo que significa que su análisis del documento está totalmente determinado por una concepción hermenéutica y subjetiva del mismo, es decir como si el documento fuese la expresión de un testimonio *intencional* donde se contemplan los hechos y los móviles de los agentes. (Vázquez, 1989: 90).

Con ello se acepta si no el punto de vista de quien redacta el documento al menos sí su horizonte (cronológico) de narración histórica, así como el conjunto de problemas básicos que subyacen a (la lectura de) la dimensión consciente y subjetiva de los agentes, tales como la cuestión del tiempo *corto* o la idea de que la clave de los asuntos humanos reside en la dimensión consciente e individual (las intenciones, los móviles ideales, etc.) de los sujetos, especialmente si estos últimos están dotados de una mayor cobertura de acción social (reyes, Papas, líderes políticos, presidentes, etc.)⁴⁰⁴.

Ahora bien, esto es así en lo que respecta a la crítica documental del siglo XIX. Sin embargo, en las elaboraciones posteriores (*Annales*, sociología durkheimiana, etc.) la disposición metodológica cambia totalmente de tercio, al punto de adquirir en determinadas ocasiones la fisonomía de una composición interna lo suficientemente diferente como para establecer un nexo de continuidad con la historiografía del siglo XIX. Con todo este cambio se percibe en los objetos y en el campo metodológico, pero también *en la manera en que las Ciencias Sociales reflexionan y trabajan el documento*.

Este último, por decirlo con brevedad, deja de identificarse con una huella o un testimonio del pasado, y en su lugar, se convierte en un material cuya complejidad es preciso trabajar, pero no con el cometido de restituir la *verdad* que hay en él. Es decir, el objetivo no es interpretar el contenido y los procesos mentales que han guiado al autor del documento, sino tratar de reconstituir

⁴⁰³ En Droysen la presencia del elemento *subjetivo* desempeña un factor importante en la crítica documental de las fuentes. Para él, la Historia es un conocimiento indirecto, basado en el análisis de las fuentes. Ahora bien, en relación a estas fuentes, el historiador asume una perspectiva de análisis definida: su objetivo es considerar los materiales del pasado como si fuesen una expresión subjetiva, algo que atestigua un acto de voluntad individual. En ese sentido, la función de la crítica histórica consiste en determinar hasta qué punto estos documentos son auténticos y pueden retrotraerse a actos de voluntad. “*La tarea de la crítica histórica puede consistir únicamente en determinar en qué relación este material histórico se encuentra con los actos de voluntad*” (Droysen, 1983: 122).

⁴⁰⁴ A este respecto merece la pena reproducir estas palabras de E. Lavissee sobre las fuentes de la historia política europea. “*Cette politique s’est déroulée dans un temps rapproché du nôtre. Elle est éclairée par la pleine lumière de l’histoire. Nous en connaissons les acteurs intimement par des informations qu’ils nous ont données sur eux-mêmes ou que d’autres ont écrites pour nous. Presque tous ces personnages ont du charme, et quelques-uns sont grands. Les documents ne sont pas seulement aisés à lire: beaucoup sont des monuments de notre littérature*” (Lavissee, 1890b: 180).

las regularidades que lo intervienen, para lo cual es preciso concebir el documento como algo más que la mera expresión de un testimonio subjetivo; en el fondo, por detrás o por mediación del contenido del texto se advierte una dimensión inconsciente y objetiva, un material, por así decirlo, en el que se inscriben usos, gestos y códigos de naturaleza colectiva, y con respecto a los cuales no siempre fueron conscientes sus autores (Vázquez, 1989: 91).

De ahí las posibilidades que brindan las Ciencias Sociales: con ellas la perspectiva del historiador cambia totalmente de plano, al igual que lo hacen sus fuentes y la decisión *de lo que en ellas es representable*.

Ahora bien, cuando decimos que ‘cambian las fuentes’ hemos de entender esta expresión en un doble sentido: por un lado, como una ampliación documental propiamente dicha y por el otro, como una tematización novedosa de las viejas fuentes.

En el primer caso, la referencia es bastante clara: se trata de una ampliación en sentido estricto, según la cual un número creciente de realidades objetivas entran a formar parte del ámbito de fuentes de investigación histórica, tratándose en la mayor parte de los casos de fuentes que fueron producidas sin voluntad de informar a las generaciones futuras. Dentro de este elenco, ya de por sí ilimitado, se encuentran todos los objetos, naturales o artificiales, que son susceptibles de proporcionar una información acerca de las condiciones de vida en el pasado. El ejemplo paradigmático lo encontramos en la Historia practicada por *Annales*: en ella se pone de manifiesto cómo la utilización de objetos aparentemente utilitarios se convierten en sugerentes documentos históricos, al proporcionar un elenco de informaciones acerca de las condiciones ideológicas y culturales de los grupos humanos. Así, cosas tan dispares como los cuentas de una empresa, los monumentos funerarios, las actas bautismales, los testamentos, la propagación de relojes en los lugares de trabajo o el surgimiento de manuales de aritmética comercial, ponen de manifiesto, si los tomamos *serialmente*, cambios que afectan a las creencias o a las maneras de pensar y de sentir compartidas.

Y en el segundo caso, aunque en estrecha relación con lo anterior, las ‘fuentes cambian’ porque su análisis sociológico permite extraer otra información a la que percibe el análisis filológico de las fuentes, incluso cuando esto último se realiza con las mismas fuentes que se han utilizado en épocas precedentes⁴⁰⁵.

⁴⁰⁵ Más información en Pomian (1999: 345-404), Furet (en Le Goff y Nora, 1985), Foucault (2007: 9-30), Dosse (1988: 73), Vovelle (en Le Goff, 2006: 88-90).

Semejante posibilidad constituye ya en sí misma un hecho revolucionario, en la medida en que plantea una problematización analítica de aquello mismo que ha pasado desapercibido, al aceptar de una manera incuestionable los límites que había planteado la crítica filológica de las fuentes, según la cual solo la dimensión consciente y subjetiva del documento era susceptible de representarse, permaneciendo el resto de informaciones posibles (epigráficas, heráldicas, diplomáticas) a expensas de la verificación del testimonio subjetivo.

Pues bien, la irrupción de las Ciencias Sociales rompe con esta forma de interpretar el documento: tanto más porque, en última instancia, ahora, la tarea analítica del investigador no consiste en corroborar la verdad que anida en el documento, sino en tratar de utilizar este material en un sentido cuantitativo, para lo cual es preciso que los códigos y las informaciones involuntarias de los documentos puedan considerarse como *ítems*, esto es, como unidades significativas por medio de las cuales el historiador construye sus propios objetos de investigación, los cuales, dicho sea de paso, son accesibles si prescindimos totalmente de las analogías proporcionadas por la psicología del sentido común (Vázquez: 1989: 90).

La Historia, en su forma tradicional, se proponía definir las relaciones entre hechos o acontecimientos fechados: para ello se partía de un suceso o un conjunto de sucesos y se trataba de precisar la relación (de causalidad, de antagonismo) de cada elemento de la serie (Foucault, 2010: 17). El documento aparecía entonces como un testimonio intencional, un lugar donde se ponen al descubierto los hechos y las intenciones que motivan a los autores.

En adelante el documento se inserta en otra *problematización* teórica. El objetivo no consiste en construir relaciones (de causalidad) basadas en las ideas que los agentes históricos hacen de su experiencia de la acción social sino en someter estas últimas a un conjunto de procedimientos por medio de los cuales se infiere otras realidades (regularidades, rupturas) que atañen a las condiciones de producción y recepción de la psicología de los agentes.

Sin embargo, este trabajo exige otro enfoque del documento. No solo un cambio o una ampliación de las fuentes que utiliza el historiador, sino también un cambio en la lógica de su reparto, lo que significa que la unidad formal del documento, aquello *que aparece* o *se deja ver* en el objeto, no es lo que la dimensión consciente y subjetiva expresa sino lo que la propia teoría permite que aparezca.

En el caso de la historia social el documento se constituye para dar testimonio de la *duración*; de ahí la relevancia de las técnicas de objetivación serializada: con ellas solo se consideran ciertos aspectos del documento para indexarlos como marcadores de un tipo de información. Una

información además que vendría a funcionar como un conjunto de *índices* a partir de los cuales la hipótesis científica construye objetos *abstractos* de investigación, es decir objetos (regularidades sociales) a los que no es posible acceder (en ocasiones permanecen ocultos) si partimos de la percepción y las analogías propias de la psicología de los agentes.

En efecto, su objeto de investigación no son los acontecimientos individuales, sino la repetición regular de datos (fuentes seriadas) contruidos en función de una hipótesis de investigación específica (es decir, las series). Así, una vez contruidos estos objetos el cometido pasa por establecer la correlación entre distintos tipos de series, a fin de observar si la conexión que se produce entre ambas es una relación de regularidad o bien de ruptura.

De ese modo, la práctica del historiador renuncia al estrecho marco de investigación que había caracterizado sus estudios en el siglo XIX, accediendo así a un tipo de Historia en la que el historiador *compara* procesos paralelos gracias a las operaciones de formalización interna que la práctica metodológica realiza de los documentos *en el seno de una serie*.

Dicho de otro modo, al optar por la serie y la dimensión cuantitativa la investigación histórica requiere la *invención* de un conjunto de fuentes seriadas⁴⁰⁶, pero también la utilización de indicadores analíticos (p. ej. ingresos, precios, niveles de fortuna, distribuciones profesionales) por medio de los cuales se puede acceder a un conjunto de propiedades y seguir sus variaciones en el tiempo (Revel, 1996: 17).

En consecuencia, el cambio producido en el documento es evidente. Este último ya no se contempla por sí mismo, sino en relación a la serie que le precede y le sigue; ahora es su valor *relativo* lo que deviene un aspecto objetivable: lo importante no es su relación con una hipotética sustancia ‘real’, sino saber si la lógica que ordena el documento permite extraer un contenido expresable en términos numéricos (Furet, 1985: 60).

Sirva pues este excuso para reflejar las limitaciones que atañen a la crítica documental de Langlois y Seignobos. En realidad, la reflexión del libro apenas constituye una novedad en materia de análisis documental; es más, sus reflexiones, por así decirlo, no hacen más que reproducir

⁴⁰⁶ La fuente seriada es “una fuente, material o cultural, que está compuesta de muchas unidades o elementos homogéneos, susceptibles de ser ordenados, numéricamente o no” (Aróstegui, 1995: 347). Ahora bien, dentro de esta categoría existe una variedad *ilimitada* de fuentes, algunas de las cuales presentan una fisonomía serializada de antemano (p. ej. listas de precios, salarios, actas bautismales, cuentas de una empresa, etc.), otras por el contrario requieren una intervención analítica (y creativa, por supuesto) por parte del historiador, al formalizar este su contenido y recortar en él aquella información susceptible de ser expresada numéricamente. En estos casos las conceptualizaciones son más dificultosas, requiriéndose unidades de medidas y definiciones inequívocas de las variables. Sea como fuere, una cosa es clara: la seriación guarda un vínculo estrecho con la cantidad. Pero lo importante no es el

la lógica y el funcionamiento discursivo que subyacen a las enseñanzas transmitidas en las universidades alemanas (los seminarios históricos y filológicos) desde comienzos del siglo XIX.

Si algo caracteriza entonces el libro es precisamente su capacidad de codificar, de modo pedagógicamente aceptable, las formas de instrumentación que definen la disciplina histórica en el siglo XIX. Ahora bien, el problema no es la falta de rigurosidad expositiva, el problema es que al limitar el análisis al ámbito consciente y subjetivo del documento la crítica plantea un acceso restringido al campo de la reconstrucción del pasado, al reducir todo cuanto es historiable a la esfera de la percepción humana, es decir a los sucesos que tienen lugar en el orden cronológico y son registrados por medio de textos o fuentes documentales, dando por sentado que la clave de los sucesos humanos están en las ideas y los motivos de los agentes.

Pero vayamos a la crítica propiamente dicha. ¿Qué dicen a este respecto Langlois y Seignobos? ¿Cómo se codifica la reconstrucción crítica de los textos? ¿Cuáles son sus formas de instrumentación? ¿De cuántas etapas se compone?

Para responder a estas cuestiones los metódicos dividen el análisis en dos etapas o dos momentos diferenciados: la crítica externa de las fuentes (1) y la crítica interna de los fuentes. (2). En ambos casos, se trata de objetivar el punto de vista del autor: en un caso centrándose en el contenido del texto y en el otro en sus aspectos materiales.

A continuación, realizaremos una breve presentación de las críticas, conscientes de que las etapas señaladas emulan los protocolos de descripción científica establecidos en las ciencias experimentales.

1/ Comencemos por la crítica *externa* (o erudita) de las fuentes. ¿Qué dice esta crítica? ¿Cuáles son las razones a las que responde su aparición?

Una respuesta rápida sería la siguiente: la crítica externa de las fuentes es aquella que extrae información por medio del análisis de los aspectos materiales (tipografía del texto, composición formal del mismo, análisis paleográfico, etc.) del documento. Aquí no se trata pues de saber qué dice el texto o qué quiso expresar el autor; lo importante es corroborar ante todo *si el documento es de donde dice ser que es*, para lo cual es absolutamente necesario someter su contenido al examen de los aspectos materiales del texto, a fin de que esta operación analítica permita determinar *la concordancia entre el contenido declarado del texto y su procedencia real*.

número considerado en sí mismo, sino la repetición y la recurrencia de cierto tipo de constantes a las que solo se accede a través de una preparación cuantitativa de los materiales. Más información en Aróstegui (1995: 381 y ss).

Son típicas de este momento analítico todo este tipo de cuestiones: ¿quién es el autor del documento? ¿Cuál es su procedencia verdadera? ¿Se conserva en un estado original o es una copia? Y si es así, ¿qué tipo de copia? ¿Una copia directa del original o una copia de copias?

Tales cuestiones ofrecen un primer marco de precaución para el tratamiento ‘científico’ de los textos. Antes de utilizar un documento, hemos de averiguar si se trata de un texto ‘bueno’, es decir, tan conforme como resulte posible al manuscrito original del autor (Langlois y Seignobos, 1898: 102). En caso de no ser así el historiador correrá el riesgo de proceder de manera sesgada; podrá realizar interpretaciones, es cierto, pero no podrá estar seguro de la validez de las mismas porque no han sido edificadas sobre la base de las condiciones ‘científicas’ de observación. El historiador debe proceder entonces a depurar el texto. Solo si el historiador impone esta cautela serán fiables las operaciones realizadas posteriormente. Más allá de esto no hay observación historiográfica legítima; lo que hay son solo textos, pero textos que pueden ser copias defectuosas o transcripciones repletas de intereses ajenos al autor original.

Por eso lo primero que merece la pena realizar es un análisis de la copia que ha llegado hasta el presente. He aquí el cometido de la *crítica de restitución*.

A/ La crítica de restitución:

En la Modernidad la condición material de los textos es excelente. Ello es así debido a la cercanía en el tiempo y a las condiciones que ha generado la burocracia y la imprenta como mecanismos básicos de reproducción documental. Esta situación, entre otras cosas, ha hecho posible que los textos se presenten, en cuanto documentos, en excelentes condiciones materiales. Quienquiera que sea su autor, y cualesquiera que hayan sido sus intenciones, es seguro que nos hallamos ante una reproducción exacta del texto original (*Ibíd*: 101).

Ahora bien, esta situación es diferente cuando el historiador se enfrenta a textos medievales o a documentos que proceden de la Antigüedad. En estos casos, que no fueron pocos, sucede que los textos aparecen en un estado problemático o deprobable; a menudo, los originales se han perdido y solo se dispone de copias o de materiales que son copias de otras copias⁴⁰⁷.

⁴⁰⁷ En palabras de Langlois: “¿En qué condiciones se han conservado los documentos antiguos? Los originales se han perdido casi siempre; solo disponemos de copias. ¿Copias directas de los originales? En absoluto, sino copias de copias. Los amanuenses que las escribieron no siempre fueron, ni mucho menos, personas preparadas y meticulosas; a menudo transcribían textos que entendían a medias o no entendían en absoluto (...). Si los libros de hoy en día, tras las sucesivas revisiones del autor y del impresor, son copias imperfectas, cabe presumir que los documentos antiguos, copiados y vueltos a copiar durante siglos con descuido y a riesgo de nuevas alteraciones en cada ocasión, han llegado hasta nosotros plagados de errores” (Langlois y Seignobos, 1898: 102).

El objetivo de la crítica de restitución es tratar de averiguar si estamos ante una ‘buena’ reproducción (conforme lo máximo posible al manuscrito del autor) o ante una ‘mala’ (conforme lo máximo posible a lo que dijeron los copistas). Para ello moviliza todo un conjunto de recursos edificados sobre la base de la experiencia acumulada por varias generaciones de eruditos (*Ibíd*: 103).

El propósito es edificar una crítica y convertir estos recursos ‘auxiliares’ en un objeto de transmisión pedagógica para el estudiante de Historia. Ahora bien, ¿cómo se realiza la restitución? ¿Existe una teoría general aplicable a todos los textos?

La respuesta es negativa; de hecho, la restitución es un conocimiento que no plantea formas universales de racionalidad. Uno aprende a restituir textos latinos o textos griegos, pero no cualquier tipo de texto *en general*. La restitución está totalmente determinada por la naturaleza del texto al cual se aplica. Lo que nos indica que solo hay restitución para los casos particulares, siendo imposible extrapolar las consecuencias de un texto (p. ej. un texto latino, con su propia evolución, sus propias ‘leyes’ de degeneración, sus problemas y sus errores) a las dificultades que caracterizan a otro.

Ahora bien, sea cual sea el texto utilizado por el historiador, la restitución exige al menos las siguientes competencias profesionales: 1º una noción general sobre el modo en que degeneran los textos; 2º un conocimiento profundo de la lengua del texto (latín, griego, francés, etc.), 3º así como de las variaciones semánticas que ha sufrido a lo largo de su historia; 4º y por último, el reconocimiento de los errores habituales, de tipo paleográfico, en los copistas de textos redactados en una misma lengua y escritos de una misma forma (*Ibíd*: 106).

Con todo, Langlois reconoce la particularidad de este conjunto de problemáticas, donde cada lengua tiene sus propios problemas y su lógica específica de deducción paleográfica. Por eso en lugar de detenerse en explicar los casos, Langlois se contenta con presentar simplemente la problemática, a fin de integrar este conjunto de cuestiones en el marco de una teoría unificada (un *método*, en el lenguaje de la época) del tratamiento de los documentos.

En ese sentido Langlois nos remite a un listado de obras versadas en el tema⁴⁰⁸, así como a la

⁴⁰⁸ El propio Langlois señala en este punto, a modo pedagógico, el siguiente listado de obras que tratan sobre los errores y las variantes semánticas más conocidas en cada una de las lenguas. “*Los principales son, para las dos lenguas clásicas (...) los ‘Adversaria Critica’ de Madvig (Copenhague, 1781-74, 3 vol. in-8). Para el griego, el célebre ‘Commentatio paleographica’ de Fr. J. Bast, publicado como apéndice a la edición del gramático Gregorio de Corintio (Leipzig, 1811) y las ‘Variea lectiones’ de Cobert (Leyden, 1873). Para el latín: H. Hagen, Gradus at criticen (Leipzig, 1879), y W. m. Lindsay, An introduction to latin textual enmendations based on the text of Plautus (Londres, 1896) (...)*” (*Ibíd*: 106).

presentación de un ejemplo clásico en materia de reconstrucción paleográfica. En concreto, se refiere a la corrección de Madvig al texto de las *Epístolas* de Séneca (89, 4), en el cual se ilustra perfectamente bien cómo el razonamiento (el arte de la *enmendatio*) de la crítica erudita podía salvar las aporías en las que habían incurrido los copistas medievales de los textos latinos⁴⁰⁹.

En otras palabras, solo un análisis basado en el conocimiento de las variaciones filológicas aseguraba una correcta restitución de los textos. El resultado, evidentemente, nunca podía ser el texto original de la época, pero sí una versión próxima de la misma, es decir la que más similitudes podía tener con el vocabulario y la sintaxis de la época del documento.

A este respecto, Langlois reconoce la importancia adquirida por esta competencia en el momento en el que habla. Es más, él mismo es consciente de que, en el estado de la ciencia histórica en 1898, la crítica de restitución es un requisito fundamental para el desarrollo del progreso historiográfico. Es cierto que se habían publicado numerosos trabajos de compilación y edición crítica de las fuentes, pero dada la enorme cantidad de textos por examinar, la crítica de restitución constituía un requisito indiscutible para el historiador, máxime cuando se trataba de historiadores centrados en el análisis de la época antigua o el pasado medieval⁴¹⁰.

Lo que no imaginaba Langlois era el desarrollo de la investigación histórica en materia de fuentes *indirectas*. En ese punto, las ideas del historiador metódico desprenden un cierto olor a añejo, lo cual no indica que fuesen falsas, pero sí ciertamente limitadas, por todas las razones anteriormente sugeridas.

B/ La crítica de procedencia:

⁴⁰⁹ Merece la pena, por su carácter didáctico, reproducir aquí el comentario de Langlois al ejemplo de Madvig. “(...) la clásica corrección de Madvig al texto de las ‘*Epístolas*’ de Séneca (89, 4). Se leía: ‘*Philosophia unde dicta sit, apparet; ipso enim nomine fatetur. Quidam et sapientiam ita quidam finierunt, ut dicerent divinorum et humanorum sapientiam...*’, lo que no tiene sentido. Se suponía que había una laguna entre ‘ita’ y ‘quidam’. Madvig imaginó el texto en mayúsculas del original desaparecido en el que, conforme a la práctica habitual anterior al siglo VIII, las palabras aparecían esceitas sin espacios en blanco entre ellas (*scriptio continua*) ni signos de puntuación, y se preguntó si el copista no habría separado las palabras al azar al examinar el texto en mayúsculas, tras lo que leyó sin dificultad ‘*ipso enim nomine fatetur quid amet. Sapientiam ita quidam finierunt...., etc.,*’ (...)” (*Ibíd*: 107).

⁴¹⁰ Sirva esta cita para ver cómo Langlois es consciente de la necesidad de la división interna del trabajo histórico. Así, antes de la síntesis, verdadera culminación de la investigación histórica, la disciplina ha de contar con ‘buenos’ textos, a fin de realizar buenas ‘observaciones’ científicas: “En el estado actual de la ciencia, pocas tareas más útiles que publicar textos nuevos o depurar los ya conocidos. Publicar conforme a las normas de la crítica documentos inéditos o que circulan mal editados es prestar un servicio esencial a los estudios históricos. Innumerales sociedades científicas consagran a esta tarea capital la mayor parte de su actividad y de sus recursos. Pero dada la inmensa cantidad de textos por examinar y el cuidado minucioso que requiere su análisis textual, las tareas

Una vez realizada la restitución del texto (cuando carezcamos del original) el desarrollo de la crítica impone un análisis de procedencia. En verdad, esta parte no es diferente de la restitución del texto. El objetivo sigue siendo el mismo: dar con rasgos que puedan resultar útiles para identificar al autor, su procedencia y su época (*Ibíd*: 117).

Para ello Langlois divide la crítica de procedencia en dos momentos fundamentales: el análisis interno del documento y la comparación con otros textos de la época. En el primer caso, el objetivo apenas se distingue de lo dicho con antelación. En el fondo, subyace la misma idea que regula la crítica de restitución de las fuentes, según la cual el objetivo no es analizar el contenido del texto sino *la disposición formal de su contenido*, consciente de que sus caracteres comunes (grafías, formulismos, escudos, sellos, etc.) proporcionan importantes informaciones acerca del origen *real* del texto.

Existen muchas formas de realizar este análisis, pero todas ellas remiten a un espacio de razonamiento basado en las modalidades de prueba que caracterizan a la diplomática y a las ciencias auxiliares. El método es sobradamente conocido, pero quizá no lo es tanto su dependencia respecto al marco planteado por la Filología. Es ella quien suministra los componentes básicos que hacen posible la crítica documental de las fuentes.

Ahora, la lengua se contempla como una realidad dotada de historicidad propia. No solo denota o representa cosas sino que también contempla una organización gramatical que regula el funcionamiento y la variación de las palabras en el transcurso del tiempo.

En ese sentido la irrupción de la Filología constituye un acontecimiento singular en el estudio del lenguaje: con ella la lengua es percibida *como una totalidad orgánica*, en la cual los elementos individuales (palabras, verbos, sílabas, desinencias, sonidos, etc.) se regulan por reglas y obedecen a ciertas leyes en sus variaciones (Vázquez, 1989: 61). Dicho de otro modo, en cada parte de la lengua (palabra, verbo, sílabas, etc.) interviene la totalidad de la organización gramatical, lo que significa que un acto expresivo contiene ya en estado virtual las propiedades que rigen la totalidad de la lengua.

En ese sentido la erudición plantea un concepto nuevo de ‘autenticidad’: esta última ya no radica en la persona moral del autor sino en el hecho mismo de que la referencia documental cumpla los requisitos factibles de la lengua en una época dada (*Ibíd*: 64). De ahí la relevancia del razonamiento filológico: con él la autenticidad deja de situarse del lado de la autoridad jerárqui-

avanzan con lentitud. Pasará mucho tiempo antes de que todos los textos de interés para la historia medieval y moderna hayan sido editados o reeditados ‘secundum artem’ (...)” (*Ibíd*: 112-113).

ca, y en su lugar, se plantea un modelo centrado en la autoridad del colectivo de consentimiento, para el cual la prioridad absoluta de la crítica consiste en corroborar el análisis *desde la multiplicidad y la convergencia concomitante de los testimonios plurales* (Barret-Kriegel, 1988b: 162).

Ahora el documento se contempla como un objeto con tiempo, se trata de un vestigio orientado y temporizado, cuyas expresiones y elementos formales (grafía, fórmulas, sellos, etc.) se convierten en objetos de un saber posible, al entender que la lengua, como totalidad orgánica, determina, para cada época, el campo de posibilidades lingüísticas (Vázquez, 1989: 64).

Pues bien, en relación a este tema caben distintas maneras de comprender el análisis del aspecto formal del documento. Langlois sugiere solamente dos, dando por hecho que tales acercamientos no agotan en ningún caso la multiplicidad de formas de realizar el análisis.

En primer lugar, cita el conocimiento del lenguaje, suponiendo que ciertos giros, ciertas expresiones lingüísticas constituyen indicios importantes para descubrir la procedencia exacta del documento, al ser empleadas en algunas épocas y en lugares concretos. De ahí que ciertos falsificadores queden tan fácilmente en evidencia: al ignorar el estado de la lengua (sus variaciones dialectales, sus usos según el estamento social, etc.) en una época determinada los falsificadores corren el riesgo de introducir involuntariamente términos y giros modernos en sus versiones (Langlois y Seignobos, 1898: 117).

En segundo lugar, Langlois sugiere el análisis de los formulismos. Todo documento, y más si se trata de un documento que procede de una institución oficial, está redactado a partir de un conjunto de fórmulas y de convenciones formales.

Dependiendo de cuál sea la institución, el texto presenta un tipo de sello o una forma concreta de disponer el texto. Por eso el conocimiento de tales caracteres proporciona importantes pistas para la procedencia real de un documento concreto.

A estas destrezas podríamos añadir otros procedimientos analíticos, como por ejemplo el análisis de las técnicas del texto, es decir el conocimiento de los elementos materiales (papel, piedra, papiro, etc.) con los cuales se ha construido el documento en cuestión, así como la tipografía utilizada. Todo ello, desde luego, con la intención de preguntarse si tales elementos eran utilizados o no en los materiales o las ediciones de la época.

Ahora bien, el resultado del análisis interno no basta para finalizar la parte dedicada a la crítica erudita. Junto a ello es preciso completar el análisis con la presencia de informaciones similares en otros documentos de la época o más recientes. El hecho de no encontrar nada, algo que

pudiera coincidir con la información declarada en el propio documento, es ya un indicio importante para dudar de la procedencia declarada del texto. Lo más probable, como dice Langlois, es que se trate de un fraude documental, al carecer de la corroboración necesaria que proporciona el testimonio *plural* de la época, es decir el hecho de que existan otros textos (coetáneos o inmediatamente posteriores) que puedan referir las mismas informaciones que contiene el documento analizado⁴¹¹.

C/ La crítica de clasificación:

La crítica de clasificación, como su propio nombre indica, es una actividad centrada en ordenar los textos verificados ya por la crítica de restitución y de procedencia. Al igual que las operaciones anteriores, aquí se trata de una actividad preparatoria, cuyo objetivo básico es proporcionar las técnicas con las cuales el historiador gestiona la información del documento.

Langlois no es muy extenso en este tema. Simplemente aconseja el uso de fichas y se limita a proponer varios criterios clasificatorios. Respecto al primer punto, no señala mucho, salvo concluir que la utilización sistemática de fichas proporciona ventajas importantes para el trabajo del historiador. Las fichas son cómodas y manejables, y además, su movilidad permite ordenarlas en función de combinaciones diferentes⁴¹².

En lo que se refiere a la clasificación, Langlois tampoco se decanta por un sistema concreto. Simplemente se limita a señalar los principales criterios clasificatorios de su época. Y en concreto, enumera cuatro: por tiempo, por lugar, por tipo o por forma⁴¹³.

Ahora bien, con independencia del criterio elegido, Langlois admite que los documentos presentan múltiples inconveniencias. En ocasiones, dice, sucede que los documentos restituidos carecen de fecha cronológica, con lo cual el sistema de clasificación realizado (por tiempo, lugar, tipo o forma) debe ordenar sus propios documentos prescindiendo del orden cronológico. Para

⁴¹¹ En palabras de Langlois: “*Completaremos los resultados del análisis interno anotando todas las ‘informaciones externas’ relativas al documento en cuestión y que podemos hallar repartidas en documentos de la misma época o más recientes: citas, detalles biográficos sobre el autor, etc. A veces es significativo que no exista información alguna de este tipo: el hecho de que un pretendido diploma merovingio no haya sido citado por nadie hasta el siglo XVII, y que tan solo un erudito del XVII responsable de algunos fraudes haya llamado la atención sobre él, induce a pensar que es moderno*” (Ibíd: 118).

⁴¹² “*Todo el mundo está de acuerdo hoy en que conviene anotar los documentos en fichas. Cada texto, con sus datos de procedencia, se registra con la mayor exactitud posible en una ficha que puede archivar donde se quiera. Las ventajas de este sistema son evidentes: la movilidad de las fichas permite ordenarlas conforme se desee, en múltiples combinaciones diferentes (...), resulta fácil agrupar los documentos de una misma clase e intercalar otros nuevos dentro de cada grupo*” (Ibíd: 129).

⁴¹³ “*Podemos tratar, por ejemplo, de agrupar todos los documentos de cierta clase o país, de cierta época (las cartas reales en Francia bajo Philippe-Auguste); de determinado tipo (inscripciones latinas) o forma (himnos latinos), de un periodo (de la Antigüedad clásica, medievales), etc.*” (Ibíd: 131).

ello Langlois propone otras formas de ordenación de los materiales, tales como el orden alfabético, el geográfico o el sistemático.

Como decíamos antes, esta crítica es una actividad preparatoria. El objetivo es ordenar los materiales racionalmente, de tal manera que la actividad crítica posterior pueda realizarse de la manera más cómoda posible, atendiendo a una colección ordenada y razonada de documentos.

A continuación pasamos al segundo momento de la crítica documental de las fuentes: lo que habitualmente se llama la *crítica interna*, es decir el verdadero cometido de análisis de los historiadores⁴¹⁴.

2/ La crítica interna de los documentos:

A diferencia de las ciencias experimentales la Historia (la ciencia histórica) no dispone de ‘observaciones’ (de materiales) equiparables al resultado del proceso utilizado por los científicos. Un físico, por ejemplo, puede analizar la caída de un cuerpo y construir una observación científica. El historiador en cambio debe reconocer que los materiales utilizados son el producto de personas que *observaban y escribían al margen de un lenguaje técnico y controlado*.

Semejante particularidad genera un conjunto de problemas específicos, pues existen numerosos materiales cuya observación primera por parte del autor no responde a un proceso de análisis y elaboración metódica; es más, en ocasiones se desconoce incluso si los autores estuvieron bien informados o si tuvieron algún interés en pronunciar esas cosas, o incluso si expresaron otros significados cuando utilizaban términos iguales que los nuestros⁴¹⁵.

El objeto de la *crítica interna* consiste en responder a este tipo de cuestiones. Una vez se ha corroborado el origen del texto la tarea pasa por emprender un análisis crítico del contenido. En efecto, ¿qué dice el texto? ¿A través de qué imágenes o qué tipo de ideas el autor representaba el

⁴¹⁴ En este punto, Langlois combate la reducción del análisis histórico al problema erudito o el análisis externo. Es cierto que este último posee una importancia evidente, pero no agota por entero la riqueza y el conjunto de procedimientos analíticos (de métodos, de problematizaciones, de mecanismo explicativos) que requiere el análisis histórico de los documentos. En palabras del autor: “Llevados de su orgullo profesional, los eruditos no se han contentado con presentar su trabajo como necesario, sino que han ido más allá y exagerado su contribución e importancia. (...). En el fondo, subyace la idea de que el análisis histórico se reduce al análisis erudito, y de que la depuración, ordenación y clasificación de los documentos lo es todo. Este espejismo, bastante común entre los especialistas, es demasiado burdo como para que merezca la pena rebatirlo expresamente: en efecto, es el análisis intelectual de interpretación, de sinceridad y de exactitud el que ‘profundiza’ á que ninguna otra herramienta en el conocimiento de épocas pasadas’, y no el análisis externo” (Ibíd: 136).

⁴¹⁵ “Cuando un zoólogo describe la forma y tamaño de un músculo, cuando un fisiólogo analiza las fases de un movimiento, podemos aceptar globalmente sus conclusiones, ya que conocemos sus métodos, sus herramientas y su lenguaje. Pero cuando Tácito dice de los germanos: ‘Arva per annos mutant’, de entrada no sabemos si se informó bien, ni siquiera en qué sentido utilizó los términos ‘arva’ y ‘mutant’” (Ibíd: 157).

mundo? ¿Estaba en lo cierto o más bien se equivocaba? ¿Era sincero en sus afirmaciones o tuvo algún interés en expresar lo que dijo? En resumen, ¿qué hay de verdadero en las palabras del documento?

Para responder a estas preguntas es necesario reconstruir la serie de causas intermedias que han dado lugar al texto. He aquí la particularidad de la ciencia histórica: el historiador utiliza documentos, pero esos documentos *son el resultado de un proceso cuyos detalles no son facilitados por el autor*. Lo que observamos es el resultado final, pero no el proceso. El problema es que al no explicitarse (como sí lo hace el científico) estos detalles el historiador (en tanto que investigador objetivo) no puede saber si las operaciones (observación o información de los acontecimientos) realizadas por el autor se realizaron de manera afortunada (: 157).

El objetivo consiste entonces en rehacer inversamente las operaciones, a fin de conocer las circunstancias intermedias en las cuales el autor llevó a cabo sus observaciones. Solo si se realiza este análisis es posible aceptar (o rechazar, depende el caso) globalmente las conclusiones del autor. No es que se nieguen las observaciones de los materiales; lo que se niega es *la validez inmediata de las mismas*, lo que no impide por otra parte que los materiales puedan contener observaciones reales del pasado.

Ahora bien, para comprobarlo es preciso someter el documento a la crítica interna de las fuentes. Sin ella no existe posibilidad alguna de discernir lo que hay de verdadero en el documento.

Seignobos (es él quien escribe ahora) divide esta crítica en dos etapas o dos momentos diferentes, según se mire si el análisis va encaminado a objetivar el contenido del texto (crítica positiva de interpretación) o bien a cuestionar las condiciones en las cuales se gestó el documento (crítica de sinceridad y de exactitud).

En lo sucesivo trataremos de dar cuenta de cada una de tales críticas, conscientes de que la división señalada no respondía a la práctica habitual de los historiadores de la época. Es más, Seignobos sigue denunciando la tendencia corporativa a leer el documento con la obsesión de ver en él *directamente* informaciones, sin detenerse a realizar un análisis de sinceridad o de exactitud⁴¹⁶. Razón por la cual el hecho de formalizarlo, así como de convertirse en un objeto de

⁴¹⁶ “Este desdoblamiento del trabajo crítico solo lo aplica por ahora una minoría. La tendencia espontánea, aun en el caso de historiadores que trabajan metódicamente, es leer el texto con la obsesión de encontrar en él directamente informaciones, sin detenerse a pensar qué fue exactamente lo que el autor quiso decir. Como mucho, esta práctica es disculpable para los documentos del XIX, escritos por hombres cuyo lenguaje y modo de pensar

transmisión pedagógica, es tanto más acuciante si tenemos en cuenta la falta de formas de instrumentación comunes en la época.

A/ La crítica de interpretación:

En esta parte Seignobos inicia su exposición con un principio que ya hemos señalado en páginas anteriores. Se trata de un principio limitado, pero dada su pertinencia con el tema que estamos analizando es preciso volverlo a recordar. Seignobos es claro al respecto: de hecho, sitúa este principio al comienzo mismo de la exposición, antes de presentar los objetivos que componen la crítica positiva o de interpretación.

El principio es conocido: *el documento no expresa la realidad, expresa los pensamientos de quien los escribe*. Por eso antes de ir analizar los datos del documento el historiador (o el erudito, ¿qué diferencia hay?) debe comenzar por entender el texto ‘en sí’⁴¹⁷. En principio, parece una cosa razonable. ¿Quién puede estar en contra de los impulsos o las tendencias espontáneas en materia de investigación? ¿No es acaso un seguro ante el peligro de leer los textos con ideas preconcebidas?

Hasta aquí parece no haber inconveniente. El problema es que semejante precaución, aparentemente neutra, al identificar el ‘texto en sí’ con el pensamiento del autor da por hecho que la reflexión documental se agota en el análisis de la subjetividad del documento. Por tanto, deriva toda una ‘regla general del método’, según la cual el estudio de un documento (preferentemente, un testimonio voluntario) debe comenzar por *el análisis de lo que realmente pensaba el autor*.

De ahí la pertinencia de la crítica interpretativa. Constituye en sí misma una operación previa e independiente, lo cual no hace sino poner de manifiesto los límites que la ciencia histórica tenía en su teoría del documento, debido precisamente a su connivencia con las formas de instrumentación y las retóricas argumentativas que caracterizan la Filología.

Dicho esto pasemos al contenido expreso del libro. ¿En qué consiste la crítica interpretativa? ¿Qué papel desempeña la instrumentación y la retórica argumentativa del razonamiento filológico?

nos resultan familiares (...) Se vuelve arriesgada a poco que los usos lingüísticos o intelectuales del autor se aparten de los del historiador” (Ibíd: 158-159).

⁴¹⁷ “Aquí, como siempre en historia, el método consiste en vencer el primer impulso. Es preciso imbuirse del principio, evidente pero a menudo olvidado, de que un documento no encierra sino el pensamiento de su autor, y hay que imponerse la norma de comenzar por comprender el texto en sí antes de ir en busca de los datos que puede proporcionar” (Ibíd: 160).

En términos generales, la crítica de interpretación se entiende como un examen de contenido, entendiendo por ‘contenido’ la dimensión narrativa y explícita del texto, es decir el pensamiento propio del autor. Para ello el historiador debe anotar en un sistema de fichas las ideas expresadas en el texto, así como las expresiones peculiares del autor o bien los fines y las maneras de pensar (*Ibíd*: 160).

Ahora bien, el método para llevar a cabo esta tarea exige múltiples aptitudes filológicas. Ello es así porque los textos ante los cuales se enfrenta el historiador no son textos cercanos en el tiempo; al contrario, son textos que han sido redactados por personas cuyas lenguas no se asemejan a las nuestras, y cuando así lo hacen (el francés antes de ser ‘el’ francés, el alemán antes de ser ‘el’ alemán, etc.), resulta que contienen términos cuyo significado no se corresponde al que hoy en día tienen para nosotros.

La tarea del historiador consiste entonces en estar alerta ante esta posibilidad. Para ello debe concebir la lengua como una realidad *dotada de historicidad propia*. Si el lenguaje científico (química, física, biología, etc.) se define como un sistema fijo de signos, donde cada término se integra en un aparato en el que toda proposición tiene un significado estable, el lenguaje corriente ha de concebirse como un sistema abierto, ya que cada término vehicula un grado de polisemia que no es equiparable a la estabilidad gramatical que presentan los signos creados *exprofeso* para el uso científico.

En Historia, los documentos están escritos en este tipo de lengua, lo que significa que un mismo término puede expresar múltiples significados en función de las posibilidades lingüísticas del contexto de aparición⁴¹⁸. De ahí el trasvase entre la ciencia histórica y la Filología: si el objetivo es preparar un conjunto de documentos (observaciones) seguros y saneados, esto es, auténticos en su origen y en los hechos testimoniados, entonces es preciso implementar un arsenal metodológico orientado a explicitar el sentido particular de las palabras en el documento (*Ibíd*: 162).

En este punto, Seignobos no realiza un gran desarrollo pormenorizado del tema, y mucho menos acomete una justificación desde el punto de vista epistemológico, al estilo de W. Dilthey

⁴¹⁸ He aquí un ejemplo que acompaña a la codificación de las formas de instrumentación crítica de la disciplina histórica. “*Pero la lengua ordinaria, en la que están escritos los documentos, es una lengua inestable, donde cada término expresa una idea compleja y mal definida; (...) cambia de sentido de un autor a otro y de una época a otra época. ‘Vel’ significa siempre ‘o’ en latín clásico, pero pasa a ser ‘y’ en determinados periodos medievales; ‘suffragium’, ‘suffragio, voto’ en latín clásico, adopta en la Edad Media el significado de ‘auxilio, refuerzo’. Por tanto, hay que aprender a refrenar el impulso que nos induce a traducir todas las expresiones de un texto conforme a su sentido clásico o habitual*” (*Ibíd*: 161).

o F. Schleiermacher, pero al menos sí deja claro la dependencia de la ciencia histórica respecto a las formas de instrumentación desarrolladas por la Filología, las cuales intervienen directamente en la producción de conocimiento histórico no tanto a nivel de la exposición narrativa sino en el *espacio de la verdad documental*, fijando los hechos *seguros* de la investigación (Vázquez, 1989: 63).

A este respecto, Seignobos señala cuatro principios generales que todo historiador debe tomar en cuenta, con el objetivo de preparar un buen documento sobre el cual poder realizar la síntesis histórica y proponer diversos vínculos entre los hechos.

a/ El primero ya lo hemos repetido en varias ocasiones: se trata de conocer simplemente *la lengua de la época*, es decir, el sentido de las palabras en el momento en que se redacta el texto (*Ibíd*: 162). Para ello es preciso recopilar las frases en las que aparece el término: de ese modo, se podrá tener una idea de cuál es el contexto de uso en el que aparece el término en una época, derivando de ahí la significación del mismo. He aquí la función básica de los diccionarios históricos. Su consulta es un recurso inevitable para el desarrollo de la investigación histórica.

b/ Ahora bien, el conocimiento de la lengua de la época no basta en determinadas ocasiones: el historiador debe conocer también las *variaciones dialectales* en un periodo concreto.

c/ En tercer lugar, el conocimiento del *estilodelautor*, la forma en que este último solía escribir los textos: es decir, el grado de arcaísmo de su lenguaje, la existencia de expresiones que indiquen una procedencia social determinada, la utilización de términos foráneos, etc.

d/ En cuarto lugar, la aplicación de lo que Fustel de Coulanges llamó la ‘regla del contexto’, es decir una precaución de tipo filológico con la cual se trataba de poner de manifiesto la imposibilidad de interpretar un término de manera aislada, sin tener en cuenta el sentido general del pasaje (del contexto).

En términos prácticos, esta regla se traduce de manera muy clara: antes de utilizar un término hay que leer el texto completo, a fin de no cometer usos anacrónicos cuyo propósito sea contradictorio respecto al sentido del término en su contexto original. Por tanto, no es aconsejable el uso indiscriminado de citas si antes no se ha reconocido el sentido que esos fragmentos tenían en su contexto original⁴¹⁹.

⁴¹⁹ En este punto, Seignobos reconoce la importancia de Fustel de Coulanges en la implementación de los estudios léxicos en el trabajo histórico. Es él quien formula importantes precauciones metodológicas y quien trata de ilustrar el problema con ejemplos extraídos de la época (p. ej. el caso de Glasson). Lo que hace Langlois, sin em-

En ese sentido, el trabajo de la crítica se antoja lento y escrupuloso. Se trata de una tarea que requiere inmensas dosis de trabajo. Imaginemos si no el análisis de un depósito mediano de documentos. Si el objetivo es definir el sentido concreto de *cada* término, teniendo en cuenta el lenguaje de la época, el país, el autor y su contexto, entonces es seguro que la crítica se dilate durante un espacio de tiempo inmenso, en el transcurso de distintas generaciones de eruditos.

En realidad, este ha sido el cometido de las principales instituciones sugeridas en los primeros capítulos. Ahora bien, Seignobos es suficientemente listo para percatarse de que semejante tarea, tal y como acaba de ser descrita, ejerce un efecto disuasorio en el público (estudiantes de Historia) al que va dirigido el libro. Quizá no sea así para el caso de los textos que han sido objeto de traducciones y (re)diciones literarias, al estilo de las tragedias, los textos filosóficos o algunas obras de gran valor literario, pero apenas es pensable para el conjunto de los documentos históricos como tales. En estos casos, dice Seignobos, el historiador debe recurrir en la práctica a un procedimiento *abreviado*, sin menoscabo de incurrir con ello en un ejercicio de necesidad o de pereza intelectual.

En efecto, en Historia no todas las palabras son igualmente susceptibles de exponerse a cambios semánticos; en la mayor parte de los casos existe una cierta estabilidad en lo que se refiere al significado. Sin embargo, existen otras expresiones cuya naturaleza les hace particularmente susceptibles de re-significarse con el tiempo.

Tales expresiones, dice Seignobos, son fundamentalmente de dos tipos, y es en ellas donde todo historiador ha de fijar su atención de antemano. Por un lado, en lo que llamamos las ‘frases hechas’, es decir expresiones cuyo significado no evoluciona del mismo modo que cada uno de los términos de los que se componen (*Ibíd*: 164). Y por otro, en las palabras que se refieren a realidades que por su propia naturaleza están sujetas al cambio, tales como las categorías sociales, las instituciones políticas, los conceptos jurídicos, las costumbres, etc.

Pero, además, a la pregunta de saber cuándo es preciso realizar este análisis se puede contestar de la misma manera que respondíamos en el análisis del lenguaje del autor. Así, cuando vemos que el sentido literal del texto es absurdo, e incluso contrario a otras ideas que ha expresado recurrentemente el autor, hay que suponer un sentido diferente al que se otorga en la actualidad. Para ello es preciso comparar los distintos fragmentos en los que aparecen los términos que consideramos distintos al sentido habitual (*Ibíd*: 166).

bargo, es tratar de recopilar estas advertencias para poder convertirlas en un objeto codificado de transmisión pedagógica, según el modelo de la transmisión normalizada de los saberes.

B/ La crítica de sinceridad y de procedencia (o negativa):

Supongamos que ya hemos realizado las críticas anteriores. Que la procedencia del texto se ha localizado y que sus ideas han sido debidamente analizadas. ¿Qué tenemos ahora?

La respuesta es clara: el resultado es un documento *auténtico*. Pero *auténtico no es igual a sincero o a exacto*. Auténtico es un adjetivo que solo se predica de la procedencia y no del contenido del texto. Como indica Seignobos, un texto no expresa (necesariamente) cómo han sucedido las cosas sino *cómo el autor ha pretendido contarlas* (*Ibíd*: 169).

Ahora bien, todo el mundo sabe que un autor puede no siempre expresar lo que piensa: en él cabe suponer la mentira o la inexactitud en todas o algunas de sus afirmaciones.

Esta constatación, que parece una perogrullada, es sin embargo fundamental desde el punto de vista metodológico. El historiador no debe aceptar la tendencia espontánea a la credulidad, incluso si el documento que analiza ha pasado ya el análisis de procedencia y de interpretación. Una cosa es la autenticación del texto y el análisis del contenido, y otra muy distinta es la veracidad de los hechos testimoniados.

Para llegar a esto último es preciso un ‘análisis de exactitud y sinceridad’, y para llevar a cabo este análisis es preciso un cuestionamiento en el que se trate de pensar qué tipo de circunstancias son aquellas en las que las personas suelen tender a deformar los hechos, ya fuese de una forma deliberada o consciente o bien por un error del que no pudo ser consciente el autor (*Ibíd*: 176).

En el fondo, se trata de *poner en relación el contenido del texto con las circunstancias externas de la época*. Ahora bien, ¿cómo se lleva a cabo este análisis?

Seignobos es consciente de la falta de aportaciones al tema. Admite que han existido algunas reflexiones previas, pero todas ellas, incluido las realizadas por los teóricos del método histórico, apenas sobrepasan las nociones elementales y las fórmulas vagas⁴²⁰. La particularidad de

⁴²⁰ En este punto Seignobos se refiere a las reflexiones realizadas en las obras metodológicas de la época: J. G. Droysen (*Grundriss der Historik*, 1882), E. Bernheim (*Lebruch der historischen methode*, 1889), E. A. Freeman (*The methods of historical study*, 1886), A. Tardiff (*Notions élémentaires de critique historique*, 1884) o P. de Smedt, (*Principes de la critique historique*, 1887). De todos ellos sin embargo Seignobos expresa ciertas reservas claras, a excepción de la obra de E. Bernheim. En palabras del historiador metódico: “*La mayor parte de lo publicado sobre cómo investigar en historia y sobre el arte de escribir historia, lo que en Alemania e Inglaterra se conoce como ‘Historik’, es superficial, insípido, ilegible e incluso ridículo. (...) El ‘Grundriss der Historik’ de J. G. Droysen, traducido al francés con el título de ‘Précis de la science de l’histoire* (Paris, 1888) *es pesado, pedante y tan confuso como quepa imaginar. Ni Freeman, ni Tardiff, ni Chevalier dicen nada que no resulte tan elemental como previsible (...). No toda la literatura metodológica carece de interés: poco a poco ha ido acumulándose un tesoro de agudas observaciones (...). Ernest Bernheim, profesor de la universidad de Greiswald, ha rastreado la*

Seignobos consiste entonces en ampliar estos primeros interrogantes y articularlos dentro de un protocolo de instrumentalización homogéneo. Es decir, no basta con plantear si el autor fue testigo o coetáneo de los hechos; esencial es también a este respecto ubicar estos interrogantes en el interior de un repertorio homogéneo, en el cual tengan cabida las *causas de incorrección* más frecuentes y puedan ser aplicadas a todas o algunas de las afirmaciones del texto (*Ibídem*).

El modo más ordenado de hacerlo, y quizá sea esta una de las novedades de Seignobos, es a través de dos series o dos repertorios de interrogantes, según se mire la sinceridad o la exactitud del autor del texto.

En ese sentido la crítica negativa se desdobra en dos momentos analíticos: la crítica de sinceridad y la crítica de exactitud.

a/ En el primer caso, el objetivo pasa por elaborar un cuestionario en el que se expresen las razones por las cuales un autor pudo estar en condiciones de mentir o de no ser sincero. Posteriormente, se tratará de ver si el texto (o algunas de sus afirmaciones) se reconoce en alguno de aquellos supuestos.

Este cuestionario no es un simple repertorio de vaguedades, tal y como achacaba Seignobos a los teóricos del método histórico de su época. Al contrario, se trata de un cuestionario pormenorizado, el cual asemeja un tipo de suposiciones o razonamientos hipotéticos muy próximos al método de la indagación jurídica.

Seignobos es bastante claro al respecto. Señala seis casos en los cuales sería posible llegar a dudar de la sinceridad de un autor. Veamos cada uno de estos supuestos:

1/ *Cuando el autor trata de obtener un beneficio práctico*. En estos casos, se trata de plantear qué interés pudo tener el autor al proporcionar una información falsa de manera deliberada. Ahora bien, aquí es preciso matizar el propósito, pues se trata del interés no que nosotros podríamos haber tenido sino del interés que *él mismo* creyó tener. Asimismo cabe plantear si el beneficio era personal o respondía más bien a un interés colectivo, en cuyo caso habría que analizar la vinculación existente entre el autor y una organización cualquiera: tal como un linaje, una facción política, una secta religiosa, etc⁴²¹.

práctica totalidad de cuanto se ha escrito en los últimos tiempos acerca de metodología de la historia, y ha salido airoso del empeño (...). Pero nos ha parecido que el tema no quedaba agotado tras su laboriosa y competente recopilación (...)" (*Ibíd*: 48-53).

⁴²¹ En ese sentido, las analogías entre el procedimiento analítico del *historiador* (y en concreto, del *historiador evenemencial*) y el del juez son evidentes. Ambos investigan de la misma manera y ponen en práctica un cuestionamiento similar: se centran en actos precisos, establecen hechos, acumulan indicios, buscan intereses o móviles

2/ *Cuando el autor se vio en una tesitura que le obligó a mentir.* Existen otros casos en los que el autor falsea el contenido por razones distintas al beneficio personal o colectivo. Así pues, encontramos textos donde hay puntos concretos del contenido que son falseados por no cumplir los requisitos o las reglas procedimentales para redactar un documento. Esto es algo habitual en el caso de las actas legales, donde a veces la redacción original del texto se produjo en determinadas circunstancias que no se corresponden con el día, el lugar o el número o nombre de los asistentes que aparecen en el texto⁴²². El historiador debe someter el texto a este tipo de preguntas.

3/ *Cuando el autor manifestaba simpatías o antipatías por un individuo, una ideología o un grupo humano específico.* Esta situación es una constante a lo largo de la historia. Pero también es un supuesto que ha sido denunciado desde la época de los antiguos, a través del concepto de *stadium* y de *odium* (Langlois y Seignobos: 1898: 178).

De lo que se trata es de indagar si la simpatía o el posicionamiento ideológico del autor (si era partidario de causa política, si era feligrés de una iglesia o una religión, etc.) pudieron alterar la visión de los hechos que relata en el texto, a fin de construir un relato documental proclive a ensalzar la figura de sus amigos y a culpabilizar (o a patologizar, si es el caso) la de sus enemigos o adversarios políticos.

ocultos, hacen coincidir testimonios para construir pruebas, etc. Además, el tiempo en el que se centran es el tiempo corto de los actos y los agentes históricos. De modo que la investigación histórica se organiza a partir de un acto preciso (un acontecimiento, un hecho ‘individual’), para lo cual le basta con una breve cronología de los protagonistas de los acontecimientos, siendo impensable una construcción analítica de la temporalidad (como sí harán los *Annales*). Sin embargo, los caminos del juez y del historiador difieren en el momento del veredicto. El historiador puede suspender su juicio. Es decir, el juicio o el veredicto propiamente dicho no son la conclusión lógica de la investigación. Por el contrario, el juez debe juzgar necesariamente, lo que le sitúa ante la necesidad de probar que los hechos particulares presentan los caracteres requeridos para la aplicación de la regla general (jurídica). Sea como fuere, el hecho es que ambos asumen un tipo de problematización centrada en la determinación de la veracidad de los testimonios. Algo muy diferente al tipo de razonamiento que gobierna el quehacer de la Sociología durkheimiana y la Historia centrada en la larga duración. Más información en Prost (2002: 29-47).

el juez trata de enjuiciar los acontecimientos pasados y el historiador no tiene ese objetivo como argumento fundamental. En el fondo, se trata de establecer hechos, acumular indicios y coincidir testimonios para construir pruebas, etc. Para ello es preciso que ambos métodos asuman el tiempo corto de

⁴²² El propio Seignobos nos señala un ejemplo en el libro *Méthode historique appliquée aux sciences sociales*: “La ley exige que un documento sea registrado por dos notarios. El documento dirá: ‘Ante mí, el notario Fulano y su colega’, y no habrá, sin embargo, más que un notario. Si los plazos prescritos por el reglamento para hacer un documento han transcurrido, éste tendrá fecha retrasada, es decir, llevará una fecha falsa. Si los que con arreglo a la ley deben hallarse presentes no lo están, se dirá que estaban, y de nuevo se mentirá. Las reglas inflexibles impuestas a este género de documentos no son, como con frecuencia se cree, garantía de sinceridad, sino, por el contrario, probabilidad de mentira” (Seignobos, 1901: 65).

En resumen, se trata de saber si el resultado final del autor (el texto) es producto de una visión maniquea y partidista de las cosas. El historiador debe poder reconocer las filias y las fobias presentes en el autor.

4/ *Cuando el autor se dejó arrastrar por la vanidad individual o colectiva.* El historiador debe preguntarse si el autor falseó los acontecimientos con el objetivo de hacer valer su persona. En efecto, en Historia no es raro encontrar situaciones en las que un autor se atribuye la autoría de un acontecimiento o un hecho importante, consciente de que de esa manera concita un grado elevado de solidaridad social en el seno de su comunidad. Pues bien, la función primera del historiador consiste en pensar la posibilidad de esta tesitura, para lo cual es preciso plantear si la auto-comprensión idealizada del autor se corresponde con indicios que atestiguan su autoría declarada.

5/ *Cuando el autor elaboró un texto conforme a las ideas generales de su público, por temor a la censura o al escándalo.* Este supuesto es un caso habitual en la diplomática, sobre todo en aquellos textos en los que el autor deja constancia de ritos ceremoniales, acontecimientos institucionales, fechas señaladas, aniversarios, discursos de protocolo, etc. En todos estos casos existe una propensión importante a poblar el texto con expresiones y fórmulas de cortesía, la mayor parte de las cuales no expresan necesariamente el verdadero pensamiento del autor sobre los hechos.

La función crítica del historiador consiste en detectar las afirmaciones convencionales, lo que significa que la crítica ha de aplicarse al público al que se dirigía el autor del texto, es decir saber cuáles eran sus gustos, sus expectativas, su código moral, su protocolo de comportamiento, etc. Solo si relacionamos esta información con el conocimiento de la filosofía del autor y su estilo podremos hacernos una cierta idea del grado de sinceridad del texto⁴²³.

6/ *Cuando el autor del texto utiliza artificios literarios para concitar el apoyo del público.* Esta situación es muy habitual en los documentos que tradicionalmente se han llamado ‘históricos’, especialmente en los discursos de los historiadores antiguos o en las crónicas medievales (*Ibíd*: 180).

⁴²³ Un ejemplo dado por Seignobos: “(...) durante mucho tiempo se ha creído en la humildad de ciertos dignatarios eclesiásticos medievales porque el día de su elección comenzaban por rehusar un cargo del que declaraban indignos, hasta que al fin, por comparación, se cayó en la cuenta de que semejante rechazo era una simple fórmula de circunstancias. Pero aún damos con eruditos que buscan, como los benedictinos del siglo XVIII, indicaciones sobre la devoción o la liberalidad de un príncipe en los formulismos habituales de su cancellería” (Langlois y Seignobos, 1898: 180).

En estos casos se asiste a un tipo de alteración histórica basada en la producción de un relato histórico lleno de tropos literarios y recursos oratorios. En el fondo, se trata de que los lectores puedan sentirse identificados con la beatitud y la excelencia de los protagonistas. De ahí el dramatismo del texto y la profusión de recursos literarios encaminados a generar un sentimiento de adhesión con los protagonistas, tales como los detalles pintorescos, los discursos pronunciados, la forma épica del relato, etc.

Este caso no es habitual en los documentos de archivo, sin embargo sí aparece en muchos historiadores que han protagonizado el género histórico en la Antigüedad y la crónica medieval⁴²⁴. El objetivo del historiador consiste en sospechar ante cualquier texto en el que aparezca un sentimiento de nobleza o un dramatismo exagerado.

b/ Ahora bien, este cuestionario no basta para agotar las razones por las cuales una persona suele tender a deformar los hechos. Junto a esto, que remite a las situaciones en las que un autor deforma deliberadamente los hechos, existen otros casos en los que los autores no saben realmente que están alterando los acontecimientos.

La crítica de exactitud estudia este tipo de cuestiones, para lo cual es necesario poner en práctica un listado de situaciones en las que un sujeto se ve inducido normalmente al error. Seignobos señala un listado de tres casos:

1/ *Cuando la observación y la transcripción del autor son el producto de un prejuicio inconsciente*. Este caso es habitual en la información obtenida a través de cuestionarios o preguntas preestablecidas. El historiador debe conocer en cada instante si el modo en que el autor elaboró el texto es el producto de un cuestionario o un marco de investigación previo. En el caso de ser así, el autor corre el riesgo de disponer los acontecimientos según los términos en los que se ha planteado la pregunta.

La función del historiador consistirá entonces en saber qué preguntas puso en práctica el autor, a fin de calibrar si esas preguntas han podido predeterminar el modo en que las respuestas

⁴²⁴ Que la historia metódica se haya considerado como una ‘historia-batalla’ no significa que Seignobos asuma el gusto literario y aporoblemático de la historia anterior. Así, aunque Seignobos siga asumiendo el horizonte de narración histórica cronológico, la formalización del método desempeña un papel fundamental para establecer una ruptura con discursos menos formalizados. Nótese a este respecto su crítica a la tendencia literaria del género histórico, por lo demás muy constante en toda su obra. He aquí un ejemplo: “*La deformación dramática consiste en disponer los hechos para aumentar su fuerza dramática, agrupando acontecimientos dispersos en un único momento, personaje o grupo (...). Es la deformación más peligrosa, la de los historiadores artistas, la de Herodoto, Tácito, los autores del Renacimiento italiano*” (Ibíd: 181).

han sido realizadas. El problema, según Seignobos, es que las respuestas sugeridas no tienen el mismo valor que una declaración espontánea (Seignobos, 1901: 67).

2/ *Cuando el autor estuvo mal situado para observar.* El historiador ha de preguntarse cuáles fueron las condiciones de la observación. ¿Se llevó a cabo una observación segura? Ya hemos dicho que los documentos no equivalen por sí solos a observaciones, en el sentido científico y controlado del término.

Ahora bien, no basta con señalar esto; lo importante es proporcionar las herramientas indagatorias por medio de las cuales un historiador puede reconocer las causas que inducen al error en la observación. En ese sentido, el historiador debe saber en qué circunstancias se puso por escrito todo lo que vio y oyó (Langlois y Seignobos, 1898: 183). ¿Estaba el observador en una tesitura problemática, en la cual se hacía difícil una correcta atención de los hechos (un campo de batalla, una posición subalterna desde la cual no podía acceder a información privilegiada)? ¿Estaba el observador en condiciones intelectuales para poder comprender los hechos y analizar correctamente las impresiones?

Asimismo, el historiador debe saber en qué momento se produjo el texto. ¿Fue de inmediato, como sucede en la experimentación científica o se realizó mucho tiempo después? Si el caso es el segundo, sucede que las observaciones se convierten en recuerdos, y por tanto en impresiones psicológicas susceptibles de albergar un mayor número de vaguedades y de errores. Tal es el caso de las memorias, un documento, según Seignobos, al que se ha de recurrir con una especial desconfianza (*Ibíd*: 184).

3/ *Cuando el acontecimiento relatado es de tal naturaleza que no puede haber sido conocido solamente por observación.* Existen hechos cuyo conocimiento no es explicable en términos observacionales. A menudo son necesarios otro tipo de informaciones que el autor solo ha podido obtener de una manera indirecta, apoyándose en ideas o en supuestos en los que interviene la especulación, la abstracción o una generalización no controlada.

El historiador debe reconocer en todo momento un texto de estas características, a fin de plantear si los recursos intermedios (abstracción, especulación o generalización) eran condiciones suficientes para poder llevar a cabo sus afirmaciones. Existen numerosos ejemplos. Uno de ellos puede ser el texto que relate una ‘intriga de salón’, en la cual entran en juego un sinnúmero de especulaciones que no pueden someterse seguramente a observación. Nadie ha observado directamente el suceso; sin embargo, se narra como si fuera un hecho percibido directamente. El objetivo del historiador es ver si esa información obtenida de manera indirecta es pertinente.

Esta situación también es extrapolable a los casos de los textos que aluden a informaciones cuantitativas que no son directamente observables. En estos casos el historiador debe reconstruir el modo en que un autor ha obtenido las cifras referidas en el texto. Es decir, ¿lo ha hecho por simple especulación o bien a través de una generalización? Y si es así, ¿qué tipo de generalización? ¿Se trata de una generalización gratuita o es susceptible de ser controlada procedimentalmente?⁴²⁵.

El análisis de la crítica negativa sitúa el documento en otro nivel al que lo emplaza la crítica externa y el análisis filológico. El resultado no es solo un documento auténtico y localizado sino un texto del que se puede atestiguar la *probabilidad* de los hechos relatados. La diferencia es fundamental, y lo es porque ahora se conocen las condiciones circunstanciales en las cuales se han producido las observaciones que dieron lugar al documento, con lo cual el historiador sabe si la observación del autor se ha efectuado correctamente o bajo el supuesto de situaciones que inducen a una persona al error o a no ser sincera.

Sin duda, podría parecer que esto es suficiente, que la aplicación del conjunto de operaciones señaladas bastaría por sí solo para derivar los hechos que ahí se relatan. Pero Seignobos indica que esto no es suficiente. El resultado de la crítica documental no son hechos seguros e incuestionables; son *posibilidades*, hechos que parecen probables a tenor de lo que indican las informaciones generadas por el análisis crítico de las fuentes (*Ibíd*: 200).

Para alcanzar un resultado definitivo es necesario un análisis basado en la *comparación de las afirmaciones*. En Historia, al igual que en las ciencias, no basta con tener una sola ‘observación’ (testimonio) aislada; lo importante es disponer del mayor número de observadores (de testimonios) que puedan confirmar la información sobre un mismo acontecimiento (*Ibíd*: 201-202).

En el momento en que esto ocurre, el documento se convierte en un hecho definitivo, y con ello en un dato con el cual puede edificarse el vínculo interpretativo elaborado por el historiador. El paso que media entre la crítica y la síntesis histórica es la convergencia concomitante de los testimonios plurales, toda vez que esta coincidencia sea identificada con observaciones *indepen-*

⁴²⁵ “Es una medida de cautela obligada para todas las cifras elevadas y para las descripciones de costumbres de grupos, puesto que cabe la posibilidad de que obtuviera la cantidad por vía de especulación (caso frecuente cuando se trata del número de combatientes o muertos), o sumando cifras parciales, no todas exactas; cabe la posibilidad de que hiciera extensiva a todo un pueblo o país, a toda una época, lo que únicamente era válido para un reducido grupo con el que estaba familiarizado” (*Ibíd*: 185). Y en ese momento, en una nota a pie de página, ilustra un ejemplo donde se lleva a cabo una generalización sospechosa, no controlable. “Las cifras sobre la población, el comercio y la riqueza de los países europeos que aportan los embajadores venecianos del XVI, y las descripciones de las costumbres de los germanos en la ‘Germania’ de Tácito” (*Ibídem*).

dientes entre sí, es decir con testimonios que proceden de diferentes autores y que trabajaron en circunstancias diversas⁴²⁶.

Sin esto el historiador no tiene hechos definitivos, tiene hechos probables. El problema es que los hechos probables no generan una certeza intersubjetiva. Por tanto, lo que se precisa, dirá Seignobos, es que testimonios diferentes se confirmen mutuamente, ofreciendo así una certidumbre de conjunto.

...

Con todo damos por finalizado el fragmento de la crítica de las fuentes. No es necesario insistir en más aspectos analíticos. Lo importante es que la crítica haya quedado clara, así como el conjunto de limitaciones epistemológicas que se derivan de la convergencia y los préstamos entre la Historia y el razonamiento filológico.

El historiador no es alguien que recoge simplemente los datos y los interpreta de manera oportuna. Antes de la síntesis histórica el historiador requiere un conjunto de técnicas y de razonamientos disciplinares, a fin de que la ordenación posterior de los hechos esté edificada sobre la base de materiales seguros y certeros. Los metódicos insisten mucho en este aspecto, al punto de reclamar en repetidas ocasiones la necesidad de interiorizar estos procedimientos como un hábito o un marco de evidencias compartidas⁴²⁷.

⁴²⁶ En este punto Seignobos no se contenta con señalar las formas de instrumentación analítica, también considera que los ejemplos paradigmáticos deben ser objetos de transmisión pedagógica. Prueba de ello son las múltiples referencias a casos o situaciones particulares. En concreto, en relación a este tema, Seignobos ilustra lo siguiente: “(...) *debemos asegurarnos de que las distintas observaciones del mismo hecho son plenamente independientes, ya que unas pueden haber influido en otras hasta el punto de que la primera haya condicionado las posteriores (...). Conviene prestar atención a los casos siguientes: Primer caso: las diferentes observaciones provienen de un mismo autor, que las reflejó en un solo documento o en varios por separado; necesitamos argumentos concretos para admitir que el autor rehízo las observaciones y no se limitó a repetir una observación única. Segundo caso: los observadores fueron varios, pero delegaron en uno de ellos para que redactase un único documento (...). Debemos comprobar si el documento corresponde solo al criterio del redactor o si los demás observadores supervisaron la redacción, Tercer caso: varios observadores redactaron sus respectivos testimonios en documentos distintos, pero en condiciones similares. Debemos aplicar el cuestionario crítico para averiguar si no influyeron en todos ellos unas mismas causas de engaño o error (interés común, idéntica voluntad, prejuicios compartidos, etc.)*” (Ibíd: 206).

⁴²⁷ Seignobos insiste mucho en este aspecto. Al final de libro II por ejemplo utiliza una metáfora muy clara para expresar las exigencias de la nueva conformación del saber histórico en términos disciplinares. Lo primero que hace falta es la conformación de un emplazamiento mental colectivo, presto a ser actualizado en forma de evidencias o anticipaciones procedimentales. En palabras de Seignobos: “*Este cuestionamiento habremos de tenerlo presente en todo momento. Al principio parecerá enojoso, tal vez incluso superfluo; pero como lo aplicaremos más de cien veces en una sola página de cualquier documento, acabaremos por memorizarlo (...). Entonces, cuando el análisis y los interrogantes críticos se hayan convertido en algo instintivo, habremos adquirido para siempre ese talante de espíritu metódicamente analítico, inquisitivo y seguro de sí, al que a menudo nos referimos con una expresión esotérica –el sentido crítico– y que no es sino el hábito inconsciente de la crítica*” (Ibíd: 196).

El objetivo de las páginas siguientes será ilustrar el modo en que prosigue el método histórico. Una vez se ha procedido a la preparación de los materiales documentales el historiador debe saber qué hacer con las observaciones resultantes.

En efecto, ¿cómo ordenar esas observaciones elementales? ¿Cómo jerarquizar entre los hechos históricos? ¿Existe alguna manera de alcanzar la posibilidad de establecer vínculos entre ellos?

3.3.1.3. - *La síntesis histórica: hacia una reutilización fetichista de los acontecimientos (Libro III)*

Como se ve, seguimos a pie juntillas las etapas diseñadas por Ch. Seignobos en su presentación del método. Si lo hacemos así, no es por pereza intelectual, sino porque un enfoque de estas características refuerza la idea de que la finalidad última de los metódicos consiste en transformar los saberes históricos en un espacio gnoseológico definido, con sus objetos, sus formas de instrumentación, sus protocolos de actuación unificada, sus normas de presentación, sus formas de analogía e inferencia, (Fabiani en Revel y al, 2006: 25).

En el caso de la ‘síntesis histórica’ Seignobos realiza una presentación pormenorizada del tema. Nuestro objetivo es analizar este fragmento y tratar de presentar los límites que trae consigo para el campo de la reconstrucción historiográfica del pasado.

Vayamos por orden. Pasemos primero a señalar cuáles son las condiciones tras la crítica documental de las fuentes.

A/ Requisitos generales de la estructuración histórica:

Lo esencial ya se ha dicho: la crítica de las fuentes proporciona materiales seguros para el trabajo histórico. Ahora bien, una vez realizada la *toilette* del documento el historiador no dispone más que de materiales en bruto, es decir de afirmaciones que proceden todas ellas de una misma realidad documental y sin embargo se refieren a hechos y fenómenos de distinta naturaleza.

El problema no es si estos documentos contienen informaciones diversas, el problema es que dichas informaciones aparecen siempre (tras el análisis crítico-documental) de un modo entremezclado y en desorden, según el modo en que se producen los testimonios, que ya hemos dicho que no es a través de una observación científica o controlada.

En ese sentido, los documentos se presentan como un cúmulo de informaciones distintas, las cuales difieren por su objeto, pero también por su grado de generalidad y de certidumbre (*Ibíd*: 217).

No es difícil explicar esto último. Un documento por ejemplo puede contener en una sola afirmación contenidos precisos sobre la existencia de una lengua, el acontecimiento de un suceso, el estilo del autor o la presencia de una costumbre religiosa⁴²⁸. Al mismo tiempo esa afirmación puede advertir realidades que apelan a distintos grados de generalidad. Hay frases por ejemplo que mezclan ininterrumpidamente fenómenos regulares y actos efímeros. Y por último, no todos los hechos poseen un grado idéntico de certidumbre, lo cual hace que la tarea de síntesis no pueda eludir esta mezcolanza en su propuesta de explicación histórica.

En cualquier caso, una cosa es clara: la crítica de las fuentes no basta para el desarrollo de la producción histórica. A ella debe añadirse otra etapa metódica. Si el objetivo de la crítica es purgar el texto de las impurezas y las falsedades testimoniales la *síntesis* ha de ordenar la mezcolanza en la que aparecen las informaciones corroboradas⁴²⁹. Para ello es preciso separar los hechos que concurren en una misma afirmación documental, hay que seleccionarlos y agruparlos *mentalmente* por clases, a fin de plantear un marco de comprensión que permita dar cuenta del modo en que se articulan y se suceden los hechos (*Ibíd*: 218-219).

He aquí la problemática, pero antes de entrar de lleno en esta cuestión conviene recordar primero los apuntes realizados por Seignobos al comienzo del texto. En ellos el historiador no duda en manifestar el modo en que *laimaginación humana hace posible el conocimiento histórico*.

Pasemos a explicar esto, conscientes de que lo que aquí se expone es fundamental para entender los límites del modelo de estructuración histórica propuesto por Seignobos. Comencemos pues con el excurso. ¿Qué dice exactamente el historiador metódico?

Para empezar una cosa bien conocida: la historia se hace con documentos, pero tales documentos, sostiene Seignobos, informan *solo* de tres categorías o tres órdenes de realidades:

⁴²⁸ “La inscripción de Mesha proporciona hechos de escritura y de lenguas moabitas, la creencia en el dios Khamos, las prácticas de su culto, los avatares de la guerra de los moabitas contra Israel. Todos los hechos nos llegan así entremezclados, sin distinción de naturaleza. Esta mezcolanza heterogénea es una de las características que diferencian a la historia de las demás ciencias”. (*Ibíd*: 216).

⁴²⁹ En este sentido el trabajo de Seignobos resulta muy pertinente, pues con él se trata de formalizar un aspecto que la mayor parte de los historiadores no estaban habituados a considerar: “Acostumbrados a imitar a los artistas, muchos de ellos ni siquiera piensan en reflexionar acerca de qué es lo que andan buscando: toman de los documentos aquello que les llama la atención, a menudo por motivos anecdóticos, lo reproducen modificando el lenguaje y añaden cuantas reflexiones de todo tipo se les ocurren” (*Ibíd*: 218).

1/ Seres vivos y objetos materiales: todo documento, por limitado que este sea, comparte siempre una característica común, la de ser un material donde se ponen al descubierto la existencia de seres humanos y circunstancias materiales, en las cuales aparecen nombradas, casi por imperativo, la presencia de objetos naturales (montes, ríos, mar, etc.) y objetos artificiales (edificios, ropas, cosas, etc.).

2/ Actos humanos: de acuerdo con la concepción clásica del documento este último no expresa sino lo que han hecho los seres humanos en el pasado. Es decir, el documento expresa lo que es susceptible de registrarse en la esfera de la percepción humana, ya fuesen hechos vivenciados por el autor o cosas que oyeron a lo largo de su vida.

Sea como fuere, una cosa es clara: todo cuanto se ha hecho o dice un documento, comparte una característica común, la de haber sido la acción o la palabra de un individuo (*Ibíd*: 220).

3/ Motivaciones e ideas: ya hemos dicho que los documentos expresan actos humanos, pero tales actos no encierran en sí mismos la causa de su existencia. Para entenderlos es preciso postular un tipo de realidades *psíquicas*: las ideas o las motivaciones. Es a ellas a las que Seignobos otorga una especial atención en los documentos. Toda actividad, por el hecho de serlo, presupone un grado de representación interna en virtud del cual el sujeto se piensa y se reconoce en la realización de un hecho concreto.

Ahora bien, una cosa es aceptar el hecho de que toda acción humana contiene un elemento psíquico necesario y otra muy distinta, como hace Seignobos, es dar por supuesto que la representación interna del sujeto constituye un fenómeno susceptible de agotarse en actos individuales, en cuyo caso solo la introspección y el uso de la analogía podrían acceder al sentido y la comprensión de los agentes del pasado⁴³⁰.

⁴³⁰ El papel de la analogía es un aspecto fundamental en el pensamiento histórico de Seignobos. El razonamiento es conocido: el ser humano solo tiene acceso a una conciencia, la suya, que le sirve por analogía para representarse las de los otros. En el caso de la ciencia histórica esto es un aspecto especialmente claro: los fenómenos han sucedido, sin embargo, es posible acceder a ellos a través de las imágenes que hoy formamos por analogía con las suyas. Es solo por medio de este procedimiento psíquico que los hechos pasados se hacen explicables. Ahora bien, una cosa es constatar esto, y otra muy distinta es que la presencia psíquica en toda actividad humana reclame una metodología de análisis particular. Así, sin negar la posibilidad de que las Ciencias Sociales puedan construir sus hechos, Seignobos reclama *un terreno particular para el método histórico*. Este último, dirá, deberá centrarse en las representaciones internas que subyacen a los individuos, entendiendo así que los hechos psíquicos son realidades en cuyo génesis no intervienen fenómenos de naturaleza colectiva. Más tarde abordaremos estas cuestiones. En este momento citamos al propio Seignobos: “*Aussitôt que le fait social a été constaté, elle (la méthode) oblige à l’analyser jusqu’à ses éléments individuels, elle dirige la recherche vers les actes individuels nécessaires pour produire ce fait et vers les phénomènes psychiques nécessaires pour diriger ces actes(...)*Quelle que soit notre opinion sur la spiritualité de l’âme, les phénomènes de conscience individuelle sont des réalités d’une autre nature, mais aussi réelles que les phénomènes matériels, puisque ils agissent sur le monde réel par l’intermédiaire des actes humaines” (‘La méthode psychologique en sociologie’ en Seignobos: 1934: 21-23).

He aquí la clave de la particularidad del conocimiento histórico. El historiador trabaja con representaciones. Sea cual sea la naturaleza de los hechos referenciados (hechos materiales, actos individuales, hechos psíquicos) la Historia trabaja con imágenes construidas por *analogía*. El historiador no experimenta directamente los fenómenos: esta opción solo es atribuible al autor original de los documentos, pero no a la persona que trabaja posteriormente con ellos. Esta última, por así decirlo, solo puede aspirar a *re-producirlos* según un modo enteramente limitado, cuya particularidad lo diferencia de las condiciones de reproducción generadas por las ciencias experimentales en un laboratorio.

De ahí el uso y la reivindicación de la analogía. Con ella Seignobos pretende recordar a los historiadores un aspecto que a veces parece olvidarse. Les dice: ‘cuidado, ustedes no trabajan con objetos reales, trabajan con imágenes que han formado por analogía con sus recuerdos. Ustedes deben saber que la tarea del historiador no consiste solamente en aplicar las técnicas de crítica documental, sino en ubicar la imaginación analógica en un contexto de control y vigilancia metodológica, a fin de que la proyección del historiador no desemboque en imágenes o en representaciones anacrónicas’⁴³¹.

Recordemos el argumento: *el historiador no opera sobre fenómenos, opera sobre las representaciones analógicas que se hace de los fenómenos*. Ahora bien, para realizar esta operación es preciso un elemento previo comparativo, un aspecto, por así decir, al que solo puede acceder el historiador y desde el cual se representa el pasado por medio de un estado de conciencia análogo al suyo.

Hasta aquí el argumento parece razonable. El problema es que la imaginación (analogía) de la que habla Seignobos *no puede representar para sí misma más que actos individuales, es decir fenómenos que solo se registran en función de la cronología y el tiempo vivido de los humanos*⁴³².

⁴³¹ “Mediante un gesto espontáneo que escapa a nuestro control, cuando leemos una frase en un documento se forma en nuestro cerebro una imagen. Esta imagen, fruto de una analogía superficial, por regla general es absolutamente falsa. (...) La tarea de la historia consiste en rectificar gradualmente nuestras imágenes y sustituir uno por uno los rasgos falsos por otros exactos. Hemos visto individuos pelirrojos, escudos, hachas (o dibujos de todo ello); recurrimos a estos rasgos para corregir nuestra imagen primera de los guerreros francos. La imagen histórica acaba así por convertirse en una combinación de rasgos procedentes de distintas experiencias” (Langlois y Seignobos, 1898: 224).

⁴³² Debido a la importancia de esta afirmación, merece la pena transcribir aquí el pasaje en el que Seignobos declara esto: “(...) la imaginación no puede representarse más que actos ‘individuales’, a semejanza de aquellos que nos muestran físicamente la observación directa. Puesto que se trata de actos de hombres que vivían en sociedad, los más de ellos fueron llevados a cabo por varios individuos, que tal vez se pusieron de acuerdo entre ellos con vistas a un objetivo común: son actos ‘colectivos’. Pero tanto para la imaginación como para la observación directa, se reducen en cualquier caso a un conjunto de actos individuales” (Ibíd: 220-221).

He aquí el problema: si la imaginación se asocia a la percepción, si el historiador debe invertir el documento con sus propias imágenes (recuerdos) para poder representarse *concretamente* (esto es, de manera evenemencial) las realidades de las que habla, entonces la Historia asume un horizonte de visibilidad limitado, en la medida en que su marco de razonamiento opera sobre entidades (seres vivos, acontecimientos, motivos) que ya están predeterminadas por los esquemas de inteligibilidad de la percepción y la sucesión visible de los acontecimientos.

De ahí las referencias señaladas con anterioridad, cuando hablábamos de la conexión que la historia del siglo XIX tiene con la memoria. Seignobos lo tiene claro: el historiador está obligado a formarse imágenes de los hechos, el problema es que al plantear este modelo como único acercamiento al estudio del pasado el historiador asume un horizonte de experiencia (de visibilidad cognitiva) limitado, según el cual los historiadores se ven obligados a narrar los hechos del pasado como si fuesen hechos de la memoria, imaginándose ser ellos mismos (o tratando de imaginarse a sí mismos) el testigo de aquello de lo cual se habla⁴³³.

Pues bien, hecha esta aclaración pasemos a concretar el modelo de ordenación histórica propuesto por Seignobos.

B/ La ordenación histórica:

La pregunta a la que se trata de responder es la siguiente: ¿Cómo seleccionar los hechos históricos? ¿Qué hacer con ellos una vez que ya se han purgado de las impurezas de la transmisión o de las inexactitudes y falsedades del autor?

Ya hemos dicho que la Historia no es una mera recolecta de datos. Los metódicos son perfectamente conscientes de esto. Por eso su objetivo consiste en edificar un esquema que sea capaz de establecer alguna forma de mecanismo explicativo, de modo que los sucesos analizados, puedan ser comprendidos en calidad de patrones de significado, es decir, en elementos que explican cosas (o estados de cosas) o que permiten reconocerse como pertenecientes a una categoría abstracta (hechos materiales, intelectuales, económicos, políticos, etc.).

Pues bien, el objetivo de este punto consiste en analizar el esquema planteado por Seignobos. ¿Cómo lo hace? ¿A través de qué criterios?

⁴³³ He aquí las palabras de Seignobos: “*El historiador, obligado no obstante a formarse imágenes de los hechos, debe asumir la responsabilidad de no hacerlo sino con los elementos exactos, de forma que se los represente tal como si hubiera podido presenciarlos él mismo*”. Y en esa misma página, a modo de nota confiesa su adhesión a la célebre máxima de Ranke: “*Carlyle y Michelet han acertado a expresarlo con brillantez. Es también el sentido de la célebre frase de Ranke: ‘Quiero contar lo tal como sucedió’ (Wie es eigentlich gewesen)*” (Ibíd: 223).

La respuesta no es difícil de adivinar: en realidad, se trata de una propuesta doble, que combina dos clasificaciones propias de la época, si bien es cierto que no excesivamente formalizadas.

Por un lado, la clasificación de los hechos *conforme a su naturaleza*, para lo cual es necesario separar los hechos que concurren en una misma información documental, a fin de agruparlos mentalmente por clases y convertirlos en objeto de una rama particular de investigación (historia del derecho, historia económica, historia de la religión, historia del arte, etc.) (*Ibíd*: 232).

Y por otro, la clasificación de los hechos según *la época y el lugar* en que se produjeron. En esto no existe mayor misterio, solo se trata de ubicar el acontecimiento en un determinado momento y lugar.

Fruto de esta mezcla es la codificación de un esquema ambicioso, capaz de combinar al mismo tiempo tanto la ordenación temática de los hechos como la subdivisión de la misma en función de las épocas o las localizaciones geográficas, de modo que se pueda obtener en cada una de las historias *particulares* apartados cronológicos, geográficos o nacionales (*Ibíd*: 232).

En ese sentido las combinaciones podrían ser numerosas: ‘la historia del derecho en la Antigüedad romana’, ‘la historia del arte en la Francia del siglo XIX’, ‘la historia económica en la España del siglo XVIII’, etc. He aquí pues el aspecto más relevante: los hechos, como dice Seignobos, se integran en un esquema de conjunto, pero este esquema, merece la pena decirlo, es trazado a partir de las imágenes que el historiador hace de un conjunto presente que supone análogo al conjunto pretérito (*Ibíd*: 228).

La forma de codificar este esquema es por medio de un cuestionario universal, que tiene la siguiente forma. Lo reproducimos tal y como aparece en el texto⁴³⁴:

A. CONDICIONES MATERIALES: 1º *Estudio de los cuerpos*: a) Antropología (Etnología), Anatomía y Fisiología, anomalías y particularidades patológicas. b) Demografía (número, seos, edad, nacimientos, defunciones, enfermedades). 2º *Estudio del medio*: a) Medio natural geográfico (relieve, clima, aguas, suelo, flora y fauna). b) Medio artificial, acondicionamiento (cultivos, edificios, vías de comunicación, utensilios, etc.).

B. HÁBITOS INTELECTUALES (no obligatorios): 1º *Lengua* (vocabulario, sintaxis, fonética, semántica). Escritura. 2º Artes a) Artes plástica (condiciones de producción, ideas, procedimien-

⁴³⁴ Este mismo esquema o una versión muy similar en Seignobos (1923: 122-123)

tos, obras). b) Artes de la expresión, música, danza, literatura. 3º *Ciencias* (condiciones de producción, métodos, resultados). 4º Filosofía y moral (ideas, preceptos, práctica real). 5º *Religión* (creencias, prácticas).

C. COSTUMBRES MATERIALES (no obligatorias): 1º *Necesidades primarias*. a) Alimentación (materias primas, guisos, condimentos). b) Vestido y arreglo. c) Habitación y mobiliario. 2º *Vida privada*: a) Empleo del tiempo (aseo personal, cuidado corporal, comidas). b) Etiqueta social (bodas y funerales, fiestas, etiqueta). c) Diversiones (ejercicios y caza, espectáculos y juegos, reuniones, viajes).

D. ORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA: 1º *Producción*: a) Cultivos y cosechas. b) Explotación de minerales. 2º *Transformación. Transportee industria*: procedimientos técnicos, división del trabajo, vías de comunicación. 3º *Comercio*: venta e intercambio, crédito. 4º *Distribución*: régimen de propiedad, transmisión, contratos, distribución de bienes.

E. INSTITUCIONES SOCIALES: 1º *Familia*: a) Constitución, autoridad, condiciones de la mujer y de los hijos. b) Organización económica. Propiedad familiar, herencia. 2º *Educación e instrucción* (finalidad procedimientos, personal docente). 3º *Clases sociales* (principio de división, normas de relación).

F. INSTITUCIONES PÚBLICAS (obligatorio). 1º. *Instituciones políticas*: a) Soberano (funcionarios, modo de actuación). b) Administración, servicios (guerra, justicia, finanzas, etc.). c) Poderes electos, asambleas, cuerpos electorales (agentes, modo de actuación). 2º *Instituciones eclesiásticas* (*id. ant.*). 3º Instituciones internacionales: a) Diplomacia. b) Guerra (usos bélicos y artes militares). c) Derecho privado y comercio (Langlois y Seignobos, 1898: 232-234).

Imaginemos por ejemplo un trabajo sobre la historia de Francia en el siglo XVII. Para hacerlo será necesario ordenar los hechos en función de las categorías recientemente señaladas (condiciones materiales, hábitos intelectuales, costumbres materiales, etc.), tratando de responder en cada uno de los casos a las preguntas que integran el contenido de las mismas.

En la categoría ‘económica’ por ejemplo el historiador deberá redactar un capítulo en el que trate de responder a las preguntas señaladas. Es cierto que muchas veces no podrá hacerlo, pero habrá otras en las que la documentación existente podrá suministrar las respuestas a cada una de las preguntas que integran el cuestionario económico. Sabrá documentar por ejemplo las características que definen el régimen productivo, cómo se articula la industria en el siglo XVII, cuáles son los procedimientos técnicos puestos en práctica en la producción, qué tipo de comercio existe o cuáles son los principales canales de distribución, entre otras cosas.

Y así con todas y cada una de las categorías anteriormente señaladas, de manera que la síntesis histórica, tal como la define Seignobos, estaría pensada para aplicarse a obras en las que participan distintos especialistas en la materia, al estilo de lo que ocurre con las grandes colecciones dirigidas por los historiadores profesionales⁴³⁵.

En ese sentido la síntesis presenta un territorio ambicioso, y en el cual la estructuración interna de los hechos está alejada del ensayo y los recursos dramatizantes de la *histoire-bataille*⁴³⁶.

Sobre este punto no cabe la menor duda. Sin embargo, el cuadro de Seignobos se acompaña de una serie de comentarios que resultan ciertamente sospechosos. El primero de ellos hace referencia a las categorías b y c, respectivamente, y en él se precisa que tanto el análisis de los hábitos intelectuales como el de las costumbres materiales no son campos obligatorios para el trabajo del historiador, como si con esto se quisiera restarles importancia en términos analíticos. El segundo señala justamente lo contrario, al precisar como ‘obligatorio’ el análisis de las instituciones públicas (f), privilegiando así el objeto de atención (la dimensión política) de la historiografía tradicional. El resto de categorías (a, d, e) no presentan ninguna precisión de este tipo (Mucchielli, 1994: 134).

¿Qué pensar pues al respecto?

Algunos autores, como L. Mucchielli, han querido ver aquí un ejercicio de autodefensa disciplinar. La Historia, tal como se ha señalado, es una disciplina hegemónica y goza de un capital simbólico incuestionable, especialmente en la época de la Tercera República, pero alrededor suyo empiezan a desarrollarse un conjunto de disciplinas (economía, antropología, sociología) que amenazan el monopolio de la ciencia histórica en su lectura de la realidad.

Frente a estas ciencias, se erige precisamente este manual. Ahora bien, el objetivo no es acabar exactamente con ellas sino codificar un marco unificado desde el cual se pueda hacer frente al *imperialismo* metodológico defendido por los sociólogos, primero en los trabajos de E.

⁴³⁵ Véanse en el caso de los metódicos Lavissee (1900-1911), Seignobos (1921).

⁴³⁶ Algún tiempo después el propio Seignobos responderá en estos términos a las críticas vertidas por F. Simiand a la metodología histórica. “*Simiand paraît vouloir la faire remonter à Thucydide et parle d’‘une expérience de pus de vingt siècles’; c’est une plaisanterie. – Thucydide a surtout été un ‘reporter’ qui a reuni des renseignements oraux pour donner des recettes d’action aux politiques et aux capitaines de son temps. Il n’a pas eu à chercher une méthode; puisqu’il n’opérait pas sur des documents écrits. La méthode historique commence avec Du Cange et Voltaire aux XVII^e et XVIII^e siècles, - encore est-elle alors rudimentaire*” (Seignobos, 1907: 606-607). Obviamente, la crítica de Simiand en este aspecto es totalmente desafortunada. La historia que plantea Seignobos y sus amigos no es la Historia ejecutada por Tucídides o los cronistas medievales. Entre ellas existe una diferencia abismal: tanto en lo que se refiere a las formas de instrumentación como en los mecanismos de autenticación discursiva. Para verlo solo hay que echar un vistazo a todo lo que hemos señalado en la ‘teoría del documento’ codificada por Seignobos.

Durkheim, y después, de manera más insistente, en los artículos y las recensiones críticas realizadas por sus colaboradores en la *Revue internationale de Sociologie* (1893) o en *l'Année sociologique* (1898).

Esta tesis, aunque no sea reconocida por los metódicos, es sin duda perfectamente razonable, tanto más cuanto se avanza en la lectura del libro y empiezan a percibirse qué maniobras son las que salvaguardan el marco y la jerarquía de objetos tradicionales (los individuos, los hechos políticos) en la disciplina histórica.

Para verlo es preciso continuar el desarrollo del libro, a sabiendas de que la opción defendida por Seignobos no es tampoco un alegato o una apología injustificada de la Historia tradicional. Es más, él mismo se sitúa en una posición intermedia, según la cual el historiador ha de integrar en su trabajo tanto el análisis de los hechos colectivos como el estudio de los hechos singulares.

Ambas perspectivas, según Seignobos, son perfectamente complementarias (Langlois y Seignobos, 1898: 235-236). Sin embargo, los hechos individuales continúan manteniendo un estatus privilegiado. ¿Por qué?

La respuesta apenas se hace esperar: el propio Seignobos asume su réplica dotándola de una justificación epistemológica. Los hechos colectivos, dice, constituyen un objeto indispensable para el análisis histórico, sin embargo centrarse solamente en ellos apenas permite imaginarnos más que una imagen fija o estática de la vida colectiva⁴³⁷.

Es cierto que las sociedades presentan regularidades, pero también es cierto que las sociedades cambian y generan diferentes formas de organización. La función de la Historia no consiste solamente en analizar el cuadro de la vida colectiva en un momento dado, sino en analizar esta última en función de su estado y de su propio devenir temporal⁴³⁸, para lo cual es necesario fijar

⁴³⁷ En este punto Seignobos realiza unas aclaraciones interesantes. Ninguna sociedad real, dice, es un conjunto homogéneo, ni siquiera las sociedades estatales, donde los mecanismos de integración política y cultural están más centralizados y actúan de manera eficaz. En toda sociedad existen pues grupos que introducen rasgos secundarios. Por tanto, antes de aplicar el esquema general (la síntesis o el *cuestionario* anteriormente citado) a un momento de la vida colectiva hay que delimitar la naturaleza y el ámbito de la comunidad analizada, ¿quién formaba parte realmente del grupo, ¿cómo estaba subdividido? ¿Compartían todos los individuos las mismas costumbres? Una vez realizada esta acotación previa, es posible analizar uno o varios rasgos en una época o un lugar determinados, según el cuestionario universal trazado por analogía. Más información en Langlois y Seignobos, 1898: 236-238).

⁴³⁸ Como decíamos antes, el objeto *formal* de la ciencia histórica no es solo el estudio de las cosas humanas del pasado sino la disposición a reconstruir estas últimas en su relación con el cambio y la temporalidad. He aquí, según Seignobos, lo que diferencia a la ciencia histórica respecto a las Ciencias Sociales: “*La evolución es un fenómeno fundamental en todas las ciencias que estudian seres vivos, pero en Historia es donde tiene su sitio capital. La Historia es ante todo la ciencia de la evolución de las sociedades, y por eso la práctica histórica ha obligado a plantearse, con más claridad que en cualquier otra ciencia, el tema de la evolución. La ciencia, social, por el contrario, corre el riesgo de olvidarla, porque se limita a periodos muy cortos, en que la evolución es menos sensible*”

la atención en los diferentes momentos de su existencia, a fin de concebir hipótesis que permitan explicar las razones de los cambios y de la dinámica social (p. ej. el surgimiento de una nueva costumbre, una re-ordenación de la situación política, etc.).

Es aquí donde entran en juego los hechos individuales. Su privilegio no es el resultado de una preferencia meramente subjetiva, sino al contrario, la consecuencia de una teoría limitada, que hace del acontecimiento histórico *no la expresión del cambio sino la razón del mismo*⁴³⁹.

Dicho de otra manera, para Seignobos es inconcebible pensar el cambio desde las regularidades sociales; si algo cambia, dice, es porque existe un elemento particular (un *accidente*, dirá Seignobos) que ha influido en la transformación de las costumbres y de los hechos regulares.

En este punto, el argumento de Seignobos se presenta con un carácter auto-evidente: ‘en ocasiones, dice, hay sucesos (una batalla, una conquista, una guerra, etc.) que cambian las condiciones generales de vida. La invasión de los bárbaros por ejemplo ha influido simultáneamente en distintas ramas de la vida colectiva de la Galia (lengua, instituciones políticas). Esto no significa que las costumbres carezcan de importancia analítica, sin embargo no es posible investigar la evolución histórica limitándonos a una rama particular de los hechos. Junto a ello es preciso postular un tipo de sucesos que permitan explicar el surgimiento y la evolución de los fenómenos regulares’. Momento éste en el que Seignobos recurre a una serie de ‘ejemplos’ que hacen las veces de ‘prueba’: de ahí la referencia a la toma de la Bastilla o la victoria de Farsalia en la segunda guerra civil romana, todas ellas son traídas a colación con el objetivo de hacer pasar por ‘evidente’ la función explicativa proyectada en los acontecimientos, o lo que es igual, la idea de que *sin esos acontecimientos*, sin esos hechos accidentales y pasajeros, la historia de las instituciones romanas o francesas hubiese sido imposible de comprender⁴⁴⁰.

(Seignobos, 1901: 126). También aquí: “(...) *este trabajo nos permite esbozar el cuadro de la vida humana en un momento dado; proporciona el conocimiento de un ‘estado’ de la sociedad (Zustand, en alemán). Pero la historia no se limita a estudiar acontecimientos ‘congelados’ en un determinado momento. Estudia la ‘situación’ de la sociedad en diferentes momentos y señala las diferencias entre ellos. (...) Por tanto, hay que estudiar esos cambios: se trata del estudio de los acontecimientos sucesivos*” (Langlois y Seignobos, 1898: 240).

⁴³⁹ Más tarde, en el debate entre historiadores y sociólogos, abordaremos esta cuestión de manera más detallada. Por el momento, basta con retener esta idea en la mente: el acontecimiento es la explicación del cambio, no su expresión.

⁴⁴⁰ Aunque ya lo hemos referido, volvemos a poner de manifiesto el pasaje donde Seignobos “demuestra” el factor explicativo del acontecimiento: “*En un cuadro donde se redujera a los acontecimientos generales de la vida política, no habría lugar para la victoria de Farsalia o la toma de la Bastilla, hechos accidentales y pasajeros, pero sin los cuales la historia de las instituciones romanas o francesas sería imposible de comprender*” (Ibíd: 236). Y la misma idea, aunque expresada en términos generales: “*Verdad es que el conocimiento de las formas tiene ya un valor. Restan no obstante actos reales, que es necesario conocer para comprender la Historia general, y son las invasiones, guerras, motines, persecuciones, que cambian las condiciones reales de vida*” (Seignobos, 1901: 155).

Lo individual es, en ese sentido, el elemento propiamente *histórico*: es lo que permite explicar el cambio en las costumbres y los hechos regulares (*Ibíd*: 236). De ahí el interés que estos últimos tienen para la ciencia histórica. Si esta última analiza el pasado en su relación con el cambio entonces es claro que el acontecimiento asuma un papel estratégico, en la medida en que este último es el que satisface las demandas del objeto *formal* de la Historia, que ya hemos dicho que es el estudio del pasado en función de su estado y de su devenir temporal⁴⁴¹, es decir aceptando que las cosas humanas se modifican a partir de un futuro abierto e indeterminado.

En ese sentido la Historia retoma el tema del acontecimiento, lo que pasa es que lo hace de una manera diferente, más refinada si se quiere. En lugar de apelar a ellos con fines estrictamente políticos o literarios, Seignobos retoma el acontecimiento a partir de una justificación presuntamente epistemológica⁴⁴². Su objetivo no es la creación de una *mise en scène* dramatizada, sino la combinación de estas unidades con el estudio de las costumbres y los hechos generales, a fin de poner al descubierto la influencia que ciertos sucesos (habrá que determinar cuáles) han tenido para el estudio de la evolución histórica.

El esquema es simple: en primer lugar, dilucidar qué acontecimientos han influido en la transformación de *cada* costumbre humana, o bien si lo han hecho *en varias* costumbres al mismo tiempo (lengua, instituciones políticas, religión, etc.). Después, tratar de ubicar el accidente en el momento preciso en que ejerce su influencia. Y por último, compilar los distintos accidentes que han influido en los hechos generales y clasificarlos por orden cronológico y locativo (*Ibíd*: 240).

De ese modo, al privilegiar el análisis de los hechos individuales, Seignobos plantea una imagen problemática, según la cual el desarrollo y la génesis de las historias particulares (reli-

⁴⁴¹ El historiador A. D. Xénopol, asiduo en los debates de la *Revue de Synthèse*, se expresa en la misma dirección que Seignobos. Así, en su discusión con P. Lacombe sobre los hechos de la repetición y los hechos de la sucesión, dice: “*Et ce qui est important, lorsqu’on considère le développement, c’est précisément l’élément différentiel; par exemple que telle bataille a eu pour conséquence, la prise de telle ville, l’occupation de tel territoire, la destruction de l’armée ennemie (...). Les faits, considérés dans leur succession, étant dissemblables, ils ne peuvent plus être soumis par l’opération de la généralisation (...). Les faits successifs ne peuvent qu’être enchaînés dans les séries qui les relient entre eux, pour les conduire à un résultat*” (Xénopol, 1900: 126-127).

⁴⁴² Sin negar el carácter dramático del acontecimiento Seignobos recuerda la importancia del mismo para el conocimiento de la transformación social: “*L’événement a l’avantage pratique de se présenter sous la forme la plus intéressante pour des enfants: c’est une série de scènes dramatiques entre des individus. Dans ces scènes, l’élève livré à lui-même ne verrait que le drame, les actes, les paroles, les sentiments des personnages. Mais le professeur peut lui faire voir plus loin, les résultats des actes; je crois même qu’il doit lui donner l’habitude de chercher toujours à se rendre compte des conséquences d’un événement (...). Ainsi l’étude des événements, qui forme la partie la plus vivante de l’enseignement, aboutira d’elle-même à une étude des transformations (...). L’effet des événements est de transformer la société; elle n’est plus après un événement ce qu’elle était avant. La France après la Révolu-*

gión, economía, instituciones políticas, arte, etc.) quedarían explicadas por acontecimientos fortuitos (accidentes) a los que Seignobos excluye del análisis estructural, presentando así su posibilidad histórica como un factor que no está ligado (contenido, explicado) a la naturaleza del sistema mismo donde aquel concurre.

El resultado es una visión de la evolución tremendamente (a)problemática, en la cual el desarrollo de las sociedades humanas se asemeja poco más o menos que a una cadena de accidentes individuales⁴⁴³. De ahí el término de ‘Historia general’, un término, a nuestro juicio, que salvaguarda el privilegio que la Historia tradicional había otorgado a los aspectos individuales, si bien es cierto que de una manera más refinada, tratando de combinar estos hechos con la presencia de los hechos regulares en un esquema codificado.

Seignobos repite esta idea en múltiples ocasiones. Así, ‘*por encima de las historias particulares, dice, habrá de erigirse una historia general, capaz de unificar (he aquí su plan) las historias especializadas y mostrar la evolución de conjunto que ha dominado el resto de evoluciones particulares*’ (Langlois y Seignobos, 1898: 24).

El objetivo es por tanto analítico: no se trata de ensalzar los hechos como imágenes de adhesión política, al estilo de E. Lavissee y sus manuales escolares⁴⁴⁴, sino de insertarlos en una construcción teórica en la que se re-signifiquen como patrones de significado, es decir como elemen-

tion n'est plus la France de l'ancien régime” (‘L’enseignement de l’histoire comme instrument d’éducation politique’ en Seignobos, 1934: 121).

⁴⁴³ En ese sentido, Seignobos asume el carácter ambiguo, mitad ciencia, mitad relato novelesco del género histórico. Para él, los accidentes son lo que explica el motor de la evolución social, razón por la cual la ciencia histórica no puede asemejarse al conocimiento abstracto de las relaciones generales entre los hechos. “*No ha habido más que una evolución de la Tierra, de la vida animal, de la humanidad. En cada una de ellas, los hechos que han ido sucediéndose han sido resultado no de leyes abstractas, sino de la concurrencia en cada momento de varios hechos de diferente especie. Esta concurrencia, que a veces recibe el nombre de azar, ha originado una serie de accidentes que han determinado el sentido concreto de la evolución. La evolución no es comprensible sino mediante el estudio de tales accidentes; la historia está aquí en igual situación que la geología o la paleontología*” (Langlois y Seignobos, 1898: 241-242).

⁴⁴⁴ El propio Seignobos reivindica el papel de los ‘acontecimientos’ como instrumentos de educación política. Ahora bien, lo hace de un modo muy distinto al que plantea E. Lavissee en su célebre catecismo nacionalista (*Le Petit Lavissee*). En Seignobos, el objetivo no es vehicular comportamientos ejemplarizantes, sino poner de manifiesto el modo en que sucede la evolución histórica. En ese sentido, la enseñanza de los ‘acontecimientos’ desempeña un papel importante: introduce en el alumno la noción de *transformación* social. Al estudiarlos el alumno se familiariza con usos y costumbres que no sería posible mostrarle en la realidad, protegiéndose así contra el miedo irracional a los cambios sociales. “*Les événements ont toujours tenu la place la plus large dans l’attention des contemporains et des historiens (...). Mais bien qu’ils y aient été introduits pour des motifs de curiosité qui ne son plus les nôtres, ils sont pourtant bien à leur place pour un motif que nos devanciers ne soupçonnaient pas: parce qu’ils sont de bons instruments d’éducation politique, des instruments plus efficaces que l’étude des institutions. Car ce qui domine la vie politique réelle, ce ne sont pas les institutions officielles, ce sont les événements*”. (L’enseignement de l’histoire comme instrument d’éducation politique’ en Seignobos, 1934: 120-121). También la misma opinión en ‘La enseñanza secundaria de la Historia en Francia’ en Seignobos (1898: 311-312).

tos que explican cosas o estados de cosas, tales como las costumbres humanas o la evolución interna de las mismas⁴⁴⁵.

Ahora bien, llegados a este punto se impone una precisión. ¿Qué son exactamente estos hechos que estudia la ‘Historia general’? ¿A qué acontecimientos se refiere Seignobos cuando habla de ‘hechos individuales’?

Este último ya nos ha proporcionado alguna pista importante: los hechos individuales, dice, son hechos que han ejercido una influencia decisiva en la población, dando lugar a contextos o situaciones novedosas (Langlois y Seignobos, 1898: 244). Ahora bien, un criterio como este resulta todavía demasiado impreciso: dentro de él caben hechos de muy diversa índole, dependiendo de si los hechos referidos son de igual naturaleza que los hechos cuya evolución se estudia (descubrimientos científicos en historia de la ciencia, hechos literarios en historia de la literatura, etc.) o bien de una especie distinta (descubrimientos de nuevas tierras, revoluciones, guerras) (*Ibíd*: 245).

En principio, es factible admitir ambas posibilidades, sin embargo la realidad es que Seignobos acaba decantándose finalmente por la segunda, asumiendo el hecho de que tales sucesos, por lo general, se identifican con los hechos que más posibilidades tienen de influir en una masa de población. ¿Y cuáles son esos hechos?

Seignobos lo tiene claro: *los hechos de índole político o militar*, aquellos hechos que no se adscriben a un especialidad concreta y que sin embargo han influido en la evolución de una o varias costumbres humanas (*Ibíd*: 243). Tales hechos, como sugeríamos, se identifican normalmente con migraciones, guerras, invasiones colonizadoras, reformas religiosas, revoluciones, o incluso con innovaciones científicas, especialmente en su vertiente técnica (imprenta, máquina de vapor, etc.), es decir todos esos hechos sin los cuales no es posible entender la evolución de la sociedad humana en Occidente (*Ibíd*: 244).

⁴⁴⁵ “*Todas estas Historias especiales no se hacen inteligibles sino por la Historia no especial que nos enseña la conquista romana del siglo I y la invasión de los bárbaros en el V. (...) Su carácter es ser una descripción de la realidad concreta, referir los hechos o las aventuras del conjunto de los hombres que han formado la sociedad, y así sirve de enlace entre las Historias especiales. (...) estos acontecimientos comunes que ligan y dominan las actividades especiales son sobre todo los que enlazan a la masa de la población y modifican su estado general: los traslados de población al colonizar, invadir y pasar pueblos de un sitio a otro; la creación de centros de población; la creación o la transformación de sistemas generales de agrupación entre los hombres (Estado, Iglesias). De aquí procede la importancia de la Historia política, así se explica que sea la parte más considerable de la Historia general*” (Seignobos, 1901: 142).

Pero, ¿cómo acceder a ellos? ¿A través de qué decisiones o qué estrategias analíticas? Dicho de otro modo, ¿en qué consiste la conceptualización de los hechos individuales promulgada por Seignobos?

En este punto el historiador metódico no se prodiga en exceso. Simplemente se limita a dar por explicado aquello que hay que explicar, y que no es otra cosa que la función explicativa de los acontecimientos, es decir precisar cómo y de qué manera es posible que un simple acontecimiento pueda generar ‘por sí solo’ una modificación real en las costumbres humanas.

En relación a este tema, Seignobos no añade absolutamente nada. Su análisis se limita al criterio que guía la selección de los hechos: como decíamos, no un acontecimiento cualquiera, sino aquellos hechos que mayor influencia han ejercido en la evolución de las sociedades humanas, con independencia de si fueron hechos espectaculares o hechos que lograron concitar el patriotismo o las preferencias subjetivas del historiador (*Ibíd*: 261).

La característica que permitirá reconocerlos, dice, es que *sin ellos no cabe entender la evolución de las costumbres de un pueblo*. Pero he aquí que semejante regla no plantea un modelo de causalidad estrictamente explicativa. Se trata de un criterio que *no permite explicar las condiciones sobre las cuales se asienta la eficacia de un hecho o un acontecimiento determinado*.

En ese sentido, la máxima de Montesquieu se presenta como una intuición provechosa. ‘Si una causa en particular, como el resultado accidental de una batalla, ha arruinado a un estado, entonces existió una causa *general* que fue la que determinó la caída de dicho estado como consecuencia de una sola batalla’.

Esta máxima, expresada en su libro *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, plantea otra clave de análisis. En lugar de restringir el análisis a las ideas o los motivos del acto (las causas inmediatas), se trata de plantear un estudio sobre las condiciones de producción (y de eficacia) del acontecimiento⁴⁴⁶. Es decir, ¿por qué un hecho o un acontecimiento concreto fueron susceptibles de adquirir un poder de transformación tan poderoso? ¿Qué tipo de procesos o de fenómenos generales han hecho posible que ciertos acontecimientos tengan el poder o la eficacia suficiente para desencadenar un cambio a gran escala?

⁴⁴⁶ El propio Durkheim es consciente de la novedad del planteamiento de Montesquieu: “la ciencia que se encuentra en Montesquieu es realmente la ciencia social: no trata de la conciencia del hombre individual; lo que tiene por objeto son las cosas sociales (...). No se trata, en efecto, de instaurar no se sabe qué nuevo orden político, sino de determinar formas políticas normales, que es lo propio de la ciencia” (Durkheim, 1892: 6-7) “Montesquieu no sólo ha comprendido que las cosas sociales son objeto de ciencia, sino que ha contribuido a establecer las nociones clave indispensables para la constitución de esta ciencia. Esas nociones son dos: la noción de tipo y la noción de ley” (*Ibíd*: 67).

¿Qué había previamente en la realidad social para que un suceso de esas características pudiera alterar el estado de las cosas?

Al prescindir de estas cuestiones, Seignobos plantea un enfoque limitado de la síntesis: ahora bien, su inconveniente no procede del hecho de que priorice un esquema basado en los rasgos *subjetivos* que intervienen en el acontecimiento⁴⁴⁷; su inconveniente es que al hacerlo así omite un campo de análisis (y por tanto, de intervención práctica) en el que se vislumbra una trama de determinaciones que no pasan por el reconocimiento previo de los sujetos. Por eso la idea de transformación que plantea Seignobos resulta tan pobre e insuficiente: porque al reducir el análisis a la perspectiva de las causas inmediatas, *el planteamiento resultante no conoce otro determinismo que aquel que resulta de las “propias” determinaciones vivenciadas por el sujeto*.

El resultado es un tipo de aproximación analítica que da por explicado (o por ‘evidente’) aquello que precisamente hay que explicar, cayendo así en una disposición teórica en la que se tiende a fetichizar el acontecimiento, al contemplarlo como un suceso en el que ciertas acciones dan como resultado el cambio de un *status quo*, eso sí, sin preguntarse previamente si tales acciones estaban *sobredeterminadas* o bien se podían leer, más que como causas, como *expresiones* de un cambio que responde a transformaciones más profundas, no reductibles a las determinaciones propias (esto es, reconocidas como tales) de los agentes.

De ahí el privilegio otorgado por Seignobos a los individuos. Estos últimos, como sugiere el historiador, desempeñan un papel privilegiado en el estudio de los acontecimientos. Sin embargo, el individuo no es la causa explicativa de los mismos: en ellos intervienen un cúmulo de coincidencias que hace que las intenciones iniciales no sean los únicos factores que concurren al desarrollo de un acontecimiento.

Seignobos es perfectamente consciente de esto; es más, él mismo desarrolla estas tesis (lo veremos más adelante) en el marco de una discusión con F. Simiand en la *Société française de Philosophie*. Por el momento, no es preciso extenderse mucho más en la disputa, sin embargo, merece la pena recordar el hecho de que aunque la causa de un acontecimiento no se identifique con los motivos del agente, estos últimos sí constituyen un acceso estratégico para comprender el alcance y las probabilidades de la eficacia de los acontecimientos.

⁴⁴⁷ Los individuos desempeñan un papel esencial en la producción del acontecimiento: “Para describir un acontecimiento es necesario precisar su carácter y su extensión. (...) He aquí los aspectos que deberá incluir la síntesis: uno o varios hombres, con tales rasgos subjetivos (ideas o motivos del acto), operando en tales condiciones materiales (lugar, instrumento) realizaron tales acciones, que dieron como resultado tal cambio” (Langlois y Seignobos, 1898: 263).

En este tema, como en tantos otros, la opinión de Seignobos resulta bastante escueta. Su reflexión se limita a referir las situaciones a partir de las cuales es posible afirmar que un individuo ha ejercido influencia en la transformación de las costumbres. Para ello plantea dos criterios importantes, los cuales dejan al descubierto los límites que los metódicos han heredado de la Historia tradicional y del tiempo corto que la contiene.

Así, antes de analizar las consecuencias derivadas del acontecimiento, el historiador debe investigar las causas del mismo, para lo cual es preciso reconstruir los motivos que han guiado la pugna y la interacción de los agentes. En ese cometido el historiador debe plantear en todo momento qué condiciones son las que nos permiten discernir si el análisis de un individuo es pertinente o no, es decir si estuvo en condiciones de influir decisivamente en el curso de la evolución de las costumbres.

Seignobos plantea dos criterios importantes:

1/ En el primer caso, el historiador debe plantearse lo siguiente: ¿fueron las acciones del individuo pioneras en algún sector de la producción social? ¿Ejercieron algún tipo de influencia o tendencia novedosa? En verdad, este criterio no añade mucho a lo que ya se ha dicho en páginas anteriores, sin embargo Seignobos introduce un aspecto relativamente diferente, según el cual la ejemplificación o la creación de tendencia constituye un aspecto a tenerse en cuenta para calcular la importancia de un individuo.

Como es lógico, esta pregunta resulta pertinente en sectores como las artes, las ciencias, la religión o las grandes innovaciones técnicas (*Ibíd*: 244). En estos casos el historiador debe saber si la obra de un individuo ha sido un acontecimiento pionero o ejerció una ejemplificación artística o científica para las generaciones futuras.

En este punto, el planteamiento de Seignobos no se aleja en exceso de los parámetros metodológicos de la época⁴⁴⁸. Es más, su decisión nos indica precisamente lo contrario; en el fondo,

⁴⁴⁸ Así, aunque Seignobos no dude en cuestionar la Providencia o la retórica teleológica de los historiadores alemanes (Ranke, Mommsen, Burckhardt, etc.), lo cierto es que todos ellos, incluido el propio Seignobos, presentan importantes similitudes metodológicas. Todos ellos por ejemplo otorgan un papel privilegiado al estudio de las personalidades o de los grandes hombres. En palabras de J. Burckhardt: *“Los pueblos, las culturas, las religiones, cosas en las que aparentemente solo la vida colectiva puede significar algo (...) encuentran su recreación o su expresión imperativa en la figura de los grandes hombres. (...) La diversidad de las manifestaciones colectivas que culminan en los grandes hombres o son transformadas por ellos, es grande. Hay que considerar aparte, en primer lugar, a los investigadores, los descubridores, los artistas, los poetas, en una palabra, a los representantes del espíritu. Estos tienen a su favor la confesión general en lo que a ellos se refiere de que sin los grandes hombres no sería posible avanzar en este terreno; de que el arte, la poesía, la filosofía y todas las cosas grandes del espíritu*

subyace un cierto aire de familiaridad, al insistir en un aspecto que guarda importantes similitudes con el sistema de jerarquías procedimentales (prioridad por el estudio de las personalidades históricas) propias de la historiografía de la época.

En ese sentido, el acontecimiento mantiene una estrecha relación con el individuo: este último, dice Seignobos, es el único elemento que nos permite reconstruir el acto y hacerlo inteligible *en tanto que patrón de significado*. Para entenderlo es preciso recordar el argumento que habíamos manifestado en relación a la imaginación histórica y el papel (y las limitaciones) de la analogía.

Decía así: ‘si la imaginación se asocia a la percepción, si el historiador inviste el documento con imágenes subjetivas (recuerdos) para poder representarse concretamente las realidades de las que habla, entonces la Historia asume un horizonte de visibilidad limitado, en la medida en que plantea un marco de razonamiento que opera sobre entidades (seres vivos, acontecimientos, motivos) que ya están predeterminadas por los límites de la percepción y la sucesión visible de los acontecimientos’.

Con ello la secuencia de trabajo resulta clara: lo primero que hay que hacer es localizar los distintos acontecimientos en el trascurso de la historia, y después, tratar de rastrear, para cada uno de los casos, la presencia de ‘individuos’ o de ‘personalidades históricas’, a fin de que la investigación de sus acciones permita poner de manifiesto los fenómenos psicológicos (ideas, motivos) que han confluído en la consecución del acto.

El acontecimiento no se identifica con el actor, pero suprímase a los actores y quedará suprimida también toda posibilidad de hacer inteligible el acontecimiento en tanto que fenómeno antropomórfico.

Ahora bien, el problema no es el acontecimiento, el problema es el esquema interpretativo que hace de la transformación social un factor azaroso al que solo es posible acceder mediante una metodología psicologista y evenemencial, creyendo que este último solo es conceptualizable

viven innegablemente de sus grandes representantes” (Burckhardt, 1980: 268-269). No cabe duda que J. Burckhardt inserta lo individual en un esquema de carácter teleológico, sin embargo su análisis mantiene idénticas semejanzas con la predilección de Seignobos por lo individual. Ambos autores encuentran en lo individual el lugar donde está propiamente *lo histórico*. Es el motor del cambio: “*Los actos individuales constituyen una gran parte de la Historia general (...) los inventos o las creaciones individuales son ejemplos dados por un hombre y seguidos por una masa de imitadores. Se producen sobre todo en la vida intelectual, creación de una creencia, de una forma de arte, de una Ciencia, de un ideal. (...) El influjo del individuo es evidente (...) El iniciador lleva a la sociedad a cambiar de conducta, o de apreciación del valor, o de procedimientos de acción.* (Seignobos, 1901: 255-256).

a partir de la reconstrucción de los factores psicológicos (ideas, motivaciones) que han concurrido en la producción y la dirección del acto⁴⁴⁹.

2/ Pero junto a esto existe también otro supuesto que nos permite saber si un individuo estuvo en condiciones de influir significativamente en la realidad. Seignobos lo plantea de manera clara. Dice así: a la hora de analizar las acciones individuales el historiador debe plantear qué posición detentaba el sujeto en el marco de una sociedad. ¿Estuvo en alguna situación privilegiada? ¿Formó parte de alguna institución que le permitiera *dar órdenes y señalar un objetivo a la colectividad*? (Langlois y Seignobos, 1898: 244-245).

Si la respuesta es afirmativa el historiador deberá emprender un análisis de las acciones individuales, a sabiendas de que su objetivación analítica podrá suministrar importantes conocimientos acerca de las posiciones que han podido influir en el rumbo y las probabilidades del cambio.

Ahora bien, el análisis de los individuos no es importante por sí mismo. Este último solo cobra relevancia en la medida en que los sujetos individuales se sitúan en la cúspide de una estructura de poder, gracias a la cual, dicho sea de paso, adquieren un margen de influencia particularmente amplio, sobre todo si lo comparamos con la del resto de los individuos de la época.

Seignobos es perfectamente consciente de esto. Sin embargo, en lugar de prolongar esta tesis y considerar el acontecimiento como la expresión de una situación objetiva, cuyos límites estarían determinados por el juego y la tensión de las regularidades, Seignobos se contenta con apelear al carácter *fortuito* del acontecimiento. Es decir, se acepta por un lado la existencia de regularidades colectivas, pero al tiempo se deja sin indagar las consecuencias teóricas que se derivan de las mismas, dando a entender así una concepción restringida del cambio histórico, según la cual solo si encontramos un protagonista individual para cada fenómeno histórico es posible encontrar la clave que explique el acontecimiento.

⁴⁴⁹ En Seignobos, el acontecimiento solo deviene inteligible a condición de *imponer a las fuerzas concurrentes la forma de un sujeto*, es decir, explicando el mecanismo y la lógica del cambio desde las categorías del tiempo de la conciencia. En uno de sus debates con F. Simiand lo deja meridianamente claro: “*Soit la Révolution de 1688. Guillaume III a débarqué en Angleterre, parce qu’il ‘voulait’ prendre le trône. Jacques II n’a pu résister, parce qu’il avait ‘peur’. Les Anglais l’ont abandonné parce qu’ils ‘craignaient’ le catholicisme. Supprimez cette volonté de Guillaume, cette lâcheté de Jacques, cette crainte des protestants, le récit de la Révolution devient absolument inintelligible. La meilleure preuve, c’est l’impossibilité où nous sommes de reconstituer les événements préhistoriques. Nous possédons des objets préhistoriques, par centaines de milliers, mais comme nous n’avons pas de renseignements sur les motifs des hommes préhistoriques, nous n’arrivons même pas toujours à savoir à quoi ont servi ces objets. Pour comprendre un acte il faut avant tout connaître (ou conjecturer) le phénomène psychologique qui a dirigé cet acte*” (‘Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique’ en Seignobos, 1934: 54).

Las consecuencias son del todo previsibles: de hecho, se asemejan bastante a las críticas vertidas por N. Elias en su análisis de la historiografía del siglo XIX. Así, al buscar la explicación en un elemento misterioso, en algo que, por definición, queda excluido de los criterios de objetivación científica⁴⁵⁰, Seignobos no puede, entonces, evitar que su planteamiento tienda a proyectar en los hechos individuales la excelencia y el valor del individuo singular (Elias, 1993: 28), contribuyendo así, aunque sea de manera involuntaria, a reactualizar la idea de que la historia pasada solo se comprende mediante el estudio de los accidentes individuales, los cuales solo son comprensibles a su vez a partir de la reconstrucción de los factores psicológicos que han concurrido en la producción del acto.

En ambos casos (1 y 2) se percibe una misma estrategia procedimental: el lugar en el que los historiadores encuentran *lo histórico*, el elemento propiamente diacrónico, se identifica con los hechos individuales, y más en concreto, con el de aquellos hechos que han sido realizados *por personas que detentaron una posición privilegiada en el seno de la estructura social* (reyes, jefes de Estado, generales, dirigentes políticos, líderes religiosos, diplomáticos, cabecillas revolucionarios, etc.).

Ahora bien, si prescindimos de la retórica y de los artificios justificativos de Seignobos, lo que encontramos es una defensa encubierta de la ‘teoría de la acción’, según la cual el problema básico de la explicación histórica ha de reducirse al problema de la agencialidad humana. Para ello el historiador debe encauzar el análisis de los individuos según dos aspectos determinantes: el primero de ellos, considerar las ideas o los motivos que han guiado el proceder de los actores, y el segundo, reconstruir sus estrategias para poder conseguir realizar esos ideales. (Pereyra, 1984: 99).

Como se ve, Seignobos no es capaz de rebasar los límites que plantea la explicación intencionalista. En el fondo, subyace la idea de que la voluntad *es lo que determina* el proceder del actor. Ahora bien, ¿puede alcanzarse realmente una explicación del cambio histórico satisfactora a partir del pensamiento y de las voluntades que lo inspiran?

⁴⁵⁰ Aunque la Historia sea un *procedimiento* de investigación científica, Seignobos no asume la idea de que los acontecimientos puedan someterse a un proceso de objetivación científica: “Así, la historia está obligada a combinar el estudio de los hechos generales con el de determinados sucesos particulares. Tiene un carácter ambiguo, mitad ciencia, mitad relato novelesco. El problema que representa la inclusión de este híbrido en alguna de las categorías del pensamiento humano se ha expresado con frecuencia mediante una pregunta pueril: la historia, ¿es un arte o una ciencia?” (Langlois y Seignobos, 1898: 236).

La respuesta de Seignobos es afirmativa, sin embargo existen otras muchas pistas que indican que la decisión adoptada comporta serias limitaciones⁴⁵¹. En cualquier caso, el debate está abierto y Seignobos se decanta por la solución mencionada, mientras que la Sociología plantea un modelo de causalidad abiertamente diferente, al considerar (al *sospechar*, como diría Durkheim⁴⁵²) que los fines que la explicación intencionalista incluye en sus premisas son aspectos de la realidad cuya eficacia ha de ser explicada a través de las regularidades económicas, políticas o ideológicas (Pereyra, 1984: 102).

Sea como fuere, la cuestión está abierta. La propuesta de Seignobos se decanta por el modelo de la explicación intencional. El problema es que semejante modelo, al buscar el fundamento de la explicación en los pensamientos y las intenciones de los agentes, *elude una reflexión más amplia sobre la génesis y la formación social de las intenciones*.

Seignobos se queda entonces en la descripción analítica: su metodología se contenta con determinar solamente los pensamientos y las intenciones de los agentes, pero elude toda posibilidad de que la génesis y la formación social de las intenciones (que son factores abstractos) pueda constituir un objeto o un factor de *explicación* histórica.

De ahí la crítica de la sociología durkheimiana: con ella no se rechazan los motivos declarados por los agentes, pero sí se reubica el papel epistemológico otorgado a estos por la explicación intencionalista, al considerar las ideas o las motivaciones no como el resultado de un sujeto que interacciona *libremente* con la realidad, sino como formas o expresiones *a través de las cuales* actúa el juego complejo de las determinaciones sociales.

Da igual entonces el posicionamiento político de Seignobos; lo importante es ver cómo su defensa del progresismo y de la *gauchedreyfusarde* contrasta con las implicaciones analíticas (y

⁴⁵¹ El propio Seignobos señala en varias ocasiones la limitación que caracteriza a los materiales con los que trabaja el historiador. De ahí la razón por la cual el uso que los historiadores hacen del término 'causa' no sobrepase el *sentido vulgar*, como causa inmediata o intencional del acontecimiento: "*L'historien emploie le mot dans les sens vulgaires: il appelle cause le dernier fait, celui qui déclanche l'événement; ce qui est simplement 'permissif', il l'appelle condition*" (Seignobos, 1907: 594).

⁴⁵² - Durkheim: (...) *La question est de savoir si vraiment en histoire on ne peut admettre d'autres choses que les causes conscientes, celles que les hommes eux-mêmes attribuent aux événements et aux actions dont ils sont les agents* (...) *Pourquoi ce privilège? Je crois au contraire que ce sont les causes les plus suspects.* - Seignobos: *Mais au moins les témoins ou les agents ont vu les événements, et c'est beaucoup.* - Durkheim: *Il ne s'agit pas des événements mais des mobiles intérieurs qui ont pu déterminer ces événements. Comment les connaître? Il y a eux procédés possibles. Ou bien on cherchera à découvrir ces mobiles objectivement et par une méthode expérimentale: cela, ni les témoins ni les agents n'ont pu le faire. Ou bien on cherchera à les atteindre par une méthode intérieure, par l'introspection (...). Or tout le monde sait combien la conscience est pleine d'illusions*" ('L'inconnu et l'inconscient en Histoire' en Seignobos, 1908: 230).

quizá políticas) derivadas de su planteamiento metodológico. Así, por debajo del progresismo y de su apoyo a las ideas igualitarias, Seignobos disimula una concepción *jerárquica* del devenir histórico, según la cual son siempre los dirigentes (hombres de gobierno o líderes revolucionarios) y las instituciones políticas (poder monárquico, Estado, los partidos) quienes otorgan un marco privilegiado para el análisis de la evolución histórica (Burguière en Le Goff, 2006: 141-142).

...

En las páginas siguientes los autores dedican un epígrafe final a la exposición histórica. En efecto, una vez se ha codificado la preparación y la ordenación de los hechos queda por saber cómo realizar la exposición de los resultados.

Sobre este tema existen muchas discrepancias al respecto: tanto Langlois como Seignobos son perfectamente conscientes de ello; por eso la mejor manera de culminar este trabajo es trasladando las exigencias de codificación instrumental al ámbito de las normas de presentación, es decir a la exposición de los resultados.

Si el objetivo es habilitar un territorio unificado, un modelo cuyos procedimientos sean a la vez manipulativos, cognitivos y evaluativos, entonces el libro no puede dejar al descubierto la forma en que se presentan los resultados. Estos últimos, como decíamos, deben presentarse según la exigencia que ha guiado el trabajo de estructuración histórica, de modo que el texto, en su resultado final, incluya como parte irrenunciable de su composición formal a todas las marcas de historicidad que permiten reconstruir los actos cognitivos realizados por el historiador, a fin de que sus propias afirmaciones se asemejen a los enunciados controlables que producen las ciencias experimentales.

Pues bien, teniendo en cuenta este cometido los autores inician un repaso por las formas de escribir la Historia, desde la Antigüedad clásica a la época contemporánea, pasando por el Renacimiento y el uso de la Historia como factor de enseñanza política (*Magistra vitae*). Obviamente no es cuestión de reproducir todos estos episodios, pero al menos sí conviene señalar aquellos formatos que resultan más coherentes con el ideal de la disciplinarización del saber histórico.

Los autores señalan dos formas básicas: la *monografía* (1) y las obras *de carácter general* (2).

1/ En el primer caso, el historiador se centra en un objeto de investigación particular, ya sea un individuo (biografía), una localidad o una serie cronológica y relativamente cercana de acciones a las que llamamos ‘acontecimiento’ (Langlois y Seignobos, 1898: 287). Los ejemplos pueden ser infinitos, sin embargo, todos ellos deben presentar sus resultados en el marco de una comunidad historiográfica, lo que significa que tanto sus formas de instrumentación como sus retóricas argumentativas deben ser explicitadas para que los historiadores (los pares-concurrentes) puedan evaluar los resultados a partir de los procedimientos que fundan el sistema categorial de la ciencia histórica.

El texto, en ese sentido, debe manifestar una fisonomía acorde con estas exigencias. No vale con exponer sus resultados de cualquier modo. Para ser útil, como dice Seignobos, la monografía debe respetar un mínimo de tres reglas:

a/ Ante todo, debe integrar un aparato crítico en el que se ponga de manifiesto la relación entre los hechos y la lista de documentos acreditativos, así como una reflexión ulterior (fruto de la crítica documental) que trate de justificar el valor de los mismos y el estado de la cuestión⁴⁵³.

b/ La monografía también debe atenerse al orden *cronológico* de los hechos, ya sea una biografía, una localidad o una sucesión de hechos que conforman un acontecimiento histórico (p. ej. la Revolución francesa, la batalla de Bouvines, etc.).

Ahora bien, esto es una norma que no siempre se puede alcanzar, depende de la cantidad y de la calidad de los documentos encontrados. Sin embargo, los autores reclaman claramente la conveniencia del asunto. ¿Por qué?

La razón no hemos de buscarla en cuestiones meramente expositivas. Es cierto que un historiador debe conocer el orden en que se han producido los hechos, sin embargo, existe un motivo más importante por el cual esta norma resulta pertinente. El texto nos brinda una pista importante. Dice así: “*hay que atenerse al orden cronológico, porque es aquel en que sabemos se produjeron los hechos, y conforme al cual habrán de estudiarse las causas y los efectos*” (Ibíd: 288). Es decir, que de la secuencia *descriptiva* en la que se produjeron los acontecimientos se deriva un modelo de *explicación* analítica, según el cual las acciones y los fenómenos históricos solo

⁴⁵³ Seignobos no puede ser más claro: “*En la práctica hay que incluir al principio la relación de las fuentes empleadas para el conjunto de la monografía, con las indicaciones bibliográficas oportunas en el caso de los libros, la mención de la naturaleza de los documentos y su signatura para los manuscritos. Además, cada afirmación concreta debe ir acompañada de su prueba (...) para que el lector esté en condiciones de evaluar la interpretación (...)*” (Langlois y Seignobos, 1898: 288).

serían concebibles en su sucesión cronológica, entendiendo que los hechos posteriores se siguen de los anteriores, y lo que es más importante, *se hacen comprensibles gracias a estos*.

En última instancia, el objetivo ideal de los historiadores metódicos consiste en restituir el suceso en el encadenamiento de sus ‘causas’ y sus ‘efectos’. El ejemplo paradigmático lo vemos en la sección realizada por A. Luchaire en la obra *Histoire de France depuis les origines jusqu’à la Révolution* (Lavis, 1900-1911).

Allí, en su capítulo dedicado a Felipe Augusto y los Capetos, A. Luchaire nos plantea el pasaje de la batalla de Bouvines en toda su secuencia cronológica. Para ello Luchaire ha tenido en cuenta los documentos y los principales trabajos realizados al respecto, lo que le ha posibilitado una perspectiva de análisis lo suficientemente elevada como para desechar testimonios y plantear nuevas hipótesis.

Con todo, aun admitiendo la posibilidad de nuevos hallazgos documentales, Luchaire ha logrado el objetivo ideal de la historiografía de la época, que no es otro que restituir la batalla (el événement) en el encadenamiento de sus causas y sus consecuencias. He aquí el objetivo ideal al que aspira la historia de los metódicos⁴⁵⁴.

c/ Y por último, una norma aparentemente accesorio pero no menos importante: el título de la monografía debe reflejar el tema con exactitud, evitando el uso de concesiones literarias y tratando de asemejar su estilo a las exigencias de los textos científicos.

La idea es clara: si un historiador inicia una investigación cualquiera, lo más lógico es que comience su trabajo con una visita a la biblioteca y trate de hacer uso de las herramientas de investigación que allí se encuentran (libros, inventarios, catálogos, monografías, etc.)⁴⁵⁵. Pues

⁴⁵⁴ El contraste, sin embargo, lo ofrece G. Duby con su obra *Le Dimanche de Bouvines*. En ella nos encontramos un enfoque distinto, donde lo prioritario no es restituir (u otorgar carácter explicativo a) la secuencia cronológica de la batalla sino tratar de poner al descubierto las representaciones colectivas de la época, utilizando como excusa el acontecimiento de la batalla de Bouvines. De ese modo, surgirán conexiones explicativas que no funcionan solamente en el plano cronológico. Sin duda, dos problemáticas teóricas diversas. Más información en Nora (1997: 881-882).

⁴⁵⁵ Sin duda, el proceso de investigación histórica es bastante más complejo. El historiador, por ejemplo, casi nunca comienza a estudiar un problema de manera independiente. Su investigación, por el contrario, se inserta en un campo de investigaciones definido, lo que significa que su búsqueda o el rumbo de su trabajo individual responden en realidad a un conjunto de problemas y de hipótesis que han de ser resueltas a partir de ciertas reglas metodológicas. Reglas, además, mediante las cuales no solo se realiza la selección de los materiales procedentes del pasado sino también su marco de inteligibilidad, es decir el horizonte a la luz del cual los materiales pueden re-significarse como hechos que están insertos en una determinada hipótesis (p. ej. el proceso de centralización política en Francia) o como hechos que conducen a una determinada situación social (p. ej. el surgimiento del Estado). Sea como fuere, el planteamiento expuesto por los metódicos no entra en este tipo de cuestiones sociológicas.

bien, la búsqueda será tanto más fácil cuanto más claros sean los títulos localizados en las incursiones bibliográficas. De ese modo, si el texto es registrado de la manera más clara el historiador podrá saber de antemano qué temas y qué problemáticas son las que trabajan estos textos, sin necesidad de tener que comenzar una lectura detallada de los mismos (*Ibíd*: 289). Todo ello, como es lógico, favorece la búsqueda y la rapidez de la investigación.

2/ En cuanto a los *trabajos de carácter general* los autores diferencian dos tipos: las obras que se dirigen al ‘público especializado’ y las obras dirigidas al ‘gran público’.

Comencemos por las obras ‘especializadas’. En ellas podemos encontrar tres grandes formatos: los repertorios, los manuales y las historias científicas.

a/ Los ‘repertorios’ constituyen un tipo concreto de artefacto historiográfico. En ellos no hay trama o artificios literarios, solo una recopilación ordenada de hechos probados. En realidad, los repertorios no son sino herramientas de trabajo, materiales en los que la mención de los acontecimientos es algo sumario, pues lo importante no es la trama argumentativa sino el hecho de que tales sucesos aparezcan debidamente referenciados a fuentes y a otros trabajos de crítica.

Se trata de obras con una clara vocación erudita, aptas solamente para los historiadores profesionales que requieren instrumentos de investigación actualizados, capaces de poner de manifiesto el estado de la cuestión sobre las fuentes (*Ibíd*: 290).

b/ Los ‘manuales guardan similitudes con los repertorios. En ellos también podemos encontrar recopilaciones de hechos probados, con sus fuentes y las referencias obligadas a otros trabajos de crítica documental.

Por lo general, se trata de obras colectivas que han de ser continuamente corregidas y puestas al día, a fin de poner de manifiesto la dimensión colectiva (y no literaria o ideológica) y renovadora del proceder historiográfico. El objetivo es que los manuales científicos rectifiquen progresivamente sus contenidos a tenor de los avances metodológicos y los nuevos hallazgos documentales.

c/ Y por último, nos encontramos las ‘historias científicas’. Es aquí donde los metódicos ponen el acento y donde contribuyen de manera más directa. Pero, ¿qué es una ‘Historia científica’? ¿A qué llaman los metódicos una ‘Historia científica’?

La pregunta no es difícil de solucionar. Una ‘Historia científica’ es una construcción historiográfica en la que tratan de articularse los hechos individuales (‘aquellos hechos que no han ocurrido sino una vez’) y las historias particulares (arte, religión, economía, etc.), a fin de poner de manifiesto las conexiones explicativas que existen entre ambas (*Ibíd*: 292).

En realidad, la mejor definición posible la encontramos en las páginas dedicadas a la síntesis. En ellas podemos ver cuál es el procedimiento que ha de seguirse por los investigadores: en primer lugar, reconocer el accidente que ha influido en cada historia particular, para lo cual es necesario tener un conocimiento de todas y cada una de las costumbres humanas. Después, situar el accidente en el momento preciso en que ha ejercido su influencia. Y por último, tratar de recopilar los distintos accidentes que han influido en cada una de las costumbres y clasificarlos por orden cronológico y locativo, a fin de establecer un cuadro de conjunto que permita dar cuenta de la sincronía y la diacronía histórica (*Ibíd*: 242).

En ese sentido, las Historias científicas exigen grandes cantidades de conocimientos. Por eso es habitual que la redacción de las mismas corra a cargo de notables y reconocidos especialistas. Se trata de obras que, por su propia naturaleza, se dividen en temas o secciones diferenciadas, cada una de ellas redactada y preparada por un especialista en la materia (literatura, artes, política, economía, política exterior, etc.).

Ahora bien, esto no significa que cada sección sea una monografía independiente: cada sección deberá ser redactada en coordinación con el director de la obra, tratando de establecer una sintonía con el objetivo de la misma, que no es otro que la elaboración de un relato donde se pongan al descubierto los acontecimientos que dominan el conjunto de las evoluciones particulares.

El ejemplo paradigmático lo encontramos en las Historias nacionales escritas a lo largo del siglo XIX. Estas historias, en tanto que género histórico, se adecuan a la perfección a la síntesis preconizada por los historiadores metódicos⁴⁵⁶. Prueba de ello son las obras dirigidas por E. Lavisse (1900-1911) y Ch. Seignobos (1921) a comienzos del siglo XX, cuya proyección en términos profesionales llegó a representar el producto más refinado del campo historiográfico francés,

⁴⁵⁶ “Se considera que una ‘historia de Francia’ no está completa sin los correspondientes capítulos dedicados a la historia del arte, la literatura, las costumbres, etc., en Francia. No obstante, lo propio de una ‘historia’ científica no es un escueto resumen de segunda mano de las evoluciones particulares según los especialistas, sino el resultado de los hechos generales que han dominado el conjunto de las evoluciones particulares” (*Ibíd*: 293).

capaz de aunar al mismo tiempo los procedimientos científicos de argumentación y el culto liberal a la patria (Nora: 1997: 863).

En la primera por ejemplo encontramos un doble *découpage* analítico: por un lado, un criterio de periodización histórica, de naturaleza claramente política, donde la obra se divide primeramente a partir de los reinos y las dinastías “francesas” (merovingios, carolingios, capetos, valois, borbobones, etc.), y por otro, un criterio formal, en el que la exposición de los dinastías se analiza en función de las costumbres (historias particulares) y de los acontecimientos históricos acaecidos en cada reino, tal que estos últimos (p. ej. la batalla de Bouvines, la toma de la Bastilla, etc.) permitan explicar la formación o el cambio de las evoluciones producidas en las historias particulares⁴⁵⁷.

En cuanto a las obras *dirigidas al público no especializado* los autores sostienen las mismas exigencias que en los formatos anteriores, si bien es cierto que de una manera atenuada. En estos casos no es necesario explicitar la metodología que subyace a la producción del texto. Se trata solo de obras divulgativas, cuyo objetivo inmediato es acercar al gran público los últimos avances en investigación histórica. Para ello no es preciso desechar toda referencia crítica o sentido metodológico; basta con expresar sus consecuencias de una manera cercana y asequible, sin necesidad de incurrir con ello en un ejercicio de erudición o de despliegue técnico de términos.

La idea es situarse pues en un punto intermedio, cosa que ciertos historiadores, como sostienen Langlois y Seignobos, no son capaces de realizar en sus obras divulgativas, al punto de revelar en ciertas ocasiones una importante influencia de sus predilecciones políticas⁴⁵⁸. Ahora bien, esta reflexión, perfectamente pertinente, no se aplica con la misma dureza a otras afirmaciones

⁴⁵⁷ El caso de la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution* (Lavissee, 1900-1911) resulta especialmente significativo. Esta obra, ejecutada por más de una decena de especialistas, constituye un ejemplo claro de la síntesis preconizada por los metódicos algunos años antes. Literalmente, se trata de una ejercitación práctica, donde lo importante no es la explicitación de los resultados obtenidos en las historias particulares (arte, literatura, economía, etc.) sino la combinación de estos últimos con el análisis de los acontecimientos políticos acaecidos en cada reinado. A modo de ejemplo, reproducimos aquí en forma de anexo (ver anexo 7) algunos de los índices (concretamente, el de los tomos VII y IX) que integran los volúmenes de dicha obra. De ese modo, se podrá ver cómo cada especialista (Ph. Sagnac, E. Lavissee, H. Carré) se dedica a un tema específico (economía, artes, política, etc.), considerando los acontecimientos que han influido en su propia sección. Todo ello, además, haciendo gala de un magnífico uso de los mecanismos de exposición científica y del aparato crítico. De ahí el apelativo con el que se definía a esta obra: *Le Grand Lavissee*, en contraposición a *Le Petit Lavissee* (o *Histoire de France: cours élémentaire*, 1913), un manual destinado a las escuelas republicanas y en el cual es difícil encontrar algún tipo de aparato crítico o de discusiones metodológicas.

⁴⁵⁸ Sin duda la crítica de los metódicos no está exenta de cierto revanchismo patriótico e intelectual: “Véase a Mommsen, Droysen, Curtius y Lamprecht. La cuestión es que estos autores, cuando se dirigen al gran público, pretenden influir en él (...). Tan escrupulosos y minuciosos a la hora de precisar los detalles, se dejan llevar en la

encontradas en las divulgaciones de sus compatriotas franceses, y en particular en las de su maestro y camarada E. Lavissee, donde también resulta perfectamente palpable el influjo de las predilecciones políticas y el nacionalismo del antiguo preceptor de Louis-Napoleon⁴⁵⁹.

...

En cualquier caso, parece claro el carácter que representa la *Introduction aux études historiques*. El libro entero desprende una vocación didáctica y académica, pero también una reafirmación y un repliegue identitario, como si con ello se tratase de conquistar un terreno disciplinar a partir de la réplica de los protocolos de formalización científica expuestos en las disciplinas experimentales, con sus métodos, sus problemas, sus normas de presentación, sus ejemplos paradigmáticos de problemas y soluciones, sus rituales de consagración, etc.

Lo que demuestra que la disciplinarización del saber histórico presupone formas de autoridad y de control novedosas. Ahora bien, hay autoridad no para controlar el contenido material de los enunciados, sino para asegurar la reproducción de un sentido específico (disciplinar) de la racionalidad. Para ello es preciso que todo enunciado esté construido sobre la base de investigaciones que presupongan la red de compromisos cognoscitivos (decisiones que no dependen de la observación de los materiales, sino que la preceden) adquiridos por socialización (Barnes, 1986: 36-37). El libro de Langlois y Seignobos es un intento de normativizar el conjunto de procedimien-

exposición de las cuestiones generales por sus preferencias espontáneas (...). Toman partido, condenan, exaltan; colorean, embellecen, se permiten consideraciones personales, patrióticas, morales o metafísicas (...) (Ibíd: 295).

⁴⁵⁹ Aunque la versión definitiva date de 1913, *Le Petit Lavissee* aparece antes en forma de versiones a partir de 1884. En todas ellas sin embargo es fácil observar las preferencias nacionalistas defendidas por Lavissee, ya sea directamente, ya sea en la defensa de “grandes” causas sobre las cuales no existe interrogación analítica (cruzadas, conversiones forzadas al cristianismo, conquistas revolucionarias, colonización). En ese sentido, el manual de Lavissee se redacta con una clara vocación adoctrinadora: en el fondo, se trata de un discurso cuyos mecanismos de identificación política están más cerca de la guerra y el sacrificio que del espíritu crítico y la pluralidad. Así, parafraseando a S. Citron (2008:144), diremos que Francia se convierte aquí en un ‘imperativo categórico’: será bueno en la historia todo aquello que ha contribuido a edificar o ‘hacer Francia’ (batallas legítimas, reyes ejemplares, la *Révolution*, misión universalista y colonizadora de Francia, etc.). Veamos ejemplos escogidos: por ejemplo, el lugar otorgado por Lavissee a los reyes ejemplares, es decir los reyes que *se hicieron obedecer*, prefigurando así una suerte de defensa nacional en contra de los particularismos “propios” de la nobleza: “*Saint Louis fut le plus juste des rois. Il punissait les grands seigneurs qui faisaient aux pauvres gens* (Lavissee, 1913: 58)”. Asimismo, el texto expresa las clásicas obsesiones contra Alemania y la pérdida de las provincias tras la guerra de 1871: “*Les Alsaciens et les Lorrains étaient de bons Français. Ils aimaient la France comme vous l’aimez. Ils ont été forcés de devenir Allemands; mais ils aiment toujours la France, et, à cause de cela, les Allemands les font souffrir. Les Allemands sont un peuple très orgueilleux. Ils cherchent toutes les occasions de nous faire du mal*” (Ibíd: 161-162). Y por último, Lavissee trae a colación el tema de la colonización. Francia, patria de lo universal, no puede tolerar la injusticia y la barbarie, por eso emprende una misión conquistadora justificada con afanes humanistas. Los pueblos son sometidos, sí, pero lo son por su propio bien, a fin de que su propio sometimiento sea transmutado en una sensación de júbilo y generosidad. De ese modo, se refuerza el vínculo entre causa francesa y causa humana, suscitando así la idea de que toda actividad armada iniciada por Francia no puede ser más que un acto ‘justo’: “*Partout la France enseigne le travail. Elle crée des écoles, des routes, des chemins de fer, des lignes télégraphiques. La France a le droit d’être fière de ces conquêtes*” (Ibíd: 170).

tos cognoscitivos (manipulativos, evaluativos, procedimentales) que reproducen un sentido de la racionalidad.

A continuación iniciamos el epígrafe que cierra este capítulo: el debate entre sociólogos e historiadores. Aquí se tratará de prolongar aquellas cuestiones que solo se han sugerido de forma tangencial.

3.4. - La Historia como problema o la irrupción de la Sociología

En su conjunto, las cuestiones descritas en los epígrafes anteriores constituyen un marco incompleto para comprender los desafíos asociados a la profesionalización del saber histórico. Es cierto que se han señalado cosas relevantes, algunas de ellas de notable importancia analítica, sin embargo todo esto resulta insuficiente si no articulamos estos procesos con las luchas y las estrategias disciplinares que acompañan al proceso de institucionalización del saber histórico.

El epígrafe que comenzamos ahora evoca precisamente este tipo de cuestiones, y lo hace a través de un episodio concreto: el debate entre sociólogos e historiadores. Sin duda se trata de un episodio conocido, cuya materia ha suscitado en múltiples ocasiones la atención de importantes y reconocidos investigadores, algunas veces de una manera inteligente y bastante detallada⁴⁶⁰.

Pese a ello, la imagen oficial del asunto retiene un aspecto limitado del debate. A menudo solo se recuerda de este último la llamada de F. Simiand a olvidar el culto a los 'ídolos' de la tribu de los historiadores. Sin embargo, esta lectura no resume por entero un episodio del que se pueden deducir múltiples desafíos disciplinares, tal y como se deja entrever en los textos y las argumentaciones cruzadas de Simiand y Seignobos (Besnard, 1986: 32).

El objetivo de las páginas siguientes es poner de manifiesto esta complejidad. Ahora bien, antes de analizar estas cuestiones conviene realizar una breve cronología del debate: ¿Dónde y cuándo se inicia? ¿Quiénes son sus principales protagonistas? ¿Qué instituciones promueven y se disputan en el debate?

3.4.1. - Cronología mínima del debate

La historia del presente debate se despliega entre 1903 y 1908. Sin embargo, existen algunos antecedentes que articulan el terreno por el cual van a transitar las ideas posteriores. Uno de tales antecedentes lo hallamos en la obra de P. Lacombe titulada *Histoire considérée comme science*. Publicada inicialmente en 1894 la obra prefigura algunas cuestiones que serán objeto de disputa entre los sociólogos y los historiadores. Abreviando en exceso, podríamos resumir su crítica en los siguientes términos: ‘la Historia no debe privilegiar los hechos individuales. Si solo existe ciencia de lo general, entonces la Historia erudita no se asemeja al discurso científico. A lo sumo, se identifica con un saber erudito pero no con una ciencia en sentido estricto, en tanto que sus vínculos o causas explicativas siguen identificándose con acontecimientos o individuos singulares, es decir a partir del encadenamiento cronológico de causas y efectos, según el modelo de los móviles *intimos* de algunos (privilegiados) individuos’⁴⁶¹.

En ese sentido, P. Lacombe reivindica abiertamente la necesidad de un horizonte sociológico para el campo de la Historia (Réberieux, 1983: 219). Algo que también subrayó algunos años antes el filósofo L. Bourdeau en su ensayo *l’Histoire et les historiens, essai critique sur l’histoire considérée comme une science positive*⁴⁶².

En ambos autores se percibe un mismo objeto de crítica, si bien es cierto que tales antecedentes no alcanzaron ni el influjo ni la rigurosidad conceptual desarrollada más tarde por F. Simiand. Posiblemente porque carecían del reconocimiento institucional que suministra la existencia de un emplazamiento disciplinar: en realidad, tales críticas no pasaban de ser reflexiones ais-

⁴⁶⁰ Véase Réberieux (1983), Besnard (1986), Vázquez (1989), Revel (1999), García (2007), Noiriel (2003).

⁴⁶¹ En verdad, P. Lacombe no rechaza el ‘acontecimiento’, lo que rechaza es considerar este último como una realidad explicativa, algo que sería autosuficiente y comprensible al margen de las estructuras de repetición del mundo social. En palabras del autor: “*L’événement, le fait historique vu par l’aspect qui le rend singulier, est réfractaire à la science (...) L’histoire science embrasse donc: 1° les institutions, lesquelles constituent son principal objet; 2° les événements dans la mesure où ils ont causé quelque institution nouvelle, dans la mesure encore où, étant l’effet de l’homme temporaire, ils révèlent le pouvoir des institutions régnantes*” (Lacombe, 1894: 10-11). Y su crítica al concepto de causa en la historia événementielle: “*La cause, comme la comprend l’histoire science, n’est pas de même nature que la cause entendue au sens de l’érudition. Quand il peut avec certitude nommer les hommes qui ont coopéré à tel événement, fondé ou modifié telle institution, l’érudit a trouvé sa cause; et, à ses yeux, l’ouvrage est vraiment parfait s’il a de plus déterminé les mobiles intimes des agents*” (Ibíd: 12).

⁴⁶² Aunque L. Bourdeau se adscriba al credo positivista de Comte lo cierto es que su ensayo anticipa importantes críticas a la tendencia literaria del género histórico. En concreto, merece la pena subrayar su análisis del término ‘événement’: “*Les recherches des causes en histoire comporte deux points de vue entre lesquels il faut choisir: l’un qui rattache de grands effets à de petites causes, c’est-à-dire subordonne les fonctions aux événements;*

ladas o pensamientos vertidos por individuos que poco tenían que ver con el *establishment* del campo historiográfico francés⁴⁶³.

Sea como fuere, la crítica ya estaba presente, de manera que tales enfoques no hicieron sino anticipar lo que ya iba a formalizarse diez años después. Tanto era su influjo que incluso el propio G. Monod, historiador y director de la *Revue Historique*, no tuvo más remedio que asumir como propias las demandas de ampliación temática lanzadas desde posicionamientos externos, demandas, dicho sea de paso, que irán resignificándose con el paso del tiempo como una estrategia de autoafirmación disciplinar⁴⁶⁴.

He aquí los antecedentes inmediatos. Sin embargo, el debate oficial se inicia realmente con la publicación del libro *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*. He aquí el detonante básico, el momento en el cual los jóvenes sociólogos se sienten directamente agraviados, al considerar que la propuesta de Seignobos no solo reducía la Historia a un procedimiento de tipo descriptivo sino que también se cuestionaban las pretensiones científicas y comparativas que caracterizaban la sociología durkheimiana.

Fruto de aquella publicación fueron las recensiones críticas procedentes de algunos historiadores conocidos, cuyas opiniones coincidían todas ellas en un tema recurrente, la necesidad de pensar un modelo de ciencia objetiva (esto es, comparativa y no ideográfica) para el estudio de las representaciones sociales, a las cuales el planteamiento mismo de Seignobos había reducido a

l'autre qui, assignant de grandes causes aux grands effets subordonne les événements aux fonctions. Les historiens adoptent généralement la première théorie; nous nous rangeons à la seconde(Bourdeau, 1888: 131-132).

⁴⁶³ Tanto P. Lacombe como L. Bourdeau representan posiciones marginales en el conjunto de la comunidad historiográfica. En el primer caso la publicación de la obra marca un rumbo ecléctico y experimental, mitad sociología, mitad conocimiento histórico. Sin embargo, la importancia concedida a su obra por F. Braudel y L. Febvre no se corresponde en absoluto con la influencia real ejercida entre los historiadores coetáneos. Por lo general, sus propuestas solo tenían salida para un público propenso al eclecticismo y las propuestas experimentales. De ahí su ligazón con H. Berr y la *Revue de Synthèse*, de la cual fue colaborador asiduo desde el año de su fundación en 1900. En el caso de L. Bourdeau la distancia es mayor si cabe. De entrada, ni siquiera formaba parte de la comunidad de los historiadores. Su obra se limitaba a cuestiones científicas o a problemáticas derivadas de la Filosofía de A. Comte. Se trataba de un filósofo, lo que le situaba en una posición externa para influir en los programas y las problemáticas planteadas habitualmente por los historiadores. Para una visión centrada en la crítica y las pretensiones nomológicas adjudicadas a la ciencia histórica, véase Carbonell (1978: 180-182).

⁴⁶⁴ G. Monod se expresa así en 1896: “*On est trop habitué en histoire à s’attacher surtout aux manifestations brillantes, retentissantes et éphémères de l’activité humaine, grands événements ou grands hommes, au lieu d’insister sur les grands et lents mouvements des institutions, des conditions économiques et sociales, qui sont la partie vraiment intéressante et permanente de l’évolution humaine, celle qui peut être analysée avec quelque certitude et, dans une certaine mesure, ramenée à des lois*” (Monod citado en Réberieux, 1983: 219).

estados de naturaleza subjetiva, accesibles solamente a través de métodos psicológicos e introspectivos⁴⁶⁵.

En realidad este debate no era diferente al que se había producido en lugares como la *Revue de Synthèse historique*. Historiadores tan dispares como A. D. Xénopol o P. Lacombe habían protagonizado sendas discusiones relacionadas con la naturaleza del conocimiento histórico y las leyes en Historia⁴⁶⁶.

Pues bien, hasta aquí todo lo que tiene que ver con los antecedentes inmediatos. Sin embargo, el punto real de inflexión, aquel que suscita el interés y la concurrencia de varias instituciones intelectuales lo encontramos el 3 de Enero de 1903, a raíz de una conferencia ofrecida por F. Simiand en la *Société d'Histoire moderne*.

Aquella comunicación tenía un escueto e inocente título, *Méthode historique et Science sociale*, pero en realidad se trataba de una respuesta bastante dura a las obras de P. Lacombe (*De l'histoire considérée comme science*) y de Ch. Seignobos, (*La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*), y en especial al pesimismo expresado por este último en su análisis de las posibilidades cognitivas asignadas a la ciencia histórica, las cuales, entiende, son aplicables a todas las iniciativas (sociología, economía, etnología) que tratan de aprehender lo social.

En ese momento, la conferencia no pasó desapercibida para nadie: a todo ello, sin duda, ayudó el hecho de haberse realizado en el seno de la *Société d'Histoire moderne*, lo que aseguraba la

⁴⁶⁵ Véase la reseña escrita por E. Durkheim en *L'Année Sociologique* de 1902. Allí el sociólogo trata de cuestionar las razones por las cuales Seignobos justifica una concepción ideográfica de la Historia. Esta crítica, por la cual 'lo psicológico' debe disociarse de 'lo subjetivo', será desarrollada un año más tarde por F. Simiand. "*Enfin, s'il est incontestable que la vie sociale est faite exclusivement de représentations, il ne s'ensuit nullement qu'une science objective n'en puisse être faite. Les représentations de l'individu sont des phénomènes également intérieurs; et cependant, la psychologie contemporaine les traite objectivement. Pourquoi en serait-il autrement des représentations collectives?*" (Durkheim, 1902: 127). La obra de Seignobos también tuvo su eco en la *Revue de Synthèse historique*, esta vez de la mano de su director H. Berr, el cual apunta precisamente en la misma dirección. "*il (Seignobos) a eu le mérite de battre en brèche toutes les vues métaphysiques et aprioristes. Mais, dans sa préoccupation de la science, il aboutit à nier l'histoire comme science. A force de chercher l'individuel et le psychique, il aboutit à ne voir que du subjectif dans la matière et dans l'interprétation de l'histoire. Il ne fait aucune part à la sociologie objective*" (Berr, 1902: 302).

⁴⁶⁶ En este punto nos remitimos a la disputa aparecida en la *Revue de synthèse historique* entre Lacombe (1900) y Xénopol (1900). Reproducimos aquí un pasaje en el que Lacombe trata de poner al descubierto las consecuencias de la historia tradicional, su tendencia a privilegiar los objetos históricos politológicos. Dice así: "*M. Xénopol paraît estimer beaucoup sa théorie des faits coexistants et des faits successifs. Il la considère comme la pierre angulaire de son édifice (...). Ce qui fait de l'histoire une science tout à fait à part, dit-il, c'est que 'l'histoire ne recherche pas les lois générales de plusieurs faits simultanés (ou coexistants) mais bien la succession sur une seule ligne de faits qui s'enchainent dans le cours du temps'. Une succession de faits sur une seule ligne, voilà bien vraiment la formule de l'histoire éventuelle, diplomatique. Et voici, sur le rôle des gouvernements, une théorie qui appartient bien à tous ceux qui pratiquent exclusivement l'histoire diplomatique et éventuelle*" (Lacombe, 1900: 33).

resonancia del discurso durkheimiano en uno de los espacios privilegiados en el territorio de la comunidad historiográfica⁴⁶⁷.

Acto seguido, la comunicación acaba publicándose en la revista de H. Berr, la *Revue de synthèse historique*⁴⁶⁸, a lo que sigue otra cascada de recensiones críticas en el transcurso de ese año, esta vez en revistas propensas al debate y a la comunicación interdisciplinar⁴⁶⁹, salvo la excepción significativa de la *Revue historique*, que no publicó texto alguno relacionado con esta célebre disputa, ni en la sección de artículos ni en la de reseñas críticas dedicadas a publicaciones⁴⁷⁰.

Con todo, la polémica estaba servida. Los historiadores habían sido violentamente interpelados a través de la crítica de uno de sus más eminentes representantes, que por aquel entonces ocupaba ya un puesto privilegiado en la Facultad de la Sorbona y había participado en las reformas de la enseñanza secundaria. Tal ataque sin embargo no encontró una respuesta inmediata por parte de Ch. Seignobos, lo que provocó un cierto abandono de esta polémica hasta el año 1906, fecha ésta en la que F. Simiand prosigue sus argumentos críticos en una conferencia pronunciada en la *Société française de philosophie*⁴⁷¹.

Es aquí cuando comienza la segunda etapa del debate (1906-1908), que transita de la *Société d'Histoire moderne*, espacio dominado por historiadores, a la *Société française de philosophie*,

⁴⁶⁷ La *Société d'Histoire Moderne* es una institución creada en 1901 con el objetivo de difundir y promover el debate historiográfico. En esa comunicación tomaron la palabra un elenco variado de historiadores, algunos tan relevantes como G. Bloch (padre del famoso M. Bloch), H. Berr, H. Hauser, Ch. Seignobos o el filósofo de las ciencias G. Milhaud, entre otros. Podemos encontrar un resumen de la conferencia y de las intervenciones en el *Bulletin de la Société d'Histoire moderne* (1903: 73-77).

⁴⁶⁸ F. Simiand publica su conferencia en la *Revue de Synthèse historique*. Pero debido a la extensión del texto la revista decide publicarlo en forma de dos extensos artículos, aparecido el primero en Febrero de 1903 (1-22) y el segundo en Abril de ese mismo año (129-157). Posteriormente, este artículo será reeditado en la revista *Annales E.S.C.*, 15 (1960: 83-119).

⁴⁶⁹ En *L'Année sociologique* puede encontrarse una reseña del artículo de F. Simiand en Bouglé (1903: 148-151). Por su parte, el historiador P. Mantoux hizo una larga recensión crítica de las posiciones expresadas en el texto de Simiand. A su juicio, ambas disciplinas (Historia y Sociología) son saberes absolutamente complementarios, de modo que las 'explicaciones sociológicas' no son rechazables por sí mismas (como sí parece concluir el propio Seignobos). Eso sí, solo pueden realizarse si antes se ha culminado el trabajo empírico y paciente de los historiadores. Véase esta posición intermedia en Mantoux (1903: 121-127).

⁴⁷⁰ Rastreando los índices de la *Revue Historique* desde 1903 a 1909, no hemos encontrado ni un solo texto dedicado al tema. ¿Por qué una revista de esta relevancia no se hace eco de semejante debate? Y más aún, ¿por qué no lo hace cuando uno de los colaboradores habituales (Ch. Seignobos) es el principal imputado en la disputa abierta por F. Simiand? Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que este silencio es ya en sí mismo significativo. El conservadurismo metodológico cosechado en el campo historiográfico contrasta fuertemente con el progresismo político expresado por sus miembros en la defensa del capitán Dreyfus.

⁴⁷¹ Aunque no sea una respuesta a F. Simiand lo cierto es que Ch. Seignobos participa en una conferencia dedicada a las relaciones entre Historia y Sociología. Dicha conferencia tuvo lugar en la *École des Hautes Études Sociales*, junto al sociólogo C. Bouglé. Los resúmenes de ambas conferencias pueden encontrarse en la *Revue internationale de Sociologie*, concretamente en Pournin (1904: 161-167).

lugar de procedencia filosófica (como la de los durkheimianos) pero propenso al debate y a la comunicación interdisciplinar, especialmente cuando los temas considerados concernían a las ciencias o la reflexión epistemológica.

En cualquier caso, esta etapa se compone de tres conferencias básicas: la primera de ellas constituye tal vez el ataque más perspicaz realizado por Simiand a Seignobos. En ella nos encontramos una aproximación crítica al uso que los historiadores hacen de la noción de causalidad. Para ello Simiand ofrece una serie de pautas que nos permiten comprender qué significa 'explicar' en términos científicos. Acto seguido, combina la exposición teórica con el análisis de algunos pasajes de las obras históricas, a fin de señalar en estas últimas (Berheim, Seignobos) un tipo de construcción argumental basada en el uso vulgar y empírico de la idea de 'causalidad'.

Como se ve, la pelota estaba de nuevo en el tejado de los historiadores, con la diferencia de que ahora la ofensiva perpetrada por Simiand no dejó indiferente al recién nombrado catedrático de 'metodología histórica'. Es más, este último se vio en la tesitura de tener que sentarse en el banquillo y de defenderse de la retahíla de acusaciones lanzadas desde las trincheras sociológicas. El resultado fue la conferencia pronunciada el 30 de Mayo de 1907, titulada *Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique*.

Como su propio nombre indica, esta conferencia es una respuesta que procede del campo historiográfico. No es pues una respuesta de un teórico, sino de alguien que trabaja y conoce directamente las condiciones del trabajo histórico. En ella Seignobos recoge las apreciaciones esgrimidas por Simiand y trata de neutralizarlas justificándose en las condiciones empíricas en las que se desarrolla el trabajo de los historiadores. El hilo de su argumento es claro: '¿De qué tipo de fuentes disponemos? ¿Es posible serializar esas fuentes y establecer relaciones numéricas entre los fenómenos expresados en términos generales? ¿Es lícito prescindir de las causas inmediatas y retrotraerse a las causas generales? ¿Es siquiera posible?'

He aquí algunas cuestiones que subyacen a la conferencia de Seignobos. Su respuesta, como es previsible, se inclina claramente por el no. Si existe una limitación en lo que se refiere al uso de las causas es porque el mismo trabajo histórico se desarrolla en condiciones igualmente limitadas (documentos redactados en lengua vulgar, documentos o series de documentos incompletos, referencia a hechos particulares, etc.).

En ese sentido, no cabe un modelo de explicación abstracta para el conocimiento histórico. Ello es así, dirá Seignobos, porque, a diferencia de la Sociología, que trabaja con datos reductibles a elementos abstractos, en Historia no se dispone más que de materiales vulgares e incompletos, cuyos análisis permiten solamente la búsqueda de una causalidad *particular*, es decir de los fenómenos psicológicos que han dirigido un acto, ya sea como causa inmediata o bien como parte integrante en una serie independiente de fenómenos⁴⁷².

Con todo el público asistente encuentra esta conferencia problemática, tal como se percibe en el debate que cierra la sesión, donde Simiand y otros investigadores (P. Lacombe, G. Glotz, entre otros) no dudan en problematizar las implicaciones analíticas derivadas del discurso del catedrático de *La Sorbonne*.

Ahora bien, el debate no acaba exactamente aquí. En realidad, existe una última cita en la que se vuelve a requerir la presencia de Seignobos, esta vez para discutir junto a otros especialistas (entre los cuales, cabe citar a E. Durkheim) el lugar que ocupa 'lo inconsciente' en los fenómenos sociales.

Esta conferencia tiene lugar el 28 de mayo de 1908 y lleva por título '*L'inconnu et l'inconscient en Histoire*'. En esa ocasión el motivo de la convocatoria era claro: ¿qué lugar ocupa 'lo inconsciente' en los fenómenos sociales? ¿Se pueden admitir otras causas históricas? ¿Es posible aceptar un tipo de explicación que no se agote solamente en la razones que los agentes históricos atribuyen a los acontecimientos? ¿Hasta qué punto resulta esta decisión razonable?

Para responder a estas preguntas el historiador retoma los argumentos esgrimidos el año anterior, con la diferencia de que ahora, exhortado por las cuestiones incisivas de Durkheim, el debate se desplaza al plano de lo inconsciente y de los límites que subyacen a las razones dadas por los agentes históricos (las causas conscientes).

⁴⁷² Sin duda, Seignobos desconoce la posibilidad de realizar la serialización de fuentes no seriadas. Entendámonos: lo que él mismo niega no es la legitimidad de los datos estadísticos, lo que niega es la posibilidad de que este procedimiento que trata de establecer relaciones numéricas entre los fenómenos pueda trasladarse al estudio de periodos previos al siglo XIX, donde los documentos son incompletos y se carecen de las estadísticas fiables del siglo XIX. En el fondo, todo sucede como si Seignobos ignorase la posibilidad de modificar el uso de los archivos, la posibilidad de construir 'fuentes indirectas'. Reproducimos aquí, en forma de adelanto, un pasaje donde se pone de manifiesto esta limitación. Dice así, refiriéndose a Simiand: "*Sa méthode exige des documents assez sûrs et assez précis pour pouvoir établir entre les phénomènes des relations numériques exprimées en termes généraux; pour cela, il faut des statistiques. Je ne vois pas le moyen d'exprimer en termes généraux des phénomènes qu'on ne peut recenser: or ces phénomènes, c'est toute la vie politique, intellectuelle, sociale, artistique, religieuse et mondaine; ce sont les moeurs, les usages, les croyances, les idées, les arts, les sciences. Le champ d'action de la méthode de Simiand est donc limité d'une part à un très mince fragment de la réalité, d'autre part à la période contemporaine. –Toute l'humanité antérieure au XIXe siècle reste en dehors*"(Seignobos, 1907: 600).

En cualquier caso, existe una sensación de confusión en el debate, como si en ciertas ocasiones uno no acabase de tener claro si lo que es achacado por Seignobos a los sociólogos se corresponde realmente con lo que ellos conceptualizan en sus trabajos. De hecho, esta misma sensación es suscrita por Durkheim al replicar a Seignobos el malentendido en el que este último se encuentra cuando trata de entablar paralelismos entre las realidades colectivas de los sociólogos y las realidades supra-individuales de los historiadores alemanes⁴⁷³.

Dicho malentendido no es una situación extraña en las Ciencias sociales, y mucho menos cuando el debate generado por estas últimas no está siquiera estabilizado ni se identifican claramente los términos de la discusión por sus protagonistas (Revel, 1999: 378).

En este caso el debate no tiene un ganador inmediato: en realidad, rara es la ocasión en que lo tiene si nos limitamos al campo de las Ciencias sociales. Ahora bien, el hecho de no identificar una posición ganadora tampoco significa aceptar el hecho de que el espacio de la discusión no haya sido afectado por la crisis (*Ibidem*).

Este último se transforma, pero lo habitual es que lo haga de una manera intermedia, sin necesidad de aceptar una victoria que haga inaceptable al resto de posicionamientos existentes. He aquí el caso que tenemos entre manos. Es cierto que la Historia no cambia por entero, pero también es cierto que la irrupción de la Sociología modifica el espacio de razonamiento discursivo, ya sea ampliando los objetos de investigación histórica, ya sea cuestionando el universo de referencias (métodos, formas de razonamientos, objetos formales de investigación, etc.) que habían sido consideradas a-problemáticas por la comunidad histórica⁴⁷⁴.

El resultado es una situación teórica plural, en la que formas clásicas (evenemenciales) de hacer historiografía coexisten (no sin conflictos) con nuevos planteamientos de investigación

⁴⁷³“-Seignobos: (...) en histoire nous rencontrons souvent des phénomènes inexplicables, et qui en apparence nous semblent parvenir de causes inconscientes. C’est à cause de ce phénomène que ‘l’école historique’ et Lamprecht ont fait intervenir l’action de réalités supra-individuelles, et je croyais que c’était en obéissant à un sentiment du même genre que les sociologues contemporains avaient été conduits à poser une réalité collective sui generis. –Durkheim: Voilà l’erreur. Je n’ai pas à faire d’hypothèses sur les raisons dont a pu s’inspirer Lamprecht; mais celles qui ont déterminé les sociologues contemporains dont parle M. Seignobos sont tout à fait différents (...)” (Seignobos, 1908: 244).

⁴⁷⁴ En realidad, la disputa en torno al método histórico no es patrimonio exclusivo de los investigadores franceses. A poco que echemos un vistazo a los primeros números de la *Revue de Synthèse historique* o *L’Année sociologique* es fácil encontrar referencias a debates similares en Italia o en Alemania. En el caso de la revista de H. Berr, por ejemplo, las referencias a los historiadores alemanes son omnipresentes. De hecho, algunos de esos historiadores figuran como autores directos en la propia revista de Berr ('La méthode historique en Allemagne', de K. Lamprecht, 'Les quatre modes de l'Universel en histoire, de H. Rickert), o bien son objeto de atención por parte de comentaristas u otros historiadores franceses. Lo mismo cabe decir respecto a *L’Année sociologie*.

social, en algunos casos opuestos a las implicaciones teóricas que subyacen a los viejos planteamientos históricos. De modo que las transformaciones de los paradigmas explicativos no se realizan a través de una progresiva destilación de sus métodos y conclusiones, sino más bien por abandono, generando con ello una discontinuidad.

Tal es la polémica en la sociología de la ciencia en torno a la existencia o no de programas únicos de investigación, o lo que se ha dado en llamar 'periodos de ciencia normal', así como de la incompatibilidad de los paradigmas explicativos e investigadores.

...

En las páginas siguientes trataremos de poner al descubierto las condiciones en las que se produce el debate. Para ello no basta con analizar sus argumentos teóricos; esencial es también ubicar estos argumentos en el marco de una lucha por el monopolio de las ciencias humanas. Una lucha, sin embargo, en cuyo seno se debaten dos emplazamientos disciplinares, y cuyos protagonistas no saben todavía la 'solución' que acabará por imponerse. Todo está, literalmente, en disputa.

Nuestro objetivo es poner de manifiesto esta característica, con independencia de cuál sea el resultado o el punto de llegada de la disputa. En la historia que proponemos el punto de llegada no constituye la causa del debate, sino el conjunto de estrategias disciplinares que hacen comprensibles la toma de posición de sus protagonistas.

3.4.2. - Una lectura histórica del debate: contexto y conflicto institucional

Ya lo hemos señalado en varias ocasiones. Pero como quiera que no siempre pueda entenderse, parece necesario recalcar de nuevo este aspecto de la cuestión, a fin de precisar con claridad cuál es el eje de coordenadas de nuestra exposición posterior.

Digámoslo de manera clara: el debate que tenemos entre manos es un debate que permite dos lecturas posibles. Una de ellas, la más convencional, es aquella que centra su análisis en la disputa teórica que tiene lugar en los textos. Para ello reconstruye los diferentes argumentos y trata de percibir su disputa en términos retroactivos, es decir considerando este episodio como un preludio o algo que anticipa en cierto sentido la posición desde la cual se pronuncia el propio investigador. La otra, en cambio, se centra en las condiciones efectivas en la que se desarrolla el debate,

para lo cual es preciso centrar la atención no en las explicaciones dadas por los protagonistas sino en los procesos colectivos (en este caso, en la profesionalización) en los que se desplegaron los discursos.

Ambas perspectivas pueden ser leídas de manera complementaria, toda vez que lo hagamos prescindiendo de la perspectiva teleológica que introduce el primer tipo de aproximación, que ve en la historia del debate el preludio de lo que ha llegado a ocurrir en la posteridad, encontrando su causa explicativa en el periodo posterior al de los acontecimientos señalados.

Pues bien, una vez desechado este anacronismo la alternativa no puede consistir tampoco en restar legitimidad a las cuestiones expresadas por los protagonistas. Expliquémonos: el debate sobre las prácticas científicas es un aspecto importante, pero más lo es si enlazamos este debate con las estrategias de lucha que subyacen al proceso de institucionalización del saber histórico.

En efecto, ¿qué hay detrás del debate sobre las prácticas científicas normales? ¿Es la posición de Simiand un posicionamiento individual? ¿Cuál es la situación de la Sociología en la universidad republicana? En resumen, ¿qué lógicas y qué estrategias disciplinares están en juego en el momento en que F. Simiand realiza su conferencia en la *Société d'Histoire moderne*? ¿Qué hay más allá de ese gesto heroico protagonizado por un sociólogo que apenas sobrepasa los treinta años de edad?

Para responder a estas cuestiones hemos de partir del hecho de que la disputa no es una cuestión fácil: en apariencia se trata solo de un debate metodológico, pero por debajo o por mediación de éste se perfila otra batalla de naturaleza institucional que opone dos candidaturas a la hegemonía del campo de las Ciencias humanas (Réberieux, 1983: 227).

Nuestro objetivo en las páginas siguientes consistirá en precisar las condiciones reales de los emplazamientos disciplinares. Posteriormente, trataremos de centrar el análisis en las cuestiones teóricas que se ponen en disputa. Comencemos pues por el aspecto institucional.

3.4.2.1. - *La Sociología... dientes pequeños pero afilados*

Cuando se piensa en algún detalle que pueda caracterizar al debate, es casi seguro que sea el tono polémico el que acabe imponiéndose. El debate, se dirá, es un asunto provocado por un sociólogo al que no le importan las etiquetas ni las formas convencionales de cortesía intelectual.

Sin duda, el texto de Simiand (especialmente *Méthode historique et Science sociale*) no está exento de este tipo de imputaciones. En él se percibe un tono decididamente polémico y un mensaje muy poco condescendiente con los procedimientos y las formas de inferencia de los historiadores profesionales.

Esto es absolutamente cierto, pero quedarnos ahí anula la posibilidad de plantear otra lectura del debate, que sin obviar el tono y la vehemencia expresada por Simiand apunta sin embargo a un horizonte de comprensión más amplio. En efecto, ¿por qué un tono tan enérgico en el debate? ¿Por qué no disimular simplemente la radicalidad de la crítica mediante un lenguaje cortés y los eufemismos propios de los intercambios intelectuales? ¿Qué nos indica la virulencia del ataque? ¿Forma parte de la psicología personal de Simiand o podemos atisbar otra clave de análisis?

Para responder a estas preguntas es preciso tener en cuenta las condiciones institucionales en las que se halla la Sociología y la Historia en los inicios del siglo XX.

Con respecto al segundo caso ya hemos ofrecido pistas importantes en el epígrafe dedicado a las reformas universitarias. La Historia es, a este respecto, la disciplina que goza de todos los honores en el seno de la nueva universidad republicana, especialmente en un lugar como París, donde proliferan numerosos centros dedicados a la enseñanza, la investigación y la difusión entre historiadores (congresos, revistas, sociedades profesionales, etc.). Pero, ¿qué pensar respecto a la Sociología? ¿Existe una equiparación posible entre ambas? ¿A qué llamamos realmente Sociología en ese momento?

Como es lógico, esta pregunta merece una tesis por sí misma, sin embargo, cabe ofrecer algunas breves pinceladas, que sin aspirar tampoco a un estudio detallado sobre el tema al menos valgan para disipar dudas y contextos.

En ese sentido, conviene empezar desmintiendo una falsa impresión, una idea que puede parecer razonable a simple vista pero que sin embargo no se sostiene a la luz de los análisis sobre la institucionalización académica de la Sociología.

En efecto, todo el mundo habla en ese momento de Sociología. El propio Durkheim había forjado las reglas de la objetivación sociológica en 1895; a ello le habían seguido importantes trabajos que hoy en día siguen conservando la pátina de lo clásico, y que sin duda ilustraban perfectamente bien el alcance de los interrogantes y de las retóricas argumentativas del método sociológico⁴⁷⁵.

Esa época también es testigo de la creación de los principales foros de difusión sociológica en Francia, tales como la *Revue internationale de Sociologie* (1893), el *Institut international de Sociologie* (1894), la *École des Hautes études sociales* (1900-1910) o bien la célebre y combativa revista *l'Année sociologique* (1898), esta última tribuna desde la cual el propio E. Durkheim y toda la cantera de jóvenes sociólogos (Simiand, Fauconnet, Bouglé, Mauss, etc.) lanzaban sus ataques contra los trabajos que no incorporaban las herramientas y las formas de razonamiento establecidas por la Sociología durkheimiana⁴⁷⁶.

Por supuesto, estas revistas no surgieron de la nada. A sus espaldas estaba toda la reserva de conocimientos positivos que venían haciéndose desde los últimos cincuenta años en la 'historias comparadas' y las ciencias humanas, y con respecto a los cuales la sociología durkheimiana pretendía ser una suerte de re-flexión o de autoconciencia crítica⁴⁷⁷.

⁴⁷⁵ En el periodo comprendido entre 1890 y 1908 nos encontramos con una gran proliferación de obras de tipo sociológico. Cifrándonos solo al hexágono francés, destacamos aquí los notables trabajos de E. Durkheim, *De la division du travail social* (1893), *Les règles de la Méthode sociologique* (1895), *Le suicide* (1897) o bien el artículo redactado junto a P. Fauconnet titulado *La Sociologie et les sciences sociales* (1903). También son importantes los trabajos de M. Mauss, en especial su *Essai sur la nature et la fonction du sacrifice* (1898), *La sociologie: objet et méthode* (1901), y finalmente su libro redactado junto a E. Durkheim *De quelques formes primitives de classification* (1902).

⁴⁷⁶ En cierto sentido, *l'Année sociologique* funciona como una revista de combate. En ella no solo se pueden encontrar artículos originales sino también un importante espacio dedicado a las reseñas y los comentarios críticos. En esta última parte los colaboradores más jóvenes tratan de hacerse eco de las obras del momento. Al hacerlo, sin embargo, no escondían (¡es más se incitaba a ello!) la más mínima intención de evaluar críticamente los trabajos, a fin de poner de manifiesto sus debilidades y las recomendaciones que la metodología durkheimiana podía suministrarles. Todo ello servía pues a estos jóvenes como un momento formativo y como una trinchera de combate desde la cual amplificar el alcance y las virtudes del método sociológico.

⁴⁷⁷ Este punto de vista está perfectamente reflejado en el artículo 'Sociologie et Sciences sociales', de Durkheim y Fauconnet. Allí, después de hacer un breve repaso por los avances en materia de historia comparada (gramática, historia de las religiones, historia de las instituciones) y de ciencias sociales (etnología, demografía, economía, estadística), ambos autores se muestran optimistas ante la progresiva capacidad que tienen las disciplinas constituidas para desarrollar un carácter sociológico en sus razonamientos. "(...) *ce qui permet même d'espérer des résultats prochains, ce sont les changements qui se sont spontanément produits au cours de ces cinquante dernières années dans les idées directrices dont s'inspirent les spécialistes. D'eux-mêmes, ils ont commencé à s'orienter dans un sens sociologique. Il s'est fait, dans ces milieux particuliers, un très important travail qui, pour n'être pas l'oeuvre de sociologues proprement dits, est certainement destiné à affecter profondément le développement à venir de la sociologie*". (Durkheim y Fauconnet, 1903: 150).

Con todo, la referencia a lo 'sociológico' comenzaba a estar presente en la vida intelectual francesa; de ella se hacían eco tanto las publicaciones universitarias como las grandes discusiones en ciencias humanas, razón por la cual algunos comentaristas no han dudado en caracterizar a la Sociología como una palabra *de moda* a partir de 1890 (Mucchielli, 1995: 131). Leyéndolo así, da la impresión de que la Sociología gozaba de una salud excepcional, pero la realidad distaba mucho de corroborar esta idea, al menos desde el punto de vista de su implantación académica.

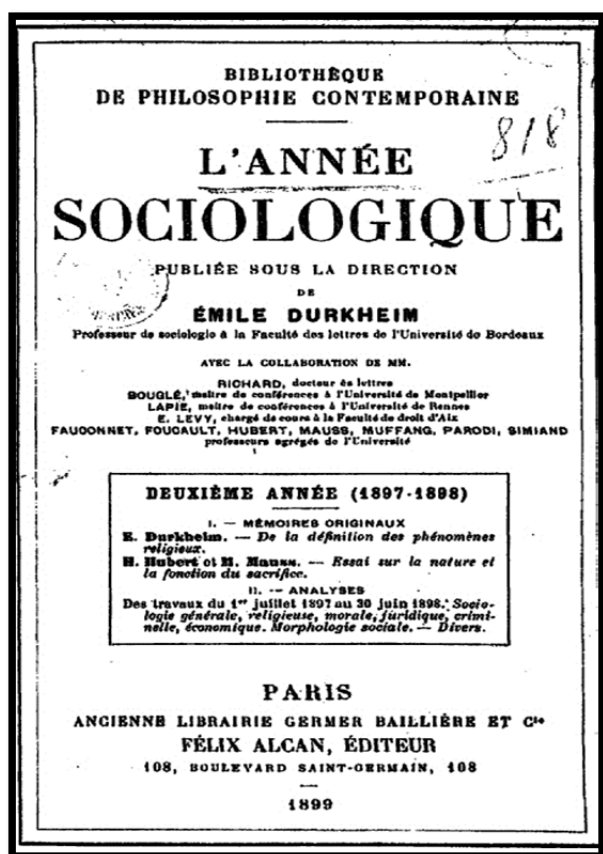


Ilustración 5. Portada del primer número de la revista *L'Année sociologique* (1898).

mas de inferencia y razonamiento discursivo (Revel, 1999: 390). Pese a ello, su presencia en el ámbito universitario es apenas testimonial. ¿Por qué?

Para responder a esta pregunta es preciso subrayar el modo en que las reformas universitarias introducen las ciencias sociales (Psicología, Economía, Geografía, Sociología, etc.) en la enseñanza superior. ¿Qué lugar se atribuye a estas ciencias en un primer momento? ¿Se trata de una

En efecto, la Sociología carece en ese momento de una inserción *disciplinar* en las universidades francesas. Es cierto que hubo profundas reformas universitarias, pero ninguna de ellas implantó la Sociología como una especialización científica o una licenciatura independiente, de modo que su presencia se limitaba más bien a cursos o *conférences* especializadas o al ámbito de discusión estrictamente para-académico, un ámbito eficaz pero en absoluto comparable al estatus y los medios institucionales de los que gozaba la disciplina histórica en los primeros años del siglo XX⁴⁷⁸.

Abreviando en exceso, se podría destacar lo siguiente: más que como una disciplina, la Sociología vincula su afirmación inicial con la emergencia de interrogantes y nuevas for-

⁴⁷⁸ En su origen, la enseñanza de la Sociología en las facultades se produce de manera camuflada, a través de una serie de cursos y conferencias anuales que trataban de considerar las distintas problemáticas (familia, derecho, pedagogía, religión, etc.) a la luz de una conceptualización sociológica. La Sociología no existe todavía como una disciplina autónoma, ni antes ni después de las primeras décadas del siglo XX. Sirvan pues como ejemplo los datos que suministra V. Karady en su análisis sobre la estrategia de institucionalización universitaria desarrollada por los durkheimianos. En la mayor parte de los casos se asiste a un balance negativo. El caso de E. Durkheim resulta especialmente significativo. A pesar de sus trabajos y de su calidad intelectual, el padre fundador de la Sociología solo obtiene una cátedra de pedagogía en 1902, lo que significa que jamás ha enseñado Sociología de una manera reconocida, siempre camuflada en otras disciplinas (pedagogía, derecho, religión, etc.). Tampoco corrieron mejor suerte sus amigos de *L'Année sociologique*: en muchos de ellos vemos un reconocimiento tardío de su valía intelectual. M. Halbwachs por ejemplo es el primero en conseguir una cátedra de 'Sociología' en Francia, pero lo hace en 1919, y en el seno de una universidad (Estrasburgo) alejada del núcleo parisino. Por su parte, F. Simiand obtuvo su cátedra de 'historia del trabajo' en el *Collège de France* en 1932, justo tres años antes de su muerte. En todos estos casos el reconocimiento se traducían en forma de cátedras particulares, nunca en una licenciatura independiente. Para una visión exhaustiva del tema, véase Karady (1976: 307).

posición similar a la que ocupan las disciplinas clásicas (Historia, Filosofía, Lenguas, Derecho...) o es más bien una posición subalterna?

Como se sabe, las reformas universitarias han marcado un antes y un después en la enseñanza superior francesa. Gracias a ellas se ha conseguido acabar con el retraso que había caracterizado al viejo sistema napoleónico, introduciéndose en su lugar una enseñanza basada en la innovación y en la transmisión práctica de los métodos de trabajo (seminarios especializados, laboratorios, bibliotecas, etc.). Ahora bien, lejos de limitarse a reorganizar las facultades y autonomizar las disciplinas clásicas (Lengua, Historia, Filosofía...) ⁴⁷⁹, las reformas también propician la modernización universitaria por medio de la introducción de otros saberes que ya estaban circulando en el ámbito para-académico.

Es aquí donde hay que situar las ciencias sociales. Su fuerza apenas resulta comparable con el de las disciplinas clásicas (Filosofía, Lenguas clásicas, Historia...) enseñadas en las facultades de letras, sin embargo poco a poco logran introducirse por medio de la *especialización de las cátedras existentes*.

En efecto, en las universidades francesas la modernización se opera a través de múltiples y distintas maneras. Sin embargo, la especialización de las cátedras existentes propicia una ocasión inmejorable para que los nuevos saberes puedan colarse en las aulas y los departamentos universitarios.

En las disciplinas clásicas, la especialización cobra un grado considerable: se pasa de cursos generalistas, propios de la universidad napoleónica, tales como 'Filosofía', 'Historia' u otras materias dedicadas a nociones generales, a cursos (*conférences*) y cátedras especializadas, acordes si se quiere con los principios de la clasificación contemporánea de las especialidades, ya sea por periodos históricos o por criterios temáticos de la disciplina, tales como 'Historia medieval' (Fustel de Coulanges, 1875), 'Historia moderna' (E. Lavissee, 1888), 'Historia de la Revolución francesa' (A. Aulard, 1885), cátedra de 'Método histórico' (Ch. Seignobos, 1907) o cátedra de 'Ciencias auxiliares' (Ch. -V. Langlois, 1907), indicando así un prematuro grado de especialización interna para el caso de la 'Historia' ⁴⁸⁰.

⁴⁷⁹ Recordemos a este respecto la ley del 25 de Diciembre de 1880, según la cual se instituyen las licenciaturas mixtas, y la ley del 8 de Julio de 1907, donde se establece la creación de licenciaturas independientes (Historia y Geografía, Filosofía, Lengua y literaturas clásicas...). Véase *supra* y anexo 6.

⁴⁸⁰ Tales ejemplos se refieren solamente a la Facultad de letras de la Sorbona, pero este espacio no es un lugar cualquiera. Se trata del núcleo central en el que anteceden buena parte de las estrategias desarrolladas en las

Pues bien, esta misma estrategia es la que utilizan los principales valedores de las ciencias sociales (Geografía, Psicología, Economía, Sociología, etc.) para introducirse en la universidad francesa. Para ello es preciso que los futuros profesores estén en posesión de los títulos obtenidos en las disciplinas clásicas (Historia, Filosofía, Derecho, lenguas clásicas...), los únicos por otra parte que existen en Francia en ese momento.

El resultado es que las Ciencias sociales adoptan una posición subalterna, en la medida en que sus principales valedores tienen que amoldar los nuevos conocimientos al orden y las expectativas que rigen los programas de las facultades constituidas (derecho, letras)⁴⁸¹. Así, ante la pregunta de la inserción académica de los nuevos conocimientos, hemos de responder de la siguiente manera: 'sí, las Ciencias sociales se introducen en la universidad, pero lo hacen de una manera subalterna y desigual, nunca bajo la forma de un itinerario especializado (como sí ocurre en 'Filosofía', en 'Historia') o una licenciatura independiente.

Con todo el proceso exige un examen diferenciado. Hay casos por ejemplo en los que la institucionalización académica se produce de manera prematura, tal como sucede con la Geografía, que en 1907 goza de un marco legislativo con el cual se regulaba un itinerario y un espacio profesional autónomo (véase *supra* y anexo 6). El resto sin embargo encuentra más resistencias para su implantación universitaria, posiblemente porque carecían de la tradición interna que la Geografía había tenido en las facultades de letras⁴⁸².

universidades departamentales. En palabras de V. Karady: "*Historiquement ce processus de séparation et de spécialisation d'enseignements s'est déroulé graduellement pour ne s'achever complètement qu'aux lendemains de la Seconde Guerre. La spécialisation relativement avancée des cours de la Sorbonne sert de modèle (...) Pratiquement tout se passe comme si elle s'était propagée du centre vers les facultés les plus marginales, c'est-à-dire les plus petites, en suivant le rythme des nouvelles créations de chaires dont s'étaient vu dotées d'abord les «grandes» facultés (...). Vers 1900 encore, certaines petites facultés ne disposaient pour l'essentiel que des chaires de base existant en 1870 (comme Poitiers, Besançon, Dijon, Clermont ou Alger — cette dernière n'ayant pas encore acquis le statut de faculté)*" (Karady, 1976: 274).

⁴⁸¹ Recordemos a este respecto uno de los cursos de Durkheim en la Facultad de letras de Burdeos. El título es ya indicativo, 'Cours de pédagogie et de science sociale'. Posteriormente Durkheim fue beneficiario de una cátedra de pedagogía en la Sorbona. En ambos casos el pensador francés tuvo que vincular su enseñanza sociológica a programas ajenos a las ciencias sociales. Lo que significa que para justificar la propia utilidad universitaria de estos últimos Durkheim (y otros muchos) se vio obligado a tratar cuestiones del programa de la agregación filosófica. Más información en Karady (1979: 50-52).

⁴⁸² En verdad, la presencia de la Geografía se remonta hasta el viejo sistema napoleónico. En su origen, empezó siendo una disciplina dispensada solamente en la facultad de letras de París, pero después fue generalizándose durante los primeros años de las reformas. En 1875 por ejemplo se disponían de tres cursos complementarios fuera de París, en 1885 los cursos ascendieron a ocho, y antes de finales de siglo su presencia se había generalizado en todas las facultades de letras del país, a excepción de la de Poitiers. En cualquier caso, su presencia es totalmente subalterna en este momento: por lo general, se trataba siempre de cursos o de conferencias complementarias, impartidas por profesores de estatus inferior y siempre bajo la dependencia institucional y científica de la Historia. Pese a ello, la Geografía gozaba de mejores condiciones para el desarrollo de una autonomización prematura de la disciplina. Más información en Karady (1976: 275-277).

Tal es el caso de la Psicología, que aunque gozaba de una importante infraestructura externa, solo pudo introducirse en la facultad a finales del siglo XIX. Además, su presencia estuvo dividida entre las facultades de Letras y las facultades de Medicina, lo que le permitía una doble legitimidad científica (Karady, 1976: 278) pero también una presencia bastante más dispersa.

El caso de la Economía encuentra mejores condiciones de acceso. Desde su origen, la Economía política ha estado vinculada con las facultades de Derecho, lugar donde la diversificación de la enseñanza ha comenzado de manera prematura. Prueba de ello es la creación de la primera cátedra de Economía política (1865) a finales del Segundo Imperio, a lo que sigue un conjunto de reformas republicanas orientadas a generalizar la enseñanza económica en la licenciatura de Derecho⁴⁸³.

Por su parte, la Etnología se integra de manera más limitada, relegándose en un primer momento a instituciones privilegiadas de la enseñanza superior francesa, tales como la 5ª sección de la EPHEo ciertas cátedras en el *Collège de France*⁴⁸⁴.

Mutatis mutandis, lo mismo cabe decir de la disciplina sociológica. Esta última, como decíamos, accede al mundo universitario por medio de la especialización de las cátedras existentes, pero lo hace de una manera desigual y deficitaria. En total, no se alcanza siquiera la docena de cursos 'sociológicos' en las facultades y los centros de erudición franceses, y eso contando con el hecho de que muchos de ellos combinan simultáneamente cuestiones sociológicas y para-sociológicas⁴⁸⁵.

⁴⁸³ Así, a diferencia de lo que sucede en las facultades de letras, donde las reformas han modificado los estudios y la naturaleza de las cátedras, en Derecho se asiste a unas reformas particulares. Estas últimas, por ejemplo, no buscan el fin del dispositivo temático antiguo, sino que tratan de combinar estas enseñanzas (derecho civil, derecho románico, etc.) con el desarrollo de las nuevas disciplinas, entre las cuales se encuentra la economía política y los nuevos saberes relativos a la administración, la politología y la criminología. Véase Karady (1976: 283).

⁴⁸⁴ M. Mauss, colaborador habitual de *l'Année sociologique*, es uno de los primeros investigadores en beneficiarse de una cátedra en materia antropológica. En concreto, recibe un puesto en la 5ª sección de la EPHE, titulada 'historia de las religiones de los pueblos no civilizados' (1901). En ese mismo periodo, H. Hubert, otro joven durkheimiano, ocupaba el puesto de director de investigaciones en la 5ª sección de la EPHE. A su vez, E. Durkheim empezó a escribir estudios relativos a Etnología y Sociología de las religiones, si bien es cierto que nunca ocupó un puesto consagrado explícitamente a estos temas.

⁴⁸⁵ Son tan escasos los 'cursos sociológicos' que incluso podemos señalar aquí cuáles eran sus títulos y quiénes fueron los profesores. Entre los durkheimianos, cabe citar primero a M. Mauss y H. Hubert, quienes ocuparon pequeños puestos en la 5ª sección de la EPHE impartiendo cursos como 'Historia de religiones de los pueblos no civilizados' y 'Religiones primitivas de Europa'. Por su parte, F. Simiand empezó a impartir en la 4ª sección de la EPHE el curso 'Historia de los hechos y de las doctrinas económicas' (1912). Un poco más tarde, en 1919, M. Halbwachs consigue la cátedra de 'sociología y pedagogía' en la Universidad de Estrasburgo, después ingresa en la Sorbona y en el *Collège de France* (1944-1945). En cuanto a los sociólogos no durkheimianos, cabe señalar un aspecto interesante: muchos de ellos monopolizaron las cátedras para-sociológicas en el *Collège de France*, vetado a Durkheim y sus amigos hasta los años 30. Entre ese grupo citamos a J. Izoulet, encargado de la cátedra de 'Filosofía

Esta situación permanece estable hasta la Primera Guerra mundial, lo que nos indica que su afirmación en tanto que proyecto académico es claramente subalterna en el conjunto del mercado universitario. Además, la Sociología no dispone (1890-1914) de ningún tipo de titulación o de diploma académico: a lo sumo, un puñado de cátedras y de cursos especializados anuales, en algunas ocasiones con la suficiente fuerza como para asegurar un mínimo de formación sociológica⁴⁸⁶, pero en ningún caso un diploma que garantizase una especialidad en la materia.

Así, dispersa inicialmente por la geografía universitaria la Sociología se considera como una disciplina subordinada, y más en particular como una disciplina *auxiliar* al servicio de otros saberes mejor consolidados.

En ese sentido, tiene razón J. Revel cuando dice que la Sociología vincula su primera aparición con la emergencia de nuevos interrogantes. Al decir esto no trata sino de poner de manifiesto el enorme contraste que supone por un lado el éxito intelectual de la sociología durkheimiana y por otro su escasa presencia institucional.

En cualquier caso, esto es un tema que trasciende nuestro objeto inmediato de investigación, pero cuyo éxito dependerá de la capacidad dispuesta por la Sociología para *transformar a su favor el mercado de competencias universitarias*, es decir de hacer valer el punto de vista sociológico ante los dominios de estudios existentes (Historia, Economía, Derecho, Filosofía...) ⁴⁸⁷.

Durkheim constituye un ejemplo claro en esta materia. Para él no basta con reclamar solamente la especificidad y la autonomía de la disciplina sociológica; esencial es también ubicar

social' (1897), E. Levasseur, profesor de 'Geografía, Historia y estadísticas económicas' (1871), G. Renard, titular de 'Historia del trabajo' (1907), A. Le Chatelier, profesor de 'Sociología y sociografía musulmanas' (1902), E. Fuster, encargado de 'Previsión y asistencia social' (1917) y M. Marion, titular del curso 'Hechos económicos y sociales' (1912). Por supuesto, hemos de sumar los cursos impartidos por el propio Durkheim (1887) en la facultad de Burdeos. Con todo la inserción de la Sociología es desigual y subalterna. En total, no existe una representación importante, solamente cátedras para-sociológicas o cursos complementarios repartidos en las facultades de letras de Francia. Más información detallada en Karady (1976: 280-283).

⁴⁸⁶ El caso de E. Durkheim en la Universidad de Burdeos (1887-1901) es una excepción en la época. Allí el profesor tuvo la oportunidad de impartir enseñanzas (cursos, conferencias, ejercicios prácticos, etc.) dedicadas a la temática sociológica y pedagógica. Centrándonos en los cursos 'sociológicos', observamos algunos temas recurrentes: en primer lugar, un curso dedicado a la 'solidaridad social', un concepto clave en la sociología del maestro. Después, un curso sobre la 'familia' y otro sobre el 'suicidio'. Más tarde cursos dedicados a la 'sociología criminal' (1892-1894), la 'religión' (1894-1895) o fenómenos tan coetáneos como el 'socialismo' (1895-1896). En todos ellos se asiste al despliegue de estadísticas y métodos de investigación sociológica, a fin de que el alumno acabe por familiarizarse con las temáticas (tremendamente novedosas) y las formas de inferencia practicadas por los sociólogos. Estos temas, además, anticipan sus grandes obras de referencia. Más información en Karady (1976: 279).

⁴⁸⁷ En sentido estricto, 'hacer valer el punto de vista sociológico' no significa otra cosa que conquistar un territorio institucional académico, con sus cursos, sus programas, su división del trabajo, sus diplomas y un dispositivo institucional encargado de controlar y garantizar la profesión. En el caso de la Sociología esto no se consuma

esta enseñanza en el marco de los estudios objetivamente consolidados, a fin de convencer a estos últimos de la utilidad que tiene la Sociología para la mejora de sus respectivos itinerarios (filosóficos, históricos, jurídicos). En el fondo, todo consistía en buscar un público variado de asistentes, para lo cual era necesario ligar su estrategia promocional a la búsqueda y promoción interna de alianzas con diferentes departamentos ya constituidos (Filosofía, Historia, Derecho).

De ahí la ambivalencia que subyace a la estimación de la Sociología como una ciencia en cruce. Esta última, como decían los durkheimianos, es una ciencia situada *au carrefour* de otras ciencias, pero lo es no solo por las consideraciones epistemológicas expresadas por sus defensores, sino también por una necesidad eminentemente práctica, sin la cual no hubiera sido posible la promoción interna de la propia disciplina (Karady, 1979: 53).

Nuestro objetivo en estas páginas no es rastrear el modo en que la Sociología se inserta definitivamente en la universidad, sino tratar de señalar las condiciones en las cuales se ha desarrollado efectivamente el debate (1901-1908). Para ello basta con explicitar un hecho que ya hemos constatado en las páginas anteriores. El debate *no es una disputa entre iguales*. Es cierto que la Sociología cuenta con una presencia universitaria, sin embargo su posición es apenas relevante si se compara con el lugar que ocupa la Historia en el conjunto del mercado académico. Entre ambas existe una relación profundamente asimétrica y desigual, lo cual explica el carácter polémico de la disputas, especialmente por quienes no disponen de los recursos acumulados en la institución universitaria.

En similares términos parece expresarse M. Rebérioux en su conferencia sobre la disputa de 1903 (1983: 221). La Sociología, dice, es una disciplina incipiente que se asemeja a *una loba con dientes pequeños pero afilados*, refiriéndose así a esa situación ambivalente según la cual la sociología es todavía una disciplina marginal pero con visos de introducirse en el campo universitario, en razón justamente de la procedencia de sus valedores universitarios -muchos de ellos forman parte de la fracción dominante (ENS) del *establishment* universitario- y de su decisión de utilizar esas posiciones para transformar *desde dentro* la enseñanza de las disciplinas consolidadas, suscitando así una demanda creciente de instrucción y de competencias sociológicas (Karady, 1979: 53).

hasta el 2 de Abril de 1958, fecha en la cual esta última deja de estar anexionada a las facultades de Filosofía y se reconoce como una licenciatura independiente.

Sea como fuere, esto es una estrategia que concierne al medio y largo plazo, pero no a la época en la que se desarrolla el debate. En ese momento la especialización de las cátedras concernía solo a pocos profesores, entre los cuales cabe citar, casi de manera exclusiva, a E. Durkheim y otros pocos nombres. El resto, como decíamos, eran todavía demasiado jóvenes u ocupaban posiciones externas al ámbito universitario.

Tal es caso de F. Simiand. Un joven de apenas 30 años cuya posición académica era prácticamente inexistente; de hecho, la época en la que se desarrolla el debate (1901-1908) coincide con su etapa como bibliotecario del ministerio de Comercio, lugar donde suscita la creación de una biblioteca centrada en cuestiones económicas y estadísticas.

Pese a ello, Simiand gozaba de una formación envidiable: en 1896 había obtenido su agregación en Filosofía por la ENS; después, alterna su trabajo en la biblioteca del Ministerio con la realización de una tesis doctoral en Derecho, algo que le proporciona importantes conocimientos en materia económica y estadística⁴⁸⁸. Ahora bien, el lugar donde Simiand adquiere una relevancia notable es su paso por *l'Année sociologique*. Es allí donde combina por vez primera sus múltiples conocimientos en materia sociológica y sus dotes para la polémica científica.

De ahí su debate con los historiadores y otros investigadores en ciencias sociales⁴⁸⁹. Fiel al presupuesto de una ciencia social objetiva, Simiand no duda en cuestionar los trabajos que fundamentan sus resultados en criterios *internos* a sus prácticas científicas; es decir, lo que le preocupa es que siendo 'lo social' la única característica que comparten las distintas ciencias humanas (geografía, historia, economía, psicología) éstas no sean capaces de llegar a una metodología común, un método con el cual sea posible trascender la subjetividad inherente a su posición par-

⁴⁸⁸ Por aquel entonces, el único lugar donde se había implementado una enseñanza en materia económica era la facultad de Derecho. La tesis de Simiand no deja lugar a dudas. Su título ('El salario de los obreros de las minas en Francia') es indicativo del horizonte en el que va a moverse su producción intelectual. Así, fiel a su compromiso con el sindicalismo y el socialismo reformista, Simiand se interesa por las cuestiones económicas de su tiempo, especialmente por aquellas relacionadas con las condiciones materiales de vida de los trabajadores. Su objetivo es aplicar el método de investigación sociológica a las cuestiones económicas de su tiempo, lo que sin duda le convierte en uno de los promotores de la Sociología económica en Francia.

⁴⁸⁹ Al igual que otros miembros de *l'Année sociologique*, Simiand realizó múltiples reseñas relacionadas con obras y publicaciones coetáneas. En algunos casos, con un afán claramente metodológico y crítico, lo que suscitó algunos debates con otras comunidades de investigadores, casi todos ellos relativos a cuestiones epistemológicas y metodológicas. Entre sus blancos de crítica, cabe recordar a los historiadores, los economistas, los geógrafos o incluso algún que otro sociólogo. Para el caso de los geógrafos véase su reseña 'Géographie humaine et sociologie' (Simiand, 1909: 723-732). Los economistas, por su parte, constituyen un caso bastante recurrente, especialmente cuando sus obras reproducen un finalismo metodológico cuestionable. Véase a este respecto la reseña titulada 'Économie sociale' (Simiand, 1905: 516-522). Y por último, cabe mencionar también sus críticas a la sociología de cuño no durkheimiano, tales como la obra de R. Worms, cuya crítica es desarrollada en su texto 'Organisme et société' (Simiand, 1897: 491-499) o bien la sociología de M. Bernes, en 'Sociologie et morale' (Simiand, 1897: 509-517).

ricular para que sus resultados puedan evaluarse de acuerdo a una epistemología común, regulada de acuerdo a las reglas sociológicas establecidas por Durkheim (Noiriel, 2003: 51-52).

Tal es el denominador común que subyace a las recensiones aparecidas en *l'Année sociologique*. Ahora bien, de todas esas críticas, merece la pena destacar el ataque realizado contra los historiadores. Por su excelencia, por su alto valor en términos ideológicos e institucionales, la Historia se perfila como un blanco privilegiado y estratégico de ataque.

Privilegiado porque la Historia es en ese momento *un dispositivo disciplinar saturado de capital cultural*. Acumula en su seno un gran número de recursos objetivos, ya sea en forma de instituciones académicas (facultades, departamentos de Historia, planes de estudio en secundaria, primaria), ya sea en forma de dispositivos para-académicos (congresos, sociedades de historia, revistas, etc.) o incluso a través del capital simbólico que la Historia ha cosechado en el conjunto de las instituciones políticas republicanas, cuyos diplomas se evalúan de manera positiva en el mercado de los títulos universitarios.

En ese sentido atacar a la Historia no es atacar a una rama cualquiera del saber. Es arremeter contra una de las disciplinas que gozan de mayor reconocimiento en la enseñanza superior francesa⁴⁹⁰. La Historia es, en última instancia, la disciplina encargada de narrar la biografía de la Nación, por no hablar de las virtualidades cívicas o patrióticas que los poderes políticos republicanos atribuyen a las obras historiográficas.

Y *estratégico* porque al interpelar *públicamente* las debilidades de los historiadores, Simiand se posiciona en un marco en el que la exposición de sus recomendaciones cobra una resonancia ampliada, reclamando así de manera indirecta la necesidad de un espacio científico regido por las reglas unitarias del método sociológico.

En efecto, la Historia no es una disciplina cualquiera en la época; por eso todo posicionamiento que ponga al descubierto sus debilidades se sitúa de inmediato en una posición intelectualmente privilegiada. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando esa interpelación se realiza desde posiciones con escasos recursos institucionales?

⁴⁹⁰ En realidad, el prestigio de la Historia en Francia trasciende los límites de la propia institución universitaria. Esta última, a diferencia tal vez de otros países, ocupa un lugar eminente en el universo social y cultural de los franceses. Tanto es así que incluso su enseñanza se considera objeto de atención por parte del Consejo de Ministros (31 de agosto de 1982). Más información sobre este tema en Prost (2001: 26-29).

En este caso, el debate epistemológico *se desdobra en una agresión disciplinar*. Entendámonos: el objetivo de Simiand no es discutir puntualmente las insuficiencias de los historiadores, sino tratar de convertir el ataque y las recomendaciones intelectuales en una estrategia de promoción universitaria, a fin de que la Sociología pueda gozar de un territorio disciplinar diferenciado.

Esta tentativa sin embargo no pudo materializar sus objetivos esperados, posiblemente porque la relación entre ambas disciplinas era todavía demasiado asimétrica. Con todo la Sociología empezó a insinuarse en las facultades, si bien es cierto que de manera desigual y subalterna, nunca bajo la forma de una licenciatura o un conjunto de diplomas especializados.

Pese a ello, el ataque tuvo una cierta repercusión inmediata. Simiand no materializó el objeto de su aspiración institucional, pero al menos consiguió *modificar el espacio de la discusión teórica*. A partir de ahora muchos historiadores se vieron obligados a definirse en relación al debate, ya fuese para cuestionar las propuestas sociológicas o bien para cosechar una aceptación crítica e introducir algunas recomendaciones en sus agendas de trabajo. Así, cuestiones clásicas como la naturaleza de la objetividad científica, el estatus del hecho social o el problema de la causalidad en Historia empiezan a ser moneda corriente en los debates de los historiadores profesionales. Es cierto que muchas cuestiones ya se habían planteado anteriormente, pero después del golpe asestado por Simiand estos argumentos se re-actualizan y adoptan una formulación epistemológica novedosa, acorde con los trabajos empíricos desarrollados por Durkheim y Mauss.

...

En las páginas que siguen nos centraremos en la dimensión teórica del debate. Para ello no es preciso resumir todas y cada una de las sesiones en las que se cruzan argumentos; basta con agruparlos por temas y ver cuáles son los posicionamientos que van dibujándose en el debate.

De ese modo, se obtendrá un marco general de las diferencias teóricas que separan a las dos comunidades, al tiempo que nos permitirá plantear de nuevo la cuestión que apenas se había esbozado antes y que no obstante constituye un aspecto esencial para completar la lista de evidencias procedimentales del saber histórico en el siglo XIX.

Nos referimos *al problema de la causalidad*. ¿Qué significa 'explicar' en Historia? ¿Cuáles son los mecanismos explicativos del devenir histórico? ¿Donde hemos de buscarlos? Tales cuestiones serán respondidas al calor de las disputas entabladas con F. Simiand.

3.4.3. - *Contra la historia historizante: la epistemología en disputa*

En las páginas anteriores se ha descrito la vertiente institucional del debate. Para ello se ha echado mano de un número considerable de referencias, tales como la posición profesional de los interlocutores, el lugar que ocupan en sus disciplinas o bien las condiciones institucionales en las que la Sociología se halla en el marco de los estudios universitarios. Por fuerza, tenemos que centrarnos ahora en los argumentos teóricos en disputa. En efecto, ¿cuáles son las cuestiones planteadas en el debate? ¿Qué propuestas y qué reproches son los que vehiculan cada uno de los argumentos?

Antes de abordar estas cuestiones hemos de recordar algunas notas referidas a los presupuestos argumentales del debate. Así, lo primero que llama la atención, sin entrar siquiera a considerar los argumentos, es la disparidad de estilos que se desprenden de las intervenciones.

El caso de F. Simiand es tal vez el más significativo. Interesado por las inquietudes metodológicas que comienzan a insinuarse en los historiadores Simiand decide contribuir al debate cuestionando la capacidad de la Historia para ser un conocimiento positivo. En ella, dirá, el razonamiento metodológico no responde a ninguna de las exigencias del saber científico, ni en el plano de la ordenación conceptual de los hechos ni en el plano de la causalidad científica, donde se manifiesta todavía una propensión muy clara a vincular los criterios explicativos con fenómenos de tipo psicológico e intencional⁴⁹¹.

Con todo la suya es una intervención que responde a exigencias de justificación epistemológica, para lo cual no duda un instante en movilizar un conjunto de argumentaciones teóricas orientadas a mostrar la incoherencia entre la codificación metódica de los historiadores y las exigencias conceptuales de la ciencia⁴⁹².

Pese a ello, Simiand no esconde su esperanza en la renovación metodológica de la Historia. Es más, su disputa no es un simple ajuste de cuentas; al final, se perfila una invitación metodoló-

⁴⁹¹ También en la misma fecha (1906) se produce un debate similar en Alemania entre un sociólogo, M. Weber, y un historiador, E. Mayer. Para ver las semejanzas y las diferencias entre los argumentos de Simiand y los de Weber, véase Noiriel (2003: 57-60).

⁴⁹² Para Simiand, esta incoherencia invalida el presupuesto de la comunicación universal. Solo si tenemos en cuenta esta posición podremos entender la naturaleza de los argumentos esgrimidos por Simiand al gremio de los historiadores. “*J’ai voulu, dans la première partie de cet exposé, établir qu’en prétendant soumettre à sa critique et à son exemple la constitution d’une science des faits humains, la méthodologie de l’histoire traditionnelle méconnaissait radicalement les conditions nécessaires et suffisantes, et les voies propres et réelles de toute science positive, en particulier, d’une science sociale positive*” (Simiand, 1903: 139).

gica suscitada por el rechazo y la demostración de las insuficiencias que aquejan a la práctica teórica de los historiadores⁴⁹³.

En efecto, el objetivo no es rechazar la disciplina histórica como tal sino tratar de ubicar esta última en el conjunto de un espacio regulado por las reglas del método sociológico. He aquí el argumento: por un lado, Simiand admite la variedad de los fenómenos (jurídicos, económicos, religiosos, morales) estudiados por las ciencias humanas, pero por otro, reconoce también el hecho de que más allá de esta variedad de fenómenos estos últimos comparten el carácter esencial de ser 'hechos sociales', tal y como define este término la sociología durkheimiana⁴⁹⁴.

Pues bien, partiendo de esta igualación previa Simiand deduce una consecuencia relevante: si las ciencias humanas poseen un objeto común (el carácter 'social' de las realidades humanas) entonces sus prácticas analíticas (históricas, económicas, etnológicas) deben ser *intercambiables*, de manera que las diferentes personas que trabajan en ese vasto y poliédrico dominio estén en condiciones de intercambiar y evaluar sus resultados empíricos de acuerdo a un método o una epistemología objetiva (Noiriel, 2003: 52).

En ese sentido todo sucede como si la unidad del objeto ('todas las ciencias humanas estudian en última instancia 'hechos sociales') justificase por sí sola la unidad del método científico: en Simiand no es necesario negar la pluralidad de las ciencias humanas, lo importante es que todas ellas sean comprendidas como *modalidades particulares de una ciencia social* que se rige por las reglas del método sociológico⁴⁹⁵.

⁴⁹³ Simiand acaba su intervención de 1903 con un llamamiento a la renovación: "(...) le souci dominant doit être de substituer à une pratique empirique, mal raisonnée, une méthode réfléchie et vraiment critique. Je répète encore que je ne crois pas à une réformation soudaine (...). Mais je crois qu'en fait, dans le travail propre des historiens actuels, dans le choix et l'agencement très étudiés de leurs travaux, dans leur préoccupation manifeste de renouveler leur oeuvre en profitant des progrès faits par les disciplines voisines, se manifestent déjà beaucoup de tendances à substituer progressivement à la pratique traditionnelle une étude positive, objective du phénomène humain susceptible d'explication scientifique, à diriger l'effort essentiel sur l'élaboration consciente d'une science sociale. Amener ces tendances à l'acte sera, je l'espère, l'oeuvre de la nouvelle génération" (Ibíd: 168).

⁴⁹⁴ Durkheim define el 'hecho social' en estos términos: "il y a dans toute société un groupe déterminé de phénomènes qui se distinguent par des caractères tranchés de ceux qu'étudient les autres sciences de la nature (...). Voilà donc un ordre de faits qui présentent des caractères très spéciaux: ils consistent en des manières d'agir, de penser et de sentir, extérieures à l'individu, et qui sont douées d'un pouvoir de coercition en vertu duquel ils s'imposent à lui" (Durkheim, 1895: 18-19).

⁴⁹⁵ En realidad, la tentativa 'imperialista' defendida por los sociólogos viene a contrarrestar una propuesta – no menos 'imperialista' – defendida antes por Seignobos, según la cual en el diálogo entre las distintas ciencias históricas y sociales debe situarse a la Historia tradicional en el centro del cuadro descriptivo, de manera que pudiera proyectar sus métodos de crítica documental a las otras disciplinas. Para Seignobos, tanto la Historia como las ciencias sociales tenían objetivos comunes (el hombre era uno solo) y métodos semejantes de trabajo (también las otras disciplinas eran de conocimiento *indirecto* a través de documentos). Ahora bien, las ciencias sociales, en su dimensión temporal, esto es, como 'historia social' (o más bien 'particular', si utilizamos la nomenclatura de Seignobos)

He aquí el objetivo general de la sociología durkheimiana: concebir una ciencia social unitaria⁴⁹⁶, para lo cual se requiere destituir la soberanía metodológica de las ciencias humanas e imponer en sus agendas el punto de vista sociológico, tanto en lo que se refiere a la ordenación y la comparación de los hechos (jurídicos, económicos, morales, políticos) como en lo que respecta a la promulgación de las causas explicativas⁴⁹⁷.

Durkheim y Fauconnet expresan esta tentativa utilizando un lenguaje mucho más ameno y razonable. Sin embargo, no por ello su propósito deja de ser claro. Las Ciencias sociales, dicen, aportan un importante suministro de conocimientos positivos, en algunos casos lo suficientemente adecuados (esto es, formalmente bien contruidos) como para poder explotarse por parte de la nueva metodología durkheimiana. Ahora bien, para ello era necesario intervenir las agendas epistemológicas de los investigadores en ciencias humanas, a fin de dotar a los estudios analíticos de una visión de conjunto que su anterior existencia dispersa tal vez no había podido proveer. Es decir, tiene que ayudarles a ver las interdependencias que existen entre ellas, así como a examinar sus propios resultados a la luz de la problemática de la ciencia sociológica y el establecimiento de las regularidades sociales⁴⁹⁸. En una palabra, la Sociología debe acabar con la dispersión que reinaba en las ciencias humanas.

En cierto modo, esta es la idea que ha ido practicándose en los primeros años de l'*Année sociologique*, cuando los jóvenes sociólogos se dedicaban a evaluar críticamente las publicaciones aparecidas en el ámbito de las ciencias humanas. Al hacerlo así no solo se difundían las obras entre los distintos investigadores contemporáneos sino que también se construía un espacio para-

no gozaban de ningún privilegio; al contrario, se trataban de una *ciencia auxiliar al servicio de la 'Historia general'*. Véase Seignobos (1898: 231-246; 1901: 231-257).

⁴⁹⁶Sirva pues como pista el título de la intervención de Simiand en la *Société d'Histoire moderne*. Allí se habla en todo momento en términos singulares: 'Méthode historique et science sociale'. No se pronuncia 'ciencias sociales' en plural, sino ciencia social en singular, como si quisiera poner de manifiesto la idea de que solo es posible una ciencia social, que además estaría regida por las reglas del método sociológico definidas por Durkheim. Más información en Revel (1999: 391).

⁴⁹⁷"Dire que les différentes sciences sociales doivent devenir des branches particulières de la sociologie, c'est donc poser qu'elles doivent être elles-mêmes des sciences positives, s'ouvrir à l'esprit dont procèdent les autres sciences de la nature (...). Antérieures à l'apparition de l'idée sociologique, elles se sont trouvées, par cela même, soustraites à son influence. Les intégrer dans la sociologie, ce n'est donc pas simplement leur imposer une nouvelle dénomination générique, c'est marquer qu'elles doivent s'orienter dans un sens nouveau" (Durkheim et Fauconnet, 1903: 148).

⁴⁹⁸"Ainsi, bien qu'elles tendent de plus en plus à s'orienter dans un sens sociologique, cette orientation reste encore, sur bien des points, indécise et inconsciente d'elle-même. Travailler à la préciser, à l'accentuer, à la rendre plus consciente, tel est, croyons-nous, le problème urgent de la sociologie. Il faut faire descendre plus profondément l'idée sociologique dans ces techniques diverses qui, sans doute, s'y élèvent spontanément, mais d'une marche lente, embarrassée, comme à tâtons. (...) l'unité du règne social ne saurait trouver son expression adéquate dans quelques formules générales et philosophiques, infiniment éloignées des faits et du détail des recherches. Une telle

académico desde el cual podían ensayarse modelos para una ciencia social unitaria. Así, en ausencia de una verdadera representación universitaria la Sociología tenía en las recensiones críticas una magnífica ocasión para experimentar esa misma tentativa, al ilustrar el modo en que las disciplinas constituidas podían explotarse y reutilizarse en el marco de una ciencia social objetiva (Besnard: 1986: 28).

La Historia ocupa por ejemplo un lugar privilegiado en este nuevo espacio epistémico. Pero se trata de una Historia diferente, centrada no ya en los acontecimientos y las decisiones individuales sino en el estudio comparado de las instituciones y las costumbres humanas.

En ese sentido, la Historia se engarza perfectamente bien con el índice programático de la Sociología durkheimiana. Esta última, como se sabe, plantea el análisis de las regularidades sociales. Para ello recurre al estudio de las causas que han suscitado el surgimiento de una institución social (política, jurídica, moral, económica, una creencia, etc.). Ahora bien, ¿cómo es posible demostrar que un fenómeno es causa de otro? ¿Cómo demostrar en definitiva que una institución social (una regularidad social) depende o es producto de la concurrencia de otro tipo de fenómenos sociales?

En este punto Durkheim es meridianamente claro. La única manera de saber si un fenómeno es causa de otro es comparando los distintos casos en los que ambas series están simultáneamente presentes, a fin de determinar *si la variación producida en una serie de hechos guarda relación alguna con las variaciones encontradas paralelamente en otra serie de hechos*, es decir estableciendo si la correlación de variaciones presentadas en las diferentes circunstancias (las diferentes sociedades) testimonian o no algún tipo de causalidad, correlación o dependencia (Durkheim, 1909: 283).

Para ello es absolutamente necesario el uso de la Historia comparada. Es ella la que proporciona el campo de experimentación posible a la Sociología, la única, por así decirlo, que es capaz de suministrar los ejemplos empíricos mediante los cuales es posible desarrollar las inducciones *generales* del planteamiento durkheimiano⁴⁹⁹.

idée ne peut avoir pour organe qu'un corps de sciences distinctes et solidaires, mais ayant le sentiment de leur solidarité" (Ibid: 159).

⁴⁹⁹ He aquí la diferencia fundamental, según Durkheim, entre la labor historiográfica y la tarea sociológica. *"L'historien, lui aussi, traite des faits sociaux; mais il les considère surtout par le côté où ils sont particuliers à un peuple et à un temps déterminés (...). Le sociologue (...) Il ne cherchera pas spécialement ce qui a été la vie religieuse ou le droit de propriété en France ou en Angleterre (...), mais ces études spéciales, qui lui sont d'ailleurs indispensables, ne sont pour lui que des moyens pour arriver à découvrir quelques-uns des facteurs de la vie religieuse"*

Se delineaba así una imagen de la Sociología como una construcción inductiva que operaba sobre hechos recurrentes y que aspiraba como toda ciencia a construir en el largo plazo leyes que no eran más que la comprobación de relaciones estables entre distintos fenómenos.

De ahí la crítica de Simiand al historiador *realmente existente*: en lugar de situar la disciplina en la dirección del análisis comparativo Seignobos sigue reproduciendo una perspectiva tradicional del oficio, en la medida en que reivindica el papel de los acontecimientos (los accidentes) en el estudio y la explicación del cambio histórico⁵⁰⁰.

Con todo, es preciso recordar un aspecto importante: lo que Durkheim llama 'causa' es *el resultado de una variación correlativa entre dos series de hechos colectivos*, cada una de ellas metódicamente construidas de antemano, mientras que lo que Seignobos entiende por 'causa' se refiere más bien a hechos (una guerra, una invasión, etc.) cuya capacidad explicativa se percibe como algo natural y evidente, con independencia de cual sea su relación objetiva con otros fenómenos.

De ahí el escaso rigor científico de la propuesta planteada por Seignobos: su problema es que sigue reproduciendo un uso *fetichista* del acontecimiento, ya que prioriza un tipo de hechos individuales cuya potencia heurística no es el resultado de una operación previa (método de las 'variaciones concomitantes') en la que se combinan diferentes variaciones y se experimenta la evidencia de una variación al unísono, sino algo mucho más simple y aporético. Al hacerlo así Seignobos impide (es un 'obstáculo epistemológico') un tratamiento serio y científico de las cuestiones, retrasando con ello *la posibilidad de reformular la cuestión en profundidad y construir una ciencia social unificada*.

Es aquí donde debe situarse la naturaleza de los argumentos esbozados por Simiand. Tal y como hemos dicho, su crítica no es un simple ajuste de cuentas sino un llamamiento a la renovación de la disciplina, lo que llegados a este punto no puede significar otra cosa más que una pér-

se en général (...). La méthode comparative est donc l'instrument, par excellence, de la méthode sociologique. L'histoire, au sens usuel du mot, est à la sociologie ce que la grammaire latine ou la grammaire grecque ou la grammaire française prises et traitées, séparément les unes des autres, sont à la science nouvelle qui a pris le nom de grammaire comparée". (Durkheim, 1909: 284).

⁵⁰⁰ Recordemos estas palabras donde Seignobos consagra un carácter explicativo a los 'acontecimientos'. Dice así: "Así, la historia científica puede recurrir, para utilizarlos en el estudio de la evolución, a los accidentes a los cuales la historia tradicional había prestado atención por motivos literarios (...) por encima de las historias 'particulares', en las cuales los hechos se ordenan conforme a categorías puramente abstractas (arte, religión, vida privada, instituciones políticas), habremos erigido una historia concreta común, la historia 'general', que unirá las diferentes historias especializadas y mostrará la evolución de conjunto que ha dominado el resto de evoluciones particulares" (Langlois y Seignobos, 1898: 242).

dida de autonomía disciplinar para la Historia, *al convertirse esta última en una disciplina comparativa orientada a testar las hipótesis construidas al margen de ella* (Revel, 1999: 392).

Por su parte, el discurso de Seignobos articula un estilo claramente *defensivo*. En él será difícil encontrar un argumento que consista en el despliegue de un punto de vista epistemológico coherente (Noiriel, 2003: 54). Para empezar, ni siquiera se dispone de las mismas competencias en el debate: Seignobos carecía del dominio filosófico para poder expresar su punto de vista en el mismo lenguaje en el que se expresa Simiand.

Entre ambos se aprecia un registro de estilos diferentes: así, mientras que Simiand utiliza un lenguaje claramente epistemológico, propio de filósofos y personas habituadas a la reflexión abstracta, en Seignobos encontramos un lenguaje pragmático y repleto de guiños que apelan al sentido práctico del oficio⁵⁰¹.

Naturalmente esto no invalida los argumentos de Seignobos en el debate, pero sí refleja hasta qué punto la defensa articulada por el historiador oscila constantemente entre dos polos contradictorios (Noiriel, 2003: 55): por un lado, el posicionamiento público de un profesor universitario, que acepta el hecho de que la Historia debe emular los protocolos de descripción científica utilizados por las ciencias experimentales⁵⁰², y por otro, el argumento práctico de un historiador de profesión, al que no le queda otra posibilidad que admitir la limitación básica de la Historia ('jamás existen observaciones directas, solo por analogía') y la defectuosidad excepcional de los materiales con los que trabaja siempre el historiador (documentos sin cuantificar, redactados en lenguaje vulgar, carácter fragmentario de los mismos, etc.), los cuales impiden edificar una construcción teórica acorde con las expectativas que defiende el planteamiento de Simiand (causalidad general, hechos abstractos)⁵⁰³.

⁵⁰¹En realidad, Seignobos expresa esta idea en la *Société française de Philosophie*: "*Je voudrais me tenir sur le terrain pratique autant qu'il est possible dans une discussion théorique, en indiquant comment se posent les problèmes pratiques du travail historique; car c'est de ces conditions pratiques que Simiand n'a pas tenu compte. (...)*" (Seignobos, 1907: 592).

⁵⁰²"(...) *jamais je n'ai exigé en histoire un type d'explication différent de celui des sciences de la nature. Je crois que les phénomènes psychologiques nous sont connus par d'autres moyens que les phénomènes biologiques et physiques, mais qu'ils soient liés entre eux par une autre espèce de causalité, je n'en sais rien*" (Ibid: 592-593).

⁵⁰³"(...) *il n'y a pas de science qui soit dans des conditions aussi mauvaises que l'histoire. Jamais d'observations directes, toujours des faits disparus; et même jamais de faits complets, toujours des fragments dispersés, conservés au hasard, des débris du passé: l'historien fait un métier de chiffonnier (...) On dira: L'historien n'a qu'à travailler avec ses matériaux en tenant l'oeil fixé sur le but idéal. Mais il ne faut pas oublier que tous les matériaux ne se prêtent pas à toute espèce de construction, ils opposent une résistance à certaines façons de les manier (...) Avec des pierres, je peux construire une maison, je ne puis pas construire la Tour Eiffel*" (Ibid: 591-592),

Sea como fuere, una cosa es clara: el discurso de Seignobos es un discurso que destila grandes dosis de pragmatismo. En ningún caso se trata de rebatir los argumentos en el plano de la reflexión filosófica; es más, si algo es claro en las conferencias de Seignobos ello es sin duda su repulsa a enfocar el debate en los términos planteados por Simiand⁵⁰⁴. Para él, la Historia no es una disciplina susceptible de aceptar las reglas ideales que defiende Simiand; al contrario, se trata de una ciencia limitada, para lo cual no duda en concatenar una serie de argumentos prácticos encaminados a traslucir una posición teórica cercana al empirismo, si bien es cierto que Seignobos no pronuncia nunca esta palabra ni trata de que su intervención adopte la forma de una posición filosófica coherente⁵⁰⁵.

Sin embargo, esta es la posición que parece destilarse de sus críticas a la sociología durkheimiana. Para verlo no es preciso reproducir en su totalidad las críticas aparecidas en el debate; basta con resumir este último y tratar de agrupar las desavenencias en función de las problemáticas que parecen articular el desarrollo general del debate.

Si lo hacemos así no es por dejación o falta de interés intelectual, sino porque las problemáticas que vamos a señalar nos van a permitir enfocar la disputa de una manera ordenada y racional, al tiempo que permitirán plantear de nuevo el problema de la causalidad histórica tal como es codificado por los metódicos en su disputa con la Sociología.

Empecemos pues por la primera de ambas problemáticas, aquella que trata sobre la teoría del conocimiento y la ordenación teórica de los hechos. ¿Qué posturas están aquí en disputa? ¿Cuáles son las razones que esgrime cada interlocutor para pensar el modo en que la teoría debe proceder con los hechos?

⁵⁰⁴ El propio Seignobos utiliza la oposición clásica entre el filósofo y el historiador para atajar o eludir los argumentos concretos esgrimidos por Simiand. “*Aussi longtemps que l'historien et le philosophe sont deux individus différents, chacun opère de son point de vue propre. L'historien dit: voilà ce qu'avec mes matériaux je puis arriver à construire. Le philosophe dit: voilà la construction à laquelle vous devrez arriver quand le travail sera achevé. Tant que chacun reste sur sa position il n'y a pas conflit, parce qu'il n'y a pas de contact. Mais Simiand cherche à établir ce contact (...)*” (Ibíd: 591).

⁵⁰⁵ En verdad, Seignobos no pronuncia en todo el debate la palabra 'empirismo'. Las únicas indicaciones en ese sentido provienen de otros interlocutores en el debate, principalmente de F. Simiand y del filósofo R. Berthelot, quien acusa finalmente al historiador de defender una metodología profundamente empirista. “*M. René Berthelot: (...) Il m'est impossible, cependant, de me rallier à la thèse soutenue par M. Seignobos. Cette thèse me paraît ressembler à celle que soutenaient, vers le milieu du siècle dernier, Victor Regnault en physique, Magendie en physiologie et que Magendie désignait, lui aussi, sous le nom d'empirisme*” (Seignobos, 1907: 630).

3.4.3.1. - 'Teorías sin hechos o hechos sin teoría': la disputa en torno a la abstracción y el método científico:

Como ya se ha dicho, el tema general de la problemática es la relación entre hechos históricos y teoría. Por supuesto, esta cuestión no se formula como tal en el trascurso del debate pero sí existen muchos argumentos que se insertan a la perfección dentro de esta problemática común.

En las páginas siguientes haremos un breve repaso por algunas de ellas: empezaremos por las objeciones de Ch. Seignobos, las cuales parecen encontrar un elemento claro de justificación en las limitaciones del trabajo histórico y los materiales con los que trabaja el historiador. Limitaciones que sin dejar de ser relativamente ciertas se utilizan sin embargo como pretexto para reforzar la necesidad de un planteamiento empirista, incapaz por otra parte de pensar en profundidad la función del conocimiento y los efectos de éste en la configuración de los 'hechos históricos', es decir en *lo que en ellos* es representable.

Esta limitación es la base desde la cual se justifica toda su defensa frente al ataque de Simiand, al entender que este último plantea un corpus de procedimientos analíticos ('definir en términos generales el efecto preciso') que no pueden aplicarse a los materiales con los que trabaja el historiador, defectuosos y limitados por naturaleza.

(a) He aquí lo relevante de su argumento. No esperemos el despliegue de una posición filosófica coherente, lo suyo es más bien una argumentación de tipo pragmático, cuya defensa no está exenta de implicaciones teóricas pero tampoco responde a las exigencias de un planteamiento verdaderamente coherente.

Pese a ello, sus reflexiones sí parecen suponer un cierto enfoque empirista. Por supuesto, esta postura no se defiende de manera pública o reflexiva pero es algo que puede verse en los razonamientos utilizados por Seignobos, especialmente cuando estos últimos tratan de justificar las limitaciones de la Historia ante las ciencias experimentales.

Es aquí donde la vertiente empirista se muestra tal vez de manera más clara. Recordemos la secuencia del argumento. En su origen, Seignobos acepta la necesidad de la abstracción analítica. Para él, la abstracción es la base para que puedan establecerse relaciones estables y regulares entre los fenómenos. Ahora bien, esta operación solo es factible en el ámbito de las ciencias experimentales, es decir en aquellas ciencias en las que podemos analizar directamente los fenómenos y reducir estos últimos al estado de abstracciones. Solo entonces en este contexto, dirá

Seignobos, es posible definir los elementos precisos del objeto, de manera que esta operación nos permita abstraernos de la dimensión empírica de los fenómenos y operar sobre los caracteres *generales* de los mismos⁵⁰⁶.

Ahora bien, esta operación solo es factible en el ámbito de las ciencias experimentales, y no en la Historia o en la Ciencia social propugnada por Simiand. ¿Por qué? ¿Qué hay de particular en estos ámbitos para que todo intento de abstracción analítica sea sinónimo de insuficiencia o de falta de rigurosidad metodológica?

Seignobos no responde con claridad a esta pregunta. Es más, en algunos casos se remite solamente a la imprecisión de los materiales históricos y a la imposibilidad de construir con ellos cualquier tipo de correlación numérica entre los caracteres generales de los fenómenos⁵⁰⁷. Sin embargo, existen otras ocasiones en las que se adivina un motivo relativamente diferente, un motivo que si bien no contradice forzosamente lo anterior sí atestigua sin embargo una posición más epistemológica de fondo.

En efecto, el problema no es (o no es solo) la limitación de los materiales históricos sino la noción misma de 'hecho social'. Para Seignobos, el 'hecho social', tal y como lo entiende F. Simiand, a la manera durkheimiana, es una abstracción construida de manera ilegítima. Y lo es porque ambos autores no quieren tener en cuenta la naturaleza psicológica y/o subjetiva de los hechos sociales.

Así, en lugar de centrar el análisis en los motivos o las razones subjetivas los sociólogos optan por establecer conexiones entre los términos generales de los hechos, abstrayéndose así de la dimensión empírica de los mismos y *remplazando el uso de términos vulgares que expresan el carácter concreto de las cosas por términos técnicos, capaces de expresar relaciones generales expresadas en un valor numérico*.

Al hacerlo así se olvidan de aquello que, según Seignobos, es lo que hace inteligibles precisamente a los hechos sociales, y que no es otra cosa -he aquí el *quid* de la cuestión- que su refe-

⁵⁰⁶“En zoologie, l'analyse directe est possible, on peut disséquer le chien, on peut faire un examen réel de l'animal, de la plante, le décomposer réellement en parties, étudier leurs rapports; on peut alors donner un nom qui aura le même sens pour tous les travailleurs, parce que l'objet sera formé d'éléments définis” (Seignobos, 1907: 599).

⁵⁰⁷ He aquí la explicación ofrecida en 1907, en relación a la posibilidad de hacer una Historia sirviéndose solo de términos técnicos. “Nous sommes donc réduits au vocabulaire vulgaire formé de termes de sens commun qui expriment les caractères concrets des choses (...). En l'état où est l'histoire une terminologie abstraite ne peut être

rencia a un estado psicológico-subjetivo, gracias al cual los hechos sociales adquieren sentido y una localización específica⁵⁰⁸.

Con ello no es que Seignobos rechace el estudio de lo social, lo que rechaza es un tipo de formulación teórica que prescinde de toda referencia a los esquemas explicativos derivados por analogía de la experiencia común. La diferencia es pues importante, ya que para Seignobos el sentido último de un hecho social resulta siempre de la interacción de los actores, lo que significa que la disciplina histórica, tal y como es formulada por este último, *está obligada a organizar y aprehender el pasado bajo la forma de actores humanos capaces de comportamientos intencionales* (Prost: 2002: 39).

Dicho de otro modo, el historiador debe investir el documento con imágenes subjetivas, a fin de que las representaciones que construye por analogía permitan representar *concretamente* las realidades de las que habla. Sin ello no hay ciencia histórica en sentido estricto; a lo sumo un saber técnico y de apariencia científica, pero en ningún caso un saber con capacidad para expresar los caracteres *concretos* de las cosas (Seignobos, 1907: 600).

De ahí la crítica de Seignobos a la sociología durkheimiana. El error de esta última no es haber ampliado el cerco de curiosidades temáticas sino construir un tipo de abstracción analítica (el 'hecho social') cuyo funcionamiento interno no requiere la presencia de los nexos causales proporcionados por las analogías acerca del carácter y los motivos de la psicología del sentido común (Vázquez, 1989: 90).

Posteriormente Seignobos precisará esta idea en su artículo *La Méthode psychologique en Sociologie* (1920), donde tratará de reforzar su crítica apoyándose en la idea de que todo fenómeno social, por material que este parezca, guarda un residuo psicológico en su interior. Así, un hecho económico, por ejemplo, no tendrá de 'material' más que los objetos mismos a los que se aplica el trabajo y los instrumentos de los que se sirve, pero por detrás o por mediación de esto existe siempre un factor psicológico que ordena y estructura la percepción práctica de los sujetos (Seignobos, 1934: 10). Es decir, que lo que constituye en última instancia a un fenómeno social

qu'un trompe-l'oeil: nos connaissances sont encore trop empiriques pour qu'on puisse les formuler en termes scientifiques" (Ibid: 600).

⁵⁰⁸La crítica de Seignobos al término 'hecho social' se remonta a 1901, en su libro *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*. "La condition pour comprendre un fait social, c'est de se représenter l'homme ou le groupe d'hommes qui en sont l'auteur, et de pouvoir lier le fait à un état psychologique, très vaguement défini peut-être, mais suffisamment connu pour nous le faire comprendre, c'est le motif de l'acte. Ainsi un simple transfert

no es la presencia de objetos externos sino la idea o la *representación psicológica mediante la cual los sujetos se relacionan con ellos*.

Ahora bien, esta afirmación exige un matiz importante, pues lo que Seignobos quiere poner de manifiesto no es la idea de que los hechos sociales son psicológicos por naturaleza sino derivar de esto *la existencia de un orden de hechos específico* (los-hechos-de-la-conciencia-interna), los cuales solo resultan inteligibles por medio de la introspección o la observación individual interna⁵⁰⁹.

Veamos el razonamiento: si todo hecho social está acompañado de una representación psicológica entonces hay que descomponer la realidad social en una suma de realidades individuales, y si los fenómenos sociales evocan un origen individual entonces las realidades individuales *solo resultan accesibles por medio de los estados de conciencia o las representaciones internas que dirigen su conducta*⁵¹⁰.

He aquí el argumento, desde luego un discurso que carece de la formalización teórica de la sociología durkheimiana: en Seignobos todo sucede como si la ordenación histórica estuviese construida sobre la base de la experiencia *vivida* de los actores. Seignobos es perfectamente consciente de esto; de hecho, parece que lo hace de manera deliberada, al punto de reivindicar así una suerte de apego por ‘lo concreto’ y por el carácter empírico del conocimiento histórico frente a las estadísticas y los procedimientos ‘groseros’ de los sociólogos⁵¹¹.

d'objets n'est pas intelligible socialement: est-il une vente, une donation, un vol, un brigandage? Pour répondre, il nous faut savoir le motif” (Seignobos, 1901: 215).

⁵⁰⁹ De hecho, el propósito inicial que anima la redacción de *La méthode psychologique en Sociologie* es plantear una crítica a las insuficiencias del método de investigación sociológico. He aquí el interrogante que anima el desarrollo del artículo. “*Y a-t-il des faits sociaux assez indépendants de tout fait de conscience individuelle pour nous autoriser à les isoler, à les réunir en une catégorie spéciale et à en faire la matière d'une science indépendante opérant avec une méthode propre?*” (Seignobos, 1934: 5).

⁵¹⁰ En este punto Seignobos utiliza el argumento básico del individualismo metodológico para justificar la necesidad de la introspección y la observación psicológica. En palabras de Seignobos: “*la méthode d'observation psychologique (...) cherche à expliquer les phénomènes de la société par les actes des individus qui la composent et à expliquer les actes de l'individu par les représentations intérieures qui dirigent sa conduite*” (Seignobos, 1934: 21). Algunas páginas más adelante Seignobos admite la necesidad de un tratamiento individualizado (¿ideográfico?) para el elemento psicológico, en la onda de todo el historicismo alemán. “*Ainsi la réalité sociale se décompose en réalités individuelles et la réalité de l'acte individuel comporte toujours une part de réalité psychique. (...) La méthode, pour s'adapter à ce caractère hybride de son objet, doit combiner l'étude de ces deux espèces d'éléments qui en peuvent être atteints que par des procédés radicalement différents; ce qui oblige, pour l'examen de chaque fait, à passer constamment du monde matériel des actes dans le monde psychique de la conscience et réciproquement*” (Ibíd: 23-24).

⁵¹¹ En la intervención de 1907 Seignobos señala el carácter vulgar y concreto que le asiste a la ciencia histórica. “*nous tendons à revenir à la langue vulgaire et concrète. Je sais que ce n'est pas élégant. Il est très humiliant d'être réduit à parler comme tout le monde, à dire: une révolution, une insurrection, comme n'importe qui*”. (Seignobos, 1907, 598-599). Y unos años más tarde parece que esa imposibilidad de traspasar el lenguaje vulgar y

En ese sentido, lo psicológico adquiere un estatus especial para el conocimiento histórico. Ello es así porque los términos que necesitamos para definir los fenómenos sociales -intenciones, creencias, deseos, motivos, sentimientos, opiniones, etc.- designan siempre fenómenos individuales de representación consciente, con lo cual *solo pueden ser conocidos mediante la observación psicológica interna*, y no por medio de un análisis centrado en la correlación numérica entre los caracteres generales (Seignobos, 1934: 16).

Para Seignobos, el hecho de referir un fenómeno a las representaciones que los actores hacen de su experiencia de la acción social, *es lo único que hace que lo acontecido sea accesible a nuestra inteligencia*⁵¹². Más allá de esto no existe un 'verdadero' conocimiento histórico; tan solo un conocimiento abstracto, cuya principal virtud es dar la impresión de trabajar mediante operaciones científicas, cuando en realidad lo que hace no es sino operar con representaciones numéricas que no tienen una relación evidente -fenomenológicamente aprehensible- con la experiencia vivida de los actores⁵¹³.

He aquí pues la crítica, una crítica que presupone un enfoque empirista de fondo, ya que al proceder así la Sociología plantea un tipo de parámetros analíticos (la construcción de series homogéneas) alejados de lo 'concreto' y de los estados de conciencia que acompañan y hacen inteligibles, según Seignobos, los fenómenos sociales.

concreto de los actores se convierte en toda una reivindicación de la diferencia disciplinar, en la especificidad propia del método de observación psicológica: “*La méthode d'observation psychologique (...) ne peut prétendre à être une méthode technique analogue à celle des sciences naturelles (...). Elle opère sur des faits sociaux constatés empiriquement par divers procédés grossiers, qui sont ceux de la statistique, de l'histoire ou de l'observation de masse. Aussitôt que le fait social a été constaté, elle oblige à l'analyser jusqu'à ses éléments individuels, elle dirige la recherche vers les actes individuels nécessaires pour produire ce fait et vers les phénomènes psychiques nécessaires pour diriger ces actes*” (Seignobos, 1934: 21).

⁵¹² Según Seignobos, sin la posibilidad analítica (falta de documentación escrita) de organizar el pasado bajo la forma de actores y representaciones individuales (intenciones, motivos, sentimientos, deseos, etc.) el pasado se convierte en un objeto incapaz para el desarrollo del conocimiento histórico, dado que no es posible aplicar los mecanismos explicativos del relato. Véase a este respecto la opinión de Seignobos ante la impotencia en la que está la historiografía de su época ante la prehistoria. “*Pour comprendre l'importance des données psychologiques il suffit de constater l'ignorance où nous restons, malgré la masse énorme des objets préhistoriques dont nous observons pourtant exactement tous les détails matériels, parce qu'aucun renseignement de nature psychologique en nous apprend les intentions des peuples qui s'en servaient*” (Ibíd: 11).

⁵¹³ “*Le véritable esprit scientifique consiste non à employer des termes techniques pour se donner l'impression d'opérer scientifiquement mais à reconnaître franchement à quel niveau est notre connaissance et à n'exprimer une connaissance empirique qu'en un vocabulaire empirique*” (Seignobos, 1907: 600).

En el fondo, todo sucede como si los conceptos fuesen reflejos de la realidad, de manera que cuanto más concretos sean los términos utilizados más verdaderos (menos arbitrarios) serán los resultados expresados por el trabajo histórico⁵¹⁴.

(b) Por su parte, Simiand contrapone un enfoque distinto. Para ello plantea un tipo de argumentación teórica basada en la crítica del supuesto que articula el planteamiento de Seignobos, y que hace que la ciencia histórica sea percibida como un trabajo interpretativo, basado en documentos incompletos y en *la restitución de su sentido mediante razonamientos y esquemas explicativos creados por analogía con los motivos que proporciona la psicología del sentido común*.

Simiand comienza así por lo básico, entendiendo que esta primera crítica permite sentar las bases para pensar un concepto de ciencia social análogo al de las ciencias positivas de los fenómenos naturales (Simiand, 1903: 115). La crítica es sobradamente conocida: se trata del uso que Seignobos realiza de los términos 'psicológico' y 'subjetivo', los cuales utiliza indistintamente para justificar el hecho de que toda representación psicológica se agota en una representación consciente *individual o subjetiva*.

Para Simiand todo fenómeno social está acompañado de una representación psicológica; ahora bien, una cosa es admitir esto y otra muy distinta es reducir lo psicológico al fenómeno subjetivo, dando a entender así que toda la riqueza de lo imaginario y de los fenómenos mentales puede explicarse por medio de las representaciones conscientes que los actores tienen de su experiencia de la acción social.

En este punto existen diferencias considerables. Diferencias que si no se tienen en cuenta pueden llevar a la imposibilidad de concebir siquiera una ciencia positiva en materia social (*Ibíd*: 116). En efecto, si lo psicológico se reduce a lo subjetivo esto implica que lo psicológico se opone a lo material y lo objetivo. De ahí a reclamar un tratamiento personalizado hay tan solo un paso, como lo muestra el hecho del método introspectivo planteado por Seignobos.

Ahora bien, ¿qué ocurriría si en lugar de reducir lo psicológico a lo subjetivo entiéramos lo psicológico como un campo de problematización científico, independiente de nuestra esponta-

⁵¹⁴En la discusión final de su conferencia de 1907 Seignobos deja bastante clara su preferencia: “*M. Seignobos: (...) j'ai dû renoncer à employer des termes précis et scientifiques, et revenir aux termes vulgaires, ce sont les seuls qui ne soient pas arbitraires*” (*Ibíd*: 622). Mientras que Simiand se decanta justamente por lo contrario: “*M. Simiand: Le mieux est pourtant de s'écarter de la langue vulgaire et de s'élever à une langue technique. C'est quand on se sert des mots de la langue vulgaire qu'on ne peut s'entendre. Soit le mot: roi; il est loin de signifier la même chose pour tous les travailleurs qui l'emploient*” (*Ibidem*).

neidad individual y por tanto susceptible de albergar operaciones con términos abstractos y relaciones entre fenómenos teóricamente contruidos?⁵¹⁵

Sin duda he aquí el eje argumental de Simiand. Y también el significado más preciso de la primera de las reglas establecidas por Durkheim⁵¹⁶. Que los hechos sociales deban tratarse *como* cosas no significa ni más ni menos que esto: considerar lo psicológico como un ámbito de análisis científico, susceptible de albergar operaciones analíticas contruidas sobre la base de términos abstractos que *poco tienen en común con las preguntas o las vivencias personales que los sujetos tienen de su experiencia de la acción social*.

En este punto Durkheim expresa su deuda con el modelo de las ciencias naturales y la defensa del *monismo* metodológico. En su análisis no cabe suponer dos tipos de realidades distintas, tal que estas últimas permitan diferentes accesos al campo de su racionalidad. Tanto el objeto de las ciencias naturales como el de las ciencias humanas deben compartir el mismo método de investigación científica. Un método basado en la búsqueda de regularidades abstractas que permitan formular leyes generales, tanto en lo que se refiere al mundo de los hechos naturales como al mundo de los hechos sociales.

En ese sentido, Durkheim acepta la existencia de múltiples objetos científicos. Sin embargo, esta diversidad no alterna en absoluto el carácter fundamentalmente idéntico de las racionalizaciones propias a las ciencias naturales y a las disciplinas sociales. Ambas tipologías reposan sobre la *unidad ontológica de la naturaleza*, lo que significa que esta última (sea cual sea su modalidad) solo es explicable a partir de un mismo *espacio de razonamiento natural*, que por supuesto en el caso de Durkheim viene a identificarse con el modelo de las ciencias naturales y la búsqueda de regularidades.

Los durkheimianos han sido pioneros en este ámbito, al disociar lo psicológico de lo subjetivo y al tratar de articular un campo de análisis donde las representaciones mentales se reorgani-

⁵¹⁵En términos similares Simiand: “(...) la science positive sait bien qu'elle veut (...) séparer ce qui, dans les goûts, les couleurs, les sons, etc. est indépendante de nos dispositions individuelles (...) elle sait que son rôle est de dégager du subjectif l'objectif, pour l'étudier. Cette part du subjectif et de l'objectif, distinguée dans le psychologie sensible, n'est-elle pas à distanguer de même façon dans le psychologie intellectuelle? Un domaine d'objectivité en peut-il pas, ici comme là, être reconnu, défini, constitué, qui soit domaine de science positive?” (Simiand, 1903: 119).

⁵¹⁶“Il nous faut donc considérer les phénomènes sociaux en eux-mêmes, détachés des sujets conscients qui se les représentent; il faut les étudier du dehors comme des choses extérieures; car c'est en cette qualité qu'ils se présentent à nous” (Durkheim, 1895: 29).

zan en función de parámetros (abstractos) que no tienen nada que ver con las unidades (concretas, vulgares) delimitadas por la percepción de los actores⁵¹⁷.

El resultado es la construcción del 'objeto sociológico', un objeto al que solo podemos acceder mediante un conjunto de operaciones concertadas, en razón de las cuales es posible abstraer los datos del contexto enunciativo para reorganizarlos en función de una serie de indicadores (por supuesto, abstractos) que nos permiten abstraer un conjunto de propiedades que no son directamente aprehensibles por los actores sociales.

En términos prácticos esto tiene una plasmación muy clara: significa que lo psicológico se disocia de lo subjetivo, para lo cual es preciso modificar el campo de la realidad que se nos presenta como 'problema'. Dicho de otro modo: lo importante no es preguntar qué tipos de acción individual psíquica son los que hacen explicables los hechos sociales sino tratar de considerar estos últimos *en la regularidad de sus caracteres generales*, es decir constatando si la variación producida en una serie de hechos guarda algún tipo de conexión con las variaciones encontradas paralelamente en otra serie de hechos⁵¹⁸.

Solo así, según Simiand, es posible elaborar una ciencia positiva en materia sociológica. Ahora bien, esto apenas resulta realizable sin la existencia de una metodología crítica orientada a *desorganizar y reorganizar los datos del relato*. Es necesario poner entre paréntesis el 'lenguaje vulgar' de los actores para poder traducir la información espontánea de los mismos en un índice o una información sobre el valor de una variable. Solo así es posible que la investigación científica pueda realizar mediciones y establecer regularidades sociales, operando con una serie de

⁵¹⁷ Según Simiand, el sociólogo tiene el mismo derecho que el físico o el químico de formar abstracciones y trabajar con ellas. Eliminar esta posibilidad, como parece plantear Seignobos, es librarse a realizar un discurso precientífico. Es condenarse a no poder construir un objeto (teórico) de investigación científica y por tanto a no alcanzar la finalidad misma de toda ciencia positiva, que es la determinación de relaciones causales (la ley de funcionamiento interno) de una parcela de realidad que se nos presenta como 'objeto'. "*Il se peut même que tout cet élément social reçoive en chacun de nous une coloration individuelle propre, et que cet élément social en puisse être conçu et étudié à part que par une abstraction. (...) ce qui importe est que l'abstraction qui l'isole, bien loin de détruire ou de déformer la réalité, au contraire ici la 'constitue' proprement, la 'fait' telle qu'une connaissance et une élaboration scientifiques en deviennent, par là même et par là seulement, possibles*" (Simiand, 1903: 120).

⁵¹⁸ El ser humano no puede estar en el mundo sin hacerse ideas o representaciones mentales. Por eso lo psicológico entendido en este vasto sentido es el medio en el cual se desarrollan y se reproducen los hechos sociales. En la discusión pública entre Seignobos y otros investigadores en 1907 Simiand deja bastante clara su postura ante lo psicológico y el papel que este juega en las explicaciones sociológicas. "- Simiand: *Bien loin de vouloir éliminer les explications psychologiques, je considère au contraire qu'on n'atteint une cause dans la matière qui nous occupe que lorsqu'on atteint une relation générale de nature psychologique. Seulement il faut et j'ai voulu distinguer entre les explications psychologiques subjectives et les explications psychologiques objectives. (...) C'est le subjectif seulement que je demande d'éliminer et contre lequel vont toutes mes critiques. Mais il est tellement peu dans ma pensée d'éliminer le psychologique objectif que j'y vois au contraire l'essence et le caractère même des phénomènes*

objetos que poco tienen que ver con las unidades delimitadas (las prenociones, en lenguaje durkheimiano) por el contexto de enunciación.

De ahí la crítica de Simiand a Seignobos. Este último trabaja con objetos (individuales) que no se prestan a procedimientos de investigación científica. Amparado en el ideal de un registro sin presupuestos, Seignobos rechaza el uso de las abstracciones en historia, al considerar estas últimas incapaces de respetar la experiencia que los actores hacen de la acción social. El 'verdadero espíritu científico, nos dice, expresa un conocimiento empírico mediante un vocabulario empírico' (Seignobos, 1907: 600).

Por su parte, Simiand entiende los terminos abstractos como un requisito indispensable. Lejos de ser una práctica que 'deforma o destruye la realidad', las abstracciones son aquello que convierte los hechos de observación en un objeto científico, en el sentido de que otorga los caracteres necesarios para poder traducir la experiencia singular de los actores en una parcela de realidad susceptible de albergar regularidades y relaciones causales.

En ese sentido Simiand inscribe su ataque en el interior de una concepción nomológica de la ciencia, lo que significa que toda pretensión de explicación científica *procede construyendo un orden de razones que se aparta del orden de la vivencia propia*. De ahí la crítica de Simiand al empirismo de Seignobos. Si la Historia, como dice, es un conocimiento empírico, si se limita solamente al uso y la verificación documental del lenguaje vulgar (no técnico) utilizado por los actores entonces aquella se condena a una reproducción descriptiva del pasado⁵¹⁹, con lo cual se inhibe de la elaboración de otro tipo de operaciones capaces de explicar las condiciones abstractas (las regularidades, la lógica objetiva) que predisponen a los individuos a comportarse de cierta manera o a decantarse -estadísticamente hablando- por cierto tipo de ideas, gustos o decisiones aparentemente personales.

Dicho procedimiento conlleva sin embargo una forma diferente de modalidad argumentativa (lo veremos), pero también otro tipo de fuentes. La tentativa de establecer un dispositivo con

que nous étudions et des causes que nous tâchons de trouver: je croyais qu'il ne pouvait pas y avoir d'incertitude sur ce point" (Seignobos, 1907: 629).

⁵¹⁹ En realidad, la propuesta de la *École Méthodique* fuerza desde sus presupuestos al historiador a ejercer su disciplina como una ciencia eminentemente descriptiva, consciente más de sus límites que de sus posibilidades, centrada en el establecimiento de hechos singulares y en una causalidad individual. El historiador queda así inhibido de ir más allá de la simple comprobación de los hechos y de algunas operaciones sencillas de agrupamiento que especialmente en su dimensión temporal le permiten observar la evolución social pero no comprenderla (pues no puede establecer causalidades complejas). El historiador queda así condenado a narrar lo que en el fondo le está vedado comprender.

vistas a la medición cuantitativa implica utilizar *fuentes adecuadas para la propia medición*. Ahora bien, este requisito no es apenas realizable con las fuentes utilizadas por Seignobos, para ello se requiere otro tipo de fuentes, o mejor aún, se requiere un tratamiento de análisis que trate de reconvertir el contenido explícito del texto *en un índice o un dato contruido en función de una problemática establecida por el investigador*.

De ese modo, Simiand se sitúa en las antípodas de la epistemología planteada por la 'historia historizante'. En lugar de concebir la ciencia como una copia o una reproducción de la realidad el sociólogo plantea un esquema más complejo. Esto es así porque, a diferencia de otras formas de conocimiento humano, la ciencia se construye a partir del rechazo (o *ruptura*, en terminología de Bachelard) del objeto preconstruido por la percepción, lo que significa que su práctica y su metodología científica, además de descubrir y dar cuenta de la realidad, necesita construir sus propios objetos de estudio, es decir, necesita operar con entidades teóricas que vengán a funcionar como *índices relativos a una problemática*, de manera que el estudio de estos últimos permita obtener informaciones sobre el estado y la evolución de una variable expresamente construida, y de la que, por supuesto, *no fueron conscientes los actores de la experiencia social*.

En ese sentido los hechos a los que alude Simiand no son datos que se impongan por su sola evidencia. Presuponen siempre una carga teórica, lo que sin embargo no les invalida, ni mucho menos, como hechos científicos, sino más bien todo lo contrario⁵²⁰. Es más, solo si existe una hipótesis o una codificación previa de trabajo es posible aislar el fenómeno que se quiere estudiar, al despejarlo de la indiferenciación de lo real y al redefinirlo como un índice que se integra en una unidad de análisis establecida por el investigador.

Simiand no negaba que las condiciones para la constitución de una ciencia positiva fueran más difíciles en el campo social que en el de las ciencias naturales, pero defendía la idea de que entre aquéllas y éstas *no existía una diferencia de naturaleza*. La idea de una radical oposición

⁵²⁰ Aquí el apunte crítico a Ranke y su modelo de narrar el pasado 'wie es eigentlich gewesen ist' es claro: "À force de répéter, avec l'école moderne, que l'histoire est une représentation du passé, exacte, impartiale, sans fins tendancieuses ni moralisatrices, sans intentions littéraires, romanesques ni anecdotiques (...) on arrive sinon à oublier, du moins à en plus faire suffisante attention que 'exact' ne veut pas dire 'intégral', que 'impartial' ne veut pas dire 'automatique', que 'sans tendance, sans souci littéraire' ne veut pas dire 'sans préconception, sans choix' (Simiand, 1903: 140). En consecuencia, el conocimiento no es en sentido estricto una copia de la realidad, sino una práctica teórica cuyas hipótesis y codificaciones metodológicas influyen en la ordenación y las relaciones entre los hechos. No existe pues un registro sin supuestos: "*la représentation du passé de l'humanité, que peut et veut nous donner l'histoire, n'est à aucun degré une 'photographie du passé'; elle n'est à aucun degré une reproduction intégrale, un enregistrement automatique (...). L'oeuvre historique la plus brute, le dépouillement de textes le plus amorphe, le recueil de documents le plus passif, est déjà choix, implique quelque élimination, suppose quelque vue préalable de l'esprit*" (Ibid: 141).

derivada del modo de conocimiento del objeto era un error ya que para Simiand ese conocimiento no era indirecto (como sostenía Seignobos) sino tan solo *mediato*⁵²¹.

Ahora bien, el propósito básico de Simiand no se salda con un crítica a una forma especial de hacer historiografía, su objetivo es plantear un interrogante más amplio, que sea capaz de vislumbrar una perspectiva de análisis (la Ciencia social unificada) en la que la clave del proceso cognoscitivo deje de permanecer prisionera de las evidencias empíricas inmediatas. En efecto, el propósito básico de su intervención no es otro que plantear un cuestionamiento radical del enfoque 'historizante', especialmente en lo que se refiere a su lógica de la investigación científica: se trata en definitiva de hacer saber que la secuencia propia que ha sido establecida por Seignobos, precisamente por limitar su clave de inteligibilidad a la experiencia *vivida* de los agentes, corre el riesgo de encerrar el desarrollo de la práctica científica en un modelo restringido, dando pues por explicado aquello que precisamente hay que explicar.

He aquí el argumento que merece la pena retener de su crítica: lo 'dado' no es un criterio de explicación científica, pues 'lo dado' -esto es, el orden del 'aparecer' ante los ojos- es parte como decíamos de lo que debe ser explicado. La ciencia, dirá Simiand, no estudia la propiedad de las cosas tal y como se dan a la percepción, lo que hace es someter estas últimas a una consideración previa (variable en cada ciencia) en virtud de la cual se hace de ellas algo objetivable (y por tanto, predecible o comparable) según determinados parámetros. Parámetros sin embargo en los que no habría que ver la transliteración conceptual de una esfera de realidad dada-de-antemano, sino una imposición formal puesta en práctica por el propio entendimiento, lo cual no hace sino poner de manifiesto el carácter violento que anima al conocimiento humano en relación al mundo, a la constancia 'física' de lo que nos circunda⁵²².

⁵²¹ De nuevo, Simiand trata de dejar bien clara su oposición a la distinción entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza. “*En somme il paraît ressortir, (...) que si les conditions d'établissement d'une science positive sont plus difficiles dans le domaine social que dans celui des sciences naturelles, il n'y a pas, entre celles-ci et celle-là, d'opposition ni même de différence de nature*” (Ibíd: 137).

⁵²² Para Simiand, al igual que para Durkheim, los principios que rigen la construcción de los objetos responden solamente a criterios de *problematización* abstracta. Por tanto, la naturaleza no existe como una totalidad ordenada de antemano, tal que esta última permita una distribución lógica de los 'objetos' conforme al orden fenoménico. Durkheim expresa esta misma idea en el prólogo a la segunda edición de *Les règles de la méthode sociologique*, al percartarse de los posibles malentendidos que puede acarrear la interpretación metafísica de la primera de sus reglas metodológicas. “*Traiter des faits d'un certain ordre comme des choses, ce n'est donc pas les classer dans telle ou telle catégorie du réel; c'est observer vis-à-vis d'eux une certaine attitude mentale*” (Durkheim, 1895: 10). Al decir esto, el sociólogo francés pone de manifiesto su defensa de la externalidad de los hechos, a condición de que lo hagamos sin confundir esa disposición *mental* respecto a los objetos con una asignación estrictamente ontológica. Interesantes reflexiones en Bourdieu (2005: 51-54) y Blanckaert (en Revel et al, 2006: 127-130).

Pero decir esto tampoco supone renunciar al ideal de 'objetividad'. Más bien al contrario, significa que la noción de objetividad, tal y como es planteada por Simiand, deja de estar reducida a la forma grosera de una 'exterioridad dada', convirtiéndose entonces en un *constructo* al que solo se puede concebir en virtud de una problematización que confiere a la realidad, en su acto de conocer, lo que en ella hay de lingüístico e inteligible⁵²³.

En ese sentido, la objetividad es contemplada por Simiand en un cierto sentido constructivista, en la medida en que esta última es el resultado de un proceso al que no debemos contemplar como una simple medición, sino también, y ante todo, como una *técnica de objetivación*⁵²⁴, entendiendo este término en el sentido que ya hemos sugerido con anterioridad, esto es, como un proceso en el que no solo se reordenan ciertos materiales impuestos a la percepción sino que al hacerlo se modifica también su estatus, convirtiendo a estos últimos (esto es, a 'lo dado' en la percepción) en objetos 'abstractos' de un saber y por tanto, se sientan las *condiciones formales a partir de las cuales toda medición es posible*⁵²⁵.

Así es, el propósito básico de la práctica científica jamás se identifica con el estudio de la realidad en abstracto, sino con un objeto *teóricamente* definido, lo que sin embargo no significa

⁵²³ En este punto se puede ir más lejos que Simiand y concluir que la captación simbólica es producto de un campo de fuerzas complejo, en el que intervienen muchas otras determinaciones que no pasan por el reconocimiento previo de un sujeto cognoscitivo. Como es lógico, Simiand no toca este tipo de cuestiones, simplemente se limita a señalar que la problematización abstracta construye el objeto científico. Es decir, definimos (medimos, comparamos, predecimos) lo que previamente seleccionamos, y seleccionamos de acuerdo a una proyección racional que nosotros mismos hemos introducido en la realidad. Sin embargo, la pregunta puede llevarse más lejos. ¿Cómo explicar sociológicamente esta proyección racional? ¿Existe como un tipo de determinación abstracta que compete solo a la voluntad reflexiva de los sujetos o se trata por el contrario de una operación que presupone otros factores que no pasan por el reconocimiento intelectual de un sujeto de conocimiento? Sin duda, estas cuestiones no invalidan lo anterior, pero sí ayudan a complejizar el planteamiento sociológico de Durkheim y de Simiand. Enfoques más actuales (la sociología reflexiva de Bourdieu) optan por esta segunda opción, al poner de manifiesto (y suministrar las herramientas analíticas para ello) cómo esta actividad *objetivante* del sujeto no se despliega bajo la forma de una operación ideada como resultado *interno* del intelecto humano; en ella, o, mejor dicho, *por mediación de ella* se encuentran actuando todas las modalidades de la práctica social. Véase (Bourdieu, 2003, 2005) Passeron (1994).

⁵²⁴ Simiand lo expresa por medio de interrogantes retóricos: "*Est-il besoin de rappeler longuement qu'en aucun cas, nous n'atteignons directement une réalité, une 'chose' en dehors de nous (...)? Que l'objectivité n'est pas une propriété inhérente aux choses, qu'elle a degrés, qu'elle se partage avec la subjectivité au domaine plus ou moins grand dans chacun de nos états psychologiques? Qu'enfin l'object', la 'chose' du monde dit extérieur, n'est, au point de vue de la connaissance empirique, tout simplement qu'un ensemble de sensations constitué en tout par abstraction?*" (Simiand, 1903: 117).

⁵²⁵ Ahora bien, de aquí no se desprende ninguna forma de idealismo encubierto, si acaso, un idealismo verificado en la dimensión semántica de las formas actuales de realismo, pero no un ataque a su dimensión ontológica. Quiere esto decir que no existe entonces un orden o una inteligibilidad interna que reposa en los materiales dados en la percepción; es más, estos últimos acontecen bajo una modalidad cuya capacidad informativa presupone la disposición conceptual a la cual le ha desplazado la pregunta científica, la cual, dicho sea de paso, no se contempla como un simple elemento neutro -que nada aporta a los materiales- sino como una condición transformadora o, más aún, como un marco determinado (y determinante) de referencia a partir del cual el sujeto empírico (el investigador concreto) da forma al material con el que se encuentra, es decir, lo hace legible según determinados parámetros por

que se prescinda del carácter externo del mismo⁵²⁶ pero sí de las determinaciones –p.ej. las impresiones inmediatas, las inducciones espontáneas o tal vez el modelo de la agencia social basado en la experiencia vivida de los agentes- bajo las cuales fueron consideradas en el momento de su percepción.

En consecuencia, el problema del empirismo resulta entonces claro: su inconveniente no procede solo del hecho de priorizar un esquema de análisis basado en las inducciones espontáneas; su inconveniente es que al hacerlo así omite un campo de análisis (y por tanto, de intervención práctica) en el que es posible deducir una trama de determinaciones abstractas ('lo social') que no pasan por el reconocimiento previo de un sujeto de conocimiento⁵²⁷.

Por eso mismo la lógica empirista resulta tan pobre e insuficiente, porque al privilegiar un ámbito de análisis basado en la perspectiva de un sujeto autoconsciente⁵²⁸, el planteamiento resultante no conoce otro determinismo más que aquel que resulta de las “propias” determinaciones vivenciadas por el sujeto, dando pues por explicado aquello que precisamente hay que explicar, tal como la determinación social de las ‘motivaciones’, la determinación social de la representación cognitiva de la realidad, etc.

Con ello damos paso al segundo punto de reflexión. La noción de causalidad: ¿Qué significa explicar en Sociología? ¿Qué significa explicar en Historia?

medio de los cuales categorizamos el *continuum* de lo percibido. De ahí la idea de la objetividad científica como el producto de un proceso: esta última no se descubre en sentido estricto, no es algo que permanezca ahí.

⁵²⁶ Para decirlo en terminología kantiana, la co-pertenencia del representar mismo y el ‘yo’ representante no compromete en absoluto la existencia de una realidad externa. El entendimiento no crea ‘lo dado’ (ese algo por mor de la cual nuestra sensibilidad es afectada) en lo sensible, por más que este último lo constituya al representarlo, al remitirlo-ante-sí, habida cuenta de que en ese remitir hay algo determinante, en cuanto lo representado (el objeto) no está ahí bajo la forma de algo-dado-de-antemano sino como un fenómeno que ya siempre se encuentra determinado por el representar-que-remite. Véase Kant (*KrV*, B 132; B 133).

⁵²⁷ Sin duda, esta trama de determinaciones es lo que la Sociología de Durkheim llama 'lo social', un dominio de análisis cuyos objetos de estudio (los 'hechos sociales') no son reductibles a los hechos psíquicos individuales. 'Lo social' es algo más complejo que lo meramente inter-subjetivo. Decir 'lo social' equivale a decir 'entre', supuesto el hecho de que este 'entre' no se refiere a una interacción entre individuos ya constituidos sino a una forma de disposición previa, de naturaleza estructural, por medio de la cual los individuos llegan a 'individualizarse' (subjetivar-se) como tales. Durkheim lo deja claro en su crítica a la sociología de Spencer: “*il ne peut rien se produire de collectif si des consciences particulières ne sont pas données; mais cette condition nécessaire n'est pas suffisante. Il faut encore que ces consciences soient associées, combinées, et combinées d'une certaine manière; c'est de cette combinaison que résulte la vie sociale et, par suite, c'est cette combinaison qui l'explique (...). Par conséquent, toutes les fois qu'un phénomène social est directement expliqué par un phénomène psychique, on peut être assuré que l'explication est fautive*” (Durkheim, 1895: 61-62).

⁵²⁸ Simiand denuncia el carácter profundamente ahistórico de las perspectivas que defienden la explicación de los fenómenos sociales por los hechos psíquicos individuales. Es más, estas perspectivas representan el correlato manifiesto de las filosofías espiritualistas y de las teorías liberales del contrato social. “*Nulle part, à l'origine, on ne trouve un contrat entre individus auparavant indépendants et isolés: on rencontre au contraire, une intégration plus complète, plus entière, de l'individu dans le groupe, une "indifférenciation" de l'individu où il est impossible de reconnaître la source originale et un pouvoir créateur de la société elle-même*” (Simiand, 1903: 126).

3.4.3.2. - El problema de la causalidad en Historia:

Como ya se ha ido advirtiendo en las páginas anteriores la cuestión de la causalidad es una constante a lo largo del debate. Su aparición se deja traslucir en la mayor parte de los argumentos que utilizan los interlocutores, dando la impresión en numerosas ocasiones de ser el verdadero problema de fondo de la disputa.

La razón básica por la cual Simiand trae a colación este tema es porque entiende que los historiadores franceses, siguiendo en esto a los alemanes, hacen un uso abusivo de la noción de 'causa'. Utilizan ese término para referirse indistintamente a los antecedentes que concurren al surgimiento de un fenómeno, sin distinguir propiamente los términos, causas, antecedentes o elementos puramente anecdóticos.

En ese sentido lo que desconcierta al sociólogo es la indistinción galopante que parece reflejarse en el uso de los conceptos, máxime cuando esta imprecisión aparece de la mano de un historiador especializado en metodología⁵²⁹. Sin embargo, peor incluso que la falta de rigurosidad es la incapacidad manifiesta del propio Seignobos para establecer relaciones de causalidad estrictamente explicativas.

He aquí el motivo de la discordia. Simiand no ve capaces a los historiadores de plantear verdaderas causas explicativas, dado que la mayor parte de los objetos que manejan (y en ocasiones *idolatan*) son figuras de lo individual o bien entablan problemáticas (orígenes, legitimaciones políticas, etc.) que no se prestan a un procedimiento de abstracción cuantitativa (Revel, 1999: 383).

Además, las realidades que presentan como causas (un acontecimiento, el genio personal) lo son únicamente por aparecer *antes* en el orden cronológico de los sucesos, omitiendo precisamente con ello la posibilidad de experimentar y comprender ese mismo pasado a partir de *duraciones* u procesos que sobrepasan la escala de la experiencia vivida de los agentes; o bien, como suele ser el caso, utilizan el término 'causa' para denotar el conjunto de intenciones que guiaron

⁵²⁹ “M. Seignobos, à la page 270, semble confondre la cause avec la condition 'nécessaire', et à la page 275, il semble l'identifier avec la condition 'suffisante' (...) Cette indistinction de concepts, cette méconnaissance du sens propre de cause en langage scientifique, cette imprécision de termes qui se découvre chez un méthodologiste, explique d'avance que, dans leur pratique, les historiens apparaissent éloignés d'avoir une notion fixe de la cause” (Simiand, 1903: 127).

las acciones de los sujetos, lo que sin duda sitúa a la argumentación histórica al mismo nivel que los motivos y las razones proporcionadas por la psicología del sentido común.

Sea como fuere, ninguna de estas acepciones se ajusta al modelo de causalidad científica formulado por las ciencias positivas. Ni la búsqueda de las representaciones subjetivas ni el atenerse al orden cronológico de los acontecimientos bastan por sí solos para explicar el surgimiento de un fenómeno social. Para ello se requiere una vinculación de tipo objetivo, una vinculación que sin dejar de advertir las distintas variables que anteceden un fenómeno postula sin embargo la existencia de un antecedente invariable e incondicionado, como si con ello se quisiera poner de manifiesto la idea de que un vínculo causal solo es posible *entre dos fenómenos de igual orden* (Simiand, 1903: 131).

Ahora bien, esta forma de causalidad objetiva exige un procedimiento previo de abstracción analítica, basado en un conjunto de operaciones por medio de las cuales es posible discernir en todo fenómeno las regularidades que lo intervienen, de modo que la trayectoria formal (cuadros, tablas) de las mismas permitan establecer un orden de causas diferente al orden de la experiencia vivida.

En las páginas siguientes trataremos de reconstruir los distintos argumentos de los interlocutores. Comenzaremos por Seignobos (a) y después por Simiand (b).

(a) Lo primero que cabe señalar es la reiteración estilística de su argumento. En él no vamos a encontrar un matiz distinto a lo ya señalado en las cuestiones anteriores. La mayor parte de sus argumentos aducen el mismo tipo de razones para no tener que plegarse al modelo de causalidad planteado por Simiand.

En el fondo se trata de utilizar la misma estrategia defensiva: para ello se parte de las limitaciones básicas a las que se enfrenta la práctica de la Historia, a fin de que la explicitación de estas últimas acabe por desestimar la propuesta de Simiand al considerarla inapropiada para el campo de las ciencias históricas, o mejor aún, por tratar de extrapolar un tipo de razonamiento que no se ajusta ni a la naturaleza ni a las condiciones prácticas del oficio histórico⁵³⁰.

⁵³⁰ De hecho, la voluntad manifiesta de Seignobos es presentar su conferencia de 1907 como si fuese una respuesta pragmática y razonable a las quimeras idealistas del filósofo. Véase el inicio de la intervención: “*Je voudrais essayer –en réponse à l'exposé fait par Simiand le 31 mai 1906– de préciser les différences entre le point de vue du philosophe et celui de l'historien dans la position du problème des causes. J'expliquerai pourquoi mon procédé d'exposition ne peut pas satisfaire aux exigences d'un philosophe et j'examinerai si les règles de travail proposées par Simiand peuvent répondre aux besoins d'un historien (...). L'historien est lié aux moyens pratiques de la*

He aquí la idea de fondo que prevalece en la respuesta a Simiand; ahora bien, el desarrollo de tales argumentos también ofrece importantes apuntes acerca del modo en que los historiadores plantean el problema de la causalidad en Historia. Analizando pues estos razonamientos podemos reconocer también cuál es el mecanismo de explicación que se baraja en la comunidad historiográfica, habida cuenta de que las reflexiones de Seignobos constituyen indicios significativos sobre la tendencia y el planteamiento hegemónico en la ciencia histórica de la época.

Dicho esto procedamos a resumir el desarrollo general de su argumento. ¿Cómo se plantea el problema de la causalidad *en la práctica* de los historiadores profesionales?

Seignobos comienza su intervención señalando algunas premisas importantes. Todas ellas debidamente argumentadas para tratar de justificar una situación de limitación y de especificidad disciplinar para la Historia.

La primera de ellas se refiere al carácter *localizado* del hecho histórico: ¿qué es lo que hace ser histórico a un hecho, se pregunta? Y la respuesta es clara: lo indispensable *es ser localizado en un tiempo y un lugar determinado* (Seignobos, 1907: 587). Lo que significa que sin esta condición no hay hecho histórico propiamente dicho, por mucho que la atribución histórica sea una atribución *cognitivamente* establecida, y no haya hechos históricos más que *por posición* y no por naturaleza, como muestra en la *Introduction aux études historiques*.

Ahora bien, esta vieja apreciación, cuya riqueza podría suscribir cualquier analista contemporáneo, se interpreta estrechamente cuando Seignobos *la reduce al análisis filológico y la introspección psicológica de los documentos*. En ese caso, sucede que la atribución cognitiva de 'lo histórico' se ciñe solamente a los cambios y los acontecimientos *percibidos* en el entorno, dando así por sentado que 'lo histórico' solo es una atribución que parte de un pasado precomprendido en terminos antropomórficos, es decir organizando el pasado bajo la forma de actores capaces de comportamientos intencionales.

El resultado es una concepción histórica en la que se acepta el orden cronológico de los agentes del pasado, y en la cual el único mecanismo de causación posible pasa por la búsqueda del antecedente *inmediato* del acontecimiento.

connaissance, il part des matériaux réels imparfaits. (...) Je voudrais dire comment le problème se pose dans la pratique aux historiens" (Seignobos, 1907: 587).

De ahí la necesidad de postular el carácter localizado de lo histórico. Sin este requisito no es posible entablar el mecanismo de causación lógica en historia, dado que se carecen de las referencias empíricas mediante las cuales es posible suscitar la representación *analógica* del historiador, condición indispensable, dirá Seignobos, para poder establecer los vínculos intencionales de los hechos.

En ese sentido la explicación histórica se opone al mecanismo de explicación causal practicado en la Sociología. En lugar de considerar el acontecimiento en su dimensión de lo regular el historiador opta por situarse en el *lugar* del acontecimiento, aceptando así de manera aproblemática el orden de causas que procede de la experiencia cronológica de los actores, el único por otra parte al que puede acceder el historiador a través de los documentos⁵³¹.

De ese modo, el historiador se limita a reconstruir los antecedentes que han provocado el acontecimiento, para lo cual es preciso operar empíricamente, yendo caso por caso y no aceptando por causa más que aquello que la localización empírica del acontecimiento permite sugerir. Más tarde volveremos a esto.

La segunda premisa nos sitúa en cambio ante la naturaleza de los materiales históricos. En realidad, ya hemos pronunciado estas aclaraciones en el transcurso de las páginas anteriores. Por tanto, no es necesario repetir el contenido expresado por Seignobos; basta con resumir sus partes más relevantes para ver cómo influyen en la manera de plantear el problema de la causalidad en Historia.

Así pues, lo primero que cabe recordar es el carácter limitado que asiste a las fuentes históricas: estas últimas, dice, solo ofrecen al historiador hechos particulares redactados en una lengua vulgar, en la mayor parte de los casos deformada con elementos oratorios o recursos moralizantes introducidos por el productor de la narración (Seignobos, 1907: 588).

El historiador debe reconocer en todo momento que los materiales con los que trabaja son el producto de personas que observaban al margen de un lenguaje técnico y controlado, lo que significa que las fuentes son materiales puntuales y limitados.

⁵³¹“Aucun fait n'est utilisable en histoire, s'il ne se présente pas avec l'étiquette: en tel endroit, à telle époque. Simiand nous propose d'enlever l'étiquette et de considérer dans l'événement ce qu'il y a de général. Pour nous, au contraire, l'étiquette est indispensable; elle indique la place du phénomène dans la réalité et cette place a une importance décisive dans l'explication historique: sans elle, on ne peut dire pourquoi tel événement s'est produit. La place d'un événement est précisément sa cause, au point de vue de l'histoire” (Ibíd: 594).

Puntuales porque se trata de productos momentáneos, que se refieren solo a situaciones concretas: por ejemplo, un documento que surge en una actividad institucional, el texto de un escritor que realiza una descripción, la ciudad que capta un dibujante en un momento particular, etc. Los ejemplos podrían ser infinitos, pero en todos ellos la fuente documental *nunca explicita nada sobre la dimensión diacrónica de lo representado*, es decir nunca ofrece el *contexto de lo presentado con su antes y su después, con su demasiado pronto o su demasiado tarde* (Koseleck, 2013: 100). Tales cuestiones solo son planteadas por el historiador, no por las fuentes utilizadas por él.

Y *limitadas* porque las proposiciones contenidas en las fuentes se refieren solo a estratos concretos de la realidad. La fuente es incapaz *por sí sola* de informar sobre la dimensión sincrónica de lo representado, de manera que en ella no podemos encontrar una información explícita acerca del cómo y el porqué de los procesos simultáneos, tales como la relación entre economía y política, gusto y posición económica, etc (*Ibíd*: 101).

En definitiva, la fuente nunca ofrece la vista temporal y sincrónica de los acontecimientos; todo esto depende más bien del rendimiento conceptual establecido por los historiadores: son ellos quienes hacen surgir con sus preguntas los diferentes planos de la realidad que le sean accesibles a través de las fuentes (Prost, 1996: 94).

Así, al preguntar, al interpelar a las fuentes según determinados procedimientos el historiador resignifica su contenido y lo convierte en una información relativa a una problemática abstracta (sincrónica o diacrónica). En ese sentido, la pregunta no es un elemento accesorio: muy por el contrario, se trata de un aspecto fundamental para la construcción del objeto, ya que su articulación es aquello que permite *dar forma* al material con el que se encuentra el historiador, presentando como 'prueba o evidencia' aquello que solo era un material 'en bruto' antes de su articulación discursiva.

Dicho de manera más clara, la pregunta histórica (la pregunta formalmente constituida, se entiende) es aquello que convierte los materiales brutos en fuentes, es decir en información correspondiente a una determinada hipótesis que debe ser validada.

Seignobos no plantea este tipo de cuestiones. Sin embargo, admite que los hechos históricos son hechos establecidos por posición, no por naturaleza. Ahora bien, en lugar de deducir de esto la posibilidad de intervenir con procedimientos abstractos, el historiador se instala en una defen-

sa castrante de la ciencia histórica, y en ocasiones humilde de su propio trabajo y aspiraciones. En el fondo, todo sucede como si la imperfección y el carácter particular de las informaciones proporcionadas por las fuentes históricas limitase la legitimidad de plantear problemáticas abstractas, como si el hecho mismo de disponer de fuentes expresadas en ‘lengua vulgar’ (no cuantitativas) fuese un impedimento insalvable para buscar en ellas las regularidades que lo atraviesan⁵³².

Naturalmente Seignobos escribe en un momento en el que se desconoce la posibilidad de serializar fuentes no cuantitativas. No obstante, su postura ante la estadística es tan sumamente confusa que incluso parece aventurado apelar al desconocimiento o a la mera falta de información. En cierto sentido, y esto es algo que bien pudiera ser objeto de discusión, todo parece indicar que para Seignobos la tarea de *definir los hechos en términos generales*, condición indispensable para establecer relaciones objetivas entre los fenómenos, es una posibilidad a la que no se prestan los materiales históricos, y que cuando así parecen hacerlo no alcanzan más que un nivel grosero y superficial de los fenómenos colectivos, al ser incapaces de adentrarse en los mecanismos psíquicos de acción individual en virtud de los cuales se hacen explicables los hechos sociales⁵³³.

Con ello pasamos a la tercera premisa señalada por Seignobos, que se postula como una derivación aparente de lo anterior. El historiador está obligado a desarrollar su trabajo en condiciones limitadas: tanto la naturaleza de su conocimiento como la imposibilidad de reducir sus materiales a términos abstractos, hacen que la práctica histórica se limite a la búsqueda de *causas particulares* (Seignobos, 1907: 589).

En ese sentido, no cabe el modelo de explicación abstracta preconizado por Simiand. La Historia está obligada a proceder de una manera empírica, lo que significa que debe remontar el

⁵³² Esta idea se expresa en varias ocasiones en su conferencia de 1907. Sin embargo, hay un pasaje en el que la posición de Seignobos parece más clara. Nos referimos al comentario realizado de la obra de Simiand, *Salaires des ouvriers des mines*. Aquí Seignobos expresa la imposibilidad de concebir términos *generales* a partir de fuentes originariamente no cuantitativas. Para él, es absolutamente ilegítimo *transformar la lengua vulgar en una lengua técnica general*. “*Sa méthode exige des documents assez sûrs et assez précis pour pouvoir établir entre les phénomènes des relations numériques exprimées en termes généraux; pour cela, il faut des statistiques. Je ne vois pas le moyen d'exprimer en termes généraux des phénomènes qu'on ne peut recenser: or ces phénomènes, c'est toute la vie politique, intellectuelle, sociale, artistique, religieuse et mondaine; ce sont les mœurs, les usages, les croyances, les idées, les arts, les sciences. Le champ d'action de la méthode de Simiand est donc limité d'une part à un très mince fragment de la réalité, d'autre part à la période contemporaine. Toute l'humanité antérieure au XIXe siècle reste en dehors*” (Seignobos, 1907: 600).

⁵³³ Sin duda esta última tesis de fondo la desarrolla posteriormente en su artículo *La Méthode psychologique en Sociologie*. Véase *supra*.

orden cronológico de los acontecimientos y establecer qué antecedente es el que precede de manera más inmediata al fenómeno (*Ibidem*).

En el fondo, no se trata sino de utilizar el término 'causa' en un sentido vulgar, de manera que este último acabe por referirse al antecedente *inmediato* de un hecho anterior, el cual ha sido elegido *sin una formulación explícita de las reglas de su construcción*. Desde este punto de vista, la causalidad no define entonces una relación numérica expresada en términos abstractos, no es algo que se construya a partir de las correlaciones cifradas entre regularidades abstractas construidas por medio del análisis serial sino más bien un asunto al que se llega solo por *tanteo empírico*, y donde la verosimilitud y el recurso inconsciente a las reglas analógicas hacen las veces de un aparente mecanismo explicativo (Simiand, 1903: 128).

De ahí la pertinencia de las críticas vertidas por Simiand en su conferencia de 1903: en todas ellas se denuncia una obsesión común en el trabajo de los historiadores; todos ellos, nos dice, tienden a utilizar indistintamente los términos de 'causa' y 'agente'; por tanto, acaban reduciendo el problema de la causalidad a la búsqueda de un agente cuyas acciones permitan situarnos en el *lugar* donde se produce el antecedente más inmediato de los fenómenos⁵³⁴.

Ahora bien, lejos de rechazar el sentido de la crítica Seignobos admite publicamente su pertinencia, pero excusa el incumplimiento de la misma amparándose en las condiciones deficitarias que aquejan la práctica histórica. En el fondo, se trata del mismo argumento señalado anteriormente, si bien es cierto que ampliado con una discreta pero importante información, según la cual la ciencia histórica no solo está condenada a buscar los antecedentes inmediatos sino a designarlos por medio de los términos concretos de la lengua vulgar (Seignobos, 1907: 590).

Ello es así porque, a diferencia de las ciencias experimentales, la Historia no dispone más que de materiales incompletos y fragmentarios, incapaces de ser traducidos a términos abstractos; en consecuencia, la única forma de plantear la explicación causal es limitándose a la bús-

⁵³⁴ En este punto, Simiand solo es consecuente con la máxima que ha guiado el quehacer y las reseñas de *l'Année sociologique*: hay que *explicar lo social por lo social*, lo que llegado el caso significa evacuar al sujeto y a las motivaciones conscientes como factor privilegiado de explicación socio-histórica. Véase a este respecto este pasaje, especialmente su última parte. “(...) *avec la sciences moderne seulement, 'l'agent naturel' cesse d'être entendu comme un pouvoir causant et n'est plus qu'une métaphore* (...). *En matière humaine, cette conception de la cause, tirée de l'analyse de notre propre action intime, est plus résistante. (...) La proscription dont nous avons vu plus haut M. Seignobos frapper certaines abstractions sociologiques implique, au fond, cette confusion de la notion de cause et de la notion d'agent. (...) L'établissement d'un lien causal se fait non entre un agent et un acte, non entre un pouvoir et un résultat, mais entre deux phénomènes exactement de même ordre; il implique une relation stable, une régularité, une loi*” (Simiand, 1903: 130-131).

queda del antecedente real e inmediato, el único por otra parte al que podemos acceder por medio de un análisis basado en la lectura hermenéutica de las fuentes.

Queda por saber entonces dónde debe situarse el antecedente inmediato de los hechos, en qué tipo de fuentes o qué *especie* de fenómenos. Es cierto que ya hemos indicado algunas pistas al respecto, pero como quiera que no siempre pueda entenderse esta delimitación, parece necesaria una aclaración explícita sobre ello.

En principio, Seignobos plantea dos respuestas posibles: o bien atribuimos la explicación causal a motivos psicológicos, que son fenómenos de carácter consciente, o bien atribuimos la causa de los hechos a impulsos inconscientes (*Ibíd*: 230). Dependiendo de cual sea la opción elegida al respecto el analista se habrá decantado por un campo de problematización diferente.

En el caso que ahora nos toca la preferencia está absolutamente clara. Seignobos, fiel a la idea de que las causas conscientes son aquellas que se alcanzan más fácilmente, opta por identificar el campo de problematización *histórica* con el ámbito de las representaciones conscientes⁵³⁵, dando a entender así que la esfera de visibilidad que estructura la disciplina asume todavía -sin ningún tipo de objetivación crítica- el orden cronológico natural de los agentes históricos del pasado. Lo que sin embargo no significa en absoluto asumir por decreto el juicio o la veracidad de los agentes pero sí asumir una perspectiva de análisis en la que la experiencia y la temporalidad de los agentes sea la única lectura posible del tiempo, con independencia de si estos últimos producen juicios sinceros o no.

Al hacerlo así, Seignobos elude toda posibilidad de concebir la dimensión temporal como un marco de experimentación analítica, lo que sin duda le lleva a conceptualizar como 'históricas' (esto es, como *teóricamente* operativizables) aquellas causas que indican y se otorgan los agentes en su experiencia de la acción social⁵³⁶

⁵³⁵ Posteriormente, Seignobos precisa esta predilección en su discusión con Durkheim: “- *Durkheim*: (...) *La question est de savoir si vraiment en histoire on en peut admettre d'autre causes que les causes conscientes, celles que les hommes eux-mêmes attribuent aux événements et aux actions dont ils sont les agents.* - *Seignobos*: *mais je n'ai jamais dit qu'il n'y en avait pas d'autres. J'ai dit que les causes conscientes étaient celles que nous atteignons le plus facilement*” (Seignobos, 1908: 230).

⁵³⁶ Seignobos asume una concepción del tiempo en el que la dimensión temporal se contempla como un principio *externo* a la sociedad, que se despliega *linealmente* y que funciona como un marcador cronológico donde se registran todos los acontecimientos humanos. Frente a ello, se sitúa la perspectiva analítica de la ‘longue durée’, que va a afirmar en mayor o menor medida que existen múltiples temporalidades analíticas, las cuales no se identifican con las del reloj o el calendario, sino que son temporalidades histórico-sociales. Ahora bien, ¿qué es exactamente la ‘longue durée’? Se trata, por decirlo de algún modo, de una perspectiva donde la construcción del tiempo histórico queda circunscrita a la determinación de cambios, *de tipos de cambio* que se denotan en función de las duraciones y

El resto, como dice Seignobos, permanece fuera del cerco del análisis disciplinar, pero no por desdeñable, sino porque las *tendencias* y los procesos *materiales* que la Sociología define como 'causas' apenas son accesibles con el método de análisis del historiador⁵³⁷. Es más, representan un tipo de procesos cuya construcción interna rompe con las evidencias y las inferencias procedimentales establecidas por la comunidad histórica en la época de Seignobos.

Por tanto, todas ellas (impulsos, causas materiales, tendencias, etc.) caen fuera del campo de la problematización historiográfica, ya que su construcción y el tipo de hechos a los que se refieren están edificados sobre parámetros que *no tienen relación evidente con la percepción directa de los actores*, con lo cual se trata necesariamente de realidades cuya lógica interna no es accesible a través de los mecanismos de explicación testimonial proporcionados por el método histórico.

En ese sentido, la Historia solo puede analizar las causas de aquellos hechos que tienen *valor de acontecimientos* en el seno de un contexto local. Dicho de otro modo, es necesario que sean percibidos como tales para que la disciplina histórica puede movilizar sus recursos de inferencia procedimental, de manera que la crítica de los testimonios (una lectura centrada en la dimensión consciente y subjetiva del documento) suministren indicios suficientes para discernir el antecedente más inmediato del acontecimiento, es decir *la chispa que enciende la mecha*⁵³⁸.

ritmos diversos que se producen en los seres y los procesos materiales de formación. En términos analíticos, esto significa que el tiempo es una dimensión *intrínseca* de las cosas, el tiempo no es una entidad en cuyo seno se producen el resto de realidades físicas (concepción newtoniana): dependiendo de los hechos y de la "velocidad" de cambio establecida en sus respectivas relaciones, habrá diferentes temporalidades internas, *diferentes maneras de individualizar la articulación dialéctica entre permanencia y cambio*, por tanto diferentes estructuras de repetición de los hechos. Esta idea, extraída de las primeras teorías sobre la naturaleza del tiempo en la Física de la relatividad, es trasladada por Braudel al campo de la investigación histórica. El resultado es una perspectiva de análisis novedosa, en la cual el historiador puede experimentar la dimensión temporal a partir de duraciones y estructuras de repetición que sobrepasan la escala de la experiencia vivida y consciente de los actores. Se trata, en definitiva, de hacer visibles distintos modos de cambio. Más información en Braudel (1969, 2005: 147-177), Lemoine (2005: 49), Aguirre Rojas (2005: 122), Koselleck (2001: 35-42) y Arostegui (1995: 175).

⁵³⁷ Sin duda el pasaje que reproducimos a continuación muestra mucho más que una preferencia subjetiva por el análisis de las causas conscientes; en realidad, lo que expresan estas palabras es un razonamiento disciplinar, propio de un colectivo auto-delimitado que trabaja con ciertas evidencias procedimentales y ciertas formas de analogía e inferencia, quedando al margen otras formas de instrumentación y retóricas argumentativas. "*L'historien a donc besoin d'étudier les représentations conscientes, qui seules font comprendre la direction des actes. Quant aux phénomènes inconscients, il est probable qu'ils jouent un rôle capital dans la formation des tendances, c'est-à-dire des 'forces'; mais, faute de moyens de connaissance, ils n'apparaissent à l'historien que sous la forme d'une lacune dans la chaîne des causes; ils forment la part de l'"inexplicable", que l'historien doit se borner à constater. Les explications fournies par la sociologie elle-même ne dépassent pas jusqu'ici la valeur d'une hypothèse*" (Seignobos, 1907: 590).

⁵³⁸ "*C'est toujours à propos d'un événement que la question de cause se pose à l'historien. Nous n'atteignons jamais la cause que d'un événement particulier. Or tout événement historique est localisé dans le temps et dans l'espace, sinon ce ne serait pas un fait historique. Aucun fait n'est utilisable en histoire, s'il en se présente pas avec*

Seignobos ilustra esta lógica de trabajo apelando a un ejemplo histórico concreto: la Revolución inglesa de 1688. Su excursio no es quizá digno de rigurosidad histórica, pero sin duda alcanza el valor de un ejemplo paradigmático en lo que se refiere a las analogías y las formas de inferencia que deben practicarse en la disciplina histórica.

Vayamos por partes: lo primero que cabe plantear es si el acontecimiento en cuestión ha dejado huellas testimoniales. Si no es así no cabe forma alguna de plantear un marco de causalidad histórica, pero si la realidad es la contraria, como sucede en este caso, entonces se debe proceder a una lectura indiciaria de los documentos.

Pues bien, hecha esta salvedad el 'protocolo del historiador' debe comenzar por enumerar los antecedentes más relevantes del acontecimiento. Si el suceso es la Revolución inglesa el historiador debe rastrear qué antecedentes estuvieron en condiciones de provocar una mayor influencia en el acontecimiento (*Ibíd*: 602).

Debe analizar por ejemplo por qué los protestantes están descontentos en 1688, por qué los *tories*, antiguos aliados de Jacobo II, acaban retirándole su apoyo ante su inminente pretensión de reestablecer el catolicismo; asimismo, el historiador debe analizar las consecuencias que suponía el nacimiento del sucesor del rey, o el hecho de que Luis XIV enviara sus tropas al Palatinado y dejase campo libre para que Guillermo III pudiera invadir Inglaterra sin temor a abrir dos frentes de lucha, y por último también se debe tener en cuenta la huida de Jacobo II, etc.

Una vez analizados estos antecedentes el historiador debe plantear cuál de ellos ha ejercido la influencia más importante en el acontecimiento, aquel hecho 'sin el cual hubiera sido imposible producir el cambio'. En el caso de la Revolución inglesa este antecedente se identifica con una decisión aparentemente independiente. Es Luis XIV y su acción de trasladar los ejércitos al Palatinado lo que *desencadena* (lo que explica, dirá Seignobos) el hecho de que se produjera la invasión holandesa y se estableciese una monarquía parlamentaria.

El resto de antecedentes históricos son importantes, sin embargo guardan una relación de dependencia con respecto a las consecuencias imprevistas de la decisión de Luis XIV. En caso de que no se hubiesen realizado estas últimas es probable que la invasión de Guillermo III no se hubiera realizado o bien no hubiese tenido el mismo tipo de efecto (*Ibidem*).

l'étiquette: en tel endroit, à telle époque. Simiand nous propose d'enlever l'étiquette et de considérer dans l'événement ce qu'il y a de général" (Seignobos, 1907: 594).

En ese sentido, la explicación del historiador debe consistir en describir la *coincidencia* de los antecedentes paralelos (los acontecimientos en Inglaterra y los de Francia, el Palatinado); no se trata solo de rastrear los motivos que anidan en cada uno de los antecedentes sino de mostrar cómo estos antecedentes, ordenados en otra concordancia, hubieran dado como resultado un acontecimiento diferente⁵³⁹.

El historiador debe hacer notar que la coincidencia es una parte integrante del acontecimiento; con otra coincidencia el acontecimiento hubiera sido diferente, o incluso pudiera no haber producido tanta eficacia (*Ibidem*).

De ahí la imposibilidad de las reglas propuestas por Simiand: en Historia es imposible *definir las causas por medio de términos generales*. Un mismo tipo de antecedentes no desemboca necesariamente en un mismo tipo de acontecimientos. Por tanto, un mismo tipo de circunstancias no confluyen necesariamente en una gran revolución. Cada caso particular exige una *explicación particular*: por eso el cometido del historiador es proceder *caso por caso*, es remontar la cadena de causas y efectos según el orden cronológico de los participantes en el acontecimiento.

La idea de causalidad que se deriva de ello es a la vez singular (un hecho individual explica otro hecho individual) y temporal (el hecho posterior se hace comprensible por el antecedente inmediato).

(b) Por su parte, Simiand se opone a esta manera de proceder en la búsqueda de las causas. En realidad, se opone también al concepto que los historiadores tienen de la teoría y de los hechos, de manera que la concepción de la causa, necesariamente, también debe ser un elemento problemático, al operar sobre unidades referenciales que no se han construido ni sobre las mismas reglas ni con las mismos objetivos metodológicos.

Por supuesto, todas estas críticas ya se han ido sugiriendo a lo largo de las páginas anteriores, pero como quiera que no siempre se pueda entender esta delimitación, parece necesario complementar estas pistas con una serie de reflexiones añadidas.

⁵³⁹ Para mostrar la importancia del momento y la coincidencia Seignobos aduce el siguiente ejemplo. “Voici un homme ivre qui va tomber, il passe juste sur le chemin de fer au moment où le train passe et il est écrasé; je sais bien qu’il serait tombé de toutes façons, mais trente secondes plus tard le train était passé: le moment a donc une importance décisive. La coïncidence est, pour nous, partie intégrante de l’événement ; avec une autre coïncidence, l’événement serait différent”. (*Ibid*: 595).

Para ello es preciso recurrir a la conferencia de 1906. Es allí donde Simiand expone las principales razones por las cuales la ciencia histórica no puede establecer relaciones decausalidad ‘verdaderamente explicativas’. Muchas de estas críticas ya fueron contempladas en la intervención de 1903, la diferencia es que ahora el problema de la causalidad se combina con un enfoque decididamente propositivo.

No solo se contempla una denuncia de los errores en los que incurren los historiadores sino que también se postulan un conjunto de reglas formales. Con ellas se trata de poner de manifiesto la posibilidad para una renovación de la ciencia histórica, de manera que su aplicación inmediata traiga consigo el establecimiento de relaciones de causalidad propiamente explicativas (Simiand, 1906: 562).

En lo sucesivo trataremos de presentar estas reglas, conscientes de que las prescripciones allí señaladas son un intento de fundar mediante un *lenguaje formal* la máxima que rige la sociología durkheimiana: explicar lo social por lo social, o lo que es lo mismo, formular un vínculo causal entre dos fenómenos *del mismo orden*. Después, se tratará de precisar el hecho de que la aplicación de estas reglas nos lleva a desechar el mecanismo de trabajo de los historiadores así como a redefinir el papel de los individuos (y el modelo de la explicación intencionalista) en la dinámica socio-histórica.

Comencemos pues por las reglas. Simiand plantea cuatro proposiciones formales, de las cuales solo vamos a desmenuzar las dos primeras. El resto se presentan solamente como proposiciones corolarias de la segunda regla. Las proposiciones dicen así:

1º *Definir en términos generales el efecto preciso propuesto a la explicación.*

Se trata de una regla procedimental, orientada a precisar el tipo de términos con los cuales ha de trabajar la Historia para proporcionar relaciones de causalidad explicativas. En principio, lo que aquí se anuncia no es nuevo en relación a lo ya dicho en las páginas anteriores, si bien es cierto que ahora se precisa como una petición de principio.

Así, antes de proceder a la explicación causal de los fenómenos es preciso definir los sucesos por medio de términos abstractos, de manera que estos últimos permitan discernir en los propios acontecimientos su dimensión de repetición, incluso cuando el objeto de trabajo sea un suceso preciso o singular (*Ibíd*: 562-563).

La idea es evitar entonces la costumbre típica en la época de nombrar (y operar) el objeto de análisis por medio de una generalidad vaga a la que sigue una marca particular de tiempo y de lugar (la Revolución francesa, la Revolución de 1848). Frente a ello Simiand propone una formulación científica del problema, que sea sintomática del uso de regularidades abstractas así como de las distintas series de hechos a considerar (p. ej. 'caída de un gobierno impopular por un pequeño grupo de opositores, que pueden aprovecharse de tal o cual factor')⁵⁴⁰.

De ese modo, Simiand trata de mostrar que lo 'general' no se opone a lo 'preciso', y que por supuesto es perfectamente legítimo analizar un acontecimiento concreto (una Revolución, un cambio de régimen) atendiendo a las regularidades que lo atraviesan. Es más, solo si el análisis procede de acuerdo a esta lógica es posible llegar a una comprensión científica de los acontecimientos. E inversamente, solo si tomamos como punto de referencia los hechos particulares es posible que la reglamentación serial no adquiera la sensación de una abstracción arbitraria y alejada de la realidad.

El ideal es combinarlos criterios de problematización abstracta (seriales) y los hechos particulares, aquello que los historiadores llamaban la etiqueta de lugar y de espacio. Es a condición de conjugar esas perspectivas que se puede conocer y definir correctamente los fenómenos⁵⁴¹.

2º Diferenciar la causa y la condición entre los diferentes antecedentes de un fenómeno.

Esta proposición está destinada a corregir el uso que los historiadores hacen del término 'causa'. En Historia, como se sabe, los antecedentes que se consideran en relación posible con el hecho son múltiples y mal definidos. Lo que supone que los historiadores tienden a realizar un uso equívoco del término, al referirse solamente a esos antecedentes que son sustituibles (no necesarios) en la cadena de hechos que da lugar a un acontecimiento.

⁵⁴⁰ En realidad, los títulos de los libros de F. Simiand son un claro ejemplo de esto. Véase su tesis *Le salaire des ouvriers des mines en France* o su libro *Le Salaire, l'évolution sociale et la monnaie, essai de théorie expérimental du salaire*. En todos ellos hay un intento de formular el estudio en base a un análisis científico, en el que pueda establecerse relaciones numéricas entre los caracteres generales de los fenómenos. Posteriormente, el caso de E. Labrousse es más claro si cabe, sobre todo en lo que respecta a sus obras sobre la Revolución francesa (*Esquisse du mouvement des prix et des revenus au XVIIIe siècle*). En lugar de hablar de ella como de un acontecimiento singular Labrousse trata de analizar el fenómeno en base a las regularidades (precios, rentas) que atraviesan la época y cuyas variaciones pueden explicar algunos de los estallidos revolucionarios (toma de la Bastilla) del momento. Por supuesto, gran parte de los estudios actuales en Ciencias Sociales comparten este tipo de premisa. Véanse por ejemplo todos los análisis relacionados con los ciclos de lucha política, los ciclos económicos, etc.

⁵⁴¹“(…) on montrerait que 'général' et 'précis' ne s'opposent pas, que dans un objet concret on peut dégager des éléments de caractère général, et que même c'est par là seulement qu'on arrive à le bien connaître et le bien définir. Et je ne crois pas qu'il faille demander de renoncer aux caractéristiques de temps et de lieu, au moins provisoirement; mais il faut que l'obligation de définir les phénomènes autrement que par elles fasse donner à ces caractéristiques leur véritable sens et leur véritable importance (…)” (Ibíd: 563).

Para evitar esta situación Simiand propone realizar una distinción entre 'causa' y 'condición'. Obviamente, se trata de una diferenciación que procede del campo de la lógica y no de la reflexión histórica; sin embargo, su puesta en escena a lo largo del debate es importante para qué procesos lógicos son los que fundan la nueva sociología durkheimiana.

Así, de los múltiples antecedentes que concurren a la realización de un hecho Simiand identifica la 'condición' con el antecedente sustituible, aquel que establece una relación *particular* con el acontecimiento, mientras que la causa es aquel que puede ser ligado con el fenómeno por medio de la relación más *general* (*Ibíd*: 564).

Simiand ilustra este distingo por medio del clásico ejemplo del gas y la explosión. Dice así: imaginémosnos el fenómeno referido a la 'explosión', imaginemos además que esa explosión es el acontecimiento que se quiere 'explicar'. Pues bien, de todos los antecedentes posibles hay uno sin embargo que se repite en todos los casos. Los demás son circunstanciales y mantienen una relación particular y contingente con el acontecimiento, en el sentido de que no son determinantes para que se produzca el fenómeno en cuestión.

Así pues, no es determinante que la causa sea provocada por el contacto de una llama, por un choque o por el desplazamiento mecánico de sustancias, ya que la explosión se puede producir por igual. Es decir, puede haber explosiones sin necesidad de existir un antecedente relacionado con el fuego, de igual modo que puede haber un fuego sin necesidad de provocar forzosamente un efecto explosivo. La pólvora tampoco está relacionada con la explosión *por la relación más general posible*, ya que existen numerosos materiales inflamables.

Todos ellos sin duda son antecedentes directos de la propia explosión, pero no son causas en sentido estricto, ya que su presencia solo establece una relación particular y sustituible con el acontecimiento. No obstante, existe otro tipo de antecedente que sí parece mantener una relación insustituible con la explosión: se trata del fenómeno de la expansión brusca del gas.

Obviamente, no es una relación constatable por la experiencia visual de los agentes, sin embargo acompaña al fenómeno 'explosión' en todas y cada una de sus manifestaciones, lo que sin duda obliga a identificar este fenómeno con la verdadera causa en sentido lógico.

Pues bien, aplicado al campo del análisis histórico esta distinción tiene consencuencias arrolladoras. Si la explicación causal solo es aquella que viene dada por el antecedente *insustituible*

entonces quedan fuera de las agendas de trabajo todos los antecedentes que la Historia convencional confunde con las causas de los acontecimientos.

Queda excluida por tanto esa tendencia a buscar el orden de las causas en la sucesión cronológica y en las intenciones conscientes de los agentes. Por supuesto, los historiadores pueden seguir trabajando en la búsqueda de los motivos (ocultos o públicos), dicho trabajo no está exento de interés descriptivo⁵⁴², sin embargo deberán ser conscientes de que semejante perspectiva no proporciona un tipo de causalidad verdaderamente explicativa.

Así, de igual modo que no se puede confundir la causa de la explosión con la chispa que prende la mecha, tampoco se puede identificar la causa de una Revolución con los actos individuales y sucesivos (una batalla, una muerte, etc.) que anuncian el acontecimiento esperado.

Tales sucesos son fundamentales desde el punto de vista historiográfico: con ellos es como se elaboran las imágenes y los episodios que conforman el imaginario histórico de un país o una colectividad. No obstante, se trata de un nivel que no refleja la relación causal con el fenómeno; a lo sumo, se refiere al nivel descriptivo de los sucesos, pero no a las causas ‘verdaderamente explicativas’, lo que sin duda supone prescindir de la interioridad de los agentes y buscar las regularidades que intervienen en los sucesos, a fin de alcanzar aquellas estructuras que han hecho posible esos actos o han predispuesto las condiciones para que tales hechos tengan una eficacia tan poderosa.

En el fondo, se trata de plantear un estudio sobre las condiciones de producción (y de eficacia) del acontecimiento. ¿Por qué un hecho o un conjunto de hechos particulares fueron susceptibles de adquirir un poder de transformación tan poderoso? ¿Qué tipo de procesos o fenómenos generales han hecho posible que ciertos acontecimientos tengan el poder o la eficacia suficiente para desencadenar un cambio a gran escala? En definitiva, ¿qué había *previamente* en la realidad

⁵⁴²Por su valor ilustrativo transcribimos la explicación dada por Durkheim en su discusión de 1908 con Seignobos: “- *Seignobos: il y a des cas où les témoins ne se trompent pas: ils ont bien vu que Guillaume d'Orange est parti en Angleterre parce qu'il ne craignait plus l'armée de Louis XIV.* - *Durkheim: Je ne dis pas que ces interprétations soient sans intérêt. Quand le malade croit qu'il a la fièvre, son sentiment, vrai ou faux, est un fait intéressant dont le médecin doit tenir compte.(...) Le médecin consulte le malade, il doit commencer par là, mais sa réponse ne doit être qu'une donnée entre d'autres données, et toutes ces données demandent à être élaborées méthodiquement.(...) Vous avez l'air d'identifier le conscient et le connu, comme si ce qui est éclairé par la conscience de l'agent individuel était plus aisément connaissable que le reste. En réalité, ce qui est conscient est aussi plein d'obscurité*” (Seignobos, 1908, 234-235).

social para que un suceso de esas características pudiera alterar “por sí solo” el estado de las cosas?⁵⁴³

He aquí el tipo de cuestiones que guían el razonamiento sociológico. Simiand ilustra esta lógica mediante la reinterpretación crítica que hace de algunos pasajes del libro de Seignobos titulado *Histoire politique de l'Europe contemporaine*.

En particular, se pregunta si el hecho de atribuir la explicación de un acto a un ser individual (y no a un factor abstracto), es razón suficiente para construir un relato verdaderamente explicativo. Su respuesta es que no, y lo es porque aunque los actos individuales estén acompañados de motivos y representaciones conscientes estas últimas no determinan por sí solas la razón de su eficacia. Existen otros tipo de factores sin los cuales es imposible comprender por qué bajo determinadas circunstancias ciertos actos individuales tienen más eficacia que otros. Preguntarse pues por esto, objetivarlo como un ámbito de análisis es algo que la ciencia histórica no ha logrado realizar, ni parece que quisiera hacerlo⁵⁴⁴.

Citemos a este respecto a Simiand: 'si la voluntad original de Peel de abolir las leyes sobre el trigo es aquello que explica la abolición, ¿cómo es que la acción misma de Peel reclamando el estado de sitio para Irlanda no produzca la adopción de dicha medida?' (Simiand, 1906: 558). Dicho de otra manera, ¿qué es lo que hace que la voluntad original de Peel no tenga la misma eficacia en una circunstancia que en otra? ¿Es solo porque Peel no realizó adecuadamente las acciones requeridas para que sus motivos iniciales se hiciesen efectivos o existía otro tipo de

⁵⁴³ En realidad, este tipo de críticas ya empezaban a proliferar en los sectores más aperturistas de la historiografía. Así, en su reseña del libro *Méthode historique et sciences sociales* H. Berr denuncia la limitación de Seignobos en su concepción de la causalidad histórica. El problema, nos dice, es que Seignobos solo acierta a entender un tipo de causalidad referido a los hechos individuales, los únicos, según su opción, con capacidad para actuar y evolucionar. El resto, es decir las abstracciones, los hechos sociales, son solo metáforas, no actúan en sentido estricto. *En consecuencia*, no pueden ser causa de otras cosas, de ahí el oficio y la prioridad otorgada por Seignobos (y la historiografía de la época) a los accidentes y los individuos. Ahora bien, este razonamiento supone negar, tal como señala Berr, lo 'social' en tanto que mecanismo de explicación causal. “*La notion du social en tant que social, lui est étrangère. (...) À force de chercher l'individuel et le psychique, il aboutit à ne voir que du subjectif dans la manière et dans l'interprétation de l'histoire. (...) Or nous croyons que, s'il faut résolument plonger l'étude du 'social' dans l'histoire, il faut nettement l'y spécialiser. Il y a de l'individuel, de l'historique (au sens restreint); et il y a du sociologique. La synthèse historique embrasse l'un et l'autre*” (Berr, 1902: 301-302).

⁵⁴⁴ En su conferencia de 1907, Seignobos rechaza frontalmente la segunda regla de Simiand. Para él es absolutamente impensable identificar la causa histórica con un factor abstracto y no con un agente o un poder particular. He aquí el problema fundamental que achacan los historiadores al criterio durkheimiano de la explicación causal: la tentativa reduccionista monicausal que no tiene en cuenta la complejidad de lo real-histórico, y cierra otras descripciones posibles. En palabras del historiador “*pour lui (l'historien) la cause d'une explosion c'est l'étincelle qui met le feu à la poudre, c'est-à-dire l'antécédent le plus immédiat, lié à la relation la plus particulière. – Il ne peut opérer autrement. Il est donc inexact de dire (Simiand, p. 265) que l'antécédent le plus immédiat n'a pas de valeur; qu'il n'est pas prouvé que la chute de Louis-Philippe ait eu pour cause l'insurrection du 24 février. Pour l'historien, c'est au contraire la seule chose qui soit vraiment sûre* (Seignobos, 1907: 606).

factores o resistencias *abstractas*, no remisibles a un individuo o un agente (individual o colectivo) concreto?

Sin duda, los historiadores no desconocen el poder de las circunstancias, saben que estas últimas influyen en las decisiones de los agentes y en sus resultados; ahora bien, en lugar de objetivar estas 'circunstancias' y plantear una metodología para cuantificar esas relaciones como un ámbito de análisis, se contentan con señalar simplemente su presencia, al modo de un simple decorado.

De ahí el tono un tanto programático de la pregunta lanzada por Simiand: '¿No serían estas 'condiciones' las que actuarían realmente como causas, aquello que *explicaría* la realización en un sitio y la no realización en otro? (*Ibidem*).

Simiand prosigue su crítica con otro ejemplo igualmente esclarecedor: esta vez relativo a un caso donde se entrecruzan factores políticos e individuales: la división del partido irlandés provocada por el adulterio de Parnell. Ante este hecho el sociólogo se plantea el mismo tipo de pregunta: '¿qué es *lo que explica* realmente la división del partido? ¿Es el acto individual de Parnell o se trata más bien del sentimiento colectivo existente en la sociedad inglesa de la época acerca del adulterio?' (*Ibid*: 559). En definitiva, ¿dónde se sitúa la clave que permite explicar (y no es solo el detonante de) la división del partido?

Por supuesto, la respuesta de Simiand se sitúa claramente del lado de las determinaciones abstractas⁵⁴⁵. El individuo, dice, no es aquello que explica el por qué de los acontecimientos históricos; a lo sumo, su papel se reduce a ser una 'condición', en el sentido de que toda acontecimiento necesita un detonante (una chispa, por decirlo de algún modo) para producirse; ahora bien, lo verdaderamente importante es la regularidad (el elemento abstracto) que interviene en el propio individuo, es decir aquello que se deja traslucir en sus acciones y sus anhelos, y que solo es accesible a través de un procedimiento analítico basado en la construcción serial y la correlación de variables⁵⁴⁶.

⁵⁴⁵ La misma idea en su crítica de 1903: "A la guerre de 1870, on note l'action de deux individus, Bismarck et Napoléon III, et on omet toute la longue préparation des institutions et de l'esprit social qui s'est développée en Allemagne pendant tout le XIXe siècle, et sans laquelle le génie même d'un Bismarck n'aurait pas fait son oeuvre, n'aurait peut-être pas existé, et on omet aussi toute l'évolution française: on oublie simplement tous les facteurs sociaux, d'importance cependant essentielle. Dans les effets de ces "accidents", on note des faits dont l'événement "accidentel" n'a très évidemment été que la cause occasionnelle, qui ne soutiennent avec lui aucun rapport vraiment causal: indiquer la cause occasionnelle d'un fait n'est en aucune façon expliquer" (Simiand, 1903: 133-134).

⁵⁴⁶ Ya en 1888 se expresaba en el mismo sentido el filósofo L. Bourdeau: "Les événements ne nous montrent que des apparences. Ils font connaître comment, non pourquoi les choses sont arrivées. (...) La signification de

De ahí la crítica de Simiand (y en general de la sociología durkheimiana) al respecto del papel causal de los individuos. En realidad, la aplicación de las reglas formales anteriormente establecidas no hace sino reubicar la consideración analítica del papel de los individuos. Su *función* es dar 'a las causas regulares la ocasión de producirse, más que la de producirlas ellos mismos; por eso mismo no es causa explicativa en sentido estricto, su posición es *sustituible* en términos lógicos, ya que parece verosímil que *si tal individuo no hubiera provocado ese acto o esa detonación tal otro lo hubiera hecho perfectamente*, de manera que la individualidad (bastión del método psicológico de Seignobos) sería bastante indiferente (sustituible) para que se produzca esa acción' (Simiand, 1906: 569).

Con todo se trata de un debate importante, cuya elección muestra a las claras dos tipos de concepciones distintas acerca de la causalidad en Historia. Si nos decantamos por la primera opción estamos obligados a trasladar el mecanismo explicativo a los motivos internos de los sujetos, a pesar de que las acciones de estos últimos logren o no el resultado esperado en su origen⁵⁴⁷.

Pero si nos decantamos por la segunda opción entonces estamos obligados a no detener la búsqueda de las causas en los motivos conscientes de los agentes. Más allá de estos la explicación histórica debe plantear la génesis y la formación social de las intenciones, consciente de que si no lo hace así el análisis permanecerá en un plano meramente descriptivo de la cuestión.

No basta entonces con saber cuáles son las intenciones del sujeto para comprender *completamente* por qué hace lo que hace; esencial es también objetivar estas intenciones en el marco de una reflexión más amplia centrada en los determinantes –ejercidos pero no representados– de su voluntad. Plantear por ejemplo, ¿por qué tal agente tuvo la intención que tuvo? ¿Cómo es que ha llegado a pensar en tal sentido y no en otro? ¿Existe algún tipo de predisposición social a ello?

cette classe de faits est purement symptomatique. Ils révèlent un état, ils ne le déterminent pas; ils sont l'occasion, non la cause des changements qui s'effectuent. L'accidentel est un simple mode du nécessaire. Pour qui considère la grande et universelle cause des phénomènes historiques, les événements ne sont que des causes particuliers des fonctions". (Bourdeau, 1888: 131-32).

⁵⁴⁷ Quien mejor ha formalizado este tipo de explicación intencional es el filósofo G. H. von Wright. Así, aunque no pertenezca en absoluto a este debate sus palabras sí permiten comprender cuál es el esquema formal que ordena la búsqueda de las causas en Seignobos. Por su claridad, por su sintonía con el psicologismo propio de la tradición hermenéutica que tanto cuestiona Simiand merece la pena traer a colación sus palabras. Con ellas tratamos de explicitar el esquema y los procesos lógicos que fundan el mecanismo explicativo de Seignobos. Dice así, en forma de silogismo: "si A hizo X, entonces el hecho de que intentaba Y y para ello juzgó necesario hacer X, explica por qué hizo X" (Von Wright citado en Pereyra, 1992: 100).

Plantear estas preguntas es no dar por válido el psicologismo básico de la tradición hermenéutica. Es no dar por 'explicativos' esos enunciados cuya función es remitir las acciones a los motivos originales establecidos por el agente. Así, aunque el actor A haya realizado conscientemente X, el hecho de saber que intentara Y y para ello juzgase necesario hacer X, *no explica* el fundamento último de por qué hizo X.

A lo sumo, se contenta con una secuencia descriptiva, pero no con un factor verdaderamente explicativo; ello es así, porque da por explicado aquello que precisamente hay que explicar. ¿Por qué A tuvo la intención Y? ¿Cómo es que ha llegado a movilizar su voluntad en ese sentido? ¿Debemos aceptar este hecho como un dato conclusivo (un misterio) o se trata de algo que puede someterse a los criterios de investigación científica?

Si nos decantamos por esta opción abrimos el campo de análisis de los 'hechos sociales', lo cual supone un tipo de problematización analítica orientada a objetivar el origen y la articulación estructural de los motivos y los propósitos individuales (gustos, deseos, ideas, etc.). Así es, ¿por qué ciertas personas, pertenecientes a tal grupo, tienden -estadísticamente hablando- a pensar y sentir de cierta manera? ¿Existe algún tipo de predisposición social a ello, algo que no pasa por el reconocimiento previo de un sujeto y que no obstante influye en él? ¿Cuál es en definitiva la lógica del reparto?

He aquí el tipo de cuestiones que deben guiar la investigación histórica. En este momento Simiand no detalla el modo de alcanzar estas 'determinaciones', pero es fácil suponer el hecho de que la cuantificación y el método de las variaciones concomitantes son las que posibilitan el acceso a ese orden de causas⁵⁴⁸.

Dicho esto Simiand pasa a la denuncia propiamente dicha de los historiadores. Para ello centra sus ataques en los razonamientos que la ciencia histórica pasaba por explicativos. Muchos de ellos ya se han ido sugiriendo a lo largo de las páginas anteriores, otros merecen una atención especial en las siguientes. Debido a su alto valor ilustrativo, merece la pena destacar ahora, aunque sea brevemente, la crítica que Simiand realiza del finalismo en la práctica histórica de su época.

⁵⁴⁸ Durkheim precisa esta vía de manera muy clara en su debate con Seignobos de 1908: “- *Durkheim: ce qu'il faut chercher c'est un moyen de comparer les données historiques, d'établir des séries de phénomènes qui varient parallèlement; c'est par ces rapprochements méthodiques qu'il est possible de découvrir des causes*” (Seignobos, 1908: 235).

Esta crítica no es un aspecto accidental o secundario; de hecho, representa uno de los principales ataques por los cuales el debate ha pasado a la posteridad. Como se sabe, la teleología (versión fuerte del finalismo) es un recurso habitual en los discursos del siglo XIX; de ella han echado mano tanto los filósofos como los historiadores que han escrito acerca del género humano o la historia de Francia. Sin embargo, en la época en la que habla Simiand la teleología asume una forma particular en el ámbito de la ciencia histórica.

Es cierto que muchos historiadores habían cuestionado el providencialismo y la forma tradicional de la teleología en las filosofías hegelianas⁵⁴⁹, sin embargo, muchos de aquellos historiadores, seguían reproduciendo, de manera sistemática, un tipo de ordenación histórica (de síntesis histórica) fundada en la retrodicción y en la idea de que la sucesión cronológica de los acontecimientos bastaba por sí sola para generar un mecanismo de atribución causal⁵⁵⁰.

Dicho en pocas palabras, el finalismo histórico se colaba entre bastidores, pero lo hacía de diversas maneras, ya fuese atribuyendo un orden lógico al orden diacrónico de los acontecimientos o bien reconstruyendo el pasado en función de un punto final evolutivo, que por supuesto se correspondía en la mayor parte de los casos con el presente propio del historiador, el cual resultaba así legitimado.

En las páginas siguientes trataremos de precisar los motivos por los cuales la ciencia histórica genera explicaciones finalistas, lo que supone descartar a la vez aquellos supuestos que subyacen a la ordenación histórica de los materiales.

En principio, supone descartar la idea, tan frecuente entre los historiadores, de que la inteligibilidad del pasado se organiza solo a partir de la diacronía, de que solo si el historiador es ca-

⁵⁴⁹ En principio, el propio Seignobos está en desacuerdo con la idea de que la realidad histórica pueda considerarse como una 'materia pensante', algo que pueda disponerse con arreglo a la lógica de un sujeto y un proceso de autoconsciencia. En su opinión, la Historia (la Historia-saber, se entiende) solo debe recoger 'puramente' lo que es, debe captar los acontecimientos y los actos ateniéndose 'a lo dado'. Es la Filosofía la que construye todo un sistema conceptual y la que se dirige con sus pensamientos a la realidad histórica tratándola como un material, disponiéndola con arreglo al pensamiento (con sus etapas, su tomas de conciencia, etc.) y construyendo un *a priori* de causalidad de tipo teleológico. No obstante, a pesar de su crítica él mismo parece incurrir en finalismo histórico de tipo diferente. *"Los historiadores del siglo IX están tan influidos por una educación filosófica que la mayor parte de ellos introduce, incluso en ocasiones sin ellos mismo advertirlo, conceptos trascendentes en la estructuración de la historia (...) Es la idea fundamental del hegelianismo: si no del propio Hegel, sí de sus discípulos historiadores (Ranke, Mommsen, Droysen; y en Francia, Cousin, Taine y Michelet). (...) Es un a priori consolador, pero no científico;* (Langlois y Seignobos, 1898: 273)

⁵⁵⁰ Dado que la retrodicción remonta del efecto a la causa, del acontecimiento a sus fuentes, en consecuencia, el historiador en busca de causalidades debe contar con su imaginación y está obligado a escribir la historia con los "si" condicionales. Esta experiencia imaginaria es la única que puede permitir al historiador ordenar y jerarquizar las causas.

paz de reconstruir las causas y los efectos en su sucesión cronológica es posible advertir la clave de intelección de los sucesos (Simiand, 1906: 567).

Esta estrategia es asumida por gran parte de la comunidad histórica de finales del siglo XIX. El problema es que al proceder así, dice Simiand, caemos en un tipo de explicación histórica de carácter ilusorio. Los historiadores creen operar con explicaciones causales y en realidad no sobrepasan el ámbito descriptivo de los fenómenos. Existen además numerosos casos donde los hechos posteriores no se hacen inteligibles (verdaderamente inteligibles, diremos) por los anteriores: entre ambos median un tipo de determinaciones que las técnicas de análisis documental (crítica de sinceridad y exactitud) son incapaces de objetivar (de mensurar, comparar).

El resultado, según Simiand, es un discurso histórico que trabaja con explicaciones insuficientes. Un discurso en el que los historiadores comparten el mismo tipo de razonamiento que utiliza el hombre de la calle cuando dice explicar las cosas *contando solamente lo que pasa*⁵⁵¹.

En otras palabras, todo sucede como si no fuera necesario un conocimiento abstracto: si todo el mundo es capaz de comprender la lógica de los comportamientos intencionales, entonces no es necesario una ciencia abstracta (Sociología) para entender *por qué un sujeto hace lo que hace*. Basta con reconstruir el orden cronológico de los sucesos y tratar de averiguar las ideas o los motivos que han guiado las acciones de los sujetos⁵⁵².

De ese modo, la explicación psicológica adquiere un protagonismo indiscutible. Representa el único recurso al que pueden acceder los historiadores para poder hacer comprensibles las acciones del pasado; el problema es que al proceder así, al identificar el campo de problematización *histórica* con las representaciones conscientes de los sujetos, la metodología histórica se condena a una explicación causal basada en analogías y en *causas finales*.

⁵⁵¹ Es obvio que se trata de una exageración que ridiculiza la posición contraria. En realidad el historiador se sitúa en el orden relativista de la relación entre fenómenos interdependientes, donde una pluralidad e incluso una infinidad de factores son susceptibles de dar cuenta de un fenómeno, lo cual se opone a la explicación monocausal que parece buscar la abstracción sociológica durkheimiana. Es lo que explica J. -C. Passeron cuando afirma que las ciencias históricas (e incluye a la Sociología y la Antropología) se distinguen de las ciencias experimentales por el hecho de que estas últimas pueden enunciar leyes generales y recurrir a esquemas de causalidad más rígidos. A partir de ese momento, y más consciente de los límites de su objetividad que Simiand no parece tener en cuenta, *el análisis histórico se sitúa en una tensión epistemológica permanente entre ciencia y ficción* (los "si" condicionales). Véase Passeron (1994), Prost (2002).

⁵⁵² Esta secuencia es defendida por Seignobos en múltiples ocasiones, tanto en las obras dedicadas a estudios de caso como en aquellos textos centrados en la reflexión metodológica. Así, el historiador debe ceñirse en la medida de lo posible a la secuencia cronológica, debe describirla y tratar de derivar de ahí un modelo de explicación analítica. En palabras del historiador: "*En la medida de lo posible, hay que atenerse al orden cronológico, porque es aquel en que sabemos se produjeron los hechos, y conforme al cual habrán de estudiarse las causas y los efectos*" (Langlois y Seignobos, 1898: 288).

En efecto, si los motivos y las representaciones conscientes proporcionan el sentido, el tipo de razonamiento privilegiado es la explicación finalista, lo que significa que toda acción o toda institución existente en el pasado se explica analizando el objetivo o la finalidad a la que parece haber servido (Simiand, 1903: 128-129).

En el caso de la Historia política (o 'Historia general') esta tendencia tiene consecuencias peligrosas cuyo epítome sería la ilusión biográfica, aquella que determina *a posteriori* los acontecimientos significativos de una existencia y altera su sentido. Así, extrayendo de la vida de los grandes personajes una lógica que explica el pasado al dotarla de un comienzo, unas etapas y un final el historiador corre el riesgo de ver en las acciones y las instituciones del pasado el *origen* o una *versión incompleta* de las instituciones del presente.

El propio Simiand ilustra esta tendencia al denunciar el modo en que los historiadores analizan *retrospectivamente* el pasado. Así, dada una institución, una clase o un concepto la tarea del historiador consiste en rastrear el origen cronológico de tales realidades, pero no con el objetivo de ver en ello el análisis de las determinaciones abstractas que hacen comprensible el surgimiento, sino para mostrar solamente cómo dichas realidades existían ya *de forma embrionaria* en el pasado. Para lo cual se procedía al análisis de los elementos por separado, de manera que la falta de un análisis estructural (del 'tipo normal') permitiese proyectar en ellos el origen o el antecedente de un fenómeno plenamente contemporáneo⁵⁵³.

Prueba de ello son las claves interpretativas que han guiado la Historia política del siglo XIX: en ella la institución monárquica se presume la forma primigenia de la soberanía estatal; las asambleas de los estados generales, el embrión de los parlamentos del siglo XIX; el tercer estado, la forma larvada de la burguesía; el señorío y los poderes aristocráticos, el particularismo que la monarquía debía dominar y subordinar al interés general (Hespanha, 1989: 20).

El resultado es un tipo de construcción histórica en la que se proyectan las categorías y los esquemas interpretativos del siglo XIX a las realidades políticas e ideológicas de las sociedades pasadas, de manera que estas últimas acaban reflejadas (esto es, confirmadas) como el origen o la versión *anticipada* (y precisamente por eso incompleta, imperfecta) de las instituciones y los valores actuales.

⁵⁵³ Simiand lo deja muy claro en su denuncia del 'ídolo cronológico' del historiador. Dice así: "*L'idole chronologique*", c'est-à-dire l'habitude de se perdre dans des études d'origines, dans des investigations de diversités

Sin embargo, el problema es que la proyección de términos como 'guerra civil' o 'Nación' aparece más como un abuso del historiador que como una categoría adecuada y operativa en el contexto de las sociedades pasadas, ya que muchas de ellas carecían totalmente de las condiciones estructurales que hacen posible la idea o el sentimiento colectivo de una 'comunidad nacional'. A este respecto, no puede haber 'guerra civil' por ejemplo si no existe la idea –socialmente asentada– de una comunidad nacional. Y no puede existir 'Nación' o 'comunidad nacional' si no se presupone una sociedad organizada sobre la base de un espacio jurídicamente homogéneo, un sistema de coerción centralizado y sistemas estandarizados de cultura y de control (Gellner, 2008).

Obviar estas diferencias, carecer de la intención metodológica de objetivarlas nos lleva a proyectar una imagen errónea del pasado, al considerar que la continuidad nominativa de un término ('nación', 'soberanía') bastaba por sí sola para entender que la significación y el conjunto de realidades a las que se designa son las mismas (aunque en versión incompleta) que las realidades que se designan en el presente.

De ahí la apreciación crítica de Simiand: el problema no es que los historiadores tengan que partir del presente para conocer el pasado, el problema es que los historiadores *carecen de la reflexividad científica* para reconocer que la 'confirmación' avalada por el análisis de las fuentes no es sino el resultado de una construcción historio-gráfica que selecciona y procesa el material histórico en función de aquello que aparece como el punto final de la evolución⁵⁵⁴.

Se entiende así la propensión teórica de los historiadores de volcarse en el estudio de la dimensión política de la historia europea, especialmente sobre los procesos de concentración y centralización política ('ídolo político'). De hecho, uno de los prejuicios más significativos de ese periodo es la caracterización de la historia francesa como la crónica del advenimiento del Estado,

particulières, au lieu d'étudier et de comprendre 'd'abord le type normal', en le cherchant et le déterminant dans la société et à l'époque où il se rencontre" (Simiand, 1903: 167).

⁵⁵⁴ Según Simiand, el problema es que los historiadores, llevados en parte por el conocimiento del porvenir de las acciones (las consecuencias deseadas o no deseadas), proyectan sobre el pasado una racionalidad *inconscientemente* retrospectiva. La falta de reflexividad científica, así como de reglas definidas para construir sus objetos, hacen proclive al género histórico al peligro de la teleología y el uso *incontrolado* de las explicaciones finalistas. Simiand es consciente de que toda actividad histórica tiene necesidad, para conocer el 'antes', esto es, para percibir su relevancia y discernir sus elementos, de conocer el 'después'. Ahora bien, esta situación no tiene por qué desembocar en un finalismo explicativo. En palabras del sociólogo: "*Comment se fait-il qu'une bonne part de l'oeuvre historique s'emploie à étudier les origines d'une institution, l'existence ultérieure du peuple qui a imposé la question à l'esprit de l'historien? C'est constamment avec le souci, en vue et sur la connaissance de ce qui vient après, que, dans ce qui vient avant, nous est choisi, trié, élucidé ce qu'on nous en donne. Il s'agit donc de prendre une conscience claire de ce processus nécessaire et de l'appliquer mieux, plus méthodiquement, plus rigoureusement que ne l'ont fait et que ne le font les historiens*" (Simiand, 1903: 168).

entendiendo esto último como la culminación política de una dramatización histórica en la que intervienen dos fuerzas en pugna: por un lado, el vector del progreso, caracterizado por el poder real y la burguesía, y por otro, el peso del pasado, representado por el mundo consuetudinario y el particularismo de los poderes aristocráticos.

En el fondo, el objetivo compartido de manera inconsciente es que la realidad política 'nacional' se aplicaba por igual a la realidad de las sociedades políticas alto-modernas, si bien no en todo su esplendor, sí al menos *con arreglo al papel desempeñado por la institución monárquica en la evolución del proceso*.

Para ello se trataba de poner de manifiesto una continuación lineal entre la Corona y la moderna soberanía estatal, de modo que esta última quedase reflejada como la culminación histórica de una misión 'inherente' al poder real. En otras palabras, el monarca aparece como el promotor (quizá en estado embrionario) de una serie de 'funciones' que son propias del poder estatal moderno (promoción del interés patriótico y nacional, contención de los intereses particularistas y/o feudales, etc.), hecho este que vendría a legitimar su función histórica en relación a la construcción del Estado y de la Nación francesa⁵⁵⁵.

Ahora bien, este tipo de aproximaciones apenas son explicativas en términos causales. De entrada, les falta todo aquello que hace inteligible a una evolución, les falta definir los criterios y las reglas procedimentales a partir de las cuales se construyen los hechos científicos. Por el contrario, una evolución solo es explicativa en la medida en que se reconoce a sí misma determinada, es decir con arreglo a un conjunto de condiciones y de reglas procedimentales que hacen posible la medición y la comparación de datos (Simiand, 1906, 568).

⁵⁵⁵ De hecho, la tesis de Seignobos, a diferencia de la de Lavissee, es que la Nación francesa surge en el transcurso de los siglos XIII y XIV, y no antes, como creía Lavissee y otros historiadores. En cualquier caso es siempre el poder del monarca el que genera esa 'unidad nacional'. En palabras de Seignobos: "*Le pouvoir du roi, très faible et très peu étendu jusque vers la fin du XII siècle, avait pris à la fin du XIII siècle la force d'une domination assez puissante pour devenir le fondement de ce qu'on a appelé l'unité française*" (Seignobos, 1933: 122). En Lavissee, como se decía antes, Francia se convierte en un imperativo categórico: por tanto, será bueno todo aquello que haya contribuido a edificar o 'hacer Francia' (batallas legítimas, reyes ejemplares, la *Révolution*, misión universalista y colonizadora de Francia, etc.). "*Louis XI était méchant. Il fit mourir des hommes qu'il n'aimait pas, ou bien il les enferma dans des cages où l'on ne pouvait se tenir debout ni se coucher. Il y avait dans ce temps-là des seigneurs qui ne voulaient pas obéir au roi. Il les fait obéir. Alors la France fut tranquille. Il agrandit le royaume en acquérant plusieurs provinces. Ce méchant homme fut un roi qui rendit de grands services à la France*" (Lavissee, 1913: 85). Los ejemplos en este sentido podrían ser infinitos y con múltiples matices, pero en la mayor parte de los casos es la monarquía quien ejerce el papel de agente racionalizador de las relaciones sociales, enemigo del particularismo aristocrático y garante del 'interés general'. Véase Citron (2008), Hespanha (1993, 1989), Garriga (2004), Blockmans y Genet (1993).

El resultado es un tipo de construcción teórica en el que los procesos históricos son analizados en el plano de la *evolución formal de los fenómenos*, lo que significa que las causas de la historia residen en las voluntades de los sujetos sino en la forma (en las variaciones) que adquiere la evolución formal de los fenómenos, toda vez que estos últimos hayan sido reducidos al nivel formal de sus contenidos.⁵⁵⁶

En efecto, para Simiand solo el hecho de operar con datos explícitamente contruidos permite al historiador actuar como un científico e indagar acerca de las relaciones constantes, fijas, existentes entre dos fenómenos a los efectos de establecer los lazos de causalidad. Causalidad que no puede ser postulada de un hecho individual ya que este mismo no tiene en realidad causa al ser un caso único que no puede ser explicado a través de una relación constante con otro fenómeno.

En estos dos temas (el tipo de fenómenos a estudiar y las relaciones constantes de causalidad que se establecen) aparece diseñado ya el programa de los nuevos historiadores (*Annales*). Por eso, concluye Simiand, si el estudio de los hechos humanos quiere convertirse en ciencia positiva está obligado a desembarazarse de los hechos únicos para concentrarse en aquellos que se repiten, es decir a descartar lo individual para concentrarse sobre lo regular, a eliminar lo individual para estudiar *lo social*. Tal programa debería culminar con aquella célebre requisitoria contra *los ídolos de la tribu de los historiadores*: lo político, lo individual y lo cronológico.

...

Con esto damos por finalizado el epígrafe sobre la irrupción de la Sociología y los problemas que acompañan a la institucionalización del saber histórico. En él además hemos tenido la ocasión de poner de manifiesto el problema de la causalidad en Historia, así como las distintas posturas en torno al modelo científico (nomológico-ideográfico) o el programa que inaugura la Sociología.

En lo sucesivo damos paso a las conclusiones que cierran el presente trabajo de investigación. En ellas haremos un breve repaso por sus aspectos más relevantes y trataremos de apuntar a posibles objetos de investigación posteriores.

⁵⁵⁶ Por supuesto, el planteamiento estadístico y serial propuesto por Durkheim y Simiand tiene sus propios peligros. Aprender los fenómenos al nivel de sus *formas* (p.ej. evolución de los recursos económicos,) puede conducir a reificar la visión histórica al entender que solo los elementos formales (aquello que se puede medir) valen para constituirse en los motores esenciales del proceso histórico. Una crítica muy interesante se puede observar en Gribaudi (en Revel, 1996: 113-140).

4. Conclusiones

Es de esperar que las páginas anteriores faciliten al lector su comprensión del proceso de disciplinarización del saber histórico en Francia. Ahora bien, como quiera que fuese, nunca está de más una pequeña recapitulación del tema. En efecto, ¿qué podemos retener de todo lo que hemos sugerido hasta el momento?

1.

En lo que se refiere al primer capítulo es preciso señalar dos cosas: de un lado, la idea (a) de que la institución monárquica desempeña un papel fundamental en el desarrollo de la Historia erudita, estableciendo las condiciones que han hecho posible la recopilación y la publicación de fuentes relacionadas con la historia de Francia. Y de otro, la idea (b) no menos importante de que tales actividades constituyen el resultado de instituciones específicas cuyos planes de trabajo están motivados por un esfuerzo colectivo, progresivo y centralizado.

a/ Respecto al primer punto poco cabe añadir. El poder monárquico es un poder que ha promovido la Historia erudita, ya sea interviniendo en la creación de instituciones dedicadas al atesoramiento y publicación de fuentes, ya sea a través de la movilización de recursos para el desarrollo de la investigación histórica, es decir actuando en el plano de la infraestructura y la tecnología del saber histórico.

En ambos casos se atestigua un mismo horizonte de intervención política. A este horizonte lo hemos llamado ‘política de la investigación histórica’, en un intento de poner nombre al conglomerado de medidas (creación de depósitos, de talleres de investigación erudita, concesión de privilegios editoriales, financiación de misiones científicas, etc.) que tuvieron lugar entre los siglos XVII y XVIII, y en los cuales la institución monárquica desempeñó un papel fundamental, ya fuese como garante financiero de las mismas o bien como un agente activo en la delimitación de las directrices del trabajo desempeñadas por aquellas instituciones.

Dicho esto tal vez no quepa añadir otra cosa, salvo concluir que la política documental realizada por la monarquía antecede con mucho el afán centralista y totalizador de los cambios motivados a partir de 1789. Es ella, y no la futura revolución inminente, la que origina el desarrollo de las primeras actuaciones orientadas a la constitución de una infraestructura técnica y documental centralizada. Y todo ello, además, motivado por un juego múltiple de disputas institucio-

nales, en el que la ‘política de la investigación histórica’ *aparece menos como el pasatiempo de una institución que como el resultado de un juego institucional en el que intervienen múltiples fuerzas en pugna* (Santa Sede, nobleza, parlamentos, monarquía).

b/ Ahora bien, una de las características que definen esta política es precisamente *la profesionalización de la tarea investigadora*. A partir de ahora el trabajo relacionado con la erudición y la publicación documental se organizará en función de una planificación colectiva, progresiva y centralizada.

Colectiva porque los trabajos realizados por estas instituciones serán realizadas por una fuerza colectiva de trabajadores, lo que significa que existe una cooperación funcional (no esporádica) entre ellos, así como entre las diversas jerarquías existentes en el interior de las distintas instituciones. De ahí entonces la importancia concedida a la especialización y la enseñanza (p. ej. el caso de los benedictinos y los académicos) de los eruditos: con ello se provoca un cambio en la naturaleza del trabajo historiográfico, al generar así *una suerte de normalización metodológica* (todavía no disciplinar) que hace posible el establecimiento de proyectos y trabajos a largo plazo.

Progresiva porque dichas actividades se realizan a través de proyectos cuya duración sobrepasa dos o más generaciones, e incluso en ciertos casos a plantear obras verdaderamente faraónicas, que duraban décadas y/o que requerían la cooperación de eruditos adscritos a diferentes instituciones (*Recueil des Ordonnances des rois de France, Recueil des historiens de France*). Esto fue posible porque existía un recurso generalizado a las reglas redactadas por Mabillon y los benedictinos. Estos últimos, al promover el desarrollo de una metodología estandarizada sentaron las bases de un horizonte en el que las investigaciones podían progresar de manera *acumulativa*. Al hacerlo así, el desarrollo de la actividad erudita se benefició ostensiblemente, produciéndose un atisbo de convergencia metodológica entre las distintas historias (literarias, provinciales, jurídicas, eclesiásticas) que se realizaban en ese momento.

Y *centralizada* porque todas esas actividades (obras, compilación de fuentes, catálogos, etc.) fueron realizadas *a petición expresa del monarca o de algunos ministros de la administración monárquica*, ya fuese para enaltecer la gloria del rey, ya fuese para solventar algunas necesidades relativas a la práctica jurídica de la administración (p.ej. *Le dépôt des chartes*).

Sea como fuere, el hecho es que todas ellas constituyen actividades dirigidas *desde lo alto*, en las cuales el poder monárquico hace las veces de *sujeto y objeto de la enunciación histórica*. Dicho en otros términos, la monarquía francesa, en la época que va del siglo XVII al siglo XVIII, constituye un importante centro de recursos para la investigación y la producción documental. No solo permanece ligada a la producción de hagiografías sino que también desempeña un importante papel en el desarrollo de la diplomática y de otras empresas relacionadas con la historia del reino y la legitimidad de las pretensiones monárquicas. Y todo ello, además, desde una perspectiva doble de actuación, ya fuese situándose como objeto del relato historiográfico (en tanto que tales trabajos narran las peripecias del poder monárquico) o bien interviniendo en el proceso de preparación de sus fuentes, adquiriéndolas, clasificándolas, interpretándolas, a fin de constituir las bajo un esquema interpretativo cuya disposición básica presupone los intereses y las necesidades prácticas del gesto que les conserva.

2.

En cuanto al segundo capítulo podemos reiterar algunas ideas interesantes: a/ la primera de ellas se trata de una idea constantemente repetida, según la cual el proceso de confiscación y nacionalización de bienes estaría en la base de todo el proceso de creación de la infraestructura archivística del Estado. El esquema ya lo hemos explicado: la expropiación de bienes eclesiásticos trajo consigo la llegada de cantidades ingentes de tierras y bienes inmuebles, lo que suponía una transferencia masiva de bienes a manos del Estado, el cual una vez nacionalizados podía declararlos en venta y obtener así una suma de dinero importante. El problema es que junto a estos motivos financieros también se produjo un fenómeno imprevisto, ya que la confiscación de bienes eclesiásticos y nobiliarios supuso la llegada de otros materiales para los cuales no existía un destino o una solución institucionalmente planteada.

En efecto, ¿qué hacer con los bienes muebles que albergaban las tierras y los inmuebles confiscados? Más aún, ¿qué hacer con todos esos bienes que, por sus características particulares, constituían una fuente de riqueza artística, bibliográfica o archivística?

Si recordamos bien, esta es la cuestión que planteábamos al comienzo del capítulo, a fin de que los epígrafes posteriores viniesen a ilustrar el modo en que los poderes públicos solucionaron el problema relativo al cuidado, la regulación y la exposición pública de tales objetos. Pues bien, lo que cabe recalcar ahora no es la historia de tales cuidados, cosa que ya hemos realizado

en páginas anteriores, sino el modo en que una constatación como ésta entronca perfectamente con las premisas que habíamos planteado al inicio de la investigación.

Así, al retrotraernos a las leyes de nacionalización de bienes lo que hacemos es algo más que un simple y mero ejercicio de contextualización histórica; lo que hacemos es plantear un marco de comprensión analítica que nos permite integrar la historia del conocimiento histórico en una historia más amplia, una historia que pretende ser al mismo tiempo política, institucional y teórica.

En ese sentido, cabe considerar este capítulo como una advertencia sobre la génesis de la infraestructura archivística. Esta última no es el resultado de una voluntad *premeditada*: tanto su infraestructura como su ingente masa documental son producto de *una historia que obedece a transformaciones coyunturales*, lo que significa que los relatos idealizados, aquellos que plantean una génesis ideal de las disciplinas y que conciben tales procesos a través de una causación lógica interna, no tienen razón de ser para el campo de la ciencia histórica.

Con ellos sucede lo mismo que lo que ocurre cuando el tiempo de la conciencia se traslada a la dimensión de la historia: sucede que se les impone la *forma de un sujeto*, de tal modo que lo que fue un cúmulo de transformaciones coyunturales, orientadas a gestionar las consecuencias *prácticas* que trajo consigo la confiscación de bienes, aparece en el presente como el resultado de una voluntad premeditada, la cual trata sus propias presuposiciones retroactivamente, como si ella misma las hubiera colocado ahí, dispuestas a percibir en las actuaciones pasadas elementos *autoconscientes* de su propia transformación y que por ello mismo anticipan el presente.

Ahora bien, si algo podemos concluir en este punto es justamente lo contrario. La infraestructura archivística no es el resultado de una vocación *cultural* deliberada. Para ello hay que esperar a los años posteriores, con la llegada de la Monarquía de Julio, pero no al comienzo, en donde la mayor parte de las medidas revolucionarias fueron decretadas para ofrecer una solución a las urgencias imprevistas que trajo consigo la nacionalización de los bienes.

En ese sentido merece la pena subrayar esta advertencia, ya que en ocasiones, el discurso histórico tiende a proyectar sobre el pasado una extraordinaria racionalidad, dando a entender que los actores del pasado (p. ej. los autores de la ley del 7 de Messidor o del 5 de Brumario) tenían plena conciencia de las consecuencias que sus acciones podían provocar (p. ej. una política de promoción y exhibición cultural del patrimonio).

b/ En segundo lugar, la idea de que la Revolución inaugura una *fisonomía* diferente del hecho archivístico, capaz de fundar depósitos novedosos pero también (y sobre todo) nuevas maneras de experimentar y comprender la comunicación documental.

Para ello es preciso entender la Revolución en su justa medida: esta última, decíamos, no supone cambios sustanciales en la práctica metodológica; es más, buena parte de sus archivistas fueron aquellos que ocuparon puestos en las instituciones patrimoniales del Antiguo Régimen, lo que plantea un alto grado de continuidad en temas relativos a la definición y los procedimientos archivísticos.

En efecto, la Revolución no plantea una definición novedosa de las ‘fuentes auténticas’, pero sí lo hace de las fuentes públicas. En este caso, la Revolución plantea un conjunto de cambios sustanciales, cuyo resultado más importante no es la creación de un archivo o un depósito central, sino la constitución de un principio de confluencia que altera por entero las formas tradicionales de circulación y sociabilidad documental⁵⁵⁷.

He aquí el principal aporte suscitado por la Revolución francesa: la idea de que las fuentes, cualesquiera que éstas sean, constituyen bienes (bienes nacionales) *susceptibles de circular en el interior de una red cuyo funcionamiento es independiente de los particulares y las parentelas*, hecho éste que choca con la costumbre, muy difundida en la época, de administrar ‘privadamente’ (corporativamente) los archivos.

En efecto, es ahora, con la llegada de la Revolución francesa, cuando la lógica de apropiación corporativa desaparece, sustituyéndose por un sistema en el que *se garantiza la confluencia regular (al menos desde el punto de vista jurídico) de los documentos*. En ese sentido poco cabe añadir a lo dicho en páginas anteriores, salvo concluir que tales transformaciones se integran a la perfección dentro del gran proceso de unificación cognitiva que acompaña al desarrollo del Estado.

⁵⁵⁷ Con respecto a esto último, cabe precisar algunas cuestiones. La idea de una centralización archivística es perfectamente compatible con la existencia de múltiples depósitos legales. Es más, la centralización no significa que todos los documentos estén concentrados en un solo e inmenso depósito físico, cosa que sería imposible, sino que todos ellos pueden confluir y circular de un sitio a otro en virtud de su condición de bienes nacionales. Dicho de otra manera, no es que exista un único e inmenso depósito central, sino que todo ha de funcionar *como si* lo hubiese, es decir, como si todos y cada uno de los documentos públicos, al margen de su procedencia administrativa, perteneciesen *por derecho* a un depósito original emanado del Estado. De ahí la posibilidad de la confluencia: esta última es posible porque el Estado se sitúa por encima de la vieja diversidad jurisdiccional, lo que significa que las viejas restricciones de los archivos del *Ancien Régime* desaparecen en cuanto tales, ya que desaparecen también las bases de legitimación social que las habían hecho posibles.

Ahora bien, no basta con quedarse solamente en esto. Lo interesante es ver hasta qué punto la posibilidad de una infraestructura archivística no es sino el rostro amable de un vasto y complejo proceso basado en la desposesión y la des-particularización generalizada, donde la multitud de instancias consuetudinarias (concejos, villas, justicias señoriales, corporaciones, etc., cada uno con sus propios archivos) dejan de incorporar la existencia social de las personas, y en su lugar se impone un espacio de juego unificado, basado en la centralización política, pero también en la constitución de un espacio *diferenciado* (en este caso, archivístico) cuyos mecanismos de funcionamiento (unificados y estandarizados) hacen inviable la pervivencia de las lógicas y las instituciones pre-existentes.

c/ Y por último, aunque de manera paralela, cabe recordar la publicación y la edición de fuentes realizada por las instituciones eruditas del siglo XIX. Ya hemos señalado cuáles fueron dichas instituciones; lo que resta ahora es justificar la razón por la cual hemos traído a colación este tema.

En efecto, ¿por qué hacer tanto hincapié en este tipo de instituciones? ¿Por qué tantas páginas dedicadas a ellas si el objeto básico de investigación es la disciplinarización del saber histórico?

Para responder a esta pregunta no es necesario introducir elementos nuevos; basta con retomar una idea que ya hemos desarrollado con antelación, según la cual *la disponibilidad* de las fuentes documentales ha de considerarse no ya como una realidad dada de antemano, sino como el resultado de un proceso en el que intervienen una multitud de factores, ya sean teóricos, ideológicos o institucionales.

Los capítulos precedentes se insertan en esta clave de análisis: lo que nos muestran es que la disponibilidad *objetiva* (sin tratar) de las fuentes tan solo es una realidad aparente, ya que su constitución interna *como fuentes* presupone un trabajo previo de crítica documental y un conjunto de procedimientos institucionales (leyes, decretos, archivos, bibliotecas, etc.) orientados a centralizar los materiales y convertirlos en fuentes *disponibles* para el trabajo de investigación.

De ahí el número de páginas centradas en tales procedimientos. Con ello tratamos de poner de manifiesto un aspecto importante, según el cual el análisis del factor político, lejos de constituir un elemento ajeno al campo histórico, marca profundamente su génesis y sus etapas, en la medida en que configura una *trama de sentido* al margen de la cual no es posible comprender el

surgimiento de la infraestructura archivística (fuentes, catálogos, inventarios, archivos, bibliotecas, etc.) de la historiografía posterior.

En ese sentido, cabe señalar que las condiciones en las cuales se han recopilado y utilizado las fuentes han reproducido en los documentos el sistema de jerarquías sociales (y formales) que de los hechos tenían los archivistas.

El problema es que los historiadores del siglo XIX (y en especial los metódicos) no han reflexionado sobre este tipo de cuestiones, y al no hacerlo, han tendido a construir sus relatos históricos *sobre la base de las fuentes textuales que fueron destinadas* (en su mayor parte) a *exaltar la memoria de los reyes de Francia*. El resultado, como dice S. Citron (2008: 111), no es necesariamente una historiografía beata y monárquica, pero sí en un tipo de relato histórico que trata de integrar las viejas memorias de los reyes *en el devenir de la Nación*, si no como personajes a idolatrar, al menos como *agentes racionalizadores* de las relaciones sociales, garantes del ‘interés general’.

3.

El interés que hemos mostrado por los historiadores metódicos es un interés totalmente justificado. Si nos hemos acercado a ellos no es por sintonía con sus ideas políticas o metodológicas, sino porque su examen nos permite un acceso privilegiado al momento en el que la práctica histórica se constituye como *disciplina*.

Leyéndolos da la impresión de que su obra y sus incursiones institucionales ilustran a la perfección los procesos que acompañan a la disciplinarización del saber histórico en Francia. Por un lado, son ellos quienes han contribuido a establecer una forma articulada y coherente del método histórico, y por otro, son ellos quienes han participado en las asociaciones intelectuales dedicadas a la divulgación histórica (*Revue historique*, *Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur*, etc.) y al diseño de las propuestas (*diplôme d'enseignement supérieur*, *licence 1907*, etc.) implementadas en las reformas de la Tercera República.

Desde luego no es cuestión de reproducir todas y cada una de tales medidas; sin embargo, sí merece la pena concluir esta investigación con dos o tres ideas básicas que nos permitan retratar la posición teórica de la Historia en el momento de su génesis disciplinar. Con ello no aspiramos a reproducir la riqueza de matices que ya hemos señalado en las páginas anteriores, pero sí de

poner de manifiesto los presupuestos *contra los cuales* se alzaron los interrogantes y las nuevas formas de inferencia establecidas por la sociología durkheimiana.

Comencemos pues por lo básico, el argumento central que subyace a la construcción del tiempo histórico por parte de los historiadores del siglo XIX. Para ello es preciso comenzar por la idea de ‘analogía’. En efecto, ¿qué papel desempeña esta idea en relación a la construcción o la forma del tiempo histórico en los historiadores del siglo XIX?

La lectura de las obras metodológicas de Langlois y Seignobos sugieren cuál es el papel de la analogía en el conocimiento histórico: el historiador, dicen, no opera sobre fenómenos reales, opera sobre las representaciones analógicas que se hace de los fenómenos. Ahora bien, para realizar esta operación es necesario un elemento previo de carácter comparativo, un aspecto, por así decir, al que solo puede acceder el historiador y *desde el cual* se representa el pasado por medio de un estado de conciencia análogo al suyo.

En Historia se trabaja siempre con imágenes construidas *por analogía*. Los fenómenos históricos son fenómenos que han sucedido en el pasado, sin embargo es posible acceder a ellos a través de las imágenes que el historiador se forma por analogía con las suyas propias. Este procedimiento recibe el nombre de analogía o de imaginación analógica, y se trata de un mecanismo gracias al cual los hechos del pasado se hacen inteligibles. Es decir, se postulan como expresión de una interacción entre sujetos con motivaciones psicológicas.

En ese sentido, la imaginación analógica solo puede representar actos *individuales*, es decir fenómenos que se registran en función de las representaciones que los propios sujetos hacen de su experiencia de la acción social. El problema es que al proceder de esta manera, al asociar la imaginación analógica con la percepción psíquica, al investir el documento con sus propias imágenes para poder representar *concretamente* las realidades de las que habla, el historiador (el razonamiento disciplinar historiográfico) asume un *horizonte de visibilidad limitado*, en la medida en que su marco de razonamiento opera sobre entidades (seres vivos, acontecimientos, motivos) que ya están predeterminadas por los esquemas de inteligibilidad derivados de la percepción, con lo cual solo parece historiable aquello que tiene valor de acontecimiento en el seno de un contexto local.

Ahora bien, ¿cuál es el problema de este tipo de conceptualización?

La respuesta ya la hemos sugerido en múltiples lugares del estudio. El problema fundamental es que al proceder de ese modo la historiografía no elabora una conceptualización analítica del tiempo histórico, de la forma y las operaciones en que se contruye la temporalidad histórica. El razonamiento disciplinar de la Historia del siglo XIX omite precisamente este campo de problematización analítica. Todo sucede como si la dimensión temporal se identificase solamente con la cronología líneal de la experiencia vivida, quedando así desterrada toda posibilidad de hacer aparecer regularidades y variaciones por medio de la técnicas de abstracción serial establecidas por el investigador.

De esa manera, solo parece historiable aquello que ha sido percibido por los contemporáneos de los acontecimientos. Fuera de tales condiciones no hay lugar para la problematización histórica en sentido estricto, ya que el campo de visibilidad que vehicula el razonamiento disciplinar asume todavía –sin ningún tipo de objetivación crítica– el orden cronológico de los agentes del pasado. Ahora bien, el problema no es que los historiadores estén obligados a formarse imágenes psicológicas de los hechos, el problema es que al plantear este modelo *como el único acercamiento al estudio del pasado* la Historia asume un horizonte de experiencia limitado, según el cual los historiadores se ven obligados a narrar los hechos del pasado como si fuesen *hechos de la memoria*, es decir imaginándose ser ellos mismos el testigo de aquello de lo que se habla.

De ahí la prioridad por lo individual en la ciencia histórica del siglo XIX. Es cierto que Seignobos admite la importancia de los hechos colectivos (y por extensión de las Historias ‘particulares’) para el desarrollo de la ordenación científica de los hechos. Pero por mucho que puedan utilizarse las historias particulares y el análisis de las costumbres ellas solo nos pueden proporcionar una visión sincrónica de la sociedad, el cuadro de la vida colectiva en un momento dado, no su evolución. Para entender su diacronía, para concebir las hipótesis que permitan explicar las razones del devenir histórico (verdadero objeto *formal* de la Historia) el historiador se ve obligado a recurrir al papel de lo individual y lo fortuito en la realidad histórica.

De ese modo lo individual se identifica aquí con el elemento propiamente histórico, es lo que permite explicar el cambio de las costumbres y los hechos colectivos, lo que significa que su privilegio no es el resultado de una mera preferencia subjetiva, sino al contrario, la consecuencia de una teoría limitada, que hace del acontecimiento histórico *no la expresión del cambio sino la razón del mismo*.

En ese sentido, la ciencia histórica retoma el tema del acontecimiento, pero lo hace de una manera más sofisticada que en épocas anteriores. En lugar de apelar a ellos con fines políticos o literarios, la historia decimonónica retoma el acontecimiento con fines presuntamente explicativos. El objetivo es combinar estas unidades con el análisis de las costumbres y los hechos generales, a fin de poner de manifiesto la influencia que dichos acontecimientos han tenido *para la transformación de una o varias costumbres humanas*.

Así, al privilegiar el análisis de los hechos individuales la problematización histórica de finales del siglo XIX plantea una imagen problemática, según la cual el desarrollo y la génesis de las historias particulares quedarían explicadas por acontecimientos (p. ej. una colonización, una guerra, la transformación política a gran escala) a los que la problematización histórica excluye del análisis estructural. El resultado, como decíamos, es una visión del cambio histórico tremendamente (a)problemática, en la medida en que los hechos individuales aparecen reflejados como hechos en los que no se manifiesta (no son expresión de) el juego complejo de determinaciones sociales. Al contrario, todo sucede como si el surgimiento de tales hechos fuese una posibilidad absolutamente fortuita, como si fuese algo independiente de la naturaleza del sistema donde aquel concurre.

Esto es así, fundamentalmente, porque a diferencia de la propuesta sociológica, el razonamiento histórico ve inconcebible pensar el cambio *desde las regularidades y los hechos colectivos*. Si algo se transforma, dice Seignobos, es porque existe un elemento particular (un accidente) que ha influido en la transformación de las costumbres y de los hechos regulares. En sentido estricto, una costumbre es solo una abstracción, y como tal, no puede evolucionar por sí sola; quienes evolucionan son los individuos, no los factores abstractos, lo que sin duda le lleva a conceptualizar como ‘históricas’ aquellas causas que indican y presentan los agentes en su experiencia de la acción social.

De ahí el hecho de que la ciencia histórica sea concebida en ese periodo como un trabajo fundamentalmente interpretativo, basado en la crítica de las fuentes y en la búsqueda de esquemas explicativos creados por analogía con los motivos y las razones (intencionales) que proporciona la psicología del sentido común. En ese momento la Historia solo puede analizar las causas de aquellos hechos que tienen una relación evidente con la percepción directa de los agentes. Es necesario que los hechos sean percibidos como acontecimientos para que la disciplina histórica pueda movilizar sus recursos de inferencia procedimental, de manera que la crítica de los testi-

monios (una lectura centrada en la dimensión consciente y subjetiva del documento) suministre los indicios suficientes para discernir el antecedente más inmediato del acontecimiento.

De ese modo, el análisis histórico plantea un enfoque limitado de la síntesis: al priorizar un esquema basado en los rasgos subjetivos que intervienen en el acontecimiento omite un campo de análisis en el que se vislumbra una trama de determinaciones (de factores abstractos) que no pasan por el reconocimiento previo de los sujetos. De ahí que la idea de transformación que plantea el propio Seignobos sea tan pobre e insuficiente: porque al reducir el análisis a la perspectiva de las causas inmediatas el planteamiento resultante no conoce otro determinismo que aquel que resulta de las “propias” determinaciones vivenciadas por el sujeto.

El resultado es una aproximación analítica deficiente, que *da por explicado aquello que precisamente hay que explicar*, cayendo así en una disposición teórica en la que se tiende a fetichizar el acontecimiento. En efecto, este último se contempla como un suceso en el que ciertas acciones dan como resultado el cambio de un orden de cosas, pero *sin preguntarse antes* si tales acciones estaban sobredeterminadas por factores abstractos o bien se podían leer, más que como causas, como expresiones de un cambio que *responde a transformaciones más profundas*, no reductibles a las determinaciones reconocidas por los agentes.

Se entienden así los ataques esgrimidos por el equipo de *l'Année sociologique* al gremio de los historiadores profesionales. Su crítica es clara: los historiadores creen operar con explicaciones causales y en realidad *no sobrepasan el ámbito descriptivo de los fenómenos*. Existen numerosos casos donde los hechos posteriores no se hacen inteligibles gracias a los anteriores, pues entre ambos median un tipo de determinaciones –determinaciones ejercidas pero no representadas– que las técnicas de análisis documental (crítica de ‘sinceridad’ y ‘exactitud’) son incapaces de objetivar. En realidad, dirá Simiand, el razonamiento historiográfico no responde a ninguna de las exigencias del saber científico, ni en el plano de la construcción teórica de los hechos ni en el plano de la explicación causal, donde se percibe todavía una propensión muy clara a identificar los criterios explicativos con fenómenos de carácter psicológico e intencional.

En este punto el planteamiento de Durkheim se opone a la noción de causalidad de los historiadores; en realidad, se opone también al concepto que la ciencia histórica tiene de la teoría y de los hechos, de manera que la idea de causalidad, necesariamente, también debe ser un elemento problemático, al operar sobre unidades referenciales que no han sido construidas ni con las mismas reglas ni siguiendo los mismos objetivos metodológicos.

En otras palabras, lo que Durkheim y sus amigos de *l'Année sociologique* llaman 'causa' no es el antecedente inmediato de un hecho perceptible, sino al contrario, el resultado de una variación correlativa entre dos series de hechos colectivos, que además solo tienen sentido en relación directa con la problematización de los investigadores, no con la experiencia directa de los agentes históricos. Por tanto, la única manera de saber si un fenómeno es 'causa' de otro es comparando los distintos casos en los que ambas series están simultáneamente presentes, a fin de determinar si la variación producida en una serie de hechos guarda relación alguna con las variaciones encontradas de manera paralela en otra serie de hechos, es decir demostrando si la correlación de variaciones en las diferentes circunstancias testimonian o no algún tipo de causalidad o dependencia.

De ahí el escaso rigor de la metodología practicada por los historiadores 'historizantes'. El problema es que siguen reproduciendo un uso fetichista del acontecimiento, ya que priorizan un tipo de hechos individuales cuya potencia explicativa no es el resultado de una operación previa ('método de las variaciones concomitantes') en la que se combinan diferentes series y se experimenta la evidencia de una variación al unísono, sino algo más simple y aproblemático. Así, como lo que se subraya es el aspecto individual y azaroso del acontecimiento la ciencia histórica impide un tratamiento serio y científico de las cuestiones, retrasando con ello la posibilidad de construir una ciencia social unificada.

He aquí pues el argumento básico de los sociólogos durkheimianos contra la historiografía de su tiempo.

...

Ahora bien, sea cual sea la opinión ante las críticas de los sociólogos el hecho es que la disputa iniciada en 1903 marca un hito fundamental en el ámbito de las ciencias sociales e históricas. Ya hemos dicho que la contienda no tiene un ganador inmediato; en realidad nunca lo hay en el ámbito de las ciencias sociales, o al menos no en el sentido de que exista una posición que hiciese inaceptable al resto de posicionamientos existentes. A fin de cuentas cada disciplina de las ciencias sociales presenta un ángulo de cómo analizar lo social, y con ello se estaría rechazando la pretensión de ver a la Sociología o a la ciencia histórica como la matriz de todas las ciencias sociales. Sin embargo, el hecho de que no sea posible identificar un ganador inmediato tampoco significa aceptar la idea de que el espacio de la discusión no haya sido afectado por la crisis.

En verdad, esto mismo es lo que sucede en el transcurso de los años posteriores, cuando L. Febvre y M. Bloch recogen el testigo dejado por los durkheimianos y empiezan a implementar las problemáticas y algunos de los razonamientos sugeridos por los sociólogos y ciertos historiadores (H. Berr, P. Lacombe). De ahí la importancia del debate que tiene lugar entre Simiand y Seignobos. En él se encuentran enunciadas las claves que van a guiar el trayecto iniciado por la ‘escuela’ de los *Annales*, tanto en lo que se refiere a la construcción *teórica* de los objetos como en lo que respecta al uso de los marcos temporales que tratan de visibilizar modelos de cambios y repetición diferentes (*longue durée*).

Por supuesto, esto no significa que aceptemos todos y cada uno de los ataques esgrimidos por Simiand; de hecho, en ellos advertimos algunos aspectos que hoy en día se nos antojan desfasados o cuestionables: por ejemplo el intento de concebir una ciencia social a partir de una concepción unitaria del método, lo que suponía en la práctica la destitución de la soberanía metodológica de las ciencias humanas (Historia, Economía, Antropología, Psicología, Geografía) y su conversión en modalidades particulares de una ciencia social regida por las reglas omnipresentes de Durkheim⁵⁵⁸.

Ahora bien, esa misma pretensión, denunciada por algunos con el adjetivo de ‘imperialismo sociológico’, apenas resulta inteligible si no tenemos en cuenta otra propuesta igualmente problemática esgrimida años antes por el propio Seignobos, y en la cual las ciencias sociales (‘historias particulares’, recordémoslo) aparecían como modalidades auxiliares de una ‘Historia general’ (confundida en la práctica con la Historia política) que se arrogaba el análisis de los factores individuales, los únicos a su juicio que podían dar cuenta de la diacronía histórica y la evolución de las costumbres y las historias particulares de las ciencias sociales.

Sea como fuere, ambas tentativas resultan hoy inconcebibles; tanto más porque, en última instancia, la trayectoria que ha guiado en Francia el intercambio y la relación de las ciencias sociales e históricas atestigua otros criterios de reorganización. Así es, el sueño durkheimiano de una normatividad metodológica no es el modelo que ha caracterizado la evolución de las ciencias sociales en el transcurso del siglo XX; no obstante, lo que ha ido sucediéndose (al menos hasta 1970) es *una reorganización de las ciencias sociales en torno a la Historia*, eso sí, una

⁵⁵⁸ Imperialismo sociológico que legitimaba su disciplina a ocupar todos los ámbitos fronterizos de las diferentes ciencias sociales y que se permite someter a examen a las otras ciencias. No obstante, otra cosa diferente, tal y como plantea Bourdieu en ‘*El oficio de sociólogo*’ (2005) es que la Sociología no hace más que plantear a las otras ciencias preguntas que se plantean a sí misma de manera particularmente aguda. Si la Sociología es una ciencia crítica, es quizás porque ella misma se encuentra en una posición crítica.

Historia (hablamos de *Annales*, por supuesto) que ha implementado las problemáticas y las formas de inferencia suscitadas por la Sociología y otras ciencias sociales, pero que sin embargo rechaza en la práctica la idea de que la normatividad metodológica puede servir de fundamento de la unidad del campo de las ciencias sociales.

En ese sentido, parece razonable la postura de J. -C. Passeron (1994) cuando señala que la situación actual de las ciencias sociales (vale decir también ciencias históricas) se asemeja más a la del pluralismo teórico que a la de un paradigma dominante o de ‘ciencia normal’⁵⁵⁹. En el fondo, todo parece indicar que la evolución contemporánea de la ciencia histórica ha procedido por yuxtaposición de aproximaciones diversas en el interior de un trabajo cuya definición no era cuestionado (Revel, 2005: 37).

El resultado es un tipo de investigación histórica que no deja de diversificar sus campos de trabajo y sus metodologías de estudio, al punto de ser inverosímil cualquier intento de integrar esas aportaciones en el marco de una hipotética Teoría historiográfica unificada, algo así como un emplazamiento en el que vendrían a plegarse en términos acumulativos todos y cada uno de los resultados de las metodologías de trabajo implementadas.

En efecto, ya no se trata de ordenar los intercambios al calor de un modelo de referencia unificado; ahora el modelo es más bien el del préstamo y el de la capitalización de las prácticas y las metodologías diversas, lo que sin duda nos sitúa ante un contexto en el que la reorganización y el intercambio de las ciencias sociales adopta una modalidad esencialmente pluralista, un contexto en el que el investigador combina de manera cambiante y adaptada a su objeto diferentes líneas o mecanismos argumentativos.

He aquí la situación que muchos teóricos han tratado de definir en el transcurso de las últimas décadas, algunos de ellos con propuestas nominativas que han gozado de buena prensa en el marco de la comunidad historiográfica francesa (‘crisis de la historia’, ‘estallido de la historia’,

⁵⁵⁹ En su desarrollo Kuhn otorga al término ‘paradigma’ dos sentidos: 1/ como logro o realización concreta y 2/ como conjunto de compromisos compartidos. El primero se refiere a las soluciones exitosas de ciertos problemas, aquellas que deben ser utilizadas como ejemplos paradigmáticos dentro de la comunidad. El segundo sentido alude a la red de supuestos o compromisos básicos que comparte la comunidad encargada de desarrollar una disciplina científica. Si esto es así, ese consenso científico da paso a lo que se llama ‘ciencia normal’ que todos utilizan en su potencial explicativo. Frente a ello Margaret Masterman (1975), en su análisis del término de ‘paradigma’, defendía que una ‘ciencia normal’ podría ser *multi-paradigmática* y que ese era el caso de la Sociología, lo que la redimiría de la duda sembrada por Kuhn. Pues bien, la Sociología contemporánea no es unitaria ni lo necesita. Es plural, pero con una pluralidad limitada y articulada por dichos modelos, de modo que podemos hablar de integración, conmensurabilidad e incluso de unidad parcial e inestable (‘des-unidad’), que se puede asimilar en buena medida a lo que

‘historia en migajas’, etc.). De manera paralela, cabría argumentar una intención semejante en el ámbito sociológico. En efecto, entre los teóricos sociales, solo los analíticos más recalcitrantes enarbolan un ideal monoteísta al identificar la ciencia con la reducción de la complejidad mediante el establecimiento de mecanismos básicos y de una única ‘lógica de la inferencia’. No obstante, esa identificación es rechazada de plano por la mayoría de los teóricos sociales que asumen que la propia Sociología genera complejidad en tanto que ‘ciencia reflexiva’, auto-observación sistémica y práctica disputada y heterogénea que es.

Ahora bien, sea cual sea nuestra opinión al respecto el hecho es que esta situación no se asemeja en absoluto al contexto disciplinar que hemos analizado a lo largo de la investigación. Ante ello cabe plantear las siguientes preguntas: ¿Cómo se ha llegado a esta reorganización de las ciencias sociales e históricas en Francia? ¿Qué papel ha desempeñado en todo este proceso el trabajo de las distintas generaciones de *Annales*? ¿Es posible utilizar el término ‘disciplina’ para dar cuenta de la nueva situación de pluralismo metodológico?

He aquí algunas cuestiones que nos gustaría considerar en futuros trabajos de investigación, lo que sin duda supone ampliar la mirada a cuestiones de orden epistemológico, tales como el análisis y las virtualidades de la *longue durée*, la redefinición de la noción de la estrategia social (microhistoria italiana), la revalorización de la idea de relato (P. Ricoeur) o el renacimiento de la categoría de acontecimiento (G. Deleuze, A. Badiou, F. Dosse).

Sirva pues esta investigación como un estudio de carácter propedéutico.

5. Bibliografía general

AGUIRRE ROJAS, C. A.: *La Escuela de los Annales*, Montesinos, Barcelona, 1999.

_____ *El antimanual del mal historiador*, Montesinos, Barcelona, 2007.

ALBERT, R. y CRUZ MUNDET, J.: *¡Archívese!*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

ALTAMIRA, R.: *Cuestiones modernas de historia*, Daniel Jorro, Madrid, 1904.

AMALVI, Ch (dir.): *Les Lieux de l'histoire*, Armand Colin, Paris, 2005.

_____ 'Catalogues historiques et conceptions de l'histoire' en *Storia della storiografia. Volume 2*, Roma, 1982, pp. 77-101.

AROSTEGUI, J.: *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 1995.

ARON, R.: *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, Vrin, Paris, 1938.

AUBERT, R.: *Reforma y Contrarreforma*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1964.

BACHELARD, G.: *La formation de l'esprit científico*, Librairie philosophique J. Vrin, Paris, 1973.

_____ *Le rationalisme appliqué*, PUF, Paris, 1949.

BALAYÉ, Simone: *La Bibliothèque Nationale des origines à 1800*, Librairie Droz, Genève, 1988.

BARNES, B.: *T. S. Kuhn y las Ciencias Sociales*, FCE, México, 1986.

BARRET-KRIEGEL, Blandine: (a) *Les Académies de l'histoire*, PUF, Paris, 1988.

_____ (b) *La défaite de l'érudition*, PUF, Paris, 1988.

_____ (c) *La République incertaine*, PUF, Paris, 1988.

BAUTIER, R. H.: 'Les Archives' en Ch. Samaran (dir.) *L'histoire et ses méthodes*, Paris, Pléyade, 1961.

_____ 'La phase crucial de l'histoire des archives: la constitution des dépôts d'archives et la naissance de l'archivistique (XVIème-XIXème siècle)', en *Revue Archivum*, n°XVIII, 1968.

BERCÉ, Y.-M.: 'La maîtrise de l'histoire et le conformisme historique' en *Idéologie et propagande en France*, Picard, 1987.

BERGERON, L.; KOSELLECK, R.; FURET, F.: *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

BERMEJO, J. C.: *Historia teórica*, Akal, Madrid, 2009.

BERR, H.: *La síntesis en historia*, UTEHA. Colección “La Evolución de la Humanidad”, México, 1961.

_____ ‘Les rapports de l’histoire & des sciences sociales. D’après M. Seignobos’ en *Revue de synthèse*, Librairie Leopold Cerf, Paris, 1902, pp. 297-302.

BERTHELOT, J. M. (dir.): *Épistémologie des sciences sociales*, PUF, Paris, 2012.

BESNARD, Ph.: ‘L’impérialisme sociologique face à l’Histoire’ en *Historiens et sociologues aujourd’hui*, Paris, Éditions du CNRS, 1986, pp. 27-35.

BLASSELLE, B.: *La Bibliothèque Nationale*, collection “Que sais-je?”, PUF, Paris, 1989.

BLOCH, M.: *Introducción a la historia*, FCE, México, 2006.

_____ *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1988.

BLOCKMANS, W y GENET, J.-P. (dir.): *Visions sur le développement des états européens. Théories et historiographies de l’État Moderne*, École française de Rome, 1993.

BLOOR, D.: *Conocimiento e imaginario social*, Gedisa, Barcelona, 2003.

BODINIER, B. et TEYSSIER, E.: *L’événement le plus important de la Révolution: la vente des biens nationaux (1789-1867) en France et dans les territoires annexés*, Société des études robespierristes: Editions du CTHS, Paris, 2000.

BOSSUET, J. B.: *Oeuvres complètes de Bossuet*. Vol. 21/ Publiées après les imprimés et les manuscrits originaux, purguées des interpolations et rendues à leur intégrités par F. Lachat, Louis Vivès, Libraire-éditeur, 1879.

BOUGLÉ, C.: ‘Xénopol, Berr, Simiand, Croce, - Discussions sur les rapports de l’histoire avec les sciences naturelles et les sciences sociales’ en *L’Année sociologique*, septième année, Félix Alcan, Paris, 1904, pp. 148-151.

BOURDÉ, G y HERVÉ, M.: *Las escuelas históricas*, Akal, Madrid, 1992.

BOURDEAU, L.: *L’Histoire et les historiens, essai critique sur l’histoire considérée comme une science positive*, Félix Alcan, Paris, 1888.

BOURDIEU, P.: *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Anagrama, Barcelona, 2003.

_____ *El sentido práctico*, Siglo XXI, Madrid, 2008.

- _____. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo XXI, Madrid, 2005.
- _____. *Sur l'État. Cours au Collège de France (1989-1992)*, Éditions Raison d'agir/Éditions Seuil, Paris, 2011.
- _____. 'Esprits d'État. Genèse et structure du champ bureaucratique', *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* Vol. 96-97, 1993.
- _____. 'Sur le science de l'État' en *Actes de la recherche en sciences sociales*. n° 133, Paris, 2000, pp. 3-11.
- BOULAINVILLIERS, H.: *Histoire de l'ancien gouvernement de la France avec XIV lettres historiques sur les Parlements ou Etats-généraux*, Tome 3, Amsterdam et La Haye, 1727.
- BRAUDEL, F.: *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, Collection Science, Paris, 1969.
- _____. 'La dernière interview du maître de l'histoire lente' en *Le Nouvel Observateur*, n°1100, 6-12 dic. 1985.
- _____. *Las ambiciones de la historia*, Crítica, Barcelona, 2002.
- BUENO, G.: 'Reliquias y relatos: construcción del concepto de *Historia Fenoménica*' en *El Basilisco*. Revista de Filosofía n°1, Oviedo, 1978.
- BURKE, P.: *La revolución historiográfica francesa*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- BURCKHARDT, J.: *Reflexiones sobre la historia universal*, FCE, México, 1980.
- CANGUILHEM, G.: *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- CARBONELL, CH, -O.: *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Privat, Toulouse, 1976 (a).
- _____. 'La naissance de la Revue historique: une revue de combat 1876-1885' en *Revue historique* n° 518, 1976 (b).
- _____. 'L'histoire dite "positiviste" en France', en *Romantisme*, n° 21-22. Les positivismes, 1978.
- CARR, E. H.: *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona, 2006.
- CASANOVA, E.: *Archivistica*, Stab. Arti Grafiche Lazzeri, Siena, 1928.
- CASSIRER, E.: *El problema del conocimiento. Volumen 2*, FCE, México, 2000.
- CASTAN, N.: *Justice et répression en Languedoc à l'époque des Lumières*, Flammarion, 1980.
- CHALMERS, A. F.: *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

CHARLE, Ch (dir.): *Le personnel de l'enseignement supérieur en France aux XIX et XX siècles*, Éditions du CNRS, Paris, 1985.

_____ *La République des universitaires*, Éditions du Seuil, Paris, 1994.

_____ 'La notion de science en histoire d'après l'oeuvre de Seignobos' en Panza, M. et Pont, J.C.: *Les savants et l'épistémologie vers la fin du XIX siècle*, Albert Blanchard, Paris, 1985.

CHARTIER, R.: *La historia o la lectura del tiempo*, Gedisa, Barcelona, 2007.

_____ *El mundo como representación*, Gedisa, Barcelona, 1992.

_____ *Au bord de la falaise*, Albin Michel, Paris, 1998.

CITRON, S.: *Le mythe national. L'histoire de France revisitée*, Les éditions de l'atelier, Paris, 2008.

COLOMER, E.: *El pensamiento alemán: de Kant a Heidegger. Volumen I. La Filosofía trascendental de Kant*, Editorial Herder, Barcelona, 1986.

COULANGES, F.: *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France. La Monarchie française*, Hachette, Paris, 1889.

DANTO, A. C.: *Historia y narración*, Paidós, Barcelona, 1989.

DE CERTEAU, M.: *L'écriture de l'histoire*, Folio Histoire, Gallimard, Paris, 2007.

DELACROIX, C., DOSSE, F., GARCIA, P., OFFENSTADT, N., (dir.): (a) *Historiographies I*, Gallimard, Paris, 2010,

_____ (b) *Historiographies II*, Gallimard, Paris, 2010.

DELACROIX, C., DOSSE, F., GARCIA, P. (dir.): *Les courants historiques en France XIX-XX siècles*, Folio-Gallimard, Paris, 2007.

DERRIDA, J.: *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, Trotta, Madrid, 1997.

DESROSIÈRES, A.: *La política de los grandes números*, Melusina, Barcelona, 2008.

DIGEON, C.: *La crise allemande de la pensée française (1870-1914)*, PUF, Paris, 1959.

DILTNEY, W.: *Introducción a las ciencias del espíritu*, Alianza editorial, Madrid, 1956.

DOSSE, F.: *La historia en migajas*, E. Alfons el Magnanim, Alicante, 1988.

_____ 'Paul Ricoeur, Michel de Certeau et l'Histoire: entre le dire et le faire' en Carlos Barros (dir.) *Historia a Debate. Tomo I*, Santiago de Compostela, 2000.

_____. *La Renaissance de l'événement. Un défi pour l'historien: entre sphinx et phénix*, PUF, Paris, 2010.

DROYSEN, J. G.: *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Alfa, Barcelona, 1983.

DUCHEIN, M.: 'Requiem pour trois lois défuntés', en *La Gazette des archives*, n° 104, 1979.

_____. *Les obstacles à l'accès, à l'utilisation et au transfert de l'information contenue dans les archives: une étude*, RAMP, PGI-83/WS/20, UNESCO, Paris, 1983.

DURKHEIM, E.: *Les règles de la méthode sociologique*, Félix Alcan Éditeur, Paris, 1895. (recurso en red, http://classiques.uqac.ca/classiques/Durkheim_emile/regles_methode/durkheim_regles_methode.pdf).

_____. *La contribución de Montesquieu a la constitución de la ciencia social*, 1892. (recurso en red, [file:///C:/Users/usuario/Downloads/Durkheim.%20LA%20CONTRIBUCI%C3%93N%20DE%20MONTESQUIEU%20A%20LA%20CONSTITUCI%C3%93N%20DE%20LA%20CIENCIA%20SOCIAL.%201892%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/usuario/Downloads/Durkheim.%20LA%20CONTRIBUCI%C3%93N%20DE%20MONTESQUIEU%20A%20LA%20CONSTITUCI%C3%93N%20DE%20LA%20CIENCIA%20SOCIAL.%201892%20(1).pdf)).

_____. 'Ch. Seignobos: La méthode historique appliquée aux sciences sociales' en *L'Année Sociologique*, Cinquième année, Félix Alcan, Paris, 1902, pp. 123-127.

_____. 'L'histoire et les sciences sociales' (1903) en *Textes*, Ed. de Minuit, Paris, 1975, pp. 195-197.

_____. 'Le méthode sociologique et histoire' (1906) en *Textes*, Ed. de Minuit, Paris, 1975, pp. 197-199.

_____. 'Débat sur l'explication en histoire et en sociologie' (1908) en *Textes*, Ed. de Minuit, Paris, 1975, pp. 199-217.

_____. 'Sociologie et sciences sociales' (1909) en *De la Méthode en sciences sociales*, Félix Alcan, Paris, 1909, pp. 259-285.

DURKHEIM, E. et FAUCONNET, P.: 'Sociologie et sciences sociales' (1903) en *Textes*, Ed. de Minuit, Paris, 1975. pp. 121-159.

FAVIER, J. et FAVIER, Lucie.: *Archives Nationales: Quinze siècles d'Histoire*, Nathan, Paris, 1988.

FAVIER, J.: *Les Archives*, PUF, Paris, 1965.

FAVIER, Lucie: *La mémoire de l'État*, Fayard, Paris, 2004.

FEBVRE, L.: *Combats pour l'histoire*, Armand Colin, Paris, 1952.

- _____. *El problema de la incredulidad. La religión de Rabelais*, Akal, Madrid, 1993.
- FOUCAULT, M.: *Il faut défendre la société*, Gallimard/Seuil, Paris, 1997.
- _____. *La arqueología del saber*, Siglo XXI, Madrid, 2010.
- _____. *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires, 1992.
- _____. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Madrid, 1999.
- _____. *Dits et écrits II*, 1976-1988, Gallimard, Paris, 2001.
- _____. *Surveiller et punir*, Gallimard, Paris, 1975.
- FUMAROLI, M.: 'L'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres dans la République des Lettres', en *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Vol. 140, n° 4, 2006.
- GADAMER, H. G.: *Verdad y Método*, Sígueme, Salamanca, 1977.
- GARCIA, P, y LEDUC, J.: *L'enseignement de l'histoire en France de l'Ancien Régime à nos jours*, Armand Colin, Paris, 2003.
- GARRIGA, C.: *Orden jurídico y poder político en el A. Régimen*, en <http://www.istor.cide.edu/archivos/num/dossierl/.pdf>. (2004).
- GAUTIER, L.: 'Chroniques' en *Revue des Questions Historiques*/Marquis de Beaucourt. Tome 12, Plon, Paris, 1873.
- GELLNER, E.: *Naciones y Nacionalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- GEMBICKI, D.: *Histoire et politique à la fin de l'Ancien Régime. J.-N. Moreau (1717-1805)*, Librairie A. -G. Nizet, Paris, 1979.
- GUENÉE, B.: *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Paris, Aubier-Flammarion, 1980.
- GUIZOT, F.: *Histoire de la Révolution d'Angleterre*, [préface], Paris, R. Laffont, coll. Bouquins, 1997.
- _____. *Du gouvernement de la France depuis la Restauration et du ministère actuel*, Librairie française de Ladvocat, Paris, 1820.
- HABERMAS, J.: *Conocimiento e interés*, Taurus, Madrid, 1982.
- HEIDEGGER, M.: *Ser y Tiempo*, FCE, México, 2003.
- HERVOUËT, B.: *Jacob-Nicolas Moreau. Le dernier des légistes. Une défense de la constitution monarchique au siècle des Lumières*, LGDJM Lextenso édition, 2009.

HESPANHA, A. M.: *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal, siglo XVII)*, Taurus, Madrid, 1989.

_____ *La Gracia del Derecho*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1993.

_____ *Pré-compréhension et savoir historique. La crise du modèle étatiste et les nouveaux contours de l'histoire du pouvoir*, File: i\art\ehess-hd.doc, 1997.

HOBSBAWM, E.: *Naciones y nacionalismo*, Crítica, Barcelona, 2000.

HOBSBAWM, E y RANGER, T.: *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

IGGERS, G.: *La Ciencia histórica en el siglo XX*, Idea Books, Barcelona, 1988.

JACOB, Ch.: 'Pour une anthropologie historique des savoirs'. Conférence présentée le 4 février 2011 devant la société française pour l'Histoire des Sciences de l'Homme, Paris, Ehess.

JENKINS, K.: *Repensar la historia*, Siglo XXI, Madrid, 2009.

JULLIAN, C.: Notes sur les séminaires historiques et philologiques des universités allemandes' en *Revue internationale de l'enseignement*, Tome 8, G. Masson éditeur, 1884.

KANT, I.: *Kritik der reinen Vernunft*. Meiner Verlag, Hamburg, 1998.

KARADY, V.: 'Les professeurs de la République. Le marché scolaire, les réformes universitaires et les transformation de la fonction professorale à la fin du XIXème siècle' en *Actes de la recherche en sciences sociales*, Volume 47, 1983.

_____ 'Durkheim, les sciences sociales et l'Université : bilan d'un semi-échec' en *Revue française de Sociologie*, 17-2, À propos de Durkheim, 1976, pp. 267-311.

_____ 'Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens' en *Revue française de Sociologie*, 20-1, Études et documents réunis par Philippe Besnard, 1979, pp. 49-82.

KEITH BARNETT, G.: *Histoire des Bibliothèques publiques en France: de la Révolution à 1939*, Promodis Éditions du cercle de librairie, Paris, 1987.

KOSELLECK, R.: *Esbozos teóricos: ¿sigue teniendo utilidad la historia?*, Escolar y Mayo, Madrid, 2013.

_____ *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001.

KUHN, Th.: *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 2006.

KNECHT, R. J.: *Richelieu*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.

KRYNEN, J.: *L'idéologie de la magistrature ancienne. Tome 1. L'état de la justice. France. XIII-XX siècle*, Gallimard, Paris, 2009.

LACOMBE, P.: *De l'histoire considérée comme science*, Hachette, Paris, 1894.

_____ 'La science de l'histoire d'après M. Xénopol' en *Revue de synthèse historique*, Librairie Léopold Cerf, Paris, 1900, pp. 28-51.

LANGLOIS, CH.-V.: *Les Archives de l'histoire de France*, Alphonse Picard Éditeur, Paris, 1891.

_____ *Manuel de bibliographie historique, I. Instruments bibliographiques*, Paris, 1896.

LATOUR, B.: *Ciencia en acción*, Labor, Barcelona, 1992.

LAURAIN, M.: 'Les travaux d'érudition des Mauristes: origine et évolution' en *Revue d'histoire de l'Église de France*. Tome 43, n° 140, 1957.

LAVISSE, E.: *Questions d'enseignement national*, Armand Colin, 1885.

_____ *Études et étudiants*, Armand Collin, Paris, 1890.

_____ 'Rapport de M. E. Lavissee dans la Séance générale du 18 juin 1878', en Bulletin (Société pour l'étude des questions s'enseignement supérieur, Librairie Hachette, Paris, 1878.

_____ 'Le concours pour l'agrégation d'histoire et géographie' en *Revue internationale de l'enseignement supérieur*. Tome 1, G. Masson Éditeur, 1881.

_____ *Histoire de France: cours élémentaire* (Le Petit Lavissee) Paris, Armand Collin, 1913.

_____ *Discours à des enfants*, A. Colin, Paris, 1907.

_____ *Vue générale de l'histoire politique de l'Europe*, A. Colin, Paris, 1890.

LAVISSE, E (dir.): *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, Paris, Hachette, 1900-1911 .

LE BRUN, J.: 'Censure préventive et littérature religieuse en France au début du XVIIIe siècle', en *Revue d'Histoire de l'Église de France*, Vol. 61 N°167, 1975.

LECOMTE, M.: 'Les Bénédictins et l'histoire des provinces aux XVII et XVIII siècle', en *Revue Mabillon: archives de la France monastique* , Veuve Ch. Poussielgue et A. Picard et fils, 1928, Paris.

LECLANT, J.: 'Des Académies de l'Ancien Régime à l'Institut National du Directoire' en *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*. Vol. 108. n° 2, 1996.

LE GOFF, J.: *Pensar la historia*, Paidós, Barcelona, 2005.

LE GOFF, J (dir.): *La nouvelle Histoire*, Éditions Complexe, 2006.

LE GOFF, J. y NORA, P (dir.): *Hacer la historia. Volumen 1*, Editorial Laia, Barcelona, 1985.

_____ *Hacer la historia. Volumen 2*, Editorial Laia, Barcelona, 1985.

LEMOINE, Y. : *Fernand Braudel. Espaces et temps de l'historien*, Punctum éditions, Paris, 2005.

LIARD, L.: *Universités et Facultés*, A. Colin, Paris, 1890.

_____ *L'enseignement supérieur en France. Tome 2 (1789-1893)*, A. Colin, Paris, 1894.

LODOLINI, E.: *Archivística. Principios y problemas*, ANABAD, Madrid, 1993.

LORIGA, S.: Entretien avec Sabina Loriga: la biographie comme une problème', en la Revista 'História da historiografia', nº 9, 2012, p. 14-25.

MANTOUX, P.: 'Histoire et Sociologie' en *Revue de Synthèse historique*. Tome Huitième, Librairie Léopold Cerf, Paris, 1903, pp. 121-127.

MARROU, H.-I.: *Del Conocimiento histórico*, Per Abbat Editora, Buenos Aires, 1985.

MARTIN, H.-J.: 'Les Benedictins, leurs libraires et le pouvoir. Notes sur le financement de la recherche au temps de Mabillon et de Montfaucon' en *Revue d'Histoire de l'Église de France* nº 4, 1957.

MASSICOTTE, G.: *L'histoire-problème. La méthode de Lucien Febvre*, St-Hyacinthe (Québec), Edisem Inc., et Paris, Maloine, S.A., 1981.

MASTERMAN, M.: 'La naturaleza de los paradigmas' en I. Lakatos y A. Musgrave (ed.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, México, 1975.

MAYEUR, J. -M.: *Les débuts de la III^e République*, Éditions du Seuil, Paris, 1973.

MINOIS, G.: *Censure et Culture sous l'Ancien Régime*, Fayard, Paris, 1995.

MONOD, G.: *Portraits et souvenirs*, Calmann Lévy éditeur, Paris, 1897.

_____ *Bibliographie de l'histoire de France: catalogue méthodique et chronologique des sources et des ouvrages relatifs à l'histoire de France depuis les origines jusqu'en 1789*, Hachette, Paris, 1888.

_____ (a) 'Du progrès des études historiques' en *Revue historique*. Tome 1, Librairie Germer Baillière, Paris, 1876.

_____ (b) 'De la possibilité d'une réforme de l'enseignement supérieur', Lérout, Paris, 1876.

_____ 'Les études historiques en France' en *Revue internationale de l'enseignement supérieur*. Tome 18, G. Masson Éditeur, 1889.

MUCCHIELLI, L.: 'Une lecture de Langlois et Seignobos' en *Espace-Temps*. Volume 59, 1995, pp.130-136.

NEVEU, B.: *Erudition et religion*, Bibliothèque Albin Michel, Paris, 1994.

NOIRIEL, G.: 'Naissance du métier d'historien', en *Genèses*, n°1, 1990.

_____. 'Préface' en Ch. -V. Langlois et Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, ENS, Paris, 2014.

_____. 'L''éthique de la discussion'' chez F. Simiand. À propos de deux conférences sur l'histoire (1903-1906)' en G. Noiriel, *Penser avec, penser contre: itinéraire d'un historien*, Belin, Paris, 2003, pp. 47-61.

NORA, P. (dir.): *Les lieux de mémoire. Volume 1*, Gallimard, Paris, 1997.

ORTEGA, J. A.: *Teoría y crítica de la historia científico-idealista alemana*, UNAM, 1980.

PÁEZ-CAMINO, F. y LLORENTE, P.: *Francia: II Imperio y III República (hasta 1914)*, Akal, Madrid, 1986.

PASSERON, J.-C.: *Le raisonnement sociologique: un espace non poppérien de l'argumentation*, Albin Michel, Paris, 1994.

PELLISTRANDI, B. (dir.): *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Colección de la Casa de Velázquez, Madrid, 2002.

PEREYRA, C.: *El sujeto de la historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

PIOLIN, P.: 'Le Cardinal de Richelieu dans ses rapports avec les bénédictins de la Congrégation de Saint-Maur', en *Revue des Questions Historiques* t.49, 1891.

POMIAN, K.: *Sur l'histoire*, Gallimard, Paris, 1999.

_____. *L'ordre du temps*, Gallimard, Paris, 1984.

_____. *Collectionneurs, amateurs et curieux. Paris, Venise: XVI-XVIII siècles*, Gallimard, Paris, 1987.

_____. 'Nation et Patrimoine' en Daniel Fabre (dir.) *L'Europe entre cultures et nations. Cahiers d'Ethnologie de la France. Regards sur l'Europe*. Cahiers 10, Éditions de la Maison des sciences de l'Homme, Paris, 1996.

_____. 'Les historiens et les archives dans la France du XVII^e siècle', en *Revista Acta Poloniae Historica*, n° XXVI, Warszawa, 1972.

POULOT, D.: *Une histoire du patrimoine en Occident XVIII-XXI siècle*, Presses Universitaires de France, Paris, 2009.

_____ *Musée, nation, patrimoine*. 1789-1815, Gallimard, Paris, 1997.

POURNIN, M.: 'Rapports de la Sociologie avec l'Histoire.' en *Revue internationale de Sociologie*, Douzième année, V. Giard & E. Brière éditeurs, Paris, 1904, pp. 161-167.

PROST, A.: *Doce lecciones sobre la Historia*, Cátedra, Madrid, 2001.

_____ *Histoire de l'enseignement en France (1800-1967)*, Armand Colin, Paris, 1968.

_____ 'Charles Seignobos revisité', en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 43, juillet-septembre, 1994.

_____ 'Argumentation historique et argumentation judiciaire' en M. de Fornel et J. -C. Passeron (eds.), *L'argumentation, preuve et persuasion*, Éditions de l'EHESS, Paris, 2002, pp. 29-47.

RANKE, L. v.: *Pueblos y estados en la historia moderna*, FCE, México, 1979.

REBERIOUX, M.: 'Le débat de 1903: historiens et sociologues' en *Au berceau des Annales. Le milieu strasbourgeois. L'histoire en France au début du XX siècle*, Presses de l'Institut d'études politiques de Toulouse, 1983.

REVEL, J (dir.): *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Gallimard-La Seuil, Paris, 1996.

_____ (dir.): *Qu'est-ce qu'une discipline?*, Éditions de l'EHESS, Paris, 2006.

_____ *Las construcciones francesas del pasado*, FCE, Buenos Aires, 2002.

_____ *Un momento historiográfico*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2005.

_____ 'Histoire et sciences sociales: lectures d'un débat français autour de 1900', en Hans Erich Bodeker, Peter Hanns Reill und Jurgen Schlumbohm (eds.), *Wissenschaft als kulturelle-Praxis, 1750-1900*, Gottingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1999, p. 377-399.

RIBERETTE, P.: *Les bibliothèques françaises pendant la Révolution (1789-1795)*, Bibliothèque Nationale, Paris, 1970.

RICHARD, N. : 'Histoire et 'psychologie : quelques réflexions sur la spécialité de l'histoire aux XIX siècle, en *Revue Romantisme*. n°104, 1999, pp. 69-83.

RICHELIEU, A. J.: *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'État du cardinal de Richelieu*, t. VI, Imprimerie impériale, Paris, 1853-1857.

RICHELIEU, A. J.: *Testament politique du cardinal-duc Richelieu*, Chez Henri Desbordes, Amsterdam, 1695.

RICKERT, H.: *Ciencia cultural y Ciencia natural*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1943.

ROCHE, D.: *Le siècle des Lumières en province: académies et académiciens provinciaux, 1689-1789*, Paris-La Haya, Mouton, 1978, 2 vols.

RUÍZ TORRES, P.: 'Los discursos del método histórico' en *Revista Ayer* nº12, Madrid, 1993.

SALMÓN, P.: 'Aux origines de la Congrégation de Saint-Maur. Ascèse monastique et exercices spirituels dans les constitutions de 1646' en *Revue d'histoire de l'Église de France*. Tome 43. N°140, 1957.

SANTONI, P.: 'Archives et violence. À propos de la loi du 7 messidor an II' en *Revista La Gazette des archives*, nº 146-147, 1990.

SCEAURY, P. L.: *Musiciens et facteurs d'instruments musicaux sous l'ancien régime*, Paris, Pedone, 1949.

SCHAFF, A.: *Historia y verdad*, Grijalbo, México, 1974.

SCHLANGER, J.: 'Fondation, nouveauté, limites, mémoire' en *Communications*. Les débuts des sciences de l'homme. 54, 1992, pp. 289-298.

SEIGNOBOS, Ch y LANGLOIS, Ch.-V.: *Introduction aux études historiques*, ENS, Paris, 2014;

_____ *Introducción a los estudios históricos* (1898), Universidad de Alicante, 2003.

SEIGNOBOS, Ch.: *El método histórico aplicado a las Ciencias sociales* (1901), Daniel Jorro, Madrid, 1923.

_____ *Études de politique et d'histoire*, PUF, Paris, 1934.

_____ *Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique*, Séance 30 mai 1907. (Recurso en red <http://www.sofrphilu.fr/?idPage=34>).

_____ *L'inconnu et l'inconscient en histoire*, Séance du 28 mai 1908. (Recurso en red http://www.unige.ch/lettres/enseignants/bmuller/textes0/Seignobos/Seignobos_BSFPhilo_1908.pdf)

_____ 'L'enseignement de l'histoire dans les Universités allemandes' en *Revue internationale de l'enseignement*, Tome, I, G. Masson Éditeur, 1881.

_____ *Histoire sincère de la nation française*, Rieder, Paris, 1933.

_____ *Histoire politique de l'Europe contemporaine. Évolutions des partis et des formes politiques (1814- 1914)*, A. Colin, Paris, 1924.

SEIGNOBOS, Ch (dir.): *Histoire de France contemporaine depuis la Révolution jusqu'à la paix de 1919*, Hachette, Paris, 1921.

SIMIAND, F.: 'Organisme et société' en *Revue de Métaphysique et morale*, Librairie Hachette, Paris, 1897, pp. 491-499.

_____ 'Sociologie et morale' en *Revue de Métaphysique et morale*, Librairie Hachette, Paris, 1897, pp. 509-517.

_____ 'Méthode historique et science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos', (1903) en M. Cedronio, *Méthode historique et Sciences sociales*, Éditions des Archives contemporaines, Paris, 1987.

_____ 'La causalité en histoire. Séance du 31 mai 1906', (Recurso en red <http://www.sofrphilos.fr/?idPage=34>).

_____ 'Économie sociale' en *l'Année sociologique*, Tome IX, Félix Alcan, Paris, 1905, pp. 516-522).

_____ 'Géographie humaine et sociologie' en *l'Année sociologique*, Tome XI, Félix Alcan, Paris, 1909, pp. 723-732.

SUAREZ MOLNAR, R.: *Explicación histórica y tiempo social*, Anthropos, Barcelona, 2007.

THIESSE, A. M.: *La creación de las identidades nacionales. Europa: siglos XVIII-XX*, Ézaro ediciones, Madrid, 2010.

THIERRY, A.: *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers Etat; suivi de deux fragments du Recueil des monuments inédits de l'histoire du Tiers État*, Mégariotis reprints, Genève, 1853.

VARRY, D (dir): *Histoire des bibliothèques françaises. Vol 3. Les bibliothèques de la Révolution et du XIX siècle. 1787-1914*, Éditions du Cercle de la Librairie, Paris, 2009.

VÁZQUEZ GARCÍA, F.: *Estudios de Teoría y Metodología del saber histórico*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1989.

XÉNOPOL, A. -D.: 'Les faits de répétition et les faits de succession' en *Revue de synthèse historique*, Librairie Léopold Cerf, Paris, 1900, pp. 121-136.

Documentos históricos y legislativos consultados

AUROC, L (comp).: *Institut de France, lois, statuts et règlements concernant les anciennes académies et L'Institut de 1635 à 1889*. Tableau des fondations, Collection publiée, sous la direction de la commission administrative centrale, Imp. Nationale, Paris, 1889.

BEAUCHAMP, A.: *Recueil des lois et règlements sur l'enseignement supérieur*. Tome 1 (1789-1847), Delalain frères, Paris, 1880.

_____ *Recueil des lois et règlements sur l'enseignement supérieur*. Tome 6 (1898-1909), Delalain frères, Paris, 1909.

Bibliothèque de l'École des chartes, Tome 43, 1882.

Bibliothèque de l'École des chartes, Tome 48, 1887.

BRÉQUIGNY, L. G.: *Table chronologique des diplômes, chartes, titres et chartes imprimées concernant l'histoire de France*. Tome premier, Imprimerie Royal, Paris, 1769.

Bulletin (Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur), Librairie Hachette, Paris, 1878.

Bulletin de la Société d'Histoire moderne, Séance du 3 Janvier 1903, pp. 73-77.

CHARMES, X (comp): (a) *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*. Tome 1, Impr. nationale Paris, 1886.

_____ (b) *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*. Tome 2, Impr. Nationale, Paris, 1886.

DURUY, V.: *Circulaires et instructions officielles relatives à l'instruction publique : publication entreprise par ordre de S. Exc. le Ministre de l'instruction publique et des cultes*. Tome 12, Typ. de Delalain frères, Paris, 1902.

DUVERGIER: (a) *Collection complète des lois, décret, ordonnances, règlements*, Volume 6, A. Guyot et Scribe (Paris), 1834.

_____ (b) *Collection complète des lois, décret, ordonnances, règlements*, Volume 7, A. Guyot et Scribe (Paris), 1834.

DIPPEL, H (ed): *Constitutions of the World from the late 18th Century to the Middle of the 19th Century*, Editor in chief Herausgegeben von Horst Dippel, 2007. (recurso en red)

DAUNOU, P. C. F.: *Tableau systématique des archives de l'empire*, Paris, 1811.

DELISLE, L.: *Le Cabinet des Manuscrits*. Tome II, Impremérie nationale, 1874, Paris.

DELISLE, L (dir): *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, Tome 2, Publié sous la direction de L. Delisle, Victor Palmé éditeur des bollandistes, Paris, 1869.

FLAMMERMONT, J.: *Remontrances du Parlement de Paris au XVIIIè siècle*. Tome 1, Imprim. Nationale, Paris, 1888.

_____ *Remontrances du Parlement de Paris au XVIIIè siècle*. Tome 2, Imprim. Nationale, Paris, 1895.

_____ *Remontrances du Parlement de Paris au XVIIIè siècle*. Tome 3, Imprim. Nationale, Paris, 1898.

GRÉGOIRE: *Rapport sur la bibliographie*. Séance du 22 Germinal, l'an 2 de la République, une et indivisible', BNF, département Philosophie, histoire, sciences de l'homme, 8-Le38-757 (A).

ISAMBERT, F. et Al (ed): *Recueil général des anciennes lois françaises, depuis l'an 420 jusqu'à la Révolution de 1789*. t. 18, Belin-Leprieur, Paris, 1829. (a)

_____ *Recueil général des anciennes lois françaises, depuis l'an 420 jusqu'à la Révolution de 1789*. t. 19, Belin-Leprieur, Paris, 1829. (b)

_____ *Recueil général des anciennes lois françaises, depuis l'an 420 jusqu'à la Révolution de 1789.* t. 21, Belin-Leprieur, Paris, 1830.

LAUER, Ph.: *Collections manuscrites sur l'histoire des provinces de France.* Inventaire, Tome 1, Ernest Lérout Éditeur, Paris, 1905.

La Loi du 28 mars 1882 sur l'enseignement primaire obligatoire, commentaires, exposé de doctrine, jurisprudence, formules, par Ed. Detourbet, Éditeur Berger-Levrault, Paris, 1884.

LE PAIGE, L. A.: *Lettres historiques sur les fonctions essentielles du Parlement; sur le droit des pairs et sur les lois fondamentales du royaume*, vol.1-2, Amsterdam, 1753.

_____ *Lettre sur les lits de Justice*, 1756.

DENIS, P.: 'Lettre circulaire au sujet des mémoires qu'on demande pour composer l'Histoire de l'Ordre. 13 novembre 1647' en *Documents sur l'organisation des études dans la congrégation de Saint Maur*, Revue Mabillon t, VI, Paris-Jouve et Cie Imprimeurs-Éditeurs, 1910-1911,

Livret du l'École des Chartes, Chez Dumoulin, Paris, 1852.

Loi relative à l'enseignement du 15 mars 1850' (ley Falloux) en http://dcalin.fr/textoff/loi_falloux.html#I.II (recurso en red).

THUILLIER, V.: MABILLON, J.: *Ouvrages posthumes de D. Jean Mabillon et de D. Thierry Ruinart, benedictins de la congrégation de Saint-Maur*, T. II. 'Avis pour ceux qui travaillent aux historiens des monastères de la Congrégation de Saint-Maur', Paris, 1724).

MONTFAUCON, B.: *Monuments de la monarchie française*, Tome I, J.-M. Gandouin et P.-F. Giffart, Paris, 1729-1733.

MOREAU, J. N.: *Discours sur l'histoire de France. Dédiés au roi de France.* t. V, Imprimerie royale, Paris, 1778.

Ordonnance royale portant création d'une École des chartes. 22 février 1821' en http://www.enc.sorbonne.fr/sites/default/files/ordonnance_1821.pdf

LAURIÈRE, E.: *Ordonnances des rois de France de la troisième race. Premier volume*, Impr. royale (Paris), 1723.

TUETÉY, L.: *Procès-verbaux de la Commission des monuments.* Volume 1, Paris, 1902-1903.

Administration du journal des notaires.: (a) *Récueil général des lois, décrets, ordonnances*, etc., depuis le mois de Juin 1789 jusqu'au mois d'Août 1830. Tome 1, Administration du journal des notaires et des avocats, 1834.

_____ (b) *Récueil générale annoté des lois, décrets, ordonnances*, etc., Tome 3, Administration du journal des notaires et des avocats, 1834.

_____ (a) *Récueil générale annoté des lois, décrets, ordonnances*, etc., tome 5, Administration du journal des notaires et des avocats, 1835.

_____ (b) *Récueil générale annoté des lois, décrets, ordonnances, etc.*, tome 7, Administration du journal des notaires et des avocats, 1835.

_____ (c) *Récueil générale annoté des lois, décrets, ordonnances, etc.*, tome 9, Administration du journal des notaires et des avocats, 1835.

Revue internationale de l'enseignement. Tome, 1, G. Masson Éditeur, 1881.

Revue internationale de l'enseignement. Tome 8, G. Masson éditeur, 1884.

ROBERT, U.: *Recueil des lois, décrets, ordonnances, arrêtés, circulaires, etc. concernant les bibliothèques publiques, communales, universitaires, scolaires et populaires*, Paris, 1883.

RICHELIEU.: 'Mémoire pour les affaires de Rome' en Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'État du cardinal de Richelieu, t. VI, Imprimerie impériale, Paris, 1853-1857.

TASSIN, P.: *Histoire Littéraire de la Congrégation de Saint-Maur*, Chez Humbolt Librairie, Paris, 1770.

TARRISE, G.: *Méthode pour la recherche des manuscriptz*, Bibliothèque nationale française, Ms. Latin. 13072, f° 62.

6. Abstract. Objectives and conclusions/ Résumé. Objectives et conclusions/ Resumen. Objetivos y conclusiones.

HISTORY HAS A HISTORY OF THEIR OWN

From the perspective of the social History of knowledge, the bureaucratic societies development does not only affect to the structures of the institutional coercion systems; the hypothesis we handle in this study points out the fact that this event, far from seeing their effects limited to the structures and systems that legitimize power, also have an important incidence over the relationships and configurations between the different kinds of knowledge.

To exist, to be recognized and developed such as disciplines, the different kinds of knowledges have to adapt their structures according to the conditions that determine the working of the bureaucratic society (exam, control, standardization procedures, etc.)

The result is an entirely new cognitive and institutional configuration. A space in which the only condition for the knowledge development (the rightfully knowledge, of course) is their turn into a disciplined territory, a space where a self-delimited researchers community moves a singular kind of practices whereby they make an organized selection of 'factuality', with their problems, objects, procedural evidences and different ways of inference and analogy to produce an specific sense or rationality.

The main purpose of this investigation consists in applying those kind of considerations to the field of historical knowledge in France, specifically when it turned in a particular discipline because of their autonomization.

In fact, How was an academic discipline that is called 'History' formed? What are the conditions that have made this event possible? What are the important dates and who are the main characters?

To answer these questions we have divided the analysis in two parts, the first one is focused on the study of the elements that create the epistemological identity of History: the codification of a method, the stabilization of an object to study, the construction of explanatory models and causality models, etc. The second one is dedicated to the analysis of the institutional procedures that have made possible this gnoseological relation, for which is necessary to analyze the creation of a documentary infrastructure and some educational initiatives that were promoted by the Third Republic.

The results of this study reveals that the constitution of the History as a science, his autonomy like a professional sector, is not only the product of an organizational reinforcement of something that already exist years ago, but also the result of a pedagogical institutionalization based on new ways of control and influence that lets us maintain our frequent image of History as a professional area.

Hence there was born the main title of the study. A striking and defiants title at same time. Saying that History has their own history is not a play on words. If we say that something has their own history it does not mean that this event is localized in the time line. We recognize that this event appears because of the development of a space with their own intelligibility. The aim of the present study consist in describing precisely the processes that make possible to History becoming a scientific discipline.

Keywords:, historiography, epistemology of the Social Sciences, Sociological Theory

L'HISTOIRE A SA PROPRE HISTOIRE

Du point de vue de l'histoire sociale de la connaissance, le développement des sociétés bureaucratiques n'a pas seulement d'influence sur les structures des systèmes de coercition institutionnelle; nous faisons l'hypothèse que cet évènement, loin d'avoir des conséquences limitées à la structure et aux systèmes de légitimation du pouvoir, a aussi une influence sur la manière dont les savoirs se configurent et se rapportent entre eux.

Pour exister, pour devenir reconnus et avoir un développement en tant que disciplines, les savoirs doivent aménager sa structure conformément aux conditions tacites qui régissent une société bureaucratique et de normalisation (examen, contrôle, standardisation des procédés, etc.).

Le résultat est une configuration cognitive et institutionnelle nouvelle. Un espace dans lequel la seule condition pour le développement de la connaissance (de la connaissance légitime, bien entendu) est sa conversion à un territoire *disciplinaire*, un espace où une communauté auto-délimitée de chercheurs mobilise un ensemble de pratiques à travers desquelles se réalise une sélection organisée de la 'actualité' : avec ses problématiques, ses objets, ses évidences de pro-

cédés et toute une série de formes d'inférence et d'analogie qui reproduisent un sens *spécifique* (disciplinaire) de la rationalité.

Le but de la recherche que nous présentons ici consiste à appliquer ce type de considérations au domaine du savoir historique, et plus concrètement au moment où il se rend autonome comme espace professionnel en France. En effet, comment est-il constitué un espace disciplinaire appelé « Histoire » ? Quelles sont les conditions qui ont rendu possible cet événement ? Quels sont les dates et les acteurs principaux ?

Pour répondre à ces questions nous avons divisé l'analyse en deux parties différentes : l'une sera axée sur les éléments qui configurent l'identité épistémologique de l'Histoire : la codification d'une méthode, la stabilisation d'un objet, la construction de modèles de causalité, etc. ; et l'autre sera consacrée à l'analyse des procédures institutionnelles qui ont rendu possible cette relation gnoséologique, ce qui signifie qu'il est nécessaire de réviser la création de l'infrastructure archivistique et les réformes de l'éducation réalisées pendant la Troisième République.

Les résultats de cet étude révèlent que la constitution de la science historique n'est pas seulement le produit d'un renfort institutionnel de ce qui existait de manière préalable mais le résultat d'une institutionnalisation pédagogique basée sur des nouvelles formes de contrôle et d'influence, de telle sorte que ces dernières rendent possible l'édification d'un domaine disciplinaire caractérisé par la stabilisation d'un objet et l'existence d'un collectif de personnes qui partagent un consensus basique sur la manière dont on doit pratiquer un savoir scientifique 'sérieux' ou 'normal'.

D'où le titre de cette étude. Sans doute, un titre à la fois voyant et provocateur. Dire que l'Histoire a sa propre histoire n'implique pas seulement qu'on place cette réalité dans la ligne du temps, mais surtout de reconnaître qu'il s'agit d'un phénomène qui émerge de manière dépendante d'un espace d'intelligibilité déterminé. Le propos de cette analyse consiste à préciser quels sont les procédés qui ont influencé la constitution de cette émergence.

Mots-clé: historiographie, épistémologie des sciences sociales, Théorie sociologique.

LES CONCLUSIONS DE LA THÈSE :

On espère que les pages précédentes permettent au lecteur de comprendre La genèse du processus de disciplinarisation du savoir historique en France. Mais quoi qu'il en soit, un récapitulé du sujet est toujours profitable. En effet, que pouvons-nous retenir de tout ce que nous avons abordé jusqu'ici ?

1.

En ce qui concerne le premier chapitre il faut retenir deux éléments importants : d'abord, l'idée (a) que la monarchie joue un rôle clé dans le développement de l'histoire savante, établissant les conditions qui ont rendu possible la collecte et la publication des sources liées à l'histoire de France. Et une autre, l'idée (b) pas moins importante selon laquelle telles activités, comme mentionnées, sont le résultat d'institutions dont les objectifs de travaux sont motivés par un effort collectif, progressif et centralisé.

a/ En ce qui concerne le premier point, peu reste à ajouter. Le pouvoir royal est une puissance qui a favorisé l'histoire savante, soit en intervenant dans la création d'institutions dédiées à la thésaurisation et la publication des sources, soit à travers la mobilisation des ressources pour le développement de la recherche historique, à savoir agissant sur le niveau de l'infrastructure et de la technologie de la connaissance historique.

Dans les deux cas est attesté le même horizon d'intervention politique. Dans cette perspective, nous l'avons appelé «politique de la recherche historique», dans une tentative de nommer le conglomerat de « Mesures » (création de dépôts, ateliers de recherche scientifique, de l'édition octroi de privilèges, le financement de missions scientifiques, etc.) qui eurent lieu entre les XVIIe et XVIIIe siècles, et dans laquelle l'institution monarchique a joué un rôle majeur, soit comme un garant financier des mêmes ou comme un agent actif dans la définition des lignes directrices du travail effectué par ces institutions.

Cela dit il n'est pas nécessaire d'ajouter grand chose, sauf de conclure que la politique documentaire poursuivie par la monarchie est bien antérieure à l'effort centralisé et totalisants lors des changements à partir de 1789. C'est elle et non la future révolution imminente, qui a provoqué le développement des premières actions visant à la mise en place d'une infrastructure technique et

documentaire centralisée. Tout cela, en plus, a été motivé par un ensemble multiple de conflits institutionnels, dans laquelle la politique de la recherche historique promue par la monarchie apparaît moins comme le passe-temps d'une institution que comme le résultat d'un jeu institutionnel qui impliquait plusieurs forces concurrentes (la Saint-Siège, la noblesse, le parlement, la monarchie).

b/ Une des caractéristiques qui définit cette politique est précisément la professionnalisation du travail de recherche. A partir de ce moment le travail lié à l'érudition et la publication documentaire, s'organisa selon une planification collective, progressive et centralisée.

Collective parce que les travaux réalisés par chacune de ces institutions doivent être effectués par une force collective des travailleurs, ce qui signifie qu'il y a une coopération fonctionnelle (non sporadique) entre eux, et entre les différentes hiérarchies existantes au sein des différentes institutions. On comprend dès-lors l'importance concédée à la spécialisation et à l'enseignement (par exemple le cas des Bénédictins et des universitaires ..) des érudits, provoquant ainsi un changement dans la nature du travail historiographique, le modifiant de l'intérieur et générant ainsi une sorte de normalisation méthodologique qui permet la mise en place de projets et d'emplois à long terme.

Progressive parce que ces activités sont réalisées grâce à des projets dont la durée dépasse deux générations ou plus, et même dans certains cas il est question d'œuvres vraiment monumentales, qui ont duré des décennies et / ou qui nécessitent la coopération des chercheurs affectés à différentes institutions. Cela a été possible parce qu'il y avait un recours généralisé aux règles établies par Mabillon et les Bénédictins. Ces derniers pour promouvoir le développement d'une méthodologie normalisée ont jeté les bases d'un horizon où la recherche pourrait progresser de façon *cumulative*. Ce faisant, le développement de l'activité scientifique en a grandement bénéficié, produisant une sorte de convergence méthodologique entre les différentes histoires (littéraires, provinciales, juridiques, religieuses) qui ont été faites à ce moment.

Et *centralisée* parce que toutes ces activités (travaux, compilation des sources, catalogues, etc.) ont été effectuées à la demande expresse du monarque ou de certains ministres de l'administration monarchique, soit à exalter la gloire du roi ou pour répondre à certains besoins pour la pratique juridique de l'administration.

Quoi qu'il en soit, le fait est que toutes les activités sont dirigées *par le haut*, dans laquelle le pouvoir royal agit comme sujet et objet de l'énonciation historique. En d'autres termes, la monar-

chie française dans la période du XVII^e siècle au XVIII^e siècle, est un centre de ressources important pour la recherche et la production documentaire. Non seulement elle reste liée à la production de l'hagiographie, mais elle joue également un rôle important dans le développement de la diplomatie et des autres entreprises impliquées dans l'histoire du royaume et de la légitimité des prétentions monarchiques. Et tout cela, à partir d'une perspective double d'action, soit comme un objet du récit historiographique (comme le récit des aventures du pouvoir royal), soit en intervenant dans le processus de préparation des sources, de leur obtention, de leur classement, de leur interprétation, afin de mettre en place selon un schéma interprétatif dont la disposition basique présuppose les intérêts et les besoins pratiques du geste qui les conserve.

2.

En ce qui concerne le deuxième chapitre, nous pouvons rappeler quelques idées intéressantes:
a / Le première est l'idée sans cesse rappelée, selon laquelle le processus de confiscation et la nationalisation des biens serait à la base de l'ensemble du processus de création de l'infrastructure des archives de l'État. Nous avons déjà expliqué ce processus: l'expropriation des biens de l'Église a générée l'arrivée de grandes quantités de terres et de biens, ce qui signifie un transfert massif de produits à l'État, qui, une fois nationalisés pouvaient être déclarés à la vente afin d'obtenir ainsi une somme d'argent importante. Le problème est que à coté de ces raisons financières s'est également produit un phénomène inattendu, à savoir que la confiscation des biens de l'église et nobiliaires a supposé l'arrivée d'autres matériaux pour lesquels il n'y avait pas une destination ou une solution institutionnelle adéquate.

En effet, que faire des biens personnels retrouvés sur les terres et les immeubles confisqués? Par ailleurs, que faire de tous ces produits qui, de par leurs caractéristiques particulières, étaient source de richesse artistique, bibliographique ou d'archivistique?

Si vous vous souvenez bien, il s'agit de la question posée au début de ce chapitre, ce qui devrait venir épigraphes suivantes viennent à illustrer le mode selon lequel les pouvoirs publics ont résolu le problème relatif à la prise en charge, la régulation et l'exposition publique de ces objets. Eh bien, il faut souligner, non pas l'histoire de ces prises en charge, ce que nous avons fait déjà dans les pages précédentes, mais la façon dont une constatation de ce type correspond parfaitement avec les prémisses que nous avons présenté au début de l'enquête.

Alors, lorsque nous revenons en arrière sur les lois de nationalisation des biens, ce que nous faisons n'est pas un simple exercice de contextualisation historique; ce que nous faisons est définir un cadre analytique de compréhension qui nous permet d'intégrer l'histoire de la connaissance historique dans une grande histoire, une histoire qui vise à être à la fois politique, sociale, institutionnelle et théorique.

En ce sens, ce chapitre peut être considéré comme une sorte de précaution à propos de la genèse de l'infrastructure d'archivage. Celui-ci n'est pas le résultat d'une volonté *préméditée*: à la fois son infrastructure et son énorme masse documentaire sont le produit d'une histoire qui reflète des changements très cycliques, ce qui signifie que les récits idéalisés, ceux qui posent un genèse idéale des disciplines et qui conçoivent ces processus par la logique de causalité interne, n'ont pas lieu d'être pour le domaine de la science historique.

Avec les récits idéalisés survient la même chose que ce qui arrive quand le temps de la conscience se déplace à la dimension historique: on leur impose la forme d'un sujet, de sorte que ce qui était une accumulation de changements circonstanciels, visant à gérer les conséquences pratiques qui ont abouti à la confiscation des biens, apparaît dans le présent comme le résultat d'une volonté préméditée, ce qui concerne leurs propres présuppositions rétroactivement, comme si elle-même les aurait placée là, prêt à percevoir dans les agissements passés des éléments auto-conscients de sa propre transformation et que pour elle-même ils anticipent le présent.

Maintenant, si quelque chose peut conclure à ce point c'est justement tout le contraire. L'infrastructure d'archivage n'est pas le résultat d'une vocation culturelle délibérée. Pour cela, nous devons attendre les années suivantes avec l'avènement de la monarchie de Juillet, mais pas au commencement lorsque la plupart des mesures révolutionnaires furent adoptées pour fournir une solution à la situation d'urgence provoquée par la nationalisation des biens.

À cet égard, il convient de mettre en garde que parfois le discours historique tend à projeter sur le passé une rationalité extraordinaire, ce qui implique que les acteurs du passé (p. ex. Les auteurs de la loi du 7 Messidor ou 5 Brumaire) étaient pleinement conscients des conséquences que leurs actions pourraient provoquer (p. ex. une politique de promotion du patrimoine culturel et de l'affichage).

b/ Deuxièmement, l'idée que la Révolution a inauguré une physionomie différente du fait de l'archivage, en mesure d'établir de nouveaux dépôts, mais aussi (et surtout) de nouvelles façons d'explorer et de comprendre la communication documentaire.

Cela nécessite de comprendre la révolution dans sa juste perspective : celle-ci, nous l'avons dit, ne va pas introduire des changements substantiels dans la pratique méthodologique; une grande partie des archivistes étaient ceux qui occupaient des postes dans les établissements du patrimoine de l'Ancien Régime, ce qui pose un haut degré de continuité sur les questions relatives à la définition et les procédures d'archivage.

En effet, la Révolution ne propose pas une nouvelle définition des sources authentiques, mais il le fait des sources publiques. Dans ce cas, la révolution pose un ensemble substantiel de changements, le résultat le plus important n'est pas la création d'un fichier ou d'un référentiel central, mais l'établissement d'un principe de convergence qui altère entièrement les formes traditionnelles de mouvement et de la sociabilité documentaire.

Voici la contribution principale soulevée par la Révolution française: l'idée que les sources, quelles qu'elles soient, constituent des biens (propriété nationale) qui peuvent circuler à l'intérieur d'un réseau dont le fonctionnement est indépendant des individus et des parentés, et ceci entre en collision avec la coutume, très répandue à l'époque, dans la gestion des fichiers privés.

En effet, c'est à ce moment, avec l'arrivée de la Révolution française lorsque la logique de la propriété corporative disparaît, étant remplacée par un système où est garantie la confluence régulière des documents. En ce sens, il convient d'ajouter peu à ce qui a été dit dans les pages précédentes, sauf en conclusion, bien sûr, que ces transformations sont parfaitement intégrées dans le grand processus d'unification cognitive qui accompagne le développement de l'Etat.

On ne peut non plus en rester là. Ce qui est intéressant est de savoir jusqu'à quel point la possibilité d'une infrastructure d'archivage n'est que le visage amical d'un processus vaste et complexe fondé sur la dépossession et de-particularisation généralisée, où la multitude de corps coutumiers (conseils, villas, des juges majestueux sociétés, etc., chacun avec ses propres fichiers) arrête d'incorporer l'existence sociale des personnes, et se place dans un espace de jeu unifiée, basé sur la centralisation politique, mais aussi dans la création d'un espace différencié (dans ce cas, d'archive) avec des mécanismes de fonctionnement (unifiés et standardisés) qui rendent viable la survie des institutions et les logiques préexistantes.

c/ Et pour terminer, mais de manière parallèle, nous revenons sur la publication et l'édition des sources par les sociétés savantes du XIX^{ème} siècle. Nous avons déjà dit qu'elles ont été ces institutions ; il reste maintenant à justifier la raison pour laquelle nous avons abordé cette question. En effet, pourquoi autant mettre l'accent sur ces institutions? Pourquoi tant de pages consacrées à celles-ci si l'objet fondamental de la recherche est la discipline de la connaissance historique?

Pour répondre à cette question il n'est pas nécessaire d'introduire de nouveaux éléments; il suffit de choisir une idée que nous avons définie à l'avance, selon laquelle la disponibilité des sources doit être considérée non comme une réalité pré-donnée, mais comme le résultat d'un processus qui a impliqué une multitude de facteurs, théoriques, idéologiques ou institutionnels.

Les chapitres précédents sont insérés dans cette clef d'analyse: ce qu'ils nous montrent c'est que la disponibilité *objective* (non traitées) des sources est seulement une réalité apparente, que sa constitution interne *comme sources* présuppose un travail antérieur de critique documentaire, à savoir comme un ensemble de procédures institutionnelles (lois, décrets, archives, bibliothèques, etc.) destinés à centraliser les matériaux et à les convertir à des sources disponibles pour la recherche.

Ainsi, le nombre de pages centrés sur de telles procédures. Ce que nous essayons de mettre en évidence est un aspect important, dans lequel l'analyse du facteur politique, loin d'être un élément étranger du champ historique, marque profondément sa genèse et ses étapes, dans la mesure où elle forme une *trame de sens* au-delà de laquelle il est impossible de comprendre l'émergence de l'infrastructure d'archivage (sources, les catalogues, les inventaires, les archives, les bibliothèques, etc.) sur lequel a été érigé plus tard, l'historiographie.

En ce sens, il convient de se demander si les conditions dans lesquelles ont été collectées et utilisées les sources ont pu se reproduire dans les documents le système des hiérarchies sociales et les faits que possédaient les archivistes.

En effet, comment ne pas voir que cette abondance de matériaux garde une certaine relation avec les déterminations théoriques et les habitudes analytiques de l'historiographie de la fin du XIX^e siècle? N'y a-t-il pas un lien entre cela et la fixation, plus ou moins généralisée, de l'histoire du XIX^e siècle se concentrer sur l'étude des aspects juridiques et politiques? N'y a-t-il pas un lien entre ces constatations et le type de matériaux effectués pendant plus de deux siècles,

centrés dans la plupart des cas sur les aspects juridiques ou la légitimité du pouvoir des souverains?

3.

L'intérêt que nous avons montré pour les historiens méthodiques est un intérêt pleinement justifié. Si nous nous sommes penchés sur eux, ce n'est pas en accord avec leurs idées politiques ou méthodologiques, mais parce que cette étude nous offre un accès privilégié dans l'époque où la pratique historique se constitue comme *discipline*.

En les lisant, ceci donne l'impression que leur travail et leurs incursions institutionnelles illustrent parfaitement les processus qui accompagnent la disciplinarisation du savoir historique en France. D'une part, ce sont eux qui ont contribué à l'établissement d'une forme coordonnée et cohérente de la méthode historique, et d'autre part, ce sont eux qui ont participé aux associations intellectuelles dédiées à la divulgation historique (*Revue historique*, *Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur*, etc.) et à la conception des propositions (diplôme d'enseignement supérieur, la licence 1907, etc.) mis en œuvre dans les réformes de la Troisième République.

Il n'est certainement pas question de revenir sur chacune de ces mesures; toutefois, il convient de conclure cette recherche avec deux ou trois idées basiques qui nous permettent de reprendre la position théorique de l'Histoire au moment de la genèse de la discipline. Avec cela, nous ne cherchons pas à reproduire la richesse des nuances que nous avons constatées dans les pages précédentes, mais plutôt à mettre en évidence les présupposés *contre les lesquels* se sont battus les questions et les nouvelles formes d'inférence établies par la sociologie durkheimienne.

Commençons par la base, l'argument central qui sous-entend la construction du temps historique par les historiens du XIXe siècle. Cela nécessite débiter avec l'idée d'«analogie». En effet, quel rôle joue cette idée par rapport à la construction ou la formation du temps historique pour les historiens du XIXe siècle?

La lecture des œuvres méthodologiques de Seignobos et Langlois suggèrent quel est le rôle de l'analogie dans la connaissance historique: l'historien, disent-ils, ne fonctionne pas sur les phénomènes réels, il fonctionne sur des représentations analogiques faites des phénomènes. Mais pour ce faire il faut un élément précédent de nature comparative, un aspect, pour ainsi dire, au-

quel seul l'historien peut accéder et à partir duquel le passé est représenté par un état de conscience analogue au sien.

En Histoire on travaille toujours avec des images construites par analogie. Les phénomènes historiques sont des phénomènes qui se sont produits dans le passé, mais il est possible d'y accéder à travers les images que l'historien élabore par analogie. Cette procédure est appelée analogie ou l'imagination analogique, et il s'agit d'un mécanisme grâce auquel les faits du passé deviennent intelligibles. Autrement dit, par postulat, ils sont comme l'expression d'une interaction entre les sujets avec des motivations psychologiques.

En ce sens, l'imagination analogique ne peut représenter des actes individuels, à savoir les phénomènes qui sont comptabilisés en fonction des représentations que les propres individus font de leur expérience de l'action sociale. Le problème est qu'en procédant de cette manière, en associant l'imagination analogique avec la perception psychique, en investissant les documents avec leurs propres images pour pouvoir représenter concrètement les réalités de la parole, l'historien (le raisonnement disciplinaire historiographique) assume un horizon de visibilité limitée, dans la mesure où le cadre de son raisonnement fonctionne sur les entités (les êtres-vivants, les événements, les motivations) qui sont déjà prédéterminés par les schémas d'intelligibilité dérivés de la perception, avec lequel seulement paraît historiable ce qui a une valeur en tant qu'événement dans un contexte local.

Maintenant, quel est le problème avec ce type de conceptualisation?

La réponse nous l'avons suggéré à plusieurs endroits de notre recherche. Le problème fondamental est qu'en procédant ainsi l'historiographie n'élabore pas une conceptualisation analytique du temps historique, de la façon et selon les opérations dans laquelle la temporalité historique est construite. Le raisonnement disciplinaire de l'histoire du XIX^e siècle ignore ce champ de problèmes analytiques. Tout se passe comme si la dimension temporelle s'identifie avec la chronologie linéaire de l'expérience vécue, restant ainsi exclue de toute possibilité de faire apparaître les régularités et les variations grâce à des techniques d'abstraction sérielle établies par le chercheur.

De cette manière, il paraît seulement historiable ce qui a été perçu par les contemporains à partir des événements. En dehors de ces conditions, il n'y a pas d'espace pour la problématisation historique au sens strict, d'autant que le champ de vision qui porte le raisonnement disciplinaire

assume encore sans objectivation critique l'ordre chronologique des agents du passé. Le problème n'est pas alors que les historiens soient obligés de se former des images psychologiques des faits, le problème est qu'en pensant ce modèle comme l'unique approche de l'étude du passé, l'histoire assume un horizon de l'expérience limitée, dans lequel les historiens se voient obligés de raconter les événements du passé comme s'ils étaient des faits de mémoire, c'est à dire en s'imaginant eux-mêmes comme le témoin de ce qui est narré.

A partir de là apparaît le modèle de priorité de l'individuel dans la science historique du XIX^e siècle : il est certain que Seignobos reconnaît l'importance des faits collectifs (et par extension des histoires «privés») dans le développement de la gestion scientifique des événements. Cependant même si l'on utilise les histoires particulières et l'analyse des habitudes, celles-ci peuvent seulement offrir une vision synchronique de la société, le contexte de la vie collective dans un moment donné, mais pas son évolution. Pour comprendre sa diachronie, pour concevoir les hypothèses qui expliquent les raisons du devenir historique (le vrai objet formel de l'histoire), l'historien se voit obligé de se tourner vers le rôle de l'individu et le caractère fortuit de la réalité historique.

Ainsi, l'individu est identifié ici avec l'élément historique à proprement parlé, c'est ce qui permet d'expliquer le changement des habitudes et des faits collectifs, ce qui signifie que son importance n'est pas le résultat d'une simple préférence subjective, mais au contraire, conséquence d'une théorie limitée, ce qui fait devenir l'événement historique non pas l'expression du changement sinon sa raison elle même.

En ce sens, la science historique reprend le thème de l'événement, mais le fait d'une manière plus sophistiquée que dans le passé. Au lieu de faire appel à ce concept à des fins politiques ou littéraires, l'histoire du dix-neuvième reprend l'événement avec des fins présumées plus explicatives. L'objectif est de combiner ces unités avec l'analyse des habitudes et des faits généraux, afin de souligner l'influence que ces événements ont eus sur la transformation d'un ou plusieurs habitudes humaines.

Ainsi, en privilégiant l'analyse des faits individuels, la problématisation historique de la fin du XIX^e siècle pose une image douteuse, selon laquelle le développement et la genèse des histoires particulières seraient expliquées par des événements (p. ex. une colonisation, une guerre, la transformation politique à grande échelle) qui excluent la problématisation historique de l'analyse structurelle. Le résultat, comme mentionné dans cette étude, est une vision du changement

historique considérable (a)problématique, dans la mesure où les épreuves individuelles apparaissent reflétés comme des faits dans lesquels ne se manifeste pas (ils ne sont pas l'expression de) l'ensemble complexe de facteurs sociaux. Au contraire, tout survient comme si l'émergence de ces événements était une occasion tout à fait fortuite, comme si elle était de quelque chose d'indépendant de la nature du système où cela se produit.

Ceci s'explique principalement par le fait que contrairement à la proposition sociologique, le raisonnement historique ne conçoit pas le changement des régularités et des faits collectifs. Si quelque chose se transforme, Seignobos estime, que c'est parce qu'il y a un élément particulier (un accident) qui a influencé la transformation des habitudes et des événements réguliers. Strictement parlant, une habitude ne serait qu'une abstraction, et en tant que telle, elle ne peut pas évoluer par elle-même ; ceux qui évoluent sont les individus et non des facteurs abstraits, ce qui conduit sans aucun doute à conceptualiser comme des causes «historiques», ces causes qui indiquent et représentent les agents dans leur expérience de l'action sociale.

D'où le fait que la science historique soit conçue dans cette période comme une œuvre fondamentalement interprétative, fondée sur la critique des sources et sur la recherche des schémas explicatifs créés par analogie avec les motifs et les raisons (intentionnelles) que fournit la psychologie de sens commun. A ce moment l'histoire ne peut analyser les causes de ces événements qui ont une relation claire avec la perception directe des agents. Il est nécessaire que les faits soient perçus comme des événements pour que la discipline historique puisse mobiliser ses ressources d'inférence de la méthode, de sorte qu'une approche critique des témoignages (une lecture centrée sur la taille consciente et subjective document) fournisse les indices suffisants pour discerner l'antécédent le plus immédiat de l'événement.

De cette manière, l'analyse historique soulève une approche limitée de la synthèse : en priorisant un schéma basé sur les traits subjectifs qui interviennent dans l'événement, elle laisse de côté un champ d'analyse dans lequel se dissimulent une série de déterminations (de facteurs abstraits) qui ne passent par la reconnaissance préalable des sujets. Voilà pourquoi l'idée de transformation que soulève Seignobos lui-même soit si pauvre et insuffisante: parce qu'en réduisant l'analyse à la perspective des causes immédiates l'approche résultante ne connaît d'autre déterminisme que celui résultant des déterminations «propres» subies par le sujet.

Le résultat est une approche analytique déficiente, qui *suppose comme expliqué, précisément ce qui doit être expliqué*, tombant ainsi dans une disposition théorique qui tend à fétichiser l'évé-

nement. En effet, ce dernier se comprend comme un événement dans lequel certaines actions se traduisent par le changement de l'ordre des choses, mais sans *se demander auparavant* si ces actions ont été surdéterminées par des facteurs abstraits ou pouvaient être lus. Mais pas comme des causes, comme les expressions d'un changement qui répond à des transformations plus profondes, non réductibles aux déterminations reconnues par les agents.

On comprend ainsi les attaques mis en avant par l'équipe de *l'Année sociologique* à l'égard de la corporation des historiens professionnels. Leur critique est claire : les historiens croient fonctionner avec des explications causales mais en réalité ils ne dépassent pas vraiment le contexte descriptif des phénomènes. Il y a de nombreux cas où aucun des événements ultérieurs ne sont pas intelligibles par leurs antérieurs, parce que, eux deux il y a un type de déterminations - déterminations exercés mais *non représentés*- que les techniques d'analyse documentaire (critique de la «sincérité» et «précision») sont incapables d'objectiver. En réalité, dira Simiand, le raisonnement historiographique répond à aucune des exigences du savoir scientifique, ni en terme de construction théorique des faits ou en terme d'explication causale, où se perçoit encore une tendance très nette à identifier les critères explicatifs avec des phénomènes de caractère psychologique et intentionnel.

Sur ce point, l'approche de Durkheim s'oppose à la notion de causalité des historiens; mais en réalité, elle est également opposé à l'idée que la science historique repose sur la théorie et sur les faits, de sorte que l'idée de causalité, nécessairement, doit être aussi un élément problématique, lorsque l'on exploite des unités référentielles qui n'ont pas été construites, ni avec les mêmes règles, ni en suivant les mêmes objectifs méthodologiques.

En d'autres termes, ce que Durkheim et ses amis de *l'Année sociologique* appellent la « cause » n'est pas l'arrière-plan immédiat d'un fait notable, mais plutôt le résultat d'une variation corollaire à deux ensembles de faits collectifs, qui ont seulement du sens en relation directe avec la question posée par les chercheurs, non pas avec l'expérience directe des agents historiques. Pour autant, la seule façon de savoir si un phénomène est la «cause» d'un autre est de comparer les différents cas dans lesquels les deux séries d'événements sont présentes simultanément, afin de déterminer si la variation produite dans une série d'événements a quelque chose à voir avec des variations parallèles trouvées dans une autre série de faits, c'est à dire en montrant que la corrélation des variations dans les différentes circonstances témoignent ou pas d'une sorte de causalité ou de dépendance.

D'où la faible rigueur de la méthodologie pratiquée par les historiens «historisants». Le problème est qu'ils perpétuent un usage fétichiste de l'événement, sachant qu'ils priorisent déjà un type de faits individuels dont le pouvoir explicatif n'est pas le résultat d'une opération précédente («méthode des variations concomitantes») dans laquelle se combinent différentes séries et où s'expérimente l'évidence d'un changement à l'unisson, mais quelque chose de plus simple et sans problème. Comme ce qui est souligné est l'aspect aléatoire et hasardeux de l'événement, la science historique empêche tout traitement sérieux et scientifique des questions, retardant ainsi la possibilité de construire une science sociale unifiée. Voici l'argument basique des sociologues durkheimiennes contre l'historiographie de leur temps.

LA HISTORIA TIENE SU PROPIA HISTORIA

Desde la perspectiva de la historia social del conocimiento, el desarrollo de las sociedades burocráticas no afecta solamente a las estructuras de los sistemas de coerción institucional; la hipótesis que barajamos aquí es que tal acontecimiento, lejos de limitar sus efectos a la estructura y los sistemas de legitimación del poder, afecta asimismo a la manera en que se configuran y se relacionan los saberes.

Para existir, para hacerse reconocer y desarrollarse como disciplinas, los saberes tienen que acondicionar su estructura de acuerdo a las condiciones tácitas que rigen una sociedad burocrática y de normalización (examen, control, estandarización procedimental, etc.).

El resultado es una configuración cognitiva e institucional novedosa. Un espacio en el que la única condición para el desarrollo del conocimiento (del conocimiento legítimo, se entiende) es su conversión en un territorio *disciplinar*, un espacio en el que una comunidad auto-delimitada de investigadores moviliza un conjunto de prácticas mediante las cuales se efectúa una selección organizada de la 'factualidad': con sus problemáticas, sus objetos, sus evidencias procedimentales y toda una serie de formas de inferencia y analogía que reproducen un sentido *específico* (disciplinar) de la racionalidad.

El objetivo de la presente investigación consiste en aplicar este tipo de consideraciones al campo del saber histórico, y más en concreto al momento en que este último se autonomiza como un espacio profesional en Francia. En efecto, ¿cómo se ha constituido un espacio *disciplinar*

llamado ‘Historia’? ¿Cuáles son las condiciones que han hecho posible este acontecimiento? ¿Cuáles son las fechas y quiénes son los actores principales?

Para responder a estas cuestiones hemos dividido el análisis en dos partes diferentes: una de ellas estará centrada en los elementos que configuran la identidad epistemológica de la Historia: la codificación de un método, la estabilización de un objeto, la construcción de modelos de causalidad, etc. Y la otra estará dedicada al análisis de los procesos institucionales que han hecho posible esa relación gnoseológica, para lo cual es preciso hacer un repaso por la creación de la infraestructura archivística y las reformas educativas realizadas durante la Tercera República.

Los resultados de este estudio revelan que la constitución de la ciencia histórica no es solo el producto de un refuerzo institucional de algo que ya existía de antemano sino el resultado de una institucionalización pedagógica basada en formas novedosas de control y de influencia, tal que estas últimas permitan edificar un territorio disciplinar caracterizado por la estabilización de un objeto y la existencia de un colectivo de personas que comparte un consenso básico acerca del modo en que se debe practicar un saber científico ‘normal’ o ‘normal’.

De ahí el título que encabeza este estudio. Sin duda, un título llamativo a la par que provocador. Decir que la Historia tiene su propia historia no es situar solamente esa realidad en el curso del tiempo, es reconocer más bien que se trata de un fenómeno cuya emergencia depende de un espacio de inteligibilidad determinado. El propósito del presente análisis consiste en precisar cuáles son esos procesos que han influido en la constitución de esta emergencia.

Palabras clave: historiografía, epistemología de las Ciencias Sociales, Teoría sociológica.

7. Anexos

Anexo 1

LETTRE DES RELIGIEUX DE LA CONGRÉGATION DE SAINT-MAUR À BERTIN

(en Charmes, 1886a: 34-37).

27 juillet 1762.

Monseigneur, les travaux auxquels se sont livrés les religieux bénédictins de la congrégation de Saint-Maur leur ont acquis des richesses littéraires dont, comme citoyens, ils sont comptables au Roy. Cette dette, Monseigneur, nous a inspiré un projet dont l'exécution, simple et facile, peut procurer et des secours importants au Ministère qui vous est confié, et des lumières sûres au droit public du Royaume.

Il est certain, Monseigneur, que, le droit public n'étant appuyé que sur des faits anciens, tout ce qui peut conduire à le connoître avec plus d'exactitude doit être précieux au Gouvernement. De là le projet conçu tant de fois, et dont l'exécution a été commencée par tant de Ministres, de former une notice fidèle et générale de toutes les chartes qui sont dispersées dans les dépôts publics, dont la plupart, loin d'avoir été dépouillés, n'ont pas même encore été abordés par la curiosité.

Deux obstacles ont jusqu'icy retardé une coliection aussi nécessaire: 1° d'un côté, le peu d'accord et de correspondance qu'il y a eû entre les personnes qui ont été chargées par différens Ministres d'une partie de ce travail; 2° l'énormité des dépenses qu'exigeroit un dépouillement général de tous les dépôts, s'il étoit fait par des gens envoyés exprès et payés pour cet ouvrage.

Feu M. Secousse avoit ébauché la notice des chartes imprimées, et quelques sçavans ont travaillé après lui. On a également commencé le dépouillement des pièces qui sont dans le Trésor des chartes au Palais. Mais quand il seroit possible de conduire promptement ce travail à sa fin, il n'embrasseroit qu'une très-petite partie du plan général que l'on peut se proposer. 1° Les chartes imprimées ne sont peut-être pas le quart de toutes celles qui sont ensevelies dans la poussière des dépôts. 2° Le Trésor des chartes du Palais n'est pas le seul qu'il soit nécessaire de dépouiller; chaque province a les siens, et plusieurs grandes terres ou abbayes ont encore des chartriers qui renferment les titres les plus importants.

Il est donc certain, Monseigneur, que, pour suppléer les secours qui manquent aux sçavans qui peuvent s'occuper de cet objet, il 'paroîtroit nécessaire d'avoir recours à une société littéraire répandue par tout le Royaume, et qui ne demandât point d'autre prix de ses travaux que l'honneur de les entreprendre et l'avantage de les conduire à leur perfection.

Nous nous flattons que la congrégation de Saint-Maur peut être cette société. Elle a dans son sein une foule de religieux accoutumés à débrouiller le cahos des titres; plusieurs, actuellement occupés à la composition de différentes histoires de provinces, ont déjà dépouillé un grand nombre de dépôts publics et y ont puisé les lumières nécessaires à leur travail. Ils ont entre les mains et les matériaux de tous les ouvrages qu'ils ont déjà donnés au public et sur l'histoire et sur la diplomatique, et tous ceux qui leur sont nécessaires pour leurs études actuelles.

Indépendamment de ce premier avantage, Monseigneur, nous sommes en état de distribuer des religieux sçavans et laborieux dans toutes les maisons de notre ordre, soit dans les villes, soit à portée des grandes seigneuries et des monastères où se trouvent des dépôts de chartes et de monumens, et par là nous pouvons couvrir toute la France de travailleurs qui ne coûteront au

Roy que quelques frais de voyages et de copistes, et qui auront presque sous la main toutes les richesses dont il est important pour Sa Majesté d'acquérir une connaissance exacte.

Il ne s'agit donc, Monseigneur, que de faire agréer au Roy l'offre que nous lui faisons avec joye d'envoyer, dans un dépôt que vous voudrez bien nous indiquer, des notices exactes de toutes les chartes que nous connoissons déjà et que nous découvrirons par la suite. Par là, Monseigneur, la notice générale que vos prédécesseurs ont souvent projetée, acquérera dans peu d'années toute la perfection dont elle est susceptible, et le Gouvernement aura toujours sous la main, et dans l'ordre qu'il voudra luy donner lui-même, une table universelle de tous les titres et de tous les monumens, avec l'extrait de ce qu'ils contiennent et l'indication du dépost qui les renferme.

C'est ainsi, Monseigneur, que la congrégation de Saint-Maur payera à Sa Majesté le tribut de ses travaux et luy prouvera autant qu'il est en elle son attachement pour sa personne sacrée et son zèle pour la gloire de son règne.

Nous sommes, etc.

Le Général et les Assistans de la congrégation de Saint-Maur,

Fr. JOSEPH DELRUE, Général,

Fr. JEAN LE FEBVRE, assistant. et Fr. J. N. CHRESTRIEN, assistant
(Collection Moreau, n° 285 fol. 105).

Anexo 2.

MÉMOIRE DE MOREAU SUR LA FORMATION D'UN DÉPÔT GÉNÉRAL DES CHARTES⁵⁶⁰

(En CHARMES, X.: *Le Comité des travaux historiques et scientifiques (histoire et documents)*. Tome 1 Impr. nationale, Paris, 1886, pp. 37-41).

12 août 1762.

Rien n'est plus important pour les progrès du droit public de la France qu'une connoissance exacte de toutes les chartes du Royaume imprimées et non imprimées,.

Bien des Ministres ont projeté d'en former une notice complète; aucun n'a pu avancer ce travail.

Deux obstacles'y sont opposés:

1° Le peu d'accord et de correspondance entre les différentes personnes qui en ont été chargées;

2° L'immensité du travail, la multitude des dépôts qu'il faut dépouiller pour se procurer les matériaux de ce travail, l'énormité des frais qu'il y faudroit employer.

Les Bénédictins de la congrégation de Saint-Maur, par la lettre qu'ils ont écrite à M. le Contrôleur général et qu'ils le supplient de mettre sous les yeux du Roi, se proposent de faire cesser ces deux obstacles.

Il est inutile de répéter ici les offres qu'elle renferme et le plan que ces religieux proposent; on joindra à ce mémoire une copie de cette lettre.

Si Sa Majesté juge à propos d'ordonner à M. le Contrôleur général d'accepter ces offres, il est certain que d'ici à quelques années les Ministres auront sous- la main et dans un très-bel ordre, non-seulement des copies d'une très-grande multitude de chartes anciennes et dispersées dans des dépôts particuliers, mais une table exacte et même une notice de toutes celles qui, renfermées dans des dépôts publics et royaux, demeurent inconnues à ceux qui pourroient en faire l'usage le plus utile et le plus raisonnable. Il ne s'agit donc que de mettre sous les yeux de Sa Majesté le plan que l'on se propose de suivre d'après les offres des Bénédictins.

La congrégation de Saint-Maur est en partie composée de sçavans livrés à l'étude de l'histoire ou de la diplomatie. Ces sçavants, dont les noms seront envoyés à M. le Contrôleur général, seront dispersés dans les provinces et dans des maisons de leur ordre à portée des dépôts publics, tels que Chambres des comptes, chartriers de grandes abbayes.

Plusieurs d'entre eux ont déjà composé des histoires de province et presque tous ont sur le métier des ouvrages du même genre; les matériaux qu'ils ont amassés pour cela sont entre leurs mains; ils ne demandent pas mieux que de les donner au Roi. Un seul d'entre eux, nommé dom Housseau⁵⁶¹, dès que Sa Majesté aura agréé cet établissement, lui donnera 4.200 copies de titres, que l'on remettra au dépôt, ou dont on triera ceux qui peuvent être utiles au droit public.

Ces religieux voyagent et sont entretenus aux frais de la Congrégation elle a de plus assigné sur ses propres fonds 6000 par an pour les dépenses que ces études occasionnent; en faisant

⁵⁶⁰ Copie du mémoire au bas duquel est le Bon du Roi et qui a été envoyé par Berlin contrôleur général, à M. de Boulogne, le 2 septembre 1762. (Note de Moreau).

⁵⁶¹ Dom Étienne Housseau, né au Mans au commencement du xvm^e siècle, mort le 5 octobre recueillit sur la Touraine, le Maine' et l'Anjou une précieuse collection de pièces, cédée, en 1811, par dom Villevieille à la Bibliothèque nationale. Elle y forme une collection spéciale en 30 volumes. Sous ce titre Catalogue analytique des diplômes, chartes et actes relatifs à la Touraine contenus dans la collection de dom Flousseau, Tours, 1863, in-8°, M. Manille en a publié, pour la partie qui se rapporte à la Touraine, un catalogue détaillé. Cette collection n'est pas tout entière de dom Housseau; dom Léger des Champs, dom Pierre-Vincent Jarneau, dom Augustin Cassard et dom Maurice Poncet y ont collaboré. Voyez Notice sur des collections manuscrites de la Bibliothèque nationale, par M. Delisle, p. 50-52.

leur propre ouvrage, ils feront celui du Gouvernement, et voici à peu près quel sera l'objet de leurs recherches.

Il y a dans le Royaume deux sortes de dépôts les uns sont publics, toujours accessibles aux recherches et dont la surveillance des officiers royaux qui y sont préposés assure la conservation tels sont les greffes des Parlemens, Chambres des comptes et autres cours supérieures, ainsi que des sénéchaussées, présidiaux et autres juridictions royales.

Les autres sont pour ainsi dire des dépôts particuliers, dont la garde n'est confiée qu'au propriétaire ou à ceux qu'il commet, et sur lesquels l'Administration, quelque attentive qu'elle soit, ne peut que difficilement porter ses regards tels sont les chartriers des églises, abbayes, maisons religieuses et même des grandes terres et seigneuries.

Les dépôts publics et royaux n'ont besoin que d'être connus et d'être-mis en ordre ainsi les Bénédictins travailleurs, qui les consulteront pour leurs ouvrages, n'auront autre chose à faire que d'y prendre des notices de toutes les chartes et autres monumens importants qu'ils peuvent découvrir.

Le Roi peut même, par la suite, tirer de leurs observations beaucoup de lumières sur l'état de ces dépôts, sur l'ordre que l'on y peut établir et sur les soins qu'on doit se donner, soit pour les conserver, soit pour les perfectionner.

A l'égard des dépôts particuliers, comme rien ne rassure le Gouvernement contre le danger de la spoliation ou de l'altération, il doit veiller pour les propriétaires eux même à la conservation des titres qui peuvent intéresser le droit public. Pour y parvenir, il sera important que les Bénédictins fassent eux même des copies exactes et même figurées de toutes les chartes qu'ils y trouveront, lorsqu'elles seront jugées propres à donner quelques connoissances utiles à l'administration il y en a un autre motif important et qui doit faire l'objet principal de cet établissement, c'est que les savans auront sous leurs mains à Paris une collection de pièces qu'ils ne pourroient consulter si elles restoient dispersées dans des chartriers ou archives des particuliers; et quant à celles des dépôts publics, au moyen de la notice qui sera dressée, il sera facile de s'en procurer des coppies; enfin, si l'on veut jamais composer une collection pour la France telle que Rymer, l'ouvrage se trouvera en quelque sorte tout fait, ce qui ne pourroit s'exécuter aussi promptement, si on ne recueilloit une bonne fois les titres des dépôts particuliers. Ces coppies, conservées dans un dépôt, pourront dans la suite suppléer les originaux même, si la négligence venoit à les perdre ou la mauvaise foy à les supprimer.

Par ce moyen, et en établissant un dépôt qui servira de centre à tous ces travailleurs, on viendra à bout de former: 1° une collection des chartes qui se trouvent dispersées dans les dépôts qu'il n'est pas toujours possible de consulter; 2° un indice général de toutes les autres chartes et monumens qui sont cachés et inconnus dans tous les dépôts publics.

Il est inutile de faire observer ici combien cette table sera utile au Gouvernement, et tout l'avantage qu'il pourra tirer de cette correspondance dans les occasions où il est obligé d'éclairer par la connoissance des monumens la route que doit tenir l'autorité.

Il ne s'agit donc, pour former un établissement aussi utile, que d'indiquer un dépôt et de lier une correspondance. Le premier est tout prêt; on a formé, par ordre de S. M., dans l'hôtel de M. le Contrôleur général, un dépôt qui, sous le nom de bibliothèque des finances, renferme toutes les loix écrites sur toutes les parties de la administration. Il ne s'agit donc que d'y placer avec ordre soit les copies des chartes que l'on recevrades Bénédictins, soit les notices qu'ils enverront.

L'avocat qui est préposé à la garde de ce dépôt et qui, sous le titre d'avocat des finances, est particulièrement consacré aux études du droit public que l'administration exige, sera en même tems le correspondant de tous les Bénédictins. Il leur accusera réception des pièces qui lui seront adressées, il veillera à la distribution que l'on en doit faire, et à l'ordre dans lequel on doit les placer, et travaillera à la notice et au catalogue.

Comme ce travail ne laisse pas que d'être vaste, on propose de lui donner pour adjoint et pour coopérateur dans cette partie le s' de Bréquigny, de l'Académie des inscriptions et belles-lettres,

déjà chargé de travailler au catalogue des chartes imprimées. Ce travail, commencé autrefois par le sieur Secousse, est déjà fort avancé, et demeurera également déposé dans la bibliothèque des finances.

Les frais de cet établissement seront très-peu de chose, et tel est l'avantage que l'on peut tirer des sociétés déjà subsistantes, et qu'il ne s'agit que d'encourager. On doit aux travaux des religieux qui, avant l'invention de l'imprimerie, n'étoient occupés qu'à transcrire les livres, la conservation de tout ce qu'il y a de plus précieux dans les lettres sacrées et profanes; c'est leur rendre leurs anciennes fonctions que de les destiner à l'exécution du projet dont il s'agit. Ils s'y livreront avec joie, et le Père Général n'a appréhié qu'à 4.000 par an les frais extraordinaires dans lesquels le Roi sera obligé d'entrer soit pour les voyages, soit pour les déboursés, cy. 4.000 .

L'avocat des finances, déjà payé par le Roi pour le travail de sa place, ne demande aucune augmentation. Il supplie S. M. de vouloir bien le regarder comme payé par les 3.000 de gratification annuelle qu'elle daigna lui assurer en 1759 sur le fonds des affaires étrangères, pour différens écrits politiques auxquels il avoit été employé pendant plusieurs années cette gratification faisant partie du traitement qu'elle lui accorda en l'attachant au Ministère de ses finances, il se fera un devoir de continuer à la mériter.

Le sieur de Bréquigny, qui a déjà 3.000 pour composer le catalogue des chartes imprimées, supplie S. M. de lui accorder une augmentation de 2400 par an, ct.... 2400 Total: 6400.

Anexo 3.

LOI DU 7 MESSIDOR AN II (25 Juin 1794)

(Collection complète des lois, décret, ordonnances, règlements, Volume 7, A. Guyot et Scribe (Paris), 1834, p. 202-205).

Loi Du 7 Messidor, l'an deuxième de la République française, une et indivisible concernant l'organisation des archives établies auprès de la Représentation nationale. (N.º 58.)

LA CONVENTION NATIONALE, après avoir entendu le rapport des comités de salut public, des domaines, d'aliénation, de législation, d'instruction publique, et des finances, DÉCRÈTE:

Bases fondamentales de l'organisation.

ART. I^{er}

Les archives établies auprès de la Représentation nationale, sont un dépôt central pour toute la République.

II.

Ce dépôt renferme

1.º La collection des travaux préliminaires aux états-généraux de 1789, depuis leur convocation jusqu'à leur ouverture.

Le commissaire des administrations civiles, de police et des tribunaux fera rétablir aux archives tout ce que le département de la justice avait retenu ou distrait de cette collection;

2.º Les travaux des assemblées nationales et de leurs divers comités;

3.º Les procès-verbaux des corps électoraux;

4.º Les sceaux de la République;

5.º Les types des monnaies;

6.º Les étalons des poids et mesures;

On y déposera

7.º Les procès-verbaux des assemblées chargées d'élire les membres du corps législatif et ceux du conseil exécutif;

8.º Les traités avec les autres nations;

9.º Le titre général, tant de la fortune que de la dette publique;

10.º Le titre des propriétés nationales situées en pays étranger;

11.º Le résultat computatif du recensement qui sera fait annuellement des naissances et décès, sans nomenclature, mais avec distinction du nombre d'individus de chaque sexe; le tout dans la forme et à l'époque qui seront déterminées pour la confection du tableau de population prescrit par l'article VI du décret du 12 germinal;

12.º D'après ce qui sera réglé par l'article IV ci-dessous, l'état sommaire des titres qui existent dans les divers dépôts de la République, notamment à Versailles dans celui des affaires étrangères, et à Paris dans ceux des divers départements du ci-devant ministère;

13.º Tout ce que le corps législatif ordonnera d'y déposer.

III.

Tous dépôts publics de titres ressortissent aux archives nationales comme à leur centre commun, et sont mis sous la surveillance du corps législatif et sous l'inspection du comité des archives.

IV.

Dans tous les dépôts de titres et pièces actuellement existant, ou qui seront établis dans toute l'étendue de la République, il sera formé un état sommaire de leur contenu, suivant une instruction qui sera dressée; et une expédition de chaque état sera fournie aux archives.

V.

Les préposés à la garde des diverses agences exécutives, établies ou qui pourront l'être, ne sont point exceptés des dispositions des deux articles précédens, sans préjudice de leur subordination immédiate, et de leur correspondance directe déterminée par les lois.

VI.

Tous les titres domaniaux, en quelque lieu qu'ils existent, appartiennent au dépôt de la section domaniale des archives, qui sera établie à Paris, et sont dès-à-présent susceptibles d'y être transférés sur la première demande qu'en fera le comité des archives.

VII.

Les lois des 4 et 7 septembre 1790, 27 décembre 1791 et 10 octobre 1791, concernant l'organisation et la police des archives, sont maintenues dans toutes leurs dispositions.

Division générale et triage des titres.

VIII.

Le comité des archives fera, sans délai, procéder au triage des titres domaniaux qui peuvent servir au recouvrement des propriétés nationales; et quelque part qu'ils soient trouvés, notamment dans les depots indiqués par l'article XII ci-dessous, ils seront renvoyés à la section domaniale, dont il sera parlé ci-après, et l'état en sera fourni de suite au comité des archives, qui le fera passer à celui des domaines.

IX.

Seront dès-à-présent anéantis

1.° Les titres purement féodaux;

2.° Ceux qui sont rejetés par un jugement contradictoire, dans la forme prescrite par les décrets;

3.° Ceux qui n'étant relatifs qu'à des domaines déjà recouvrés et aliénés, seront reconnus n'être plus d'aucune utilité;

4.° Ceux qui contiennent des domaines définitivement adjugés depuis 1790.

X.

Le comité fera procéder également, dans les greffes de tous les tribunaux supprimés, au triage de toutes les pièces qui seront jugées nécessaires au maintien des propriétés nationales et particulières, pour être ensuite, d'après son rapport et celui du comité de législation, statué par la Convention.

XI.

Sont réputés nécessaires au maintien de la propriété, tous jugemens contradictoires, et transactions judiciaires ou homologuées en justice, contenant adjudication, cession, reconnaissance, échange et mise en possession d'héritages fonciers, immeubles réels, droits incorporels non féodaux, et conditions de jouissance improprement appelées servitudes.

XII.

Le comité fera trier dans tous les dépôts de titres, soit domaniaux, soit judiciaires, soit d'administration, comme aussi dans les collections et cabinets de tous ceux dont les biens ont été où seront confisqués, les chartes et manuscrits qui appartiennent à l'histoire, aux sciences et aux arts, ou qui peuvent servir à l'instruction, pour être réunis et déposés, savoir; à Paris, à la bibliothèque nationale; et dans les départemens, à celle de chaque district; et les états qui en seront fournis au comité des archives, seront par lui transmis au comité d'instruction publique.

XIII.

Les plans et cartes géographiques, astronomiques ou marines, trouvés dans les dépôts et cabinets dont il a été parlé dans l'article précédent, seront réunis au dépôt général établi à Paris pour la formation des cartes.

XIV.

Les livres imprimés qui sont actuellement aux archives, seront, à l'exception des recueils reliés des distributions faites aux assemblées, déposés à la bibliothèque nationale; et la destination

des tableaux, gravures, médailles et autres objets relatifs aux arts qui sont aux archives, sera déterminée d'après l'examen qu'en fera faire le comité d'instruction publique; et réciproquement, les manuscrits qui intéressent le domaine et la fortune publique, et qui pourraient se trouver à la bibliothèque nationale, seront renvoyés à la section domaniale des archives.

Moyens d'exécution du triage.

XV.

Au moyen du renvoi qui sera fait aux bibliothèques, des chartes et manuscrits spécifiés en l'article XII, le surplus des titres existant hors de l'enceinte des archives est par-tout divisé en deux sections, l'une domaniale, l'autre judiciaire et administrative.

XVI.

Pour parvenir au triage prescrit, il sera choisi des citoyens versés dans la connaissance des chartes, des loix et des monumens; leur nombre qui ne pourra excéder celui de neuf, sera déterminé par le comité des archives, dans la proportion qu'exigeront les besoins du service.

XVII.

Ces citoyens seront proposés par le comité des archives, et nommés par la Convention. Leur réunion sera désignée sous le nom d'agence temporaire des titres.

XVIII.

Leurs fonctions ne dureront que six mois, à compter du jour où ils entreront en activité.

XIX.

Dans chaque département, le triage sera fait par trois citoyens qui auront les connaissances requises par l'article XVI. Ils prendront le titre de préposés au triage.

XX.

Néanmoins, dans les départemens où trouveront plusieurs grands dépôts provenant des anciens établissemens publics, tels que les ci-devant parlemens, chambres des comptes, cours des aides, bureau des finances, etc. le nombre des citoyens chargés de l'opération du triage, pourra être augmenté jusqu'à concurrence de neuf, sur les observations de l'administration principale du département, préalablement soumises au comité des archives.

XXI.

Les citoyens qui seront préposés au triage, seront présentés par le comité des archives, et nommés par la Convention; ils seront surveillés, dans chaque district, par l'agent national, et termineront leur travail dans quatre mois ou plus tard, à compter du jour de leur nomination.

XXII.

Tous les dépôts des titres et pièces leur seront ouverts et soumis à leurs recherches; et partout où le décret du 5 novembre 1790, relatif aux chartiers des ci-devant chapitres et monastères. n'a pas reçu sa pleine exécution, tous scelles qui s'y trouveraient encore apposés, seront levés si la première réquisition des préposés au triage, et à la poursuite de l'agent national du district.

XXIII.

Tous les détenteurs ou dépositaires de titres manuscrits ou autres pièces spécifiées en l'article XII, et appartenait à la République, excepté les agens en activité auxquels il en aurait été confié pour l'exercice de leurs fonctions, seront tenus de les remettre, ou au moins d'en faire la déclaration, dans un mois, à l'agent national du district de leur domicile, à peine d'être déclarés suspects. Les préposés au triage sont autorisés à visiter les cabinets des anciens fonctionnaires publics ou de leurs héritiers qui n'auraient fait aucune déclaration pendant le mois, à la charge

1° d'être accompagnés de l'agent national ou d'un commissaire par lui délégué, qui pourra mettre les cellé sur les objets qu'il jugera appartenir à la nation;

2° de ne rien extraire qu'après avoir rendu compte au comité des archives, et reçu de nouvelles instructions.

XXIV.

Il sera de suite fait et envoyé au comité des archives un inventaire des titres domaniaux, qui resteront provisoirement dans les dépôts respectifs où ils se trouvent, jusqu'à ce qu'il en aie été autrement ordonné.

XXV.

Les pièces susceptibles d'être envoyées aux bibliothèques des districts, d'après l'article XII, le seront par l'agent national, sur la désignation des préposés au triage.

XXVI.

Les pièces relatives à l'ordre judiciaire, et qui sont dans les greffes ou autres dépôts, seront divisées en deux classes, destinées, l'une à être anéantie, et l'autre conservée provisoirement.

XXVII.

Les préposés au triage formeront ces deux classes, d'après les principes établis par l'article XI, et désigneront l'une et l'autre par des étiquettes portant respectivement ces mots: anéantir, conserver; ils en adresseront un bref état au comité, conformément à l'article IV, et ils en confieront la garde provisoire aux greffiers des tribunaux, par-tout où la réunion en a été précédemment faite aux greffes. A l'égard des dépôts de ce genre qui se trouveraient séparément établis, ils resteront provisoirement à la garde de ceux qui en sont chargés.

XXVIII.

Les agents nationaux auront droit de surveillance sur tous les dépôts, sans exception; et ils adresseront au comité, ainsi que les préposés au triage, leurs observations sur le mode de conservation, sur le nombre et la qualité des concierges et sur les frais de garde.

Formation des dépôts à Paris.

XXIX.

L'agence temporaire des titres s'occupera, aussitôt qu'elle sera mise en activité, du triage de tous les titres qui existent à Paris, et de l'examen des inventaires, qui seront envoyés des départements.

XXX.

Elle désignera ceux des titres domaniaux qui seront susceptibles de l'anéantissement dans les cas prévus par l'article IX.

XXXI.

Elle proposera le renvoi à la bibliothèque nationale, de toutes les pièces qui doivent y être réunies, aux termes de l'article XII.

XXXII.

Elle distinguera, dans la section judiciaire, les pièces qui doivent être anéanties ou conservées provisoirement, en rangeant dans cette dernière classe celles qui sont essentielles au maintien de la propriété, conformément à l'article XI.

XXXIII.

La conservation du dépôt auquel le triage réduira chacune des deux sections domaniale et judiciaire, sera confiée, à Paris, à deux dépositaires, un pour chaque section.

XXXIV.

Ces deux dépositaires seront présentés par le comité des archives, nommés par la convention, et subordonnés à l'archiviste.

XXXV.

Ils seront logés dans l'enceinte du local où seront établis les dépôts respectifs.

XXXVI.

Le dépositaire de la section domaniale aura droit de faire toutes les recherches qu'il croira nécessaires dans la section judiciaire, d'en extraire, sous son récépissé, les pièces et registres dont il aura besoin, d'entamer et de suivre les correspondances relatives au recouvrement des domaines de la République.

Dispositions générales.

XXXVII.

Tout citoyen pourra demander dans tous les dépôts, aux jours et aux heures qui seront fixés, communication des pièces qu'ils renferment: elle leur sera donnée sans frais et sans déplacement, et avec les précautions convenables de surveillance. Les expéditions ou extraits qui en seront demandés, seront délivrés à raison de quinze sous du rôle.

XXXVIII.

Tous citoyens qui avaient produit, dans des procès terminés ou non, des titres non féodaux ou des procédures, seront admis à les réclamer avant la clôture du triage ordonné par le présent décret; et, ce délai expiré, leurs productions seront supprimées. Les dépositaires sont autorisés à les remettre avant ce terme, à ceux qui justifieront qu'elles leur appartiennent, et à la condition d'en fournir leur décharge.

XXXIX.

Toute nomination faite jusqu'à ce jour par quelque autorité et sous quelque désignation que ce soit, notamment dans la commune de Paris, d'agens préposés aux triage et inventaire, ou à garde des titres et pièces, quelle que soit leur nature, est expressément annulée, et toutes opérations commencées cesseront immédiatement après la publication du présent décret. Néanmoins les gardiens actuels des greffes et autres dépôts, continueront provisoirement d'en être chargés, jusqu'à ce qu'il y ait été pourvu, et il leur sera tenu compte de leurs salaires.

XL.

Les employés aux archives nationales, et les adjoints des commissions exécutives établies par le décret du 12 germinal, ne sont point compris dans la suppression prononcée par l'article précédent.

Frais des triages, et traitement des divers agens.

XLI.

Chacun des membres de l'agence temporaire des titres, instituée à Paris par les articles XVI et XVII, recevra douze livres par jour, pendant la durée de son travail, et sera payé chaque mois à la trésorerie nationale, sur sa quittance visée de trois membres du comité des archives, sans autres formalités.

XLII.

Chacun des proposés au triage, instituée pour les départemens par l'article XIX, recevra dix livres par jour, et en sera payé chaque mois par le receveur du district, sur sa quittance visée de l'agent national, sans autre formalité.

XLIII.

Les dépenses accessoires qu'exigera le triage, seront proposées par les comités des archives et des finances à la Convention, qui en réglera le montant.

XLIV.

Chacun des deux dépositaires des sections domaniale et judiciaire, établies à Paris par l'article XXXIII, aura quatre mille livres de traitement, et un commis à deux mille quatre cents livres.

XLV.

Le comité des archives présentera chaque mois à la Convention, à dater du premier thermidor, l'aperçu sommaire des progrès du triage, dont il sera rendu par lui un compte général, lorsque le travail sera terminé, ainsi que des dépenses qu'il aura nécessitées.

XLVI.

Tous agens employés jusqu'à ce jour au tirage ou à la conservation des titres, à l'exception des citoyens à l'indemnité desquels il a été pourvu par les articles XII et XIII du décret du 12

brumaire, adresseront au comité des archives, savoir, directement pour ceux qui sont à Paris, et à l'égard de ceux qui sont dans les départemens, par l'intermédiaire et avec l'avis motivé de l'agent national de chaque district, l'état de ce qu'ils prétendront leur rester dû pour leurs précédens services, légalement justifiés.

XLVII.

La remise ou l'envoi de ces états fera dans deux mois, pour tout délai, à compter du jour de la publication du présent décret, pour être ensuite définitivement pourvu, sur le rapport des comités des archives et des finances, au paiement de tous les arrérages de traitement restés souffrance.

XLVIII.

Les décrets des 12 brumaire sur les archives nationales, et 10 frimaire concernant les domaines aliénés, sont rapportés dans tout ce qu'ils contiennent de contraire au présent décret.

Visé par l'inspecteur.

S.E. MONNEL

Collationné à l'original, par nous président et secrétaires de la Convention nationale. A Paris, le 8 Messidor, an second de la République française, une et indivisible. Signé ÉLIE LACOSTE, président; TURREAU et BORDAS, secrétaire.

Anexo 4.

CIRCULAIRE RELATIVE À LA RECHERCHE ET À LA PUBLICATION DES MONUMENTS INEDITS RELATIFS À L'HISTOIRE DE FRANCE.

Décembre 1834.

Aux Correspondants du Ministère de l'instruction publique.

(en Charmes, 1886b: 22-27)

Monsieur, j'ai formé le projet de faire rechercher et publier tous les monuments inédits relatifs à l'histoire de France qui peuvent exister dans les bibliothèques et archives de Paris et des départements, dans les diverses collections publiques ou particulières. Vers la fin de l'année dernière, j'ai eu l'honneur de soumettre ce projet à l'approbation du Roi et des Chambres, et un crédit de 1 20,000 francs m'a été ouvert à cet effet dans le budget de 1835.

Je me propose de commencer dès à présent cet important travail, et, afin de n'éprouver aucun retard, j'ai cru devoir arrêter d'avance les dispositions qui m'ont paru les plus propres à assurer son accomplissement.

Un Comité central a été institué près le Ministère de l'instruction publique, et chargé spécialement de diriger et de surveiller, sous ma présidence, tous les détails d'une si vaste entreprise. J'ai adressé plusieurs circulaires à MM. les Préfets dans le but d'obtenir des renseignements positifs et circonstanciés sur la situation des dépôts de tout genre qui sont placés dans le ressort de leur administration; j'ai sollicité la coopération de toutes les académies et sociétés savantes organisées dans les départements; j'ai choisi enfin, parmi les personnes les plus capables de me seconder dans ces travaux, sur tous les points du royaume, un certain nombre de correspondants, avec lesquels je désire entretenir des relations fréquentes et régulières.

Je vous ai désigné, Monsieur, comme l'un de ces correspondants; j'espère que vous ne vous refuserez pas à en accepter le titre et les devoirs; j'ai compté sur votre zèle pour notre histoire nationale, et avant de vous transmettre des instructions particulières, relatives aux recherches spéciales qui devront être faites dans votre département, je m'empresse de vous faire passer d'abord un programme d'instructions générales qui peuvent s'appliquer à toutes les localités et servir de règle à toute espèce de recherches.

D'après mes ordres, les archives et dépôts publics vous seront ouverts, et vous trouverez, de la part des agents de l'autorité, toutes les facilités désirables pour vous livrer avec fruit au travail que je vous propose.

Une foule de documents précieux, de pièces authentiques, originales ou en copie, étaient déposées autrefois dans les diverses archives des villes, des évêchés, des parlements, des abbayes et congrégations religieuses. Dans la plupart de ces établissements, elles avaient été classées avec ordre, et un inventaire exact en avait été dressé par les soins de leurs anciens possesseurs. La Révolution détruisit les établissements eux-mêmes, bouleversa leurs archives, anéantit ou dispersa la plus grande partie des documents qu'elles contenaient: les uns furent transportés confusément dans les chefs-lieux de district; les autres passèrent de main en main, exposés à toutes les chances d'altération que leur faisaient subir l'ignorance ou l'esprit de spéculation.

Il s'agit aujourd'hui de rechercher et de réunir tous les manuscrits de ce genre qui auraient échappé à la destruction et qui seraient de nature à offrir quelque intérêt pour la science historique. Il en est qui présentent une certaine étendue, et qui peuvent fournir à eux seuls la matière d'un ou plusieurs volumes; quelques autres consistent simplement en pièces détachées, chartes, diplômes, ordonnances, lettres ou actes divers, et qui peuvent être rassemblés en corps d'ouvrage. Aucun de ces documents ne doit être négligé. Je n'ignore pas toutes les difficultés qui s'opposent, dans beaucoup d'endroits, à l'exécution d'un tel travail; je sais qu'il est fort peu de villes dont les archives ne soient abandonnées au plus grand désordre; il est certain néanmoins qu'une

partie considérable des anciennes archives a été sauvée, et qu'à l'aide d'une investigation patiente et laborieuse il sera possible encore d'en retrouver les restes. Afin de vous guider, Monsieur, dans ces perquisitions, et de donner un point de départ assuré à toutes les personnes qui voudraient bien m'assister dans cette entreprise, je me suis fait remettre la nomenclature complète de tous les dépôts de titres connus en France avant 1788. Cet état général, qui fut dressé par toute la France en 1784, et dont l'original existe encore au Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque royale, a été décomposé en quatre-vingt-six états particuliers, applicables à chacun des départements actuels, et dans lesquels sont même indiqués les différents arrondissements dans lesquels on pourrait rechercher la trace des anciennes collections⁵⁶².

J'ai l'honneur de vous envoyer ci-joint celui qui se rapporte particulièrement à votre département; il vous indiquera nominativement les villes, les communes et même les établissements qui étaient pourvus d'archives avant la Révolution, dans les localités voisines de celle que vous habitez; il vous sera d'un utile secours pour la recherche des matériaux qui existaient autrefois dans ces archives, et dont les débris doivent être conservés actuellement dans les dépôts des diverses communes.

Je vous prie de m'adresser, Monsieur, par l'intermédiaire de M. le Préfet de votre département, tous les renseignements que vous pourrez recueillir, soit sur ces dépôts eux-mêmes et leur situation, soit sur les pièces qu'ils renferment. Si vos travaux ou le hasard vous faisaient rencontrer quelques manuscrits ou documents intéressants, vous voudriez bien m'en donner avis; je ferai part au Comité central des découvertes que vous m'aurez signalées, et, dans le cas où il serait décidé que ces documents sont dignes, par leur importance, d'être mis au jour, je ferai rechercher soigneusement toutes les autres pièces qui pourront se rapporter au même sujet; je les rassemblerai en un seul et même ouvrage, et je chargerai un ou plusieurs membres du Comité d'en surveiller la publication, sans vous enlever toutefois l'honneur d'attacher votre nom à votre découverte.

Vous aurez peut-être besoin, Monsieur, d'être aidé dans ces recherches mêmes par des hommes intelligents et exercés, qui ne se rencontreront pas dans votre département; vous manquerez peut-être des ressources nécessaires pour donner suite à des travaux que vous aurez jugés importants, mais difficiles à exécuter. Adressez-vous à moi, et je chercherai les moyens de surmonter ces obstacles, en envoyant auprès de vous des jeunes gens habitués aux recherches de cette nature, ou bien en vous fournissant toutes les indications que vous m'aurez demandées. S'il existait, dans le département où vous avez fixé votre domicile, quelques hommes instruits et d'un mérite solide dont la collaboration put m'être utile, je vous serai obligé de me les faire connaître; je n'ai pas besoin, toutefois, de vous faire observer, à cet égard, qu'il est certaines conditions auxquelles on ne saurait être propre à un semblable travail; il ne suffit point, pour s'y livrer avec succès, d'avoir le goût de l'étude ou le talent d'écrire, de s'être adonné même aux recherches générales de l'histoire; il faut posséder, en outre, des connaissances paléographiques toutes particulières, qui ne s'acquièrent qu'à force de temps et de patience; l'art de déchiffrer les anciens manuscrits ne s'apprend point, en quelques jours, et celui qui n'aurait pas, au moins à un certain degré, cette instruction préalable, risquerait de tomber souvent dans les erreurs les plus graves et les plus funestes.

Au surplus, quiconque se sentira capable de travailler sérieusement et avec suite dans la voie que j'ai l'honneur de vous indiquer sera indemnisé de ses efforts par le Gouvernement; j'ai exprimé cependant l'intention positive de ne point accorder de traitement fixe et réglé d'avance; les indemnités viendront après le travail et seront proportionnées aux résultats obtenus et constatés.

Dans le but d'éviter à toutes les personnes qui voudront bien me seconder des recherches pénibles et peut-être inutiles, je crois devoir vous adresser un certain nombre de questions et

⁵⁶²Voir le n° 367 de la Collection Moreau à la Bibliothèque nationale.

d'observations qui vous indiqueront particulièrement la nature des recherches qui doivent être entreprises par toute la France, et vous serviront de règle dans vos travaux.

1° Parmi les documents relatifs à l'histoire de France qu'il s'agit de rechercher et de réunir, les uns sont conservés dans les bibliothèques et comprennent les histoires, les chroniques, les mémoires, les relations, les notices, les journaux, les biographies; les autres sont des pièces d'archives, et consistent principalement en registres, rôles, comptes, cartulaires, chartes, diplômes, lettres, etc. Quelques-uns sont relatifs à l'histoire politique et sociale du pays, à sa législation, à ses institutions générales ou locales; il en est enfin qui se rapportent particulièrement à l'histoire philosophique et littéraire, à l'histoire des arts et de leurs monuments.

2° Toutes les fois qu'un manuscrit ou document inédit de quelque importance aura été découvert, on devra m'en donner avis sur-le-champ, en ayant soin d'indiquer, dans une courte notice, son âge et sa date, son titre, sa forme ou son format, l'énoncé de la période historique embrassée par l'ouvrage, l'aperçu de ce qu'il contient, ses rapports avec les ouvrages imprimés les plus connus; on dira s'il est écrit sur parchemin, sur papier, sur papyrus d'Egypte ou sur écorce d'arbre; de quel dépôt ou collection il est tiré; on en donnera un fac-simile, dans le cas où il paraîtrait fort ancien; et, dans tous les cas, on prendra copie des premières et dernières phrases soit de l'ouvrage entier, soit, suivant les circonstances, des différents livres dont il se compose.

3° Si le manuscrit n'est pas daté, on examinera si les raies sur lesquelles s'appuient les lignes d'écriture sont tracées à la pointe sèche (avant 1200); au plomb (du XI^{ex} au XIV^e siècle); ou en rouge (du XIV^e au XV^e siècle); si les *i* simples sont accentués (après 1200) ou pointés (après 1400); si l'*u* est surmonté d'un ou de deux accents aigus (du X^e au XII^e siècle); si les mots sont séparés entre eux ou non; si l'*ʔ* est formé d'un *a* et d'un *e* conjoints (avant 1200) ou d'un *ç* simple (du XIII^e au XV^e siècle), ou d'un *e* (avant 1100); si les chiffres sont arabes (après 1200); à quelle distance les signatures des cahiers, si toutefois il y a des signatures, sont placées au-dessous de la ligne inférieure.

4° Quant à ce qui regarde plus spécialement les chartes, on aura soin d'indiquer si elles ont des sceaux; si les sceaux sont plaqués ou pendants; s'ils sont ronds ou ovales, en cire ou pâte blanchâtre, verte ou rouge; si les attachessent en soie ou en parchemin.

5° Il ne faudra jamais s'en rapporter uniquement au titre des manuscrits, ni même à la table de leurs matières; mais on parcourra chaque manuscrit, pièce par pièce, feuille par feuille, page par page; on regardera avec attention les feuilles volantes, la reliure, les marges et les notes diverses qui peuvent avoir été ajoutées au commencement, à la fin ou dans le courant de l'ouvrage. Relativement aux collections de pièces, telles que titres, rôles, etc., on distinguera les pièces détachées de celles qui sont inscrites sur des registres suivis.

6° Enfin la transcription d'un document en entier ou par extraits n'aura lieu qu'après un examen attentif et sur mon ordre formel. Telles sont, Monsieur, les principales observations que je crois devoir vous adresser dès à présent; je vous prie de les communiquer à toutes les personnes qui vous paraîtraient capables de comprendre ces instructions et de les mettre à exécution. J'ai la ferme confiance que vous ne me refuserez point l'appui que je réclame de vous, et que bientôt, grâce au concours de tous les hommes qui s'intéressent au progrès des études historiques, nous parviendrons à élever un monument digne de la France et des lumières de l'époque actuelle.

Agréez, etc.

GUIZOT.

P. S. Je vous envoie, avec mes instructions, un exemplaire du rapport que j'ai présenté au Roi, et que Sa Majesté a bien voulu approuver, sur le plan général de l'entreprise et les travaux projetés ou déjà commencés.

Anexo 5

CIRCULAIRE RELATIVE À LA AGRÉGATION D'HISTOIRE

(en DURUY, V.: *Circulaires et instructions officielles relatives à l'instruction publique*. Tome 12, Typ. de Delalain frères, Paris, 1902, pp. 71-78)

(17 novembre 1894.)

Aux Recteurs.

Monsieur le Recteur, l'arrêté du 28 juillet 1894⁵⁶³ modifie considérablement le concours d'agrégation d'histoire et de géographie. Il en distrait les épreuves scientifiques, qui deviendront la matière d'un examen à subir devant les facultés ou à l'École normale. La sanction de cet examen sera un diplôme d'études supérieures d'histoire et de géographie, que l'étudiant devra produire, en même temps que le diplôme de licencié ès lettres, au moment où il s'inscrira pour le concours d'agrégation.

Le premier effet de cette innovation sera une meilleure répartition des études historiques dans nos facultés. Désormais, après que l'étudiant aura reçu la culture générale littéraire et historique en se préparant à la licence, il fera son apprentissage scientifique, dont le diplôme nouveau sera la constatation; après quoi, il se préparera au concours d'agrégation, qui sera une véritable épreuve d'aptitude à l'enseignement. Ainsi chaque chose aura son temps, et les étudiants ne seront plus obligés, comme sous le précédent régime de l'agrégation, où les épreuves professionnelles et les épreuves scientifiques étaient confondues, de les préparer toutes ensemble, au détriment des unes et des autres.

Les études scientifiques sont ainsi définies par l'article 3 de l'arrêté:

Le diplôme d'études supérieures d'histoire et de géographie est délivré soit par les facultés des lettres, soit par l'École normale, après qu'il a été satisfait aux épreuves suivantes:

a) Examen et discussion d'un mémoire d'histoire ou de géographie dont le sujet aura été choisi par le candidat et agréé par les professeurs ou maîtres de conférences d'histoire et de géographie d'une faculté des lettres ou de l'École normale supérieure.

b) Discussion d'une question d'histoire et d'une question de géographie indiquées au candidat trois mois à l'avance par les professeurs ou maîtres de conférences d'histoire et de géographie d'une faculté des lettres ou de l'École normale supérieure.

Ces questions sont choisies dans des périodes de l'histoire ou des parties de la géographie autres que celle à laquelle appartiendra le sujet du mémoire ci-dessus prévu.

c) Explication critique d'un texte historique ou d'un texte géographique, choisi par le candidat et agréé par les professeurs ou maîtres de conférences d'histoire et de géographie d'une faculté des lettres ou de l'École normale supérieure.

d) Une épreuve tirée, au choix du candidat, soit des études auxiliaires de l'histoire (archéologie, épigraphie, paléographie, diplomatique, bibliographie), soit de la géographie générale. Les candidats peuvent demander à être interrogés sur plusieurs des matières ci-dessus indiquées.

Les preuves essentielles d'aptitude au travail scientifique seront données par le nouvel examen plus complètement que par l'ancien concours, où ne figuraient pas les études auxiliaires de l'histoire; mais le principal changement introduit ici, le caractère très nouveau de l'examen, c'est que l'étudiant y sera jugé directement et uniquement sur son travail, et sur un travail choisi ou accepté par lui.

L'étudiant choisira d'abord entre les études historiques et les études géographiques. S'il opte pour les premières, il n'aura qu'une, seule épreuve géographique, la discussion d'une question de géographie. S'il opte pour les secondes, il n'aura qu'une seule épreuve historique, la discussion

⁵⁶³Bulletin administratif, nouv. série, Tome LVI, page 190.

d'une question d'histoire. Il ne convenait pas de séparer complètement deux ordres de connaissances qui sont si intimement unis. Pour le reste, l'étudiant s'enfermera dans sa spécialité.

La discussion d'une question d'histoire ou de géographie est la seule épreuve dont le sujet soit prescrit à l'étudiant. C'est une précaution prise pour qu'il ne limite pas sa curiosité à un seul moment de l'histoire ou à un seul point de la géographie. Pour le reste, mémoire historique ou géographique, épreuve tirée, soit des sciences auxiliaires de l'histoire, soit de la géographie générale, l'étudiant choisira lui-même le sujet de l'épreuve.

Cependant celle liberté du choix ne pouvait être absolue, puisqu'elle aurait exposé l'étudiant à des erreurs, et qu'elle aurait supprimé la direction des professeurs. Aussi l'article 3 dispose-t-il que le sujet du mémoire et le texte à expliquer seront agréés par le maître. Je dois vous faire connaître à ce sujet, monsieur le recteur, quelques-unes des idées qui se sont produites dans le Conseil supérieur, au cours de la discussion de l'arrêté.

Dans le précédent régime, les épreuves scientifiques étaient l'explication de trois textes, désignés par arrêté ministériel et renouvelés chaque année, et la composition d'un mémoire, choisi par le candidat sur une liste de sujets dressée par le jury. Tous les professeurs qui avaient des élèves se préparant à l'agrégation étaient donc ou se croyaient obligés à préparer les textes et employaient un temps considérable à ce travail qu'ils n'avaient pas choisi. Leur activité se trouvait par là étroitement réglée, ce qui est contradictoire au principe même de l'enseignement supérieur.

D'autre part, l'étudiant qui composait son mémoire n'avait pas le droit de prendre les conseils de ses maîtres, puisque le mémoire était produit à un concours; il était, pour ainsi dire, soustrait à la direction de ses professeurs, ce qui est contradictoire au principe même de tout enseignement. Or, l'activité de l'enseignement supérieur est féconde, là où le professeur a toute liberté et pour son travail et pour la direction du travail de l'étudiant, là où est organisée librement la collaboration des maîtres et élèves, là enfin où existent des écoles historiques, indépendantes et différentes les unes des autres, et qui choisissent le terrain de leurs études.

Désormais, la liberté nécessaire du professeur est assurée; la direction du travail de l'étudiant est possible; possible aussi la collaboration du maître et de l'élève et la fondation d'écoles historiques. Que va-t-il arriver en effet, avec le nouveau régime? Les étudiants commenceront par se décider pour les études historiques ou pour les études géographiques. Ils auront ensuite à choisir les sujets de leurs différentes épreuves. Ils peuvent faire ces choix en toute liberté et ne consulter qu'eux-mêmes; mais il arrivera le plus souvent qu'ils demanderont à être conseillés. Les professeurs causeront avec eux; ils se rendront compte de l'état de leurs connaissances, et aussi de leurs aptitudes et de leurs goûts. Les étudiants se décideront alors pour telle partie de l'histoire ou de la géographie. Afin de les guider dans le choix du mémoire, les professeurs pourront dresser des listes de questions où les étudiants prendront leurs sujets. Quant au choix du texte à expliquer, le candidat pourra désigner les documents mêmes de son mémoire; mais peut-être le mémoire ne fournira-t-il pas une matière suffisante ou convenable pour une explication critique; ou bien le candidat devra choisir son texte en dehors du mémoire. Les professeurs pourront dresser une liste de textes d'où il tirera le sujet de l'épreuve. Or, les sujets de mémoires ou d'explications pourront être groupés autour d'un certain nombre de questions d'histoire et de géographie, qui formeront comme un programme d'études et de recherches, lequel demeurera, jusqu'à ce qu'il soit épuisé, à l'ordre du jour de la faculté. Cette combinaison de liberté et de direction permettra donc l'effort ordonné et continu en vue d'ajouter aux connaissances acquises, ce qui est un des principaux offices de l'enseignement supérieur. Il va sans dire que toutes les prohibitions, que le régime ancien de l'agrégation rendait nécessaires, disparaissent: le maître pourra guider l'étudiant dans son travail autant qu'il le jugera utile, et les documents inédits pourront être employés soit pour la thèse, soit pour l'explication.

Le régime nouveau devra être organisé dès la rentrée, puisque les étudiants qui se présenteront au concours en 1896 pourront rechercher, dès l'année scolaire 1894-1895, le diplôme

d'études supérieures. Et même aucune disposition de l'arrêté n'interdit aux étudiants qui se présenteront au concours à la fin de cette année même de se pourvoir du diplôme, auquel cas la thèse qu'ils doivent produire au concours pourrait leur servir de mémoire dans l'examen du diplôme.

Il importe donc de prendre immédiatement quelques mesures et, d'abord, de constituer le groupe des étudiants candidats au diplôme. Tous ne résident pas au chef-lieu de la faculté; un certain nombre sont chargés de cours dans les lycées ou professeurs dans les collèges. Vous voudrez bien demander d'urgence à MM. les proviseurs et principaux les noms de ces chargés de cours et de ces professeurs, et les communiquer à M. le doyen de la faculté des lettres. Il est désirable, et ce doit être la règle, que les chargés de cours et professeurs s'inscrivent comme étudiants à la faculté des lettres du ressort académique auquel ils appartiennent.

D'autre part, MM. les professeurs, chargés de cours ou maîtres de conférences d'histoire ou de géographie de la faculté des lettres estimeront certainement qu'il convient qu'ils se réunissent au plus tôt, sous la présidence de M. le doyen, pour prendre les dispositions nécessaires à l'application du régime nouveau. Ils se concerteront entre eux, se communiqueront ces programmes d'études dont je parlais tout à l'heure et s'entendront, sur le caractère à donner à chaque épreuve et sur la forme et la teneur de l'examen.

Aucun règlement général ne donnera de prescriptions à cet égard. Chaque faculté fixera la date ou les dates de l'examen, car elle pourra tenir une ou plusieurs sessions à son gré. Elle devra seulement se conformer à la règle que tout examen est public. La session sera donc annoncée à l'avance par voie d'affiche comme l'est chacune des thèses de doctorat. L'examen sera tenu dans une des salles affectées au service des examens ordinaires. Le diplôme, signé du doyen et des professeurs qui ont pris part à l'examen, sera délivré par le recteur, président du Conseil général des facultés. Il portera mention des épreuves soutenues et des notes obtenues.

A la fin de chaque année, M. le doyen vous adressera un rapport sur ces examens que vous voudrez bien communiquer au Conseil général des facultés et me transmettre ensuite. Il sera publié par les soins de mon administration. J'estime, en effet, qu'il sera très utile de tenir le public au courant du travail de nos facultés.

Il est un autre moyen d'attester ce travail: c'est de publier les mémoires composés par les étudiants. Rien ne démontrerait mieux l'activité de nos écoles historiques que ces publications. Certaines facultés ont à leur disposition des annales où ces travaux pourraient être insérés s'ils en étaient jugés dignes. Si vous avez, monsieur le recteur, quelque proposition à me faire au sujet de l'indication que je donne ici, je l'étudierai avec intérêt.

La réforme de l'agrégation d'histoire et de géographie n'a pas été seulement entreprise pour assurer aux étudiants une éducation scientifique meilleure et plus libre. Le Conseil supérieur, en discutant et en approuvant le projet qui lui a été soumis, a entendu que l'éducation professionnelle des étudiants fût l'objet d'autant de soins que leur éducation scientifique. Et je répète que le concours d'agrégation sera désormais destiné à juger de l'aptitude à l'enseignement.

Une seule des anciennes épreuves d'érudition y a été gardée; le candidat produira le mémoire rédigé par lui pour l'examen du diplôme d'études. Il a paru juste que le candidat eût, dans le concours, le bénéfice de son travail antérieur. Il fera donc une leçon dont le sujet, choisi par le jury dans le mémoire, lui sera indiqué vingtquatre heures à l'avance. De la sorte, c'est le travail seul du candidat qui entrera en compte.

Les quatre compositions écrites sont maintenues; mais les sujets en seront pris dans un programme spécial rédigé chaque année et non plus dans le programme général des lycées et collèges. L'immensité de ce programme général effrayait à bon droit les candidats, qui redoutaient toutes les questions, même les plus invraisemblables, et qui s'efforçaient d'acquérir une connaissance nécessairement superficielle de l'histoire et de la géographie universelles. A l'avenir, le programme des compositions écrites sera limitatif. Il ne comprendra que de grandes questions en histoire et en géographie.

A ce propos, il est nécessaire de prémunir les étudiants contre une erreur qu'ils pourraient commettre. Tout limitatif qu'il soit, le programme demeure très vaste. Si les étudiants en voulaient étudier toutes les parties selon les méthodes de l'érudition, ils s'épuiseront en efforts inutiles. Les compositions écrites demeurent ce qu'elles étaient, des épreuves de savoir général. Ces épreuves seront certainement mieux préparées qu'autrefois. Les étudiants ne seront plus réduits à se contenter d'une lecture hâtive de manuels; ils pourront prendre une connaissance plus complète de la grande littérature historique, en lisant sur les grandes questions quelques-uns des livres qui font justement autorité. C'est tout ce qui leur est demandé.

La direction du professeur sera nécessaire ici, mais seulement la direction. Si les professeurs entreprenaient d'enseigner les matières du programme d'histoire et de géographie, ils se replaceraient sous la discipline de l'examen, qui leur indiquerait chaque année le sujet de leur cours, et un des abus que nous avons voulu corriger se reproduirait plus grave encore que par le passé. La préparation des compositions écrites devra donc être l'oeuvre des étudiants. Les professeurs y interviendront sans s'y engager tout entiers. Cette intervention pourra d'ailleurs être très efficace, s'ils choisissent dans le programme les sujets des leçons qu'ils font faire actuellement aux candidats à l'agrégation d'histoire. Ils auront ainsi l'occasion d'aider ceux-ci à trouver la bibliographie des grands sujets, de leur conseiller des lectures et de s'assurer que les lectures ont été bien faites.

L'épreuve des leçons a été fortifiée dans le concours, et c'est ici que s'en marque le plus nettement le caractère pédagogique. Autrefois, c'était la leçon de thèse qui déterminait le second degré de l'admissibilité; désormais, ce sera la leçon du lycée, et cette leçon sera suivie de «questions pédagogiques sur la manière d'approprier la leçon à l'âge et à l'intelligence des élèves, sur les sujets de lectures, de devoirs et d'interrogations qui s'y rattachent». Des questions semblables seront posées après la leçon de géographie, dans la troisième série des épreuves.

Les professeurs, en exerçant les étudiants dans les conférences où ils font faire des leçons à répondre à ces questions, les prépareront vraiment au professorat. Ils les habitueront à toujours avoir présent devant l'esprit l'élève auquel ils s'adresseront un jour. Il ne sera pas inutile qu'ils leur fassent lire et étudier le chapitre relatif à l'histoire, et à la géographie dans l'instruction ministérielle de 1890⁵⁶⁴, et aussi les rapports sur les concours d'agrégation des années 1892, 1893 et 1894, où les jurys relèvent et déplorent l'habituelle imperfection des leçons faites par les candidats. Il ne faut pas craindre d'introduire dans ces conférences des discussions générales sur l'enseignement de l'histoire, où ressortira le rôle que doit jouer le professeur d'histoire dans l'éducation intellectuelle et morale des écoliers. Cette éducation pédagogique ne saurait être purement théorique; il est nécessaire que les étudiants soient mis en présence d'élèves, qu'ils assistent à des classes et qu'ils s'initient au professorat réel. Vous voudrez bien, monsieur le recteur, prendre les mesures nécessaires pour que les étudiants en histoire et géographie soient admis à faire un stage au lycée ou dans les lycées du chef-lieu académique. Ce stage pourra être, ou bien concentré en une quinzaine de jours, ou bien réparti sur quelques mois de l'année. Dans le premier cas, les stagiaires assisteront à toutes les classes pendant la quinzaine; dans le second cas, ils assisteront à deux classes ou à une classe par semaine. Il va sans dire qu'ils seront placés sous la direction du professeur de la classe, qui les associera à son travail autant et comme il le jugera utile, sans jamais les abandonner à eux-mêmes, et qui vous adressera, le stage fini, un rapport que vous voudrez bien transmettre au doyen de la faculté.

Distinguer l'apprentissage scientifique de l'apprentissage professionnel de l'étudiant, donner à chacun son cadre et sa place, tel est l'objet principal de la réforme du concours d'agrégation. Mais nous ne devons pas oublier, monsieur le recteur, que nos facultés ne sont pas ouvertes aux

⁵⁶⁴Bulletin administratif, nouv. serie, Tome XLVIII, page 475.

seuls étudiants qui se destinent au professorat, et qu'il est très désirable qu'elles appellent à elles tous ceux qui recherchent la haute culture intellectuelle.

L'institution du diplôme d'études supérieures d'histoire et de géographie sera un moyen de propagande auprès de tous ceux qui désireront faire dans nos facultés des études d'histoire et de géographie.

Nous devons soigneusement garder pour les étudiants qui se destinent au professorat les garanties que nous donnons aujourd'hui les examens et les concours.

Mais l'accès du nouveau diplôme doit être largement ouvert, sans aucune condition de grade, à quiconque voudra faire des études désintéressées, qu'il soit étudiant d'une autre discipline de la faculté des lettres, ou bien étudiant d'une autre faculté, ou bien un étudiant étranger, ou bien un travailleur tout à fait volontaire.

Jusqu'à présent nous n'avons à offrir aux étudiants étrangers, comme preuve de leur travail, que de banales attestations de leur présence. A l'avenir, pour les études historiques et géographiques au moins, ils trouveront en France ce diplôme, qui, donnant « la mention détaillée des épreuves soutenues et des notes obtenues », sera une preuve d'études sérieusement faites et sérieusement jugées.

D'autre part, il arrivera certainement que l'histoire et la géographie régionales, où se trouvent encore tant de questions à étudier, figureront dans le programme de travaux scientifiques dont je parlais tout à l'heure. Et il est probable que ceux qui s'intéressent à l'histoire et à la géographie de nos anciens pays de France seront tentés de s'associer au travail de nos facultés.

Ainsi la réforme de l'agrégation d'histoire et de géographie pourrait avoir aussi cet heureux effet d'étendre l'activité de nos facultés, de grouper autour d'elles des étudiants volontaires et d'accroître, en France, leur influence et, à l'étranger, leur renom.

Recevez, etc.

Le ministre de l'instruction publique et des beaux-arts,
G. LEYGUES

Anexo 6

JUILLET 1907.
Décret relative à la Licence ès lettres.
8 Juillet 1907.
(En Beauchamp: 1909: 1007-1011)

Le Président de la République française,
Sur le rapport du Ministre de l'Instruction publique, des Beaux-Arts et des Cultes t,
Vu le décret dnt 31 décembre 1894,
Vu, les décrets des 22 janvier 1800, 12 juillet 1897, 24 juillet 1899 et 23 juillet 1900;
Vu la loi du 10 juillet 1896;
Vu le décret du 21 juillet 1897;
Vu la loi du 27 février 1880;
Le Conseil supérieur de l'instruction publique entendu,
Décrète:

ARTICLE 1^{er}. Les épreuves qui déterminent la collation du grade de licencié dans les Facultés des lettres correspondent aux quatre séries d'études ci-après:

I. Philosophie.

II. Historie et Géographie

III. Langues et Littératures classiques.

IV. Langues et Littératures étrangères vivantes.

ART. 2. – Dans chaque série, les épreuves sont fixes, ainsi qu'il suit:

I. PHILOSOPHIE.

ÉPREUVES ÉCRITES

1^o *Version latine* tirée d'un ouvrage philosophique classique. Durée trois heures. — Coefficient: 2.

2^o *Composition de philosophie.* — Le candidat choisit entre quatre sujets proposés: un de philosophie générale, un de psychologie, un de logique et méthode des sciences, un de morale et sociologie. Durée: quatre heures. — Coefficient: 3.

3^o *Composition d'histoire de la philosophie,* — Le sujet de cette composition se rapporte aux auteurs anciens ou modernes indiqués au programme. Durée: quatre heures. Coefficient: 2.

4^o *Composition sur un sujet relative à un des enseignements professés à l'Université,* au choix du candidat. Durée: trois heures. — Coefficient: 1.

Le candidat qui justifie soit d'un certificat d'études supérieures de sciences, soit de la licence en droit, soit du grade de docteur en médecine, soit du titre de pharmacien de 1^{er} classe, soit de diplôme de l'École des Hautes-Études (section d'histoire et de philologie ou section des sciences religieuses), est dispensé de la quatrième composition écrite.

ÉPREUVES ORALES

1^o Interrogation sur la philosophie générale. Coefficient: 1.

2^o Interrogation sur la psychologie. Coefficient: 1.

3^o Interrogation sur la logique et méthode des sciences. Coefficient: 1.

4^o Interrogation sur la morale et sociologie. Coefficient: 1.

5^o Explication de deux textes tirés de deux ouvrages philosophiques inscrits au programme. Ces textes devront être dans deux langues différentes indiquées par le candidat. Coefficient: 2.

6° Interrogation sur un des enseignements professés à l'Université, au choix du candidat. L'enseignement choisi pour la quatrième épreuve écrite peut également être indiqué pour cette interrogation. Coefficient: 1.

7° Analyse d'un texte tel que: article de revue, ouvrage philosophique, en allemand ou en anglais au choix du candidat. Coefficient: 1.

La durée de chaque épreuve orale est d'un quart d'heure. Les candidats ont un quart d'heure pour étudier chacun des textes qu'ils auront à expliquer ou à analyser.

II. HISTOIRE ET GÉOGRAPHIE.

ÉPREUVES ÉCRITES

1° *Version latine* tirée d'un ouvrage historique classique. Durée: trois heures. – Coefficient: 2.

2° *Composition écrite*. Le candidat choisit entre cinq sujets proposés: un d'histoire ancienne, un d'histoire du moyen âge (de 395 à 1492), un d'histoire moderne, un d'histoire contemporaine, un de géographie physique.

Si le candidat justifie d'un certificat d'études supérieures de botanique, de géologie ou de géographie physique, la composition ne peut porter que sur un sujet d'histoire ou de géographie humaine. Durée: quatre heures. Coefficient: 2.

3° *Composition écrite* se rapportant à un des enseignements professés à l'Université, au choix du candidat. Durée: quatre heures. Coefficient: 1.

Si, par suite de ses options, le candidat fait deux compositions d'histoire ou deux compositions de géographie, le sujet de la seconde composition d'histoire portera sur une période distincte de celle qui a fait le sujet de la première composition; la seconde composition de géographie portera sur une question de géographie humaine.

Le candidat qui justifie soit d'un certificat d'études supérieures de botanique, de géologie ou de géographie physique, soit de la licence en droit, soit du diplôme d'archiviste paléographe, soit du diplôme de l'École des Hautes-Études (section d'histoire et de philologie ou section des sciences religieuses), soit du diplôme de l'École du Louvre, est dispensé de la troisième composition écrite.

4° *Épreuve pratique*. Lecture et datation d'un texte et question relatives à l'interprétation de ce texte, ou étude d'un monument figuré et questions relatives à l'interprétation de ce monument (texte et monument seront pris, au choix du candidat, dans une des périodes suivantes: antiquités grecques, antiquités romaines, moyen âge, temps modernes), ou exercices de cartographie. Durée: trois heures. Coefficient: 2.

ÉPREUVES ORALES

1° Interrogation sur l'histoire ancienne. Coefficient: 1.

2° Interrogation sur l'histoire du moyen âge. Coefficient: 1.

3° Interrogation sur l'histoire moderne. Coefficient: 1.

4° Interrogation sur l'histoire contemporaine. Coefficient: 1.

5° Interrogation sur la géographie. Coefficient: 2.

(Les interrogations d'histoire et de géographie ont pour base les programmes des classes de l'enseignement secondaire.).

6° Interrogation sur un des enseignements professés à l'Université, au choix du candidat. Coefficient: 1.

L'enseignement choisi pour la troisième épreuve écrite peut également être indiqué pour cette interrogation.

7° Interrogation sur un ouvrage historique ou géographique choisi par le candidat et agréé par la Faculté au début du second semestre de l'année scolaire. Coefficient: 1.

8° Analyse d'un texte tel que: article de revue; ouvrage d'histoire ou de géographie, en anglais ou en allemand au choix du candidat. Coefficient: 1.

La durée de chaque épreuve orale est d'un quart d'heure.

Les candidats ont un quart d'heure pour étudier le texte qu'ils auront à analyser.

III. LANGUES ET LITTÉRATURES CLASIQUES

ÉPREUVES ÉCRITES.

1° Traduction d'un texte grec avec commentaire littéraire et grammatical. Durée: quatre heures. Coefficient: 1.

2° Traduction d'un texte latin avec commentaire littéraire et grammatical. Durée: quatre heures. Coefficient: 1.

3° Composition française sur un texte français choisi dans les ouvrages inscrits au programme. Durée: quatre heures. Coefficient: 1.

L'usage d'un dictionnaire est autorisé.

ÉPREUVES ORALES

1° Explication littéraire et grammaticale d'un texte grec. Coefficient: 1.

2° Explication littéraire et grammaticale d'un texte latin. Coefficient: 1.

3° Explication littéraire et grammaticale d'un texte français. Coefficient: 1.

4° Interrogation sur un des enseignements professés à l'Université, au choix du candidat. Coefficient: 1.

5° Analyse d'un texte tel que: article de revue littéraire ou philologique, ouvrage de critique et d'histoire littéraire en une langue vivante choisie par le candidat parmi les langues vivantes enseignées à la Faculté. Coefficient: 1.

La durée de chaque épreuve orale est d'un quart d'heure. Les candidats ont un quart d'heure pour étudier le texte qu'ils auront à expliquer ou à analyser.

IV. LANGUES ET LITTÉRATURES ÉTRANGÈRES VIVANTES

ÉPREUVES ÉCRITES

1° Version latine tirée d'un ouvrage classique. Durée: trois heures. Coefficient: 1.

2° Traduction et commentaire grammatical d'un ou de plusieurs passages d'un auteur de la littérature étrangère choisie par le candidat. Le commentaire est fait dans la langue du texte à traduire. (Composition sans dictionnaire). Durée: quatre heures. Coefficient: 2.

3° Thème. (Composition sans dictionnaire). Durée: trois heures. Coefficient: 2.

4° Composition française sur un texte français moderne choisi dans les ouvrages inscrits au programme. Durée: quatre heures. Coefficient: 1.

ÉPREUVES ORALES

1° Explication et commentaire littéraire et grammatical d'un texte de littérature étrangère choisi dans les ouvrages inscrits au programme. Coefficient: 2.

2° Interrogation sur l'histoire littéraire à propos des ouvrages inscrits au programme. Coefficient: 1.

3° Explication d'un texte de littérature française moderne choisi dans les ouvrages inscrits au programme. Coefficient: 1.

4° Interrogation sur un des enseignements professés à l'Université au choix du candidat. Coefficient: 1.

5° Traduction d'un texte facile écrit dans la seconde langue étrangère choisie par le candidat. Coefficient: 1.

La durée de chaque épreuve orale et d'un quart d'heure. Les candidats ont un quart d'heure pour étudier chacun des textes qu'ils auront à expliquer ou à traduire.

ART. 3.- La liste des ouvrages prévus à l'article précédent est dressée, pour chaque Faculté, par l'ensemble des professeurs, chargés de cours et maîtres de conférences.

Elle est approuvée par le Ministre de l'Instruction publique, après avis du Comité consultatif de l'enseignement public (section de l'enseignement supérieur).

Elle est renouvelée partiellement tous les deux ans.

Elle est publiée au Journal officiel et insérée au Bulletin du Ministère de l'Instruction publique.

ART. 4. – Les candidats sont tenus de déclarer par écrit leurs opinions en se faisant inscrire en vue de l'examen.

ART. 5. – Toutes les épreuves sont subies dans la même session.

ART. 6. – Chaque épreuve écrite et orale donne lieu à une note exprimée par un chiffre variant de 0 à 20.

ART. 7. – Pour être admis à subir les épreuves orales, le candidat doit avoir obtenu pour la version latine (séries: *philosophie; histoire et géographie; langues et littératures étrangères vivantes*) au moins la note 8, et pour l'ensemble des épreuves écrites:

Philosophie: 70 points.

Histoire: 70 points.

Langues et littératures classiques: 30 points.

Langues et littératures étrangères vivantes: 60 points.

ART. 8. – En cas d'échec aux épreuves orales, le bénéfice de l'admissibilité est acquis pour un an aux candidats, à la condition que les épreuves orales soient renouvelées devant la même Faculté.

ART. 9. – Pour être admis, le candidat doit avoir obtenu la moitié du maximum des points.

L'admission et l'ajournement sont prononcés après délibération du jury.

Peut être ajourné, après délibération spéciale du jury, le candidat auquel a été attribuée, pour une des épreuves, sauf la version latine, une note inférieure à 5.

ART. 10. – Les mentions attribuées aux candidats admis sont les suivantes: *très bien, assez bien, passable*.

Les divers candidats auxquels chacune de ces mentions est attribuée sont rangés par ordre alphabétique.

ART. 11. – Mention est faite, sur le diplôme, de la série d'études choisie par le candidat.

ART. 12. – Le licencié ès lettres qui postule une mention autre que celle dont il justifie déjà est dispensé de la version latine ainsi que de la composition et de l'interrogation portant sur un des enseignements professés à l'Université et laissés au choix du candidat.

ART. 13. – Le jury, nommé par le doyen, se compose au moins de trois professeurs, chargés de cours ou maîtres de conférences. D'autres membres, soit de la Faculté, soit d'une autre Faculté ou École, peuvent être appelés à faire partie du jury, en vue de sépreuves relatives aux enseignements choisis par les candidats.

ART. 14. – Une arrêté ministériel détermine chaque année celles des Facultés de lettres devant lesquelles peuvent être subies les épreuves correspondant à la série des langues et littératures étrangères vivantes.

ART. 15. – Les présents dispositions seront mises à execution à partir de la session de juillet 1908.

ART. 16. – Les aspirants à la licence ès lettres, en cours régulier d'études à la date de la promulgation du présent décret, pourront subir l'examen d'après le régime établi par le décret du 31 décembre 1894.

ART. 17. – Sont abrogées les dispositions antérieures contraires à celles du present décret.

ART. 18. – Le Ministre de l'instruction publique, des Beaux-Arts et des Cultes est chargé de l'exécution du present décret, qui sera inseré au *Bulletin des lois* et publié au *Journal officiel*.

Anexo 7

ÍNDICE DEL TOMO VII. Volume 1 ('de E. Lavissee, 'Louis XIV, la Fronde le Roi, Colbert (1643-1685), 1905) y Volumen 2 (de E. Lavissee, Louis XIV, la religión, les lettres, et les arts, la guerre (1643-1685), 1906). en LAVISSE (dir.): *HISTOIRE DE FRANCE DES ORIGINES JUSQU'À LA RÉVOLUTION*, Hachette, Paris, 1900-1911

Tome VII. Volume 1 TABLE DE MATIÈRES

LIVRE PREMIER

LA PÉRIODE MAZARIN (1643-1661)

CHAPITRE PREMIER

AVANT LA FRONDE (1643-1649)

| | |
|---|----|
| I. – L'établissement de la régence et du cardinal Mazarin | 1 |
| II. – La politique et la guerre jusqu'à la paix de Westphalie | 8 |
| III. – La difficulté de gouverner; la fiscalité royale | 24 |
| IV. – Le conflit entre le Parlement et la Couronne | 29 |

CHAPITRE II

LA FRONDE (JANVIER 1649-JUILLET 1653)

| | |
|--|----|
| I. – Réflexions sur la Fronde | 42 |
| II. – Les deux premières guerres et les entreactes | 44 |
| III. – L'inachèvement de l'État | 50 |
| IV. – La guerre générale (février 1651-juillet 1653) | 53 |
| V. – Ruines matérielles | 59 |
| VI. – Ruines politiques | 61 |

CHAPITRE III

APRÈS LA FRONDE

| | |
|---|-----|
| I. – La politique et la guerre de 1648 à 1660 | 66 |
| II. – Les finances et les financiers; le surintendant Fouquet | 78 |
| III. – Le jansénisme | 87 |
| IV. – La mort de Mazarin | 110 |

LIVRE II L'INSTALLATION DU ROI

CHAPITRE PREMIER

LE ROI

| | |
|-------------------------|-----|
| I. – La personne du Roi | 119 |
| II. – L'éducation | 124 |
| III. – Le 'moi' du roi | 131 |

| | |
|---------------------|--------------------|
| LE PREMIER MINISTRE | CHAPITRE II 139 |
|---------------------|--------------------|

| | |
|------------------------------|--------------|
| L'ÉTAT POLITIQUE | CHAPITRE III |
| I. – Le gouvernement central | 149 |
| II. – L'action du roi | 157 |
| III. – Les provinces | |
| 159 | |
| IV. | |

| | |
|--------------------|--------------------|
| L'OFFRE DE COLBERT | CHAPITRE IV 169 |
|--------------------|--------------------|

LIVRE III LE GOUVERNEMENT ÉCONOMIQUE

CHAPITRE PREMIER

| | |
|------------------------------|-----|
| LES FINANCES | |
| I. – La chambre de Justice | 177 |
| II. – La 'maxime de l'ordre' | 182 |
| III. – Le domaine | |
| 186 | |
| IV. – La taille | 188 |
| V. – La gabelle | 194 |
| VI. – Les aides | 198 |
| VII. – Les traites | 201 |

CHAPITRE II

| | |
|--|-----|
| LE TRAVAIL | |
| I. – La lutte contre les obstacles | 206 |
| II. – L'agriculture | 213 |
| III. – Les manufactures et les métiers | |
| 217 | |

CHAPITRE III

| | |
|---|-----|
| LE GRAND COMMERCE ET LES COLONIES | |
| I. – L'État en 1661 | 233 |
| II. – Le régime protecteur | 235 |
| III. – La compagnie des Indes orientales | |
| 238 | |
| IV. – La compagnie de Levant | 245 |
| V. – Les colonies | 254 |
| VI. – Conclusion sur le gouvernement économique | 262 |

LIVRE IV LE GOUVERNEMENT POLITIQUE

CHAPITRE PREMIER

LA RÉDUCTION À L'OBÉISSANCE

| | |
|--|-----|
| I. – Le régime de la presse | 267 |
| II. – Lutte contre toutes les sortes s'autonomie | 274 |

CHAPITRE II

LES LOIS, LA JUSTICE ET LA POLICE

| | |
|---------------------------------|-----|
| I. – Les lois | 289 |
| II. – La justice | 296 |
| III. – La police et la charité | 302 |
| IV. – La justice extraordinaire | 310 |
| V. – La justice du Roi | 314 |

LIVRE V
LE GOUVERNEMENT DE LA SOCIÉTÉ

CHAPITRE PREMIER

LES ARTISANS ET LES PAYSANS

| | |
|-------------------------------------|-----|
| I. – Les artisans | 321 |
| II. – Les paysans | 333 |
| III. – Les révoltes de petites gens | 345 |

CHAPITRE II

L'ORDRE DES OFFICIERS

| | |
|---|-----|
| I. – Composition de l'ordre | 359 |
| II. – Tentatives contre l'ordre des officiers | 361 |
| III. – Officiers et intendants | 364 |

CHAPITRE III

LA NOBLESSE

| | |
|--|-----|
| I. – Le Roi et le recrutement de la noblesse | 372 |
| II. – La noblesse hors de l'État | 375 |
| III. – Le roi nourrit la noblesse | 376 |

CHAPITRE IV

LE CLERGÉ

| | |
|---|-----|
| I. – La puissance du clergé | 387 |
| II. – Les idées et les pratiques du Roi | 391 |
| III. – La médiocrité du clergé | 397 |
| IV. – Conclusion sur la société | 401 |

Tome VII. Volume 2
Table de MATIÈRES

LIVRE VI

LE GOUVERNEMENT DE LA RÉLIGION

CHAPITRE PREMIER

LE JANSÉNISME

- I.** – Les rigueurs contre le Jansénisme 1
- II.** – La paix de l’Église 6

CHAPITRE II

LE GALLICANISME

- I.** – Comment se présentait la question gallicane 14
- II.** – Conflits divers 17
- III.** – La Régale: les debuts de l’affaire 21
- IV.** – L’intervention du Pape 23
- V.** – Les assemblées de 1681 et de 1681-82 26
- VI.** – La dissolution de l’assemblée 34

CHAPITRE III

LE PROTESTANTISME

- I.** – L’état de la question en 1661 39
- II.** – La première période dans l’histoire de la Révocation 46
- III.** – La seconde période (1679-1685) 57
- IV.** – La Révocation 71

LIVRE VII

LA GOUVERNEMENT DE L’INTELLIGENCE

CHAPITRE PREMIER

L’ADMINISTRATION INTELLECTUELLE

- I.** – La gloire du Roi 81
- II.** – Administration et académies 86
- III.** – La doctrine 97

CHAPITRE II

LES LETTRES

- I.** – La Rochefoucauld, Retz, Madame de Sévigné 102
- II.** – Bossuet 107
- III.** – Molière et la Fontaine 112
- IV.** – Racine et Boileau 118

CHAPITRE III

LES ARTS

- I.** – Les gouverneurs des arts 127
- II.** – Les sculpteurs et les peintres 131

| | |
|-------------------------------|-----|
| III. – La musique | |
| 136 | |
| IV. – Le Louvre et Versailles | 138 |

CHAPITRE IV

L'ÉRUDITION ET LES SCIENCES

| | |
|--------------------|-----|
| I. – L'érudition | 161 |
| II. – Les sciences | 172 |

LIVRE VIII

LA POLITIQUE EXTÉRIEURE DE 1661 À 1685

CHAPITRE PREMIER

L'EUROPE EN 1661

| | |
|---|-----|
| I. – La famille des Habsbourg | 185 |
| II. – L'Allemagne et l'Italie | 192 |
| III. – Les alliés traditionnels de la France | 196 |
| IV. – Les puissances maritimes, l'Angleterre et la Hollande | 204 |
| V. – L'orientation de la politique française | 222 |

CHAPITRE II

LA FORCE MILITAIRE

| | |
|-----------------|-----|
| I. – L'armée | 230 |
| II. – La marine | 248 |

CHAPITRE III

LA POLITIQUE EXTÉRIEURE JUSQU'À LA PAIX D'AIX-LA-CHAPELLE (1661-1668)

| | |
|--|-----|
| I. – Les actes de magnificence | 265 |
| II. – Actions diverses, guerre contre les Barbaresques. Expédition contre les Turcs... | 272 |
| III. – La diplomatie jusqu'à la mort du roi d'Espagne (1665) | 274 |
| IV. – Préparatifs de guerre | 284 |
| V. – La guerre; la paix d'Aix-la-Chapelle | 288 |

CHAPITRE IV

LA GUERRE DE HOLLANDE

| | |
|--|-----|
| I. – Avant la guerre; négociations et préparatifs | 300 |
| II. – L'attaque et l'évacuation de la Hollande (1672- 1674) | 309 |
| III. – Les quatre dernières années de la guerre (1675- 1678) | 332 |

CHAPITRE V

DE LA PAIX DE NIMÈGUE À LA TRÊVE DE RATISBONNE

| | |
|--|-----|
| I. – Les préparatifs des 'Réunions' | 346 |
| II. – Réunions en Franche-Comté, en Lorraine, en Alsace. Casal | 351 |

| | |
|-------------------------------|--|
| III. – La trêve de Ratisbonne | |
| 358 | |

LIVRE IX LA FIN D'UNE PÉRIODE

| | |
|--|-----|
| I. – Retour sur l'histoire politique (1661-1685) | 365 |
| II. – L'état en 1685 | 371 |
| III. – Retour sur la vie privée du Roi | |
| 383 | |
| IV. – La Cour de France en 1685 | 390 |
| V. – La vie de Cour | 402 |

(ÍNDICE DEL TOMO IX. 1. (H. Carré, Ph. Sagnac, E. Lavis: *Le Règne de Louis XVI (1774-1789)*, 1911) en LAVISSE (dir.): *HISTOIRE DE FRANCE DES ORIGINES JUSQU'À LA RÉVOLUTION*, Hachette, Paris, 1900-1911).

Table de matières

Ce volume, qui comprend l'Histoire de Louis XIV (1774-1789), a été fait en collaboration par MM. H. CARRÉ, Ph. SAGNAC et E. LAVISSE:

Les quatre premiers livres et les trois premières chapitres du Livre V sont de M. Carré; le quatrième chapitre du livre V est de M. Sagnac, et le VI^e est de M. Lavis.

LIVRE PREMIER

LOUIS XVI ET LES ESSAIS DE RÉFORMES

CHAPITRE PREMIER

L'AVÈNEMENT DE LOUIS XIV; LE RAPPEL DES PARLEMENTS

| | |
|---|----|
| I. – Le Roi et la Reine | 1 |
| II. – Les remaniements du ministère; Maurepays | |
| 5 | |
| III. – La question parlementaire; disgrâce de Maupeou | |
| 8 | |
| IV. – La restauration de l'ancienne magistrature | 14 |

CHAPITRE II

TURGOT (1774-1776)

| | |
|---|----|
| I. – Turgot, ses idées, ses premières réformes (août 1774-avril 1775) | 20 |
| II. – Les efforts contre Turgot (mai-décembre 1775) | 30 |
| III. – Les dernières tentatives de réforme. La chute de Turgot (1774)41 | |

CHAPITRE III

LES RÉFORMES DANS L'ARMÉE ET LA MARINE (1774-1789)

| | |
|---|----|
| I. – Saint Germain (1775-1777) | 52 |
| II. – Sartine (1774- 1780) | 60 |
| III. – Les ministères de Ségur et de Castries | 65 |

CHAPITRE IV

LE PREMIER MINISTÈRE DE NECKER (1776-1781)

| | |
|---|----|
| I. – Necker | 71 |
| II. – Administration financière | 74 |
| III. – Réformes administratives et économiques. Préoccupations sociales | 80 |
| IV. – Prépondérance et disgrâce de Necker | 85 |

LIVRE II

LA POLITIQUE EXTÉRIEURE DE LOUIS XVI

| | |
|--|-----|
| I. – Vergennes | 91 |
| II. – L'ambition de l'Autriche et l'équilibre continental | 93 |
| III. – La préparation de la guerre contre l'Angleterre (1744-1778) | 100 |
| IV. – La première phase de la guerre de l'indépendance américaine (1778-1780) | 105 |
| V. – Le Congrès de Teschen (1779) et la Ligue de la neutralité armée (1780) | 109 |
| VI. – La seconde phase de la guerre de l'indépendance américaine (1780-1783) | 112 |
| VII. – La paix de Versailles (1783), et la Convention de Constantinople (1784) | 115 |
| VIII. – La fin de Vergennes (1784-1787) | 120 |
| IX. – Le Ministère de Montmortin (1787-1789) | 126 |

LIVRE III LA VIE SOCIALE

CHAPITRE PREMIER

LA FAMILLE ROYALE ET LA COUR

| | |
|------------------------|-----|
| I. – La famille royale | 131 |
| II. – La Cour | 140 |

CHAPITRE II

LE CLERGÉ

| | |
|--|-----|
| I. – La composition de l'Ordre | 144 |
| II. – Le recrutement dans la Noblesse | 147 |
| III. – Puissance temporelle et richesse du haut Clergé | 151 |
| IV. – Mœurs épiscopales | 154 |
| V. – L'Église contre le jansénisme, le protestantisme et les philosophes | 160 |
| VI. – Le culte, la charité, l'enseignement | 163 |
| VII. – Activité des évêques hors de l'Église | 166 |
| VIII. – Les opinions politiques des évêques | 169 |
| IX. – Le bas Clergé | 170 |

CHAPITRE III

LA NOBLESSE

| | |
|----------------------------------|-----|
| I. – La grand Noblesse | 153 |
| II. – Moyenne et petite noblesse | 180 |
| III. – Le mécontentement | |
| 184 | |

CHAPITRE IV

LA HAUTE MAGISTRATURE

| | |
|--|-----|
| I. – La magistrature dans la société française | 186 |
| II. – Les abus et les tentatives de réformes | 188 |
| III. – Procès retentissants | |
| 193 | |
| IV. – La magistrature et les lettres de cachet | 196 |
| V. – La résistance aux progrès et l'ambition politique | |
| 198 | |

CHAPITRE V

LE RÉGIME ECONOMIQUE

| | |
|--|-----|
| I. – Le gouvernement des intérêts économiques: ministres et intendants | |
| 203 | |
| II. – L'agriculture | 210 |
| III. – L'industrie et le commerce | |
| 218 | |

CHAPITRE VI

LE TIERS ÉTAT

| | |
|--------------------|-----|
| I. – Les bourgeois | 230 |
| II. – Les ouvriers | 238 |
| III. – Les paysans | |
| 246 | |
| IV. – L'assistance | 261 |

LIVRE IV LA VIE INTELLECTUELLE

CHAPITRE PREMIER

LES LETTRES ET LES ARTS

| | |
|------------------|-----|
| I. – Les lettres | 269 |
| II. – Les arts | 277 |

CHAPITRE II

LA PHILOSOPHIE ET LES SCIENCES

| | |
|--|-----|
| I. – La philosophie | 289 |
| II. – Les découvertes scientifiques depuis le milieu du siècle | 294 |
| III. – Réaction contre l'esprit scientifique | |
| 289 | |
| IV. – L'enseignement et les applications des sciences | 301 |

CHAPITRE III

LES SALONS ET LA PRESSE

- I. – Les salons et les clubs 305
- II. – Les journaux et les brochures; les journalistes et les pamphlétaires 308

LIVRE V

L'AGONIE DE L'ANCIEN RÉGIME (1781-1789)

CHAPITRE PREMIER

DE LA DISGRACE DE NECKER [A LA DISGRACE DE CALONNE (1781-1789)]

- I. Réaction après le renvoi de Necker; Joly de Fleury et d'Ormesson aux Finances 312
- II. – Les débuts de Calonne et de Breteuil (1783) 316
- III. – Les expédients financiers de Calonne 320
- IV. – L'Assemblée des notables (1787) 323

CHAPITRE II

LE MINISTÈRE BRIENNE

- I. Formation du ministère Brienne; séparation de l'Assemblée des notables; programme de Brienne 332
- II. – L'exil du Parlement de Paris 335
- III. – Séance royale de novembre 1787. Coup d'État de mai 1788 340
- IV. – La chute de Brienne (mai-août 1788) 348

CHAPITRE III

SECOND MINISTÈRE NECKER (AOÛT 1788-JANVIER 1789)

- I. – La rentrée de Necker aux affaires 361
- II. – L'insurrection des privilégiés 362
- III. – La convocation des États généraux 366
- IV. 382

CHAPITRE IV

AVANT LA RÉUNION DES ÉTATS GÉNÉRAUX (DÉCEMBRE 1788- MAI 1789)

- I. – La guerre de classes 370
- II. – Le mode électoral 377
- III. – Les assemblées préliminaires et la rédaction des cahiers 382

LIVRE VI

CONCLUSION SUR LES RÈGNES DE LOUIS XV ET DE LOUIS XVI

CHAPITRE PREMIER

LES IMPERFECTIONS DE L'OEUVRE MONARCHIQUE

| | |
|---|-----|
| I. – Roi et ministres | 401 |
| II. – Les finances | 405 |
| III. – L'inachèvement du royaume | 409 |
| IV. – La diminution de la puissance française | 413 |
| V. – La responsabilité du roi | 414 |

CHAPITRE II

LA CRISE

| | |
|----------------------------------|-----|
| I. – L'opposition des écrivains | 421 |
| II. – L'opposition parlementaire | 426 |
| III. – Désordre général | 429 |
| IV. – L'optimisme | 430 |
| V. – Le péril | 433 |